Castro, Castreños y Chilotes

1960 - 1990

Rodolfo Urbina Burgos

Ediciones Universitarias de Valparaíso
de la Universidad Católica de Valparaíso

Castro, Castreños y Chilotes

1960 - 1990

Rodolfo Urbina Burgos

Ediciones Universitarias de Valparaíso
de la Universidad Católica de Valparaíso

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a mi secretaria
Srta. Ximena del Pilar Morales Barrera
su entusiasta y calurosa dedicación
para poner en limpio el manuscrito de este libro.

© Rodolfo Urbina Burgos, 1996
Inscripción N° 93.649

Derechos Reservados
Tirada de 300 ejemplares

Ediciones Universitarias de Valparaíso
de la Universidad Católica de Valparaíso
Fono 252900 - Fax 238768 - Valparaíso
Dirección de Producción: Karlheinz Laage H.
Jefe de Diseño: Guido Olivares S.

Impreso en los talleres de
Imprenta Libra, Valparaíso

HECHO EN CHILE

DEDICATORIA

A mi padre don Carlos Urbina Blanco (Q.E.P.D.) y a mi tierna y distinguida madre doña Adelina Burgos Gallegos por quienes tuve la suerte de nacer en Chiloé.

A mis hermanos Medardo y Ernesto, Flor y María Victoria que nacieron y crecieron haciéndose a los aires de esta tierra.

A mis hijas Carmen Paulina y María Ximena.

INTRODUCCION

Da la impresión que en las últimas tres décadas la vida cotidiana castreña se ha modificado de la A a la Z, aunque tales cambios no sean más que insignificancias en el contexto nacional. Pero, castreños y chilotes los perciben y se escinden entre los que añoran el pasado pueblerino, lento y armonioso, y los que celebran las transformaciones cualquiera que ellas sean con tal de salir del anonimato. Mi intención es hacer el recorrido por este camino de postas, como se me figuran las décadas, cada una con su algo distintivo, con sus luces y con sus sombras. Es una forma de reandar el tiempo transcurrido, transitar de nuevo por ese camino de la vida para ver cómo se han ido dejando atrás aquellos tonos de la existencia que dieron sentido a los tiempos de nuestra infancia, y cómo se ha ido dibujando el nuevo rostro que hoy exhibe el pueblo.

Parece que hubiera sido sólo ayer cuando la ciudad de Castro tuvo esa tremenda ruptura en su tradicional andar, cuando el terremoto de 1960 produjo tal quiebre existencial que puso término a un prolongado ciclo en que la vida se limitaba a la repetición de imágenes fijas, para dar inicio a la emergencia de una nueva ciudad. Gente que se fue y gente que llegó, mutación de apellidos, cambios de estilos, actores nuevos que poco a poco fueron modificando el perfil humano de las calles e imponiendo renovado ritmo a la vida diaria que terminó por expulsar de la ciudad las carretas tiradas por bueyes que antes sintetizaban la lentitud de la existencia.

Mayo de 1960 representa el principio del fin de muchas cosas, aquellas propias de la vida puertas adentro, como era de algún modo la vida anterior a la carretera, cuando el corto vecindario se conocía por sus nombres. Con el terremoto de 1960 comenzó el ocaso de los vapores, de los «caminos del mar», de la «cultura del velamen» y el ocaso de La Playa, aquella colorida «feria del mar» que daba peculiar fisonomía a ese Castro de vocación marítima y, con ello, el ocaso del puerto, de la costanera, del ferrocarril, de calle Lillo con su antiguo rol, y de calle Blanco que tuvo que ceder ante el mayor dinamismo comercial de las arterias interiores, como San Martín, en los años setenta.

Y así comenzaba un lento proceso de mutaciones y la ciudad fue tomando otro look -aunque a ojos de afuerinos no sean más que pequeñeces que ocurrían en un pueblo periférico- por la impronta del camino terrestre, del ferry «Alonso de Ercilla», de la comunicación masiva que irrumpió en los años setenta y del turismo que hizo de Chiloé la meta sureña. Y así también Castro fue conocido y valorado -como toda la Provincia- en sus expresiones culturales que, no obstante, también fueron expresiones que a fuerza de mostrarse comenzaron a ser alteradas por la presencia del mundo exterior y la modernidad que llegó con él.

Aires muy nuevos soplan hoy por Chiloé. La ciudad ha crecido en las tres décadas que corren desde los sesenta a los ochenta; ha tomado inédito ajetreo cotidiano; se ha pintarrajeado de tropicales colores y se ha hecho más alegre, pero también más compleja, al menos en el contexto provincial. Ya no están los vecinos de antaño que andaban a pasos cancinos; ahora hay otros castreños que viven el «time is gold», tiempos nuevos liderados por más poderosos comerciantes y por empresarios de mercados mundiales que han introducido la industria del salmón en nuestro Mar Interior, donde antes abundaban los róbalos, las sierras, los congrios, las merluzas, cuando los pescadores artesanales hallaban seguro sustento y cuando los «*corrales de pesca*» eran como minifundios de playa, vigentes hasta la primera mitad de siglo y que hoy son sólo recuerdos.

Aires nuevos que han tocado también la vida campesina con el camino y la «*góndola*», con la luz eléctrica que acabó con las velas, con la televisión que introdujo al mundo entero en la vieja cocina-fogón y con los extravertidos visitantes foráneos, todo lo cual ha obligado al campesino a acomodarse a tan explosivas novedades. Es verdad que los cambios se notan menos en las áreas rurales de la Isla Grande y mucho menos en los archipiélagos interiores, pero es también palpable que se va acabando la «*minga*», los «*medanes*», las «*lavazas*», los «*llocos*», los «*reitimientos*» de los pueblos, de las aldeas, de los villorrios, de los campos y de las islas donde antes se vivía la sociabilidad puertas adentro. Ahora el campesino prefiere la «cultura del supermercado», y ha dejado la lancha por los buses con el consiguiente abandono de su tradicional indumentaria de lana tejida y teñida por tintoreras locales de vieja tradición. La secularización se ha hecho también presente en Castro o el castreño y el chilote se están mostrando más hospitalarios con las «religiones» protestantes, cuya infinidad de templos están haciendo grande acopio de frutos entre la gente más humilde de los barrios periféricos de la ciudad, y hasta en algunas islas donde los «*fiscales*» y «*patrones*» están quedando desfuncionalizados.

Pero, con todo, son sólo asomos de mutaciones que no han podido alterar lo esencial del rostro tradicional. Hoy, más que en el pasado, se lucen los chilotes con sus capillas rurales y hacen esfuerzos por conservarlas con «la minga más linda» y recuperar así el rico patrimonio arquitectónico religioso que sigue distinguiendo a Chiloé entre los pueblos de Chile. Por eso, a pesar de la seculariza-

ción connatural a la modernidad, el Archipiélago sigue encantando con sus campitos ondulados, sus pueblitos en miniatura y con sus capillas de airosas torres de tiempos remotos en Nercón, en Achao, en Vilupulli, en Dalcahue, en Rilán. Y así también se ufana el castreño de su espigada iglesia San Francisco de novísimos colores que, no obstante, el sol y la lluvia han desteñido el lila de sus inmensas torres. Por su iglesia, Castro conserva su figura, por su cementerio de calle Riffart tan blasonado de antiguos apellidos, por sus palafitos que se pusieron de moda por los años setenta, cuando el ojo afuerino los descubrió como una rareza digna de postal.

Y así Castro fue pasando de rostro marino a rostro terrestre, de la feria de La Playa a la feria campesina de calle Magallanes. Otros feriantes reemplazaron con sus gritos a los silenciosos isleños de antes. Ahora hay confusión de voces, confusión de tonos que van de la mano con los colores de las ventas, tonos tan matizados como los rostros de vendedoras isleñas y feriantes chilenos que llegaron también con su picaresca extraversión. Ahora se ven humitas, paltas y pastel de choclo que disputan las preferencias a los *chapaleles*, *chochocas*, *milcaos*, *llocos* en puestos donde meriendan los concurrentes de esta feria de calles interiores, antítesis de La Playa que otrora daba vida a la marina con airosos lanchones, chalupones y goletas cuando los isleños tenían allí su propia factoría de pescados, de mariscos, de papas y perejil.

En fin, quiero pasar revista a cómo va luciendo la ciudad poniendo mi mirada en sus sencillos cambios ocurridos en el casco antiguo de una década a otra, porque es casco antiguo sólo por su trazado y no por su alzada de madera, siempre perecedera. Echar también un vistazo a su dilatación casi frenética hacia los campos de La Chacra que en los ochenta se veía saturado de casitas sociales vestidas de zincal y pobladas de migrantes rurales y de urbanos continentales aportando cada uno lo suyo en la creciente heterogeneidad que muestra Castro en estos años.

Ya no es ese Castro inmutable de antaño, como una foto en blanco y negro. Desde los sesenta no ha dejado de crecer, y en colores. Un gentío es el que la habita ahora, perdiéndose el conocerse de vista. Hay más «apurancia», un mejor pasar y más consumismo. La cultura se ha enriquecido con el redescubrimiento de lo local y enriquecido también con la cultura intelectual universal. Más hombres ricos y una muchedumbre de pobres que parecen más pobres que antaño. No son los mismos tiempos de otrora. Hasta Santiago está más a la mano, y el mundo se conoce en la «tele» por cable.

Debo reconocer que en este libro hay un acercarse romántico a las cosas de Castro, de los castreños y de los chilotes. Me es inevitable, porque los recuerdos me acosan y me llegan al corazón. No puedo prescindir de ver amorosamente las etapas y los cambios por los que ha pasado la ciudad del Gamboa en estos treinta

años, abandonando unas cosas y adoptando otras. Es mi propia visión, mi subjetiva apreciación de los tonos de la existencia cotidiana desde los sesenta hasta los ochenta, desde los tiempos del terremoto y del Puerto Libre, pasando por los setenta con el Golpe Militar y sus efectos, hasta este Chiloé de los ochenta internacionalizado por el turismo y por la industria salmonera.

He estructurado el trabajo en tres partes correspondientes a las tres décadas que son objeto de este libro. Cada parte la he dividido en cinco capítulos que abordan aspectos que he juzgado los más significativos de la existencia castreña y pueblos comarcanos. La era del camino que revertebró la Isla Grande; la expansión urbana; la vida cotidiana; el mundo rural con sus peculiaridades; la «economía del gualato»; los usos y costumbres en retirada; el mundo del «buen comer»; el aggiornamento de lo folk; el rostro de cada época con sus protagonistas, en fin, todo aquello que permita advertir lo mutable y lo inmutable de la ciudad, de los castreños y de los campesinos que acuden a ella.

Todo importa en este libro. Las modas según las décadas, las entretenciones cotidianas, el fútbol amateur, por supuesto, con sus altibajos y sus figuras a escala local; los personajes importantes y los insignificantes; los nuevos «rotos»; la afición al bar de unos y el trabajo ordenado y callado de otros; los sueños de todos, el paisaje circundante; la «cultura de los Santos patronos» pueblerinos; la extraversión de verano con el colorido «mochilero»; el tema de la identidad y el boom de los escritores locales y de los poetas.

Sin embargo, no pretendo historiar el período, al menos no es mi intención escribir este libro con la rigurosidad que exige el trabajo de las fuentes que en esta ocasión las he utilizado en algunos señalados casos con el sólo propósito de llenar algún vacío o hacer las necesarias precisiones cuando la naturaleza de la información lo exija, porque más que fuentes y métodos, lo que me ha decidido a escribir es abrir un flanco a la libertad de decir a mi manera cómo veo mi mundo con un enfoque y un lenguaje abierto a todas las licencias que me sean menester, ya que todo o casi todo lo que constituye lo esencial de este trabajo está fundado en el recuerdo, a veces sólo trocitos de tiempo que he guardado en mis retinas cada vez que he tenido la ocasión de reencontrarme con mis calles, trozos dispersos de tiempos que he procurado ordenar y reconstruir en este modesto esfuerzo dedicado a Castro, a los castreños y a los chilotes que aman su tierra tan pobre, tan periférica, tan desatendida, así como tan hermosa, tan original y tan mágica.

INDICE

1. DEL CAMINO TERRESTRE, EL FERRY Y DEL ESFUERZO POR ROMPER EL AISLAMIENTO EN LOS AÑOS SESENTA 15

2. DE LA EXPANSION URBANA HACIA «LA CHACRA» Y DE LOS CAMBIOS QUE EXPERIMENTA EL «CASCO ANTIGUO» DURANTE LA DECADA..... 39

3. DE LA ECONOMIA DEL «GUALATO» Y DEL «PUERTO LIBRE»: EL CARA Y SELLO DE LA REALIDAD CASTREÑA DE LOS SESENTA 61

4. DE LOS NUEVOS TONOS DE LA VIDA COTIDIANA EN CASTRO DE LOS AÑOS SESENTA 81

5. Y ALGO MAS SOBRE LA VIDA COTIDIANA EN CASTRO Y SUS ALREDEDORES 101

6. DEL ESTADO DE LA ECONOMIA, DEL COMERCIO Y DEL GENESIS DEL TURISMO EN LA DECADA DEL SETENTA 125

7. DE LOS DOS ROSTROS Y LOS DOS RITMOS DE LA CIUDAD: CASTRO BAJO Y CASTRO ALTO EN LOS AÑOS SETENTA..... 149

8. DE LOS «HUESOS DE LA SOCIEDAD» CASTREÑA Y DE LAS ACTIVIDADES CULTURALES Y DEPORTIVAS EN LA CIUDAD DURANTE LA DECADA..... 177

9. DE COMO VEIAN LOS CASTREÑOS LAS PECULIARIDADES RURALES DE LA PROVINCIA EN LOS AÑOS SETENTA Y COMO IBAN VALORANDO LAS EXPRESIONES CAMPESINAS Y REDESCUBRIENDO EL PAISAJE 201

10. DE LAS COMUNICACIONES INTERIORES, DEL RITMO DE LA EMIGRACION Y DE LA POBLACION DE CASTRO A LO LARGO DE LA DECADA..... 221

11. DE COMO LUCIA LA CIUDAD EN LOS AÑOS OCHENTA Y DEL NUEVO DINAMISMO QUE SE ADVERTIA EN LA VIDA COTIDIANA 243

12. DE LAS VILLAS, PARAJES E ISLAS DE LA PROVINCIA Y DEL «AGGIORNAMENTO» DE LOS PUEBLOS EN LOS OCHENTA... 267

13. Y TODAVIA MAS SOBRE LOS PUEBLOS Y ALDEAS Y DE LOS SUTILES CAMBIOS QUE ESTABAN EXPERIMENTANDO A CAUSA DE LA INDUSTRIA PESQUERA DE LOS AÑOS OCHENTA 291

14. DEL ARTE CULINARIO Y MODO DE COMER DE LOS CASTREÑOS Y CAMPESINOS EN LOS AÑOS OCHENTA Y DE LAS DIFERENCIAS QUE SE OBSERVABAN RESPECTO DEL PASADO 311

15. DE COMO A FINES DE LOS OCHENTA Y PRINCIPIOS DE LOS NOVENTA LOS AÑOS PASADOS PARECIAN TAN DISTANTES Y COMO MIENTRAS MAS SE ALEJABAN, MAS SIGNIFICACION IBAN TENIENDO 333

1.

DEL CAMINO TERRESTRE, EL FERRY Y DEL ESFUERZO POR ROMPER EL AISLAMIENTO EN LOS AÑOS SESENTA

1. DEL CAMINO TERRESTRE, EL FERRY Y DEL ESFUERZO POR ROMPER EL AISLAMIENTO EN LOS AÑOS SESENTA

A fines de los cincuenta, Castro había entrado a la era de la comunicación terrestre que tardíamente llegaba a Chiloé por la vía del Canal de Chacao. Desde entonces para algunos -al menos para los más visionarios- era difícil admitir que el progreso pudiera llegar por otros caminos que no fuera la Carretera Panamericana que, aunque precaria todavía, estaba comenzando a unir Castro con Chile, como se decía entonces por el resto del país. Un prolongado preámbulo había estado anunciando el soñado camino y en la segunda mitad de los cincuenta hasta se hablaba de unir ambas orillas del Canal de Chacao por medio de un ferry-boat, sólo que por esos años esta posibilidad se estimaba muy lejana aún, sobre todo por los más realistas o excépticos que sabían cuánto se demoraban en concretarse los proyectos cuando se trataba de Chiloé. El puente Pudeto, construído en esa misma década era, no obstante, un avance significativo, pues permitía llegar desde Castro hasta el Canal para, al menos, contemplar el legendario «Desaguadero». Al otro lado, el continente todavía despoblado en esa área, mostraba su silueta boscosa y desierta. Nada más. Pargua era apenas una playa pedregosa y unas dos o tres casitas aquí y allá. Pero, casi de repente, en la misma segunda mitad de los cincuenta, asomaba en aquél punto el camino que venía desde Puerto Montt, y el paraje de Pargua comenzaba a vivir y a crecer hasta tomar fisonomía de aldea. Así se inauguraba la comunicación terrestre entre Chiloé y la costa firme cuando acababa la década de los cincuenta, uniendo a través del Canal los pueblos de Chacao y Pargua. Sin embargo, hasta inmediatamente después del terremoto de 1960, la vía más regular siguió siendo la marítima con los vapores de la Empremar, aunque ya se advertía que poco a poco los caminos marítimos cederían su lugar a los caminos terrestres. En realidad, desde que se extendió la carretera desde Puerto Montt al Canal, la ruta de ripio inauguraba una nueva era en las comunicaciones que por cuatro siglos habían estado vinculadas sólo al transporte por mar.

En los años cuarenta y cincuenta se podía hablar de Castro como un todo, prescindiendo, en cierto modo, del contexto de la Provincia. En realidad, casi no era necesario hacer referencia al resto del Archipiélago para comprender la vida castreña, porque cualquiera se daba cuenta que Castro llevaba una existencia prácticamente «a intramuros», como se vivía también en Ancud, aunque esta ciudad estaba algo más vinculada al continente. Los demás pueblos y aldeas eran otras tantas ínsulas que representaban pequeños mundos sin mayores relaciones entre si. En los años sesenta, en cambio, la vida castreña ya no podía entenderse sin tomar en cuenta el camino terrestre y las relaciones cada vez más regulares con los demás pueblos de la Isla Grande que desde Chacao a Chonchi, primero, y luego hasta Quellón, quedaban unidos por esa ruta de ripio que era todavía como un tierno tallo por donde circulaba la renovada savia que nutría la vida de la Provincia. Así, por estos recién abiertos senderos de barro comenzaba a salir y llegar lo peculiar de cada rincón de Chiloé y el mundo del Archipiélago parecía iniciar una época de mayor integración. A los 19 años Evaristo Vera, de Nercón, conocía Ancud y Puerto Montt, sorprendiéndose del horizonte que se abría y, viejo ya, don Recaredo Raín, de Coldita, viajaba por primera vez por tierra desde Quellón a Castro en 1968. Precisamente, durante los años sesenta se ponían en circulación algunas líneas de microbuses que desde Castro salían a distintos sectores rurales, así como el balseo en el Canal Dalcahue hacía posible el tráfico regular entre Castro, Curaco de Vélez y Achao, mientras la huella hasta Quellón, permitía comunicar el sur de la Isla Grande con Castro y resto de Chile.

En efecto, cuando el camino unió Puerto Montt con Pargua a fines de los cincuenta, se puede decir que Chiloé dejó de ser estrictamente una isla, porque aquella vía estaba trazada para empalmar con la ruta insular que, por entonces, unía Chacao con Chonchi. Antes del terremoto, los pasajeros podían desplazarse en invierno, aunque con incomodidad, entre Castro y el Canal, y algo más cómodo en verano. El mayor inconveniente estaba en el balseo del «Desaguadero». Se cruzaba en lanchas, con no poco riesgo con mal tiempo. No obstante, el tráfico entre Castro y el continente, con todo lo elemental que es de imaginar, estuvo en mejor pie entre 1958 y principios de 1960, porque entre mayo de 1960 y 1964 la recien abierta red carretera de Chiloé sufrió los desastrozos efectos del mismo, y todo volvió a fojas cero.

El tráfico más regular y frecuente era, obviamente, entre Castro y Ancud, pero poco antes del terremoto de 1960 el camino estaba muy deteriorado a causas del barro, los inumerables hoyos, baches y derrumbes que se producían con las lluvias, y por las muchas cuestas empinadas, como la de Chiveo, en el

camino a Dalcahue, que era el mayor pesar de los vehículos que trepaban apenas «lamentándose, rechinando y quejándose de todo», como dice aquel poema dedicado a las viejas micros «Matadero-Palma» de Santiago. Dicen que cada vez que una «góndola» subía aquella cuesta de Chiveo iba dejando por el camino tal cantidad de tuercas y remaches que, superada la subida, costaba mucho pudiera continuar viaje. Dicen también que el ingenioso don Manuel Muñoz siempre viajaba con un completo stock de alambritos y hasta tarugos de madera para superar momentáneamente la emergencia y por eso, todavía a fines de los sesenta había gente que añoraba el tren, aquel convoy lento, pero seguro, alegre y sociable que desapareció con el terremoto. Era el trencito de los chistes por su andar «despacito», como decía la gente, tan despacito que con alguna exageración cuentan que el maquinista al ver a una señora que caminaba junto a la línea y en la misma dirección con una gran bolsa a cuestas, gentilmente le dijo: «señora, súbase, la llevo!». Y la señora respondió lacónica: «no, gracias, voy apurá!». El sismo puso fin a la era del tren. El camino de ripio y las góndolas reemplazaron la trocha angosta de aquella «pequeña fierecilla». En 1962 el carguero «Valdivia» se lo llevó y no quedó ni un riel que diera cuenta de lo que fue. Sólo una de las máquinas permaneció en Castro como recuerdo y hoy se exhibe en un humilde monolito frente a la antigua estación.

En 1961 el camino de Castro a Ancud estaba intransitable, especialmente en el sector de Mocopulli, así como intransitables eran las calles O'Higgins y San Martín convertidas en entrada y salida de Castro, más embarradas y deterioradas que en los años cincuenta a causa del mayor trajín de vehículos. Pero, en 1964 se pavimentaron ambas arterias a la par que desde 1961 se construyó un nuevo acceso norte, en realidad, un largo terraplén, detrás de los palafitos de Ten-Ten y en línea recta hasta empalmar con calle O'Higgins, mientras que para la salida se trazó una prolongación de San Martín, casi en derechura, hasta empalmar también con el nuevo acceso-salida, evitando la vieja y empinada cuesta El Tejar que desde entonces cayó en el abandono y completo olvido hasta hoy. Ambas obras fueron ejecutadas por la empresa constructora «Salosco», de buena memoria entre los castreños. Y, aunque O'Higgins y San Martín se consolidaron como arterias de entrada y salida de Castro, el municipio se había opuesto, sin éxito, a esta decisión de la Dirección de Obras Públicas. Postulaba la alcaldía, que la Carretera Panamericana a su paso por Castro lo hiciese por la Avenida Pedro Montt, esto es, por la costanera, y continuase por Lillo hasta conectarse con el camino a Chonchi. Esta idea municipal será mejor comprendida después, en los ochenta, cuando se hagan esfuerzos por revitalizar aquella decaída costanera.

A mediados de los sesenta se conseguía un nuevo trazado para el acceso sur que permitió conectar el pueblo con el barrio Gamboa a través de un nuevo puente de concreto construído en 1966, mientras el camino ya no pasaba por la única calle de aquel barrio, sino que para evitar la cuesta Gamboa se trazó otro, un poco más al poniente, con el fin de suavizar el empalme con el camino a Chonchi, junto al aeródromo. Este camino estaba muy mejorado en 1962, año en que se construyó la variante Nercón y con un puente nuevo allí. Con el aumento del tráfico entre Castro, Ancud y Puerto Montt, bastante notorio a mediados de la década, se iniciaron los trabajos de enderezamiento del camino y rebaje de cuestas, optándose por seguir, en buen trecho, el trazado de la línea del ferrocarril -ya levantado por entonces- por ser terrenos más llanos y despejados. Estas faenas corrieron a cargo de la firma «Belfi». Precisamente «Belfi» estuvo asociada a la década de los sesenta al adjudicarse casi todas las propuestas para construir y reparar caminos. Pero trabajaba con una lentitud tal que se hizo merecedora de serias críticas. La falta de maquinarias, la demora en llegar los repuestos y las lluvias paralizaban las obras camineras por meses. Además, lo que se construía en verano lo destruía el invierno. Pero algo se avanzaba. A fines de los sesenta se daba comienzo a la pavimentación de la ruta, poco después de haberse iniciado en el tramo Puerto Montt-Pargua. Contrastaba la relativa rapidez con que se trabajaba en el continente y la suma lentitud con que avanzaban los trabajos en la Isla.

Si el Canal era una barrera que impedía una más expedita comunicación con el continente, entre 1960 y 1964 se sumó a esta dificultad el cruce del río Pudeto, cuyo puente fue destruído por el sismo, pérdida que significó un enorme retroceso respecto de años inmediatamente anteriores. Los microbuses podían llegar sólo hasta el barrio Pudeto, en las afueras de Ancud, desde donde los pasajeros eran transportados en barcazas que la Armada había instalado allí para superar la emergencia. El ancho estuario se cruzaba en diagonal hasta Caipulli después de 40 ó 45 minutos de navegación. Una barcaza lo hacía de ida y otra de regreso. Se encontraban a medio camino saludándose los pasajeros que era el instante más agradable y pintoresco de la travesía. Sin embargo, las dos barcazas no operaban con regularidad, porque por el mucho trajín sufrían contínuos desperfectos y lentas reparaciones, de modo que no siempre servían las dos simultáneamente, como en 1961, cuando aún no se iniciaba la construcción del nuevo puente Pudeto. Estas hacían el servicio gratuito, pero sólo podían llevar un vehículo por viaje y no operaban los domingos y festivos. En 1963 las barcazas fueron reemplazadas por el transbordador «María Elena» que alivió un tanto el cruce del estuario.

Desde Caipulli se continuaba en bus hasta Chacao. Allí había una lancha para pasajeros y después se instaló otra para vehículos. La navegación de casi una hora unía Chacao con el naciente villorrio de Pargua en la orilla continental opuesta. En ambos terminales se contaba con una rampa de atraque, mientras se iniciaban los estudios para la construcción de dos muelles para el ferry-boat, nave que fuera donada en 1960 por el gobierno de Estados Unidos. Los viajes entre Castro y Puerto Montt eran verdaderas odiseas. Nadie sabía cuándo llegaría a destino. Los chilotes se aperaban bien de todo lo necesario para ir a Puerto Montt, como si fueran a otro país. Los chilenos que viajaban a la Isla, lo hacían sin mayores precauciones, pero soportaban menos los muchos imprevistos. No faltaban las ocasiones en que llegados a Pargua en viaje desde Puerto Montt, no había lancha para proseguir por estar en reparaciones. Se esperaba horas y a veces, en domingo, hasta un día completo. Así, por la forzosa espera nacieron los negocitos y hospederías en Pargua. Luego el cruce y nuevamente el otro balseo en Pudeto, si es que había lancha a tiempo. Si no estaba la embarcación había que hacer señales con grandes fogatas para lograr que se enteraran al otro lado. Los pasajeros llegaban agotados a Ancud a esperar el bus a Castro. Todo por ir a comprar algunas cosillas importadas. El chilote jamás reclamaba, el afuerino sí, y lo hacía con exageración. Cuando podía iba directo al diario a poner su reclamo, pero quizá era más por el deseo de dejar constancia de su condición de foráneo. No era fácil movilizarse, es verdad, pero los afuerinos solían hacer de la incomodidad un verdadero escándalo. Eran las consecuencias del terremoto que creó dificultades ya resueltas en el continente en el mismo año 1960, pero que en Chiloé seguían en 1963 como el primer día. Es de imaginar entonces el contraste entre viajar por tierra entre 1960 y 1963 y hacerlo más cómoda y tranquilamente por mar como siempre ha sido el modo natural de viajar de los chilotes.

Un ferry en el Canal y el puente Pudeto -que se estimaba tendría una extensión de 380 metros- estaban en primera prioridad y en esto había acuerdo entre ancuditanos y castreños, porque aunque los últimos lamentaban que ambas obras estuvieran en la jurisdicción de Ancud, no se les ocultaba que tanto el cruce del Canal como del río, con el ferry y el puente respectivamente, beneficiarían directamente a Castro. En efecto, todas las esperanzas estaban puestas en el ferry que luego de llegar a Chile, estuvo tres años en Talcahuano sometido a reparaciones, según se decía, pero a ningún chilote se le escapaba que eso sonaba a «chiva». En Talcahuano estaban los mejores equipos y los más aventajados técnicos para hacer un acondicionamiento rápido. Tres años demoró esta operación, mientras los chilotes se desesperaban. El ferry había

sido remolcado desde Panamá por el carguero «Federico Schwager» en 1961. Había operado allí después de haber prestado servicios -al parecer- en Nueva York. Era una vieja nave construída en 1927 y costaba creer que pudiera cumplir bien su cometido en un canal tan correntoso como es el de Chacao. Sin embargo, podía cargar una treintena de vehículos y más de 400 pasajeros y cruzar el Canal en 20 minutos, es decir, en menos de la mitad del tiempo empleado por las lanchas, las que para neutralizar un tanto la fuerza de la corriente, debían navegar haciendo un semicírculo entre ambos puertos. El ferry era capaz de hacerlo en línea recta.

Por fin, en 1964, el ferry llegó a Chacao con el nombre de «Alonso de Ercilla» cuando se estaban concluyendo los trabajos en los muelles de ambas orillas, obras iniciadas en 1963. También se estaba terminando la construcción del puente Pudeto. El arribo del ferry fue el acontecimiento más importante de lo que llevaba corrido la década. Era el mes de mayo y desde todos los puntos de la Provincia y desde Castro en especial, salieron las caravanas de vehículos a darle el recibimiento. Una pomposa ceremonia de inauguración congregó en Chacao a ministros de Estado, autoridades chilotas, parlamentarios y un inmenso gentío que haciendo sonar las bocinas cruzaron con sus vehículos el puente Pudeto por primera vez, cuando aún estaba inconcluso, pero habilitado para la ocasión y sólo para vehículos livianos, como autos y camionetas.

Las numerosas obras viales que se realizaban en Chiloé en 1964 y que comprendía caminos desde Castro y desde Ancud en varias direcciones, reparación de los viejos, trazados de variantes, los muelles del Canal, el puente Pudeto, el puerto de Chonchi, malecones de defensa en Castro y otros pueblos, el mismo ferry, etc., obras muy aplaudidas en la Provincia, eran en buena parte financiadas por Estados Unidos con fondos del programa «Alianza para el Progreso» y «Plan Eisenhower». Con el ferry comenzaron a notarse de inmediato los efectos de una más cómoda travesía. La empresa de camiones «Transportes Progreso» fue le primera en llegar a Chiloé a poner su flota de vehículos a disposición de los productores. Entre 1961 y 1962, cuando el cruce se hacía en lanchas, el número de pasajeros que cruzaba el Canal en uno y otro sentido en un mes era de unos 5.000. En 1963 había subido a 7.000. En enero de 1964 pasaron 10.000 sin contar todavía con el ferry. Antes de 1964 el número de pasajeros era de 45.000 al año. Desde la instalación del ferry subió a 88.000 pasajeros y unos 7.000 vehículos. Así comenzaba la era del camino.

Pero en 1964, antes de inaugurarse el ferry y el puente Pudeto, -y aún después- había turistas y castreños que preferían viajar en los barcos regionales

para evitarse las molestias del Canal y río y andar al cuidado de sus maletas y equipajes que era un lío insufrible en cada cambio de bus. Lo mismo pasaba con los chilotes de las islas que, en general, se resistían a cambiar los barcos por los extraños y nuca vistos microbuses. Pero, con todo, entre 1962 y 1963 el número de viajeros por tierra era manifiestamente superior a 1961, aunque el mayor gentío no fuera más de un centenar de pasajeros diarios entre Castro, Ancud y Puerto Montt que, no obstante, parecía una muchedumbre cuando estaban con sus maletas frente a la Plaza de Castro en las horas de llegada y salida de buses.

Rápidamente iban quedando atrás los años en que don Aniceto Ampuero inauguraba el recorrido entre Castro y Ancud en su famosa y legendaria liebre, y de don Manuel Muñoz con su «góndola» celeste, ambos pioneros en el recorrido por el camino recién abierto en 1958. Pero la «Empresa Ampuero» estuvo en plena vitalidad hasta 1962 incorporando un moderno bus Magirus que todos llamaban «El Pullman» y que fue la mayor novedad para los castreños ya que era una máquina tenida por demasiado elegante para la aspereza del camino. Don Manuel Muñoz, en cambio, abandonó el recorrido a Ancud y comenzó a servir la línea Castro-Dalcahue. También operaba la Empresa Brüning, Buses Chiloé y Cruz del Sur sirviendo la línea entre Castro, Ancud y Puerto Montt. Hasta entonces los pequeños empresarios habían estado adquiriendo máquinas usadas, especialmente en Punta Arenas. Bastaba con una micro para servir el recorrido, pues al principio cada dueño hacía un viaje de ida y otro de regreso conduciendo él mismo, y el número de pasajeros no aconsejaba todavía aumentar las frecuencias.

Pero, no era fácil moverse por tan precarios caminos, por la impuntualidad en itinerarios, por las incomodidades del balseo, y por los molestos trasbordos con maletas a cuestas. Antes de 1962 operaba así: «Cruz del Sur» desde Puerto Montt a Chacao incluído el balseo; desde Chacao a Ancud servía «Buses Chiloé» e incluía el balseo del río Pudeto; desde Ancud a Castro en «Buses Ampuero» o «Brüning». Desde 1962 se podía salir de Puerto Montt en Cruz del Sur y llegar hasta Castro y vice-versa, aunque trasbordando en el Canal y río.

En la segunda mitad de 1961 ya se importaban buses alemanes, especialmente la citada empresa «Cruz del Sur» de don Juan Almonacid que era la más importante y que venía sirviendo la línea Puerto Montt-Ancud desde 1958, extendiendo el recorrido hasta Castro en 1962 al adquirir la línea a la Empresa Ampuero. Incorporó a su flota -tenía más buses que todas las otras empresas juntas- las más modernas máquinas que se podían ver en Chile. En 1963 hacía

tres viajes de ida y regreso entre Castro, Ancud y Puerto Montt. En 1965 aumentó a cinco las salidas desde Castro. En 1967 contaba con 12 buses y puso al servicio nuevas «Magirus-Deutz» con vista panorámica que era la admiración de los visitantes, aunque estas elegantes máquinas sólo hacían el recorrido entre Puerto Montt y Pargua debido a que este tramo continantal estaba, por entonces, pavimentado -comenzó a pavimentarse en 1962- no así el de la Isla. Como decíamos, la otra empresa era «Buses Chiloé» de don Omar Vidal, con buenas máquinas y que muy luego tuvo su propia motonave «Don Amado» para el balseo del Canal, ya que el ferry estaba destinado sólo al transporte de vehículos particulares como autos, camionetas y camiones, pero no los buses ni sus pasajeros, en una época que -como hemos dicho- se cambiaba de máquina al otro lado del Canal. «Buses Chiloé» salía tres veces al día desde Castro a Ancud y Puerto Montt en 1963. La empresa del osornino Agüero inauguró el recorrido entre Castro y Osorno en 1964, aunque esta línea subsistió sólo corto tiempo. En Puerto Montt se tomaba -si se llegaba a tiempo- los buses «Lit» a Santiago, aunque se preferia viajar en tren.

Así como aumentaban las líneas de buses, aumentaba también el número de lanchas que complementaban la labor del ferry después de 1964. La barcaza «Bolados» y la lancha «Pumilar» operaban en 1965 resolviendo, en parte, los problemas causados por los contínuos desperfectos del ferry «Alonso de Ercilla». A fines de los sesenta aparecieron los minibuses «Flecha Azúl» de los Minert de Ancud sirviendo la línea Ancud-Castro-Quellón y que data, al parecer, de 1968.

El tráfico entre Castro, Ancud y Puerto Montt era el más regular en cuanto que había itinerarios con horarios de salida y llegadas más o menos puntuales. Media hora de atraso se consideraba puntual aún tomando en cuenta que en Chacao había que enlazar con el trasbordador considerando las demoras provocadas por el estado del camino y los puentes. No faltaban las «panas» y costaba mucho que llegara otra micro para continuar viaje ya que no había cómo avisar. Los pasajeros chilotes quedaban botados soportando estoicamente la intemperie en invierno, como si nada, o conversando en amena plática sin reclamar, o emprendiendo la marcha a pie a sus casas sitas en parajes a lo largo de la incipiente ruta. Es verdad que poco a poco se fue mejorando el camino; los empresarios aumentaron el número de máquinas -como hemos dicho- y aparecieron más modernos buses. Pero también es verdad que la transformación del rítmo vital del chilote fue más lento que los progresos en itinerarios y las mejores máquinas.

Camino que se abría era inmediatamente surcado por una góndola de algún pequeño empresario local en un momento en que los habitantes de los pueblos del interior no hacían más de un viaje al mes a Castro o Ancud. Desde Castro a Chonchi se podía transitar bien, mucho mejor desde que se trazó la variante de Nercón en 1962. El flujo de pasajeros entre Chonchi y Castro se incrementó considerablemente, pues se valoraba como ventajoso el camino respecto de la vía marítima. Pero desde Chonchi al sur era casi intransitable, especialmente a la altura de Natri. Desde que comenzó el tránsito terrestre hasta Natri, la línea estuvo servida por el empresario Virgurio Jeréz. Cuando se abrió el camino a Quellón, todavía una huella barrosa y en extremo blanda, las liebres Minert se aventuraron por aquellos lodazales y terrenos sueltos que causaban pánico en invierno. Desde Achao hacia Castro y hacia Ancud se estableció también un recorrido desde que se puso una lancha para el balseo del Canal Dalcahue. Era una barcaza de madera y grandes remos, capaz de cargar un par de vehículos. Parece que la línea de buses entre Achao y Ancud perteneció al empresario don Héctor Arriagada y data de 1962; y del mismo año es la otra línea Castro-Achao-Ancud de doña María de Altamirano.

Lo mismo se hizo entre Castro y Rilán, vía Llau-Llao, Putemún y Tey, camino abierto en 1963, pero puesto en servicio en 1964. Por la misma fecha se enderezaba el camino a Quemchi desde el troncal y la empresa Brüning comenzó a servir entre Ancud y Quemchi en 1965, así como la empresa «Alvarez-Miserda» servía desde 1967 la ruta Castro a Rilán, a San José, a Piruquina, a San Pedro, a Nahuiltad y a Lingue. El número de micros que salían desde Castro a los diversos pueblos iba en aumento. En 1962 eran 24 máquinas diarias lo que no era poco decir para una red caminera recién abierta. Así pues, el camino terrestre comenzaba a tender sus tentáculos a partir de las dos ciudades, tan lentamente como el moverse de los chilotes en tierra firme. Apenas se abría una senda, sólo un poco más ancha que las antíguas y sinuosas huellas para carretas, aparecía una «góndola» como por arte de magia, que inauguraba una nueva era para el poblado, corcoveando sobre las asperezas o casi enterrada en el barro y los hoyos, equilibrándose sobre los débiles puentecillos de madera que junto con el camino aparecían aquí y allá. Así, los pequeños pueblitos marineros que hasta entonces no tenían más que botes, lanchas y goletas o la pasada de algún vapor regional, veían ahora llegar esas fabulosas góndolas desde tierra adentro, desde donde nada llegaba antes ya que no era parte de la vida cotidiana de los pueblos que siempre miraron hacia la marina.

Toda la época de los sesenta fue de ajustes. No se crea que la góndola cambió de súbito el modo de moverse de los chilotes. En realidad, todo era

todavía tan nuevo y al mismo tiempo tan elemental, tan de «frontera» que, como hemos dicho, nada se ajustaba a horario, porque para tales incipientes caminos secundarios -lodazales en invierno- ningún chofer hubiera podido estar seguro de su hora de llegada, si es que lograba llegar, porque transitar por tierra era aún una aventura. El camino de ida ya no era el mismo al regreso Una lluvia prolongada lo alteraba completamente si es que no lo cortaba. La góndola llegaba a la hora más impensada. Salía cuando había pasajeros, si no, no había viaje. Los vecinos no se aproblemaban por estas impuntualidades, porque así de impuntual era también el tráfico marítimo. El chilote estaba connaturalizado con su mundo lento, lejos todavía del tiempo cronométrico Con todo, los primeros años de la década fueron muy distintos de los finales, porque en los últimos dos años de los sesenta las comunicaciones interiores y exteriores estaban ya formando parte de unas más frecuentes e imprescindibles relaciones, ya por asuntos comerciales, ya por educacionales, ya por simple deseo de moverse. En cualquier momento podía surgir una urgencia de viaje. A fines de la década, don Mario Azócar inauguraba un servicio de taxis colectivos entre Castro y Ancud. Algo nunca visto. Sin embargo, parece que tuvo corta vida. Con todo, es un buen ejemplo de la gestación de una mentalidad empresaria local, al menos con alguna pretención respecto de las décadas anteriores

Pero, una cosa era tener el continente a la mano y que los diversos pueblos e islas tuvieran ahora una más expedita comunicación con Castro y Ancud, y otra, la inédita experiencia de comunicarse los pequeños pueblos de la Isla Grande entre si. Es verdad que era muy poco todavía, pero ahora un vecino de Dalcahue si quería podía desplazarse por tierra a Natri o Quellón, o un vecino de Achao podía perfectamente viajar a Chonchi sólo que trasbordando en Castro Se abría de este modo, la posibilidad de entablar los primeros negocios y relaciones a través de la góndola entre puntos que tradicionalmente tuvieron sólo la ruta marítima. Ya se estaban iniciando los intercambios de efectos Comprar ganado en Linao y trasladarlo por tierra hasta Curaco era posible. La micro hacía más cómodo el traslado de productos a la feria de Castro. Ya no se mojaban los sacos, al menos con agua salada. Era también más seguro viajar por tierra con mal tiempo y casi siempre con más rapidez si se tenía la suerte que el camino aguantara un súbito temporal. Por otra parte, subirse a la góndola -como le llamaban todavía en los pueblos- era un asunto que exigía una mejor presencia. Las mujeres ya no tenían para qué andar descalzas, como andaban cuando navegaban en goletas o lanchas. Ahora la isleña viajaba a la ciudad con zapatos, y poco a poco fue quitándose el rebozo negro para lucir su traje sastre, es decir, el *paletó* y la pollera, al menos en sus visitas a la ciudad. Las comunicaciones comenzaron también a marcar el fin del *tamango* en los hombres

y, aunque estos cambios no eran generales, los pocos ejemplos permitían aquilatar lo que estaba haciendo el camino terrestre y los buses en la transformación de la vida en la Provincia.

Pero, pronto los chilotes advirtieron que el ferry «Alonso de Ercilla» no era la solución para el Canal por ser embarcación vieja, pesada y sobre todo, cansada. Desde su llegada a Chiloé fue sometida a tan intenso trabajo que no lo podían soportar sus escasas fuerzas, a pesar del papel complementario que cumplían las lanchas particulares. Tampoco resultaron adecuados los muelles. Hubo accidentes desde que comenzaron a usarse. Más de un auto cayó al Canal por no «achuntarle» a la rampa del ferry, porque generalmente la nave no estaba quieta a causa del oleaje y sobre todo, la corriente. En «días malos» -todos los chilotes saben como es el Canal con viento sur y con vaciante- el ferry no podía atracar, porque los muelles se extendieron más afuera para neutralizar los efectos de las mareas, y el atraque se hacía tan retirado de la orilla que el trasbordador quedaba sometido al capricho de las olas, del viento y de las correntadas. Así no era posible se mantuviera pegado al *cabezal* ni con el motor a toda marcha. No faltaron los casos en que el ferry salía de Chacao, llegaba a Pargua y regresaba a Chacao sin haber podido desembarcar ni embarcar por no sufrir los embates de las olas contra el muelle en los días especialmente malos. Además, con tanto maltrato quedaba inutilizado debiendo ser sometido a reparaciones periódicas en Puerto Montt, donde se trabajaba con una lentitud asombrosa, o conducido a Talcahuano, quedando los chilotes sin ferry por meses. Por eso, entre 1964, y fines de la década, se volvió a esgrimir con fuerza la idea del puente sobre el Canal que proponía sin desmayo don Félix Garay, tanto que hasta los más escépticos comenzaron a apoyar esta iniciativa que, sin embargo, no se concretó. A juicio de los entendidos, un puente allí demandaba mucho dinero y sólo se habría justificado si la producción de la Provincia hubiera sido tal que no fueran suficientes los barcos. Pero mirado al revés, quizá un puente en el Canal hubiera estimulado la producción y las inversiones en la Isla. El puente no se hizo, a pesar de la favorable posición que tenía don Félix Garay como diputado demócratacristiano por Chiloé durante el gobierno del Presidente don Eduardo Frei Montalva.

Funcionando apenas, el ferry era, no obstante,imprescindible en el Canal, aunque hacia 1965 la opinión pública estaba de acuerdo en que un solo trasbordador sujeto a frecuentes reparaciones no bastaba para el creciente tráfico. Se pedía se instalaran dos ferry-boats nuevos, al tiempo que se criticaba la inutilidad de los embarcaderos. En realidad, nos queda la impresión que los estudios para la ubicación y construcción de los muelles de Chacao y Pargua,

se hicieron cuando el Canal estaba en pleamar, un día sereno y apacible, como suele ser el rostro del «Desaguadero» con buen tiempo ocultando su verdadera naturaleza, como cuando pasa bramando con la vaciante o cuando se irrita con el «surazo». O quizá se haya confiado más en las pruebas de laboratorio donde se reproducían las condiciones del Canal. Pero, obviamente, no es lo mismo una prueba en laboratorio que una prueba en el mismo Canal con vaciante y viento sur.

Durante la década se incrementó el número de camiones que desde Castro -también desde Ancud- sacaban las papas al norte y regresaban con carga surtida, especialmente fruta. Parece que la primera vez que llegó un camión con fruta a Castro, fue por 1963, cruzando en lancha el Canal y el río Pudeto. Era algo increible. Llegó cargado de naranjas a granel, harto machucadas por los muchos zangoloteos. Por entonces un kilo de naranjas valía por decir, 5 escudos en las fruterias y aquel camión instalado frente a la plaza las vendía a 2 escudos el kilo y 3 kg. por 5 escudos. La gente se juntaba a ver la novedad y a comer naranjas sentada en los bancos de la plaza. Después, con el ferry, los camiones fruteros comenzaron a verse con más regularidad.

También estaban los camiones que transportaban la remolacha a la planta de Llanquihue, aunque este tráfico seguía haciéndose también por mar con lanchas, lanchones y barcos. En realidad, sólo con la apertura de la Panamericana a través del Canal, y con el Puerto Libre, comenzó la era del transporte camionero. Antes, los pequeños camiones Opel se limitaban a la circulación dentro de la ciudad o conducían carga importada a Ancud. Pero después de 1964 ya casi no se veían otros vehículos que no fueran los pesados y modernos Mercedes Benz o Fiat para el transporte hacia y desde el continente, aunque el número de transportistas castreños dedicados regularmente a este oficio no llegaba a 10 durante la década. Con los camiones aparecieron los choferes -chofer camionero- y los peonetas, ocupaciones prácticamente nuevas en Castro, al tiempo que los pueblos de Chacao y Pargua comenzaban a vivir de pensiones, hospederías, residenciales y boliches para los viajeros y transportistas que, aunque no quisieran, debían muchas veces pasar la noche en uno de estos dos pueblos a causa de las mareas y los desperfectos del ferry o de las lanchas. El puerto de Chacao se consolidó así como puerta de entrada y salida de Chiloé, y de villorrio aislado, excéntrico y escasamente conocido aún por los chilotes, se transformó en el paso obligado de unos 80.000 pasajeros que entraron y salieron en 1964. San Antonio de Chacao -como es su pomposo y real título- volvía a tener significación, aunque no tanta como la que tuvo en los siglos XVII y XVIII, cuando era residencia de los gobernadores y puerto del comercio exterior

de Chiloé hasta que fuera reemplazado por San Carlos de Ancud como puerto de la Provincia en 1768, y así también Pargua se pobló de negocitos ínfimos que ofrecían tortillas calentitas, niñitas que vendían manzanas, grosellas y chupones en canastitos de junquillo a los pasajeros, en fin, hombres que ofrecían pescados. Y, atraídos por este minúsculo comercio, llegaban a Pargua algunos portomontinos a ganarse la vida. Estas pequeñas cosas iban haciendo cambiar la tranquila existencia cotidiana de aquella gente que por siglos había vivido dispersa y en completa privacidad en el lado norte del «Desaguadero».

Pero, los progresos en las comunicaciones terrestres y el aumento de vehículos, no se conciliaban con la elemental distribución de bencina en Castro y Ancud. Apenas una bomba bencinera en cada uno de estos dos pueblos principales de la Provincia, aunque para resolver la demanda se proyectó en los mismos años sesenta, un terminal petrolero en Castro. Mientras tanto la bencina llegaba en tambores desde Puerto Montt, generalmente en lanchas. En este sentido, poco habían cambiado las cosas desde los años cuarenta. Una mañana de 1965 una lancha atracada en el costado sur del molo -o lo que quedaba de él- y cargada de tambores de bencina, se incendió y estalló. Tambor tras tambor volaba lanzando impresionantes hongos de fuego al cielo. Un barco atracado al espigón tuvo que salir a todo andar para no incendiarse. La ciudad se estremecía con cada explosión y tanto era aquel fuego y tan horribles los estallidos que los bomberos no tenían ninguna posibilidad de acercarse. Miraban desde buena distancia, como el resto del público, que el incendio se apagara por sí solo cuando estallara el último tambor.

Pero, el camino fue como un canal de regadío por el que entra el agua si bien no a raudales, al menos dando vida a la tierra. Las estadísticas son elocuentes si se toma en cuenta el número de pasajeros que cruzaron el Canal en una y otra dirección durante la década. En 1964 entraron y salieron 87.021 pasajeros; al año siguiente lo hicieron 124.493; en 1965 pasaron por el Canal en uno y otro sentido 161.083; cifra que se elevó a 196.830 en 1967, y a 237.388 en 1968, llegando a 263.055 en 1969.

El tráfico vehicular seguía el mismo ritmo ascendente. Entre 1964 y 1969 el creciente número de vehículos que entraron y salieron desde Provincias, nos da una idea del significado de la vía del Canal para Chiloé, como se aprecia en las cifras siguientes: En 1964 entraron y salieron 6.847 vehículos con una abrupta subida a 15.193 en 1965 y a 21.335 en 1966; en 1967 los vehículos que pasaron por el Canal fueron 28.179 y 35.908 en 1968, llegando a 39.319 en 1969.

El tráfico terrestre coexistió durante toda la década con el transporte marítimo. Pero mientras el camino se beneficiaba con el ferry, el puente Pudeto y, a fines de la década, con el inicio de la pavimentación de la ruta -lentamente, es verdad, pero avanzando- el transporte marítimo, todavía intenso, mostraba algunas desventajas, porque el puerto de Castro experimentó un retroceso de medio siglo al sufrir su destrucción total por efecto del sismo de 1960.

El mayor esfuerzo de los castreños entre 1960 y 1962 apuntaba a conseguir la reconstrucción del espigón. Las comisiones que viajaban a Santiago en 1961 con tal objeto y con carpetas llenas de papeles, eran el pan de cada día. Volvían llenas de esperanzas. Las promesas de las autoridades eran como para ponerse a soñar con un gran puerto. Las visitas a Castro de personeros de la Dirección de Obras Portuarias, tampoco faltaron. Pero, o miraban el molo desde lo alto del Pasaje Díaz para no embarrarse los zapatos, o se limitaban a estudiar las fotografías del molo destruido. Las soluciones se dilataban demasiado y las explicaciones por la demora no faltaban. Sin embargo, no eran convincentes. En 1961, el Director de Obras Portuarias prometió que el nuevo puerto -que la opinión pública castreña daba por un hecho- sería de tal envergadura que obligaba a tomar más tiempo para su estudio. Por su parte los castreños entendían que les sobraban razones para exigir la inmediata reconstrucción del espigón, fundados en que se contaba con el aporte económico que hicieron los gobiernos de Estados Unidos y de Argentina -por lo menos eso se comentaba- precisamente para la construcción del puerto de Castro. No obstante, el mismo año de 1961 los castreños quedaron mudos al saberse oficialmente que no se construiría un nuevo puerto, sino que la carga saldría y entraría por Chonchi, cuyo molo se estaba concluyendo y, para neutralizar las protestas de los castreños, se prometía la pavimentación del camino entre ambos pueblos. En realidad, no era una insensatez que el gobierno se decidiera por Chonchi ya que este pueblo tenía su propio espigón, casi terminado y distaba sólo 25 km. de Castro, alternativa que, bien mirada, permitiría ahorrar una enorme suma de dinero. Por otra parte, no poco se había invertido en aquel puerto y había que darle un destino. ¿Qué mejor para los chonchinos que ver elevado su pueblo a la condición de «puerto de Chiloé» y desplazar a los orgullosos castreños que no habían hecho otra cosa que gastarles bromas durante siglos?.

Desde entonces el castreño comenzó a resignarse a ceder ante Chonchi -pero también ante Ancud- su condición de puerto y aceptar que la única vía posible para el despegue económico era el camino terrestre, sin antes manifestar su indignación ante la medida de trasladar el puerto a Chonchi en una acalorada

discusión en cabildo abierto celebrado en 1961 y dirigido por el alcalde don Silvio Pérez Torres.

Pero, aún sin molo, no dejaron de recalar los barcos de todos tamaños y procedencias. Las grandes motonaves alemanas, por ejemplo, tomaban puerto sólo en Castro. El número de naves solía llegar a cinco simultáneamente, todas a la gira, excepto los pequeños vapores regionales que se aventuraban a atracar en los restos del espigón. Era una osadía hacerlo entre 1960 y 1962 en esa masa informe de cemento. Cuando lo hacían era en bajamar, porque las pleamares cubrían enteramente el sitio de atraque. El capitán debía saber muy bien los horarios de las crecientes y vaciantes y calcular el tiempo que disponía para cargar y descargar. A pesar de que el puerto quedó hecho «la nada», el tráfico marítimo aumentó en los primeros 4 años de los sesenta. Las urgencias provocadas por el sismo y la destrucción de la red vial, no dejó otra alternativa entre 1960 y 1964 que la vía marítima para toda la carga, desde la ayuda extranjera hasta el reabastecimiento del comercio, especialmente de materiales de construcción. Por otra parte, los barcos de la Armada se veían también permanentemente en el puerto ayudando en esto o en aquello. La carga importada seguía llegando obviamente por mar. En conjunto, la actividad portuaria tomó un momentáneo repunte hasta 1964. Desde ese año en adelante, sin embargo, comenzó a notarse una progresiva disminución en las recaladas de los barcos de carga. Los viejos vapores como el «Taitao», el «Trinidad» y el «Austral» seguían navegando en 1961, pero ya se había incorporado el moderno «Lago General Carrera», pequeña motonave que los castreños llamaban despectivamente «de bolsillo». El «Navarino» y el «Villarrica» continuaban con el tráfico a Punta Arenas llevando pasajeros y carga surtida de consumo habitual en esa austral ciudad.

Pero, como hemos dicho, los cargueros llegaban también a Chonchi y Ancud, excepto los barcos con mercadería importada. En 1961, Ancud comenzó a hacer esfuerzos por ser el puerto de Chiloé, compitiendo en ésto con Chonchi y protestando que la carga importada destinada a Ancud, o parte de ella, debía llegar forzosamente al mismo Castro con todas las incomodidades de la descarga y posterior transporte por tierra hasta aquella ciudad, o decargar en Puerto Montt desde donde la mercadería era llevada en lancha o en cargueros nacionales a Ancud. En realidad, la capital de Chiloé estaba recibiendo buques de carga con cierta frecuencia a principios de la década. Esto mismo alentó a los ancuditanos a probar suerte ante el gobierno. En la capital de Chiloé había un «Comité de vecinos de buena voluntad» formado por distinguidos caballeros que podían hacerse oir; y el pueblo contaba con el diario «La Cruz del Sur», que miraba por el interés de Chiloé, pero sobre todo por el de Ancud. Por

entonces se argumentaba que aquel puerto, estando situado en la Boca del Canal de Chacao por donde necesariamente pasaban las líneas de naves que tocaban Puerto Montt, sólo bastaba girar brevemente a la derecha para entrar en la bahía y obviar la molesta dependencia portuaria. Los castreños hacían largos comentarios sobre este desusado empeño ancuditano de reemplazar a Castro como puerto marítimo y salir también al paso de las pretenciones chonchinas.

Sin embargo, la Dirección de Obras Portuarias, después de haberse declarado por Chonchi, sufrió tales presiones de los castreños, chonchinos y ancuditanos que en la segunda mitad de 1961 ya no atinaba a nada aprobando el puerto en Castro, negándolo después, y volviendo a aprobarlo. La gente decía que los que estaban en esa Dirección tenían «un merengue en el melón» y, al final, nadie sabía qué se iba a hacer. Puerto Montt, en cambio, en poco tiempo vió reconstruído el molo de Angelmó, sin necesidad de cabildos abiertos, ni comisiones especiales de vecinos, ni de editoriales en «El Llanquihue», ni disputa alguna con otros puertos de su jurisdicción.

La batalla de los castreños por seguir contando con el puerto no estuvo del todo perdida. Para hacer operable lo que quedaba del espigón, se habilitó en 1961 una pequeña explanada de madera, a modo de muelle, en el costado sur de los restos del molo, capaz para el atraque más o menos cómodo de una motonave «de bolsillo». Era sólo una pequeñez que no resolvía en nada las necesidades, mientras los cargueros y aún los vapores regionales debían operar como en los años cuarenta. Reaparecieron, por lo mismo, los *botes fleteros* y las lanchas y lanchones de carga -ya no era posible volver al tiempo de las *chatas*- que embarcaban y desembarcaban la cargazón. Atracaban a los costados de los barcos para recibir las grandes cajas de mercadería importada, y luego repletas hasta más no poder, descargaban en el puerto y era corriente verlas con el agua hasta más arriba de la línea de flotación navegar el corto trecho desde las motonaves alemanas a la gira hasta el malecón. Otra cosa era con temporal, como el que echó a pique un lanchón de Empremar en 1961 con más de 80 millones de Escudos en mercadería importada.

Entonces se volvió al ataque con nuevos bríos. Se formó en Castro un «Comité pro molo», encabezado -al parecer- por el abogado don Arnoldo Santana, reanudándose los viajes de comisiones especiales a Santiago con maletines llenos de argumentos. Los diputados, por su parte, actuaron con mayor eficacia. Prado y Ochagavía lo hicieron con altura de miras, y, en 1962 se consiguió aprobar -para sorpresa de todos- la reconstrucción del puerto consistente en un recinto de 150 metros de largo por 100 de ancho, en tanto que

el sitio de atraque se haría de madera y sentado sobre pilotes y no sobre bloques de cemento como era el anterior. El presupuesto para tales obras se fijó en mil millones de Escudos. Pero no faltaron las opiniones distintas, aunque sin éxito, como la que postulaba desechar la idea de molo y construir un nuevo muelle como prolongación de calle Blanco. La aprobación de la reconstrucción del puerto fue, obviamente, un gran logro, a pesar de que la vía marítima comenzaba ya a ser disputada por el camino terrestre, lo que, sin embargo, todavía no era cabalmente advertido por la mayoría.

Todo el recinto portuario fue rellenado con ripio para levantarlo casi dos metros. El cabezal se hizo de gruesas vigas de madera y algo más afuera que la línea del antiguo y de 70 metros de largo por 11 de ancho, capaz de permitir el atraque de los más grandes cargueros. Más tarde se construyó una bodega metálica destinada a almacenar la mercadería importada y, después, se levantó el moderno edificio de Aduana en el mismo sitio que ocupaba el anterior destruído por el sismo. Reconstruído el puerto de Castro, no significó el abandono del de Chonchi que siguió operando, aunque con poco tráfico.

El mismo año de 1962 se inició la construcción de un nuevo malecón de contención en la Avenida Pedro Montt, desde La Playa hasta la esquina de Ramírez, más alto que el anterior, para evitar fuera sobrepasado por las aguas y algo más ancho lo que dio más amplitud a la calle. Todo aquel sector de la Avenida fue también rellenado con ripio y levantado dos metros, tal como el molo.

A fines de la década se contaba nuevamente con un puerto con el aspecto de provisorio, es verdad, pero al menos tan capaz como el de 1960. Sin embargo, para entonces había disminuído mucho las recaladas, predominando sólo la presencia de los barcos regionales. La motonave «Quellón» se incorporó al servicio en 1962. En 1963 se fue al desguace el vapor «Austral» que navegaba apenas y en pésimo estado, tanto que ese mismo año estando en el puerto de Castro, se desprendió una de sus plumas y dejó grave a un obrero. El vapor «Trinidad» también fue retirado de circulación en 1964 con no poca protesta de los castreños que preferían aquel legendario barco en lugar de las más pequeñas, incómodas, aunque veloces motonaves. Ese año entró en servicio el «Capitán Alcázar» en homenaje al Capitán don Luis Alcázar, marino de tomo y lomo que navegó entre 1939 y 1961, y la motonave «Río Cisnes». Más tarde lo hizo el «Calbuco». Nuevos pitazos de motonaves chicas predominaban ahora que los cargueros de mayor tonelaje comenzaban a desaparecer de la vida cotidiana del puerto.

El camino terrestre estaba resultando más conveniente para sacar las papas al continente y movilizar pasajeros en buses. Sólo a Puerto Chacabuco y a Punta Arenas se iba en barcos, o se usaba la vía aérea. La emigración temporal o definitiva hacia aquellas regiones disminuía también, especialmente hacia 1962 con la crísis de la economía argentina que dejó a miles de chilotes sin trabajo en la vecina república, como era el caso de Río Turbio. Estos obreros retornaron a Chile y se instalaron en Puerto Natales y en Punta Arenas o regresaron a Chiloé. En el sur sobraban los brazos y faltaba el trabajo. En cambio, las muchas obras viales y portuarias de Chiloé significó cierta demanda desapareciendo la cesantía. Sólo en 1969 volvió a notarse un repunte en la emigración de chilotes hacia el sur.

Mientras se abría la ruta terrestre por el Canal de Chacao y se renovaba la flota de Empremar, crecía también en importancia la vía aérea, a través de LAN-CHILE que estaba sirviendo a Castro desde mediados de los cincuenta. Naturalmente que no podían ser muchos los que usaban este medio, pero había quienes no estaban dispuestos a sufrir las incomodidades del cruce del río Pudeto y del Canal, antes de 1964, así como las estrecheces de las nuevas motonaves. Los aviones LAN eran los mismos Douglas DC-3 de antes. Unían Castro, Puerto Montt y Santiago tres veces por semana. Otro LAN volaba entre Santiago, Puerto Montt y Coyhaique con escala en Castro a la ida y al regreso. Para viajar a Punta Arenas, se tomaba avión en Puerto Montt. Era, obviamente, el medio más rápido y cómodo, aunque no el más económico ni el más seguro, según decían los chilotes siempre tan temerosos de los aviones y tan confiados en los barcos.

Precisamente un LAN que salió de Castro un día de invierno de 1961 se precipitó a tierra en la cordillera, frente a Chillán, en plena noche, luego de perder el rumbo. Perecieron todos los pasajeros y entre ellos, los jugadores del Green-Cross, y las vecinas de Chonchi, doña María Cárcamo de Andrade y su joven hija Graciela. La circunstancia de haber sido un viaje de urgencia para esta familia chonchina, no tener pasajes y habérselos cedido don Armando Alvarez -quien fuera Director Departamental de Educación y luego Director Provincial- y otro vecino, hicieron del suceso un hecho providencial para ellos. Este accidente no se ha borrado de la memoria. Ha quedado en el historial de LAN-CHILE como uno de los pocos desastres ocurridos a sus aviones; en el historial de Chiloé, por haber salido desde Castro, y particularmente en el de Chonchi, porque enlutó a una conocida familia de aquel pueblo.

Se podía viajar en avión, pero las canchas de aterrizajes de la Provincia

habían sufrido mucho con el sismo. Ancud consiguió la contrucción de un nuevo aeropuerto -era mucho más que un simple aeródromo- con una pista de 1.200 metros pavimentados, luego de quedar inoperable la vieja cancha de aterrizaje de Pudeto. El nuevo aeropuerto quedó situado en el no muy llano paraje de Pupelde a unos 8 km. al suroriente del pueblo, a un costado del camino a Castro. Puerto Montt, por su parte, contaba con el aeródromo Chamiza que prestó servicios hasta después del terremoto, pero muy pronto se construyó un nuevo aeropuerto: El Tepual. El aeródromo Gamboa de Castro, el único relativamente operable que había en Chiloé hasta 1963, no mereció ni un metro de pavimento y ni siquiera la visita de aviones LAN o muy de tarde en tarde, durante todo el año 1961.

Los vuelos se reanudaron en 1962, a pesar del mal estado de la cancha y hasta aumentó la frecuencia a 6 aviones por semana, es decir, uno diario, en lugar de tres por semana como era antes, aprovechando la mayor demanda de pasajes entre 1962 y fines de la década. Por eso, también hasta 1963, la liebre naranja de don Oscar Andrade, que prestaba servicios a LAN-CHILE, se hizo tan familiar para los castreños. Llevaba y traía pasajeros entre el centro de la ciudad y el aeródromo Gamboa.

La construcción del aeropuerto de Ancud echó por tierra un proyecto a todas luces más ventajoso. En efecto, desde 1961 muchos castreños visionarios eran contrarios a que el Estado invirtiera dinero en pequeños arreglos en la cancha Gamboa y contrarios también a la construcción de un aeropuerto en Ancud. Postulaban, en cambio, hacer un moderno aeropuerto en Piruquina para que sirviese a ambas ciudades chilotas. Piruquina ofrecía terrenos llanos y de fácil acceso, sobre todo desde Castro. Un aeropuerto allí hubiera permitido, además, ventajas adicionales de todo tipo al interior de la Isla Grande. Por otra parte, el enorme costo del aeropuerto Pupelde no se conciliaba con su situación demasiado cercana a Puerto Montt, lo que más tarde quedará en evidencia con los nuevos jets, porque saliendo de El Tepual no alcanzaban a elevarse cuando ya debían aterrizar en Pupelde, pista que, además, no era absolutamente llana. Por esto y por aquello, andando el tiempo, el aeropuerto Pupelde pasó con más pena que gloria. Y en cuanto a Castro, si se hubiera construído un aeropuerto en Piruquina, habría dejado libre el plan de Gamboa para la expansión urbana hacia aquel sector, sin duda el mejor dotado de cuantos parajes hay en los alrededores de Castro.

Algunos pueblos pequeños de la Isla Grande que todavía no merecían el beneficio del camino, contaron con pequeñas canchas de aterrizaje para recibir

aviones Cesna. En siete u ocho de estos pueblos se construyeron canchas, o mejor dicho, se despejó la pampa más a propósito para que sirviera de pista en casos de urgencia. Pero eran muy pintorescos. Había que sobrevolar un buen rato para que los vecinos sacaran sus vacas, cerdos, ovejas y gallinas. Sólo una vez despejado podía aterrizar el avión dando tumbos sobre la pampita cubierta de *mequeres* y *cadillos*.

En fin, Castro estaba mejor comunicado ahora con el resto del país, especialmente desde la segunda mitad de la década en que se consolidó el camino terrestre y la vía aérea. Y lo mismo pasaba con la comunicación interior. Los años sesenta fue la década del camino que tanto desearon los castreños de los cuarenta y cincuenta. Es verdad que eran precarios todavía, pero capaces de poner fin al secular aislamiento de Castro y de toda la Provincia. Entonces era opinión general y de sentido común que al tiempo que se hacía expedito el cruce del Canal con el ferry y se abrían nuevas rutas interiores, la economía del Archipiélago tendría que dar el paso hacia el desarrollo del que se hablaba tanto en Castro por esos años, y permitiría un incremento del turismo facilitado por las conveniencias del Puerto Libre, como se notaba a partir de 1964.

Y los vehículos a motor se pusieron tan de moda que pronto se formó hasta sindicato de choferes y como testimonio de la era del automóvil, del bus y del camión, en los actos del 21 de mayo de 1961 y 1962 desfilaron los choferes con sus máquinas. Algo nunca visto ni oído, insólito para otras ciudades del país, pero ilustrativo de la importancia del camino, del vehículo a motor y del chofer en el nuevo Castro que comenzaba a vivir tan de súbito la época de las comunicaciones.

Pero, mirada la década en su conjunto en el punto de las comunicaciones, destaca el esfuerzo que hicieron los castreños por contar con el puerto, a pesar de que tanto empeño no se conciliaba con la creciente importancia del transporte terrestre. De todas maneras es digno subrayar el papel que cumplió el «Comité pro molo» y muy especialmente la pluma de don Héctor Emilio Márquez -«Milito»- que desde su columna en «La Cruz del Sur» defendió con pasión la vocación marítima de Castro. Pero ya eran tiempos nuevos y, por eso, al terminar la década eran como cosas del pasado la vieja Ferronave con sus vapores, las *chatas*, los fleteros y los *changueros* que se ganaban la vida en las faenas portuarias aportando el colorido de unos tiempos en que todo lo que entraba y salía era forzosamente por mar.

Los sesenta no fueron años que pudieramos llamar marítimos. Los sesenta

se definen en cuanto terrestres y, sobre todo, urbanos, porque la ciudad inició su crecimiento sobre los campos aledaños.

2.

DE LA EXPANSION URBANA HACIA «LA CHACRA» Y DE LOS CAMBIOS QUE EXPERIMENTA EL «CASCO ANTIGUO» DURANTE LA DECADA

2. DE LA EXPANSION URBANA HACIA «LA CHACRA» Y DE LOS CAMBIOS QUE EXPERIMENTA EL «CASCO ANTIGUO» DURANTE LA DECADA

A fines de los sesenta, Castro comenzó a tomar fisonomía y ritmo de ciudad a escala nacional, considerando que en Chile se entiende por tal todo núcleo urbano de 5.000 habitantes o más. Sin embargo, llamo «ciudad» a Castro sólo por no hacer fruncir el ceño al lector habituado a considerarla de este modo -y mucho más para no agraviar a los castreños-, pues con gusto la llamaría «pueblo». Y es que la condición de ciudad parece perder todo el atractivo y sabor local que se me antoja ser patrimonio sólo de los pueblos pequeños. Castro es capaz de sugerirme mucho más como pueblo o villa. De eso no me cabe duda. Puedo abarcarlo de un extremo a otro y, sobre todo, puedo referirme a las cosas más insignificantes que allí suceden sin pecar de simple, porque las cosas pequeñas y aparentemente intrascedentes para un citadino, son las que tienen sentido para quien vive la realidad pueblerina. La palabra «pueblo» me evoca imágines más humanas del hombre que lo habita. Es precisamente eso lo que aquí importa. No obstante, en la segunda mitad de los sesenta, Castro ya no era el pueblo de los años cuarenta. Seguía siendo un pueblo, es cierto, pero más grande y que, sin embargo, conservaba ese vivir en vecindad casi como antaño. Tenía su vecindario tal como sonaba ese viejo concepto cuando se empleaba en la época colonial. Pueblo quiere decir también, andable a pie y con linderos o márgenes que se abarcan de una sóla mirada, como era Castro hasta 1960 con sus ocho cuadras de norte a sur y sus cinco de este a oeste. Y, aunque era urbana, y muy urbana con su hispano y pomposo nombre de «Santiago de Castro» y un escudo de armas que asegura ser «muy leal ciudad», conservaba todavía en los sesenta ese inconfundible sabor a pueblo que ni el largo tiempo de su historia, ni el mayor gentío que la habitaba en la segunda mitad de la década, ni la mayor extensión de su planta, ni las cada vez más regulares comunicaciones con el resto del país, le pudieron quitar. Hasta el campesino chilote cuando viajaba a Castro decía que iba al «pueblo» y muy pocas veces empleaba el término ciudad.

Sabor a pueblo que sin embargo comenzaba a perderse. Hubo un momento en que Castro empezó a desembarazarse de ese cierto aspecto de *burgo* que tenía, reducido a su corto recinto habitado en forma campacta dentro de límites precisos e inmutables, momento en que sus imaginarias murallas fueron derribadas, como cuando la ciudad medieval dio paso a la ciudad moderna, como desahogándose de su encierro e iniciando su dilatación hacia los campos vecinos. De la introversión pasó, casi de súbito, a la extraversión, a la expansión horizontal, como son, por lo general, las ciudades del Nuevo Mundo. Hecha ya la aclaración, llamemos pues a Castro indistintamente «pueblo» o «ciudad» que para el caso es lo mismo.

El sismo de 1960 dejó unas 500 familias castreñas sin hogar, ya por estar sus casas inhabilitables debido a los destrozos sufridos, ya por inclinadas a causa del desnivel del terreno, especialmente en las laderas que fue donde más se movió, ya por anegadas como en todo el cordón palafitico, ya enteramente destruidas por el terremoto y los incendios, como en calles Blanco y Thompson. Una mirada al estadio «Pedro Aguirre Cerda», convertido en campamento de damnificados en los primeros días que siguieron al movimiento telúrico, o a la Plaza de Armas, con aquella muchedumbre sin hogar, con carpas y sacos, chales y mantas para pasar las noches a la intemperie, son imágenes muy elocuentes de los efectos que produjo el sismo. Solamente en los sectores de orilla se perdieron unas cincuenta casas llevadas por el mar.

Para los que sufrieron la pérdida de sus viviendas, se construyó apresuradamente una población en los inicios del camino de La Chacra, compuesta por «barracones» provisorios, o «población de emergencia», como se le llamó, en el convencimiento que sólo estaría allí por breve tiempo. Así comenzaba la expansión urbana hacia aquel sector que antes de mayo de 1960 parecía estar reservado sólo para campo. A poco de construidos y habitados, los tristes y humildes barracones comenzaron a llamarse simplemente «la población». Eran casitas idénticas, toscas, elementales. En cada galpón -porque no eran más que eso- vivían dos familias separadas por una pared y, aunque nació como población de emergencia mientras se hacían los estudios para construir casas definitivas, se quedó allí para siempre con el nombre de «Manuel Rodríguez».

Los rústicos barracones de madera, al comienzo sin luz ni agua potable ni alcantarillado, ocuparon una pequeña explanada que los chicos de los años cincuenta llamaban «pampa de los zorzales». Allí se instalaron unas cien familias erradicadas de los barrios palafíticos o procedentes de otros pueblos e islas. Un

centenar de familias se instaló en aquel paraje que hasta entonces había pertenecido al campo y resultaba extraño tanto al sector urbano como a La Chacra, a pesar de estar aquel rincón perfectamente unido a calle Freire, frente al «Roble», punto que siempre se había tenido como el límite urbano norponiente.

Con estos pobres *bohíos* apretujados en una superficie de aproximadamente una cuadra de las regulares de la traza urbana, y con apenas espacio para tres o cuatro callejuelas sin veredas, se iniciaba la expansión de Castro, haciendo desaparecer la verde pampa con sus lozanos pastizales, para dar cabida a las casas y callejones primitivos convertidos en barrizales y pozas por la alta densidad de población que se apretujaba en aquel cortísimo espacio que, además, era como una hondonada donde se concentraba toda el agua de lluvia. En invierno de 1961 había tanto barro allí que parecía increíble que sus pobladores pudieran salir de sus casas y, aunque regularmente se echaba bastante ripio sobre los callejones, no se conservaban secos más que un par de días, porque, al cabo, se convertían nuevamente en lodazal.

Entre los moradores de los barracones predominaban los costaneros. Había gente del barrio Punta de Chonos que siempre fueron los más íntimamente ligados al mar. Era curioso verlos allí, porque todo el mundo los conocía como gente de la ribera, y ahora estaban, como quien dice, tierra adentro, lejos de la marina. Sin embargo, después de un breve tiempo, comenzaron a salir por el día a su antiguo barrio donde estaban sus anegados palafitos y sus botes amarrados a los pilotes. Es verdad que no eran muchos los de Punta de Chonos que vivían en estos barracones de emergencia, pero se notaba «a la legua» que eran pescadores. Cuando pasó el temor al cai-cai con sus crecidas que inundaban los barrios de orilla, abandonaron definitivamente los improvisados galpones y retornaron a sus casas dándose a la tarea de repararlas. Otras familias de distintas procedencias llegaban a reemplazarlos. En cuanto se desocupaba una pieza de tan humildes barracones, inmediatamente era ocupada por recién llegados.

En el segundo semestre de 1960, los particulares que tenían terrenos en el primer sector de La Chacra, es decir, entre los citados barracones y la casa de don «Nano» Bórquez, habían parcelado y vendido sus predios y casi de inmediato comenzaba a poblarse espontáneamente con viviendas levantadas sin orden ni concierto en el primer tramo del camino. Ese año había ya una veintena de casas de distintas formas y tamaños, y el viejo sendero, otrora solitario y sin más trajín que el que hacían los pocos peatones, carretas y caballos, se estaba convirtiendo en transitada calle. Casi simultáneamente los propietarios de terrenos situados en el segundo sector, es decir, el que corría desde la propiedad

de los Bórquez-Tirachini y cerro Millantui hacia el norponiente, pusieron también en venta sus tierras en beneficio de la CORVI y Cruz Roja de Estados Unidos. Esta última adquirió los terrenos de don Luis Gallardo y proyectó allí una población para 100 familias, mientras la CORVI hacía lo propio con el resto de la superficie situada en el costado sur del camino, de cara al río Gamboa. Con estas dos formales poblaciones la ciudad comenzaba a encaramarse hacia las partes altas y más bellas de los campos de La Chacra. En realidad era el único sector posible de expansión urbana, tanto por su amplitud como por su topografía de ondulaciones más o menos suaves. Los barrios Gamboa y Ten-Ten, situados en los extremos sur y norte respectivamente, no ofrecían buenas condiciones para la expansión de la ciudad, por estar el primero, río de por medio, y mostrar una morfología más caprichosa, a excepción de la explanada del aeródromo y terrenos adyacentes y, el segundo, igualmente sin terrenos a propósito por ser casi todo áspero y quebrado. Por estas circunstancias el pueblo no siguió el natural desborde urbano que se observa en las ciudades que se dilatan a lo largo de la carretera, como se verificó en el caso de Ancud, que se extendió siguiendo la ruta que la unía con Pudeto. Castro, en cambio, lo hizo por el camino de La Chacra, vía secundaria que no conducía a ninguna parte, excepto a perderse como simple huella en Coihuinco. El mejor terreno era, sin duda, la explanada de Gamboa, pero como hemos dicho en otro lugar, hubiera sido necesario trasladar la pista de aterrizaje.

Las poblaciones se multiplicaron entre 1961 en que comenzó a construirse la financiada por la Cruz Roja de los Estados Unidos, y fines de la década. En 1964, La Chacra ya no existía como campo. Tres o cuatro poblaciones habían surgido aquí y allá. La «Nueva de Castro» de la CORVI, la «Clara Barton» de la Cruz Roja norteamericana, la de «Autoconstrucción», la de los Empleados Particulares, esta última situada en la ex «cancha Tirachini», terminaron por ocupar casi enteramente la parte más llana de la segunda meseta que se levanta a unos 50 metros sobre el nivel del casco antiguo, y que se extiende desde el cerro Millantui hasta el cerrito donde antes terminaba la quinta de manzanas que por los años cincuenta los chicos de «La González» llamaban «de Marcelo Colín». En la cima de aquel cerrito se instaló un estanque de agua potable para las nuevas poblaciones. A fines de la década la planta urbana de Castro se había extendido 1 km. más al norponiente de la calle Freire.

La gran cantidad de casas que comenzó a levantarse en 1965, incluidas las de autoconstrucción, disputaron palma a palmo hasta el último espacio que había disponible en la segunda mitad de la década, sobre todo con las nuevas poblaciones construidas entre 1967 y 1968. Al terminar los años sesenta ya se

miraba hacia los terrenos adyacentes, especialmente los situados al norte del camino de La Chacra, únicos campos que, aunque bastante quebrados, ofrecían ciertas condiciones para proseguir con la expansión urbana.

Y así, La Chacra se fue transformando en una populoso barrio que más parecía otra ciudad. Hacia 1962 el nuevo sector urbano tenía casi la mitad de la superficie del sitio histórico y unos 2.000 habitantes. Pero su fisonomía era bastante disímil, porque su traza era la antítesis del casco antíguo. A diferencia de las calles rectas «tiradas a cordel» de la fundación hispana, este nuevo sector se diseñó con un trazado que se acomodaba muy bien a las condiciones impuestas por el terreno, llano en algunas partes, ondulado en otras. Las calles, aunque rectas, no seguían el plano de damero, sino que combinábanse con diagonales, callecitas y callejones, dando al conjunto una fisonomía un tanto caprichoso, pero coherente con la topografia de aquel sector, cuyo eje era y es el sinuoso camino de La Chacra que desde Freire con Gabriela Mistral llega hasta El Cruce, y con el nuevo nombre de Avenida del Pacífico -porque el Pacífico era originalmente el destino de esta ruta-, única vía que permitía la comunicación entre el sector viejo y el nuevo.

Sin embargo, no eran similares el primer y segundo sector. El espacio situado entre Freire y la casa que fuera de los Bórquez era -como hemos dicho- de nacimiento espontáneo -excepto los barracones de emergencia- con casas a la vera del camino, pero bastante poblado en la segunda mitad de la década cuando surgieron callejuelas perpendiculares a la Avenida del Pacífico, tanto hacia el cerro Millantui, encaramándose por él hasta unirse con las poblaciones formales, y hacia el norte, deslizándose por la pendiente, bien poblado de casas, pero sin ningún orden.

Por Avenida del Pacífico bajaba y subía el gentío, pasando a ser una de las calles más trajinadas desde 1964. Una línea de liebres del recorrido urbano unía la población «Clara Barton» con La Playa, mientras los taxistas comenzaron a vivir del tráfico entre ambos sectores. Pero, más eran los peatones. A fines de la década «Castro Alto», como ya se le llamaba, era como un pueblo satélite que estaba comenzando a jugar su propio rol dentro de la realidad urbana. Ya contaba con servicios. Se multiplicaban los negocios de todo tipo: carnicerías, almacenes, reparadoras de calzado, panaderías, multitud de baratillos y cantinas. Desde 1964 contaba también con una Escuela Hogar, una iglesia católica en 1969; un colegio que los padres franciscanos mantenían en la «Clara Barton»; una escuela fiscal con el nombre de «Escuela 75»; una cancha de fútbol, todavía como *pampa*, al tiempo que comenzaban a verse las primeras iglesias

evangélicas. La quinta de recreo «Villa Palmira» se instaló junto al Cruce y marcó el límite norponiente del pueblo. Más tarde, en los setenta, el cementerio N°2, situado algo más al poniente del Cruce hará que aquellos campos se incorporen, en cierto modo, al radio urbano. En fin, a fines de la década el otrora romántico sector campestre ya había perdido casi enteramente su primitivo nombre de La Chacra, como dijimos más arriba.

Las diversas poblaciones eran de casas idénticas y con pequeños patios. Pero en la misma década -y mucho más en las siguientes- sus moradores comenzaron a hacer agregados diversos, como extender la cocina, incorporar un *soberado* o construir una casita anexa en el patio, lo que venía a ser como un rechazo a la uniformidad. En realidad, las poblaciones se construyeron como en cualquier ciudad de Chile, prescindiendo de las peculiaridades de la cultura chilota y las necesidades del castreño. Por eso, desde que el poblador recibió su nueva casa, no tuvo otra cosa en la mente que agrandar tal o cual pieza, levantar una *mediagua*, plantar un manzano en el patio, hacer un almácigo y construir el gallinero y el chiquero. Todas estas innovaciones permitieron que las casas que nacieron como típicas de población fueran poco a poco tomando el estilo común de la Provincia, porque se intentaba disimular o transformar cuanto fuese posible la casita CORVI uniforme e impersonal.

Pero una cosa era la expansión urbana y otra lo que se hacía en el casco antiguo. Precisamente la fisonomía del sector histórico se fue modificando a lo largo de la década. El sólo incendio y destrucción de buena parte de calle Blanco daba al pueblo un aspecto lamentable después de mayo de 1960, sumado al anegamiento de todos los sectores de orilla entre 1960 y 1962. Desde un comienzo se pensó en erradicar los palafitos que en las más altas mareas de sizigia quedaban cubiertos por el mar hasta la mitad. Sus moradores no vivieron allí hasta bien entrado el año 1961 en que muchos se arriesgaron a habitarlos a pesar del agua y la insalubridad. Se instalaban en el segundo piso por ser el único lugar no anegado. Con ciertas crecidas, la gente utilizaba botes para llegar a sus casas y escaleras para encaramarse al segundo piso. Era pintoresco, pero al mismo tiempo triste ver a aquella gente soportar tan estoicamente las incomodidades. En realidad, el cordón palafítico había llegado a su última ruina.

Los más soñadores pensaban que pronto los diversos sectores de la marina quedarían libres de casas y se convertirían en una larga y sinuosa costanera con abundantes árboles y cesped, porque precisamente así lo contemplaba el nuevo plano regulador. Pero junto con estos proyectos comenzaron a oirse las primeras voces en favor de la conservación de los palafitos, aunque sin argumentos

convincentes y sin levantar, todavía, la polémica de las décadas siguientes. Sólo se insinuaba que había cierta voluntad para defender este patrimonio cultural castreño, único en el país. Los de «Puntechonos» fueron los primeros en defender sus casas palafíticas, repoblándolas calladamente, conscientes de que no les era posible vivir alejados del mar, su sustento cotidiano. En los demás sectores bajos, especialmente Pedro Montt frente al sitio portuario, calle Lillo y Pedro Aguirre Cerda, todos anegados completamente, necesitaron casi dos metros de ripio -incluyendo lo que quedaba del molo de atraque- y la construcción de un nuevo malecón, más alto y más ancho, concluido en 1963.

Tres eran las tareas urbanísticas más importantes en Castro de los años sesenta: la expansión de la planta, la pavimentación del pueblo, y las nuevas edificaciones en el casco antiguo. En efecto, la década del cincuenta había sido de progreso urbano respecto de los años cuarenta, pero en los sesenta es cuando adquiere un dinamismo más sostenido, a pesar de los estragos causados por el terremoto y las mareas, la emigración, la pobreza en que se vió sumida la ciudad y el ánimo abatido que se veía por todas partes entre 1960 y 1962. Por eso los primeros años fueron realmente difíciles y el adelanto urbano ausente. Es verdad que inmediatamente después del sismo comenzaron a verse algunas construcciones particulares de mayor costo y mejor gusto, pero la mayoría de las casas sólo merecieron reparaciones de emergencia o se levantaron nuevas, pero a la rústica, sin ningún sentido estético, tanto que a comienzos de la década se estimaba que Castro había sufrido un retroceso de veinte años en lo urbanístico. Calle Blanco es un ejemplo de ello, pues su alzada desmejoró notoriamente. Muchas esbeltas construcciones de cemento dieron paso a casas más humildes, generalmente aprovechando los escombros de la anterior o edificando sobre el cemento un segundo piso de madera o construyendo nuevas, también de madera, casi ranchitos, cuando la anterior había desaparecido. Todo era como de emergencia. Por entonces el buen criterio aconsejaba la madera en lugar del cemento que había tenido desastrosos resultados con el sismo, especialmente en las pendientes. Calle Blanco sufrió un colapso en su rol de arteria elegante, de aspecto burgués, como lo fue en los años cuarenta y cincuenta. Ahora, las casas sin ninguna estética, hechas a la ligera, desmejoraron la vereda sur entre Thompson e Irarrázaval. No obstante, siguió siendo la calle mayor o principal de la ciudad.

Pero el humilde aspecto de aquel sector de Blanco no se debía a la desidia de sus vecinos -aunque es verdad que algunos tenían sus escombros a la vista todavía en 1963-, sino al plano regulador y ordenanzas de edificaciones que se aprobaron en 1961. El nuevo Plano contemplaba convertir en área verde toda

la zona de pendientes que corre desde Serrano y Thompson hasta la Avenida Pedro Montt -la más castigada por el terremoto-, prohibiéndose no sólo la construcción de nuevas casas, sino ordenándose la demolición de todas las edificadas allí. Pero de nada sirvieron tales ordenanzas, pues todo siguió igual o peor, porque, si bien nadie demolió sus casas -o muy pocos-, tampoco los dueños se atrevieron a hacer algún arreglo de importancia en sus semi-destruidas viviendas. Por otra parte, el mismo Plano Regulador contemplaba la prolongación de calle Latorre, desde Serrano por la pendiente, hasta Pedro Montt esquina Blanco, porque se pensaba que con esto no sólo se resolvería el tránsito al contar con una calle alternativa de subida -Blanco sólo sería de bajada-, sino que contribuiría a mejorar la fachada de la ciudad mirada desde el mar. Lo mismo se quería hacer con Serrano prolongándola una cuadra hacia el norte, y Sargento Aldea, una cuadra hacia el oriente, empalmándo ambas en la «Pampa de las Monjas». Calle Portales se proyectaba como arteria formal en pendiente hasta el puente Gamboa. De todos estos proyectos sólo se concretó el último, pero para ello hubo que esperar hasta los años ochenta.

Así como se reservaban las pendientes para áreas verdes, se contemplaba también -como hemos dicho- la erradicación de todos los palafitos, por estar a merced de las aguas, por antiestéticos -en opinión de algunos- y, sobre todo, por insalubres. A los habitantes de orillas se les ofrecía una casita mínima en el sector alto a cambio de abandonar su palafito. Muy pocos aceptaron y los que lo hicieron, apenas dejaban sus casas, corrían otros a ocuparlas, y así no se pudo conseguir la erradicación de aquellos pobladores, ni la desaparición de las casitas sobre pilotes durante toda la década. Sólo en los años setenta se conseguirá terminar con los palafitos del populoso barrio Pedro Aguirre Cerda, que se extendía pobre pero alegre, entre Thompson y el Puente Gamboa.

En 1962 comenzó a notarse un incremento en las construcciones aprovechando los préstamos otorgados por la CORFO, el Banco del Estado y la Asociación de Ahorro y Préstamo «Reloncaví». Las nuevas casas aparecían sin interrupción unas tras otras en el casco antiguo, especialmente en las calles San Martín y O'Higgins, y los grandes patios de antes, situados en el extremo norte de la ciudad, seguían dividiéndose y poblándose. La demanda de terrenos urbanos fue la nota durante la década, el valor del suelo subió considerablemente; la madera y la mano de obra siguieron la misma línea ascendente. Hasta la pintura se generalizó y las ferreterías no daban abasto, especialmente en 1962 cuando el municipio dispuso pintura obligatoria y el cierre de sitios eriazos, y nuevamente a fines de 1966 y enero de 1967 fecha en que la ciudad se esmeró en remozarse para celebrar sus cuatro siglos de vida.

Los particulares y la CORVI estaban muy activos en la construcción. Se amononaron los pabellones de emergencia -que todos pedían se retirasen de allí porque quedaban frente al hospital en construcción- transformándolos en viviendas mínimas, algo más decentes que antes. Eran 40 casas compuestas de dos viviendas con cuatro piezas cada una, y se construyeron 20 más. En 1963, los pobladores de estos pabellones eran ya otros. Había 116 familias que sumaban 621 personas. No eran sólo los erradicados de otros barrios. El 87% eran inmigrantes campesinos y de otras ciudades del sur, principalmente de Ancud. El resto procedía de los barrios Gamboa, Lillo, Pedro Montt y Punta de Chonos. Otras 50 viviendas mínimas se construyeron en la población «Nueva de Castro» (CORVI), dotadas de luz, agua potable y alcantarillado, al igual que los pabellones de emergencia que también merecieron este beneficio. En 1962 había 227 familias en la «Nueva de Castro» y otras 100 en la «Clara Barton». El 25% de la población urbana de la ciudad vivía allí y con razón el geógrafo Pedro Cunill le llamaba «nuevo centro urbano».

Las construcciones corrían ya a parejas con la pavimentación. La campaña del saco de cemento que tanto entusiasmo despertó en los primeros meses de 1960 antes del terremoto, no prosperó a causa del sismo y se esfumaron por ese año los sueños de pavimentar los cuatro costados de la Plaza de Armas, como era la meta de las autoridades edilicias. ¡Qué esfuerzos debían hacer las provincias para lograr este beneficio tan necesario, sobre todo en Chiloé a causa de la lluvia y el barro!. Pero, después del terremoto y cuando el pueblo estaba volviendo a su normalidad, la Municipalidad puso todo su empeño en hacer de la pavimentación el objetivo primero entre las muchas urgencias, y el cemento fue poco a poco cubriendo las calles. En 1961, cuando el aumento de la circulación de vehículos estaba convirtiendo el área urbana en un lodazal, el alcalde don Silvio Pérez Torres dio inicio a la gran tarea ordenando la pavimentación de tres de los cuatro costados de la Plaza. La primera palada de cemento se echó en el costado norte, frente a la iglesia franciscana en noviembre de 1961. Fue, sin duda, una palada histórica.

La pavimentación de los costados de la Plaza fue el punto de partida para seguir luego con la primera cuadra de calle Blanco y resto de la ciudad. Testimonio de este esfuerzo fue el arribo del carguero italiano «San Felice» con 500 toneladas de cemento, tanto para la pavimentación como para las obras del puerto. Sin embargo, los avances eran tan lentos que se estaba casi un año en una cuadra. Con la pavimentación de los costados de la Plaza, la fisonomía de este principal paseo público comenzó obviamente a verse mejor, porque se mejoró también el cesped y se cambiaron las viejas y chatas bancas, por otras modernas

con alegres colores. Más tarde, en 1965, se instalaron unos feísimos aros de fierro para enmarcar los prados. El viejo quiosco de madera que yacía allí junto al nuevo todavía inconcluso, fue retirado por mediados de los sesenta y llevado a un terreno de La Chacra situado en las proximidades del Cruce. Durante casi toda la segunda mitad de la década estuvo tirado, abandonado y deteriorado en aquella pampa después de haber cumplido su papel en la Plaza de los años cuarenta y cincuenta, cuando daba acogida a la banda, a las fiestas de la primavera, a los políticos con sus discursos. El quiosco de madera que evocaba la alegría de los viejos tiempos, fue a morir solitario en el campo, lejos de todo bullicio.

Hasta 1963 sólo se habían pavimentado los costados de la Plaza, pero en 1964 se hizo lo mismo con las calles San Martín y O'Higgins a todo lo largo, de sur a norte. También se pavimentaron dos cuadras de Blanco, así como Serrano, Thompson, Esmeralda, Chacabuco y Latorre, arterias que concentraban casi todo el comercio y tráfico vehicular. Por la misma fecha estaba en plena marcha la pavimentación de las calles en las poblaciones nuevas de «Castro Alto» y, sobre todo, la Avenida del Pacífico que unía el sector antiguo con el nuevo. En 1965 se pavimentaba la última cuadra de Blanco e Irarrázaval. El alcalde más entusiastamente comprometido con estas obras parece haber sido don Arturo Antóniz que continuó sin interrupción lo iniciado por don Silvio Pérez Torres. En 1969 sólo restaba pavimentar algunas calles como Sotomayor, Ramírez, Sargento Aldea y Magallanes para cubrir lo más importante del casco antiguo. Simultáneamente se pavimentaban algunas veredas y a fines de la década eran ya muy pocas las aceras de tierra. Sin embargo, la pavimentación de las veredas se hacía sin pensar en la estética, porque en muy pocos casos se reservó espacio para césped y árboles, como lo exigía el sentido común.

Los alcaldes de este período fueron bastante dinámicos. Don Silvio Pérez ejerció la alcaldía hasta 1963 con lucimiento, y lo mismo hicieron los que le siguieron y aún los que estuvieron en el cargo interinamente, como don Orlando Bórquez en 1962 y doña Olga Gatti en 1963. Don Arturo Antóniz fue quizá el alcalde que más destacó en el prolongado período de 1963 a 1967 que le cupo ejercer. En 1967 fue reemplazado por don Conrado Krause. En 1968 el titular fue don Ignacio Tapia y en 1969 don Manuel Muñoz. Hasta entonces, la pavimentación había seguido a buen ritmo, pero habrá de descender en la década siguiente.

Así pues, los años sesenta fueron los tiempos del pavimento de calzadas y de algún avance en las aceras. Se dio preferencia a los vehículos más que a los

peatones. Antes de 1958 las veredas centrales de la Plaza mostraban aquel viejo pavimento blanquecino de los años cuarenta, pero en los años sesenta estaba tan disparejo o hundido en tantos sitios que en invierno se formaban miles de pequeñas pozas. Con todo, en los años sesenta fueron quedando atrás los tiempos de la tierra y el barro que marcaron la vida cotidiana de nuestros padres y abuelos. Quizá por eso los castreños de más de 50 años conserven todavía ese caminar un tanto arrítmico, como cojeando, porque aprendieron a caminar en calles disparejas, saltando pozas, deteniendo el paso ante los barrizales, andando a saltitos o caminando a lo *ñango* en el decir popular, o *añangao*, como decían los chicos queriendo significar que era una mezcla de paso cancino y de grandes trancos, según las circunstancias, o un andar cargando el cuerpo a uno y otro lado, como el andar de los patos.

Y en 1964 se pusieron arbolitos en algunas calles, como O'Higgins, o por lo menos se intentó, ahora con más cuidado que en los años cincuenta y muchos de estos tiernos arbolitos prosperaron, así como el césped que algunos vecinos pusieron en su pedazo de vereda. Pero también es verdad que muchos arbolitos murieron quebrados al poco tiempo por los infaltables delincuentes que comenzaban a verse con demasiada frecuencia por las noches. Arbolitos y ampolletas del alumbrado público sufrieron por igual los destrozos de los etílicos noctámbulos.

Castro estaba cambiando de faz. En menos de diez años el aspecto del pueblo había experimentado modificaciones bastante notorias a escala local, aunque conservando su estilo urbano enmaderado y casas de diseño tradicional. Excepto algunos pocos bungalows que se veían por aquí y por allá, y unas cuantas construcciones de cemento, lo demás era esencialmente chilote. Todas las cuadras podían exhibir casas nuevas o reparadas, más apretadas unas con otras, casi sin dejar espacios vacíos. Sin embargo, seguía siendo un pueblo chato con casas de uno o dos pisos. Muy raras eran las de tres. Calle San Martín era, quizá, la que mostraba un mayor número de viviendas nuevas, pero sin que por esto se perdiera su tradicional aspecto, porque, excepto la Escuela Superior con su ampliación de 1961, todas las casas eran de tablas desde la Plaza de Armas hasta Magallanes.

Por entonces había entre los vecinos quienes sabían de cada casa nueva construida en el casco antiguo y no se les ecapaba el más sutil cambio ocurrido en el pueblo. Y era posible saberlo porque el mayor dinamismo en la construcción que decimos mostraba Castro en los años sesenta, no se traducía en más de 20 casas nuevas por año, y hasta era posible pensar que algún interesado vecino

pudiera hasta llevar un registro de todas ellas. Pero así como se ganaba en casas nuevas, los incendios destruían otras. Cinco viviendas se quemaron en 1961 en Portales frente a la plazuela «Gamboa»; otras nueve se consumieron en Esmeralda el mismo año; en 1962 fueron ocho las convertidas en escombros por un incendio en Lillo. Tan grande fue este último que hubo que pedir auxilio a los bomberos de Chonchi y Ancud. Ya podrá imaginarse el inusitado esfuerzo de los voluntarios ancuditanos para cubrir los 90 km. en 1 1/2 horas en la noche por un camino que, conduciendo de día, exigía regularmente tres horas. Y así, entre construcciones nuevas e incendios iba transformándose la ciudad, mientras el pavimento enseñoreaba por todas partes.

Como hemos dicho, para entonces ya no se veían tantas pozas como antes. Los chicos que nacieron en la segunda mitad de la década no conocieron la época de los botecitos de papel en las «lagunas» que se formaban en las calles, ni los juegos en la escarcha que tanto gustaba a los niños de los años cuarenta. Con el pavimento desapareció también la costumbre de baldear el piso, porque ya no se entraba a casa con los zapatos embarrados como antes. Ahora duraba algo más el aseo. Aparecieron las enceradoras eléctricas que echaron al olvido los pesados y rústicos «chanchos»; el choapino se conservaba más limpio y lucía mejor y, en algunas casas más elegantes, hasta se hizo corriente el uso de alfombras finas de procedencia extranjera.

Aunque -como decíamos- había quienes propiciaban la erradicación del cordón palafítico, el barrio Pedro Montt siguió allí, idéntico a sí mismo, sólo que a fines de la década podía exhibir más casas y la hilera se veía más compacta. Los moradores daban renovada vida al sector especialmente en Punta de Chonos, como si el maremoto hubiera sido sólo una pesadilla. En 1969 estaba más colorido que nunca y una cabrería nueva que nada tenía que ver con la antigua pandilla -aquella de «Cachencho» y «Chicaná»- daba vida al sector. Era un largo y sinuoso barrio de orilla, no tan pobre como antes, ya que en la segunda mitad de la década se veía algo mejor presentado, y hasta era corriente ver celebraciones de casamientos, bautizos, santos, cumpleaños y hasta velorios donde no faltaba el whisky, lo que no dejaba de soprender a algunos. Proliferaron los bares clandestinos y las fiestecillas antre familias o amigos que espontáneamente hacían a puertas cerradas hasta que se consumía el licor, como se acostumbraba en los coloniales «cahuines».

En la década del sesenta se construyeron algunos edificios que ayudaron a mejorar el aspecto de la ciudad. El hospital «Dr.Augusto Riffart» se levantó en un amplio terreno situado en calle Freire con Avenida del Pacífico, en los límites

del casco histórico y frente a los «barracones de emergencia». Amplio, mucho más que el anterior que fuera destruido por el terremoto. Se edificó de fierro y cemento, madera y lata, con el título de «Regional» y con capacidad para 100 camas, pero chato y agalponado. Se terminó de construir en 1964. Hasta entonces la atención de enfermos se había estado haciendo en una sección de la Escuela Industrial, con todas las incomodidades de imaginar, aunque bien dotado de modernos equipos donados por el gobierno canadiense después del sismo. Con el nuevo hospital y el Policlínico, éste último construido en 1962 con el aporte de la Cruz Roja de Estados Unidos, la atención médica iniciaba un período ascendente, con más camas, mejor servida y con un número cada vez mayor de facultativos. Hasta 1962 prestaba servicios la lancha-hospital «Dr. Fonck», pero en 1967 se incorporó el barco «Cirujano Videla» que, no obstante tener su base en Puerto Montt y no en Castro como exigía la comunidad, la atención médica regional experimentó un significativo adelanto respecto de épocas anteriores.

Se amplió también el Liceo con nuevos pabellones, aunque de madera y tan provisorios como los anteriores que datan de 1959. Las nuevas salas ocuparon el resto del espacio de la vieja «Pampa del Seguro», pero una construcción tan elemental no se ajustaba a la importancia de Castro ni con el crecido número de alumnos que concurrían al Liceo desde todos los puntos de la Provincia. Durante años se había estado esperando un nuevo edificio que tuviera, al menos, la dignidad que mostraba la moderna Escuela Superior, ahora con el nuevo nombre de «Grupo Escolar» que en 1961 se amplió con fondos norteamericanos ocupando toda la cuadra, o la belleza del edificio de la Escuela Industrial. Pero el Liceo no se vio beneficiado con otra cosa que con los citados pabellones que todos juzgaban indignos para Castro.

La Escuela Industrial, en cambio, mejoraba también en otros muchos aspectos. Nuevos pabellones se iban sumando hasta ocupar completamente el patio interior que mira al Gamboa. Es verdad que entre 1960 y 1964 tuvo que compartir las salas de clases con el Hospital, pero ésto no fue obstáculo para que el número de alumnos aumentara constantemente hasta crearse nuevas carreras en 1963 llegando a contar con las tres ramas de Industrial, Técnica Femenina y Comercial, ésta última con las especialidades de Dactilografía, Taquigrafía y Secretariado, subiendo a la categoría de Instituto Politécnico. Atrás quedaban aquellos años de la «Escuela de Artesanos», cuando funcionaba en San Martín. Atrás también quedaban los años de Escuela Industrial, esa de don Facundo Pérez y de don Orlando Argandoña, como directores que fueron.

Ahora, en 1964, don Hugo García Haro inauguraba la etapa de Instituto Politécnico, «Poli» en el decir cotidiano.

Aunque el gimnasio cubierto se puso al servicio de la juventud en 1960, sólo en 1961 se entregó oficialmente. Con su entrega se cumplía el sueño del gimnasio cerrado que se inició en los años cincuenta en la época del Sr. Montero. Sin embargo, el mismo año 1961, cuando abrió sus puertas, eran muy pocos los jóvenes que practicaban basquetbol y por eso comenzó ocupándose en simples pichangas o en «peleas» de box. Pero, al poco tiempo prendía el baloncesto en la juventud y en la segunda mitad de la década ya el Club Deportivo Estudiantes se destacaba en el sur, mientras los establecimientos educacionales como Liceo y Politécnico se iban poniendo a la par con el Liceo y Seminario de Ancud. Sin embargo, el coliseo, como le llamaban algunos con no poco orgullo, carecía de graderías, era frío en extremo y, a pesar de ser recién construido, goteaba por todas partes.

A mediados de la década la CORFO levantó una casa de madera en Balmaceda para sus oficinas, casa bastante grande como para dar acogida a otros servicios. La misma CORFO construyó un hotel de turismo u hostería en el sitio más apropiado que podía haber en Castro, como era la ex-propiedad de don Félix Díaz, en Thompson con Chacabuco. La hostería, que se justificaba por el creciente número de visitantes que llegaba cada año, pasó a ser el edificio más bello de la ciudad con sus cinco pisos y arquitectura tradicional. Muy luego se levantó el Motel Auquilda, en Gamboa, frente al aeródromo, con una vista excepcional. El edificio de la Aduana también pertenece a la década. Se construyó dentro del recinto portuario en el mismo sitio del anterior que fuera destruido por el sismo. El Banco del Estado hizo lo propio con un edificio nuevo, de dos pisos, en los terrenos de don Edwin Rojas, frente a la Plaza y que en los años cincuenta ocupaba la Confitería «**Para Tí**». El Banco Central levantó también sus oficinas en San Martín, casi frente a calle Sargento Aldea, aunque de madera y de sólo un piso, a pesar de las Ordenanzas de Edificaciones. Parece que se construyó provisoriamente, pensando quizá, en que sólo prestaría servicio mientras durase el Puerto Libre que, a todas luces, parecía no se mantendría por mucho tiempo. La Compañía de Teléfonos de Chile construyó un edificio de cemento, de dos pisos, en calle O'Higgins, entre Ramírez y Sargento Aldea, mejorándo en algo el aspecto del sector.

Otras construcciones importantes fueron el nuevo Cuartel de Bomberos que comenzó a levantarse en 1968, frente a la Plaza, y una nueva Comisaría de Carabineros, en Portales. La Sede Social del Club Deportivo «Arco Iris» en

calle Gamboa, fue otra de las construcciones significativas para el pueblo. Era un buen edificio de madera que incluía un local para la Biblioteca Pública. Por su parte, los hermanos Rodríguez inauguraron en 1961 una moderna panadería que llamaron «Galicia», en la misma calle Ramírez, poco más al poniente de la vieja casona donde su padre había tenido una de las primeras panaderías de Castro en los años cuarenta.

El aseo y ornato, en cambio, no andaba bien. La basura se veía hasta en la Plaza de Armas; en los barrios periféricos como Avenida Pedro Montt eran casi intransitables por la mucha basura que se acumulaba, especialmente en los sectores de Punta de Chonos y el barrio Ten-Ten. Lo mismo se veía en Aguirre Cerda. El pasto crecía como en el campo por todas las calles no pavimentadas. La municipalidad no disponía de los medios para mantener aseada la ciudad y menos para embellecer las calles y plazas. La plazuela de calle Lillo, por ejemplo, que en los años cincuenta era bien arbolada, seguía en estado lamentable después que el terremoto y las mareas la dejaron en ruinas. En el mismo estado estaba la plazuela Henríquez o «Gamboa», como le llama la gente, mientras el mirador Millantui se había convertido en un basural.

En 1961 los bomberos decidieron ayudar a limpiar la ciudad para dejarla más presentable y emprendieron la tarea de arreglar tapias, cortar el pasto de las calles, despejarlas de los escombros, etc., con lo que se consiguió mejorar un tanto el desaseo lamentable que mostraba la traza urbana por entonces. Más tarde, en 1962, cuando don Orlando Bórquez asumió interinamente la alcaldía por ausencia de su titular don Silvio Pérez, dió un paso adelante remozando la Plaza de Armas con pequeños arreglos en el césped, bancas y quiosco.

Desde un comienzo la luz eléctrica no iba de la mano con la expansión urbana y la pavimentación. En realidad la iluminación de las calles tuvo un retroceso tan marcado que a muchos recordaba los años cuarenta. En 1961, la planta eléctrica de Castro, instalada a mediados de los cincuenta en reemplazo del motor de don Carlos Barrientos, seguía funcionando con la catarata del río Gamboa o Tranque, pero como el agua escaseaba en verano, la luz se cortaba frecuentemente o había que racionarla. En 1962 comenzó a operar ENDESA y se inició la electrificación de la Isla Grande con el tendido de cables de alta tensión entre Ancud y Castro y con la instalación de centrales diésel de 660 KVA en ambos pueblos. Desde antes, todos los esfuerzos castreños habían estado apuntando a conseguir la construcción de una central en Piruquina, lo que sin embargo, no se concretó.

Antes de 1963, la principal y más trajinada arteria de Castro, como era Blanco, carecía de luz suficiente. Sólo unas cuantas ampolletas iluminaban algo las noches, desde la Plaza de Armas hasta el Puerto. El resto del pueblo permanecía en tinieblas. Por las calles San Martín y O'Higgins se podía caminar de noche si se conocía bien el trayecto y si se tenía cuidado. Pero muy diferente era hacerlo por los barrios de orilla, donde no había la más leve lucecilla que guiara los pasos de los peatones, lo mismo que en Gamboa y El Tejar. Cuando había incendio por la noche, la oscuridad era causa de serios accidentes, porque los castreños salían disparados de sus casas, como era costumbre en cada siniestro, corriendo por las calles oscuras para ver el espectáculo. Una noche dos viejitas «noveleras» vestidas de negro (¿Quién las podría distinguir de noche?) fueron arrolladas por el recio Cesar Muñoz, que corría casi a ciegas a ver el incendio con grandes zancadas. Las dos viejitas sintieron que un camión o una aplanadora pasaba sobre ellas.

En 1963 comenzó la instalación de postes de cemento en todo el pueblo. En 1965 se inauguró el tendido eléctrico en la población «Clara Barton», pero la luz no llegaba con fuerza todavía ni todas las calles contaban con las necesarias ampolletas. Piloto Pardo, por ejemplo, no tenía ni una sóla desde la segunda curva hasta Punta de Chonos. El Puerto, que operaba a medias a pesar del tráfico que todavía se observaba, carecía de iluminación o costaba mucho mantener las ampolletas en su sitio por los infaltables robos que obligaba al Municipio a reponer todos los meses un centenar de ampolletas del alumbrado público. Los pasajeros tenían que embarcar y desembarcar a oscuras. Una de esas noches de principios de los sesenta, una señora cayó al mar desde la cubierta de un vapor regional a causa de la oscuridad. Fue rescatada a tiempo, pero ¡tamaño susto que se llevó!.

Por entonces se hicieron comunes las lámparas «Petromax» en el interior de las casas, debido a los frecuentes cortes de luz y racionamientos. Y en las calles, los peatones que salían de noche debían hacerlo con linternas. Nunca había habido tantas linternas como en 1961 y 1962. Aunque se contaba con dos o tres pequeños motores diésel, la luz era insuficiente y de escasa potencia. Por eso, como a las 11,30 de la noche bajaba violentamente el voltaje y luego subía con fuerza por breves segundos quemando ampolletas y radios. Parece que en la segunda mitad de 1962, calle Blanco contó con ampolletas de mercurio que fue la gran novedad para el pueblo, pero no lograban encender bien -al menos no todas al mismo tiempo- por la escasísima energía. Por eso, Blanco fue durante un corto tiempo la calle de las luces titilantes. Por breve tiempo, pues muy luego las luminarias fueron retiradas de allí e instaladas en la Plaza de Armas.

Sin embargo, el cambio no fue afortunado, porque además de no encender bien, una noche los cacos -que ahora abundaban y eran más pillos que antes- se robaron todas aquellas 34 ampolletas de mercurio y la Plaza quedó a oscuras.

Desde 1964 se contó con la energía eléctrica a través del Canal y que llegaba desde Pilmaiquén o «sistema interconectado». La luz llegó, por fin, con fuerza. La postación de cemento estaba casi concluida y se habían instalado nuevas luminarias, sobre todo en 1965, año en que fueron importadas desde Alemania. Por empeño municipal éstas fueron apareciendo poco a poco al menos en las calles más centrales y la ciudad pudo contar con una regular iluminación. Sin embargo, el óptimo no se alcanzó durante la década. Había sectores que aún permanecían a oscuras en 1966. La comercial calle Lillo, por ejemplo, tenía una deficiente iluminación, todavía en 1969. Ahora los esfuerzos apuntaban a unir en mejor forma Chiloé con la central de Pilmaiquén a través de más cables tendidos en el fondo del Canal de Chacao entre ambas orillas, esfuerzo que continuó SAESA (Sociedad Austral de Electricidad, S.A.), empresa privada que operaba como filial de ENDESA desde 1967. A fines de la década la Isla Grande estaba ya firmemente incorporada al sistema o red nacional.

Así con estos tardíos adelantos que desde hacía mucho tiempo gozaban las ciudades continentales, por pequeñas que fueran, progresaba Castro, a paso cancino, es verdad, pero ya era notorio el avance en la segunda mitad de la década. Se percibía, además, un crecimiento poblacional, aunque la única referencia que había era el censo de 1960 que, a juicio de los castreños no reflejó la verdadera población del pueblo. En efecto, Castro tenía 6.283 habitantes en 1952 (unos 7.000 habitantes en cifras redondas tomando en cuenta los ausentes temporales), y en 1960 todos los castreños esperaban que el censo diera como resultado una población de 7.500 habitantes o más. Pero, curiosamente, no respondió a los cálculos estimativos. Antes de conocerse el registro oficial, los mismos castreños estimaban que Ancud no podía superar los 7.600. Esta era la preocupación de algunas personas pertenecientes a la vieja guardia y que seguían pendientes de todo aquello que pudiera significar alguna ventaja de Castro sobre Ancud. En éste último pasaba exactamente lo mismo. A tanto llegaba el interés por la población de una y otra, que en ambos pueblos se tenía por afición -al menos algunos vecinos- conocer los nacimientos, defunciones y matrimonios habidos durante el año, y aún el mes, consultando periódicamente los datos del Registro Civil y que reproducía también «La Cruz del Sur». Pero el censo de 1960 que se conoció sólo en 1964, arrojó 7.001 habitantes urbanos en Castro y 7 390 en Ancud. Fue la gran decepción de los castreños y un indisimulado orgullo de los ancuditanos.

Obviamente el censo fue estimado como inexacto por los castreños más entendidos -o quizá, los más localistas- pues objetaban que no se haya considerado la población temporalmente ausente como consecuencia del terremoto, y la población masculina que se hallaba en las faenas de esquila en Magallanes, de lo que dejó constancia la Municipalidad de Castro en su momento. Que el censo de 1960 no reflejó la verdadera población de la ciudad se probaba de alguna forma por el número de viviendas que arrojó el mismo catastro. Entonces había 1.241 casas en Ancud y 1.353 en Castro, de donde se concluía que esta última estaba ligeramente más poblada que la capital de la Provincia. En cuanto a la comuna, Castro tenía 18.262 habitantes, mientras que la comuna de Ancud contaba con 18.207. El censo de 1960 mostró, además, un significativo mayor número de mujeres en Castro. La comuna tenía 7.609 hombres y 10.653 mujeres. En Ancud los primeros eran 8.687 y las segundas 9.520. En marzo o abril cuando regresaban los esquiladores y demás trabajadores temporeros desde Magallanes y Aysén, se equilibraban los sexos. En noviembre nacían cantidades de guaguas. En 1964, el geógrafo Pedro Cunil calculaba la población urbana de Castro en 12.000 habitantes que, dicho por él, era como reconocer el error del censo de 1960. Pero, exageraba también el ilustre geógrafo.

En 1961 había más de 2.000 estudiantes en los diversos establecimientos educacionales de Castro. El Instituto Politécnico aumentó su matrícula con la creación de una sección Técnico Femenina y en 1963 con la sección Comercial. Ese año contaba con 306 alumnos. El Liceo tenía 600, pero carecía de más espacio para aumentar la matrícula; el Grupo Escolar contaba con 1.000 matriculados en 1963 y cerca de 400 la Escuela San Martín. Los casamientos superaban el centenar al año; más de 600 nacían y 200 fallecían. Era, no obstante, casi el mismo débil crecimiento vegetativo que el de Ancud. Y así, a paso lento, la ciudad venía aumentando su población desde los años cincuenta, tan imperceptiblemente que apenas creció en 700 personas en los ocho años que corren entre 1952 y 1960, como es, por lo general, el movimiento demográfico en los pueblos pequeños, periféricos y sin muchas espectativas de desarrollo y que, por lo mismo, pierden a raudales su población adolescente a causa de la forzosa emigración. Más sostenido fue el crecimiento poblacional en la década del sesenta, a pesar de haber perdido centenares de habitantes que emigraron a causa del terremoto. En realidad, el movimiento hacia afuera experimentó una cierta detención entre 1961 y 1968, pero no lo suficiente, pues el salir seguía siendo vocación natural e irresistible para los castreños. Entre ambas fechas regresaron también muchos. Con todo, el crecimiento vegetativo se notaba ciertamente más dinámico, al menos en la segunda mitad de los sesenta. Hacia 1969 la población urbana bordeaba los 10.000 habitantes, lo que significaba

haber duplicado su población respecto de la de 1950. Y como dijimos, Castro extendió también su planta urbana sobre los campos de La Chacra, apresuradamente, explosivamente, rompiendo el esquema de su regular trazado colonial al adquirir una fisonomía más caprichosa en los sectores nuevos, barrios que al principio sólo daban la impresión de un gran campamento alojado en un extremo de la ciudad. Pero, el crecimiento demográfico y la expansión urbana, no iban de la mano con la economía que siguió fijada en los modelos coloniales.

3.

DE LA ECONOMIA DEL «GUALATO» Y DEL «PUERTO LIBRE»: EL CARA Y SELLO DE LA REALIDAD CASTREÑA DE LOS SESENTA

3. DE LA ECONOMIA DEL «GUALATO» Y DEL «PUERTO LIBRE»: EL CARA Y SELLO DE LA REALIDAD CASTREÑA DE LOS SESENTA

Siempre ha sido la papa la base de la economía de los chilotes y el alimento insustituible de los castreños. Claro que hubo mejores épocas, como durante la Colonia, cuando las exquisitas variedades provocaban la más grande admiración entre los foráneos que llegaban de vez en cuando a la Provincia. De aquellos siglos datan también las mil formas del arte culinario centrado en aquel tubérculo, comenzando por el *milcao*. ¿Podría concebirse un chilote prescindiendo de la papa?. Por otra parte, Chiloé fue siempre la capital papera de Chile, al menos hasta los años cuarenta, cuando comenzó a perder terreno frente a otras provincias del sur, declive que era ya muy manifiesto en los sesenta.

Precisamente los años sesenta no comenzaron bien para la agricultura. Hasta 1961 se prolongó el mismo lamentable cuadro provocado por el flagelo del *tizón* que venía arruinando los campos desde principios de los cincuenta, con su secuela de emigración de chilotes rurales. Sin embargo, a pesar de las pérdidas considerables y del bajísimo precio del tubérculo, el grueso de los pequeños agricultores seguía cultivándolo y asumiendo estoicamente los riesgos, aunque naturalmente la producción declinó mucho en ciertos períodos a lo largo de la década. La papa más consumida en el interior de la Provincia y la más apetecida en el resto del país era la *corahila*, precisamente la más atacada por el *tizón*. El mismo año 1961 hubo esfuerzos por introducir semillas colombianas, alemanas y holandesas, más resistentes a la peste, y seleccionar las que permitieran mejores cosechas. La semilla holandesa dio buenos resultados. Quizá, a medidas como estas se deba que la plaga del *tizón* casi desapareció entre 1962 y 1963, pero volvió a presentarse en 1964, aunque sólo circunscrita a determinadas áreas. Las cosechas mejoraron con las semillas «cóndor» y «sedafen», pero la producción se mantuvo muy por debajo de las cifras históricas. En 1963 se destinaban 8.360 Hás. a dicho cultivo, pero la producción había retrocedido al séptimo lugar en el país, bajón que se explica también por los suelos

excesivamente húmedos y, sobre todo, cansados. El rendimiento por hectárea era cada vez menor, el precio era tan bajo que no compensaba el esfuerzo, y algunos agricultores ya mostraban preferencia por el cultivo de la remolacha que comenzaba a ser la alternativa por esos años.

A pesar de todo lo señalado, de la carga que salia por el puerto de Castro, la papa estaba en primer lugar. Los embarques a Punta Arenas sumaban 3.500.000 kilos en 1963. Los demás puertos recibían entre 100.000 y 600.000 kilos. El total de exportaciones hacia distintos puertos del país alcanzaba ese mismo año a 5.000.000 de kilos. Pero, durante la década hubo años mejores y también peores. La mayor demanda estuvo siempre en Punta Arenas con el 71% y en segundo lugar Valparaíso con el 13%. El resto se distribuía en proporciones menores entre Puerto Aysén y Arica, todo ésto en 1963.

El procedimiento de comercialización seguía siendo casi el mismo que en los años cuarenta. La papa llegaba a Castro desde los distintos pueblos, parajes e islas, conducida por los propios productores, tanto por tierra como por mar, para comercializarla en «La Playa», la pintoresca feria del mar castreña. La conducción era tan elemental como antes, lo mismo que el escaso sentido que los pequeños productores tenían de su comercialización. Cada uno viajaba a Castro con una carga de tres o cuatro sacos que vendía a bajo precio, tan bajo que apenas cubría el transporte en chalupón, en lancha o en «góndola». Algo más dinámicos se mostraban los pequeños comerciantes castreños que salían a comprarla al interior pagando precios más bajos aún. Estos últimos podían juntar 100 ó 200 sacos para revenderlos después a los comerciantes mayoristas que poseían bodegas de almacenaje o «barracas» y que distribuían más tarde en el comercio local o los embarcaban a otros destinos. Estos compradores-bodegueros vendían la papa vieja en invierno y la nueva en verano, cuando consideraban que estaba más alta la demanda, especialmente en Punta Arenas.

Pero había períodos muy decaídos. En 1966 se embarcaron a esa ciudad austral unos 500.000 kilos, lo que significaba una considerable baja respecto de 1963. Paralelamente y desde 1962 operaba la ECA en toda la Provincia como «poder comprador». Comenzó adquiriendo 700.000 kilos en 1965, subió a 5.750.000 kilos en 1967. Pero en ésto había un contrasentido, porque mientras los chilotes vendían la papa «a huevo» -a pesar de la ECA que pagaba mejor precio- el gobierno prefirió importar papas en 1965 mientras los insulares quedaban con sus sacos apilados en el puerto de Castro sin saber qué hacer con ellos, lo que se tradujo en una violenta caída de la producción, porque al preferirse la papa europea, no quedó a los chilotes otro remedio que cultivar lo justo para

el consumo interno o dedicarse a la remolacha. En 1969 la baja de la producción llegó a un 35%. Sólo en 1970 tuvo un repunte y la ECA pudo adquirir 10.000.000 de kilos.

Pero había otros rubros, además de la papa. La ECA compraba también maderas y lanas, mientras la agricultura en general se beneficiaba en algo con las maquinarias que ponía el SEAM al servicio de los campesinos para el trabajo de la tierra, destronque y demás faenas. Por su parte, la Universidad de Chile difundía las ventajas del sistema cooperativo, al tiempo que la CORFO estimulaba la construcción de botes, lanchas y lanchones para desarrollar la decaída industria pesquera.

Parece que la producción maderera tuvo en los sesenta un descenso respecto de fines de los cincuenta, cuando los grandes castillos de tablas de mañío, roble o laurel daban vida al puerto y los embarques eran considerables. Pero después del sismo de 1960 casi desaparecieron las exportaciones, quizá a causa de la destrucción del molo y de la suspensión del tren que era el medio que usaban los madereros para sacar la producción del interior. Pero si bien se exportaba menos, la demanda interna de madera en bruto y elaborada subió a cifras históricas como consecuencia de la reconstrucción, aunque un porcentaje de tablas de pino y eucaliptus llegaba también desde el centro del país. Por entonces la más importante área de explotación maderera era Piruquina y espacios adyacentes, y Quellón en el sur, y se pensaba en el posible desmonte de ciertos sectores de la Cordillera de Pirulil, tema que será muy debatido en los años setenta cuando los japoneses se interesen por las astillas y aparezcan los «conservacionistas» en defensa del patrimonio forestal. Pero, a pesar de la baja en los embarques, por el puerto de Castro salían todos los años unas 400.000 ó 500.000 piezas de madera hacia distintos puertos de Chile, sin considerar lo que se cargaba en Chonchi y Quemchi, especialmente este último, en la segunda mitad de la década.

Alguna cantidad de madera se transportaba en camiones hacia el continente. Al principio no eran muchos los camiones que se dedicaban a este negocio, excepto dentro de la Provincia, porque una vez suprimido en tren, los camiones comenzaron a verse con bastante frecuencia transportando madera desde el interior hasta Castro. Pero también llegaba en lanchas y, como siempre, la tejuela de alerce para techos y fachadas. El enorme manto boscoso del oeste y sur de la Isla Grande era un ilimitado potencial que no tenía relación alguna con la corta cantidad de pulgadas que se embarcaban en Castro y con el escaso número de aserraderos que había en la Provincia. Es verdad que en los años sesenta comenzó a estudiarse la calidad maderera de estos bosques,

reconociéndose la vejez de ellos y el poco aprovechamiento de ciertas especies, excepto para leña. En 1963 había unos 80 aserraderos en Chiloé, pero la mayoría estaba en el departamento de Ancud. Castro y su jurisdicción contaba con sólo 9 aserraderos, cinco de los cuales estaban en el mismo pueblo. Don Héctor Vera Macías era uno de los importantes madereros castreños durante la década.

La ganadería, en cambio, nunca fue muy importante en Castro y las pocas cabezas que había no mostraban buen aspecto. El ganado vacuno del centro y sur de la Isla Grande estuvo afectado por la fiebre aftosa a principios de los sesenta, y parece que especialmente fuerte entre 1961 y 1962, sentido como un verdadero desastre por los pequeños ganaderos del Departamento de Castro. En Ancud, en cambio, el mal no se presentó, al menos con la intensidad que en Castro y Chonchi. Sin embargo, había otros males. En 1962 apareció con fuerza la llamada «peste porcina», y la «mancha» que afectó a los cerdos del sector de Ancud, lo mismo que la sarna, el «foot-root» y los parásitos intestinales que era el mal de los ovinos en todo el Archipiélago.

En el norte de la Isla Grande se veían mejores ejemplares. La famosa EXPOSACH de Ancud mostró algunos progresos en 1961 a pesar de la fiebre aftosa y demás males que afectaba al ganado. Los bovinos «de raza» podían, ahora, competir ventajosamente con los exhibidos en la SAGO de Osorno. Hasta entonces, el ganado chilote había sido de inferior calidad que los ejemplares del continente inmediato por falta de terrenos llanos y pastos a propósito. En Castro, en cambio, era muy poco el ganado bovino, a pesar de la introducción de la raza «hereford». Más importancia tenía Chonchi en este rubro.

Por lo mismo, no era mucha la carne que se podía exportar al continente. En verano de 1963 se embarcaron por el puerto de Castro 1.000.000 de Kilos de carne en pie, a pesar de las incomodidades del puerto para este tipo de faenas. Pero precisamente por la incomodidad, los embarques resultaban muy pintorescos, y congregaba a los curiosos interesados en ver las maniobras. Los vacunos eran izados con *lingas* y no faltaban las espectaculares caídas de bovinos al mar o la huida de éstos nadando hacia Ten-Ten. En 1960 había unos 100.000 bovinos y 160.000 ovinos en la Provincia, cifra muy corta, por cierto, comparada con Llanquihue u Osorno. En 1965 los bovinos habían descendido a 78.000. En 1969 Chiloé exportaba o sacrificaba unos 10.000 vacunos. En el consumo interno se preferían las vacas. En 1965 se exportaban o sacrificaban 9.500. La preferencia por el consumo de carne de vaca demuestra que había interés por conservar los bueyes, tan necesarios para la tira en las faenas agrícolas.

La cría de porcinos seguía siendo la mayor conveniencia para los chilotes rurales que aprovechaban la *lavazas*, las papas, las manzanas y los mariscos, alimento, este último, preferido de los «cerdos playeros». La mayor parte de la carne de porcino estaba destinada al consumo interno, especialmente en invierno que es la estación de los *reitimientos*, como es la costumbre tradicional. El ganado ovino ocupaba también un lugar importante en la dieta de los chilotes, especialmente entre septiembre y enero, aunque en proporción menor que el consumo de cerdo. Abundaban las aves de corral, pero no su consumo. Las gallinas y los huevos tenían alguna demanda en Punta Arenas y los campesinos preferían embarcarlas en el «Navarino» o «Villarrica» a aquel destino. Cada chilote que iba a la esquila o a buscar trabajo a Punta Arenas o Natales solía llevar 10 ó 20 gallinas y un centenar de huevos, además de algunas otras cosillas sacadas de las huertas y almácigos urbanos y rurales, todo lo cual no montaba cuatro pesos, pero sintetizan bien lo que cada familia tenía en su campito y nos da alguna idea de la economía de los habitantes rurales vecinos a Castro en los años sesenta.

Si la tierra era mezquina, el mar seguía siendo generoso. Pero la actividad pesquera sólo era artesanal y casi íntegramente destinada al consumo interno, especialmente sierras, pejerreyes, róbalos y merluzas. En La Playa de Castro no faltaban estos pescados, pero también las machas, picorocos, erizos, choritos y cholgas. Desde 1960 se puso en veda el «choro zapato» por efecto del sismo que alteró el fondo marino, haciendo desaparecer alrededor de 100.000.000 de ejemplares en el fiordo de Castro. Pero la producción pesquera estaba en mejor pie en Ancud, donde además había mayor número de pescadores y de embarcaciones menores para tales faenas en el rico estuario del Pudeto. Sin embargo, en Ancud la producción de ostras se vió también resentida y se decretó la veda ya que el sismo destruyó el habitat de unas 500.000.000 de ostras en toda el área, especialmente en el riquísimo Golfete de Quetalmahue. Una muestra estadística puede bastar para comprender la caída de la producción ostrícola en Ancud: En 1951 se sacaban 598.700 kg., cifra que subió a 872.400 kg. en 1958 para bajar abruptamente a 6.200 kg. en 1961.

Con todo, por el puerto de Castro salían unos 14.000 kilos de mariscos y pescado seco en 1963, cifra nada halagüeña para la portentosa riqueza del Mar Interior. En 1962 se pensaba en la necesidad de un barco-fábrica para desarrollar la industria pesquera chilota. En verano de 1963 la producción de pescado en la Provincia era de unos 60.000 kilos, mientras que la de mariscos llegaba a 150.000 kilos. Los cultivos de choros en Putemún y Talcán estaban en marcha y la CORFO ponía especial interés en desarrollar la actividad pesquera en todo el

Archipiélago con métodos más modernos, mientras la Universidad de Chile estimulaba la formación de cooperativas pesqueras, a través de sus oficinas de Castro. Todo, aún en ciernes.

La producción lechera, en cambio, experimentó un crecimiento durante la década y desde 1963 comenzó a transportarse en camiones a la CHIPRODAL de Llanquihue. El grueso de la producción lechera estaba en el norte de la Isla Grande, tanto que sólo entre Chacao y Linao se producía más de 1.000.000 de litros, de los cuales se embarcaban unos 77.000 litros a Llanquihue. Ese mismo año en toda la Provincia se producía unos 4.000.000 de litros principalmente en el área de Ancud y la de Chonchi, además de 35.000 kilos de mantequilla y 1.024.210 kilos de queso, todo fabricado artesanalmente en distintos pueblos del Archipiélago, como los exquisitos quesos de los alrededores de Castro.

Otras producciones menores eran el trigo del que se hacía harina blanca y negra o tostada. Por Castro salían todos los años unos 60.000 kilos de trigo y 20.000 de harina de las dos clases. Pero había también algunas otras exportaciones, como 118.000 kilos de zanahoria; 12.000 de avena; 88.000 de quilineja; 24.000 de luche y cochayuyo; 1.310 kilos de ajo, etc. Los puertos de destino eran Punta Arenas, Puerto Edén, Melinka, Puerto Aguirre, Puerto Aysén, Chacabuco, Puerto Montt, San Antonio, Valparaíso, Coquimbo, Antofagasta, Iquique y Arica. Esta producción que no era mucha, como se puede apreciar por las cifras de exportación de 1963, era la «economía del almácigo», porque casi todas las zanahorias, beterragas, ajos, cebollines, nabos, coles, lechugas, berros, achicorias, perejil, cedrón, etc. que era cuanto podía tener una familia rural, y también urbana, siguiendo el tradicional sistema de la huerta junto a la casa, eran para el consumo familiar y sólo en casos excepcionales se dejaba algo para la venta, especialmente en las ciudades australes que siempre demandaron estos productos, por no prosperar estos plantíos ni en Punta Arenas, ni en Puerto Natales, ni mucho menos en Porvenir.

Se buscaba estimular la producción. En 1961 hubo una original exposición frutícola en Castro y que fuera muy celebrada por las posibilidades que ofrecía la manzana. Eran ejemplares amarillas, rojas, rosadas y jaspeadas. Las había sidreras, como las *camuestas*; de *guarda*; de *libra*; de *media libra*; *reineta*; de *fierro*; de *limón*; «wineaps»; «delicious», etc. La muestra incluía, también, peras, fruta seca, conservas, jugos, licores, legumbres, tortas, dulces, mermeladas de murras, de frambuezas, de ciruelas, etc., todo de fabricación casera. La exposición permitió formarse una idea de lo que se podría hacer en Chiloé con la manzana -y los frutos silvestres-, hasta entonces fundamentalmente destinada

al consumo interno y a la fabricación de chicha, la bebida popular y más corriente entre los castreños y muy apetecida en Punta Arenas y Puerto Natales. En 1963 se exportaron a la primera de las ciudades nombradas la cantidad de 79.000 kilos de manzanas y 97.000 litros de chicha.

Respecto de la actividad industrial, nada había que pudiera merecer este nombre. Apenas unos talleres artesanales con rudimentarios equipos que no tenían mayor significación en la economía castreña. Cualquier ciudad mediana del país estaba mejor dotada de industrias. Sólo había algunos aserraderos y mueblerías, una fábrica de bebidas gaseosas, panaderías, etc. La fábrica de fideos, la más importante industria que tuvo Castro, se incendió a mediados de los años cuarenta y no se reconstruyó. A principios de los sesenta se instaló en Castro la firma «Agrícola Comercial Sur Ltda.» y el mismo año de su instalación recibió modernas maquinarias, al parecer, para tostaduría de café. Se proyectó, además, instalar una fábrica de lápices con licencia alemana, pero no se concretó. En 1961 hubo planes para construir dos plantas lecheras, una en Ancud y otra en Castro con capacidad para industrializar 15.000 litros diarios cada una. Pero la mayor producción de leche del centro-sur de la Isla Grande no estaba en Castro, sino en Chonchi, lo que desaconsejaba dicho proyecto. Finalmente se instaló sólo una y, naturalmente, en Ancud. Castro obtuvo, en cambio, la construcción de un matadero-frigorífico en el barrio Gamboa que reemplazó al insalubre matadero de antes.

En general, la economía de la Provincia andaba de mal en peor. La papa no tenía precio; el abono era demasiado caro; la remolacha se cultivaba bien, pero el transporte en camiones resultaba demasiado oneroso; sólo los buques y lanchas eran relativamente convenientes. Daba la impresión que nada que se produjera en los campitos minúsculos de la Isla compensaba el desproporcionado esfuerzo que debían hacer los agricultores. A fines de la década, y a pesar del Puerto Libre que daba la apariencia de una mejoría en la economía, los ánimos de los castreños estaban abatidos, tanto en el campo como en la ciudad.

Las posibilidades de trabajo dependían de las obras públicas que nunca eran muchas. Sin embargo, al grave desempleo de los dos primeros años de los sesenta, siguió un período bastante positivo en este punto, pues había trabajo para todos, especialmente entre 1963 y 1969 con las numerosas obras emprendidas después del terremoto, como caminos, puertos, pavimentación y la construcción de poblaciones, llegando en Castro al más bajo nivel de desocupación en todo el país. Pero a fines de los sesenta, más precisamente en 1969, la falta de trabajo volvió a presentarse y la inestabilidad social con su

secuela de alcoholismo y delincuencia llegó a su punto más alto. La emigración a Punta Arenas aumentó súbitamente ese año. Y, entonces, como sucede siempre en épocas de crisis corrió la voz en toda la Provincia haberse descubierto una mina nada menos que de diamantes en algún lugar de la Isla Grande, arrastrando a muchos tras ese fantástico Eldorado que siempre ha sido el sueño de los más pobres. Sin embargo, la única realidad era la papa que, aunque pagada a huevo permitía a los chilotes rurales llevar una mediana pasadía, porque la pobreza nunca ha sido en Chiloé sinónimo de hambruna. Cuando se podía se carneaba un vacuno, un cordero o un chancho, o se echaba mano de unas gallinitas o, por último iba la mamá con sus chicos a mariscar por las tardes. Era dura la vida, pero al menos, nadie podía decir que no comía. Con una canasta de cholgas, *quilmahues*, o *navajuelas*, se tenía para pasar el día en la cocina de las casas más humildes de la ribera castreña y en la cocina-fogón de los pueblos pequeños del bordemar.

Hasta fines de los sesenta seguían los viejos «Navarino» y «Villarrica» navegando a Punta Arenas cargados de sacos de papas, porque aquella ciudad -la segunda patria de los chilotes- nunca dejó de preferir la papa insular. También cargaban el «Valdivia» y el «Coquimbo», tanto a Punta Arenas como a los puertos del norte. Pero, iba aumentando, poco a poco, el número de camioneros que llevaban su carga de papas a la feria de Santiago y otras ciudades intermedias, mientras en Castro todavía se veían pequeños productores embarcarse con 10, 20, 50 ó 100 sacos con destino al sur para negociarlas personalmente. No les dejaba mucha ganancia, pero pagaba la estadía en Punta Arenas adonde no se iba tanto por negocios, como por fines sociales en una ciudad donde siempre se tenía más de algún pariente o amigo.

La Universidad de Chile procuraba echar las bases de una más organizada economía entre los pequeños productores aprovechando el tradicional sistema de *mingas*. La idea era establecer un «Plan de Fomento Cooperativo» y a eso se avocó durante la década, tanto en la agricultura, como en la pesca. Sin embargo, el resultado no pudo ser como el esperado, a pesar de que el cooperativismo era el boom de los entendidos de entonces. En 1963 se formó la «Asociación de Pequeños Agricultores» empeñada en alcanzar el desarrollo económico, técnico, social y cultural a través de varios comités locales. Dentro de esta idea se hizo una exposición agrícola-ganadera y pesquera en Castro en 1964 que dejó un sabor muy positivo. Al menos fue capaz de entusiasmar a unos pocos. Pero, quizá por qué razón, la exposición no tuvo continuidad. En cambio la alternativa más interesante de los años sesenta se inclinó hacia la remolacha que comenzó a interesar a los chilotes en 1957, cuando IANSA instaló una oficina en Castro,

precisamente para promover su cultivo y abastecer la planta azucarera de Llanquihue. En 1963, la producción de remolacha era de 1.500.000 kilos en toda la Provincia. El año anterior había unos 100 entusiasmados agricultores dedicados a ella y hasta se hablaba de construir una planta remolachera en Castro, porque se esperaba que la producción sobrepasara los 2.000.000 de kilos. Había entusiasmo, porque su cultivo ofrecía ventajas, respecto de la papa, al menos en el papel. Así, por ejemplo, a los que se comprometían con IANSA se ofrecía entregarles gratuitamente las semillas; anticiparles dinero; prestarles asistencia técnica; facilitarles herramientas, en fin, asegurarles las compras a precios más convenientes que la papa. Concluida la cosecha, la tierra quedaba con forraje para los animales y abono suficiente para cultivar allí mismo la cebada. Con todas estas conveniencias se esperaba aumentar a unas 1.000 hectáreas las dedicadas a la remolacha en 1963-1964. Pero, a la postre, el agricultor fue mostrando progresiva desilusión por este cultivo. Antes de terminar la década, el interés no era el mismo por el «oro dulce», como le llamaban algunos, y el cooperativismo que en teoría parecía connatural a los chilotes, en la práctica -y para sorpresa de todos-, no funcionaba como las *mingas*.

Economía pobre, una de las más pobres del país, a pesar de algunos relativos progresos conseguidos durante la década. La causa estaba en la estructura agraria hecha de minifundios en toda la costa norte y oriental de la Isla Grande e islas adyacentes donde precisamente se concentraba la población. La mediana propiedad del centro y norte estaba como en la etapa de frontera agraria, mientras las grandes propiedades boscosas del sur y oeste permanecían improductivas tal como en los tiempos de Martín Ruiz, y con dueños ausentes. De todo ello, el minifundio era lo más real, pero con economía de subsistencia basada en la papa y algo de trigo. Los suelos excesivamente lavados por la mucha lluvia que disuelve las sales minerales de superficie, mal abonados con la *lamilla*, porque el saco de guano de procedencia nortina subía y subía de precio; de cuando en cuando el obligado descanso de la tierra y el barbecho; malos cercos, sólo *quinchos*; en fin arcaísmo en las técnicas de cultivo por carencia de maquinarias. La superficie aprovechable de la Provincia se calculaba en unas 600.000 hectáreas, pero las realmente aprovechadas eran sólo 17.000 en 1965, bajando a 15.400 en 1969. La extraordinaria preocupación del gobierno al crear la CORFO en 1957, INDAP en 1960, SAG en 1967, etc., tropezaba con una realidad que exigía planes más realistas y distintos de los aplicados en otras regiones del país. Lo que daba resultados en Cautín no servía en Chiloé. Era obvio, pero no siempre se reparaba en eso. Los técnicos sólo veían producción y métodos, pero no siempre percibían que se trataba de cultura rural, sin cuyo

conocimiento terminaba abortado cualquier plan, por bueno que pareciera a ojos de los agrónomos profesionales

Es verdad que el sistema cooperativo apuntaba bien con la creación de la «Agrupación de Campesinos» en «Comités de Pequeños Agricultores», llegándose a contar 53 de estos comités en 1961 y 139 en 1970, con 7.500 afiliados. El más estusiasta con el sistema cooperativo era el abogado castreño Néstor Andrade, pero con su fallecimiento en un accidente aéreo en 1963, se eclipsó lo que muchos esperaban. Más éxito tuvo la «Asociación de Pequeños Agricultores de Chiloé», intermediario entre los comités y los poderes públicos. Sin embargo, por más empeño que se puso, no se podía esperar mucho de la economía agraria de Chiloé que en 1965 contaba con sólo 8.754 arados de fierro en toda la Provincia; 293 trilladoras; 49 tractores; 191 segadoras de pasto y 888 rastras-disco. Así, el agro chilote seguía siendo el más deprimido del país. Minifundio, pobreza de la tierra, falta de abonos, caída del precio de la papa, baja en el rendimiento por hectáreas, dificultad de transporte, carencia de espacios llanos y abiertos para la ganadería, malos pastos, falta de maquinarias, escasos créditos otorgados por el Banco del Estado, propiedades sin títulos, etc. Entre 1960 y 1969, casi todos los proyectos para dar impulso a la economía insular -que no eran pocos- carecían de la necesaria claridad, tanto que ninguno dio resultados, excepto la planta lechera de Ancud, pero al principio con producción sólo en verano.

Es verdad que la CORFO dio una dósis de optimismo para alcanzar en tiempo prudente el desarrollo económico de la Provincia aprovechando los recursos madereros, la ganadería y la riqueza pesquera, así como dar impulso al turismo. El mismo año de 1961 proyectaba un hotel de lujo para Castro, obra que se concluyó en 1964. Pero la CORFO se daba cuenta que sin el camino hasta Quellón, sería imposible desarrollar precisamente la economía y el turismo. Es verdad que los recursos naturales estaban a la vista, sobre todo la riqueza forestal y la marina, pero también es verdad que nada se podía emprender con los pocos kilómetros de caminos de ripio que había en 1965 y no todos transitables durante el año, aunque es justo reconocer que en obras viales se estaba dando un salto gigantesco respecto de épocas anteriores. Pero faltaba comunicar los pueblos costeros entre sí y, desde el troncal adentrarse a las inexploradas y vírgenes áreas boscosas del poniente. Los caminos iban avanzando lentamente, pero la agricultura era asunto más difícil. ¡Apenas la papa!

Sin embargo, el escaso desarrollo de la Provincia -por no decir retroceso-,

la pobreza y falta de expectativas que afectaba a los campesinos, la desocupación a principios y a fines de la década, la emigración y el aislamiento a pesar del ferry, no parecían ser tales en calle Blanco donde el Puerto Libre tenía su pequeño Wall Street. Para cualquier visitante foráneo había un inexplicable contraste entre el arcaísmo rural que podía observar en los mal tenidos campitos mientras viajaba entre Ancud y Castro -aparte de la graciosa belleza del paisaje de parcelitas en miniatura con colores de ensueño-, y la modernidad de los artículos importados que exhibían las casas comerciales de calle Blanco. Pero, en realidad, en la misma ciudad de Castro había dos situaciones superpuestas: la mediana pasadía de la mayor parte de la población, y el comercio de productos extranjeros, no siempre útiles para los chilotes, pero ultra modernos.

El Puerto Libre nació oficialmente en 1956 con la Ley 12.008 y en la práctica en 1958 cuando Castro comenzó a mostrar sus primeras vitrinas con mercadería importada. El comercio importador fue creciendo en importancia a principios de los sesenta favorecido, además, por la ampliación del régimen de franquicias aduaneras. De éste modo Castro se fue beneficiando de un activo comercio que atraía a turistas y *matuteros* que, desde todos los puntos del país llegaban tras las llamativas etiquetas. Para entonces, y a pesar del ruinoso estado en que se encontraba calle Blanco después del sismo de 1960, las casas importadoras invadieron aquella arteria y calles adyacentes con grandes, medianas y, sobre todo, pequeños negocios que surgían por aquí y por allá, con vitrinas improvisadas donde se exhibía desordenadamente la mercadería. Sin embargo, todo, o la mayor parte, se reducía a cosillas de poco valor, aunque de mucho color.

El vecino que tenía cuatro pesos se hacía importador y pasaba a ser persona importante, aunque en realidad eran en su mayoría sólo pequeños comerciantes que invertían unos cuantos miles de dólares en artículos extranjeros. Las más grandes casas comerciales eran sólo medianas si se les miraba dentro del contexto nacional, por no decir pequeñas. Con todo, nunca antes había tenido Castro una actividad comercial como la generada con el Puerto Libre, con negocios donde se vendía desde los humildes paquetitos de hojas de afeitar cubanas marca «Palmera», baratísimas, pero también, malísimas, hasta los sofisticados motores trifácicos fuera de borda y modernos automóviles Mercedes Benz. Destacaban «Wagner-Stein» que al mismo tiempo que importante casa importadora, era agencia de naves, y la «Importadora Chiloé». Esta última era la más conocida, la que más vendía a principios de los sesenta y una de las mejor abastecida de artículos baratos de uso corriente, especialmente jeans que eran la locura en todos los rincones de Chile. El centro comercial se hizo más atractivo con algunos

establecimientos comerciales nuevos y con cierto gusto, como «Casa Gladys», construida en 1962 en Thompson, o la «Importadora Lord», «La Vasconia» y otras que mostraban algo más que un simple negocio tradicional. Las calles Blanco, Thompson, Serrano y el costado sur de la Plaza de Armas concentraban la mayor parte de las importadoras, haciéndose mucho más trajinadas que en la década del cincuenta.

Los productos importados llegaban en los grandes barcos de la línea Hapag-Lloyd. Estos fondeaban en medio de la bahía para descargar la mercadería en lanchas de gran capacidad que luego era almacenada en la bodega metálica que para tal fin se construyó dentro del recinto portuario a mediados de la década. En cada barco llegaban, además, vehículos para vecinos de Castro y Ancud, o para foráneos residentes en Castro, y que eran la novedad para los curiosos que regularmente acudían a observar las maniobras de descarga de autos, camiones y camionetas, no exenta de riesgos, sobre todo en invierno por el vaivén de las lanchas. Más de un auto cayó al mar o se destrozó sobre el molo al desprenderse de las lingas. Al principio sólo llegaban cuatro o cinco vehículos en cada barco, luego su número fue aumentando a medida que avanzaba la década. Primero fueron los pequeños camiones Opel, más tarde las camionetas Chevrolet y Peugeot, así como los autos y camiones Mercedes-Benz que era la marca más corriente en Castro en la segunda mitad de los sesenta. Por entonces el número de vehículos que circulaba por el pueblo, llegaba a un centenar, cifra considerable si lo comparamos con la década del cincuenta, pero no tanto como para no saber de quién era cada cual. Era la década de los conductores. Todo el mundo quería aprender a conducir y no faltaban los que elegían la noche aprovechando que la iluminación de las calles era escasa y nadie podía saber quién iba al volante zigzagueando como un loco. El aumento de vehículos y los improvisados choferes eran ya alarma pública en 1964. Ese año un alocado camión atropelló a dio muerte al conocido vecino don Antonio Gómez Montenegro.

Todo, o casi todo, llegaba por la línea Hapag-Lloyd que tenía embarcadores en China, Japón, Hong-Kong y otros países. Los puertos de salida eran Hamburgo, Bremen y Amberes. Las motonaves alemanas más familiares de la década eran el «Spreewald», «Bieverstein», «Kassel», «Baerenstein», «Tanstein», «Leipzig», «Nabstein», «Brandestein», «Odenwald», «Oechst», «Spreestein», «Lechtein», «Stuttgart», «Brandenmeister», etc. Además llegaban barcos ingleses, daneses, japoneses, chinos, y de otras procedencias.

Pero el Puerto Libre permitió que las comunicaciones llegaran también a Chiloé a través del radiorreceptor. Precisamente desde que se abrieron las

primeras casas comerciales apareció la radio que pasó a ser un artículo de primera necesidad y rápidamente se hizo presente hasta en los más humildes hogares urbanos y rurales. En realidad, los radiorreceptores a pilas marca «Sanyo» y «National» invadieron la Provincia y, entre todas las cosas que ofrecía el Puerto Libre al amparo de la Ley 12.008, la pequeña radio portátil sintetizaba la parte positiva de aquella invasora modernidad. La población chilota del interior se acostumbró a ella, y no escatimó esfuerzos por adquirirla, a pesar de que en 1961 subieron súbitamente de precio a causa de un impuesto adicional. Tal era el interés por las radios-transistor que el comercio de Castro y Ancud vendía en 1961 más de 30.000 radios al mes, según se aseguraba por entonces. Obviamente que no todos los compradores eran chilotes, pero ya se podía advertir lo que estaba significando aquel pequeño aparatito a pilas en las áreas rurales. Con alguna exageración se decía que los campesinos se desprendían de sus aperos de labranza con tal de contar con una radio. Con ella llegó la música mejicana a las islas y, como en toda nuestra América, prendió en los campos del Archipiélago haciendo casi enmudecer los rabeles y las *cordionas* tradicionales. Era la época de la «transistor sister» que testimoniaba los avances de la modernidad.

Con los televisores no pasaba lo mismo, y no podía pasar porque antes de 1962 no existían ni siquiera en Santiago. Sin embargo, no pocos vecinos de Castro compraban los sofisticados televisores «Telefunken», aunque sin saber qué hacer con ellos. Los turistas y los infaltables *matuteros* comenzaron a llevárselos al continente desde que se iniciaron las transmisiones de televisión en la Universidad Católica de Valparaíso y, sobre todo, desde el «Mundial del 62». No obstante, en 1960 ya se las ingeniaban los pocos castreños que contaban con estos aparatos para captar imágenes de la televisión argentina y brasileña en horas de la noche. En Achao se podía ver televisión a ciertas horas y hasta solían llegar mujeres de Lin-Lin y Llingua a cierta casa a ver las imágenes. Juraban estas señoras que la televisión era un invento de los brujos de Castro. ¿Y qué otra cosa podían pensar?.

Hacia 1964 el Puerto Libre estaba en plena vitalidad, aunque las importaciones seguían siendo las mismas chucherías y baratijas de muy poca utilidad para los chilotes. Pero, a pesar de la vitalidad que mostraba el comercio, los signos negativos comenzaron a mostrarse en 1962 para los importadores, porque el castreño de la calle no reparaba en las gabelas e impuestos que sufrían los comerciantes, sino en lo que exhibían las vitrinas. El monto de las divisas asignadas a los importadores era demasiado poco, según reclamaban los comerciantes. Pero curiosamente, no siempre se gastaba lo asignado, porque algunos preferían quedarse con los dólares en lugar de invertirlos; otros por

falta de dólares no podían retirar de Aduana la mercadería que habían importado. De ahí los rezagos y remates. Lo corriente era que los importadores solicitaran todos los años un suplemento de divisas para cubrir el valor de las internaciones. En 1965 se aprobó un incremento de 600.000 dólares, lo que dió la sensación de cierto alivio en los más pesimistas.

Cualquier particular podía importar su vehículo. Sólo bastaba probar su residencia en cualquier punto de Chiloé y su certificado de ingresos mansuales. Adquirir un coche era la máxima aspiración de la clase media y se disfrutaba como si fuera una golosina. Apenas llegaba el auto o camioneta -estas últimas eran las más corrientes- su orgulloso dueño se aprestaba a salir a dar una vuelta por el continente. Para ello debía sacar una libreta en la que se registraba su nombre, características del vehículo, día de salida de Chacao y fecha comprometida para regresar y que no podía exceder de la reglamentada. El timbraje de la libreta se hacía en la Aduana de Chacao, extremo punto de la Provincia. Ocho días era el máximo permitido y cada seis meses, de acuerdo a la Ley 15.575, aunque el vecindario se quejaba, solicitando fueran 15. Y era que la misma facilidad en las comunicaciones, más notorias después de 1964, había vinculado más a los chilotes con Santiago y otras ciudades; las familias con algún hijo estudiando afuera tenían la posibilidad de ir a verlo y llevarle algún engañito, y hasta empezaba a ser costumbre que en casos de enfermedad se tomara el auto y se condujera al paciente a Santiago, todo lo cual hacía justificable la petición de más tiempo para permanecer con el vehículo fuera de Chiloé.

Tener un vehículo era -como decíamos- los más apetecido especialmente desde 1964 en que se instaló el ferry y se construyó el puente Pudeto, y era posible, porque su adquisición resultaba tan conveniente que no había punto de comparación con lo que valía un automóvil en el continente. Por eso, también, muchos buscaban la fórmula para contrabandearlos enteros o por piezas, ya que venderlos afuera era lograr jugosas ganancias. En 1965 se asociaron varios «peces gordos» de Castro para realizar el más lucrativo negocio con autos y camionetas Mercedes-Benz. Pero fueron muy poco astutos. Cayeron presos por fraude y contrabando y se fueron a hospedar a la cárcel de Ten-Ten en 1966. Algunos caían, otros no, sobre todo los que contrabandeaban artículos más pequeños, especialmente radios, whisky, jeans, etc. que salían desde Castro en lanchas y por las noches, para desembarcarlas en algún punto de la dilatada costa de la provincia de Llanquihue. No era raro que en los lanchones que conducían la remolacha hubiera buena cantidad de contrabando debajo de la carga, y ocultas en la tablazón de tejuelas de alerce de la goleta de un humilde

isleño, se condujeran grandes cantidades de artículos importados a Calbuco u otro portezuelo continental.

El Puerto Libre parecía la antítesis del Chiloé tradicional, es verdad, pero tampoco hay que exagerar su importancia. Un barco al mes o cada dos meses que arribaba desde Hamburgo desembarcaba entre 20 y 100 toneladas de carga importada para el comercio de Castro y Ancud, lo que no era mucho decir, y no toda libre de impuestos, porque hasta las radios portátiles fueron declaradas suntuario en 1961. Por entonces se manejaban conceptos como «suntuarios prescindibles» que, en realidad, era casi todo lo importado, como jabones, perfumes, televisores, joyas, porcelanas, pieles, etc. que pagaban todos los derechos. Por otra parte, los trámites para importar se hacían cada vez más engorrosos a medida que avanzaba la década, y hasta hubo años que faltaron los dólares en el Banco Central de Castro. Con todo, el Puerto Libre era una realidad nueva que atraía a la gente y con ella se agitaba un tanto la vida cotidiana, y Castro dejó de ser un pueblo ignorado, al menos para los chilenos que comenzaban a practicar aquel turismo entre paréntesis que se veía por esos años, con compradores apurados, envueltos en chales a cuadritos y que no reparaban ni siquiera en la belleza de la iglesia franciscana, afanados como andaban detrás de las vitrinas y etiquetas.

Era atractivo, de eso no cabe duda, aunque sirvió de muy poco para Castro y Chiloé. No permitió lo que muchos esperaban para el desarrollo de la Provincia, y no lo permitió simplemente porque el Puerto Libre no descansaba en las fuentes productivas de la zona. Tampoco lo será en los años siguientes. Al revés. Dejó de existir casi naturalmente, en la segunda mitad de los setenta sin necesidad de certificado de defunción. En realidad, las franquicias aduaneras no se aprovecharon para la instalación de industrias, ni para el mejoramiento de la agricultura, pues muy pocos se interesaron por importar maquinarias y demás elementos de trabajo. Los campos no conocieron otros tractores que los pocos que disponía el SEAM y no se introdujo la mecanización ni elementos nuevos que hubieran permitido el despegue agroganadero, al menos para superar los niveles de mera subsistencia. En los campos siguió incólume la *cultura del gualato*, mientras el campesino vivía muy ufano con su radio a pilas.

La industria nunca dió visos de asomarse siquiera, en circunstancias que los más entendidos estaban seguros que se daban las condiciones para que Castro -y Chiloé- contara con aserraderos mecanizados, molinos, fábricas de chuño, fábrica de cecinas, frigoríficos, etc. Pero los importadores eran esencialmente comerciantes tanto de viejo cuño, como improvisados y por lo

mismo, sin mentalidad empresarial. Entre los comerciantes había un buen número de foráneos que vivían contra el tiempo tratando de ganar lo más posible con artículos taiwaneses o coreanos, pues se daban perfectamente cuenta que el Puerto Libre no podía durar mucho tiempo por haberse eludido el fin con el que se creó. Los comerciantes ganaban dinero, pero no tenían ningún interés en reinvertir en la Provincia, sabedores que el boom aduanero era sólo un volador de luces. Sabían también que el comprador era preferentemente continental, porque el chilote tenía escasa capacidad adquisitiva y que, acabado el Puerto Libre, toda la Provincia volvería a su tradicional pobreza. Entonces, ¿para qué invertir capitales en actividades industriales en un medio tan paupérrimo?. Los comerciantes castreños y chilotes en general, tampoco se interesaron por la industria, y aunque algunos se empeñaron en hacerlo para beneficio de su tierra, pronto fueron desalentados por los más perspicaces y abandonaron el intento. Construyeron si, buenas casas contribuyendo a hacer algo más atractivo el pueblo desde el punto de vista urbanístico, pero excepto eso, el Puerto Libre fue el más vivo testimonio de una ley hecha -sin querer o sin saber calcular sus reales efectos- para el enriquecimiento de unos pocos foráneos que se llevaron su fortuna al continente y no dejaron tras de si más huellas que el recuerdo de su nombre y el de sus casas importadoras.

De todo el comercio que había en Castro en los años sesenta, el importador era, obviamente, el más visible y el de mayor colorido. El comprador foráneo llegaba atraído por las importaciones más que cualquier otra cosa que pudiera ofrecerle la ciudad y la Provincia. Como de tiempo en tiempo y a lo largo de la década corría el rumor de nuevos gravámenes a los artículos importados, se esparcía rápidamente la noticia al continente y crecía súbitamente el número de turistas-matuteros para llevarse la mayor cantidad de cosas posibles antes que subieran los precios o que desaparecieran del mercado determinados artículos borrados de las listas. Por entonces era corriente que cualquier vecino castreño o foráneo matutero entendiera qué era el valor FOB. Los artículos importados deslumbraban y aparentemente nadie se interesaba por los productos nacionales. Sin embargo, estos últimos seguían siendo imprescindibles y hasta experimentaban un relativo crecimiento que iba aparejado con el temor sobre las importaciones y sobre todo, de la mano con el aumento de la población. Don Hernán Andrade era uno de los comerciantes mayoristas más importantes de Castro. Distribuía harina, azúcar y otros productos nacionales -al parecer- por toda la Provincia. La firma «Pitre y Parker» se instaló en calle Blanco; lo mismo hizo «Establecimientos Samoa»; CODINA, GIBBS y otras que vieron en Castro una buena plaza para la mercadería nacional, aunque también importaban. Por entonces, el «chilote» Martínez Vilches andaba «dejándose

caer» en los negocios fiscalizando como inspector de Dirinco antes de 1963, y después comenzó a hacer lo mismo en las casas comerciales importadoras, porque en la segunda mitad de la década solía haber desórdenes en los precios y hasta acaparamiento de mercadería.

Pero así como nacieron, algunas de estas casas comerciales de productos nacionales tuvieron que cerrar sus puertas a principios de los setenta, cuando todo el comercio castreño llegó a su punto más bajo, como en todo el país.

Y así, Chiloé estaba viviendo dos realidades contrapuestas: una real y otra aparente. La arcaica economía rural, apenas de subsistencia donde todavía estaban vigentes los *gualatos*, azadones y rastrillos, los *quinchos* como límites entre predios testimoniaban la elementalidad campesina, mientras los minúsculos minifundios no permitían otra cosa que emigrar a lugares que permitieran, al menos, una mediana pasadía, o golpes de suerte como los que tantos chilotes buscaban en esos nuevos «Césares» que eran Comodoro, Natales, Río Gallegos o Punta Arenas. Si así eran los campos de la Provincia durante de década, con tizón para colmo, otra cosa parecían decir los productos importados que eran el rostro moderno de calle Blanco, una muestra pequeña del agresivo mundo desarrollado y superindustrializado sintetizado en las vitrinas del comercio importador. Tantas cosas bellas eran inútiles para el chilote campesino que clamaba por un mejor precio para sus papas, único medio de asegurar el sustento. El «Puerto Libre» define la década del sesenta, da colorido a la ciudad, la saca de su anonimato para ofrecerse como la primera vitrina que tuvo el pueblo para mostrarse ante los chilenos que ya insinuaban cierta tendencia a los desplazamientos en verano dando orígen a un incipiente turismo cultural. Más allá de calle Blanco, sin embargo, la ciudad seguía pobre, casi tan pobre como antes, aletargada, y todavía sin atinar a sacar provecho de las franquicias aduaneras y del mayor número de visitantes.

4.

DE LOS NUEVOS TONOS DE LA VIDA COTIDIANA EN CASTRO DE LOS AÑOS SESENTA

4. DE LOS NUEVOS TONOS DE LA VIDA COTIDIANA EN CASTRO DE LOS AÑOS SESENTA

Es verdad que el Puerto Libre no estaba sirviendo de mucho para el desarrollo industrial y agrícola de Chiloé, pero no se puede negar que alguna influencia ejercía en la vida cotidiana de Castro, sobre todo en la segunda mitad de la década. El comercio era notoriamente más activo, gente foránea llegaba a establecerse con sus negocios o a aquilatar las características del mercado para alguna inversión, así como los turistas que comenzaron a verse tras los suntuarios, no muchos todavía, pero que sin interrupción visitaban la ciudad a lo largo del año y, sobre todo, las coloridas y alegres «delegaciones» de estudiantes de afuera que se veían en Castro cada verano en viaje de estudios. Todo ésto era nuevo o, al menos, más marcado que antes y el pueblo no parecía tan periférico como en la década anterior. Así la vida cotidiana iba experimentando cambios que, aunque sutiles, era posible percibirlos de un año a otro.

El chileno que llegó atraído por las franquicias aduaneras y se quedó por un tiempo, contribuyó con su cierto mayor refinamiento y algo más exigente estilo de vida -aunque es verdad que exageraba mucho al llegar a Castro y procuraba hacerse notar- a producir estos todavía pequeños cambios. Los comerciantes, por ejemplo, impusieron mayor dinamismo en el modo de hacer negocios e introdujeron un más acentuado sentido del lucro. Ahora, cada local comercial del centro de la ciudad contaba, al menos, con empleados y vendedores que cumplían un papel del que se eximían los dueños. La propaganda pasó a ser una necesidad tanto en los frontis de los negocios con luminosos letreros acrílicos que alegraron las noches de calle Blanco, como en los medios de comunicación que incluían, mucho más que antes, avisos comerciales, especialmente a partir de 1962 con la inauguración de «Radio Chiloé», y en 1965 con el nuevo periódico «La Voz de Chiloé». Se notaba, pues, un más moderno sentido de la competencia que venía insinuándose desde fines de los cincuenta. Los trámites y papeleos en

el Banco Central por asuntos de importaciones con carreras por aquí y por allá, eran cotidianos y superaban con mucho la pasiva actitud del comerciante de antaño que se abastecía de las cuatro cosas que necesitaba a través de un distribuidor que llegaba de tarde en tarde desde Santiago. Y así, con estas pequeñeces, los años sesenta contrastaban con los cincuenta. El moderno comerciante castreño ya no se conformaba con esperar pacientemente al cliente sentado, casi aburrido detrás del mostrador, sino que salía a buscarlo con sus anuncios en la radio.

Los nuevos profesionales, generalmente jóvenes recién egresados, hicieron también su aporte a la vida cotidiana. No eran muchos, pero llegaban a Castro a comenzar su carrera con la esperanza de servir un tiempo y regresar después al continente con un buen automóvil alemán y demás granjerías que ofrecía el Puerto Libre. Eran poquísimos todavía a principios de la década, pero se hacían notar, sobre todo a fines, en que su número era algo mayor. Un médico o un dentista, por ejemplo, después de trabajar en la ciudad un par de años, podía regresar al centro del país con sofisticados equipos que no hubiera podido adquirir en Chile. Aunque los foráneos de todas las profesiones y comerciantes, también foráneos, establecidos en Castro no pasarían, quizá, de medio centenar, eran por eso, perfectamente identificables, y con su presencia hacían que la vida cotidiana pareciera distinta. Había, ahora, más apuro. El santiaguino conservaba de algún modo esa cierta prisa que tiene para todo, aunque no fuera menester apurarse tanto en Castro. Lo mismo pasaba con esos extraños «turistas de Puerto Libre» que llegaban por el día. Corrían de un negocio a otro como si el mundo se fuera a acabar.

Había, por lo mismo, más posibilidades de relacionarse con gente de afuera con todo lo que eso implica. Los hijos de foráneos que estudiaban en el Liceo o escuelas, por ejemplo, dejaban entre los estudiantes castreños no pocas expresiones continentales. Desde entonces data la paulatina, pero sostenida introducción de términos y manera de hablar chilena y que fuera recogido primero por la juventud. El ¿cómo estai?, o el ¿qué tenís? que acompañada de una tonalidad más propia del centro del país, -que traían también los adolescentes chilotes que estudiaban en Santiago-, contagió a los jóvenes castreños haciéndose más general con el tiempo, al menos en ciertos sectores sociales. Por otra parte, entre los cargadores del Puerto y vendedores de calle Lillo de fines de la década, era posible oirles hablar de *lucas* y *gambas*, mientras el feriante isleño comenzaba tímidamente a gritar su mercadería y a dirigirse a las compradoras como «mi *caserita*», a imitación de los primeros comerciantes ambulantes, o callejeros, que llegaban desde la tierra firme con su colorida extraversión.

Eran pequeños cambios, insignificantes para el ojo de un afuerino, pero perfectamente notorio para los castreños que, sin embargo, no dejaban de expresar sus críticas frente a estas transformaciones en el lenguaje, especialmente las personas pertenecientes a la vieja generación. Precisamente los mayores eran, obviamente, los más conservadores y menos permeables a las novedades y, por lo mismo, más fieles a los antiguos usos y costumbres, así como fieles al hablar tradicional. A principios de los sesenta todavía había señoras que a lo bueno y bonito seguían llamando «picho caluga», mientras las mujeres del pueblo decían *nanai que goñicho* y la chiquillada de ciertos sectores jugaba aún a *hacer hui* en las pampas, tal como antes. Pero eran más bien resabios de otras épocas, porque, en general, los jóvenes miraban ya las cosas nuevas con interés, tratando de imitar, incluso algunas expresiones del «American way of life» y se incorporaban de algún modo al ritmo de la década que estaba siendo marcada precisamente por la juventud en todo el mundo a través de la contagiosa música nueva. Eran «coléricos» castreños que vestían jeans y usaban gruesos cinturones que eran el último grito de la moda, aunque tales coléricos eran apenas un pálido reflejo de los del centro del país, más cercanos al estilo James Dean.

Tiempos que, desde nuestra actual perspectiva, son mirados como los «años felices» con «besos más dulces que el vino», aquellos tiempos de la «música bonita» de Johny Matis, de la locura de Paul Anka y su «crazzy love», o de Deen Reed que cantaba al «amor veraniego», mientras la chica simpática, Brenda Lee, andaba «saltando el palo de la escoba» en 1960. Pat Boone, Neil Zedaka, Elvis, por supuesto, ya de largas patillas, Sandro «como una rosa deshecha por el viento... como una hoja reseca por el sol», haciendo gorgoritos con su voz lamentosa en 1968, Adamo, «Er Niño», Estela Rabal, Cony Francis. Y la «Nueva Ola» chilensis que durante la década se dió el lujo de tener tres glorias: Aguirre, Simonetti y Benavides, y «cuatro Brujas», y luego, cuatro también los «Bric a Brac» al finalizar la década de la música suave, inocente, dulce. Se descubría el amor con Corin Tellado y en ese como cierto «destape» en el picaresco y erótico «Pingüino». El Vea y El Ecran seguían vigentes, tan vigentes como la revista Estadio con el «Ballet Azul» y el «Mundial del 62». «Tómala, métete, remata...» cantaban los Ramblers, mientras Vittorio Gasman, en el cine, impactaba con «Il Zorpaso» y Domenico Modugno, el romántico, hacía suspirar a las quinceañeras a fines de la década. Don Mario Lagos en su «Preludio Discos» tenía las últimas novedades cuando apareció el pick-up animando los *malones* de los fines de semana. Unos pocos oían las voces rusas de los «Romanoff» y del «Coro del Ejército Soviético» que nada tenía que ver con el rock and Roll y el twist, pero algo tenían que ver con la época de la «Guerra Fría» de Nikita, de los Sputniks, de los misiles rusos en la Cuba de Fidel.

Eran cosas de afuera, por supuesto; apenas llegaban sus ecos a Castro, pero bastante más nítidos que antes. Con todo, Castro seguía siendo otro mundo, pero un mundo en proceso de cambios que, aunque ligeros, estaban tansformando la vida cotidiana que en la segunda mitad de los sesenta parecía más luminosa que en los cincuenta, excepto, quizá, en la esfera de la fe que más bien mostraba signos de oscurecimiento, porque ya no se vivía al ritmo de las campanas y desaparecían las acciones dotadas de valor religioso. Los rezos crepusculares que antes congregaban a grandes y chicos, parecía ser sólo de abuelitas al terminar la década. En realidad, la ciudad estaba mostrando signos de secularización, más visibles a medida que avanzaban los sesenta. Sólo las mujeres de más edad acudían a la iglesia franciscana a la hora de los rezos y las novenas; viejitas que eran apenas residuos de épocas más cristianas.

Es verdad que los domingos eran de una normal concurrencia a misa, pero siempre predominaban las personas mayores y muy especialmente las mujeres. El Mes de María tampoco tenía la significación que tuvo antes y se echaba de menos aquella alegre y devota juventud de los años de los «Padres Alemanes» que entonando cánticos sagrados y con ramos de flores asistía a la capilla por las tardes. Ahora los muchachos onda rock las estimaban prácticas caducas. Así se iba perdiendo la fe. Apenas una veintena de señoras de viejo cuño acudía a la iglesia a rezar sus oraciones, las mismas oraciones que aprendieron de sus padres y abuelos, mientras la juventud, y hasta gente cuarentona, buscaba nuevas formas de matar el tiempo. Los niños más pequeñitos aprendían las oraciones como antes, ya en el Colegio de las monjas, ya en la escuela de los padres franciscanos, pero no perseveraban después al transformarse en adolescentes. A principios de los sesenta todavía se estilaba el uso de escapularios en los menores y mujeres de cierta edad, como prolongación de una costumbre que venía de épocas anteriores. Sin embargo, en la segunda mitad de la década ver un niño con escapulario era excepcional. Así se entraba a los tiempos de la indiferencia religiosa. Ni las medallitas existían ya.

Por otra parte, los franciscanos, los «Padres del pueblo», se estaban poniendo viejos. El promedio de edad era como de 50 años, o más. Quizá el padre Angel Pérez era el más joven de todos. Pero ya no bullía el Colegio donde antaño se formaron los más venerables «franciscos» que llevaron la fe de Cristo a todos los rincones del Archipiélago y fuera de él. Se había cerrado hacía tiempo aquel convento y los que allí moraban eran sólo reminiscencias de una época a todas luces gloriosa del franciscanismo chilote. Estaba todavía el padre Bernardino Díaz y unos seis más de su generación, pero se notaban más cansados; pesaban los años; ya no se veían trajinar por las calles como antes, excepto el padre

Pérez, entusiasta, movedizo, tanto que nos recordaba los años cuarenta cuando nos asomabamos al mundo entre ágiles frailes ocupados en sus misas, procesiones, rezos, y en los repiques que marcaban los ritmos del día e iluminaban la entonces apagada existencia castreña. Los padres franciscanos eran chilotes, aquellos de apellidos tradicionales que hicieron famoso a Chiloé como pueblo de sotanas. Pero eran cada vez más pocos. Los tiempos no eran para ordenaciones. Por eso parece que de cuando en cuando llegaban franciscanos foráneos a desempeñarse por un tiempo. También nos queda la impresión que en la segunda mitad de los sesenta, aquellos religiosos se mostraban algo más fríos y distantes, tal vez por más cansados. ¡Cuán lejanos parecían los cristianos tiempos!. La orden de San Francisco no parecía tan edificante, tan venerable como antes, tan conquistadora de almas. O quizá, era la gente la que se mostraba más fría, ¿o, acaso, nuestra mirada adulta haya sido una mirada más exigente y nostálgica?.

Se produjo un vuelco en Castro en relación con las cosas de la Iglesia. Eso parecía evidente a fines de la década. Quizá los vecinos venidos de otras partes contribuyeron a ese enfriamiento espiritual que lamentaban los antiguos, los pocos que quedaban y que seguían fieles a la tradición religiosa castreña. La irrupción explosiva de las iglesias evangélicas se encargó de hacer el resto. Y, a pesar de la presencia del padre Díaz, los años sesenta representan el génesis de épocas todavía más secularizadas, más distantes de lo sagrado, épocas más mundanas. ¿Acaso no era notoria la falta de vocación por la carrera sacerdotal, incluso en familias que se enorgullecían de su larga tradición religiosa?.

Las monjitas fueron, también cediendo terreno. Ya no contaban con el colegio que tan importante labor cumplió hasta 1957, año en que el edificio desapareció consumido por un incendio. Es verdad que en los sesenta pudieron reedificarlo con la ayuda de la comunidad junto con un pequeño convento y hasta pudieron tener un internado para las niñas que llegaban desde los pueblos vecinos a estudiar al Liceo. Pero andando la década el colegio tuvo que cerrar sus puertas y la influencia de las religiosas dejó de hacerse sentir en la chiquillería del pueblo, quedando sólo en el recuerdo la época en que la capilla, convento y colegio fueron el centro del quehacer de buena parte de Castro. Ya sin el colegio, los niños de aquel sector de San Martín tuvieron que elegir entre las escuelas laicas, como el Grupo Escolar o la Escuela 75. Sólo Castro Alto tenía el privilegio de contar con una escuelita católica como era el Colegio «San Francisco» que los padres mantenían para la educación de un centenar de niños de aquel sector.

Como decíamos más arriba, la cultura castreña se estaba secularizando, la

Iglesia era menos visible, los valores cristianos estaban perdiendo terreno frente a los nuevos valores -o lo que fuere- de una juventud más abierta al mundo en la era de la comunicación masiva. Un signo de los nuevos tiempos fue la pérdida del ceremonial y gravedad de la «Semana Santa», pues ya no se hacía con la misma concurrencia de antes. Las procesiones no comprometían a todo el vecindario, ni acudían las isleñas con su negro vestuario de lana. Sin embargo, nos parece curioso que haya sido así porque había mayor facilidad para los desplazamientos en el interior de la Provincia gracias a los caminos y las «góndolas». No obstante, eran mucho menos los feligreses de los pueblos e islas que acudían a Castro a participar de los actos litúrgicos. Muchas sutiles diferencias se notaban en los años sesenta respecto de los cincuenta, pero la actitud más fría y distante en las cosas de la fe nos parece digna de ser considerada, porque a nuestro parecer, la década del sesenta fue el inicio de un progresivo mayor alejamiento de las misas, de los rezos, de las procesiones, de los curas, de los frailes, de las religiosas que antes fueron la esencia misma de la vida cotidiana.

Así como se iba apagando la fe, se iba notando el deseo de vivir mejor. Se empezaba por la pinta. Chaquetones de lana de colores y a cuadros, como los que usaban los norteamericanos «country», abrigadores y alegres, estaban de moda a principios de la década; formales abrigos alemanes, cortitos hasta las rodillas, era el último grito; sombreros bien hormados forrados en plástico que, por lo mismo, nunca se acampanaban, o «tiroleses» de ala cortísima con una coqueta plumita que apenas asomaba en un costado; zapatones para la lluvia; impermeables alemanes; camisas «Arrow» y otras marcas extranjeras como las inglesas «Cathedral», más finas y elegantes que antes y que usaban, al menos los más pijes, porque hay que admitir que la mayoría vestía en forma tradicional o combinaba lo chilote con lo importado, tanto hombres como mujeres. Y algo nunca visto: a los chilotes que regresaban desde Argentina vistiendo a lo gaucho, las autoridades de Castro los obligaban a vestirse al modo chileno en 1963.

Se veían coloridas y hermosas ropas importadas, es verdad, pero hasta los sesenta seguía predominando el vestuario chilote y oscuro entre las señoras. Todo de lana. El abrigo *tres cuartos*, el traje sastre de los años cincuenta en boga aún en los sesenta formado por el *paletó* y la falda o pollera recta, ancha y larga hasta las canillas. El resto era blusa blanca de cuello bien cerrado, medias nylon, y sobre las medias, cubriéndose el pie, un buen zoquete de lana gruesa, zapatos también gruesos y de tacones, de aquellos zapatos «hechizos» en el mismo barrio. Así era la pinta de las señoras hasta bien entrado los sesenta. Pero al terminar la década este modo de vestir estaba dejando de estilarse,

excepto las mujeres de los pueblos del interior que seguían -y siguen- prefiriendo el traje sastre en lugar del chal o rebozo que comenzó también a caer en desuso con el camino y la góndola. Las jovencitas urbanas usaban falda «godé plato», muy de moda en la segunda mitad de los cincuenta y principios de los sesenta. A diferencia de los muchachos, las chicas no usaban jeans todavía, siendo la falda y la chaleca de diolén o prolén -cuando no de lana- lo más corriente en verano, o el vestido con algunos atractivos vuelitos, pero nunca pantalón, o casi nunca, porque a fines de la década ya se estaba introduciendo el jeans entre las quinceañeras. Tampoco se estilaba el peinado a lo Doris Day que tan de moda se puso en Chile de aquellos años. Peinado alto endurecido con laca y, además, completamente liso; peinado típico de la «nueva ola». Pero en Castro no prendió y, por lo mismo, no era costumbre para las mujeres el peinarse los fines de semana, ni había salones de belleza. Las peluquerías que había eran para hombres, como la muy conocida de «Chiquillo», en San Martín frente al Grupo Escolar, que siguiendo la profesión de su padre, cortaba el pelo, pero ahora con máquinas eléctricas y extrañas peinetas de todas formas, importadas, por supuesto, gracias al Puerto Libre, con las que hacía el popular corte «cuadrado» a los adolescentes, el corte «taquillero» de principios de la década. Adelante se estilaba un conquistador *jopo*, a la gomina obviamente, y largas patillas a imitación de Elvis Presley. El uso del «beatle» -aquella polera de diolén con el cuello alto, cerrado y doblado- prendió rápidamente desde mediados de la década y pasó a ser sinónimo de modernidad. La pinta era *jopo*, patillas, «*beatle*», jeans que, sin embargo, no se conciliaba bien con los zapatos de suela de neumático. Encima el infaltable *paletó*. Por entonces todavía se usaba el virar los ternos y había para ello sastres especializados en virajes, aunque a fines de la década esto era menos frecuente entre los urbanos, y sólo se estilaba entre los hombres de los pueblos vecinos, porque en Castro, a medida que avanzaban los años sesenta, el virar ternos fue siendo casi sinónimo de pobreza.

Una cierta mejoría en el vestir y un mayor sentido de la moda iban de la mano con una también leve mejoría en las casas. Esto último se conseguía a través de un crédito del Banco del Estado o de la Corfo que permitían algunos pequeños progresos, sólo un poco mejor que antes del terremoto, pero progresos al fin. Se percibían, también, cambios en el sentido que iba cobrando el «poderoso caballero don dinero» que en algunos casos llegaba hasta la ostentación. Comenzó a notarse a mediados de los sesenta en los más pudientes. Un hombre valía ahora mucho más por sus bienes materiales que por lo que representaba su persona. Entre los comerciantes importadores se podía reconocer lo que cada uno era capaz de presumir por la plata que tenía. La casa moderna y el automóvil eran distintivos de los más acomodados y testimoniaban la diferencia

que había entre el acaudalado y el simple mortal. No faltaban las grandes fiestas que cada cual ofrecía en su casa, cuyos invitados eran, por lo regular, personas tan o más pudientes que el anfitrión, porque se procuraba establecer vínculos comerciales y socialmente ventajosos. Esto ya marcaba una diferencia importante respecto de las décadas anteriores. Es verdad que el afán de distinguirse era más propio de los comerciantes importadores, pero lo mismo se podía observar, aunque en menor escala, entre la gente más sencilla que, adquiriendo un auto con sumo esfuerzo, ya le parecía que sentado al volante se empinaba por sobre los de su igual, aspirando a ser considerado entre aquellos a quienes quería imitar.

Más movimiento de gente, mayor agitación comercial, más novedades en las calles, mayor comodidad en el interior de las casas. Precisamente la vida casera mostraba algunas novedades bastantes interesantes respecto de épocas anteriores. El tradicional salón de los años cuarenta que comenzó a desaparecer en los cincuenta, era en los sesenta decididamente living con sofá y sillones a la moderna. No es que no los hubiera antes, pero durante la década su uso llegó a generalizarse, lo mismo que las mesitas de centro -o ratoneras-; las lámparas de pie o las de lágrimas o las mononas lamparitas para las mesitas laterales que también se incorporaron a la sala de estar, así como los llamativos apliqués. Todo esto se podía ver indistintamente en las casas del centro y en las de los barrios, pero predominando, obviamente, en las más acomodadas. En estas últimas el tradicional brasero estaba siendo reemplazado por la estufa eléctrica importada, sobre todo después de 1963 en que la mayor potencia de la luz lo permitía, o las primeras estufas a parafina, antes que comenzaran a usarse las famosas «Comet» que darán calor en los años setenta. Pero estos sofisticados calentadores eléctricos coexistían con el tradicional brasero bastante común entre la gente más sencilla que forzosamente debía usar las brasas, aunque ya casi no se veían aquellos caballitos peludos cargados de sacos de carbón como había sido hasta fines de los cincuenta. No obstante, el carbón llegaba de alguna parte y por algún medio, porque los sectores más pobres no podían prescindir de él. En Punta de Chonos, por ejemplo, eran infaltables los braseros. En las tardes de invierno era corriente verlos en la vereda frente a la puerta de la casa por un momento, aprovechando la brisa para la conbustión o en los curiosos patios colgantes sobre pilotes en las partes traseras de los palafitos y que las mujeres encendían avivando el fuego con un buen cartón preparado para soplar, y entrarlos después a la cocina.

Con todo, ya se advertía que el brasero estaba en retirada. Eso se podía apreciar casi a simple vista o por lo menos a nadie se le escapaba que la

electricidad, la parafina y el gas terminarían por imponerse en buena parte del pueblo. Y, precisamente «Abastible» llegó a Castro como a mediados de la década y comenzó la difusión del gas licuado entre las familias más acomodadas, y con él, la cocina a gas que rápidamente se generalizó entre los comerciantes y foráneos residentes, aunque sin abandonar todavía la tradicional, a leña, considerada imprescindible en invierno, tal como los braseros. El gas tardó en entrar algo más en los barrios, de modo que allí siguió imperando la vieja cocina calentita, la bodeguita para la leña y la infaltable hacha de picar. Por eso también, las nuevas poblaciones levantadas en los sesenta para gente de procedencia mayoritariamente rural, nos recuerda ese Castro de los años cuarenta, más simple, pero también más chilote. En esos mismos barrios todavía se acostumbraba a llevar a la cama la infaltable botella con agua caliente para pasar el frío. El guatero de goma era menos frecuente, excepto en las casas del centro. Con el brasero y la botella con agua caliente se calefaccionaban respectivamente piezas y camas, y así, en ese ambiente de verdad cálido, era grato oir las radionovelas, esperada entretención de entonces, como aquellas de Arturo Moya Grau que hacían llorar a mares a las señoras como a eso de la tres de la tarde.

En las casas de familias pudientes, el living calefaccionado con calentadores eléctricos o a gas, se transformó en una alternativa como sala de estar en lugar de la pieza de la cocina, sobre todo en las nuevas viviendas hechas con una distribución interior semejante a las de Chile Central con living amplios y cocinas estrechas. Las familias con mayores recursos solían tener el televisor en el living, aunque sólo fuera para ostentar. Tampoco faltaba allí la gran radio importada marca «Saba», lujosa, aerodinámica. El «trinche» que ya se estilaba en el comedor de los años cincuenta, se estaba haciendo ahora más atractivo con la loza alemana a la vista o con las delicadas porcelanas que se lucían en ocasiones especiales, así como las variadas clases y formas de vasos y copas finas de procedencia extranjera. Las bellas bandejas de laca china ayudaban con sus colores a decorar los rinconcitos del comedor antes de hacerse excesivamente comunes. Los jarros de vidrio o cristal importados que se lucían en el «trinche», se usaban para servir, entre otras bebidas, los famosos jugos «kitty» -los primeros jugos en polvo que llegaban a Chile- con sabor a coca-cola y que venían en llamativos sobres, completamente desconocidos para los sorprendidos turistas. Todo esta era, obviamente, novedoso para los castreños y mucho más para los foráneos.

La ropa se planchaba con las modernas «Clöer» o «ABC» eléctricas y automáticas que dejaban rápidamente en desuso las pesadas de fierro con brasas

en su interior, aunque, por supuesto, las viejas planchas seguían siendo comunes en las casas de barrio. Las enormes radios «Braun» y «Telefunken» eran «de lujo», mientras las pequeñas «Sanyo» a pilas eran del uso más generalizado que se pueda imaginar, porque hasta los isleños de las goletas las portaban regularmente. El jabón «camay» para el aseo fue un verdadero boom a principios de la década, y el detergente «ACE» para lavar la ropa reemplazaba al antiguo jabón «gringo». Ciertas familias exigentes tenían a la mesa cuchillería alemana «Allexanderberck», aunque sólo fuera para las grandes ocasiones, o cuchillería «Arbolito», tan fina como la primera. Hasta en las casas más pobres se estaba reemplazando el mantel de género por el de linoleum, súbitamente puesto de moda porque se limpiaba fácilmente, aunque de preferencia para uso diario, y se estaba introduciendo la costumbre de cubrir el piso con hule, especialmente el piso de la cocina por el mucho trajín. En las fiestas se combinaba la *cordiona* o *cuncuna* tradicional con las nuevas y enormes acordeones marca «Hohner», mientras el whisky entraba a acompañar al vino y a la chicha en casas particulares y restaurantes. Los tocadiscos automáticos se imponían abrumadoramente y con él las fiestas juveniles se hacían más frecuentes y entretenidas.

Ya en los cincuenta había comenzado la desaparición de las *casitas* -o *guater*, como se llamaba- en los patios y en los sesenta era regular que las casas tuvieran su sala de baño y hasta calefont desde que llegó el gas. En algunas se podía ver el moderno sanitario alemán, de colores, que era el orgullo de las mamás y la admiración de los visitantes, porque en Chile no había nada remotamente parecido. La enceradora eléctrica comenzaba a reemplazar al rústico *chancho*; las alfombras finas a los choapinos, o coexistiendo con ellos. Solían verse gobelinos decorando las paredes del living y, en las puertas, los timbres con melodías en lugar del estridente ring-ring. Pulsaba el visitante el botón de la puerta y adentro sonaba «Humo en tus ojos». Se podía elegir el tema al comprar un timbre. Aparecieron también los refrigeradores, pero menos difundidos, porque la gente opinaba que no eran necesarios en tan destemplada ciudad, sobre todo en invierno. Los más corrientes eran los marca «Bosch». Pero también fue la época de los teléfonos. En 1966 había sólo dos personas que tenían aquel extraño aparato, pero en 1968 ya eran 300 los particulares que contaban con él. Esto si que era una novedad respecto de los años cuarenta y cincuenta.

En general, la vida se estaba haciendo más cómoda; algo más refinada y exigente en algunas casas de ciertos sectores del pueblo. Sólo en algunas casas porque, obviamente, no todos podían adquirir la variada gama de artículos modernos que ofrecía el Puerto Libre, pero al menos un cierto porcentaje de castreños ya vivía de esas novedades aunque fuera un chiche por aquí, otro por

allá, como esos cuadros importados que de vez en cuando se veían en reemplazo de las viejas fotos en blanco y negro colgadas en las paredes, o las coloridas figuritas de yeso -también pegadas a las paredes- que contribuyeron a modernizar un tanto la sala de estar. Los chicos llevaban al colegio enormes cajas de acuarela alemana con cientos de colores, así como preciosas cajas de lápices, también de colores, marca «Swano» que se compraban en Wagner-Stein. Los adultos más caballeros usaban pañuelos tan finos que daba pena sonarse con ellos y, en los inviernos, toda la ciudad convertida en una danza de paraguas japoneses, de plástico, por supuesto, y multicolores, tan baratos que se compraban por docena.

Había si, vecinos empecinadamente conservadores que miraban lo nuevo con indiferencia y hasta rechazo, prefiriendo las cosas de uso tradicional por rústicas que fueran. Naturalmente que dependía, también, de los medios económicos que se tuviera para adquirirlos. Por eso las familias con menos recursos estaban todavía ajenas a todo o parte de las cosas que ofrecía calle Blanco, a excepción de las radios con las inseparables pilas «eveready» que era lo primero que se deseaba tener. No obstante, una mirada general al comercio de los años sesenta permite percibir que los que más aprovechaban los artículos importados eran los visitantes foráneos y no el castreño medio, aunque ningún chilote podía evitar verse tocado por esta invasión de efectos extranjeros modernos y llamativos y, por osmosis, hacerlos parte de la vida cotidiana.

Sin embargo, todo este mundo de cosillas importadas daba la impresión de ser sólo novedades circunstanciales, poco connaturales con el modo de ser castreño. En realidad, el atractivo del Puerto Libre no pasaba de ser algo artificial que no se conciliaba con la precariedad de la vida cotidiana que siguió al terremoto en la primera mitad de la década. Había un comprensible deseo de vivir mejor, es verdad, pero en la práctica no significó otra cosa que un utillaje muy moderno por fuera en manifiesta disonancia con la cultura chilota que iba por dentro. La gran mayoría vivía como en la frontera de dos mundos. El mundo real era de las cosas tradicionales y simples del castreño, debatiéndose entre la pobreza -más digna que en Chile, pero pobreza al fin- y las ganas de hacer de su casa una vitrina. El Puerto Libre fue un golpe de aspiraciones que anonadó a los castreños que antes vivían de lo que podían hacer con sus manos, lanzándolos de súbito a una vorágine de deseos.

Precisamente, todas estas novedades europeas, estadounidenses y asiáticas parecían casi un contrasentido que coexistiesen con la ayuda de «Caritas» con sus quesos y leche en polvo, y con la que llegaba de todas partes en ropas y mil cosas más que invadieron el pueblo después del terremoto para socorro de los

castreños. Calle Blanco con sus vitrinas no tenía nada que ver con las colas que estaban obligados a hacer los más pobres para merecer algo de esta repartija de comida y vestuario. Los primeros años de la década fueron años de contraste, el claroscuro de la vida cotidiana, el cara y sello de una misma realidad.

La segunda mitad de los sesenta, en cambio, la vida había vuelto a la normalidad y hasta se notaba que los señalados claroscuros eran menos marcados. La sociabilidad, por ejemplo, parecía más alegre y extravertida en los diversos lugares donde se pasaba bien, no sólo en el Palace como era antes, aunque todavía este viejo y famoso local seguía atrayendo a buena concurrencia de parroquianos. Pero los asuntos de negocios o reuniones familiares se hacían ahora en varios locales puestos de moda por mediados de la década, como la Fuente de Soda «Dom», en Blanco, o el Restaurant «El Gringo», en Serrano. Precisamente, se estaba haciendo costumbre en ciertas familias salir a comer fuera de casa a restaurantes y *picadas*, algo enteramente desconocido en los años cuarenta y cincuenta. Parece que el Hotel «La Bomba» era uno de los lugares más concurridos en los años sesenta, porque regularmente era allí donde se daban cita los amigos, los clubes deportivos a celebrar sus aniversarios, en fin, recepciones y despedidas. Allí iban los adultos a disfrutar por las noches de la buena atención de don «Lalo» Ballesteros. Otros sitios eran el Hotel «Central», la Hostería desde 1964 y, sobre todo la «Villa Palmira», atendida por su dueña, doña Palmira, el mejor lugar para paseos familiares, fiestas y casamientos.

A medida que aumentaba el flujo turístico cobraban importancia los hoteles. En 1964 estaban activos «La Bomba», «Español», «Central», «Luxor», «Hotel Turismo» y «Villa Palmira». En total había 284 camas lo que era ya algo, y sobre todo, se observaba mayor cuidado en la presentación y en el aseo. En 1965 la ciudad contaba con seis hoteles, además del «Motel Auquilda», cuatro residenciales y tres pensiones. Se avanzaba algo, pero faltaba mucho por hacer.

Desde otro punto de vista, el mayor gentío estaba haciendo a Castro más impersonal que en los años pasados, cuando todos se conocían por sus nombres, décadas del cuarenta y cincuenta cuando se caminaba por el medio de la calzada de tierra sin temor a los vehículos, pues casi no había más que carretas. En los sesenta, en cambio, el número de vehículos aumentaba en forma sostenida, mucho más notorio desde 1964 en que, además de los propios de la ciudad, los turistas llegaban en sus autos todos los veranos aprovechando el ferry que comenzó a servir ese mismo año. Las calles habían dejado de ser las solitarias arterias de antes cuando hasta el pasto crecía libremente en las cunetas. Ahora se veían permanentemente transitadas por peatones y vehículos hasta el punto

de prohibirse las carretas por calle Blanco porque entorpecían el tránsito. Los topones, choques, atropellos y otros accidentes a causa de los improvisados choferes, tanto en las calles como en los caminos rurales casi siempre en mal estado, alarmaban a la gente. En 1962 se comenzó a señalizar el tránsito, al menos en las calles centrales, y Carabineros difundía las normas de circulación urbana, al tiempo que exigía la documentación con las primeras sanciones a los muchos improvisados conductores y, a veces, sin licencia, que confundían el freno con el acelerador y que se echaban a correr como si estuvieran en el circuito de Indianápolis.

Muchos avances se observaban en los sesenta. De eso no cabe duda. Pero también algunos retrocesos no menos significativos, porque así como asomaban cosas nuevas, se apagaban otras. La más tradicional entretención de los años cincuenta había sido el cine «Rex», cuando todavía era el pasatiempo insustituible del fin de semana. En realidad, sólo lo fue hasta 1961, porque después aquella sala comenzó a eclipsarse. Precisamente cuando la vida cotidiana estaba adquiriendo mayor complejidad y había deseos de más esparcimiento y entretención, el cine «Rex» no estaba siendo capaz de responder a los requerimientos de un público cada vez más exigente. Parece que en 1961 todavía llegaban los *rollos* desde Puerto Montt, pero ya no en barco, sino por tierra. Sin embargo, como el tráfico terrestre era aún precario a causa del cruce del Canal y del río Pudeto, se atrasaban los envíos con la consiguiente alteración de las programaciones que molestaban mucho al público, público nuevo que no tomaba los atrasos tan alegremente como antes. Para resolver el problema se usó durante un tiempo el sistema de taxi aéreo. Con todo, solían pasar semanas sin abrir. En una de las travesías del Canal y a causa del mal tiempo cayó un rollo al mar y se perdió, ante lo cual Puerto Montt suspendió los envíos de cintas y anuló el convenio. Otra vez cerrado por meses. Don Luis Jiménez, su dueño, estableció contactos con Santiago y en 1962 con Concepción para proveerse de películas. Pero, desde esta última ciudad enviaban solamente cintas rusas con la protesta de la gente, a pesar de ser buenos filmes. La gente se negaba a asistir -¿Qué tendría el castreño contra los rusos?-, tanto que a fines de 1962 se hablaba del cierre definitivo del cine y hasta se llegó a poner en venta. No hubo interesados. El castreño no tuvo más remedio que ir a ver películas al «Splendid» de Ancud -nunca antes se había visto cosa semejante-, como cuando se exhibió «El último Cuplé» y luego «La Violetera» con Sarita Montiel que era la locura por esos años.

Pero el «Rex» no cerró sus puertas. Se empecinaba en seguir vivo, aunque agonizaba. Abría de vez en cuando con películas cada vez más distanciadas a

medida que avanzaba la década. En invierno solía ofrecer una cinta cada 15 días. En verano se hacía más regular. Y, así, el cine fue perdiendo significación en los castreños, especialmente entre la juventud. Los jóvenes eran también, otros que más que el cine buscaban en las fiestas -ya casi nadie decía «baile» o *malón*- entretenciones más de acuerdo con la época. Excepto los domingos, el cine pasaba inadvertido por los vecinos. De la protesta se estaba pasando a la indiferencia. Pero había un nuevo público que se aficionó tardíamente a las películas, como eran los vecinos de los pueblos adyacentes desde que pudieron disponer de sus propios vehículos. Llegaban a Castro con toda su familia a ver lo que fuera. Lo mismo se podía observar los fines de semana en que la gente modesta de los barrios periféricos, especialmente de la parte alta del pueblo, repletaba la galería. Al terminar la década, los isleños que llegaban a vender sus productos a La Playa, tomaron también la costumbre de instalarse en la *galera* por las noches con el mismo placer que mostraban cuando tomaban taxi para dar una vuelta por la ciudad después de concluidas sus ventas.

Pero estos nuevos aficionados no discriminaban sobre la calidad de las cintas. Las críticas llegaban del público castreño, críticas que se extendían al descuido de la administración. Los cortes, por ejemplo, eran demasiado frecuentes, así como las fallas en el audio y hasta en la secuencia de los rollos -hubo caso en que una cinta comenzó a exhibirse por el FIN- lo que, obviamente, era el colmo. Tampoco se había superado el rudimentario sistema del cartel apoyado en el cañón de la Plaza que mira a calle Blanco y el otro en la misma puerta del cine y hasta un pequeño cartelito en la vitrina del negocio de don «Lucho». Sólo en ocasiones se anunciaba a través de la radio. Pero con cartel y todo, nadie sabía qué iba a ver, justo en el momento en que el público no se conformaba con cualquier cosa. Entonces, don «Lucho» lo cerraba por largo tiempo y, de pronto, lo reabría con una soberbia cinta. Se repletaba en *tanda* y *noche* y, hasta se repetía al día siguiente cuando la película era excepcional Más, poco a poco se volvía a las películas viejas, baratas, cortadas, opacas y gangosas. Abriendo y cerrando pasó el «Rex» la década del sesenta.

Como decíamos, unas cosas iban apagándose y otras naciendo. Quizá lo más significativo de los sesenta, al menos desde este punto de vista, fue la inauguración de Radio «Chiloé» en 1962, gracias a la iniciativa de don Aureliano Velásquez Cárcamo, el mismo don Aureliano que como radioaficionado se había destacado por su generosa contribución durante el terremoto de 1960. La radio ayudó con mucho a los cambios que estaba experimentando la vida cotidiana Que se haya instalado en Castro es el mejor testimonio que el pueblo había dejado de ser el de antes. Ahora afrecía buena plaza para los avisos comerciales

Los comerciantes que ya competían a través de la propaganda, eran numerosos; la población consumidora había aumentado; los radiorreceptores se habían generalizado hasta en las islas más apartadas. Por todo ello no sólo don Aureliano quería instalar una radio, sino el santiaguino don Tomás Chadwick Larraín andaba tras idéntico objetivo en 1962. Pero, dos radioemisoras era mucho más de lo que bastaba para Castro y su departamento. Ganó don Aureliano, cuyas gestiones las había iniciado en 1961 hasta que -al parecer- obtuvo un empréstito de la CORFO que le permitió echar las bases de su empresa.

Comenzó a transmitir con equipos muy elementales y con poco capital, pues el mismo año 1962 don Aureliano solía pedir discos prestados al vecindario para amenizar las programaciones. Con todo, era una contribución a todas luces significativa, porque una radioemisora era lo que faltaba en una ciudad que día a día parecía más dinámica. Desde entonces el castreño estuvo verdaderamente bien informado de los sucesos locales, provinciales y nacionales, ya que radio «Chiloé» se puso en cadena con emisoras capitalinas a la hora de las noticias. Pero fue una radio muy original desde el comienzo. El sistema de *mensajes* ponía la nota distintiva, al tiempo que ayudaba a estrechar las relaciones de unos chilotes con otros en todo el ámbito del Archipiélago aprovechando que ya no había quien no tuviera su radio a pilas. Por otra parte los mensajes de mediodía eran el pasatiempo más entretenido para las dueñas de casa, pues aquellos avisos solían ser tan graciosos y, a veces tan insólitos, que eran fuente de divertidos comentarios en todo el pueblo. Entretenidos o no, los mensajes siguen siendo hasta el presente el más acertado y útil sistema para comunicarse en el interior de la Provincia. Tres años antes tuvo Ancud su radio, la famosa «Pudeto» que los castreños la sintieron como un golpe al mentón. Ahora con dos radios, una en Castro y otra en Ancud, la Provincia reanimó sus disputas en torno de estos dos pueblos rivales, porque una y otra radioemisora llegaba hasta los más recónditos lugares y, desde 1964, la radio «Chiloé» alcanzaba a las tierras patagónicas al contar con nuevos equipos capaces de hacerse oir y enviar mansajes hasta Comodoro Rivadavia.

En fin, eran sutiles cambios ocurridos durante la década, aunque perceptibles sólo por los castreños y chilotes en general, porque estas transformaciones, por importantes que nos parezcan, eran menos visibles que las que experimentaba cualquier ciudad mediana del continente. Claro que en Castro estos cambios fueron génesis de otros más significativos que cristalizarán en las décadas siguientes. Tampoco es lo mismo a principios de los sesenta que a fines. Una mirada paranómica nos permite apreciar que el pueblo sin abandonar todavía su fisonomía de tal, se asomaba ya a esa cierta indefinición que tienen las

ciudades en transición. La novedad que despertaban los vehículos último modelo que coexistían con algunas carretas ya en retirada; el colorido y fascinación por los artículos importados, aunque fueran baratijas; esa prisa que se notaba en calle Blanco con compradores foráneos dándose datos sobre dónde adquirir lo que buscaban apurando el paso para alcanzar a regresar en el bus de la tarde. Cuatro turistas recorriendo el pueblo parecía un gentío. Era curioso, pero las salidas matinales al centro, y a la Plaza al crepúsculo, seguía haciéndose con el interés de ver gente, como en los años cuarenta y cincuenta. Si alguién invitaba a otro para *ir p 'abajo*, como se decía por el centro, era para «ir a mirar». Y esto que era tan propio de la década anterior, se estilaba todavía en los sesenta. Aún no se introducía la costumbre de tomarse un café en el centro, ni se sabía qué era un «express». El café se tomaba en casa. Sólo por las noches cobraban vida los restaurantes y los clubes sociales, pero todas esas pequeñeces estaban insinuando que Castro iba de camino hacia algo más complejo.

Y así, a pesar de las imperceptibles novedades en el ritmo de la vida diaria, Castro seguía siendo un pueblo tranquilo, no tanto como en los cincuenta, pero sosegado al fin. Sólo que de pronto un exceso de actividad vino a romper tanto sosiego como en febrero de 1967, cuando Castro celebró sus 400 años de existencia. El número y variedad de actividades de aquel verano han quedado en el recuerdo como la fiesta más significativa habida en la ciudad en toda su historia. Y no era para menos. Se celebraban cuatro siglos de estar allí. La Municipalidad no escatimó esfuerzos para hacer una magna celebración. Don Arturo Antóniz estaba, por entonces, a la cabeza del municipio y a él correspondió el desafío. Sabemos que Castro es una de las ciudades más antiguas del país y, a diferencia de muchas, siempre ha estado en el mismo sitio, porque nunca sufrió abandono o traslado, aunque debió soportar destrucciones. Las más antiguas como Villarrica, Valdivia y Osorno, por nombrar sólo las más sureñas, fueron fundadas algunos años antes que Castro, pero desde 1598 tuvieron que ser despobladas y no existieron durante siglos, excepto Valdivia que abandonada en 1604 fue repoblada en 1645 como Plaza fuerte, pero no como ciudad. Osorno que fuera destruida también en 1604 debió esperar hasta 1796 para ser repoblada, después de casi 200 años. Mucho más tarde, en el siglo XIX, se refundó Villarrica que sufrió el mismo lamentable fin que las otras en 1598. Las ciudades de Concepción y Chillán, fundadas también en el siglo XVI, fueron trasladadas a nuevos sitios en 1754. Castro, en cambio, permaneció incólume en la misma meseta donde la fundara Martín Ruiz de Gamboa en 1567, a pesar de las acometidas de los enemigos holandeses que la destruyeron cada vez que atacaron Chiloé desde los albores del siglo XVII. Castro, así como Santiago y La Serena, se mantuvo aferrada a su histórico

emplazamiento consciente que no se debía abandonar lo conquistado, según mandaban las leyes.

Desde 1965 se había estado gestionando una ley llamada «Cuarto Centenario» que beneficiara a Castro, así como a Ancud y Chonchi que se plegaron también a la celebración de sus dos siglos de vida ya que se fundaron oficialmente en 1768 y 1764 respectivamente. Importante papel cumplió de entonces diputado don Félix Garay en allegar fondos y el Municipio castreño en preparar la festividad, de modo que todos los días hubiera un espectáculo nuevo que colmase la semana de fiestas y color. El nombre de Castro hizo noticia en el país, porque fue visitada por el Presidente Frei, precisamente para dar realce a la celebración. Un gentío llegó de todas partes: chilotes de distintos puntos de la Provincia; viejos castreños residentes en Santiago y otras ciudades del país y del extranjero que se congregaron en Castro para rendirle los saludos y para reencontrarse con sus calles.

El «Cuadro Verde» de Carabineros, la presencia de la Armada, las acrobacias de esos aviones a chorro de la FACH que eran los famosos «Cóndores de Plata» y que impresionaron vivamente a los castreños, los «Mimos de Noisvander», el Regimiento «Sangra» de Puerto Montt y su reconocida banda, el Orfeón de Carabineros, los paracaidistas con sus exhibiciones, la visita del obispo de Ancud con todo el ceremonial y pompa de la Iglesia, la Orquesta de Pablo Cassals, las muestras de Arte Moderno, los desfiles frente a la Gobernación con las tropas del «Sangra», los marinos del patruyero «Lautaro», todas las instituciones castreñas y hasta los lustrabotas muy decentitos con sus mamelucos nuevos, el Festival Aéreo con más de 100 aviones civiles de todo el país, y hasta planeadores con sus acrobacias que fueron la admiración de la gente, la disputa de la «Copa Cuarto Centenario» entre las selecciones de fútbol de las ciudades del sur, la largada ciclista de la famosa «Vuelta de Chile», organizada por Martini-Rossi, la música folclórica con conjuntos consagrados en el país estuvo también presente, las exposiciones más variadas, las muestras artesanales en la Plaza, escritores, como don Narciso García Barría, autografiando su último libro: *Voltejeos en el Archipiélago*, la alegría de todos, ese como contento general en medio de la prisa eran imágenes inéditas en Castro, súbita sobreactividad festiva que sacó a todos de sus casas. La gente no sabía adónde ir, porque simultáneamente había espectáculos en dos o tres sitios distintos. Por aquí y por allá diversos conjuntos musicales; «Los de Ramón» haciendo sus presentaciones en el IER. Precisamente allí interpretaron ese «Levántate hombre flojo, sale a pescar, sale a pescar...», y quedó la rechifla.

Y después de febrero de 1967 el ritmo de la vida cotidiana volvió a la

normalidad. La celebración del «Cuarto Centenario» fue, sin duda, un exceso de actividad. Con todo, la normalidad de la segunda mitad de los sesenta, siendo bastante sosegada, no era ya la misma normalidad un tanto tediosa de antes, al menos para los castreños. Porque tal como hemos dicho en otro lugar, para los vecinos más atentos, la vida diaria del pueblo parecía en perpetuo cambio y no podían ignorar que al menos a escala local, los años sesenta eran harto diferentes respecto de la pasiva existencia de las décadas anteriores. El comercio, los inicios del turismo con todo el colorido de gestos y actitudes del foráneo, las calles pavimentadas, los vehículos, la vida más abierta al exterior, etc. eran los pequeños cambios que se notaban en la segunda mitad de los sesenta, pero cambios al fin. Estas sutiles modificaciones que experimentaba un pueblo periférico, de viejo cuño, pero desatendido por todos los gobiernos durante tantos años, eran percibidas también por los castreños que visitaban su ciudad después de décadas de ausencia. Porque si habían vivido en Castro veinte años antes, traían en la retina aquella excesiva tranquilidad pueblerina de la década del cuarenta. Se sorprendían entonces de los cambios. Pero tales cambios eran, más que nada un asunto de ritmos, de ese cierto mayor ajetreo, porque desde el punto de vista urbanístico el rostro del pueblo, o más precisamente de la Plaza de Armas y su entorno que es su cara, permanecía idéntico a como era en los años cuarenta con el viejo edificio de las oficinas públicas y gobernación en el costado poniente; las mismas grandes y antiguas casonas en el costado sur; la iglesia y convento franciscano en el costado norte. No había novedad alguna que modificara la vieja imagen que el castreño visitante traía en sus retinas. Sólo en el costado oriente podía ver algo diferente: el nuevo edificio del Banco del Estado construido en la intersección de las calles San Martín y Latorre. Todo lo demás estaba como en los tiempos de los abuelos. Sólo había ciertas novedades en el resto de la traza urbana y, por supuesto, en «Castro Alto». Por eso, la diferencia que notaban los castreños visitantes estaba en el ritmo de la existencia, en esa cierta mayor extraversión de la gente y en sus calles algo más concurridas. Pero si era foráneo el que visitaba el pueblo por primera vez, no hallaba en él otra cosa que un pueblo pequeño, sencillo y excesivamente tranquilo, porque su punto de referencia era, también, otro.

5.

Y ALGO MAS SOBRE LA VIDA COTIDIANA EN CASTRO Y SUS ALREDEDORES

5. Y ALGO MAS SOBRE LA VIDA COTIDIANA EN CASTRO Y SUS ALREDEDORES

Pero miremos nuevamente el pueblo por dentro, que es donde se van combinando los nuevos matices de la estructura social que en los sesenta estaba iniciando su proceso de encasillamiento en sectores socio-económicos o estratos de límites algo más definidos que en la década precedente. Destacaba la existencia del grupo social alto, como siempre lo fue, pero ahora con una presencia más notoria y al mismo tiempo más distante respecto del común de los castreños. La causa fue la mayor prosperidad económica que el Puerto Libre estaba significando para unos pocos vecinos y foráneos residentes que acentuaban cada vez más sus diferencias de estatus con los del medio y los de abajo. Había ricos tradicionales, de apellidos casi seculares en los negocios, pero más acaudalados ahora que antes; ricos nuevos, generalmente aquellos que desde los sectores medios se empinaron un poco más por sus ganancias con el Puerto Libre; ricos de procedencia foránea que eran, quizá, los más prósperos, pero también los que más hacían notar sus distancias, no sólo respecto de los vecinos corrientes, sino que respecto de los mismos comerciantes chilotes. En el lado opuesto del espectro social estaban los pobres que parecían más pobres que antes. Muchos de ellos eran migrantes campesinos que tardaron en abandonar sus hábitos rurales. Entre ambos extremos se perfilaba con menos nitidez el gran sector medio, ahora más amplio, pero conservando el mismo o casi el mismo estilo de vida de antaño, aunque con cierto mejor pasar. Sin embargo, ya se podrá advertir que esta estratificación que podía ser captada por los castreños, no era fácilmente perceptible por los ocasionales visitantes o por los residentes de estada breve.

Había también diferencias entre los sectores urbanos antiguo y nuevo, no sólo desde el punto de vista urbanístico, sino del social. Precisamente el nuevo sector urbano de Castro Alto era a fines de los sesenta muy populoso a escala local, con una inmensa chiquillería que crecía hacinada en los «barracones», en las casitas CORVI o en las de «Autoconstrucción». Y, aunque a medida que

transcurría la década, Castro Alto fue poblándose de vecinos de toda condición social, era notorio, sin embargo, el predominio de los más pobres, a veces desocupados y con no pocos hijos que alimentar. Por eso también, en aquellas poblaciones comenzaron a aparecer los primeros limosneros infantiles que merodeaban por el centro. Cochinitos, casi piluchos con apenas una chombita de lana deshilachándose, ojitos oscuros, caritas anchas. No eran ya los tiempos de los cuarenta o cincuenta cuando se nacía y crecía mejor, aún en los barrios de orilla, a pesar de la humildad en que se vivía. Ahora parecía al revés, porque llegaba gente campesina a cobijarse en ranchitos, apenas unas cuantas tablitas precarias cuando no se tenía la suerte de obtener una casita CORVI. Entre el Puerto Libre y la migración interna se notaba pues, el más vivo contraste, el anverso y reverso de la medalla. Si algo caracteriza a los años sesenta del punto de vista social es precisamente el poblador isleño que por las circunstancias tan amargas de los primeros años de la década, se vió obligado a hacerse urbano: tiempos del allegado con media docena de cabros chicos desarraigados de sus lugares de orígen donde habían vivido, a pesar de todo, una vida mejor. Porque, allí en el campo, los niños se asomaban felices a la vida jugando en las pampitas verdes y onduladas de suaves cuestas por donde alegremente se echaban a rodar llenándo de *cadillos* sus chombas de lana; o se entretenían buscando lagartijas entre los espinos; comiendo *calafates*, *murtas* y *cauchagües*; descubriendo el mundo entre botes y lanchones; sabiendo de cormoranes y *chelles*; aprendiendo a conocer en la playa el hoyito donde se esconde la *pimuca*, y en el cielo, a distinguir la nube portadora de aguaceros. Esos chicos que nacían sanos, puros, respetuosos, una vez en el pueblo, desarraigados quedaban de su idílico mundo donde la vida se construía de pequeñas cosas. En el pueblo, todo era más frío, pesado e impersonal desde la perspectiva de estos migrantes campesinos, porque el isleño, al convertirse en urbano, quedaba casi siempre condenado a la marginalidad.

Difícil era la vida urbana para estas gentes de tradición rural a quienes los chicos del centro llamaban *ñangos*. Pero otra muy distinta era la vida para los que no tuvieron que sufrir esta especie de ruptura existencial que comúnmente afecta al migrante. Porque es innegable que la juventud del casco antiguo -por llamarla de algún modo- llevaba una vida con menos sobresaltos e incluso se notaba con más fe en el futuro. Y es que los años sesenta fueron tiempos de utopía e idealismo en todo el mundo, una década de sueños luminosos en lo político y en lo filosófico así en Europa, como en América, con esa ingenuidad que parece haberse apoderado del decenio. El romanticismo y la creencia casi generalizada en que se podía construir un mundo mejor eran, en cierto modo, asuntos que también sintieron los jóvenes castreños. Pero la «Primavera de

Praga» o la «Revolución de 1968» en las universidades francesas, apenas se tomaron en cuenta en Castro pues no pasaron de ser cosas de europeos. El feminismo que nació novedoso pero agresivo, fue también ajeno a la juventud castreña, como ajenos al arte sicodélico y los «hippies», aunque estos últimos parecían algo más cercanos ya que habían comenzado a verse en los veranos de la segunda mitad de la década con su antimoda «artesa», pelo largo, collares y hasta la marihuana cuyo consumo asomaba ya. En cambio, el tema de los misiles en Cuba fue tomado muy en serio por los chilotes que no dejaban de preguntarse sobre la posibilidad de una bomba atómica en la Provincia en caso de guerra; Fidel y la palabra revolución; Martin Luther King; la pobreza en América Latina y la guerra de Viet-Nam tuvieron algún eco en Castro, al menos entre unos pocos. La nueva de la muerte del «Che» Guevara en 1967 por ejemplo, llegó aparejada con la muerte del castreño guerrillero «Yayo» Montiel. Nadie podía sentirse ajeno a noticias como estas.

El mundo estaba más presente. Eso era obvio, tanto que hasta en las islas se discutía si era verdad o no el primer descenso del hombre en la luna. Pero, por supuesto, nunca llegó el mundo a estar tan presente como en el resto del país. ¿Qué podría haber significado para el joven castreño la efervescencia universitaria parisiense de esos años o la filosofía de Herbert Marcuse?. Unos pocos adolescentes hablaban de estas cosas, es verdad, pero como asuntos distantes como siempre vieron los chilotes los sucesos de afuera. Los había utópicos y románticos porque la época se prestaba para sueños, como hemos dicho, pero a su modo. Mucho más concreta y cercana era la política nacional que ahora interesaba más que antes. El «lolo» no era como en los cuarenta, indiferente al partidismo, sino que participaba con algún mayor entusiasmo con los nuevos slogans de la Democracia Cristiana. Comenzaba asimismo, a tomar fuerza la Izquierda con su lenguaje novedoso y combativo y hasta llegaron a ser corrientes revistas como «China Popular», así como la afición de escuchar Radio Moscú. Sin embargo, no había tensiones ni conflictos, aunque ya se hablaba de una «juventud comprometida», muy aumentada en verano cuando regresaban a Castro los estudiantes empapados de utopías nacidas en las universidades, especialmente en la de Concepción, de donde salieron militantes castreños de los partidos de Izquierda. Llegadas las elecciones, en cambio, no las ganaban los democratacristianos ni los socialistas, sino los radicales y los conservadores, tal como en los años cincuenta. El peso de la tradición y el rol de los mayores, todavía se notaba, a pesar del mayor protagonismo juvenil.

Así, la actividad política fue pintando por etapas un extraño cuadro impresionista del pueblo de los sesenta. Al principio con predominio de los

tonos anaranjados, tirando a azulado a mediados de la década y cargándose al rojo sangre al final, como las encendidas nubes del atardecer. Tonos acuarelados, pinceladas gruesas y acuosas donde los colores se invadían unos a otros trazados con brochas de políticos pintores. Conservadores y radicales al comienzo, como prolongación de los años cincuenta, pues los «rádicos» ganaron la elección municipal en 1963. La juventud democratacristiana vino después, o se hizo notar, como a mediados de la década, con sus emblemas azules, casi junto con los militantes de Izquierda con sus baderas rojas y sus primeros amagos de agresividad ganando terreno al terminar la década, aunque no lo digan así las cifras. Un extraño cuadro de tonos cambiantes. Pero, los sesenta se definen en cuanto Democracia Cristiana con su contagioso entusiasmo adolescente, aunque apenas un remedo del entusiasmo que se vivía en las ciudades del centro del país. La campaña presidencial de don Eduardo Frei se llevó a cabo con más pasión que antes, pero los tradicionales conservadores y radicales eran todavía huesos duros de roer. Se advertía si, un nuevo compromiso juvenil y con un lenguaje atractivo que hablaba de la nueva patria o de nuevos horizontes, como se expresaba en la «Marcha de la Patria Joven» de 1964. El entusiasmo por la Democracia Cristiana fue decreciendo en el último tercio de la década para dar paso, como dijimos, a otro lenguaje, el de protesta, más grave y más encendido de los partidos socialista y comunista. No eran muchos los llamados «progresistas» revolucionarios en Castro de 1969, pero ya se hacían sentir queriendo cambiarlo todo. Entonces las banderas rojas con la hoz y el martillo y la figura del «Che» Guevara, estaban reemplazando a los emblemas azules al filo de los setenta. Así se iba pintando este cuadro movedizo, tan movedizo que da la impresión que apenas alcanzó la fase de boceto de un cuadro que estaba por hacerse. Porque la figura definitiva no se alcanzó. El rojo y el azul mezclaron sus aguas en los bordes dando orígen a un morado muy oscuro; color sucio. Al comenzar la década siguiente aquel boceto se había convertido en un grotesco manchón.

Todo ésto sucedía dentro de un contexto distinto porque la población había aumentado a fines de los sesenta y los jóvenes castreños eran más numerosos, tanto que ya no era posible conocerse entre sí, ni siquiera «de vista». Había además, un buen número de chicos foráneos que llegaban a Castro con sus padres comerciantes o profesionales y muchos jóvenes migrantes de ciudades y campos. Pero por entonces muchos salían, pues había más posibilidades de estudiar en las universidades, aunque seguía siendo importante la vocación por la Pedagogía Básica, de modo que el mayor número de los adolescentes iba a la Escuela Normal de Ancud, pero también a la Abelardo Núñez, a la de Victoria y a la de Valdivia. Sin embargo, la juventud que egresaba del Liceo y del Instituto

Politécnico mostraba progresivo mayor interés por los estudios superiores y se preparaba para rendir el Bachillerato. Los puntajes mejoraban año a año, porque la competencia era también mayor y más clara la meta profesional. Por eso los estudios de Humanidades -todavía se llamaban así casi hasta fines de la década- tenían más sentido que en los años cuarenta y cincuenta. Los que salían a estudiar al centro del país, regresaban como virados. Volvían llenos de experiencias nuevas, con los infaltables proyectos de estudiante, y más políticos. Ya no eran cuatro o cinco, ahora eran una treintena o tal vez más. Y eso mismo daba otro cariz a los veranos, porque quizá a causa de qué extrañas químicas los que eran calladitos y pasivos mientras estudiaban en Castro, en regresando desde el continente lo hacían con más personalidad, bullicio y extraversión. En 1968 ó 1969, parecían otros, tomaban alas, se hacían izquierdistas.

Pero la juventud de los sesenta era, además, inquieta en otros muchos sentidos. Buscaba nuevas expresiones culturales. En 1965 había un conjunto de teatro con el nombre de «Ten-Ten Vilú», una «Academia de Cultura Artística» que comprendía Gimnasia, Escultura, Pintura y Dibujo. Adolfo Palavicino, «Fito» Ulloa, Nelly Alarcón, entre otros, ponían la creatividad en estas actividades. Por su parte, la Escuela de Temporada de la Universidad de Chile llegaba a Castro todos los veranos y la asistencia de los castreños era masiva, testimoniando con ello el interés que despertaban las cosas de la cultura. Precisamente, por lo exitoso que era se hablaba de crear un Colegio Regional de la Universidad de Chile en Castro y, aunque no se concretó, dejó encendida la idea para pedir, como se pidió y obtuvo, la sede de la Universidad Técnica en los años setenta.

Los sesenta fueron también tiempos en que comenzó la valoración de la artesanía y de los primeros lineamientos en el rescate de la riqueza folclórica que, una vez difundida llegará a ser una contribución significativa a la cultura nacional en las décadas siguientes. El izquierdismo iba de la mano con el folclor, pero no todos los folcloristas eran de Izquierda. Era sí época de inquietudes emergentes; época de Zambrano en la escultura; de Christian Díaz y de Mario Uribe en los trabajos arqueológicos y en la creación del Museo Regional; de los primeros jóvenes poetas, fundamento de lo que en los setenta será el «Grupo Aumen»; de los esfuerzos teatrales con actores espontáneos; de «Pitilei» en las tareas encaminadas a crear centros comunitarios para organizar el campesinado y desarrollar la economía. Pero también década de los primeros esfuerzos en el cultivo de la Geografía Humana, y de la Antropología con los aportes de Pedro Cunill y Carlos Munizaga respectivamente y que abrirán nuevas vetas de estudio en las décadas siguientes. En fin, década de los primeros estudiantes

universitarios santiaguinos que llegaban a descubrir las peculiaridades chilotas bajo la dirección de catedráticos de la Universidad de Chile. Eran albores de muchas cosas, inéditas incursiones por la cultura, todavía poco, pero diferente a lo que veíamos en los años cuarenta y cincuenta; puntos de arranque de algo mayor que los jóvenes esperaban siguiera in crescendo. Sólo que este interés tuvo una significativa interrupción al terminar la década y a principios de la siguiente, cuando la actividad política predominó en la ciudad.

Y decíamos que asomaban los primeros signos de la valoración de la artesanía. La de la lana fue primero. Precisamente, en los sesenta se consolidaba la «Feria de Dalcahue» reeditando los choapinos, las frazadas, sabanillas y demás confecciones, las mismas que tanta admiración despertaron en el Perú Colonial. A fines de los sesenta, la artesanía de las mujeres de Quinchao comenzaba a ser conocida y apreciada en Chile gracias a la iniciativa de las hermanas Alarcón, ahora con prendas más estilizadas y de gusto más urbano. Los tejidos chilotes hechos en esteras extendidas saltaron súbitamente al primer plano porque a fines de los sesenta había una juventud «artesa» que gustaba de tejidos burdos teñidos por aquellas tintoreras que lograban colores increíbles con plantas y raíces siguiendo una tradición inmemorial. Algunos de los estilizados modelos de lana vistieron a la Vírgen de la iglesia franciscana de Castro. Rubi Alarcón instaló su «Atelier Boutique» para la exhibición de los tejidos y otras artesanías; Nelly diseñaba y delineaba desfiles de moda -inéditos en Castro- que serán celebrados calurosamente en la década siguiente, y hasta parece que Nelly llegó a incursionar en la decoración de las áreas verdes del pueblo poniéndo su gusto artístico en la Plaza y en la punta de diamante del acceso norte.

Había deseos de hacer cosas. Dentro de este ambiente creativo se dieron los primeros pasos del Museo Regional para conservar y exhibir todo o parte del patrimonio histórico de Chiloé. Comprendido por unos pocos, pero con la indiferencia de muchos, fue sin embargo, más alabado y reconocido por foráneos que por castreños. Pasó la década manteniéndose con escasísimos recursos y sólo en los setenta pudo contar con un estrecho, pero bien ordenado local situado en el sótano de la nueva sede municipal en calle Blanco, en la casa que fuera de don Luis Jiménez. El punto más alto del Museo se alcanzó a fines de la década y primeros dos años de los setenta, mientras estuvieron Mario Uribe y Christian Díaz a la cabeza.

Pero no hay que exagerar. Las actividades culturales de expresiones locales no podían ser muchas. Eran raleadas y con un público más bien indiferente,

pero al menos algo se hacía en la estación de verano. La carretera permitió que comenzaran a asomarse por Castro connotados intelectuales y artistas nacionales y extranjeros. Pedro D'Andurain se hizo presente con sus conciertos de violín; una delegación de escritores hispanoamericanos llegó a Castro en 1969 y el mismo año una «caravana» de escritores nacionales. Eran acontecimientos nuevos que algo iban dejando en la juventud. Castro y Chiloé estaban siendo descubiertos por estudiosos chilenos que buscaban en la Provincia inspiraciones nuevas. El folclorista Héctor Pavez del «Conjunto Millaray» visitó Castro en 1962 en busca de material de estudio; el mismo año lo hizo Margot Loyola. Supieron del mundo de las islas y pueblos y se admiraron de las capillas centenarias. Herig Barría y otros castreños fueron guías en estos zafaries folclóricos, como conocedores que eran de las peculiaridades culturales de cada villa, pueblo, aldea, lugar o isla, especialmente del área de Tenaún a Quetalco, rica en tradiciones, de cantos, de bailes, de vihuelas, de *cordionas* y de rabeles. Miguel Le Roy anduvo también en Castro escudriñando con mirada atenta; Raquel Barros; Galvarino Peralta, en fin, Violeta Parra.

Así, mientras el castreño procuraba nutrirse del mundo a través de la Escuela de Temporada de la Universidad de Chile, el chileno descubría Castro y Chiloé que era lo que le faltaba para enriquecer la cultura nacional. El escritor, el poeta, el antropólogo, el sociólogo, el músico, el historiador, el arquitecto, buscaron en Castro y en los pueblos rurales el tema inédito, la inspiración que brota de la contemplación del paisaje y del estudio de los usos y costumbres nacidas de esa transculturación que lleva ya casi medio milenio, pero que parecía se hubiera iniciado sólo ayer porque daba la sensación de ser un mundo como en su génesis, especialmente en las islas interiores donde se conservaban mejor las peculiares relaciones sociales, los vínculos con la naturaleza, los valores religiosos, las expresiones musicales. Aquellos buscadores fueron pioneros en conocer y difundir lo chilote y lo hicieron con sincero respeto y admiración. Antes también los hubo, pero ahora eran más y con una actitud más positiva y abierta. Ya no eran los solitarios observadores que se conformaban con visitar Castro y Ancud y creer conocer Chiloé desde la comodidad de sus hoteles. Ahora salían con sus amigos chilotes al interior a recoger de los ancianos lo verdaderamente insular. En este sentido los sesenta fueron años culturalmente significativos, ya por los folcloristas, ya por una generación castreña nueva, interesada y poética. Naturalmente que no eran muchos los preocupados por estas cosas, pero los pocos ya estaban empezando a aportar lo suyo a través de actividades todavía raleadas y vacilantes, es verdad, pero echando raíces, como siempre han sido los inicios.

Se podía percibir una juventud con proyectos, llena de promesas, con sus palabras conquistadoras, aunque tal juventud no estuviera representada en estas cosas más que por una ínfima minoría. Con todo, la juventud siempre ha sido la hacedora de pueblos y de ella ha dependido el rostro de cada generación. Los jóvenes viven y avanzan y, con ellos, la sociedad. Los viejos mueren. El morir de quienes estan asomándose a la vida es catastrófico, como fue la muerte de Reinaldo Fódich en 1963, cuando cursaba el 5° año de Medicina en la Universidad de Concepción. Había sido alumno sobresaliente en la Escuela «San Martín» y en el Liceo, donde siempre fue un ejemplo para su generación. Pereció cerca de Quemchi al precipitarse a tierra el pequeño avión en que viajaba a Castro el día 16 de septiembre a pasar con su familia las Fiestas Patrias. No se puede concebir un dolor más hondo como cuando se supo la infausta noticia. La muchedumbre que lo acompañó hasta su última morada testimonió el pesar de todo el pueblo, y la banda de los marinos interpretó la música más triste que pudiera oírse en un momento como aquel.

Y así como él, otros destacados jóvenes dejaron este mundo como la súbita muerte de José Gallardo Agüero a causa -al parecer- de una sobredósis de analgésicos. Joven prometedor, lleno de interrogantes sobre la vida después de la muerte, su tema preferido en las tertulias entre amigos aficionados como él a la parapsicología y ciencias ocultas. El joven escultor, César Zambrano, orgullo de Castro, falleció igualmente por esos años, llenándo de pesar su barrio Lillo, mientras los izquierdistas perdían a uno de sus más destacados militantes, y Castro al más sobresaliente de sus artistas. La tragedia se ensañó con los jóvenes en los años sesenta. El activo y joven abogado Néstor Andrade que comenzaba una prometedora carrera profesional pereció en otro accidente aéreo tratando de llegar a un apartado pueblo o isla en 1963. Le decían «Pitilei» -así llamaba al pejerrey cuando era pequeñito-, orgullo de doña Martina Barrientos, su madre. La muerte de los jóvenes es como un holocausto porque no es natural.

Pero, había también, otra juventud que comenzó a verse en los años sesenta, aquella que no participaba de las inquietudes intelectuales ni artísticas ni cumplía papel alguno, al menos positivo, en la vida cotidiana. Eran el «peso de la noche» que pesaba más ahora que en los años cincuenta. A diferencia de aquellos tiempos, muchos de estos jóvenes ya no se contentaban con las simples travesuras, sino que buscaban la agresión, porque en los sesenta comenzaron a verse y sufrirse los primeros cogoteos, abusos sexuales, robos y otros inéditos delitos que tenían muy preocupado al vecindario acostumbrado a vivir en un pueblo tranquilo tanto de día como de noche. Los actos delictuales -que en verdad eran sólo de cuando en cuando, pero muy preocupantes- estaban

asociados al aumento de la población, a la desocupación de los primeros y últimos años de la década, a la afluencia de foráneos y al alcohol, cuyo consumo había aumentado mucho y crecido también el número de cantinas. Los Carabineros tenían harta más pega que antes y se hacían pocos los efectivos, a pesar de que por primera vez se contaba con un furgón policial. A principios de la década el capitán de Carabineros, don Rodolfo Stange, tenía mucho trabajo para controlar los excesos que se cometían de noche y fines de semana. Las redadas nocturnas, antes nunca vistas ni oidas en Castro, comenzaron a ser periódicas y casi normales. Caían detenidos un buen número de peligrosos sujetos, algunos de ellos buscados en el continente y que se refugiaban en Chiloé. La mayoría de estos provenían de Santiago, pero había también malacatosos originarios de ciudades del sur. Se acimentaban en los barrios periféricos viviendo a costa de la hospitalidad de la gente más sencilla. En 1962 cayó en manos de la policía un famoso delincuente buscado en todo el país desde hacía seis años. Lo sorprendieron paseándose por calle Blanco muy suelto de cuerpo a plena luz del día.

Pero, eran las noches de los fines de semana las más bulliciosas y peligrosas en bares y restaurantes o en los muchos expendios de licores y chicha de los barrios periféricos como Lillo, Pedro Montt y Aguirre Cerda y en el nuevo y populoso sector de Castro Alto. Con tanto trago eran corrientes los desórdenes y las peleas. Parece que los más agresivos en las tomateras de esos años eran los obreros -chilotes y foráneos- de la empresa «Belfi», contratados para las diversas obras que se hacían en la Provincia a principios de la década, especialmente camineras. Estos trabajadores se concentraban en Castro cada fin de semana a gastar la paga para alegría de los prostíbulos y sobresalto del vecindario.

Había, claro está, borrachitos más tranquilos y honrados, porque en Castro siempre han sobrado los etílicos, quizá a causa del frío invernal. Los curaditos eran la nota corriente en las calles, mañana, tarde y noche. Andaban tambaleándose con ese andar en zigzagueo exhibiendo toda su precaria humanidad con la botella metida a medias entre sus ropas, sin sentir bochorno alguno por su lamentable estado. Las tardes eran las más a propósito para beber. En los escondidos bares de barrio se podía ver todavía ese sui generis modo de beber y conversar de los borrachines junto al brasero encendido, tal como antaño. La chicha tibia -o *calorosita* como le llamaban- causaba más borrachera que el vino «pipeño». La agradable temperatura del interior de esas casas contrastaba con el frío de las calles en las noches de invierno. Por eso, la salida de estos curaditos rumbo a sus hogares, «cayéndose y levantándose»,

como se decía cuando los «agarraba el aire», eran las escenas más repetidas. Y en una de esas caídas se quedaba ahí, quietito y dormido en medio del barrizal. Si no tenía la suerte de ser levantado por un transeúnte, perecía yerto de frío, como tantos que murieron en los inviernos tirados sobre los charcos.

Pero volvamos a la juventud normal, la juventud deportista por ejemplo, o por mejor decir, la futbolista, que había hecho posible la vida del estadio en los años cincuenta, había decaído mucho a principios de los sesenta, al menos no se escuchaban aquellas bulliciosas barras de los años pasados, barras desaparecidas, porque había otras preocupaciones más urgentes, como rehacer la vida después del terremoto de 1960. Por eso, apenas un centenar de hinchas iba a distraerse un tanto a los cada vez más opacos partidos que jugaban chicos casi desconocidos. Menos efervescencia, menos bullicio y menos pasión durante los tres primeros años por este deporte que siempre fue la cara más expresiva del pueblo.

Quedaban, no obstante, algunas caras conocidas, caras «antiguas», al decir de los hinchas; algunas figuras casi idolatradas que venían desde los años cincuenta. «Tito» Márquez, por ejemplo, con su recia presencia no podía pasar desapercibido. Por entonces era ya «decano», pero jugaba como un adolescente, lo mismo que Romilio Gómez, murallas infranqueables en la defensa de «Estrella del Sur» y de «Estudiantes». La gente mayor iba al estadio por verlos jugar, porque los demás eran tenidos por cabros chicos. Así era al menos en los comienzos de los sesenta. Selección que se formaba no podía prescindir de «Tito» ni de Romilio porque daban garantía, como la dieron en las viejas selecciones. Los despejes a cañonazo limpio eran valorados entonces, cuando se jugaba a la europea, a reventar pelota. No pasaba nadie al área chica, porque «Tito» era un roble por su contextura y estatura. Sin embargo, hacia 1961-1962, ambos defensas estaban bastantes pasados de edad. De súbito dejaron las canchas y colgaron los chuteadores, como se dice cuando el andamio de los huesos comienza a debilitarse. «Panchito» Cárcamo, «Koke» Cárdenas, «Chato» Zúñiga, «Huenuco» eran otros de los decanos que todavía eran capaces de deslumbrar a principios de los sesenta. Pero ya eran otros tiempos. El extraordinario «Chato» Zúñiga mostraba una gruesa pinta, le pesaban los kilos que, sin embargo, no le impedían hacer sus acostumbrados malabarismos con la pelota en medio metro cuadrado y entre piernas contrarias. Ya no corría, sólo «tocaba» con precisión. Aún estaba vigente en 1963. Parece que «Koke» Cárdenas abandonó antes, y «Panchito» después, como a mitad de la década. El legendario «Matequila» jugaba en Osorno, al parecer, hasta 1962. A esa ciudad fue trasladado después de levantarse el ferrocarril de Chiloé donde

trabajaba, y en la ciudad del Rahue integró la selección que obtuvo el vicecampeonato en las finales de Chuquicamata, en 1961.

Estos destacados jugadores fueron, en realidad, bastante longevos. Lo corriente, sin embargo, eran los futbolistas de vigencia breve; aquellos con brillo súbito para apagarse después, también de súbito, como las estrellas supernovas. Muchos talentosos jugadores tuvieron esa efímera vida de un verano o dos, y nada más. Después el olvido, como si no hubieran estado nunca en una cancha. Otros fueron algo más permanentes de domingo a domingo y dejaron algún recuerdo en el futbol castreño de los sesenta como Ernesto Cáfano o Hernán Pizarro. Estos y otros decidieron la suerte del futbol castreño con sus éxitos y fracasos. Más destacados fueron, sin embargo, Roberto Chaura, Carlos Aravena, Eleazar Vera, Julio Utrovicich, «Guapo» y «Chapalele» Oyarzún, «Checho» Montiel, chicos fronterizos entre dos épocas. Fueron innovadores en muchos aspectos, aunque siempre predominó la garra sobre la técnica, el individualismo sobre el juego de conjunto, pero chicos desequilibrantes. El «Gringo» Aguilar, «Cachacho» Krause, Waldo Subiabre, en fin, Navarro, Eisele, Gastón Barrientos. Desde que se les vió en las primeras selecciones, todavía a principios de la década, la hinchada pareció renacer. El estadio comenzó a tomar vida, ahora con más espectadores jóvenes y, por lo mismo con más bullicio. Eran los nuevos ídolos.

Con jugadores como éstos, volvió la emoción en los partidos frente a Ancud que tanta efervescencia provocaban en los años cincuenta. Es verdad que ya no se peleaban tanto los dos pueblos; las riñas se habían reducido al mínimo después del terremoto, aunque a nadie se le ocultaba que estaban latentes. Al primer pretexto se sacaban los trapos al sol, y el pretexto estaba, como antes, en el fútbol. El anuncio de un partido entre Castro y Ancud despertaba una verdadera locura. Con el camino más o menos expedito era mayor el gentío que iba o venía al estadio, algunas veces en camiones como los huasos de los pueblos rurales de Chile Central. Era pintoresco ver la bulliciosa barra encaramada en camiones con baranda viajar a Castro o Ancud cuando se jugaban los primeros partidos de la década entre ambas selecciones por ahí por 1961. Sin embargo, por entonces era quizá el peor momento a causa de las emigraciones post terremoto. Había que echar mano de cualquier jugador. Lo mismo pasaba en Ancud. En la formación de estos equipos se testimoniaba el estado de la Provincia que no podía ser más lamentable. Ese año Castro fue a Ancud y regresó con cuatro pepinos contra dos. ¡Oh, como se sufrían estas derrotas!; más desazón que el mismo desabastecimiento. Y venían las críticas al entrenador, a los

jugadores, a los directivos, a la cancha Pudeto que era un barrizal, en fin, al gobierno.

Todavía estaba «Secre» en el arbitraje, y «Pinona» Estefó. «Huenuco» también estaba porque inmediatamente que colgó los chuteadores, se hizo árbitro, por esa como añoranza del estadio. Pero nadie como «Secre». Por entonces juraban los aficionados que «Secre» entraba a la cancha con la camiseta puesta. Arbitrándo él, ganaba Castro. Partido que se programaba contra Ancud y se sabía que arbitraría «Secre», se daba por ganado. Los ancuditanos le tenían horror. Expulsaba a dos o tres en cada encuentro. Así se le recuerda. Pero, obviamente exageran los que así piensan. «Secre» fue un estricto e imparcial juez. No dejaba pasar una falta, aunque dicen que en más de una ocasión estuvo a punto de hacer un gol de cabeza a favor de Castro. Era irresistible para él, hay que comprenderlo. Hacía sonar el silbato, veía venir el corner y atropellando entraba a cabecear. Pero, como dijimos más arriba, eran más que nada exageraciones de castreños y ancuditanos.

Y ¡cómo no!, si la década se define en cuanto disputas futbolísticas con Ancud, tanto que hasta hubo eliminatorias para el Nacional Amateur en que llegaron a empatar tres veces seguidas, y partidos que no concluían por los pugilatos, piedrazos y obviamente los carabineros en medio de la trifulca. Todo un lío peor que en los partidos River-Boca. ¡Que arbitre Secre!, gritaba la gente cuando iba perdiendo Castro, porque perder un partido con Ancud era la más grande humillación. «Morsa» Miranda, «Pelé» Araneda, Haeger, «Perico» Oyarzún. De repente se juntaban estos chicos, que eran del sector de Los Carrera con Sargento Aldea, y la selección parecía un ballet, porque no sólo jugaban como danzando, sino porque así humillaron a Green-Cross, golearon a Ferrobadminton, salieron a Comodoro Rivadavia y regresaron victoriosos. Sin embargo, muchos de estos chicos formaron la selección que cayó frente a Colo-Colo con todas sus afamadas estrellas. En fin, era Colo-Colo y se aceptaba bien la derrota. Pero, lo más difícil seguía siendo vencer a Ancud. Jugar con otras selecciones del sur se tenía como mero trámite. En 1963 apabullaron a Coyhaique, Puerto Natales y Puerto Montt, aunque no pudieron doblegar a Valdivia. El entrenador era don Jorge Yorkovic en 1963 y parece que después hizo de tal «Tito» Márquez, aunque por breve tiempo. Don Armando Oyarzún era el Director Técnico, al parecer, en el mismo año 1963. Uno de los más entusiastas dirigentes deportivos era «Marma» Bórquez que, como Presidente de la Asociación de Fútbol, puso todo su empeño en remozar el estadio que desde entonces tuvo orientación norte-sur. Don Epifanio Paredes era otro de los destacados personeros del fútbol y, en 1961, don Rodolfo Stange, como miembro

del Consejo Local de Deportes, tal como lo venían siendo todos los jefes de Carabineros desde la década precedente.

A mediados de los sesenta el fútbol era ya nuevamente importante para la afición castreña. Había mayor optimismo en el pueblo porque las huellas del terremoto iban desapareciendo y, como Castro era una buena plaza futbolística en cuanto dejaba jugosas ganancias, llegaban equipos profesionales y se repletaba el estadio. Desde que se inauguró la Radio «Chiloé», tuvo su espacio «Baranda Deportiva» que ayudó mucho al deporte castreño y, por supuesto, la vieja «Cruz del Sur» con sus comentarios después de cada partido entre Castro y Ancud. Los partidos interciudades era, como hemos dicho, momentos de euforia, de locura breve, de sobreactividad en cada partido contra Ancud o algún equipo profesional. «Cachacho» Krause dió un salto al estrellato -estrellato local, por supuesto, estrellato de pueblo- sólo por contener dos penales seguidos en un partido contra Puerto Montt, y tan increíble las atajadas que los portomontinos le apodaron «El Brujo». «Neto» Maldonado, «Gringo» Márquez eran también porteros sobresalientes, herederos de las dotes de «Matequila», Arriagada, «Pata Económica» y René García, de memorables actuaciones en los años cincuenta.

Ojeda, Vega, Zagres, Toro, sobre todo el último, fueron sobresalientes elementos que llevaron a la selección a su mejor pie hacia 1965 y a disputar la final amateur de Arica en verano de 1966. Y en la delantera, un jugador descollante, como era Gastón Barrientos que deleitaba al público con veloces avances por la punta derecha y en la misma línea del corner hacía un increíble centro buscando el cabezazo del «Gringo» Aguilar. El público cantaba el gol con anticipación. Algunos de estos chicos formaron el equipo que ganó la Copa «Cuarto Centenario» en 1967. Y se iban insinuando los nuevos, aquellos de fines de la década que prepararán el terreno de los setenta. Manuel Barrientos, Ismael Ruiz, Augusto Caro, Freddy Gazzo, antesala de los chicos que serán campeones nacionales en 1974. Todavía estaban vigentes Eisele, Zagres, Navarro, Alvaro Oyarzún. Cuando se juntaban todos en la delantera hacia 1969, la selección era como un «panzer divisionen». Héctor Toro fue, el mejor defensa de Castro durante la década y, quizá, de todos los tiempos.

Pero, mientras el fútbol hacía esfuerzos por recuperar la atención de la hinchada, al menos a principios de la década, otros deportes -viejos también- seguían vigentes aunque más en privado, como la afición al «tiro al blanco». El Club «Presidente Pedro Montt» competía de vez en cuando con similares de otras ciudades pero muy pocos castreños se enteraban y, por lo mismo, parece que estaba decayendo respecto de la década anterior. Aparecieron, en cambio,

las competencias automovilísticas con carreras y pruebas de destreza en el aeródromo Gamboa. Claro, no podían ser muy regulares, porque sólo de tarde en tarde algunos conductores jóvenes acordaban entretenerse en estas prácticas tan novísimas en momentos en que recién estaban apareciendo los primeros choferes al comenzar los años sesenta. Lo mismo pasaba con las carreras de motos y motonetas que atraían a cierto público. Las carreras de caballos si que eran antiguas, pero habían perdido el brillo, la regularidad y la emoción de antaño. Sólo en los alrededores se improvisaban de vez en cuando algunas con insólitas apuestas porque solían ser «a perder caballo». El box, en cambio, entró muy fuerte desde que se pudo contar con el gimnasio cerrado. Los combates interciudades eran, por supuesto, los más atractivos en los inviernos, especialmente cuando se peleaba con púgiles de Ancud, Osorno, Puerto Montt y, curiosamente, con peleadores de Curicó, que eran bastante asiduos en Castro. A lo largo de la década destacaron los castreños, Sergio Chechi, Juan y José Mansilla, Jorge Gárate, Manuel Tecol, Mario y Juan Pérez, Mario Mansilla, Hugo Lizmayer, Felipe Saldivia, Manuel Santana y otros que tumbaron a muchos guapos del sur. Finalmente, el basquetbol alcanzó cierto brillo durante la década. Casi todos los clubes tradicionales del fútbol castreño llegaron a tener sus equipos de baloncesto, destacando «**Estudiantes**» que se esforzaba por alcanzar el nivel de los ancuditanos que siempre fueron los señores del basquetbol chilote y sureño.

Evasiones de apenas unos cuantos vecinos en los tristes dos primeros años de la década, pero lograban distraer un tanto a la gente que poco a poco intentaban rehacer la vida cotidiana normal. Los chilotes mostraban deseos de salir adelante y no ocultaban su esperanza en tiempos mejores, aunque el acontecer infausto, tan inseparable de los castreños, no dejaba de presentarse con su secuela de destrucción. Los incendios, por ejemplo, seguían estando a la orden del día. El gran siniestro de calle Portales, frente a la plazuela Henríquez, el de calle Lillo o el de calle Esmeralda redujeron a escombros entre cinco y nueve casas cada uno, poniendo a prueba una vez más el estoicismo del vecindario y las escasas fuerzas del Cuerpo de Bomberos. En la primera mitad de los sesenta, los bomberos se distinguían por su esmero y prontitud con que acudían a los llamados de sirena. Eran dignos de elogio. Pero era un cuerpo pobrísimo. Contaban con una sóla bomba en 1961, la misma legendaria Ford de los años cuarenta. Antes de terminar aquel año recibieron una autobomba liviana, es verdad, pero bien equipada de mangueras que harta falta hacían. Después, en 1962 y a consecuencia del incendio de calle Lillo, se aceleraron los esfuerzos por contar con un nuevo carro. Se hizo una colecta entre el empobrecido vecindario que permitió reunir dinero para adquirir un moderno Magirus para la «Cuarta

Compañía». Y, de repente, en 1964, se quemó Dalcahue y allá fueron los bomberos castreños a combatir el fuego con su nuevo material. Quince casas reducidas a cenizas. Un sector importante del pueblo desapareció en aquel dantesco siniestro.

Y los temporales siempre presentes, como es regular todos los años. Sólo que a principios de los sesenta se le pasó la mano a la naturaleza. Y desanimados como estaban los castreños, creyeron ver en el verano de 1961 el peor de la historia en cuanto a lluvias y temporales. Una de esas tempestades echó a pique al «Bahamas 1005», yate de los Bahamondes de Tenaún, mientras el cordón palafitico seguía sufriendo las altas mareas. El mes de agosto ha sido siempre el peor mes del año en cuanto a lluvias y estragos que tanta agua provoca en los caminos, siendo insuficiente cualquier presupuesto para repararlos. En un sólo día de junio de 1961 cayeron más de 100 milímetros arrasando con todo terreno sin cubierta vegetal.

Y, como si fuera poco, las pestes se hicieron presentes a principios de la década. El sarampión, tan temido durante la Colonia, fue el broche de oro para ese fatídico año 1961. La muerte se avecindó en los pueblos del sur de la Isla Grande llevándose a más de 30 niños en Huildad, Llico y Chadmo, casi justo un año después de la muerte de tantos chicos en el departamento de Ancud.

Por fortuna, no toda la década fue tan sombría como en los primeros dos o tres años de los sesenta. A mediados del decenio la vida parecía algo más normal y hasta placentera después de tantos desastres. Sin embargo, a fines de la misma, daba la impresión que nuevamente se precipitaría la tormenta. Los negros nubarrones de la actividad política comenzaron a intranquilizar a los castreños de la vieja generación. Mientras tanto, los leves cambios que experimentaba la vida cotidiana castreña, proyectaban un sutil reflejo en la vida campesina.

Como decíamos en otro lugar, los caminos estaban enlazando los pueblos y aldeas, y las góndolas extendían poco a poco sus recorridos, aunque fuera sólo una vez por semana a los caseríos menos poblados. La gente de los villorrios, con notorio entusiasmo por la novedad y, obviamente, por necesidad, comenzó a frecuentar cada vez más la ciudad de Castro -y también Ancud-, a pesar de la aventura que significaba viajar por esos años a través de los recién abiertos caminos, blandos y malísimos a causa de las lluvias. Sin embargo, aunque parezca un contrasentido, tales viajes resultaban más cómodos para el viajero, o al menos se corría menos riesgo de llegar empapado con agua salada, lo mismo que su carga. Pero, sobre todo, la góndola por destartalada que fuera,

parecía exigir una cierta mejor presentación de los pasajeros o acomodar su vestimenta a este tráfico terrestre. Por eso, a mediados de los sesenta, ya se apreciaban ciertos cambios en el vestir femenino rural. Algunas mujeres se atrevían a desembarazarse de sus chales y rebozos y se les veía lucir «trajes sastres», todavía de hechura casera, confeccionados por ellas mismas, pero les permitía lucir un aspecto más urbano. El pañuelo de cabeza comenzaba también a ser menos frecuente, al menos en las más jóvenes que querían ahora mostrar el cabello, aunque sobrecargado de pinches, horquillas y peines. Los muchachos castreños notaban estos cambios al descubrir algunas lolitas notablemente bellas, especialmente las de Quilquico y Rilán, así como las jovencitas de Curaco de Vélez y Achao que se veían con más regularidad en Castro y luciendo un aire más moderno.

Parece ser índole general en las mujeres del mundo de acomodarse a la moda -obviamente más que los hombres- agregándose aretes, pintándose con rouge y usando otros decorativos artificios que en la segunda mitad de la década solían ostentar algunas adolescentes de los alrededores. Y, naturalmente, muchas llegaban calzadas. Se iba dejando atrás la época en que se ponían los zapatos en las afueras del pueblo cuando llegaban en sus lanchas, en sus carretas o en sus caballos. Ahora, con la góndola, salían de sus casas tal como habrían de ingresar a Castro, con zapatos y todo. Es verdad que las familias con algún mejor pasar, desde antiguo vestían mejores prendas y se calzaban. En los sesenta algunas de estas familias, inmediatamente que el Puerto Libre y el camino se lo permitió, adquirieron camionetas e incluso auto y comenzaron a tener relaciones más regulares con Castro y no era extraño ver al grupo familiar completo visitar la ciudad por la tarde con la seguridad de regresar a sus casas por la noche en sus propios vehículos. Así, tanto estas gentes como algunas que dependían de la góndola, distaban, al menos un tanto, de la imagen que tenemos de los campesinos de los años cuarenta y cincuenta cuando se congregaban en La Playa con sus atuendos de lana con notorio predominio del negro y de aspecto reservado, apagado e introvertido y sin aventurarse al interior de la ciudad. Pero, decimos sólo algunas familias, porque no fueron cambios tan radicales como para hacernos pensar en la desaparición del vestir tradicional de la mayoría. La mujer y el hombre adulto mayor no se quitaron sus lanas, ni sus negros, ni sus ropas de siempre. Al revés, rehusaron vestir de otro modo, siendo los más conservadores y, por lo mismo, resistentes a cualquier innovación. Sólo admitieron ponerse zapatos en lugar del *tamango* que fue la mudanza más general e importante que produjo el camino y la góndola en los sesenta. En cambio, las mujeres jóvenes, «en estado de merecer», chicas veinteañeras que ya veían que las dejaba el tren, combinaban los negros -que seguía vigente, por

supuesto- con los colores más diversos y calzaban zapatos de taco alto, y hasta mostrando rostros más alegres. Es verdad que el taco alto se les veía generalmente torcido, porque era regular que al común zapato bajo le incorporaran un taco alto sin tomar en cuenta la horma, y así resultaba un tosco calzado con un delicado taco que debía soportar el, a veces, excesivo peso de su dueña, cediendo el débil taco a poco de caminar. Pero también se veían bien hormados zapatos de taco medio, o tacones más gruesos y cortos, o simplemente el taco bajo, como el de los hombres. El uso del «taco aguja» no era a propósito para los anchos pies de las isleñas, como los finos calzados que se veían en las tiendas de calle Blanco, más adecuado para las citadinas por su andar mesurado, propio de calles pavimentadas, y no de pampas y playas que era por donde pisaban las campesinas.

Pero eran, sobre todo, las jóvenes las que vestían algo mejor. En verano bastaba con la chaleca de lana tejida por ellas mismas, la falda ancha y recta tradicional y que curiosamente llegó a coexistir con la minifalda que apareció tímidamente a fines de los sesenta y que adoptaron las más desinhibidas. Por entonces ya estaba entrando en el pueblo la moda del pantalón *pata de elefante* que será la prenda de los setenta.

Los caminos y las góndolas dejaron sentir su influencia también en las fiestas religiosas de los pueblos cercanos a Castro. No obstante, y como decíamos en otro lugar, nos parece que los años sesenta significaron un cierto menor fervor religioso que antes, porque tales festividades parecían más terrenales en cuanto mayor interés por las tomateras y demás excesos. Creemos también que a pesar de las mayores posibilidades de movilización, eran fiestas religiosas no más concurridas que en los años cuarenta y cincuenta. Y es que el laicismo se manifestó en los años sesenta casi de súbito en toda la Provincia, y tal como hemos dicho, se podía observar con nitidez en la indiferencia del castreño por la Semana Santa, por el Día de Todos los Santos, por el Mes de María y por las misas dominicales. Lo mismo sucedía con las fiestas religiosas rurales, como la decaída fe que se podía notar en las fiesta de Llau-Llao de mediados de los sesenta. La misma tónica en los demás pueblos adyacentes. Parece que la concurrencia de castreños era menor que antes a excepción de algunas señoras de vieja tradición religiosa o de las monjitas que infaltablemente se veían por la mañana. Por otra parte, el acto religioso era algo más opaco y hasta nos queda la impresión que más breve que antaño. Las tomateras y las ventas, en cambio, comenzaban al aclarar el día y no paraban hasta el anochecer. El citadino castreño fue siempre algo más irreverente que los lugareños, pero ahora parecía serlo mucho más. Precisamente eran improvisados comerciantes castreños los que

en los sesenta armaban las coloridas ferias de mil menudencias nuevas, especialmente objetos de plástico y cosillas baratas de procedencia extranjera. Cada vendedor llevaba a las fiestas religiosas un buen stock de pilas, hojas de afeitar, lápices de pasta, copas, alguna ropa interior para mujeres, doradas chucherías diversas, calcetines y hasta radios transistor que se vendían junto con las gallinas, corderos, *nalcas*, botellas de chicha fresca, tejidos de lana, etc. de los vendedores rurales.

Los bailes que se hacían para la ocasión en diversas casas del villorrio, o en ramadas armadas para tal fin, combinaban ahora lo tradicional con lo nuevo en cuanto que los banjos, acordeones y guitarras se escuchaban junto con los tocadiscos a pila con música internacional, compitiendo en hacerse oir. Y, así el gentío más joven bailaba la «Nueva Ola» con el rock y el twist. Esto mismo era ya digno de tomarse en cuenta por lo insólito que era ver, a veces, a adultos rurales bailando ritmos antes nunca bailados en los pueblos. Y mucho más insólito para los pocos foráneos continentales que acudían también a las fiestas en busca de expresiones chilotas y se encontraban con el mismo rock and roll y cumbias de las fiestas juveniles de fin de semana santiaguina.

A Llau-Llao ya no se iba en tren porque ya no existía esta fabulosa máquina, sino en góndolas o a pie aprovechándo la cercanía, siguiendo la línea del desaparecido ferrocarril. A la fiesta de Rauco, a la de Putemún y demás pueblos se viajaba ahora más cómodamente por tierra. Con todo, ni en los más cristianos tiempos, como eran los años treinta o cuarenta, las fiestas rurales pasaban de 200 ó 300 personas que acudían a ellas -excepto Caguach que podía congregar más de un millar de fieles-, porque la mayoría de estas festividades eran locales y no generales. Los asistentes eran en su mayoría los propios vecinos y gente de los pueblos cercanos, tal como en el siglo XVIII cuando el *patíru* visitaba el pueblo el día del santo patrono. Pero 300 personas en los años sesenta -algunas de ellas foráneas- era bastante concurrencia para aquellos pueblos que pasaban solitarios la mayor parte del año. Como hemos dicho, en la segunda mitad de la década era bastante corriente ver también algunos turistas, a los primeros interesados en el folclor y a otros curiosos continentales que daban la nota distintiva. Ya se veían algunos automóviles de castreños y foráneos estacionados en medio de la pampa confundidos con los caballos y las carretas, como se observaba en Llau-Llao en la fiesta de 1964. Sin embargo, se podía advertir que, en general, no gustaba a los viejos chilotes el sentirse observados en su intimidad, aunque los tales foráneos fueran sólo unos pocos.

Para los ocasionales visitantes castreños había tiempo para observar

detenidamente ese interesante muestrario de tipos humanos diversos, no solamente por los diferentes tonos y rasgos del mestizaje, sino por la variedad del atuendo y hasta del modo de hablar. Ya hemos dicho que en los años sesenta llamaba la atención el ropaje más colorido de la gente de Castro. En una misma persona se combinaban las prendas chilotas y extranjeras combinación no siempre coherente y hasta bastante disonante. Pero también es verdad que dentro de la muchedumbre de las fiestas de los pueblos el moderno y colorido vestuario de unos pocos era suficiente como para advertir un cambio respecto de la imagen general de los fieles en las festividades religiosas de las décadas anteriores, cuando predominaba abrumadoramente el negro. Por supuesto que era sólo algún ropaje más moderno, pues la mayoría de los campesinos vestía aún en la forma tradicional. Así, por ejemplo, todavía era posible ver a las mujeres con sus chales, rebozos, *faldellín*, pañuelo de cabeza. Los hombres con trajes oscuros, sombrero o boinas, zapatones de caña, medias de lana, pantalón de *carro* y chaleco o chomba, sobre todo aquellos que provenían de lugares todavía aislados, no tocados por el camino, la góndola, ni por la moda.

Pero observando una de estas festividades rurales se podía distinguir también modos de andar, maneras de tratar; unos más recatados, otros menos; estos interesados en las cosas de la fe, aquellos indiferentes; unos bebedores, otros abstemios, o mesurados, había gente más o menos callada y formal compartiendo con extravertidos y desarreglados, en fin, apellidos españoles, apellidos veliches. Y, de repente, en una de aquellas fiestas un tipo diferente, de la clase de los «españoles», evidente, incluso, para el ojo más distraído, porque era de aquellos chilotes que parecía sobreviviente de épocas coloniales. Su pobre ropaje no impedía apreciar la dignidad con que se movía y hacía pensar que pertenecía a las otrora familias de caballeros-encomenderos. La imagen o aspecto que ofrecía este isleño fue recogida por Biluchín Koncloyo hacia 1962, imagen que nos hace recordar al campesino típico de los años cincuenta precisamente en las fiestas religiosas de los alrededores de Castro. Así decía Biluchín:

> En Tenaún vi un chilote este verano
> que algo más de treinta años cargaría;
> por su gruesa contextura y bizarría
> sobresalía entre todos los presentes;
> espigada su estatura, amplia frente,
> gallarda su apariencia, bien fornido,
> brevísimo de traste y hombros expandidos.
> Llamaba la atención la buena hechura
> de aquel cristiano que era toda una armadura.

Bahamondes Barría dijo apellidarse
de los primeros pobladores descendiente;
su nombre de pila, Juan Clemente
y del pueblo de San Juan originario;
pocas letras, pero sabio en el Rosario
por la mucha Fe que profesa su familia.
Hidalgo gesto, trato recto y mesurado
dejaba traslucir noble pasado.

Rostro luengo, frente amplia, piel rosada,
fuerte la naríz, un tanto prominente,
ojos zarcos, mirada clara, inteligente,
fruncido el ceño, mentón sólo insinuado;
grueso el cuello largo trecho separado
del resto del tronco y de la testa.
Se veía bien plantado aquel chiloano
en medio del gentío y de la fiesta.

Cabeza braquiforme, bien trazada
del recio cuello fuertemente sostenida,
parda y lisa cabellera muy ceñida
y dilatadas patillas encrespadas,
espesísima y prusiana bigotada
daba realce al serio rostro del chilote.
Notable gravedad del campesino
como son, por lo común, los sanjuaninos.

Llevaba oscuro traje muy gastado
heredado del abuelo, «acuchurcado»,
atuendo viejo, raído y apretado,
ruinosa «huiñiporra», inmerecida
de aquel hombrón de figura distinguida
pues no alcanzaba a cubrirle las calcetas.
Zapatos negros, caña alta, deslustrados
y con huellas de largo tiempo caminados.

En el bolsillo superior de la chaqueta
un coqueto pañuelito bien bordado,
doblado hacia afuera y sujetado
por un hermoso y dorado lapicero

como se estila en los trajes domingueros.
Contrastaba la finura del pañuelo
con lo ajado y descuidado del ropaje
que lucía este hombre en el paraje.

Camisa blanca, cuello largo, «apercantada»
y abrochada con botones diferentes,
encima un chaleco algo más decente,
y, reluciente, un plateado cadenillo
que asomaba a la diestra, en el bolsillo,
aparentando ser reloj, pero no era.
Los puños de camisa a medio brazo
delataba no ser de aquel hombrazo.

Una boina algo inclinada en la cabeza
y un pañuelo puesto al cuello y anudado
a la usanza de los gauchos más nombrados.
Y, aunque era su pinta de «parada»,
su porte, contextura y su mirada
contrastaban con aquella ruin tenida,
tan estrecha y raída indumentaria,
vestimenta tan humilde y tan precaria.

Y así se fue pasando la década tanto en la ciudad como en los campos, al menos en los campos cercanos a Castro. Después del trágico comienzo de los sesenta, todo fue poco a poco normalizándose y, a mediados, pero especialmente en la segunda mitad, se habían superado las inundaciones costeras, los temporales se soportaban mejor, la salud mejoró también un tanto, aunque la mortalidad infantil seguía siendo un asunto grave. Se combatían con presteza los incendios desde mediados de la década y la gente mostraba más seguridad, optimismo y más ganas de vivir. Los jóvenes eran ya otros, con cierto parecido al modo de ser joven del resto del país, porque los vínculos eran más regulares entre chilotes y chilenos, ya por el turismo incipiente y el Puerto Libre, ya por el mayor número de castreños universitarios, ya por la mayor movilidad geográfica.

La vida cotidiana fue, quizá, más rica en cambios -matices, desde luego- durante la década, obviamente porque el diario vivir tuvo las tonalidades que le dió una juventud cada vez más inquieta, como era en general, la juventud de todo el mundo en los años del rock, del twist y de la Revolución Cubana. Dos hechos marcaron otros tantos hitos en la vida cotidiana; trágico uno, festivo el

otro. El terremoto de 1960 con su secuela de destrucción que apagó la vida del castreño, y la celebración del Cuarto Centenario de la ciudad y que colmó de entusiasmo y color aquel febrero luminoso de 1967. Sin embargo, a finales de los sesenta no se advertían signos de mejoría en el nivel económico de los chilotes.

6.

DEL ESTADO DE LA ECONOMIA, DEL COMERCIO Y DEL GENESIS DEL TURISMO EN LA DECADA DEL SETENTA

6. DEL ESTADO DE LA ECONOMIA, DEL COMERCIO Y DEL GENESIS DEL TURISMO EN LA DECADA DEL SETENTA

La década comenzó con un funesto pronóstico: habría escasez de papas durante el año 1970 a juzgar por la curva descendente que mostraba la producción agrícola, curva que venía manifestándose desde la década precedente. Era un asunto importante para los castreños, porque la papa fue siempre el «oro chilote» que medía la economía insular. Pero, a diferencia del decenio anterior, no sólo se culpaba por esta caída en la producción al ínfimo precio que se pagaba por el saco, sino que a la mala distribución de las semillas. La entrega de éstas había llegado a ser el modus operandi de los organismos estatales creados en los años sesenta durante la administración del Presidente Frei para derrotar al *tizón* y ayudar al progreso de los pequeños y medianos agricultores de la Provincia. Pero, como hemos dicho en otro lugar, los resultados no fueron los esperados a pesar de la sincera intención del gobierno, de modo que la agricultura no estuvo en los años sesenta mejor que en los cincuenta cuando cada campesino cultivaba sus papales con independencia de la asistencia técnica de estos organismos, asumiendo estoicamente los riesgos del *tizón* y perderlo todo. Ahora en los setenta, el agricultor había tomado otra actitud. Exigía la ayuda estatal en semillas, aquellas que el mismo gobierno recomendaba, como las «ultimus», en cuanto resistían la plaga y aseguraban mayor rendimiento. Pero, como dijimos, la distribución era, a todas luces, deficiente.

Pero, ¿alcanzó la agricultura algún progreso durante la década del setenta? En realidad, muy poco fue lo que se avanzó si tomamos en cuenta el ya señalado inédito esfuerzo iniciado por el gobierno de Frei en los años sesenta y las buenas condiciones del suelo insular para el tubérculo. Con todo, en 1975, aunque la producción papera no estaba en buen pie, se situaba en el segundo lugar dentro del país, después de Llanquihue -recuérdese que en los años sesenta estuvo en el 7º lugar-. En ambas provincias se destinaban unas 8.000 hectáreas a este cultivo, pero el rendimiento era levemente inferior en Chiloé, pues producía

121,1 qq.métricos por hectárea, mientras en Llanquihue era de 182,9 qq.métricos en la misma superficie. La producción total de papas alcanzaba a 989.390 qq.métricos en Chiloé y a 1.168.730 qq.métricos en Llanquihue. Los papeles se habían invertido, pues en la primera mitad de este siglo, los chilotes, sin disputa alguna, habían sido los primeros productores de este tubérculo en Chile.

Mientras tanto la ECA seguía actuando como «poder comprador». Entre enero y agosto de 1970 adquirió 2.000 toneladas. Nada de otro mundo, pero la cifra no era despreciable porque parecía contrastar o negar los pronósticos de escasez que se habían anunciado para ese año. El carguero «Allipen», por ejemplo, transportó 3.000 toneladas en 1973 con destino a Chile Central. Estas son cifras que parecen buenas, aunque el SAG reconocía que en Chiloé había déficit de papas. Pero, a pesar de eso, en mayo del mismo año 1973 más de 60.000 sacos estaban almacenados en el puerto de Castro, sin destino por no haber mercado, en circunstancias que se reconocía haber 500.000 toneladas de déficit en el país. Lo concreto es que hubo botadura de papas al mar entre 1971 y 1973 por no tener precio ni mercado. Era una incoherencia, pero esa era la realidad.

Obviamente, la crísis no era sólo de la agricultura. Dígase lo que se diga, el castreño tuvo siempre papas a la mesa. Podía faltar de todo, pero nunca la papa. Otra cosa era la carne. En 1970 hubo desabastecimiento, no porque no hubiera ganado, sino porque el kilo de vacuno valía en Chiloé menos que en el continente. Los dueños no querían carnear hasta que subiera el precio. Las matanzas se redujeron al mínimo y las ventas al público también, así como las exportaciones de carne en pie, por inconveniente. Pero también es cierto que recrudeció la fiebre aftosa obligando a la cuarentena. Por esto y por aquello hubo serias dificultades para conseguir carne de cualquier clase, aún de cerdo, que siempre fue tan inseparable de los inviernos. La gente andaba por aquí y por allá tras un kilito de algo, aunque fuese para cazuela de aquellas con predominio de huesos, sin hallar una carnicería abierta, a pesar de la súbita alza de un 70% en 1971 que hubiera permitido aumentar las matanzas. Con tanta escasez renació la costumbre de tener algún cochinillo para la crianza en los patios urbanos o salir al campo a comprar algún cerdo o cordero que algunos campesinos se avenían a vender carísimo aprovechando el alza general y galopante de semana a semana ese mismo año de 1971, mientras -aunque parezca extraño- el criadero de Kompatzki de Ancud, barría con los premios en la exposición ganadera de Valdivia, con unos ejemplares de vacunos tan finos y gordos como no los había ni en los Llanos de Osorno.

Como dijimos, no era que faltara la carne en pie. Había animales, por supuesto. Más de 100.000 vacunos que algo era a escala provincial. Parece que el punto más bajo en cabezas de ganado bobino fue en 1965 con 78.000 ejemplares en todo Chiloé, cifra que se incrementó levemente a principios de los setenta, porque por esa fecha simplemente no había matanzas ni exportación en pie, bajando nuevamente a mediados de la década cuando se normalizó el consumo. En efecto, en 1971 había 108.760 vacunos en la Provincia, cifra que subió a 119.750 en 1972; pero bajó a 114.790 en 1973. En 1974 se recuperó algo, pues los vacunos sumaban 115.480 mientras en 1975 eran 116.580, bajando a 92.017 en 1976.

La producción de ovejunos era de 147.884 cabezas en 1976. Los porcinos sumaban ese mismo año 41.103 y las gallinas 171.399. Excepto las gallinas, la comuna de Ancud -que tenía una superficie cuatro veces mayor que la de Castro- producía más carne que la comuna del Gamboa. En 1976 había 27.425 vacunos en Ancud y sólo 9.542 en Castro; los ovejunos eran 19.067 en la primera y 16.240 en la segunda. En Ancud había 7.070 porcinos y 5.843 en Castro, mientras que las gallinas eran 25.637 en la primera y 31.809 en la segunda.

Una cosa era la producción, otra muy distinta el consumo, aunque hay que hacer distinción entre antes y después de 1973. Para colmo de los males a las gallinas les dió la peste «new castle» que las dejó convertidas en «puras plumas», mientras el pescado casi desapareció entre 1970 y 1974. Tan escaso se hizo el pescado que hubo acaparamiento y reventa. La gente madrugaba para estar a tiempo en La Playa, pero siempre llegaban otros primero o alguien compraba la pesca «en verde» para revender después a subidos precios. Lo mismo pasaba con el marisco.

La realidad era el más vivo contraste con lo bien que se decía estaban las cooperativas creadas durante el gobierno del Presidente Frei. Al menos se alababa su organización. Sus dirigentes eran activos y se sabían regalones del gobierno que había puesto en el cooperativismo todo su empeño. Sólo que la producción no era mejor que antes excepto, quizá, la «Cooperativa Campesina Chiloé Ltda.» que poseía la planta lechera de Ancud desde 1969. Parecía funcionar bien esta cooperativa, al menos hasta 1970 ó 1971, lo mismo que el Aserradero de Quellón. Pero, en 1973 una y otra presentaban problemas difíciles de superar. Las cooperativas de pescadores tampoco andaban bien, a pesar del esfuerzo desplegado por la Oficina de Fomento Cooperativo que la Universidad de Chile instaló en Castro durante el gobierno de la Democracia Cristiana.

Claro que entre 1970 y 1973 el sistema cooperativo de la Provincia se había puesto muy politiquero, y los dirigentes más comprometidos con el partido que con la producción, pasaban casi todo el tiempo en la sede de Castro y no en sus campos. Es verdad que el cooperativismo estaba, en teoría, bien pensado. De ésto no cabe duda, sobre todo si se reconoce que en Chiloé la raíz de la cooperación entre la gente es la *minga*. Pero, una cosa era hacer de la minga una cooperativa permanente, y otra cosa era hacerla funcionar dentro de este sistema permanente. En el papel todo se resolvía tan bien como lo imaginaron algunos castreños que publicaron trabajos relativos a este tema. Pero no se soslayó lo importante que era y es para los chilotes la propiedad privada y el trabajo individual -a pesar de la larga tradición del sistema colectivo- y tampoco se consideró o aquilató los pobres efectos que podían resultar del manejo político del cooperativismo como, en efecto, sucedió desde la segunda mitad de los sesenta hasta 1973.

Por otra parte, Chiloé estaba inserto dentro de un intolerable sistema de dependencia respecto de las oficinas cabeceras que tenían asiento en Puerto Montt desde 1965, lo que entorpecía la toma de decisiones, abortando la puesta en práctica de iniciativas locales o impidiendo resolver los diversos asuntos que se presentaban así en lo económico como en lo institucional y administrativo. En 1970 los chilotes denunciaron como nefasto desde todo punto de vista tal dependencia, vinculándola con el desastroso estado de la economía. Precisamente, las estadísticas mostraban que la Provincia ocupaba el último lugar entre todas las del país. Es verdad que siempre lo fue, pero que aparezca en último lugar después de la postergada Arauco en el preciso momento en que había tantos organismos estatales empeñados en el despegue económico de la Provincia, era frustrante. Los ánimos estaban abatidos. Chiloé era cada vez más pobre porque no avanzaba al ritmo de las demás -aunque todo el país estaba por los suelos-, a pesar de CORFO-CHILOE que trabajaba a todo vapor.

Dentro de este ambiente se inscribe el tema de la Reforma Agraria que en Chiloé enfatizó el rubro forestal tomando en cuenta las 250.000 hectáreas de bosques que había sólo en el área de Quellón, por entonces abandonadas, ignorándose el verdadero potencial del interior de Pirulil. Pero las cosas de la industria maderera no eran buenas y parece que muy decaídas respecto de los años cincuenta. Tampoco eran buenas para los obreros del rubro por los bajísimos sueldos que recibían. Estos hicieron olla común en la Plaza de Castro en protesta contra la firma PROSUR. Más de 200 trabajadores forestales pararon en noviembre de 1970 reclamando por los ínfimos salarios. En cuanto al sector agrícola, la Reforma Agraria tropezaba con el sistema de minifundios, asunto

muy difícil de resolver, porque era -y es- la antítesis de la gran propiedad agrícola del centro de Chile. Los funditos de Chiloé eran demasiado pequeños Todo campesino contaba con un pedacito minúsculo, de modo que, a diferencia del resto del país, la idea del gobierno era unir varios minifundios para hacer una propiedad mediana que permitiera sacar algún provecho. Sin embargo, nada de esto podía prosperar, porque ningún chilote deseaba compartir su propiedad con otros, descubriéndose en esto una actitud individualista que contradecía la buena disposición y ayuda solidaria que el campesino mostraba de cuando en cuando a través de las tradicionales *súplicas*.

En las calles de Castro se vivían los efectos de la política económica nacional. Los años 1972 y 1973 fueron años de «mesas redondas», de «foros públicos» y de protestas, coincidente con el momento de mayor crísis económica en Chiloé y en todo el país. Como hemos dicho, no había carne, ni pescados, ni mariscos. Los demás artículos de primera necesidad desaparecieron casi de súbito. El aceite era inexistente, lo mismo que el azúcar y la harina a principios de 1973. La gente andaba por la calle buscando algún negocito abierto para comprar lo que fuere. Todos los días de invierno de ese año se veían señoras con sus bolsos o canastitos «al aguaite» por si había algo que comprar. A la carencia de todo, se sumaba la falta absoluta de gas licuado que ya usaba un buen número de castreños. Es verdad que el gas no era una falta demasiado grave porque sólo afectaba a un porcentaje de la población y porque para eso estaban las cocinas a leña, a pesar de que hasta la leña escaseaba. La inflación alcanzaba cifras nunca antes experimentadas; los reajustes llegaron a ser mensuales, pero curiosamente no había en qué gastar la plata simplemente por no haber qué adquirir. Los cigarrillos se veían de vez en cuando por la vía de la reventa o mercado negro que nunca falta en los momentos más críticos. En la calle se formaban grupos de personas a la siga de alguna noticia sobre dónde comprar algo. Los falsos rumores sobre la venta de tal o cual artículo en determinado almacén o que cierto comerciante tenía mercadería escondida en sus bodegas, eran asuntos cotidianos. Se formaba la cola que a los pocos minutos era un gentío golpeando la puerta y profiriendo insultos al supuesto acaparador. Muchas noticias como estas eran, obviamente, promovidas por los interesados en perjudicar al infortunado comerciante del partido de oposición. Por asuntos parecidos una cola muy agresiva desvalijó y destrozó el negocito de don «Pancho» Lastra, en San Martín, sin poder don Pancho atinar a nada.

Por Radio «Chiloé» se anunciaba, a veces, la llegada de tal o cual mercadería por mar o por tierra, y la gente se preparaba para el asalto, porque era exactamente eso, un asalto al almacén que tenía la desgracia de recibir

mercadería. Y, por más que Carabineros vigilaba el respeto por la cola. era inútil evitar las transgreciones, las peleas, los insultos, las caídas de señoras encinta, los chicos llorando, mientras el dueño del negocio hubiera preferido no tener nada que vender para no sufrir este suplicio que no le reportaba ganancia alguna, ya que cada cola con todo ese tumulto dejaba vidrios rotos y daños diversos desde la puerta hasta el mostrador. Y, en medio de la cola los infaltables organizadores de insultos: «acaparadores», «vendepatria», *krumiros*, «momios de miéchica», etc. eran palabras corrientes en estos casos. ¡Vaya el comerciante a tirarse a choro!.

La JAP estaba en plena vitalidad. Para merecer algún producto de primera necesidad, había que pertenecer a las famosas JAP y con ello quedar, en cierto modo, a las órdenes de la UP. Por supuesto que la JAP se reservaba el derecho a rechazar a todo aquel que se reconociera como «momio». Sin embargo, por condenable que sea el manejo político que se hacía de la JAP, distaba mucho de parecerse a sus similares de Santiago y otras ciudades del país, precisamente cuando en Chile Central el odio, los enfrentamientos, las manifestaciones callejeras, las tomas y retomas rurales, los agresivos «cordones industriales», etc. alcanzaban su punto más alto a mediados de 1973. En Castro era incomparablemente más tranquilo, a pesar de las señaladas dificultades y a la falta de todo que tenía al pueblo en un estado lamentable.

La falta de pescados y mariscos en los lugares de venta obligó a mucha gente a hacerse pescadora o mariscadora por necesidad, única manera de asegurar el puchero. Contar con marisco a la mesa era, sin duda, un regalo de Dios y una envidiable ventaja de los chilotes respecto de los demás chilenos en aquellos aciagos días. Bastaba un canastillo de *quilmahues*. Quizá no haya nada más humilde en la dieta chilota, pero comida al fin. Se multiplicaron las improvisadas recolectoras de mariscos que andaban vendiendo platillos de *navajuelas* de casa en casa. Los sacaban al pie de los palafitos de Ten-Ten, de Punta de Chonos, de Aguirre Cerda en las bajamares, donde las aguas contaminadas las criaba más grandes y gordas. El que se hacía pescador podía todavía pescar las hermosas y deliciosas sierras. Con un par de ejemplares aseguraba el puchero. Estas iban derechito al horno. Eran los festines de aquellos días, acompañados de papas cocidas que, gracias a Dios, nunca faltaron a la mesa, porque cada vecino las tenía en su huerta. Y, así las papas, los choritos, cholgas y los pescados permitían a los castreños hacer el quite a la crisis y comer algo más que pan y té. En casos muy extremos se carneaba un lechoncito que se criaba en los chiqueros con lavaza de cáscaras de papa. ¿Qué más podría merecer el pobre marranito?. Estos solían abundar en las poblaciones nuevas y permitían a algunos darse un

desproporcionado gusto, ¡un bocato di cardinale!, si se toma en consideración el contexto en que se vivía. Faltaba de todo y, obviamente, el vino, pero parece que el consumo de chicha aumentó mucho por esos años a la par que arreciaba la pobreza, lo que se desprende del crecido número de curaditos que andaban por las tardes y que se justificaban diciendo que bebían para pasar la pena o para matar el tiempo por la inactividad nacida de los cotidianos paros, o porque con o sin paros, de todas maneras nada funcionaba normalmente.

El dólar estaba por las nubes a causa de la devaluación del Escudo en un 100% con todos los estragos que es de imaginar en las importaciones. El comercio importador se sumó a los paros que ya comprometía a todas las instituciones. La protesta era general, Inflación galopante, DIRINCO andaba en el lío de los precios a cada rato. Todo era la más completa confusión. El combustible no se conseguía; el gas licuado que -como hemos dicho hacía poco se había introducido en Castro y que se tenía por comodidad impagable- casi desapareció, provocando airadas protestas por su escasez y distribución. Nada parecía poder parar las alzas y el desorden entre 1972 y 1973. Castro era una Babilonia.

Esto era así hasta 1973. Pero una mirada panorámica de Chiloé a lo largo de los setenta permite apreciar que aunque se ganó mucho después de 1973, sobre todo en el ámbito institucional, muy poco fue lo que se logró en la esfera de lo económico, sin que la Provincia consiguiera superar la precaria situación que venía mostrando desde antes. Era evidente, al menos, que no estaba en mejor pie que en los sesenta, aunque luego del «Golpe» se consiguió la normalidad en la distribución de los artículos de primera necesidad.

Pobre agricultura, pesca mal organizada a pesar del enorme potencial, nula actividad industrial. Ese era el panorama de Chiloé durante la década. En la industria todo estaba como antaño o quizá peor. Apenas unos cuantos artesanos que hacían con esfuerzo esto o aquello. En 1973 en toda la Provincia no había más de 160 pequeñas industrias o, más bien, talleres, cada uno con menos de 50 personas contratadas y con un capital no superior a 50 sueldos vitales de entonces. No era mucho decir, obviamente. En 1975 se formó una «Cooperativa Multiactiva» que agrupaba a la mayoría de estos pequeños industriales y artesanos. Por aquí y por allá minúsculas fábricas de puertas y ventanas eran, quizá, los talleres más corrientes en Castro. Aserraderos, barracas de maderas de todas clases para abastecer la creciente demanda en la construcción en la segunda mitad de los setenta, como era la barraca «San Bruno», la más importante de todas; algunas fábricas de muebles para responder a las exigencias de un público cada vez más inclinado a amononar sus casas, especialmente

después de 1973. En Chonchi había una fábrica de plástico más grande y formal que durante la década mostró cierta pujanza. Pero todo era muy poca cosa y tal como en los sesenta cualquier ciudad mediana o pequeña de Chile contaba con más industrias que Castro.

En cuanto a las ocupaciones apenas había dónde ganarse la vida entre 1973 y 1977, pero a partir de la última fecha abundaban los carpinteros y mueblistas egresados del Instituto Politécnico, o espontáneos aficionados a estas labores. Eran también comunes los talleres mecánicos de reparación de vehículos, como el «Servicio Mercedes Benz» de don René Tapia, el más grande y moderno y con obreros especializados salidos, quizá, del Politécnico. No faltaban las empresas constructoras, como la de don Mario Carrasco, que daban pega a unos cuantos obreros que le hacían a todo. Asimismo, los carpinteros de ribera que de vez en cuando construían alguna embarcación, tampoco faltaban, aunque ya eran bastante menos comparados con otras épocas.

Es verdad que la desocupación llegó a ser muy alta después de 1973. Pero un gasfiter o fontanero podía ganarse la vida con cierta facilidad porque esta ocupación iba de la mano con el aumento en las construcciones. Lo mismo pasaba con los electricistas. Algunos de estos últimos se formaron en la Universidad Técnica entre 1972 y 1976 egresando como técnicos y se contrataron en SAESA o abrieron sus propios talleres para instalaciones a domicilio y no faltaban pegas diversas para los reparadores de radios. Había muchos pintores de brocha gorda aprovechando la gran demanda por la inclinación del castreño a pintar sus casas durante la década. Cualquier desocupado se hacía pintor. carpintero y, a veces también, jardinero. Para aprender estas ocupaciones bastaba con mirar. Otros no llegaban a tanto y se conformaban con ser *changueros* en los paraderos de buses, como los que se instalaban todos los días en Gabriela Mistral con O'Higgins o en los terminales Municipal y «Cruz del Sur» de fines de la década. En fin había *picadores* de leña tal como antes y camioneros-leñeros que vendían leña entera o picada por metros en las calles del pueblo. La leña, los peonetas, los picadores así como los que operaban las máquinas trozadoras a motor, todavía se veían en Castro a pesar de las cocinas a gas licuado que invadieron el pueblo. La desocupación disminuyó mucho a fines de los setenta. La profesión de chofer de camiones, buses o taxis, así como vehículos de las oficinas públicas y privadas, daba trabajo a no pocos castreños. Los almacenes, tiendas y negocios diversos ocupaban cada vez más personal, desde juniors a empleados y cajeros. Los libros de cuentas requerían de contadores egresados del Instituto Politécnico, y las oficinas tanto públicas como

particulares, contrataban a jóvenes que hacían de secretarias, y más tarde a las egresadas del mismo Politécnico.

En fin, había comenzado la artesanía de cositas locales en miniatura para los turistas, hechas por ingeniosos y meticulosos talladores en madera. Era una nueva forma de ganarse la vida. Con estas pegas y peguitas se resolvía en parte la grave desocupación de los primeros años que siguieron al «Golpe» y se detenía un tanto la emigración. Y, aunque cualquier lolo en cuanto podía iba a ganarse la vida fuera de Chiloé, también es verdad que el que quería trabajar encontraba en Castro un empleo por humilde que fuera. En la segunda mitad de la década se iniciaba un período en que el pueblo mostraba algunos signos de mayor estabilidad y se advertía una cierta capacidad para absorber el crecimiento vegetativo de la población. Los cesantes eran sin embargo, muchos a mediados de la década, y sólo en parte absorbidos por el PEM. La Municipalidad de Castro llegó a tener más de 300 hombres contratados bajo este sistema en invierno de 1975 para las múltiples ocupaciones dentro y fuera del radio urbano, como demoler el incendiado gimnasio, construir el Parque Municipal, arborizar algunas calles, despejar cunetas, echarle una manito a la Plaza, o realizar trabajos diversos en algún paraje dentro de la comuna.

Desde otro punto de vista, los años setenta fueron también años de proyectos para explotar los recursos naturales de la Isla. Inmediatamente después de 1973 y consecuente con la nueva política de apertura a los mercados mundiales, de las privatizaciones y de las puertas abiertas a la inversión extranjera, la CORFO y las empresas japonesas «Marubeni Corporation» y «Sanyo Kokusaku Pulp» acordaron formar la «Sociedad Factibilidad Astillas de Chiloé», en 1974. El plan era explotar 125.000 hectáreas de bosques, esto es, el 23% de la superficie forestal de la Isla Grande durante 15 años. La explotación correría por cuenta de los japoneses, mientras que la reforestación y transformación de ciertas superficies en tierras agrícolas sería tarea de la CORFO y de los chilotes. Este proyecto, que era el de mayor envergadura jamás propuesto para Chiloé, finalmente no se concretó por razones de mercado y por la oposición que encontró en la Provincia, a pesar de ser una importante fuente de trabajo para miles de obreros chilotes.

Fue precisamente a raíz de esta iniciativa que la opinión pública castreña se mostró partidaria de defender los mantos boscosos para conservar el medio ambiente, a la par que se esgrimieron razones que relacionaban el patrimonio forestal con la identidad cultural. Se movió especialmente la juventud, pero también el Obispado de Ancud y, como eco de esta inquietud, la mayoría de los

chilotes con el apoyo de la opinión pública nacional. Estar en contra fue la tónica, al menos en ésto, ya que oponerse al gobierno era una utopía desde 1973 en adelante. Sin embargo, no faltaron los que silenciosamente estuvieron a favor de la explotación de aquellos bosques. Para éstos era inoportuno decirlo públicamente, pero no eran extraños los conciliábulos entre aquellos que veían en la inversión nipona más que un mal, un gran bien para Chiloé. Es verdad que muchas esperanzas había en ello, porque se daba por seguro el empleo para unas 2.000 personas en un momento que arreciaba la desocupación; caminos interiores hasta el Pacífico; y un puerto de embarque, posiblemente en Castro. ¿Cuándo podría haber conseguido Castro un puerto mecanizado si no se aprovechaba esta instancia?; ¿cuándo tendría la Provincia caminos interiores pavimentados desde el troncal al poniente?. Los partidarios de la explotación forestal consideraban una insensatez oponerse a este plan.

Pero, la mayoría era la mayoría y defendía con fuerza la conservación de los mismos recursos naturales, al parecer, en un congreso de jóvenes celebrado en Achao. Los otros, los que deseaban empresarios foráneos, soñaban como en tiempos del poeta Antonio Bórquez Solar, es decir, con un Chiloé apetecido por gringos y japoneses. Los primeros hablaron fuerte en la segunda mitad de los setenta; los segundos no dijeron palabra alguna. Lo cierto es que triunfaron los ecologistas, pero con un triunfo entre comillas, pues no fueron capaces de proponer alternativas más racionales de aprovechamiento de esos mismos recursos que, obviamente, no debían estar sólo para mirarlos y mucho más en una Provincia pobre. El bosque, decían algunos, es un don de la naturaleza para provecho del hombre, pero ahí estaba ese manto vegetal intocado desde la Creación. Una bien estudiada política hubiera permitido explotar calculadamente las superficies más a propósito para luego trasformar lo talado tanto en tierras de cultivo como en pastizales y extender así la ganadería a las zonas interiores que permanecían -y aún permanecen- como en los tiempos de la Conquista. Por los mismos años setenta, un indio mapuche de Malleco dueño de una hermosa superficie boscosa, ante la pregunta ¿para qué tiene ese bosque allí?, respondió con frase como para el bronce: «¡para bonito!». Bella respuesta, es verdad. pero insuficiente. Tenía su bosque, pero vivía en la pobreza. Sin embargo, la contemplación del bosquecillo era su gozo.

Para los que miraban con simpatía el desarrollo a costa de lo que fuere. pensaban que el progreso no se conseguiría jamás conservando a ultranza lo que ofrece la naturaleza. No basta la mera contemplación, decía un connotado vecino de Castro, pues no se concilia con el desarrollo. No faltaban los castreños que pensaban que el hombre está en la tierra para recrear todos los días lo

creado por la Providencia. Por eso hizo Dios al hombre con libertad, voluntad, inteligencia y razón. Libertad y voluntad para hacer su vida y conducirla como quisiera, razón e inteligencia para transformar con su ingenio -y para su beneficio- lo que Dios puso en sus manos.

Y es que por los años setenta nacía el «conservacionismo», el ecologismo y un nuevo concepto de medio ambiente creado por los europeos para sus propios países desarrollados, sobreexplotados y sobrepoblados, conceptos adoptados por los pueblos del Tercer Mundo, es decir, por países subdesarrollados y con recursos naturales todavía vírgenes. No era lo mismo, ni podía ser lo mismo. El «conservacionismo» derivaría en Chiloé hacia una excesiva crítica al progreso y a un también excesivo temor a las influencias culturales foráneas que casi siempre llegan aparejadas con el modernismo, -con toda la confusión que es de imaginar entrañaban tales posturas, tanto que algunos, condenaban el camino terrestre culpándolo del ocaso de los caminos del mar- o resistir algunas iniciativas como el proyecto del puente sobre el Canal de Chacao, porque con dicho puente -alegaban- Chiloé dejaría de ser isla y quedaría para el trajín. En cambio para los partidarios del proyecto de don Félix Garay, el polémico puente tal vez hubiera significado romper definitivamente con el aislamiento y lograr más beneficios para el desarrollo económico de la Provincia que los supuestos perjuicios.

Los esfuerzos desplegados para la conservación de la riqueza forestal que ocupa la mitad de la Isla Grande, plausible, por cierto, con el debido equilibrio, alejó las inversiones planificadas en este rubro. Pero dejó en manos particulares, y al margen de toda planificación o regulación, el talamiento y destrucción de buena parte de estos bosques en la década siguiente, cuando lo del *chip*, sin que los chilotes se beneficiaran y sin que nadie -o muy pocos- alzara la voz para evitarlo. Creemos que los setenta no fue una década positiva en lo relacionado con el desarrollo. Fue sí, una década «anti» que siempre resulta más fácil, pero sin proposiciones alternativas. Las quejas de los pocos ¿tantos recursos para qué?, no era escuchada por entonces.

La portentosa abundancia de peces y mariscos era el otro tema de los setenta. Pesca artesanal, extracción de mariscos, también artesanal. Se pescaba con la lienza, el anzuelo y la red. Apenas se abastecía la demanda de Castro y Ancud. Unas 8.000 personas dedicadas a estas faenas no cubrían, sin embargo, las necesidades. Ni las cooperativas de pescadores, ni el trabajo individual respondían a las expectativas cifradas en aquel riquísimo mar chilote donde los pescados casi no tenían espacio para propagarse y se morían de viejos o de

hacinamiento en el Mar Interior. Es verdad que desde antaño el chilote sacaba del mar lo justo y necesario para su sustento y tenía un armónico diálogo con él y de la misma forma con todo su medio ambiente. Esa actitud era parte de su cultura. Recogía lo preciso para la olla y apenas un corto excedente para comercializarlo. Así fue durante la Colonia y seguía siendo en los años setenta, es decir, hasta ayer. Pero, ¿qué le representaba aquella enorme riqueza de mar y playa, fuera de tener siempre a la mesa algún róbalo, sierra, pejerrey o merluza, algunas ostras, picorocos, choros o erizos?.

Importante fue la década de los setenta en el nacimiento de tantas y tan reconocidas inquietudes y sobradas muestras de voluntad para proteger el patrimonio forestal; pero pobre, muy pobre en ideas genuinamente chilotas relativas a una política de desarrollo sobre la base de los recursos naturales. Las ideas, los proyectos y los capitales que en los años ochenta se harán cargo del rubro pesquero, por ejemplo, serán foráneos y foráneos los beneficiarios, mientras el chilote, tan combativo en los setenta, se mostrará en los ochenta sólo como pasivo espectador.

Sin embargo, muy distinta era la situación del comercio, al menos fue un espejo bastante fiel de los pro y contras de la década. En esto había vida e iniciativas que faltaban en la industria. Pero comenzó mal. El Puerto Libre iba descendiendo en su caída vertical, no sólo por los muchos inconvenientes que creaban los nuevos impuestos que pesaban más y más sobre los suntuarios, sino porque entre 1971 y 1973 la inflación era galopante, el dólar subía y subía y, naturalmente, el Escudo iba convirtiéndose en nada; el caos generalizado que se adueñó del país, y el turismo que fue muy bueno hasta 1973, casi desapareció del lenguaje de los chilenos desde 1974 hasta 1976 con el consiguiente desconsuelo de los importadores de Castro y de todo Chiloé que en buena parte vivían de ese todavía escaso, pero significativo flujo de foráneos que andaban tras las baratijas made in Japan y dejaban algunos escudos en los hoteles.

De todos modos el Puerto Libre era como un extraño y pintoresco paréntesis dentro del lúgubre mundo político del período 1970 - 1973. Los buques alemanes seguían llegando regularmente a Castro con su carga de atractivos efectos de procedencia europea. Algunas de estas naves eran conocidas desde los años sesenta, como el «Köeln» o el «Stuttgart». La mayoría, sin embargo, eran nuevas motonaves, como el «Darmstadt», «Leverkusen», «Buchenstein», «Rothenstein», «Lubergen», «Traverstein», «Leipzig», «Zviderkerk», «Regenstein», «Riederstein» y otras que descargaban en Castro entre 50 y 100 y a veces hasta

200 toneladas de mercadería surtida para el abastecimiento de las importadoras de Castro y Ancud.

Las divisas fijadas para Chiloé eran de 4.500.000 dólares en 1973. Los importadores de Castro invertían unos 190.000 dólares al mes, y unos 100.000 los de Ancud. Por entonces había 260 importadores en la Provincia, la mayoría en Castro. Predominaban los de poca monta y su número crecía por entonces a pesar del desconsuelo general y del poco futuro que se veía en el Régimen Aduanero Especial. En 1971 había 22 nuevos importadores en Castro alentados, quizá, por la idea de formar un «Comité pro Defensa de las Franquicias Aduaneras». Sin embargo, el precio de cualquier chuchería extranjera estaba por las nubes, lo que, sin embargo, no impedía que se multiplicara el número de *matuteros* comprando lo que hubiere. Y ¿cómo no, si en el resto del país ya no había nada que adquirir?. Y, de repente en 1972 una súbita alza del dólar en un 100% por devaluación del Escudo causó estragos en las importaciones y se pararon los comerciantes cerrando sus puertas. En el primer semestre de 1973 ya nadie quería vender lo poco que llegaba, sino acaparar cuanto fuese posible. Por eso, DIRINCO tenía tanta actividad revisando bodegas y sótanos y cursando partes. En agosto de ese mismo año se volvió a paralizar todo el comercio y, obviamente, también el comercio de productos nacionales, en oposición al gobierno del Presidente Allende, como era la tónica general en el país.

El mercado negro estaba en su apogeo a principios de 1973, tanto de mercadería nacional como extranjera, mercado negro que sólo terminó con el Pronunciamiento Militar en septiembre de ese año. La mercancía importada que todos suponían oculta en sótanos y escondrijos, fue requisada y salió a remate. El comercio reabrió sus puertas y las bodegas también por orden de las nuevas autoridades. Hubo desde entonces un riguroso control de precios. Se formaban largas colas en las importadoras para adquirir infinidad de productos corrientes del Puerto Libre que salieron a la venta de súbito. Pero, para entonces las motonaves alemanas descargaban apenas 30 ó 40 toneladas, lo que era demasiado poco para pensar en la subsistencia del Puerto Libre. El «Regenstein», por ejemplo, que iba rumbo a Castro en 1974, sólo llevaba 37 toneladas que por su insignificancia se descargó en Puerto Montt y no en Castro, precisándose que no convenía entrar al puerto por menos de 50 toneladas. Sólo en octubre de ese mismo año la motonave «Holstenstein» arribó con 90 toneladas. Pero eran los últimos suspiros del régimen aduanero de excepción.

En 1975 apenas merecía el nombre de Puerto Libre; agonizaba gravemente enfermo por las muchas cargas y gabelas. Los castreños pedían ahora que se

les declarase «Zona Franca», que era la nueva modalidad que se estudiaba para las regiones geográficamente extremas. Esta idea se tradujo después en sólo «Zona de Depósito» de importaciones y que se aprobó en 1977 con el nombre de «Depósito Franco» en Castro, lo que sin embargo, quedó más en el papel que en la realidad.

Cuando en 1970, y aún 1971, todavía no se notaba tanto la crisis del Puerto Libre, las vitrinas, al menos, se veían aperadas de cosas y la gente podía hasta darse el lujo de comer caviar si quisiera, chocolates «Coconut» o «Suchard» que eran de lo más común, así como los jugos «Tang» en polvo y mil menudencias más. Pero no cabe duda que el panorama se estaba haciendo sombrío, porque así como se veían las cosas políticas, a nadie se le escapaba que el Puerto Libre tenía sus días contados.

Hacia 1976 todavía se importaban algunas cosas, especialmente vehículos, pero en 1977 era ya muy notorio el retroceso comercial. La importadora «Wagner-Stein» que era una de las más importantes de Castro proyectaba construir un edificio de cuatro pisos, lo que sin embargo, no concretó, porque al poco tiempo el régimen aduanero se vino estrepitosamente al suelo, y como todas las importadoras, tuvo que cerrar en la segunda mitad de la década. Otras como «La Vasconia», «Codimport», «Importaciones Hanga-Roa», «Casa Ninoska», «Brahms», todavía conservaban cierta importancia a mediados de la década a pesar de todo, así como la «Importadora Chiloé», «Donoso y Cía.» - esta última importaba especialmente vehículos Toyota-, «Importaciones Soraya», «Casa Samoa», «Casa Loayza», «Roxmary», «Importadora Londres», «Pitre y Parker y Cía.», y otras como «Importaciones Melinka», «Importadora Sur» o «Importaciones Huidobro» entre tantas medianas y pequeñas, estaban todavía activas a mediados de la década cuando había unas 150 importadoras en el pueblo esperando su fin apretujadas en calle Blanco, Serrano, Thompson y costado sur de la Plaza de Armas tal como en los sesenta. Pero en 1977 - 1978 apenas quedaban las sobras. El Puerto Libre era, por entonces, apenas un vestigio de lo que había sido.

Y así como se iba apagando el Puerto Libre, iba renaciendo, casi imperceptiblemente, el comercio de los productos chilenos, especialmente después de 1974, luego de haber sobrevivido con dificultad al período 1971 - 1973 cuando el comerciante no tenía nada que vender o simplemente no quería vender. Los mismos importadores comenzaron a cambiar lo extranjero por lo nacional o a combinar lo uno y lo otro hasta que en la segunda mitad de la década predominaban ya los artículos nacionales. En efecto, a pesar del lamento

de muchos comerciantes por el ocaso del Puerto Libre, y a pesar también, de la impresión más o menos general de un decaimiento comercial en el pueblo, la verdad es que las tiendas, almacenes y negocios diversos, ahora de productos chilenos, aumentaron en la segunda mitad de los setenta respecto de los sesenta. A fines de la década, Castro, que siempre fue muy activo en lo comercial, lo era mucho más, saturando la tradicional calle Blanco e invadiendo con sus negocios otras arterias, como San Martín.

Después de 1973, como por arte de magia, renació la confianza en el comercio al tiempo que desaparecían las largas colas que desesperaban a los habitantes de la primera mitad de 1973. Hacia 1974 - 1975, por ejemplo, había más carnicerías que nunca y la gente volvió a sus cazuelas y asados. El Matadero sacrificaba lo suficiente para un normal abastecimiento de la población y comenzó a vivirse con un cierto mayor optimismo. En cada calle había una carnicería con el mismo nombre de la arteria, como la «Portales», «Gamboa», «San Martín», «Latorre», «Blanco». A veces llevaban otros nombres como la carnicería «Económica» o carnicería «Loayza» o la «Estefó», etc. Ya no faltaban ni el azúcar, ni la harina, y la gente podía amasar nuevamente su pan y las panaderías también. El vender y el comprar se hizo normal, porque las nuevas autoridades hacían publicar en los diarios de Castro y de Ancud los precios que cada producto tenían en cada uno de los almacenes y tiendas de ambas ciudades para que el público supiera dónde adquirir más barato. De este modo se conseguía el necesario equilibrio de precios para beneficio del consumidor.

Las importadoras fueron las dueñas de calle Blanco mientras estuvo vigente el Puerto Libre. Los negocios de productos nacionales, en cambio, se distribuían por todas las calles, especialmente Lillo, San Martín, O'Higgins y Gamboa, además de las dos cuadras de Blanco entre Serrano e Irarrázaval en la segunda mitad de la década y negocitos dispersos a lo largo de la Avenida Galvarino Riveros -ex Avenida del Pacífico- en el sector de Castro Alto. Pero, en realidad, no había calle sin negocios a fines de los setenta. La ferretería «El Pacífico» de don Juan Soto Velásquez era bien abastecida y grande en un edificio de su propiedad construido hacia 1975 en Blanco esquina Espinoza. Entre las zapaterías destacaban «Casa Alonso» de don Germán Hevia, en Blanco, «Zapatería Rimini», «Calzados Bata», también en la primera cuadra de Blanco. Había grandes casas comerciales como «Dimarsa» de Andersen-Marchant, obviamente en Blanco; grandes almacenes «La Frontera», en Portales con Balmaceda; o los grandes almacenes «El León de Oro» que contaba con dos locales, uno en Blanco y otro en San Martín; almacenes «La Polar», «La Gran Vía» de don Federico Bórquez; o casa «Embajadores» de don Guillermo Jiménez,

«Casa Chiloé» de doña Patricia Silva, en fin, «Casa de las Pilas» de doña Ana Cerutti, etc.

Abundaban las cantinas, bares y formales restaurantes, así como los depósitos de vino. El Restaurant «Roberto» en Sotomayor; «El Rincón Chilote», en Serrano; «Marcela», en Blanco, o la Fuente de Soda y Restaurant «Victoria», en San Martín, y el muy famoso restaurant «El Gringo» también en Blanco después del incendio de Lillo en 1975 eran, entre otros muchos, los más conocidos. Se podía tomar un trago «corto» o «largo» en otros lugares algo más exclusivos como el grill del Hotel «Central» de doña Ninfa Pérez, en Esmeralda; o en el Hotel «Plaza» o en el «Splendid», en Blanco, y si se quería disfrutar de una buena parrillada se iba a «Villa Palmira», en los extramuros de la ciudad.

No faltaban las casas de deporte como la «Leoman» de don Leonidas Mansilla, en Serrano, o lavanderías como «El Pacífico», de don Arturo Pérez, en calle Gamboa, o casas fotográficas como «Foto Humsper» de don Humberto Soto, en Blanco frente a la Plaza. En cada calle había negocitos, mercaditos particulares, baratillos, almacenes y tiendas mucho más que antes de 1973, porque, como hemos dicho, los que eran importadores se hicieron comerciantes de productos nacionales, aunque algunos tomaron sus maletas y se fueron, como don Rodrigo Forés dueño de la «Importadora Chiloé», que cerró sus puertas después de casi 20 años importando. Ciertos almacenes y tiendas eran sobradamente conocidos, como Abarrotes «Imperio» de don Luis Torres, en Serrano esquina Latorre, o el almacén «Sello Rojo», o el almacén «Mercado», o el «Serrano», en fin, Provisiones «Ximena» de don Francisco Oyarzún, en calle Gamboa. Pero estaba también el Molino «Rahue», cuyo representante era don Héctor Vera Macías y distribuía harina en toda la Provincia, o la Central de Compras «Castro Ltda.», en 1975. Se abrieron nuevas librerías, esas de material fungible, porque excepto la de don Héctor Emilio Márquez, la famosa «Hemardí», ninguna vendía libros, sino lápices, cuadernos y otras cosas, como las librerías «Roma», «Bremen», «Patricio», «Miriam», en fin «Lalito» hacia 1977. En cuanto a las farmacias, había, al parecer, tres, como la «Central», la «Bórquez» y quizá también la «San Luis» pudiera corresponder a ese período.

Por eso, la segunda mitad de los setenta fueron años de lo nacional, de la onda chilensis en los negocios, almacenes y tiendas; época del regreso a los radioreceptores fabricados en Chile; de la loza «Penco» y época también de los jeans «Shalako» made in Castro. A fines de los setenta calle Blanco mostraba dos rostros más diferenciados que antes: una era la cuadra entre la Plaza y

Serrano transitada por citadinos, por turistas, por los últimos y rezagados *matuteros*; calle de letreros luminosos, con negocios de cierta prestancia. La otra calle Blanco era la que ocupaba las dos cuadras que corren entre Serrano e Irarrázaval, estéticamente venida a menos después del terremoto de 1960, con negocios más modestos, transitada por isleños; negocitos de diversos productos chilenos o importados más del gusto del comprador campesino. Zapaterías de calzado grueso, de caña, de suela «tanque», botas de cuero o de goma para hombres y mujeres; tiendas de polleras, chales y abrigos «tres cuartos», «trajes sastre» de tonos oscuros para las mujeres del campo que todavía compraban allí, lo mismo que en Lillo e Irarrázaval; negocios de un «cuantuay» de cara al mar antes que San Martín comenzara a hacerles competencia. No había negocio que no vendiera pilas «eveready» para las radios portátiles que la gente del campo todavía conservaba, porque todos los que llegaban por mar o por tierra era lo primero que adquirían para sus «Sanyo» y sus «National».

A fines de los setenta no había en el sur ciudad que en proporción a sus habitantes tuviera más negocios que Castro. Y ésto se explica por las mismas razones de siempre, es decir, porque el pueblo abastecía a una población urbana y rural que en las postrimerías de la década era de unos 60.000 habitantes. Estos vivían en Castro y en los pueblos e islas adyacentes que dependían comercialmente de calle Blanco y, por entonces, también de San Martín. Casi la mitad de los negocios tenía clientela rural, más aún cuando los buses hicieron más expedita la comunicación entre el interior y el pueblo.

Pero estaba en sus inicios una nueva actividad económica: el turismo, que a la postre será la gran alternativa de los castreños. El escaso turismo que había en los años sesenta era apenas por el mero interés del foráneo por comprar o conocer lo que ofrecía el Puerto Libre, de modo que las franquicias aduaneras y la posibilidad legal de pasar al continente el equivalente a 1.000 pesos-oro, explican la presencia de afuerinos en Castro. No todos eran compradores, por supuesto, pero los que llegaban por conocer o a descansar eran todavía pocos y muy pocos entre 1974 y 1975, aunque el número de éstos fue aumentando imperceptiblemente en la segunda mitad de los setenta, al tiempo que disminuía el flujo de *matuteros* por el ocaso de las franquicias aduaneras.

Una mirada general al período 1958 - 1974 nos permite apreciar que el visitante continental llegaba a Castro por el día y a lo más por el día y la noche, para lo cual eran suficientes los pocos hoteles y residenciales que había a fines de los sesenta y principios de los setenta. La mayoría provenía de las provincias del sur, especialmente desde Puerto Montt -ésto lo suponemos, pues nunca hubo

estadísticas al respecto- a juzgar por los muchos signos exteriores de esos visitantes. La característica de todos ellos era el apuro por comprar cosillas baratas para revenderlas después en sus lugares de origen; la sensación de que llegaban a Castro con datos precisos sobre qué y dónde comprar; la costumbre de contar los billetes en plena calle sin ningún disimulo calculando cuánto más podrían adquirir; las carreras por aquí y por allá para tener todo comprado antes de la salida de la última micro, etc., eran imágenes bastante corrientes. Pero era más o menos fácil distinguir a ese visitante ocasional respecto del *matutero* experimentado. En el primer caso predominaban las mujeres que compraban unas cuantas cosas más o menos llamativas; en el segundo caso, hombres que ya tenían sus contactos hechos y adquirían grandes cantidades de artículos de mayor valor. Este es el mismo *matutero* que definió la década del sesenta. Ni unos ni otros eran turistas en estricto sentido, aunque los hoteleros vivían de ellos.

Otros eran los clásicos turistas, esos ajenos a las compras, que llegaban hasta Castro en busca de lo distintivo. Eran los menos, pero cualquier castreño podía reconocerlos. Si eran «gringos» portaban filmadoras; si chilenos, sus cámaras fotográficas. Los turistas chilenos generalmente se envolvían en chales de vivos colores comprados en Castro o Dalcahue y caminaban lenta y despreocupadamente por el centro de la calzada indiferentes a los vehículos. Unos y otros llamaban la atención por su aspecto físico y modales más refinados que el popular *matutero*, y porque no se interesaban mayormente por las vitrinas. pero sí por los palafitos, los paisajes, la iglesia franciscana, el cementerio y demás atractivos castreños que pasaban desapercibidos para los primeros. Estos verdaderos turistas -que se podían contar con los dedos de la mano- se parecían a aquellos de los años cincuenta y sesenta que en ocasiones desembarcaban del «Navarino», «Villarrica» u «Osorno» en viaje a Punta Arenas. Eran más tranquilos, de un estilo muy diferente del histérico y agresivo, pero experimentado contrabandista. Indagaban sobre tal o cual curiosidad, a veces tomando notas en sus libretas. Eran, no cabe duda, más cultos y cuidadosos, así chilenos como extranjeros.

A fines de los sesenta y principios de los setenta estos turistas «de verdad» comenzaron a descubrir el pueblo y alrededores con sus originalidades que en la segunda mitad de los setenta serán el rostro de Castro. El punto de partida fue el ferry y los caminos que permitieron que, poco a poco, el turismo se extendiera hasta Chiloé, luego de haber echado raíces en las provincias del sur. Es verdad que todavía era poca cosa, pero se había iniciado, al menos formalmente, desde que la CORFO construyera el Hotel Turismo, conocido

más comúnmente como «La Hostería» con sus 5 pisos, bella arquitectura y exquisita comodidad, en la esquina de Chacabuco con Thompson que fuera solar de la distinguida mansión de don Félix Díaz en los años cuarenta y con una vista incomparable al acceso marítimo de Castro. Casi al mismo tiempo se construyó el motel «Auquilda» o «moteles», como le llamaba comúnmente la gente, -aunque en un sentido muy diferente al concepto «motel» de los años ochenta-, perteneciente a los Bartulín. Estos dos nuevos hoteles -que superaban con mucho a los decanos «Luxor», «La Bomba» y otros que habían tenido sus años dorados hacia los cincuenta-, eran una respuesta a las cada vez mayores exigencias de los visitantes de los años setenta. Junto con ésto ya se veían las primeras «casas rodantes» -aunque muy ocasionalmente- más libres e independientes, recorriendo Chiloé a la manera de los gringos en Estados Unidos, y estacionándose en cualquier parte, descubriendo lugares inéditos. Pocas todavía, pero muy significativas. Era novedoso para los castreños ver esa gente, tan desenvuelta y moderna andar por aquí y por allá. Aparecen también las primeras carpas de plástico instaladas en la pampa más a propósito, mucho antes que alguien pensara en los campings o espacios especialmente acondicionados para este tipo de turismo. Sin embargo, no podían ser muchas las casas rodantes ni las carpas, porque para las primeras, los caminos todavía incipientes eran un obstáculo insalvable, y para las segundas, la inexistencia de lugares a propósito y las contínuas lluvias, no lo hacían aconsejable.

Pero hubo años cruciales por lo negativo para el turismo, como en 1974 y 1975. El flujo de visitantes que había ido in crescendo hasta 1973, cayó bruscamente en verano de 1974, entre otras razones por la agonía del Puerto Libre y, sobre todo, por la apretada de cinturón que significó la campaña por la reconstrucción nacional, después del Pronunciamiento Militar. Las cifras son elocuentes: en enero de 1970 entraron y salieron 52.000 pasajeros, llegando a 64.303 en enero de 1973. Pero en el mismo mes de 1974, bajó bruscamente a 37.603 y a 28.752 en enero de 1975. Si los veranos de 1974 y 1975 fueron de caída vertical del turismo, las cifras anuales muestran un aumento, aunque leve respecto de los años anteriores. Así, en 1969 entraron y salieron por Chacao 263.055 pasajeros y en 1974 lo hicieron 294.788. El mes de mayor número de pasajeros entrados y salidos corresponde a febrero de 1972 con 64.783 y el más bajo a junio de 1975 con sólo 10.222 pasajeros vía Canal de Chacao en uno y otro sentido.

Con los años setenta se insinuaba también otro tipo de turismo que será el predominante en la década del ochenta: los primeros *mochileros*, por lo general, estudiantes universitarios que comenzaron a visitar Chiloé poco después de

haberse inaugurado los «Trabajos de Verano» durante el gobierno del Presidente Frei, trabajos que fueron muy importantes, entre otras cosas, porque permitieron difundir en las universidades las peculiaridades del Archipiélago entre jóvenes ansiosos de nuevas experiencias y conocimientos. El *mochilero* asomaba ya, aunque nada podía significar para los hoteleros porque dormían en cualquier parte y se alimentaba de la hospitalidad y generosidad de los chilotes. Pero era un visitante culto -y en eso radica su importancia- que buscaba en Chiloé lo que los mismos chilotes no habían valorado suficientemente. Andaban además, tras lo *artesa*, el gorro chilote o la chomba de lana cruda coloreada con hierbas que era la moda adolescente por entonces o «moda folk» que venía de los tiempos de Violeta Parra, por mediados de los sesenta. Estos chicos fueron los primeros en reconocer el valor de lo autóctono, como los palafitos, y quedaron fascinados con la originalidad de la cultura insular y la propagaron con entusiasmo. Era una juventud universitaria que comenzaba a cansarse de lo urbano y de las playas del centro, como Reñaca. Preferían el turismo «a dedo» que ya llevaba años en Estados Unidos y en Europa.

Estos primeros turistas mochileros-intelectuales que buscaban la cultura antropológica y no las comodidades, fueron despertando en los particulares castreños el interés por ofrecer hospedajes baratos. Precisamente, las hospederías comenzaron a aparecer a fines de los setenta. Pocas todavía, pero por cuatro pesos los muchachos podían dormir en cama y tomar un suculento desayuno con café con leche y pan calentito con mantequilla, para lanzarse a andar por los sinuosos caminos de la Provincia.

El turismo *matutero* por el día, el turismo de hoteles por placer, y el turismo *mochilero* de carpas y hospedajes, aunque poco todavía, constituían un todo, e hizo pensar a muchos lo que podría significar para Castro y Chiloé esa industria sin chimeneas. La Hostería construida en 1964 era ya un paso importante, pero el flujo turístico no podía separarse del proyecto de hacer nuevos caminos y concluir la Carretera Panamericana hasta Quellón que en los años sesenta era sólo una huella; terminar la pavimentación; proyectar nuevos caminos transversales hacia el oriente y poniente; y concluir el camino costero entre Quemchi y Castro que permitiera el acceso a los tradicionales pueblos del litoral oriental. Los bosques impenetrables del poniente eran un atractivo aún no explotado y muy a propósito para el turismo de aventura si se abrieran huellas, porque Cucao, por ejemplo, se podía visitar por avión, pero eso era privilegio de pudientes.

En los años setenta, el turismo aunque creciente, era esencialmente urbano

centrado en Castro y en Ancud, desde donde se podía viajar con alguna incomodidad, todavía, a los pueblos inmediatos, como Quemchi, Dalcahue. Achao, Chonchi o Quellón. Pero el turista no podía quedarse mucho tiempo en Castro, porque a pesar de los avances, el pueblo carecía de la infraestructura necesaria para una cómoda y prolongada estadía. Se hacían de vez en cuando excursiones al campo, islas, bosques, pero éstas no estaban organizadas por empresas turísticas, como estarán en los ochenta. Es verdad que Castro contaba con seis hoteles y residenciales con unas 300 camas en total, sin contar los hospedajes, pero aún era insuficiente para ofrecer permanencia prolongada al cada vez mayor número de visitantes. Los hospedajes resolvían en parte los problemas de los mochileros y turistas modestos, especialmente a fines de la década, pero como tales hospederías eran temporales y no pagaban impuestos, eran vistas como desleales competidores por los hoteleros establecidos. El pueblo mismo tenía atractivos típicos, pero no había en el castreño proyectos para sacar mayor provecho a esos atractivos. Plazas y plazuelas mal cuidadas; el cerro Millantui sin ninguna decoración ni comodidades, y especialmente ruinoso después del terremoto, así como peligroso de noche. Sólo la iglesia franciscana resultaba digna por su originalidad y belleza. La polémica que desató la nueva pintura del templo con su color sicodélico, la transformó en el centro de atención de todo visitante y la carta de presentación de los castreños.

Desde otro punto de vista, y como ya hemos dicho, junto con los visitantes de verano fue también creciendo la afluencia de chilotes a Castro desde los distintos pueblos de la Isla Grande e islas adyacentes aprovechando la red caminera que en los años setenta llegaba a muchos lugares antes aislados. Andar en «góndola» y visitar Castro era ya tan deseado por los lugareños que en invierno y verano la ciudad se veía igualmente trajinada por estos chilotes que comenzaban a depender más que antes de los productos urbanos. Ahora llegaban ellos mismos a comprarlos sin necesidad de hacer los tradicionales *encargues*. Con unos y otros, con turistas foráneos y visitantes chilotes, Castro fue tomando un aspecto bastante más cosmopolita que los solitarios años cuarenta. Nuevos hospedajes y residenciales y nuevos negocios para un pueblo con mayor población local y flotante. En la segunda mitad de los setenta se observaba el despertar de algunos empresarios para aprovechar la mayor afluencia de gente, abriendo las puerta a un turismo mejor organizado como se verá en los ochenta, ofreciendo mejores comodidades y mayores alternativas al visitante.

En fin, si en la economía no se avanzó nada en los setenta, o casi nada para ser más justos, el comercio resurgió con bríos después de 1973, superando épocas anteriores, a pesar del ocaso y fin del Puerto Libre que cerró su efímero

ciclo llevándose su atractivo colorido que pintó el rostro de la ciudad en la década del sesenta. El turismo abrió una nueva veta, todavía incipiente, pero promisoria, y Castro -y toda la Provincia- comenzó a vivir una etapa marcada precisamente por la masiva afluencia de gente y los castreños a moverse dentro de esa nueva realidad, preparando el terreno para el boom turístico de los ochenta, mientras la traza urbana seguía dilatándose y haciéndose más variada y compleja.

7.

DE LOS DOS ROSTROS Y LOS DOS RITMOS DE LA CIUDAD: CASTRO BAJO Y CASTRO ALTO EN LOS AÑOS SETENTA

7. DE LOS DOS ROSTROS Y LOS DOS RITMOS DE LA CIUDAD: CASTRO BAJO Y CASTRO ALTO EN LOS AÑOS SETENTA

La vida cotidiana de los años setenta estuvo, en realidad, tan matizada de aspectos positivos y negativos que no podría comprenderse sin considerar el anormal contexto nacional que marcó la década. Comenzó en 1970 con una atmósfera bastante pesada. El barómetro venía bajando sostenidamente desde fines de los sesenta cuando la actividad política iba camino de ser el centro de la vida cotidiana en Chile. La palabra «cambios», tan manida por entonces, se puso de moda también en Castro, pero ahora con un sentido más radical en boca de una juventud que se autocalificaba de «progresista», mientras los castreños de la vieja generación expresaban sus reservas ante este afán de cambiarlo todo para resolver milagrosamente, también, todo. Es verdad que no eran muchos los castreños que se preocupaban de estos asuntos, pero el barómetro seguía bajando, sobre todo a ojos de los Conservadores que en Castro y en la Provincia miraban el futuro político con preocupación después de las elecciones de 1970. El diario *La Cruz del Sur*, por ejemplo, era bastante pesimista a fines de aquel año en cuanto a lo que el futuro podría ofrecer a Chiloé.

Pero, esos nunca bien definidos cambios que algunos pregonaban por todos los sectores del pueblo eran, más que nada, tema de políticos con sus posturas teóricas, sólo que explicadas con nuevas y encendidas palabras que sonaban harto llamativas para los jóvenes. En cambio, para la mayoría de los habitantes, Chiloé, que ha sido siempre la Cenicienta bajo cualquier régimen, seguiría siendo la misma Provincia pobre y desamparada por radicales que fueran los tales cambios. Esa mayoría chilota, especialmente la gente de viejo cuño y, en particular, las mujeres, se identificaban más con los Conservadores y Radicales, secularmente opuestos entre si, tal como antes, pero ahora más por una cuestión de tradición que por convicciones ideológicas. Las mujeres, por ejemplo, eran mayoritariamente derechistas e independientes, las mismas que en las elecciones de 1970 dieron el triunfo a don Jorge Alessandri en Castro y Chiloé, mientras

los electores del resto del país terminaban inclinándose por don Salvador Allende La juventud, en cambio, venía identificándose con la Democracia Cristiana desde mediados de los sesenta. Pero parte de esa juventud -en su mayoría masculina- tendía a incorporarse o miraba con simpatía a los grupos desprendidos de la D.C., como el «Mapu» y la «Izquierda Cristiana», pero también por el Socialismo y el Comunismo a principios de los setenta. Sin embargo, sean cuales fueren las posturas políticas, lo cierto es que los jóvenes tomaron la inédita costumbre de rayar las murallas con slogans y propaganda saturando el pueblo de un colorido increíble, llegando a dar la impresión de una «orgía de fiebre política», como alguien la calificó, especialmente entre 1972 y 1973. Y es que el ventarrón se desató a poco de asumir el flamante Presidente Allende. Ventarrón, porque la inquietud se adueñó del castreño medio, inquietud muy aumentada por lo tensa que se puso la vida de las calles y por el negro panorama que pronosticaban los agoreros que hacían nata con sus funestos pronósticos, vaticinios, presagios.

Y, por lo mismo, nada hubo en los primeros tres años de los setenta que pudiera ser destacado como positivo respecto de la década anterior, al menos en el tema de la existencia cotidiana. La vida no podría ser calificada de atractiva entre 1970 y 1971, pero si, decididamente negativa entre 1972 y 1973. La preocupación y la tensión podía verse en los rostros de la gente, rostros que reflejaban estar muy lejos de la normal y despreocupada existencia de los años pasados. Casi no había otra cosa más cotidiana que los temas políticos en las calles y en las casas, aunque también es verdad que por ser pueblo pequeño y distante, el asunto nunca tomó en Castro la dimensión que alcanzó en el centro del país. Y no podía llegar a extremos -aunque hubo momentos muy críticos entre octubre y primera semana de septiembre de 1973- porque los bandos en pugna no eran tan radicalmente opuestos ya que estaba formados por gente que se conocía de toda la vida. La nota distintiva la ponían los foráneos funcionarios de organismos estatales, más fríos, más políticos, más incondicionales del gobierno y, por lo mismo, más distantes e intransigentes. Eran pocos, pero se hacían sentir.

Como decíamos, en la elección presidencial de 1970 venció don Jorge Alessandri en Chiloé, y eso mismo la convertía en Provincia de oposición. Aunque hay que reconocer que el que fuera Chiloé de oposición no importaba un ápice a nivel nacional, pero si importaba al interior de la sociedad castreña dividida entre «momios» y «upelientos», como se les decía despectivamente por entonces, aún tomando en cuenta que socialistas y comunistas se mostraban bastante más moderados por las razones ya indicadas. El gobernador socialista

don Celedonio Cárdenas, por ejemplo, podía pasearse por la Plaza en el mismísimo año 1973 en amena plática con el conservador don «Nano» Bórquez que, obviamente, estaba en el extremo opuesto del espectro político, amistad que ese año habría sido insólita en el resto del país. Eran conocidos de toda la vida y se respetaban como se respetaron en todo momento y en toda época. Después del «Golpe» nadie hubiera podido acusar a don «Cele» de haber abusado del poder o de haber sido un fanático proselitista. Muy por el contrario. La imagen que quedó de él fue la de un gobernador mesurado, caballeroso y gentil con sus opositores políticos y, sobre todo, humano, por el gesto que tuvo al donar una silla de ruedas a una niñita impedida de Quetalco y que tantos elogiosos comentarios mereció.

Pero de ninguna manera se quiere decir que las relaciones hayan sido pacíficas en la vida cotidiana. Parece que hasta 1973 se fueron acentuando las diferencias y distancias entre el vecindario del «Casco Antiguo» y el de las nuevas poblaciones de Castro Alto, porque en este último sector predominaban los gobiernistas. Los otros, los de «Abajo», representaban el «momiaje» y se referían a los del sector alto como «los de las poblaciones», queriendo decir «los comunistas», aunque en ambos sectores del pueblo había, por supuesto, gente de distintas posiciones políticas. Los de Castro Alto eran considerados los más broncos, al tiempo que los más pobres. Solían levantar barricadas en Avenida del Pacífico -así se llamaba todavía la arteria principal de aquel sector- impidiendo el tránsito entre la parte baja y la parte alta, poniéndo en difícil situación a los carabineros. Entre 1972 y 1973 se produjeron los primeros atentados contra vehículos particulares que se aventuraban por esa vía -nótese lo insólito que pudieron haber sido estos actos en Castro- hasta que la gente prefirió no arriesgarse a subir hacia aquel sector, especialmente peligroso de noche. No eran barricadas ni atentados de todos los días, pero el vecindario comenzó a tener mucho temor de estas acciones, especialmente los castreños de la vieja generación que vivían harto consternados por ser cosas antes nunca vistas.

Había tomado cuerpo la psicosis colectiva, ya por el desabastecimiento, ya por temor a los exaltados, aunque en el desastroso contexto nacional la vida cotidiana castreña parecía un paraíso de armonía. Sólo que era cosa bastante lastimosa ver a los vecinos de toda condición andar tan abatidos tras algo que echar a la olla. Pero, era la psicosis lo que provocaba más daño, porque, a decir verdad, nunca nadie quedó sin comer, aunque sólo fueran papas cocidas. La situación no era en absoluto normal, pero nunca llegó al dramatismo que se veía en el resto del país. En agosto de 1973 pararon los médicos; el personal del

ferry también paró en el Canal de Chacao; y pararon los taxistas y los camioneros. EMPREMAR se sumó al paro y hasta las mujeres castreñas ya que no podían parar, por lo menos marcharon en protesta contra el gobierno. Todo era un lío o, por mejor decir, un remedo de los líos de Santiago, pero líos al fin y no sin riesgos. Radio «Chiloé» fue asaltada y apedreada por «momia», según decían. Algo similar ocurrió en el Instituto Politécnico porque la oposición ganó las elecciones allí, y en el Liceo, por la misma razón en mayo de 1973. Insultos en las calles, quebrazón de vidrios en casas de uno y otro bando eran asuntos casi cotidianos. Los vidrios de la oficina de don «Nano» Bórquez fueron hecho astillas, por derechista, según sus enemigos. El lenguaje corriente de la Izquierda -que era el que se oía más- hablaba de «vendidos» para referirse a la oposición; de «derecha capitalista»; de «imperialistas»; de «burguesía explotadora», en fin, de *krumiros*. Pero también decían en Castro «¡No nos moverán!» o «¡No pasarán!», y hablaban del «pueblo» y de la «fuerza popular». Cualquier dirigente político incluía en su locución frases clichés comunes en todo el país, como «¡somos claros y categóricos en denunciar públicamente...!». Los años setenta comenzaron con un lenguaje inusual. No cabe duda.

Y así con una vida «a medio morir saltando», con un temor creciente sobre el futuro del país, con anuncios funestos de guerra civil, con una inflación que ya superaba todos los records y con las instituciones paralizadas, llegó el día 11 de septiembre de 1973 con el «Golpe», pero que en Castro, y a pesar de todo, fue apenas un golpecito tranquilísimo, tan pacífico que al comienzo apenas sobresaltó. Sólo que todos fueron conscientes que se ponía fin al estado de cosas y que se decretaba la defunción de la «Vía chilena al socialismo». Golpe bastante decentito fue el que hubo en Castro, porque la mayoría, aunque asustada y pobre, no participaba activamente de la política como para verse comprometida. La política agresiva era patrimonio de unos pocos.

Don Celedonio Cárdenas dejó el cargo de gobernador y lo mismo hicieron, más por grado que por fuerza, los demás jefes de reparticiones públicas, la mayoría militantes de la Unidad Popular. No hubo resistencia, excepto algunos que quisieron dilatar la entrega de sus puestos bajo el argumento de haber sido elegidos por el pueblo. Los carabineros se mostraron muy respetuosos con cada uno de los jefes salientes, y muy especialmente con la persona del gobernador. A don «Cele» no se le pasó por la mente atrincherarse en la Gobernación, ni llevar un arma oculta. Sólo por aquí y por allá algún funcionario menor más exaltado que resistió los tironeos, o alguien que, según decían, intentó arrebatar la pistola a un carabinero, y este, más rápido, le pegó un tiro y lo mató. Los más broncos y comprometidos esperaban organizarse para actuar después.

Y así, todo fue tranquilísimo hasta que comenzaron los allanamientos. A los pocos días, 21 personas fueron detenidas en Castro y otras 10 en Chonchi acusadas todas de activistas. Cayeron también vecinos que no mataban una mosca, sólo por alguna infundada sospecha o confusión de nombres y, hasta los despistados o distraídos que no se percataban del «toque de queda» cayeron, o los que conscientemente se juntaban a beber en algún oculto clandestino lugar, o donde las *mayocas* a puertas cerradas durante la noche. ¿Quién de estos tunantes apolíticos hubiera imaginado que carabineros conocidos, y hasta amigos personales, pudieran llevárselo preso sin valerle sus explicaciones a lo compadre?.

El gobernador que reemplazó a don «Cele» fue el Mayor de Carabineros don Juan Torrealba, y el nuevo alcalde, don Fernando Brahms Menge. Al instante se dieron a la tarea de limpiar el pueblo de aquella impresionante pintura sobre pintura, desapareciendo al poco tiempo todo vestigio de propaganda mural. Mientras el Municipio se preocupaba del aseo y de otras urgencias, los carabineros tenían más actividad que nunca con los allanamientos y redoblada vigilancia. Seguían cayendo más y más personas que, pasado el primer impacto, habían iniciado un plan de sabotajes en distintos puntos de la Provincia, aunque tales sabotajes no pasaran de ser asonadas de *miguelitos* en calles y carreteras. Con todo, los carabineros se hicieron pocos con tanto trajín y fue necesario reforzarlos con un piquete de soldados, sobre todo cuando se supo que había planes más serios, como hacer volar la comisaría con amongelatina. Todo sospechoso era apresado y remitido al regimiento «Sangra» de Puerto Montt para ser juzgado. El Mayor de Carabineros, don Manuel Humeres no descansaba con tanto ajetreo, porque así como los izquierdistas castreños y chilotes en general, eran enviados al continente, muchos ídem chilenos llegaban relegados a Chiloé. Muy luego asumió el nuevo gobernador, el Capitán de Corbeta y Gobernador Marítimo, don Igor Bravo.

La novedad positiva, para alegría de todos, estuvo en el comercio. Los nuevos jefes obligaron a abrir los negocios y, tal como había estado denunciando la gente, se halló bastante mercadería almacenada y como por milagro apareció la harina, el azúcar, el aceite y demás artículos de primera necesidad. Las colas que habían sido el pan de cada día en invierno de 1973, comenzaban a desaparecer poco a poco a lo largo de los meses. Y así se iba perfilando el otro rostro del pueblo de los setenta. En realidad, hasta septiembre de 1973 los castreños vivieron un verdadero terremoto porque produjo el mismo abatimiento, pero también el mismo efecto posterior que cuando el sismo de 1960. Precisamente, tal como sucedió después de aquel holocausto telúrico, acabado el régimen

político la gente sacó bríos ¡quizá de dónde! para enfrentar la tarea de reordenar la vida, de normalizar las relaciones familiares -a veces rotas por diferencias políticas entre sus miembros- y reeditar las relaciones sociales. Y, ¡manos a la obra!. ¡Todo el mundo a trabajar!. Unos mostrando inusitado entusiasmo, otros con indiferencia y otros con oculto resentimiento. Pero, también hubo muchos que perdieron sus pegas pasando a formar parte de la «clase» de los exonerados. De súbito no se habló más de política, como si las acaloradas disputas hubieran sido sólo un sueño o, por mejor decir, un delirio.

Castro retomaba así su interrumpido ritmo pueblerino. Las instituciones sociales, los servicios públicos, el comercio, los colegios, todo comenzaba a marchar de nuevo, porque ahora mandaban jefes que no admitían dilación. Se aquietaba la gente; ya no había razones para «ver debajo del alquitrán» o, dicho de otro modo, no había por qué sospechar de manejos o «muñequeos», porque las nuevas autoridades -durísimas en verdad-, si tenían que echar a alguien, sin rodeo alguna lo echaban no más, y listo. Obedecer acatando cuanto se ordenase era la tónica a fines de 1973, agachando el moño si se quería conservar la pega. Lo cierto es que comenzaron a notarse los efectos positivos -dentro de todo la autoritaria que era la nueva realidad- en breve tiempo. Es verdad que el castreño fue siempre dado a la vida horizontal, a vivir «como venga», quizá más relajado e inclinado a la buena conversa en torno a una botella de chicha que el resto de los chilenos, como reacio a las imposiciones, a la disciplina y a las reglas. Así ha vivido siempre el castreño medio. Pero fue tanta la necesidad que sufrió en invierno de 1973 que en cuanto asumieron las autoridades militares, se despertó en él un empeño no visto desde el sismo de 1960 y se dedicó a trabajar ordenadamente con una mezcla de temor y gusto. Nada de cantinas, de bares o de chicherías, ni de prostíbulos. El «toque de queda» moralizó un tanto las costumbres, al menos durante el tiempo de su vigencia. El primer objetivo de los nuevos jefes era resolver los problemas locales y provinciales, base de la «reconstrucción nacional» de las autoridades centrales.

Y así fue notándose especialmente entre los pobladores de los barrios periféricos un cariz distinto que en los años pasados. En realidad, desde fines de los sesenta venían organizándose las «unidades vecinales» que en los setenta, después del «Golpe», llegaron a ser, quizá, lo más característico de la década junto a los «centros de madres», sobre todo estos últimos. Ahora, para las mujeres era posible una más estrecha relación social, la conversa y la ayuda solidaria. El trabajo artesanal de los «centros de madres» les permitía ganarse entretenidamente algunos escudos con sus bien hechos, aunque sencillos, hilados Todo ésto parece que se notaba más en Castro Alto y, precisamente por lo visto

allí nos queda la impresión que CEMA fue lo más positivo en cuanto que las mujeres tenían voz, eran tomadas en cuenta y pudieron establecer vínculos bastante estrechos entre familias homogéneas que, habiendo llegado de las áreas rurales en los años sesenta, se sentían ahora integradas y apoyadas. Hacían bellos bordados a mano y tejidos diversos, también a mano, y en máquinas de coser y de tejer comunitarias. Las más habilidosas hacían hermosas artesanías con mimbres, con madera o con conchas de moluscos, punto de partida del boom de las artesanías en los años ochenta.

Así pasaban las tardes de la primera mitad de los setenta, trabajando y escuchando radionovelas o viendo televisión, porque la «tele» llegó a Castro en 1972 con la locura de los aparatos «Motorola» y los humildes y baratos «Antú». El trabajo se hacía, obviamente, más entretenido en compañía de «Música Libre», «Pin-Pon», «Plaza Sésamo» y, en casa por la noche, «Peyton Place», «Sombras Tenebrosas» o las noticias con Pepe Abad. El fin de semana era de «Sábados Gigantes» con don Francisco, sus largas patillas y sus mismas gracias. En CEMA se trabajaba en amena plática y ésto era un contraste con las décadas del cuarenta y cincuenta, porque en aquellos años cada familia de las más humildes vivía tan independientemente una de otra que apenas las unía la ocasional *lavaza* y el también ocasional *lloco*. Ahora era diferente. Se había ganado en sociabilidad y solidaridad -o al menos así parecía-, aunque a costa de perder, en cierto modo, la independencia, porque «unidades vecinales» y «centros de madres» iban de la mano con forzosas posturas políticas de Izquierda entre 1971 y 1973.

Mientras las mujeres estaban en lo suyo, los hombres, al menos los más parranderos, seguían practicando la tradicional costumbre de neutralizar en la cantina los destemplados inviernos. Después de 1974 había en Castro más restaurantes, más bares, más chicherías y escondrijos clandestinos, *picadas* por supuesto, bastante concurridas desde que se relajó un tanto el «toque de queda». Los hombres bien envueltos iban a buscar allí un poco de calor y la conversación, hasta que llegaba la embriaguez en aquellas tardes de invierno que en el mes de julio parecían noches. Antes de 1973 y hasta septiembre de ese año, acostumbraban a juntarse los correlegionarios a beber chicha -el vino casi no se veía- en momentos que hervía la actividad política. El mismo año de 1973 los sindicatos de camioneros, los taxistas y demás buscaban en la cantina la ocasión del comentario, del rumor -infaltable en esos días- en pro o en contra del gobierno. Después del «Golpe» y acabada la política, lo normal era irse derechito al hogar y muy de prisa después del trabajo por respeto al «toque», y tanta era la puntualidad, que había esposas que quedaban asombradas de tener

al marido tan temprano en casa. Sin embargo, con «toque» y todo, siempre se las ingenió el castreño para pasar alguna noche entre amigos en algún escondido lugar bebiendo a la luz de la vela para no ser notados por las rondas de carabineros.

Pero en los setenta, el mundo era de los adolescentes, más que de los chicos y más que de los viejos, sobre todo en el centro del pueblo. Estos daban el tono a la vida cotidiana. La juventud de los primeros años de la década seguía siendo como en los sesenta, apenas con leves diferencias en cuanto a entretenciones. La música onda «sicodélica», como se le llamaba, era lo más connatural a la adolescencia en Castro como en el resto del mundo. La entretención era oir «singles» y «long-plays» con los últimos éxitos que se podían adquirir en «Preludio Discos» que ahora era de don Antonio Canaán. Pero a fines de la década comenzaban a verse también los marihuaneros foráneos que en verano se acercaban a Castro con la naciente moda «artesa» y los primeros voladores *pitos*.

Lolo hippie *artesa*. Esa era la onda de cierta juventud chilena, aunque el adolescente castreño distaba mucho de ser *artesa*. La moda nacional normal hasta 1970 ó 1971 era el pantalón *pata de elefante*, ceñido de traste y ajustado de piernas hasta la rodilla; amplísimos de allí para abajo, para terminar tan excesivamente anchos que cubrían enteramente los zapatos, por *chalupas* que fueran. Era la moda contraste entre lo angosto y lo ancho. Por entonces los pantalones se afirmaban como una cuarta más abajo de la cintura, a lo Cantinflas, como cayéndose. Camisa ajustadísima y, encima, un jersey, también «faja» de apretado, hasta la cintura. Colores femeninos en ropa de «lolos», estilo «unisex» Los más pintosos usaban corbata de lanilla anchísimas de 10 cm. por lo menos, con un nudo tan enorme que no sentaba para nada a los lolos bajitos y de cuello corto -o inexistente- pues aquel nudo les cubría desde el mentón hasta el mismísimo pecho. Los ternos de los más taquilleros eran también ajustados con hombreras levantadas y ceñidas, y solapas anchísimas. El pelo se llevaba largo y liso y las patillas tan excesivamente largas como en los sesenta, pero ahora haciendo juego con grosísimos bigotes a lo Ringo Star. Seguían usándose jeans desteñidos, pero también hilachentos. Mientras más viejos y raídos, mejor.

Las lolitas -nótese que el término «lola» comenzó a usarse en Chile a principios de la década y llegó a Castro por mediados- usaban minifalda ancha, pero tan corta que apenas les cubría los calzones. Se prefería con pliegues o «godé», a veces sobre el pantalón, especialmente en invierno. Los «suecos», altísimos, estaban muy de moda. Mientras más sonadores al pisar sobre el

pavimento, mejor. Parecían zancos. Cabello suelto y liso, estilo desaliñado, muy diferente al pelo enlacado de los sesenta, cuando el peinado femenino era como un cerro de alto, y tan duro, que no lo desordenaba el más recio ventarrón, a pesar de que esos peinados a lo Doris Day nunca estuvieron tan de moda en Castro. Ahora hasta se planchaba el cabello para alisarlo y soltarlo al aire. Tal como se levantaba la lola, salía a la calle. Mojarlo era una rotería. Así se veían chicos y chicas. Mirados desde atrás no se sabía si era hombre o mujer, porque mostraban la misma pinta enjuta.

Sin embargo, era más común que los muchachos castreños combinaran prendas de distintas épocas por aquello de hacer aguantar la ropa hasta que se deshacía sola. De cualquier modo, vistiera a la moda o no, mucha inquietud mostraron los chilotes de todas edades cuando a mediados de 1973 se difundió el rumor -en el país no se oía otra cosa que rumores por entonces- que el gobierno de don Salvador Allende, que pretendía alcanzar la completa igualdad entre los chilenos, la iniciaría con la uniformidad en la vestimenta para borrar desde el principio cualquier diferencia social externa. Rumores como estos daban paso a interminables comentarios, y hasta se aseguraba que el gobierno estaba fabricando millones de mamelucos azules, de tocuyo, por supuesto, para que los chilenos se vieran tan iguales como los chinos de Mao. Y, aunque era sólo un burdo rumor y nada de verdad había en ello, no faltaba el fiel militante de la Unidad Popular que se apresuraba a defender con rebuscados argumentos la moda del mameluco.

Lolerío de todas las épocas, combinaciones de las más inverosímiles. El adolescente castreño no era exactamente el esterotipo del lolo moderno de entonces, excepto los onda «taquilla» que siempre fueron los menos. El común denominador era el pantalón de piernas progresivamente anchas desde los muslos para abajo, ya que hasta los jeans se hacían de este modo y, de vez en cuando un chaquetón azúl oscuro, dado de baja en la Armada y que no sabemos por qué se hicieron tan comunes entre los civiles por los años 1972-1973 en todo Chile. Los mayores de 40 años usaban de preferencia ropas de la década anterior. La chiquillería ya no llevaba pantalones cortos. Se hubieran reído sus condiscípulos. Tenemos la impresión que las mujeres adultas del centro del pueblo preferían el traje y abrigo más o menos a la moda, como aquellos larguísimos, cruzados y ceñidos hasta la cintura, anchos de allí para abajo, solapa militar y cuello alto a lo Napoleón, mientras que en Castro Alto seguían siendo corrientes los «tres cuartos» y las polleras, como era también la vestimenta predominante entre las campesinas, porque la moda no entraba con facilidad en los pueblos, aunque el color se apreciaba más y más, como se podía ver en las aldeanas que, ahora en

gran número llegaban a Castro luciendo alguna coqueta prenda de color que era como un descanso a la vista en medio de un monótono envoltorio de lana negra.

Más color en las ropas, pero predominaba todavía esa como introversión del rural, aunque algo menos que en los años cuarenta. Sólo que de pronto diálogos alegres y risas contagiosas explotaban de súbito en esos encuentros de «conocencias» en el Terminal de buses a fines de la década. Eran conversaciones a carcajadas, sin recato ni disimulo que surgían de vez en cuando y que contrastaban con el mutismo que normalmente mostraban cuando llegaban al pueblo por las mañanas. Eran muchos. Se les veía caminando con ese andar como cargando el cuerpo en cada pisada y con la mujer bien asida al brazo para no perderla en el pueblo que parecía una inmensidad.

Y es que Castro estaba cambiando su facha, lenta pero sostenidamente, aunque tales cambios eran apenas detalles. Todo ese gentío se movía ahora en un pueblo que de año a año parecía diferente, al menos a ojos del visitante rural. Había un mayor trajín, mayor número de negocios hechos a la medida del comprador campesino. Exceptuando entre 1970 y 1973 en que la actividad comercial llegó a su nadir, desde 1974 en adelante Castro resultaba harto más atractivo para todos los que desde los años sesenta estaban aprovechando las ventajas de la góndola, no sólo para vender sus productos, sino para ver a sus hijos estudiantes, o para cobrar sus pensiones, o ver al médico, o hacer sus diligencias administrativas desde que Castro pasó a ser la capital de la Provincia.

El pueblo estaba pareciendo otro para el ojo del castreño. No eran todos los vecinos los que se percataban de las casi imperceptibles transformaciones, pero había algunos que, siguiendo la tónica de los sesenta, reparaban en cada pequeña novedad que surgía por aquí y por allá, insignificancias apenas notorias, porque en el contexto nacional Castro parecía, en realidad, inmutable y pequeño como un pueblo. Lo que nos importa, sin embargo, es lo que iba siendo Castro dentro del contexto de Chiloé. Unas cuantas casas más construidas en la vieja Chacra cada año, a paso lento, pero sin detención. A fines de los setenta la población había aumentado bastante respecto de los años cincuenta, pero siempre parecía que las estadísticas se quedaban cortas en relación con lo que se estimaba, al menos para el ojo del curioso que miraba el trajín diario, más y más agitado a escala provincial. Fue precisamente en los setenta cuando la ocupación de la planta urbana llegó casi a su saturación y la población se dobló respecto del censo de 1960, aún cuando los resultados arrojados por el cálculo de 1975, tampoco parecía reflejar la realidad.

La década del setenta fue también más activa en proyectos, incluso durante el gobierno de la U.P., aunque muchas iniciativas quedaron sólo en el papel. En realidad nadie podría negar que el gobierno de la Unidad Popular se mostró bastante ágil en querer resolver las urgencias de Chiloé. Al menos en lo relativo a obras se esmeraba por concretarlas por pequeñeces que nos parezcan. De entre las pobrezas sacaba el gobierno los escudos para tal o cual emergencia con más celeridad que antes. Y, a veces, con buena disposición para emprender obras realmente colosales. El Presidente Allende, por ejemplo, no puso inconveniente alguno para aprobar la construcción del puente sobre el Canal de Chacao que sin desmayo venía proponiendo don Félix Garay. Sólo que el Ejecutivo debía contratar los empréstitos, lo que, sin embargo, no se pudo concretar por los sucesos de 1973, así como tampoco se verificó la construcción de 16 blocks de departamentos en la entrada norte de Castro por la misma razón. La luz eléctrica llegó hasta Quellón en 1971, aunque el esfuerzo por electrificar Chiloé es mérito del Presidente Frei. Se abrió la Universidad Técnica, sede Castro, en 1972, lo que es bastante decir. Don Celedonio Cárdenas, gobernador de Castro por entonces, consiguió se aprobara la reconstrucción del edificio de Servicios Públicos y hasta impuso su criterio de hacerlo del gusto de los castreños, ésto es, con la dignidad que merecía aquel costado poniente de la Plaza de Armas.

El dinamismo de las autoridades locales se acentuó aún más después de 1973. El municipio se mostraba más ágil en hacer cosas en beneficio del pueblo. Al menos había proyectos, proposiciones que ofrecer, ideas que llevar a cabo. Una de las primeras iniciativas concretadas fue la arborización del pueblo en respuesta a las viejas inquietudes del vecindario, pero ahora bajo el moderno concepto de ecología y medio ambiente. Los arbolitos aparecieron en varias calles del casco antiguo y con ejemplares autóctonos, por tercera vez desde los años cincuenta, pero en 1974 con alguna mayor prevención, pues se tuvo el cuidado de mantener ejemplares para reemplazar a los que se secaban o eran destruidos por los infaltables delincuentes, de modo que se hizo un vivero de arbolitos en el Instituto de Educación Rural. La idea de arborizar se extendió hasta el Parque Municipal para hermosear el recinto que en 1975 estaba en construcción. La segunda idea era precisamente la del parque, también, finalmente concretado con el nombre de «Parque de Recreo al Aire Libre». El citado proyecto contemplaba, además, un zoológico, un Jardín Botánico y una Medialuna, esta última «ná' que ver», pero los pocos huasos que había en Castro quisieron contar con un lugar propio y lo consiguieron. Un tercer proyecto nacido en 1975 fue el Terminal de Buses construido en calle San Martín. Fue una idea muy acertada porque por entonces había 9 líneas de buses que salían

y llegaban a Castro con 35 máquinas diarias y unos 3.000 pasajeros entre entrantes y salientes. Hasta entonces las agencias habían estado distribuidas en distintos puntos del pueblo. Ahora se quería racionalizar el sistema para dar comodidad a los usuarios. Todavía hubo un cuarto proyecto. Se trata del gimnasio cerrado, después que el antiguo se incendiara completamente en 1975. El nuevo Coliseo fue concebido dentro de un contexto más amplio, es decir, formando parte de un complejo deportivo junto al Estadio de fútbol y con canchas de entrenamiento. Todo ésto se consiguió y sólo faltaron las dos canchas de tenis que estaban también contempladas en el proyecto original.

Desde el punto de vista urbanístico, iban desapareciendo los espacios vacíos en el sitio histórico, y el ritmo de la construcción comenzó a ser visiblemente más rápido desde 1974 que en los años sesenta, aunque a costa de perder definitivamente el barrio palafitico Pedro Aguirre Cerda que al poco tiempo de erradicado se convirtió en un barranco intransitable. Castro se renovaba poco a poco, las calles iban tomando otro ligero aspecto con casas nuevas y de arquitectura más llamativa y agresiva. Buena parte de la traza histórica estaba edificada de nuevo, aunque sin abandonar su estilo de pueblo chilote.

Las excepciones eran los sectores de orilla y el Puerto que comenzaron a sufrir postergaciones después del terremoto de 1960, tanto Pedro Montt como calle Lillo, arteria esta última que perdió nueve casas en un incendio, y la citada Pedro Aguirre Cerda, despoblada totalmente luego de la erradicación de los palafitos. Además, La Playa estaba dejando de ser el lugar más visitado por los compradores. Sólo unos cuantos isleños llegaban ahora a ofrecer sus productos, apenas reminiscencias de antaño, así como disminuían también las embarcaciones atracadas a la rampa o recostadas sobre la orilla. La Playa, la otrora colorida feria del mar, el único mercado espontáneo y lleno de vida que tuvo Castro hasta los años sesenta, estaba ahora reducido casi a la nada. Y es que lo que se venía insinuando desde fines de la década anterior, se consolidaba en los setenta, es decir, el abandono de la marina como lugar de encuentro, de sociabilidad, de trajín. Las calles interiores reemplazaban a la costanera.

Por eso, las novedades más importantes estaban en la parte correspondiente al trazado regular y en los distintos sectores de Castro Alto. La Plaza de Armas, por ejemplo, se mostraba algo mejor presentada y concurrida que en los sesenta, ahora más hermosa con arbolitos que fueron plantados en sus cuatro costados en los años cincuenta. Estaban medianos y crecían fuertes y vaporosos. Daba gusto verlos tan saludables enmarcando las simétricas formas de la Plaza. Verdes en verano, deshojados en invierno. Sus hojas caducas eran como un poema en

marzo cuando danzaban con las primeras brisas otoñales. Los castreños de «abajo» durante el día, los de «arriba», o de las poblaciones, durante la noche. Estos últimos llegaban en gran número en verano a pasear con toda su familia, aunque predominaba la gente joven de distintos sectores atraída por la música de parlantes u ocasionales conjuntos musicales chilotes y foráneos que en febrero, especialmente, interpretaban sus canciones en el quiosco, muy de «protesta» hasta 1973. Desde entonces en adelante, ya no se oían los lamentos. Y así la Plaza resultaba más atractiva por las noches, al menos más que los años pasados, y más bulliciosa desde 1974, porque la Secretaría Nacional de la Juventud que tuvo desde entonces su propia cabrería en cada ciudad o rincón de Chile, monopolizó en Castro la música por las tardes y noches cuando lo permitía el «toque de queda». Y, hasta hubo reclamos por exceso de ruido.

Las calles San Martín y O'Higgins adquirían cada vez más movimiento por ser vías de salida y entrada respectivamente, de un creciente número de microbuses rurales e interurbanos, así como de mayor flujo turístico, especialmente notorio en los primeros tres años de la década y en la segunda mitad de la misma. Los paraderos estaban en función de estas dos calles y allí se aglomeraba la gente a la salida y llegada de buses. Se insinuaban allí las primeras concentraciones de negocios. Por otra parte, la juventud comenzó a entretenerse con los primeros juegos electrónicos en algún local de calle O'Higgins, maravillas de los nuevos tiempos que desterraron para siempre los trompos y emboques de antaño. Y por este mismo ajetreo de campesinos y citadinos es que tuvo su orígen el nuevo mercado al aire libre o Feria Campesina, por idénticas razones que antes la de La Playa. Si ésta se debió al tráfico de lanchas, goletas y lanchones a vela en épocas ya muy pretéritas, la nueva feria o «mercadillo» de calle O'Higgins con Magallanes se debe al tráfico terrestre de buses procedentes del norte y sur de la Isla Grande, y del oriente, como Rilán y Quinchao. Y este mercado, aunque pequeño todavía, tenía todas las ventajas imaginables, porque estaba -como está- situado en el punto de contacto entre el casco antiguo y el nuevo de las «poblaciones». En 1969 era sólo un mercadito, como le llamaba la gente, y bastante menor que el de La Playa, pero ya se podía apreciar que pintaba para ser la nueva feria libre de todo el pueblo. La gente tenía dónde ir a comprar, pero también un sitio para ir a «mirar», como se decía. La Playa, a pesar de todo, seguía siendo más atractiva porque estaba junto al mar y al puerto con todo lo pintoresco que era contemplar ese original escenario de embarcaciones marinas. Sin embargo, la gente se mostró complacida con el nuevo mercado tan a la mano de cualquier punto del área urbana y, además, eximía de la penosa subida por calle Blanco con la carga de bolsas y canastos con mariscos, papas y pescados.

En San Martín -como hemos dicho- crecía la concurrencia de gente proveniente de los pueblos e islas gracias a la ruta terrestre, hasta llegar a insinuarse como la segunda arteria más comercial. Un negocito aquí, otro allá, y con ello el trajín. A fines de la década a todos parecía que San Martín podría competir ventajosamente con Blanco, porque un gran número de negocios iban apareciendo, especialmente entre Sotomayor y Sargento Aldea. Un segundo terminal de buses interurbanos se construyó en San Martín en las postrimerías de la década. Desde entonces el «Terminal Municipal» y el de «Cruz del Sur», a tres cuadras uno del otro, concentraron todo el ajetreo de pasajeros. Y así se fue consolidando la calle como centro comercial con más y más negocios. No había en San Martín a fines de los setenta, casa particular que no hubiera sufrido transformaciones para dar paso a un negocio, a la par que calle Blanco, desde Serrano hasta Irarrázaval, comenzaba a opacarse. La marina, efectivamente perdía terreno ante la mayor vitalidad de las calles interiores.

En general, la planta regular de la ciudad experimentó un cierto renacimiento más o menos vigoroso, al menos a escala local, tanto en casas particulares como en locales comerciales, y en movimiento de personas y vehículos. Sin embargo, las edificaciones, por buenas que fueran, no eran esbeltas ni siquiera en las calles más comerciales, sino los mismos dos pisos de antes y, a veces, sólo improvisados locales destinados a ventas. Había un Reglamento de Construcciones, pero era muy evidente que no se respetaba, porque a nadie se le escapaba que los vecinos construían las casas que querían sin tomar en cuenta el número de pisos, las disposiciones sobre fachadas continuas y otras reglamentaciones contenidas en el plano regulador. A eso se debía que calle San Martín mostrara esa fisonomía de calle provisoria, sin la personalidad de Blanco entre Esmeralda y Serrano.

En general, las construcciones más importantes de la década sólo podrían calificarse de modestísimas a escala regional, aunque a nivel provincial resultaran significativas. En 1970 se construyó un nuevo, pero sencillo cuartel de bomberos frente a la Plaza de Armas, en el solar que antes ocupaba el viejo caserón del Liceo de Niñas. El mismo costado del principal paseo público fue el que más cambios experimentó durante la década. El edificio de la Gobernación que estaba allí desde los años cuarenta, se incendió en 1971. En su lugar se levantó una bella construcción de tres pisos y modernas líneas. Sólo la residencia del gobernador que escapó al siniestro siguió en pie, siendo destinada finalmente a Oficinas de Correos y Telégrafos, sin sufrir alteraciones importantes.

El costado norte de la Plaza tuvo también modificaciones en su fachada. En

el lugar que ocupaba el antiguo convento franciscano se construyó el edificio «Alonso de Ercilla», de cinco pisos, cuando fenecían los setenta, después que la porción poniente del gran patio que poseían los seráficos padres fuera ocupada por dos blocks de departamentos de cuatro pisos cada uno con el nombre de «Villa O'Higgins», construida también durante la década. Así se modernizó ese costado y la fachada de la Plaza tomó otro «look», y mucho más cuando en 1974 la gran iglesia San Francisco fue pintada de color naranja. Entonces el entorno de aquella enorme plaza perdió algunas de sus viejas y venerables construcciones y ganó en nuevos y más modernos edificios.

Calle Lillo tuvo también sus cambios, pero no para mejorar, sino para empeorar, perdiendo en parte su antiguo rol, como dijimos más arriba. Desde luego se demolió lo que quedaba del edificio municipal construido en los años cincuenta y destruido por el terremoto-maremoto de 1960. En el mismo sector de Lillo parece que se proyectó un modesto terminal de buses rurales que finalmente no prosperó, pero si, el «Mercado de Artesanías», de madera, hermoso y amplio, siendo lo único positivo que tuvo aquella vieja arteria durante la década. La plazuela de Lillo, en cambio, siguió tan abandonada como la dejó el terremoto, sin césped ni árboles, mientras el busto de Arturo Prat que estuvo allí largo tiempo solitario en medio del barrizal fue retirado y trasladado a la Plaza de Armas a principios de los setenta. No fue atinada esta decisión, porque Prat era inseparable de la costanera, su sitio natural frente al mar, como debe estar en todo puerto. Retirado el busto, dejaron de hacerse los desfiles del 21 de mayo en calle Lillo como antes se hacían, pisando barro, es verdad, pero frente a Prat y a la marina. Es también verdad que su retiro se debió al deterioro de la plazuela. Precisamente nada había más notorio en Castro de los setenta que la indiferencia por revitalizar la costanera desde Lillo hasta la Avenida Pedro Montt, frente al puerto, que un día fuera el rostro más expresivo del pueblo.

Y en San Martín, en los terrenos pertenecientes a las monjitas se construyó un edificio para la «Unidad Carcelaria y Judicial», en 1977, colindante con la «Casa de Retiro» de las Hermanas de la Misericordia, contribuyendo al mayor concurso de gente en el mismo sector donde se levantó el «Terminal de Buses Rurales». Pero, no se hicieron nuevos hoteles para responder al creciente turismo de fines de la década. Al menos no se construyeron hoteles importantes, pero si hotelitos, hospedajes y residenciales de los que aparecieron varios durante el período. Sólo el hotel «Splendid» y la remodelación del hotel «La Bomba», en 1973, parecen haber sido los aportes más significativos de los setenta en el rubro hotelería. El mismo año 1973 estuvo a punto de incendiarse la Hostería que casi priva al pueblo de su más hermoso hotel de turismo y uno de los

mejores edificios de Castro. En calle Esmeralda se construyeron módulos destinados al Museo Regional, pero -al parecer- finalmente ocupados por CEMA. sin que sepamos por qué, y en la misma calle se proyectó un edificio de cuatro pisos con el nombre de «Nayahue» que, sin embargo, no se concretó.

En Freire, el nuevo hospital concluido a mediados de los sesenta, era ya muy estrecho en 1970 y exigía una ampliación, lo que se consiguió durante la década, pero sin alterar su fisonomía de construcción chata y de aspecto provisorio. También en Freire se inició la remodelación del estadio «Pedro Aguirre Cerda» preparándolo para el «Campeonato Nacional de Fútbol Amateur» de 1974. El proyecto contemplaba dejarlo con capacidad para 6.000 personas, incluyendo tribunas de cemento en su costado poniente para 3.500 hinchas, lo que sólo se consiguió a fines de la década. Asimismo, se construyó un gimnasio cerrado para el Instituto Politécnico en la misma calle Freire, con capacidad para unas 2.000 personas y concluido en 1976. Y, poco después, antes de finalizar la década, se levantó el otro gimnasio que ya hemos mencionado, de grandes proporciones en el mismo sitio de calle Freire que ocupaba el anterior Coliseo Municipal que, como dijimos, había sido reducido a escombros por un incendio a mediados de la década.

En calle Chacabuco, el local del Liceo -o por mejor decir, sus tristes pabellones de madera- se hizo rápidamente estrecho en los setenta y se pedía la construcción de un nuevo edificio, pero sin concretarse, a pesar de los muchos alumnos que quedaban sin matrícula por falta de espacio físico. Y en Gamboa se proyectó un barrio universitario para la Universidad Técnica del Estado. frente al aeródromo. Sin embargo, tampoco se verificó, porque la citada universidad cerró sus puertas en 1976. Se construyó sí, un Asilo de Ancianos, también en el barrio Gamboa, proyectado en 1973, y un Matadero Frigirífico en el mismo sector junto al río y al puente, luego de desecharse la idea de construirlo detrás de los Moteles «Auquilda», lo que habría sido una atrocidad. Por último hubo otro proyecto, tampoco concretado, como era transformar las calles de orilla, desde la Avenida Pedro Montt, en el acceso norte, hasta el barrio Gamboa, en el sur, en Avenida Costanera y Carretera Panamericana. En cuanto al espacio situado al norte del «Puentetierra», esto es, desde Ten-Ten hacia Llau-Llao, se reservó para parque industrial, área donde se construyó también la famosa cárcel de Ten-Ten en los años sesenta, mientras en los setenta se abrió un camino que circunvaló la península del mismo nombre.

Pero, los setenta fueron, además, años de encuentros y desencuentros en materia arquitectónica, no sólo porque se discutió si la madera o el cemento -

incluso apareció el ladrillo por aquí y por allá-, sino porque se inició una especie de debate en torno de la arquitectura tradicional y la más universal. Había diferentes concepciones, porque ahora no era sólo el chilote el que hacía su morada con sus propias manos y sin planos, como antaño, sino arquitectos castreños y foráneos interpretando a su modo la realidad urbana y con propuestas -ese era el término- de estilos arquitectónicos chilotes, por supuesto, pero abarrocados, atractivos, no cabe duda, pero polémicos para quienes tenían otro criterio sobre lo tradicional. Fueron años del «Taller Puerta Azul», interesante esfuerzo de un grupo de profesionales inquietos de mirada no insular. Con ellos se trató y se entendió la diferencia entre lo culto y lo naif. Con todo, la arquitectura tuvo su sitio en Castro, o mejor dicho, comenzó a tenerlo. Se hizo más llamativa, sugerente y como a caballo entre dos épocas.

Sin embargo, más que por las novedades arquitectónicas, los setenta se definen, quizá mejor, por el color. En realidad, el pueblo se hizo archicolorido. Algunos arquitectos no chilotes afirman que la historia urbana de Chiloé ha estado centrada en el color, pero la verdad es que la pintura sólo se utiliza en forma generalizada desde mediados del presente siglo, haciéndose mucho más regular desde los años sesenta en adelante. Es verdad que América es el continente del color, pero también es verdad que el color no es connatural a la casa chilota. El color no define la vivienda de la «América Destemplada». En los setenta, en cambio, irrumpió la pintura con colores inéditos, a veces tipo «shock», como el naranja de la iglesia franciscana en 1974 y con todas las encontradas opiniones que hubo al respecto, no sólo en Castro, sino en todo Chiloé, por tan inusuales tonos que contrastaban con los grises y blancos de las iglesias de raigambre hispana de fachadas barrocas blanquecinas. En los ochenta el color se extenderá hasta las capillas rurales alegrando los campos del Archipiélago.

Mientras tanto, Castro Alto ya no era sólo un barrio, sino más bien un centro urbano que tomaba fisonomía propia y cada vez mayor importancia. Desde los sesenta tenía escuelas, iglesias de todas las creencias, paraderos de locomoción colectiva y de taxis, comercio, cementerio, cancha de fútbol, en fin, casi todo lo necesario para la vida humana. Un vecino podía pasar en Castro Alto casi sin necesidad de bajar al centro, pues arriba hallaba lo preciso para la corta exigencia de un vecindario más bien pobre, con un comercio de negocitos de poca monta, abarrotes, almacenes, mercados particulares o «mini-markets», como llamaba la gente a los «bolichitos» de cuatro cosas. Es verdad que no contaba con formales tiendas y en eso el vecindario dependía del centro, pero había carnicerías, fruterías, panaderías, y sobre todo, cantinas de aquella con patente y, por supuesto, muchas clandestinas. En general, los negocios se

ubicaban raleados a lo largo de Avenida del Pacífico que a mediados de la década tenía el nuevo nombre de Galvarino Riveros Cárdenas.

En cuanto a equipamiento, Castro Alto contaba con su propio Cuartel de Bomberos construido en el sector más importante de la avenida principal, un Policlínico para la atención de maternidad, un «Hogar Estudiantil» de bella arquitectura mirando hacia el río y vecino a la Escuela Hogar y a la iglesia del «Sagrado Corazón de Jesús». Y más allá, hacia el poniente, el «Parque Municipal» construido en las inmediaciones de la «Villa Palmira» en la segunda mitad de la década incluía un «villorrio chilote», villorrio que, sin embargo, se hizo sólo a medias y finalmente no prosperó. El Parque, en cambio, fue muy activo desde un principio como sede del «Festival Costumbrista» que pasó a ser lo más atractivo del verano desde su inauguración hasta el presente.

Por su parte, el vecindario se había mezclado mucho en Castro Alto. Confundíanse trabajadores manuales, desocupados, empleados públicos y algunos profesionales, convivencia realmente tranquila después de 1973. Dos bloques de departamentos de cuatro pisos cada uno acomodó a algunos empleados públicos y particulares durante la década. Había también una población de Empleados Particulares nacida en los años sesenta en el costado norte de la Avenida Galvarino Riveros. También se transformaban algunas casas particulares por aquí y por allá con diseños que rompían agradablemente la uniforme monotonía de las casitas Corhabit, especialmente en la segunda mitad de los setenta. La población de Castro Alto crecía y crecía con más rapidez que en el casco antiguo donde se experimentaba una cierta detención por la saturación del espacio, por la pérdida del populoso barrio Pedro Aguirre Cerda en beneficio del sector alto y, quizá, por una cierta mayor vejez promedio de la población del sitio histórico.

Castro Alto, era evidentemente más joven a simple vista por sus inmensas cabrerías chiquititas, pelusitas, *canillitas*. Quizá donde mejor se apreciaba el aumento de la población de Castro Alto era en las matrículas de la «Escuela 75». Esta había nacido en los sesenta, poco después del terremoto y al mismo tiempo que la construcción de las primeras poblaciones «Clara Barton» y «Corvi». Al principio funcionó como anexo de la «Escuela Superior» con poco más de 100 alumnos, pero muy pronto se hizo autónoma. El alumnado había aumentado a 300 a fines de los sesenta, pero en 1975 tenía unos 800 peques, casi tantos como el «Grupo Escolar» de calle San Martín. Por eso, la Escuela 75 mereció la construcción de un nuevo local, obviamente más amplio, aunque sencillo, como se hacían las escuelas por entonces, ésto es, achaparrada y de

aspecto pobre, muy diferente a las construidas en los años cuarenta -como la «Escuela Superior»- cuando era Presidente don Pedro Aguirre Cerda. Ahora sólo tablitas, pabellones como de emergencia por donde se colaba el viento, mientras el patio para los recreos quedaba reducido a un cortísimo recinto.

La «Escuela Hogar» era de bastante mejor facha. Estaba allí mismo, cerquita, sólo un par de cuadras hacia el sur y frente a los bloques de departamentos, plazoleta de por medio, plazuelita que, sin embargo, no había merecido ni césped ni flores, pero sí una cancha de basquetbol en un costado. La Escuela Hogar albergaba a un centenar de niños huérfanos de diferentes puntos de Chiloé, y era distinta del «Hogar de Menores» que se construyó en Putemún a fines de los setenta. Casi frente a la Escuela Hogar y en el costado sur de los bloques de departamentos, estaba la iglesia católica, de madera, pequeña, aunque de arquitectura moderna; una capilla que apenas competía con los muchos templos evangélicos que surgían como por arte de magia en diferentes sectores de Castro Alto, pobres la mayoría, ricos los menos, como el templo mormón en la avenida principal, más ostentoso y poderoso, hecho de cemento, del mismo estilo que tienen, por lo regular, los templos mormones en todas partes. Contrastaba aquel templo mormón con la humilde capillita católica del «Sagrado Corazón de Jesús» que vivía casi en el anonimato en un sector protestante, como en territorio ajeno. Los curas españoles -que eran tres- parecían cristianos entre infieles, porque en Castro Alto eran más visibles los evangélicos.

La década fue también de las calles nuevas con nombres nuevos, nombres chilotes. Desde los años sesenta Castro Alto ha venido llamando a sus calles con nombres de personajes locales, como «Piloto Ulloa», o «Juan Sarrat», o «Galvarino Riveros», o «Eduardo Ballesteros». También se llamaron con nombres de pueblos, como «Cucao», «Huillinco», o «Coihuín», o con nombres de árboles nativos: «Arrayán», «Canelo», «Avellano». Los setenta eran tiempos de cambios al menos en estas cosas. En los cuarenta y cincuenta todos conocían los nombres de las calles del casco antiguo, nombres de «padres de la patria». Cualquier chico podía decirlas de memoria de norte a sur y de este a oeste. En los setenta, en cambio, eran tantas las calles de la parte alta que era imposible memorizarlas. Pero ahí estaban las calles, callecitas, callejones angostos, cortos, casi laberínticos en algunas partes donde el nombre duraba una cuadra y después seguía otro. Tardaron los carteros en acomodarse a tal caos de nombres y no siempre señalizados en las esquinas.

Las «Juntas de Vecinos» daban la nota en todas partes de Castro, como hemos dicho, especialmente en los setenta cuando llegó a ser una verdadera

entretención esto de formar juntas, sobre todo en el sector alto. Era la década de las juntas. LLegar a presidente de una junta era la más cara aspiración en la vida de los pobladores. Sin embargo, lo más regular era que ganaran las mujeres. Parecían más enteradas de los problemas y mostraban más ñeque. Y también, época de los «Centros de Madres», tantos centros como poblaciones y aún calles. Ya no podían ser políticos como lo fueron desde 1970 hasta 1973, o quizá, eran más disimulados, porque tanto en las «juntas» como en los «centros» el que andaba en política después de 1973 «¡pa'juera miéchica!». Así era la cosa ahora. Lo más importante de las «juntas» era trabajar por la calle, por el barrio, por la población. La «Junta de Vecinos» N° 8, N° 12, N° 17, en fin N° 20 ó la N° 21 de aquí y de allá. Era difícil identificarlas, pero se las podía ver a todas representadas por sus directivos -presidente, secretarios, tesoreros- en los actos públicos, desde el 21 de mayo hasta la celebración del «Día del Roto Chileno» que se introdujo en el calendario de las efemérides durante la década. Todos estos representantes se veían muy serios, formales y arreglados para estas ocasiones y otras muchas, como cuando había que recibir a autoridades del gobierno regional o nacional.

Pobres y gente de clase media era lo que predominaba en Castro Alto en los años setenta. Pero eran más los pobres. Representaban, quizá, el 70%. Absolutamente pobres, medianamente pobres y otros con algún mejor pasar. Con una tacita de té muchos engañaban el estómago. Familias numerosas, como es la riqueza de los pobres. Los chicos salían a limosnear al «Terminal de Buses» o a calle Blanco detrás de los turistas en verano. Así subsistían aquellos niños y sus familias. Muchos padres cesantes en los años setenta ¡vivían con la caña!, ¡cayéndose y levantándose!, como se decía. «¡Para tomar si que tienes plata!», gritaba desconsolada la pobre señora. Diálogos de todos los días a grito pelado en las estrechas calles y callejones de las poblaciones de «Emergencia».

Nunca hubo una estadística, pero era evidente el exceso de perros en las calles de Castro Alto a mediados de la década. Notorio también en otros barrios periféricos. La pobreza siempre ha sido así. Muchos chicos y muchos perros. Tantos canes se veían en las poblaciones que fácilmente había dos o más por familia. Ladridos infernales al crepúsculo. ¿Podría el viajero andar por la noche buscando alguna dirección con aquellos mastines aguardando? Todos los canes tenían sus amos. ¿Se cachiporrearán los perros de tener tal o cual amo? Amos pobres con perros quiltrientos, amos ricos en el centro del pueblo con perros más pirulos. Lo cierto es que en Castro Alto no había, al parecer, perros vagos, porque alguno suelto que anduviera por allí, era acogido en alguna casa. Los

perros vagos que había merodeaban por «Abajo». Perritas frescolinas pasaban insinuándose frente a grupos de quiltros conversando. ¡Quedaba la escoba!. Desórdenes de canes por aquí y por allá; perritas sueltas, tentadoras exponiéndose a los excesos perrunos. La moral de los perros andaba por los suelos. Entonces fue cuando llegó el tiempo de la perrera y se ordenó recoger todo quiltro que no llevara su distintivo collar. Y pasaba el camión y quedaba la arrancadera. Cientos de perros de todos los tamaños, colores, razas, mestizajes y pelajes cayeron en las redes. Dicen que con ellos el Municipio mandaba a hacer «jabón gringo». Exageraban. Pasaban los hombres del PEM laceando perros. Amos que salían de sus casas tras los chillidos; insultos, garabatos, carabineros; el barrio entero en contra. Pero ganaba la perrera. El Municipio salió con la suya a pesar de las protestas y del lloriqueo desconsolado de los chicos cuando se llevaban a sus quiltritos regalones.

Otra cosa eran los chanchos. Ya no había marranos en el casco antiguo. Quizá uno por aquí, otro por allá. Pero, en general, no se veían cerdos como antaño en la parte vieja del pueblo. Y, sin embargo, aunque parezca una contradicción, había más chanchos que nunca en Castro, porque en todo el sector alto abundaban los chiqueros a tal punto que, por pobre que fuera la familia, se consideraba muy miserable si no tenía su gato, su perro y su cochinillo, aunque tuviera que mantenerlo con las basuritas que el mismo cerdo encontraba en la calle. Y, claro, no todos podían tener chiquero, de modo que había marranitos callejeros y en ello radicaba la mayor preocupación del Municipio y del vecindario más pije. Y es que la gente del campo que llegaba a vivir al pueblo traía la costumbre del chancho y de echarlo a andar por cualquier parte. Por este motivo Castro Alto estaba sobrepoblado de perros y de cerdos. Y tal como con los quiltros, llegó la prohibición de tener chanchos, y pasaba la pareja de carabineros notificando a los vecinos para que se deshicieran de sus cuchis o correr el riesgo de perderlos. Nunca había habido tanta cantidad de carneos como a mediados de los setenta. Apresuradamente cada familia agarró su chanchito, lo carneó, preparó la fritanga y se dió a los costillares. Hubo un súbito y explosivo renacimiento del *lloco* -ahora un poco más disimulado y privado, porque no convenía la repartija-, tanto que parecían haber vuelto los tiempos antiguos cuando Castro vivía con la función de los chanchos, *lavazas*, carneos y *llocos*. Después de la prohibición, todo consumo de carne de cerdo debía ser de la expendida en carnicerías abastecidas por el Matadero Municipal y controlado por Sanidad.

Las gallinas en sus gallineros, pero también en la calle. Muchas cayeron atropelladas por los vehículos en Avenida Galvarino Riveros, a pesar de ese

como sentido que tienen de no andar por la calzada. Una que otra despistada recién llegada del campo, caía arrollada por algún raudo taxista que se creía Emerson Fittipaldi dejando huérfanos a los pollitos. Perros, chanchos, gallinas, pero también ratones; una plaga de guarenes afectados por la apretada de cinturón, invadió el pueblo, arriba y abajo, y así andaba todo el mundo con la función de las trampas, y venenos de todos los poderes. Se multiplicaron los gatos.

Castro seguía extendiéndose en su parte alta con nuevas poblaciones que ya era difícil individualizar, porque a nadie llamaba mayormente la atención que se construyeran dos o tres en un año, ni dónde. El pueblo crecía ordenadamente en Castro Alto, pero también por los lugares más insólitos, como en Gamboa, encaramándose por los senderos. La población «Novoa», por ejemplo, subía y subía lentamente hacia Gamboa Alto a lo largo del otrora camino rural. Poco a poco las casitas se iban agrupando en hilera en su costado sur, llegando a semejar aquel camino un largo y colorido rosario de viviendas cuando se miraba el sector desde la Plazuela «Gamboa».

Mientras el casco antiguo seguía con su inmutable trazado regular, sólo que más poblado, pero también más estático, el sector alto era el que se movía, se extendía, se dilataba hasta lugares increíbles. Y así nació la población «Soler Manfredini», en el extremo norte, sobre los suaves lomajes de ese sector, al otro lado de la hondonada pantanosa. La «Soler» pronto llegó a tener reconocida personalidad dentro del conjunto urbano de Castro Alto, con su propio acceso desde el extremo norte de la calle O'Higgins en la intersección con Avenida Pedro Montt, segundo sector, y otro acceso trazado desde la avenida Galvarino Riveros. La «Soler» comenzaba en los setenta a vivir su propio ritmo, un pequeño mundo con sus cabros chicos, con sus lolos y con sus adultos, en fin, con su equipito de fútbol, con sus «juntas vecinales» y con sus «centro de madres». Allí se levantó una iglesia católica y nacieron, como en todas partes, otras evangélicas; una escuela, negocitos diversos y, naturalmente, cantinas. Era, sin embargo, un sector más cerrado y, a pesar de sus dos accesos, se notaba más separado del resto del pueblo y, por lo mismo, más desconocido por el habitante del casco antiguo.

Se podía vivir en Castro Alto, es verdad, pero para todos era irresistible bajar al centro por los más diversos motivos. Bajar era el paseo cotidiano. Levantarse y salir a dar una vuelta «por abajo» era, sobre todo, ir a echar una mirada al «Terminal de Buses» a fines de la década. O al ajetreo de las compras escolares en marzo. Hacia 1974, casi no se notaba restricción alguna en el

pueblo, porque el «toque de queda» no era más que un simple formalismo. La gente andaba cada una en sus asuntos en la más completa normalidad. En todo el pueblo la vida retomaba sus ritmos, con períodos de quietud y períodos de sobreactividad, como el mes de marzo que era harto más activo. Desde Aguirre Cerda -antes de la erradicación-, desde Gamboa, desde los dos sectores de Pedro Montt, desde Castro Alto, salían las mamás en marzo de 1974 de la mano con sus chicos rumbo a las librerías y tiendas del centro, lista en mano a comprar los útiles escolares. Marzo de 1974 tenía el mismo aroma de antes, olor a cuadernos nuevos, a gomas, a lápices de grafito, como antaño. El «cuaderno universitario», por nuevo que fuera, tenía el mismo olor a papel fresco de nuestros años de infancia, sabor a marzo y a zapatos nuevos, a ropa nueva, aunque ya no se sentía ese olor a mezclilla de aquellos mamelucos con pechera y tirantes que hacían las mamás de los años cuarenta. Tampoco se usaban los estuches de madera de uno o dos «pisos», como le llamaban los chicos que hoy son viejos con más de medio siglo a cuestas, ni los tinteros se usaban. Todavía había cuadernos «Torre», pero ya no eran empastados, ni las gomitas *de leche* existían ya. Los setenta eran tiempos de lápices «bic» o bolígrafos, tiempos de los uniformes escolares, antes inexistentes, al menos en las escuelas. Pero el ajetreo de marzo era el mismo que todos los años al inicio de período escolar. Sólo que ahora había más gente, más chicos y más librerías donde comprar. En cambio, marzo en Castro Alto parecía tener ese como aire del Castro de los años cuarenta.

En marzo salía la gente de compras con esa cara de estar inaugurando algo, cara de resignación después de haberse preparado durante el verano en ahorrar unos pesos. En marzo se gastaba toda la plata, como en diciembre, pero daba la impresión que las madres se sentían apechugando, más que disfrutando con el inicio del año escolar con sus chicos aperados de ropa y útiles. Exceso de gastos escolares. El resto del año las señoras de barrio apenas salían a comprar lo indispensable para pasar el día. El mismo año 1974 se veía a la gente comprar por pichintunes de cada cosa para el almuerzo. Quizá algo quedaba de ese vivir «a medio morir saltando» de 1972 y 1973 cuando no había qué echar a la olla, porque los años que siguieron al «Golpe» fueron de una apretada de cinturón que sencillamente no dejaba respirar. Por entonces, si se tenía un poco de arroz, se las ingeniaban para que con una tacita alcanzara para seis; si se contaba con un paquete de fideos, con medio se estiraba para todos. Era un manjar, dada la situación. Con una bolsita de té alcanzaba para cuatro, aunque el último tuviera que estrujarla. Se notaba ese vivir precario, no porque no hubiera qué adquirir, sino por la pobreza más o menos generalizada. Las mamás salían al negocito a comprar poco y a conversar mucho. Compraban apenas lo suficiente para dar

sabor al caldillo. Una pizca de ésto o de aquello en el mercadito particular de la esquina tal como en los años cuarenta. Hasta los cigarrillos se compraban de a uno, costumbre introducida por los estudiantes precisamente en los setenta. Ya no se estilaba comprar por cajetillas en los barrios más pobres. Sólo la gente mayor y más pije compraba en el centro cajetillas enteras. En las poblaciones, con un cigarrillo fumaban dos o más haciendo ronda de aspiradas. Una *pitiaita* era la palabra que se usaba para pedir una aspirada.

Más pobre aún parecía la vida en la «Aguirre Cerda». Menos espectacular y menos colorida que Punta de Chonos, pero extrañamente alegre. Casitas aferradas apenas a la orilla de aquel sector sur del pueblo que se estrechaba bastante por el sedimento que caía desde las partes altas desde que se trazó la Carretera a los pies del Liceo. Subsistía con dificultad ese barrio con su millar de personas apretujadas desde Thompson hasta el puente Gamboa. Un cordón o rosario de casitas con zancos, igual que todas las de orilla, alegraban el borde costero con su pobreza de multicolores ropas tendidas. Aquel sector era ya decididamente marisma, donde todavía mariscaban las mujeres por las tardes de verano, tal como antes, al pie de sus casas sobre pilotes y con sus refajos subidos hasta los calzones.

Aguirre Cerda, menos consolidada que Punta de Chonos, más precaria, más expuesta a los derrumbes y siempre amenazada por los proyectos de hacer pasar por ahí la Carretera Panamericana, tuvo que ceder ante las disposiciones municipales y resignarse a su erradicación en 1976. En poco tiempo se pasó de barrio lleno de vida, bullicioso y fantástico, pero también fantasmagórico de noche, al silencio más absoluto. Pasó de la erradicación al desmantelamiento. Nada quedó que recordara aquel sector de cabros choros, de curaditos, de pescadores y portuarios, de mariscadoras, de arquitectura insólita. Quizá ni fotos quedaron, porque por entonces no se fotografiaba la pobreza.

Así eran los barrios de orilla. Pero en todo el pueblo había manchones de descuido y lunares de fea apariencia. Caminando por ciertas calles, el panorama era bastante negativo. Casas más ceñidas y mejores que antes en las cuadras centrales, más gente circulando, más comercio pero, de pronto, cercos mal cuidados, maleza y pasto crecidos en algunos sitios todavía eriazos, o basura eterna en ciertas calles periféricas o calles completamente abandonadas del favor edilicio, como Piloto Pardo, cuya pendiente que forma una especie de arco parecía apenas una huella en los setenta, bastante más deteriorada que en los años cincuenta, a pesar de las casas nuevas construidas, ¡sabe Dios cómo! en su costado poniente más abajo de la de don Tobías Triviño; sector de

arroyuelos perennes deslizándose por las cunetas no bien definidas, agüitas cantarinas casi ocultas bajo el crecido pastizal. Barro en invierno, escasa luz por las noches, como en El Tejar, otrora agitada calle, ahora solitaria y triste. Algunos rincones del pueblo mostraban similar o peor aspecto. Los obreros municipales encargados de recoger la basura pasaban por calles inmundas haciéndose los distridos. En fin, lo más corriente eran las pozas que se formaban sobre el disparejo pavimento a causa de los muchos hundimientos que provocaban las descargas de leña, hasta que el Municipio decretó multas a los camioneros-leñeros. Pero el deterioro estaba hecho. Veredas eternamente mojadas a lo largo del año, excepto el breve intervalo del verano. Viento norte en invierno pegando fuerte a lo largo de las calles dispuestas de norte a sur, o lluvia tupida y fina de nunca acabar, y de pronto, torrentes verticales sin una brisa, o temporales de viento y lluvia horizontales y el pueblo quejándose con mil sonidos de llanto de tablas, soberados, ventanas y puertas y un concierto de latas en los tejados. Después del temporal, el pueblo quieto y mojado como «pitío», sereno y abierto a los rayos del sol que en invierno es apenas una débil luz plateada y que, sin embargo, acaricia. Por entonces, se veían sólo unos pocos *guarros* descansando sobre los techos con las alas abiertas, pero habían casi desaparecido las formaciones de cuervos que antes pasaban como aviones de combate por las tardes entre el mar y aquel bosque que jalonaba el río, inmediatamente más arriba de la catarata. Desde que se incendió ese bosque en 1972, desaparecieron los cuervos. Los *guarros* también, quizá por qué razón.

En esta realidad urbana, la vida del castreño iba dibujando su existencia con sus altos y bajos propios de una década que tuvo parecidos efectos en todo el país.

8.

DE LOS «HUESOS DE LA SOCIEDAD» CASTREÑA Y DE LAS ACTIVIDADES CULTURALES Y DEPORTIVAS EN LA CIUDAD DURANTE LA DECADA

8. DE LOS «HUESOS DE LA SOCIEDAD» CASTREÑA Y DE LAS ACTIVIDADES CULTURALES Y DEPORTIVAS EN LA CIUDAD DURANTE LA DECADA

Desde los años sesenta el vecindario venía mostrando mucha variación de rostros a causa de la mayor movilidad geográfica que tuvieron los castreños desde que se abrió la Carretera Panamericana y, sobre todo, con tantos «entrantes» y «salientes» temporales que comenzaron a notarse en la misma década. Por eso, en los setenta parecía que la gente castreña era decididamente otra. Muchas caras nuevas, apellidos chilenos y chilotes, mezcolanza de gente de todos los tonos que ofrece la «pigmentocracia», muchos campesinos seguían avecindándose en los barrios, comerciantes de otros puntos del país iban llegando de a poco a establecerse cuando estaba feneciendo el Puerto Libre, profesionales foráneos cuyo número crecía también poco a poco, pero en forma sostenida paralelamente al aumento de la población, además de un importante número de funcionarios estatales antes y después de 1973. Mientras tanto la juventud castreña mostraba su presencia con otra disposición haciéndose sentir en todo el pueblo con más personalidad así en las cosas positivas como en las otras.

Con todo, desde el punto de vista generacional convivían rostros de antaño y hogaño, tanto en el vecindario común como entre las autoridades. Pero los de la vieja generación iban siendo cada vez más pocos, como es natural, y los nuevos, así chilotes como foráneos residentes, muchos. Año a año, mes a mes, día a día se producían los relevos de rostros; relevos de los difuntos por los nacidos y relevos de autoridades de todas las importancias e insignificancias. Imperceptiblemente iban pasándose unos a otros el madero de las postas de los 800 metros que es la carrera de la vida activa, como es y ha sido en todas las épocas y lugares el sistema natural de sucesión de generaciones, sin que el ciudadano común se percate siquiera, ni la sociedad sufra un colapso por ello. Sólo que a veces el cambio del madero no es un asunto normal y trivial, sino anormal y crucial, y sucede cuando las cabezas de la sociedad o los «huesos» de ella, es decir, los que estan corriendo su posta, en bloque y simultáneamente

son reemplazados por los que hasta entonces estaban sentados en las graderías del contexto social. Todo un equipo de corredores son relevados con vituperios a mitad de carrera, y esto no es normal. Se detiene la carrera y se comienza de nuevo con nuevos corredores. Algo de esto sucedió en Castro en 1973. El cambio de autoridades, el cambio de caras fue total después del «Golpe».

Don Manuel Muñoz que venía formando parte del equipo municipal desde los años sesenta, era el alcalde en 1970. En 1972, luego de la asunción del gobierno de la Unidad Popular, fungía de tal don Gilberto Aguilar. Por entonces, don Alberto Velásquez hacía de alcalde subrogante. En 1973, después del «Pronunciamiento Militar», tomó el cargo don Fernando Brahms Menge y se mantuvo en él durante el resto de la década sin innovarse cosa alguna en esta materia. Don Héctor Toro lo subrogaba en 1974 y el siempre activo abogado don Hugo Oyarzún, en 1976. Así pues, la alcaldía comenzó en los setenta siendo servida por un castreño y terminó dirigida por un foráneo. Distinta fisonomía tuvo, por lo mismo, la alcaldía de antes y después de 1973. Pero, no es un asunto de rostros solamente, sino cómo se coge el madero y cómo se corre. Tampoco era lo mismo ser alcalde en los años cincuenta que en los setenta, porque la ciudad tenía ahora casi el doble de extensión y población, así como mayores sus necesidades, muchas sus complejidades y nuevas urgencias que resolver.

La Gobernación tuvo más rotación de rostros a lo largo de la década y con absoluto predominio de uniformados, como era lo corriente en todo el país. Uniformados foráneos, esa era la tónica en la Gobernación. Otras las caras, otras las ideas y, por eso, los proyectos y las realizaciones parecían más novedosas y la actividad más dinámica a causa de la perfecta verticalidad que había en el mando. Cosa que se mandaba se cumplía al pie de la letra, o se intentaba. ¡Donde manda capitán no manda marinero!. Epoca de jefes y subalternos, «del que manda, manda».

Pero, la década de la Gobernación comenzó, al igual que la Alcaldía, con gente castreña de la vieja guardia, como lo fue don Celedonio Cárdenas quien asumió en 1970, inmediatamente después de la elección del Presidente Allende. El mismo cargo obtuvo el castreño don Herig Barría al ser nombrado Gobernador de Quinchao con sede en Achao. Por entonces, don Armando Oyarzún, caballero muy eficiente y de envejecido trato con la administración pública, hacía de gobernador subrogante en Castro. Vale la pena consignar que entre 1970 y 1973 otros chilotes ocuparon cargos de importancia en distintos puntos del país, como don Danilo Bartulín, muy cercano a la Presidencia, o como don

Armando Barrientos, alcalde de Viña del Mar, tal como lo hicieron muchos chilotes en distintas funciones. En Castro, la gobernación fue patrimonio de Carabineros foráneos desde el Pronunciamiento Militar. El Mayor don Juan Torrealba ocupó el cargo en 1973 y luego don Claudio Calderón, y después lo fue don Juan Luis Aguilera y finalmente don Juan Humeres, todos con grado de Mayor hasta 1975. En 1976 asumió don Sigfredo Salazar con grado de Coronel, cuando Castro pasó a ser capital de la Provincia. El Intendente era don Manuel Galleguillos, quien inmediatamente que asumió como tal en 1974, se lanzó a recorrer su jurisdicción para sorpresa de los chilotes rurales. El Intendente no se contentaba con administrar desde su oficina, sino precisamente salir a enterarse de las urgencias de los pobladores en el terreno mismo. Por la forma en que lo hizo traía a la memoria las antiguas *visitas a la tierra*, obligación que pesaba, al menos en el papel, sobre los gobernadores político-militares de Chiloé durante la Colonia. En 1976 el Intendente era don Juan Soler Manfredini, pero ahora con jurisdicción sobre toda la Décima Región y con asiento en Puerto Montt, la capital regional de acuerdo a la nueva división político-administrativa puesta en práctica ese mismo año para desconsuelo de los chilotes.

En cuanto a la actividad política, ésta duró sólo lo que podía durar, es decir, hasta 1973, como en todo el país. Hasta esa fecha destacaba el doctor don René Tapia Salgado, diputado eficiente y tan amante de Chiloé como lo fueron algunos antiguos de memorable recuerdo. Incansable. Moviéndose entre Castro y Santiago en cumplimiento de sus obligaciones, sufrió un serio accidente carretero cerca de Rancagua, muy comentado en Chiloé como se comentaban, por entonces estas cosas. Después trabajó por conseguir la extensión de Televisión Nacional hasta Castro lo que se logró en 1972, y en 1973 obtuvo parte de los recursos para financiar las obras necesarias para el Campeonato Nacional de Fútbol Amateur de 1974. El diputado don Félix Garay, más vinculado a Ancud, era otro de los activos durante el mismo período. Demócratacristiano de tomo y lomo soñaba con un Chiloé incorporado al ritmo nacional y, por lo mismo, incansable en hacer realidad aquel fabuloso puente sobre el Canal de Chacao, proyecto que le pertenece y que más tarde le valdrá el apelativo de *El Hombre del Puente*. Caballero distinguido perteneciente a la antigua y rancia familia de los Garay avencindada primero en San Antonio de Chacao y luego en San Carlos de Ancud en el siglo XVIII, entroncando con familias patricias como los Rubau y otros apellidos de la «nobleza» encomendera de la Provincia. De ellos desciende don Félix Garay.

Políticos amateurs también había hacia 1972-1973. Dirigentes de todo tipo pululaban por aquí y por allá. Nombres olvidados con tanto ajetreo; gente de

derecha, gente de Izquierda, quizá 10 ó 20 o tal vez más. A veces figuras deslumbrantes a escala del barrio o del sector, pero en el contexto nacional apenas eran como los remaches de ese gran proyectil que era Chile apuntando hacia la utopía antes de 1973. No había en Castro políticos que fueran como el combustible de aquella nave, ni había líderes que hicieran de pilotos.

Las diversas instituciones castreñas estuvieron servidas por conocidos personeros. Así, la Gobernación Marítima estuvo bajo la dirección de don Igor Bravo en 1973; la Universidad Técnica que abrió sus puertas en 1972, tuvo como Rector a don Nelson Calcaño ese mismo año, y parece que hasta 1974 en que fue reemplazado por el Teniente Segundo de la Armada don Nelson Santana. Don Eduardo Herrera era Director del Instituto Politécnico desde 1967 y aún seguía activo en 1974. Don Omar Espinoza, Director del Instituto de Educación Rural a mediados de la década; don Pedro Zúñiga lo era del DUOC en 1977; don Juvenal Illescas, Director Departamental de Educación en 1974; en fin, don Constantino Ferrandato, Director del Liceo Coeducacional en 1976. Las escuelas tuvieron sus directores y, como tales, muy conocidos en el pueblo, ya en Castro Bajo, ya en Castro Alto. Cada escuela con su planta de respetados profesores que calladamente, casi en el anonimato, educaban en los setenta a los peques del pueblo, los mismos peques que en estos años noventa estan asumiendo los relevos en las distintas actividades citadinas.

Pero, el mundo del comercio era bastante más visible y extravertido que el de la Educación, como ha sido siempre, a pesar de que el futuro del país descansa harto más en los profesores que en los comerciantes. Al menos así queda dicho en los discursos de inauguración del año escolar. Pero, tanto profesores como comerciantes tienen su propio campo de acción y su propia dignidad. Entre los comerciantes destacados figuraba don Julio Miserda Peruzovic. Era Presidente de la «Cámara de Comercio de Castro» en 1970, puesto que después ocupó don Alejandro Skarmeta en 1974. A este le sucedió don Mario Meersohn en 1975 y, después, don Manuel Ballesteros, en 1977. Don Julio Miserda pasó a ocupar el cargo de «Director Nacional de la Confederación del Comercio Detallista» en 1975, el mismo año en que don Alejandro Skarmeta asumía la presidencia de la «Confederación Provincial del Comercio Detallista». El «Chilote» Martínez Vilches estaba a cargo de DIRINCO en 1973 tal como antes, con los ojos bien atentos a las vitrinas y a los precios de la mercadería nacional y la importada, y siempre con un buen stock de formularios de «partes» para los infractores. Centenares de comerciantes daban vida al centro del pueblo con muchos nuevos negocios de mediana y poca monta.

En otros ámbitos del quehacer castreño, don Alberto Yurac fue nombrado Director del diario «El Correo» desde su fundación en 1975 y doña Mónica Barrientos, secretaria de la misma prensa castreña. Era «El Correo» el último esfuerzo que se hacía después de una larga lista de periódicos que desde el siglo XIX venían intentando recoger las inquietudes del vecindario, sólo que ahora se tenía en contra la abrumadora ventaja de la televisión y, por lo mismo, no podía durar mucho aquel diario, y así fue como cerró sus puertas a los pocos años de su primer número. Por su parte Radio «Chiloé» tenía como gerente y propietario a don Aureliano Velásquez Cárcamo y, a diferencia de la prensa escrita, este medio de difusión se veía dinámico, de modo que no había nada oficial ni particular que no se hiciera a través de la «Chiloé». La gente no siempre podía comprar «El Correo», pero sí podía tener la radio encendida, de modo que muy cómodamente se enteraba de las noticias nacionales y locales.

La Iglesia todavía tenía activos a los venerables franciscanos Bernardino Díaz, Serafín Mansilla, Marcos Gallardo, así como al más joven Padre Angel Pérez, entre otros. El Padre Gabriel Gallardo, nacido en 1884, falleció en 1974. Eran éstos los seráficos frailes pertenecientes al viejo convento. El Padre Díaz y el Padre Paulino Mansilla fueron trasladados a Osorno durante la década, decisión recibida con mucho pesar por el vecindario de la antigua generación. El Padre Pérez fue igualmente destinado a otro sitio, quizá a Temuco, pero se las arreglaba para regresar a Castro todos los años, especialmente en verano, tan infaltable en las misas como en el Estadio. Monseñor Teodoro Eugenín, natural de Quetalco y que fuera Vicario General Castrense, falleció en Santiago en 1974. Estaban activos, también, los jóvenes sacerdotes españoles de la iglesia del «Sagrado Corazón de Jesús» de Castro Alto, Padres Juan, Victorino y Antonio -la gente los conocía sólo por sus nombres de pila- quienes finalmente regresaron a España en 1975. Mientras tanto en el Obispado de Ancud ya tenía su silla don Juan Luis Ysern dando los primeros pasos hacia el conocimiento de las peculiaridades religiosas y culturales de su sui-generis feligresía y cuidando con apostólico celo que a todos llegara el pasto espiritual de la iglesia.

Y, por supuesto, había en la ciudad muchas caras conocidas de antes, y otras que empezaban a conocerse, como don Constantino Kochifas, dueño de la lancha «Don Anestis» que operaba en el Canal de Chacao en 1970, o personas muy respetadas y queridas como don Héctor Emilio Márquez; buenas gentes como don Marmaduque Ballesteros, dueño del Hotel «La Bomba»; o como don José Hemelmann Ducomun, propietario del famoso restaurant «El Gringo»; o como don Facundo Soto, el huaso castreño, sobradamente conocido hacia mediados de la década. Y, naturalmente, los médicos, como don Osvaldo

Maraboli, o don Omar Osorio, o don Gerardo Pereira o don Néstor Barrientos entre otros muchos de estada larga o breve que sirvieron en Castro durante la década. El creciente número de comerciantes requería cada vez más de la contabilidad y de contadores como don Hugo Haeger, o doña Olivia Barrientos, o don Patricio Carvajal; en fin, como don Orlando Cárdenas a mediados de los setenta. Muy conocidos y respetados eran don Jorge Negrón, jefe de CONAF hacia 1975, don Erwin Catalán, Presidente del «Centro de Menores de Chiloé», o don Nelson Gómez, jefe de Vialidad, o don Vicente Soto, Presidente de la «Agrupación de Amigos Católicos». Doña Nelly Alarcón tenía sus propios fans gracias a sus artísticos tejidos que ya se difundía en revistas de moda, lo que era bastante decir para la época. En fin, don Gastón Guarda, don Hernán Andrade, don «Pancho» Mansilla, don «Mono» Bartulín, don Ignacio Tapia, castreños nacidos y criados en el centro de la ciudad.

Pero muchos conocidos y distinguidos vecinos fallecieron durante la década, como don Francisco Piñeiro Prieto, español natural de Galicia quien dejó de existir en 1970, el mismo año que falleció la respetada señora doña Palmira de Ballesteros. Parece que a principios de los setenta murió también don Luis Valdivia Román, uno de los fundadores del Museo Regional. Don Evandro Arredondo, abogado de prestigio, dejó este mundo en 1976, y al año siguiente don Francisco Rozas Mayorga que fuera fundador del Instituto Politécnico. Don Manuel Muñoz, el querido profesor de tantas generaciones y alcalde de la ciudad en 1970, falleció también en 1975, así como don Luis Jiménez Pérez, dueño del cine «Rex» que falleciera en 1971, entre tantos castreños connotados, viejos y jóvenes. Fuera de su tierra murió el joven Mario Aguilar Rogel a consecuencia de un perdido disparo en esos tenebrosos días de 1973 en vísperas del «Golpe», en las inseguras calles santiaguinas. Pero la muerte más sentida fue, quizá, la de María Eugenia Paredes, la hermosa y delicada niña poeta, cuando era estudiante de Castellano en la Universidad Austral. Una extraña y fulminante enfermedad se la llevó en 1977. Castro la lloró como se llora la muerte de quienes se estan asomando a la vida y mucho más cuando es una vida llena de sensibilidad y de promesas como era la de esta niña. Una vida joven truncada abruptamente, tan de repente como se detuvo la existencia de Roberto Barrientos y los chicos Pérez cuando pilotando sus aviones chocaron en el aire cerca de Curaco de Vélez, el mismo día en que se celebraba la Fiesta de Llau-Llao, el 24 de enero de 1971.

Pero, no todo podía ser infausto. La vida colectiva seguía su curso sin detenerse nunca. Los veranos se centraban en febrero que siempre ha sido el mes más agradable del punto de vista climático. La juventud daba la nota con

pequeños pasatiempos, como las fiestas de fin de semana o las agradables idas a la playa Punta del Piojo, cuando se podía, porque por agradable que fuera febrero, no faltaban las lluvias y los fríos. Todo era como los veranos de antaño, sólo que ahora había una más numerosa juventud y más turistas a principios de la década y a finales de la misma. Tantos foráneos se veían en verano que Castro tomaba un cierto aire cosmopolita, al menos por ese mayor colorido que aportaba el visitante ocasional y por esa sensación de estar todo el pueblo en vacaciones.

La «Semana Castreña» marcaba el punto más alto de la actividad veraniega, justo a mediados de febrero. Se iniciaba oficialmente el día 12 en la plazuela «Gamboa», como se venía haciendo desde que se instaló allí el busto de don Martín Ruiz, el fundador. Un acto formal con desfile y discursos de rigor, la misa y alguna otra actividad grave y seria. Sin embargo, siempre parecía demasiado deslucido -como son, por lo demás, los aniversarios de cualquier ciudad chilena-, modestísima celebración que, por lo mismo, no llegaba a comprometer a todo el vecindario. Alguna participación tenía la juventud, pero sin ninguna originalidad, porque no pasaban de la tradicional elección de reina y algún concurso literario.

Sin embargo, desde 1974 estaba notándose algún mayor atractivo en la Semana Castreña con más y más participación del público, porque la «Secretaría Nacional de la Juventud» encabezaba por entonces, las inquietudes del lolerío, al tiempo que organizaba actividades culturales estudiantiles a lo largo del año escolar. Por supuesto que los barrios, los clubes deportivos y los colegios tuvieron una participación más entusiasta a partir de entonces. Pero febrero de los setenta se definía más que nada en cuanto «Peña Folclórica» que venía organizándose desde los años sesenta, y el «Festival Costumbrista» que era lo nuevo, ambos asociados a la «Semana Castreña». La «Peña» todavía en pañales, no soñaba siquiera la importancia que tendrá en los ochenta. Contaba con la participación de conjuntos musicales castreños, chilotes y, poco a poco, también foráneos. Por su parte, el «Festival» fue, desde sus comienzos, es decir, en la segunda mitad de la década, lo más atractivo y original del verano castreño de todos los tiempos.

Varias iniciativas nuevas se estaban concretando por entonces. El profesorado castreño, por ejemplo, hacía un significativo aporte con su «Conjunto del Magistrerio» animando con música folclórica las distintas actividades a lo largo del año, pasando a ser, quizá, lo más representativo de la ciudad, e inmediatamente emulado por profesores de otros rincones de la

Provincia, como los de Achao, que formaron un buen conjunto y que incluso llegó a editar su primer disco con el nombre de «Chilhué» en 1976. Al «Conjunto del Magistrerio» se sumó la banda «Martín Ruíz de Gamboa», bastante activa a mediados de los setenta. La «Martín Ruíz» recordaba las antiguas bandas de los años cuarenta, pero con mejor afinamiento, más integrantes bien uniformados y mejor dirigida. Tan importante llegó a ser que tal vez se debió a su iniciativa el «Congreso -o Festival- de Bandas del Sur de Chile» que se realizó en Castro en 1977. Obviamente la banda estaba presente en todos los actos públicos de la década y, naturalmente, infaltable en la «Semana Castreña». Por su parte, el Instituto Politécnico reeditó su antigua «Banda de Guerra» con pitos y cajas que recordaba a muchos la vieja banda de los años cincuenta conocida como la «Banda de los Exploradores».

A pesar de no tener nada de original, la elección de reina acaparaba la atención todos los años en el mes de febrero. Ya no se hacía en primavera como en los cuarenta y cincuenta, sino para la «Semana Castreña» aportando juventud y belleza femenina a los veranos. Las lolitas más hermosas de Castro se disputaban el cetro, como Claudia Velásquez, Alejandra Navarro, Rosa Miranda, Lorna Barrientos, Sandra Millapel, en fin, Cristina Lavanderos. La reina de 1975 fue la hermosa Lidia Haro. Y así pasaban los veranos con el afán de las reinas como Ruth Hurtado, Angélica Vidal o Jenny Rudlinger que estaban entre las más bellas de la ciudad en 1976. Dentro de este mundo juvenil no puede dejarse de mencionar el súbito, aunque breve sabor adolescente universitario que vino a dar al mes de abril la tónica estudiantil que le faltaba, con la farándula de la «Semana Mechona» de la Universidad Técnica del Estado que dejó un recuerdo hermoso de aquellos años entre 1972 y 1976 en que más de 200 muchachos emulaban a los «mechones» de otras universidades del país.

También fueron años en que se privilegió el folclor en todas sus expresiones, no sólo por el aporte del «Conjunto del Magistrerio» y la «Peña», sino por los objetivos más claros de rescate y difusión. Se formó, por ejemplo, un conjunto que llegó a ser notable, como fueron «Los de Cucao», activo a mediados de la década. Por su parte las instituciones castreñas se veían muy interesadas y comprometidas con la valoración de la riqueza folclórica insular. Y no faltaron iniciativas de invierno como el «Festival de la Canción Estudiantil» en el que participaban los adolescentes con composiciones «onda disco» y folclor local. Estos festivales de invierno eran organizados por la «Secretaría Nacional de la Juventud» y participaban todos los colegios de Castro. A iniciativas como esta se sumó el Instituto Politécnico con la organización de su propio festival en 1977. En el mismo orden de actividades hay que considerar al muchas veces

mencionado «Festival Costumbrista» que apuntaba a mostrar una síntesis de las expresiones folclóricas chilotas desde el arte culinario a los usos y costumbres, música y juegos que, a diferencia de tantas otras iniciativas que nacen y mueren sin pena ni gloria, fue muy bien recibido por castreños y chilotes, consolidándose a fines de la década hasta difundir su fama más allá de Chiloé. Por entonces se vivía el boom de los festivales que habiendo comenzado en Viña del Mar con el de la «Canción», se extendió por todo el país, y cada ciudad o pueblo quiso tener el suyo naciendo así festivales del choclo, de la uva, de la sandía, del melón y de un cuantuay. Pero nada como el festival castreño por su originalidad.

Otros campos de la música fueron también cultivados. Se formó un «Coro Polifónico» que desde un comienzo fue dirigido por don Marcial Silva, activo todavía en 1975, mientras algunos jóvenes adolescentes conformaron la orquesta «Santa Cecilia», obra de don Bernardo Mora y vigente hacia 1974. En fin, el lolerío onda rock bailaba al ritmo del conjunto electrónico «Los Vicks» y, al parecer, activo durante toda la década, infaltable en las fiestas de los sábados por la noche, fiestas que por entonces eran bastante numerosas, bulliciosas y concurridas.

Los setenta fueron, además, testigos de quehaceres culturales más exclusivos, de minorías, obviamente, como era el Teatro. Se formó un grupo con el nombre de «Quilmahue» en 1974, pero seguía vigente otro más antiguo como era el «Ten-Ten Vilú» nacido en los sesenta y todavía activo en 1976. El Instituto Politécnico que tuvo un extraordinario aporte a la cultura durante la década, formó también su «Academia de Teatro» en 1976 donde los chicos combinaban sus estudios prácticos con estas expresiones artísticas y aún con lo poético. Precisamente la década fue muy fértil en Literatura y poesía, pues nació el Grupo «Aumen». El punto de partida de este renacer poético se debió a la presencia del profesor castreño Carlos Trujillo que enseñaba Castellano en el Liceo «Galvarino Riveros» y que en 1975 se hizo merecedor de un premio nacional de poesía que estimuló a sus adolescentes alumnos a seguir por esa senda. Desde que se formó «Aumen», la poesía pasó a tener un rol protagónico en las letras castreñas con notorio entusiasmo desde 1976 en adelante. Y por lo mismo en 1977 se celebró en Castro un «Encuentro de Poesía Joven», poniendo a los vates insulares en muy buen pie. Sonia Caicheo, Daniel Muñoz, Florisa Andrade entre muchos otros poetas en ciernes sobresalían por entonces y, por supuesto, el profesor Carlos Trujillo que guiaba el pensar poético de una pléyade de muchachos pioneros que andaban introduciéndose por esas zonas de piel aún intactas. Los escritores e investigadores tuvieron también su sitio, aunque los trabajos más importantes de la década fueron escritos por chilotes residentes

fuera de la Provincia. Nicasio Tangol, Narciso García Barría o Antonio Cárdenas Tabies publicaban en Santiago o en otras ciudades libros sobre mitología y creencias, usos y costumbres, o como Carlos Olguín Bahamondes que iniciaba un segundo momento o etapa en la investigacón histórica sobre Chiloé. En Castro no había una imprenta capaz de afrontar el reto de una publicación, de modo que a lo más se imprimían folletos y folletines. El Museo Regional, por ejemplo, venía investigando sobre el pasado amerindio -chono y huilliche-, especialmente a partir de trabajos en conchales y difundía estos y otros temas en hojas mecanografiadas y en papel corriente, como lo hicieron Cristian Díaz, Medardo Urbina, Mario Uribe y otros. Y de repente, un inusitado entusiasmo por la cultura se traduce en la publicación de la «Revista Cultural» dirigida por don Gaspar Araneda, pero abruptamente interrumpida a causa de quizá qué razón.

Había deseos de saber más sobre Chiloé, pero también había interés sobre otros temas. No faltaban, por ejemplo, cursos sobre Religión que desde los años sesenta venían haciéndose en el Colegio «San Martín» cada verano con la asistencia de no pocos profesores de Educación Básica interesados en catequésis. La Escuela de Verano de la Universidad de Chile en los años sesenta, así como la Escuela de Invierno de la Universidad Técnica del Estado, eran respuestas universitarias al interés que mostraban los castreños por el saber a fines de aquella década y principios de los setenta, interés que -como hemos dicho en otro lugar- decidió a la U.T.E. crear una sede en Castro en 1972. Se formó además, un Instituto Cultural -al parecer en 1975- presidido por el alcalde Fernando Brahms, pero dirigido en la práctica por don Mario Uribe Velásquez, instituto que se ocupaba de estudiar y difundir las distintas expresiones de la cultura local, pero también dar lustre a las efemérides, como el 21 de mayo, que ahora se llamaba «Día de las Glorias Navales», con trabajos alusivos y exposiciones, todo lo cual era muy estimulado por la Armada. El 21 de mayo alcanzó bastante colorido con desfiles más concurridos que antes. Los marinos de la Guarnición o Destacamento Naval que se instaló en Castro durante la década, los reservistas bien uniformados, carabineros, colegios, las vistosas compañías de bomberos, las diversas instituciones desde centros de madres hasta rotarios, pero también ciclistas y huasos. Nadie se excusaba en participar en los desfiles. Si hubiera habido un club de rayuela, habría estado presente también. El Instituto Cultural programaba, por supuesto, las actividades del 18 de septiembre, del «Día del Roto Chileno» y, obviamente, del 11 de septiembre o «Día de la Liberación Nacional», como era el nombre oficial.

Y, hasta la ecología estaba presente y se había transformado en tema más o

menos recurrente por esos años. La «Semana del Arbol» fue una de las actividades más destacadas en 1975, mientras la «Secretaría Nacional de la Juventud» programó y concretó el plantío de arbolitos nativos en el «Parque Municipal» en 1976. La súbita conciencia ecológica despertada en la década llevó a la creación de una «Brigada de Defensa de la Flora y Fauna» organizada por el Museo Regional y por el SAG en 1976.

En fin, fueron años importantes para la actividad artística, deportiva y literaria, pero también para las cosas de la fe. Precisamente, hubo un grupo con el nombre de «Cristo Joven» que desde 1976 dirigieron Luis Díaz, Bernardita Velásquez, Silvia Iglesias y Manuel Díaz. El objetivo era aglutinar a la juventud en torno de la religión en momentos en que parecía que la sostenida secularización que venía mostrándose desde principios de los sesenta, estaba dejando a Castro de los setenta en un pie muy lastimoso respecto de lo divino. Fue entonces cuando algunos jóvenes sintieron que valía el esfuerzo por recuperar el rebaño de Cristo. Como fruto de esta preocupación se formó AMICAT o «Amigos Católicos» que, entre otras cosas, tuvieron la iniciativa de pintar la iglesia franciscana.

Pero había pasatiempos más terrenales. Se introdujo el «Rodeo», cosa extraña que vino a acimentarse en Castro durante la década y, por lo mismo, se construyó una medialuna en el Parque Municpal, aunque el rodeo no podía aspirar a mucho en una Provincia que distaba de ser huasa. Quizá por la novedad, el rodeo atraía bastante público hacia 1974, como cuando el gentío saturó la medialuna el día de su inauguración y tanto era el público que provocó un fatal accidente al desplomarse una parte de las graderías causando muertes y heridos. Se reeditaron asimismo, las antiguas regatas en la bahía, ahora estimuladas por la Armada desde 1973, y parece que llegaron a ser muy importantes entre 1975 y 1977 para decaer después. Renacieron también en 1974 las antiguas revistas de Gimnasia, llegando a su punto más alto en 1975. Por su parte, la actividad deportiva despertó gran entusiasmo, especialmente el básquetbol, box, baby-fútbol, ping-pong y naturalmente, el fútbol. Se programaban competencias locales diversas con la perticipación de todas las instituciones castreñas; repetidos encuentros entre Castro y Ancud en todas las disciplinas y muy especialmente en básquetbol que en invierno atraían a numeroso público, primero en el Gimnasio Municipal y después en el gimnasio del Instituto Politécnico cuando se construyó este después del incendio de aquel, y finalmente en el nuevo gimnasio que, como dijimos, formó parte del complejo deportivo dentro del recinto del estadio de calle Freire.

Entre los directivos deportivos destacaba, obviamente, don Hugo Oyarzún como Presidente de la Asociación Local de Fútbol en 1974 a quien le cupo un relevante papel en el Nacional Amateur de ese año; don Domingo Burich como Presidente del Club Deportivo Marítimo en 1975 que era ya toda una institución en Castro, don Manuel Vidal Osorio como activo dirigente a lo largo de la década, en fin don «Marma» Bórquez, don Guillermo Alvarado, don José Haeger, don Ubaldo Mansilla entre otros. Y uno de los antiguos jugadores: «Matequila», reapareció, pero como entrenador del Club Deportivo «Servisalud», también en 1974, aunque al parecer, por breve tiempo. Los más destacados deportistas fueron, sin duda alguna, los púgiles que se llenaron de gloria en el nacional de 1974 disputado en Santiago el mismo año que los integrantes de la Selección de Fútbol lograron también el título nacional.

Fútbol en verano, básquetbol y baby-fútbol en invierno, y en invierno también el box con su propio público. La gente comenzó con el box muy poco a poco en los setenta. Es verdad que desde los sesenta se estaba notando esta afición, pero eran sólo algunos los que asistían a las peleas entre púgiles locales y alguna mayor concurrencia cuando había box interciudades con púgiles de Ancud o con los de Puerto Montt. A veces eran sólo *tongos* con la rechifla del público, o púgiles que tenían su primera y única pelea. Al primer combo, al suelo. Hasta ahí no más llegaba su carrera. Unas 50 ó 100 personas asistían, quizá más por entretenerse con las infaltables tallas que siempre acompañaban las peleas de los sábados por la noche en el gimnasio municipal antes del incendio. El grueso del vecindario era completamente indiferente al box de los fines de semana, al menos hasta mediados de los setenta.

Pero otra cosa comenzó a ser para los castreños cuando apareció Juan Ule derribando a locales y foráneos. No perdía nunca. Fue tanta la efervescencia por Ule que hasta las dueñas de casa hablaban de él, y por verlo tumbar a connotados púgiles del centro del país, dejaban sus quehaceres y se iban al gimnasio del Politécnico donde se congregaban hasta cerca de 3.000 personas que antes ni sabían cosa alguna sobre pugilismo. Y cómo no entender esa euforia por el box si precisamente a mediados de los setenta apareció también Luis Alvarado, el más destacado boxeador que ha tenido Castro, quizá en toda su historia. Ambos, siempre vencedores y nunca vencidos. En los «Nacionales de box» fueron figuras rutilantes. Y así fue como Alvarado obtuvo el cetro nacional en su categoría y así también se hizo profesional y salió al extranjero a cosechar triunfos. Ule y Alvarado fueron ídolos de los setenta y como hemos dicho, tanto o más que los propios futbolistas que siempre tuvieron el monopolio, como fueron los chicos seleccionados en el Nacional de 1974.

El box de los setenta recordaba a muchos, los tiempos de Caileo, de «Mina», de «Calico» de los años cuarenta y cincuenta. Sólo que ahora las figuras estaban a nivel nacional. Era la época de los «Guantes de Oro»; de Cassius Clay; de Kent Norton; de Joe Frazzier, tiempos en que cada pelea de esas era vista por el mundo entero. Y claro, para entonces ya llegaba la televisión a Castro y los castreños se entusiasmaban con estos grandes combates que muchos chicos emulaban después haciéndose boxeadores a lo Muhammad Alí. Algunos lograron alcanzar la fama, otros pasaban en la lona y terminaban su sueño en el 8, 9, 10 del knock out y con una retada de la mamá y la burla de los demás cabros del barrio.

Pero, en general peleaban bien esos púgiles. Había entrenamientos más o menos rigurosos. El primer paso era la «peleíta» local; después, si se tenía suerte, iba a Ancud o recibía a los ancuditanos. Más tarde venían los combates con los de Puerto Montt, Osorno, Valdivia, en fin, con los de Santiago. Destacaron los más aniñados, quizá de Castro Alto, donde parece haber estado el semillero de púgiles mejor dotados y recios de físico.

Los tiempos del box fueron los años setenta; de eso no cabe duda. Al principio modesto, al final, brillante; pero con el fin de la década concluyó también la efervescencia por el cuadrilátero porque después tampoco hubo púgiles de la altura de Ule y Alvarado. El fútbol era más permanente y tenía más tradición.

No siempre se producían grandes acontecimientos en Castro, sólo pequeños hechos no tan corrientes y por no ser tan corrientes llamaban la atención de todos, como fue la celebración del «cuarto centenario de la ciudad» en 1967 y el «Campeonato Nacional de Fútbol Amateur» de 1974, jugado entre enero y febrero de ese año. Nunca antes hubo en la ciudad un congreso de futbolistas como en esa ocasión y por su magnitud y trascendencia ha quedado en la memoria como una de los hitos más importantes de la historia deportiva de Castro y de todo Chiloé. Por lo demás, cualquier ciudad chilena que haya tenido un Nacional de Fútbol Amateur, lo cuenta entre los sucesos importantes.

Hasta la segunda mitad de 1973 el público castreño mostraba una preocupante indiferencia por responder a los muchos llamados que hacían los directivos del fútbol en cuanto a interesarse en la magna tarea de hacer un buen papel en el Nacional Amateur. Este evento deportivo estaba en marcha desde 1972 por gestiones que encabezó don Hugo Oyarzún y con el apoyo del diputado don René Tapia quien consiguió 8.000.000 de escudos para contar con un buen estadio. Pero con los sucesos del 11 de septiembre de 1973 quedó todo en

suspenso y hasta parecía que se iba a dejar sin efecto por los desembolsos que implicaba en circunstancias que el país estaba por el suelo. Finalmente se aprobó el Nacional castreño y don Hugo Oyarzún que no había dejado de moverse, suspiró aliviado, aunque sin los recursos necesarios. Faltaba el dinero justo cuando a nadie le sobraba. Los llamados a los trabajos voluntarios para tener a punto el Estadio de calle Freire no tenían respuesta, las canchas de entrenamiento para las diversas delegaciones eran sólo pampas, los hospedajes y las atenciones a los visitantes estaban aún en el papel. En agosto de 1973 el Consejo Local de Deportes no pudo hacer una Cena Bailable para reunir fondos, precisamente porque no había nada que comer ni comprar. Pero era comprensible. Entre septiembre y diciembre de ese año había preocupaciones más importantes y estas apuntaban a normalizar la vida cotidiana.

Pero en enero de 1974, a menos de un mes de la iniciación del campeonato, los ánimos estaban ya tan encendidos que nadie se excusaba de ayudar en lo que fuere menester. Se hacían los últimos retoques al estadio y para ello sobraban voluntarios castreños y hasta los de los pueblos inmediatos llegaban a ofrecerse espontáneamente para cualquier trabajo. Así, desde Curahue y demás localidades cercanas llegaba el equipo de fútbol del pueblo a colaborar con los castreños, alegres, animosos, generosos. Los conscriptos llamados a las filas ese año, se ocuparon en colaborar mientras esperaban buque que los llevara al sur. El chilote, como el chileno, es un pueblo de reacciones súbitas a última hora. Por eso, durante la primera mitad de enero -con el compromiso prácticamente encima- los directivos del fútbol estaban sumamente preocupados. Pero, como hemos dicho, la escasa respuesta de la primera quincena se transformó en acciones concretas en la segunda. Hubo sonrisas jubilosas en vísperas de la inauguración de las esperadas finales. Se instalaron las rejas de alambre alrededor del estadio para separar las tribunas del campo de juego, se numeraron los asientos, se pintaron las bases de cemento. No obstante, las graderías más importantes del costado poniente no estaban concluídas por falta de recursos, pero con todo, los cuatro costados lucían tribunas que podían acomodar unas 5.000 personas sentadas.

Por otra parte, casi todo el mes de enero se estuvo recolectando cuanto se necesitaba para atender a las visitas. Al principio se recogía muy poco, pero después, bastante y al final, demasiado. Vacunos, cerdos, corderos, gallinas que desde que el padre Angel Pérez se hizo cargo del asunto se juntó en tal cantidad que a mediados de mes se había asegurado alimentación para un regimiento. Generosidad y abundancia que parecía no conciliarse con la absoluta escasez de todo que había en Castro hasta septiembre de 1973. A este esfuerzo

se le llamó «Campaña del Kilo». Ahora si se podía decir que el Nacional de fútbol podría financiarse. Hasta los «centros de madres», jubilados, clubes deportivos, sindicatos, «juntas de vecinos», todos hacían su aporte, lo que no dejaba de llamar la atención, porque era el mismo vecindario que aportaba también a la reconstrucción nacional, y era cosa digna de ver cómo la gente entregaba sus pobrezas: un poquito para la «Reconstrucción», un poquito para el Nacional de Fútbol Amateur.

Claro que todo este esfuerzo no se podía explicar sin el empeño de Radio Chiloé para estimular al vecindario. Precisamente, la información que se daba día a día sobre el asunto iba también ayudando a encender los ánimos. Se puso en juego el orgullo castreño de los años cincuenta cuando el fútbol era la cara más expresiva del pueblo. El vecindario quería reeditar ese mismo entusiasmo de antes y todo Castro se transformó en una *minga* en que nadie se excusaba de participar con algo para no desvirtuar la tradicional hospitalidad, solidaridad, generosidad y vocación por el Estadio. El deseo de cooperar aumentaba también en la medida que se conocía y aquilataba la impresionante campaña preparatoria de la Selección de fútbol con todos sus partidos ganados con aplastantes goleadas a cuanto equipo llegaba desde fuera.

Castro bullía en la segunda quincena de enero. El fútbol era el único tema. El entusiasmo se extendía a todo el Archipiélago con tal fuerza que podemos asegurar que nunca hubo ciudad sede de un Nacional que hubiera hecho sentir aquella efervescencia por toda la Provincia, como lo hizo Castro en 1974. Un Nacional en Santiago hubiera pasado inadvertido, o en Valparaíso o en cualquier otra ciudad grande donde el fútbol amateur es mirado como cosa de «potreros», como despectivamente dicen los santiaguinos por los clubes de barrios. En Castro era otra cosa, como otra cosa era desde Valdivia al sur por esos años en que todavía no se introducía el profesionalismo.

Se pusieron en venta los «abonos» y en poco tiempo se agotaron quedando asegurado el éxito económico de la Liga. Hacia el 20 de enero ya nadie quería estar ausente de tan magno evento. Los ancuditanos lo tomaron como si fueran sede y se prepararon para gritar por los castreños. Algo nunca visto por la secular rivalidad entre ambos pueblos. Era cosa de maravilla ver tal cantidad de ancuditanos identificarse con tanto entusiasmo por los castreños cuando precisamente era en el fútbol donde antes se producían las mayores hostilidades, tanto que después de cada partido se juraban enemistad eterna. Todo esto era por los años cuarenta y cincuenta. Ahora, no había orgullo más grande en los ancuditanos que hacer barra por Castro.

Los directivos del balonpié esperaban, además de los ocho equipos participantes, unos 1.500 hinchas a quienes había que asegurarles el alojamiento Se pensaba que los hoteles, residenciales y hospedajes apenas darían abasto En realidad llegaron más de 2.000 visitantes. Los primeros en hacerlo fueron los fanáticos más distantes, es decir, los iquiqueños, y mucho antes de lo previsto No faltaron los espontáneos automovilistas que en crecido número salieron a recibirlos a la carretera a medio camino entre Castro y Ancud y, en una impresionante fila de vehículos, a bocinazos ingresaron al pueblo aquellos nortinos que, a la postre, resultaron ser los más entusiastas y bulliciosos con banderas, pitos y tambores alentando a los suyos. Era gente de la «tierra de campeones» y del legendario Manuel Muñoz. El estilo de aquella barra, alegre, festiva, casi tropical, contrastaba con la natural reserva de la barra castreña, más retraída, aunque tensa. La mayor euforia castreña en los partidos contra Ancud o la bulliciosa barra del Arco Iris en sus mejores tiempos, era de mutismo en comparación con el griterío de esa hinchada nortina. Ni la de Antofagasta podía competir con la de Iquique. Pero la barra de Castro gritó esta vez más que nunca en la final, precisamente contra Iquique.

Llegaron también otros: los castreños residentes en el resto del país. No había familia que no recibiera dos, tres o más parientes con sus amistades. La población flotante llegó a cifras históricas a pesar de la considerable disminución de turistas que hubo en el mes de enero de ese año debido, entre otras causas, a la apretada de cinturón. Pero el Nacional fue una fiesta en cada casa. Reencuentros con la parentela, curantos en los patios. Los vendedores de mariscos no daban abasto, lo mismo pasaba con el pescado, los corderos se hacían pocos, los chanchitos, todavía cochinillos, casi desaparecieron por esos días en que cada familia quiso agasajar a sus visitas con las tradicionales comidas chilotas. Entre el gentío que llegó estaba casi íntegra la vieja guardia, los viejos cracks, los ídolos del fútbol de antaño. Por ahí andaba «Lechuza» Montiel, el «Gringo» Aguila, Arriagada, «Jirafa», «Matequila» y otros integrantes de aquellas famosas selecciones de los años cincuenta reencontrándose con su hinchada y cada vecino tratando de merecer en sus casas a estos viejos tercios. ¿Podrían estas legendarias figuras olvidarse de la cálida acogida que les brindara ese público que tenía tan presente los años dorados del fútbol castreño cuando se jugaba en el viejo estadio de tierra orientado de oriente a poniente?

Desde que se dió inicio al Campeonato, los negocios sólo atendían hasta las cuatro de la tarde por disposición superior. Nadie se acordaba de comprar ni vender, porque a esa hora todo el mundo estaba en el Estadio gritando por sus colores como en los tiempos de Flavio Bórquez. Las calles quedaban desiertas

cuando jugaba Castro y desde cualquier punto del pueblo era posible oir ese como zumbido uniformemente lejano del griterío de la hinchada, porque el Estadio estuvo siempre lleno, lloviera o no y ¡vaya que comenzó lluvioso!. Era tal el aguacero que algunas veces los antofagastinos e iquiqueños parecían ahogarse. Para los sureños de Osorno a Puerto Natales era normal. Pero cuando salía el sol, picaba fuerte. Decían después los antofagastinos que con el sol ganaron los partidos y los perdieron con lluvia. Cuando no jugaba Castro el público iba de todas maneras a gritar por sus equipos más regalones, como Antofagasta, Osorno y, sobre todo, Puerto Natales. Había una identificación con el sur. Pero los nortinos de Antofagasta llegaron a ser muy queridos por los castreños. Se comprende la euforia por Osorno, los vecinos continentales, pero Antofagasta ciudad tan distante y ajena, tuvo, no obstante, todo el apoyo del público después de su segunda derrota. Los débiles se ganan la hinchada, a veces. Puerto Natales era como de la casa, porque jugaba casi el mismo fútbol que los castreños de los años cincuenta y sesenta; todo para adelante con velocidad, garra y entusiasmo, aunque sin una refinada técnica. Los gritos en contra se los llevaba Iquique que era el más serio aspirante al título ya que desde un comienzo mostró un agresivo buen fútbol. Pintaba para campeón, lo mismo que San Fernando. Por eso la hinchada apoyaba calurosamente a los más débiles para que ni Iquique ni San Fernando pudiesen hacer sombra a Castro.

La vida del Estadio se prolongaba a las calles por las noches. La Plaza se repletaba de lolerío. Nunca se había visto tanta juventud colmando el principal paseo que por entonces estaba lleno de luces como no se veía desde febrero de 1967. Sin embargo, eran tantas las ampolletas decorando los árboles y rodeando con guirnaldas aquella enorme Plaza que no había noche que no se cortara la luz por un momento a causa del exceso de consumo. La chiquillería femenina acosaba a los jugadores más destacados ya en fútbol, ya en pinta. Los hoteles, bares, restaurantes, fuentes de soda, siempre con gente comentando el mismo tema: el fútbol. En cualquier casa, bares o clubes se veían grupos de amigos que se juntaban a beber chicha. Todos conocían a los jugadores por sus nombres. En dos semanas ningún jugador, por lerdo que fuera, pasó inadvertido. Los extravertidos poniendo la nota diferente, los pintosos, los piroperos, etc. eran los preferidos por las lolas. Los talentosos eran observados por los *grúas* que llegaron a Castro en buen número a buscar *revelaciones*. El destacado arquero Moedinger de Castro, que muchos creían era hermano menor del «Mantequilla Gringo» Márquez, le llamaron también «Mantequilla». Los entrenadores y los dirigentes afanados por aquí y por allá. Nadie fue anónimo en el pueblo. Se vivía tan apasionadamente el campeonato que, insistimos, no ha habido Nacional

mas intensamente vivido que el de Castro entre el 24 de enero y el 12 de febrero de 1974 y que marcó un hito en el historial del fútbol castreño.

Pero, ¿cómo llegó Castro a ese Nacional y qué papel cumplió como para dedicarle tantas líneas?. En primer lugar, se preparó muy seriamente con larga anticipación, cosa notable porque la improvisación fue siempre la característica del castreño que confiaba más en la garra que en la estrategia y el estado físico. Los dirigentes, el entrenador y su ayudante, y los seleccionados, trabajaron intensamente. De todos los jugadores preseleccionados sólo fueron aceptados los más comprometidos y puntuales. Muchas figuras destacadas quedaron en el camino a pesar de su talento. Cualquier atisbo de irresponsabilidad significaba quedar fuera. Entrenamientos rigurosos, horarios, nóminas y más nóminas. Nunca antes se había trabajado con una selección de fútbol con más responsabilidad que en 1973. En los últimos tres meses de aquel año ya se podía decir que el equipo estaba preparado para enfrentar en óptimas condiciones el Nacional Amateur. La prueba o, mejor dicho, el examen más serio era -como siempre ha sido- con la selección de Ancud. Así lo entendía el cuerpo técnico, los jugadores y, sobre todo, la hinchada que seguía viendo en los partidos entre ambas ciudades el más apasionante espectáculo que pudiera gozarse o, por mejor decir, sufrirse. Recuérdese, además, lo que significaba para Ancud aquel Nacional, porque siendo Castro la sede, perfectamente podían los del Pudeto llegar también a la final si lograban vencer a las selecciones del sur. Por este motivo los ancuditanos estaban tan preparados como los castreños en la segunda mitad de 1973.

A principios de ese año, el entrenador de la selección de Castro era Néstor Rodrigo Matamala, pero en adelante fue don Hernán Cornejo quien finalmente ganó un lugar en la historia del fútbol castreño al igual que su ayudante don Ramón Caro. La selección estaba formada por 20 jugadores entre titulares y suplentes. Tenía tres arqueros: Moedinger, Pérez y Medina; seis defensas: Gómez, Huineo, Boris Sandoval, Avila, Otoniel Jara y Héctor Ampuero; cuatro mediocampistas: Hugo Cárcamo, Elías Vargas, Carlos Acuña y Ricardo Barría; siete delanteros: Raúl Aburto, Freddy Gazzo, Jorge Peredo, Luis Devia, Gabriel Romero, Arnoldo Marín y Nelson Sotomayor. Todos ellos formaban el plantel en enero de 1974, cuando ya se habían jugado las eliminatorias en el sur, por lo que algunos eran refuerzos pedidos a las ciudades vecinas.

Pero los partidos preparatorios habían comenzado en otoño de 1973 para probar a los jugadores y dar forma al plantel. En mayo de ese año llegó a Castro la selección de San Fernando. En ese primer encuentro Castro venció

9x0 jugando muy bien y contra un equipo que precisamente se preparaba para el Nacional. La goleada fue tan elocuente que dió confianza a una hinchada que no cesaba de comentar tan aplastante victoria. El equipo recién se estaba armando, tenía forma y personalidad, pero aún no era la selección definitiva. Jugaron en esa ocasión Pérez al arco; Matamala, Rogel, Avila, Gómez, Aburto, Cárcamo, Barría, Sotomayor, Peredo y Gazzo. El segundo partido, el más esperado, fue contra Ancud en el estadio de calle Freire. El resultado fue un empate 1x1 dejando los ánimos abatidos, porque con aquella poderosa selección todos esperaban una goleada. El próximo encuentro fue con Chonchi y Castro ganó por 5 a 0 en junio de 1973. En septiembre Castro fue a Ancud y logró ganar 5x3 en durísimo partido. En esta ocasión la selección estuvo formada por Nelson Díaz al arco; José Matamala, Fernando Soto, Héctor Avila, Hernán del Río, Raúl Aburto, Hugo Sotomayor, Arnoldo Marín, Freddy Gazzo, Alfonso Gómez y Jorge Peredo. Y nuevamente contra Ancud, en Castro, partido que terminó empatado 1x1. ¡Qué difícil era vencer a Ancud!. Después la selección fue a jugar a Osorno, ganando allí 2x0; después Castro 5, IANSA de Llanquihue 1, partido jugado en Castro, y más tarde Castro 8, Purranque 0, y por el mismo marcador de 8x0 venció a la selección de Llanquihue. La prueba de fuego la tuvo con Lo Franco de Santiago, equipo que había logrado el vicecampeonato del Area Metropolitana. Ganó Castro 4x3, dejando algunas dudas que se disiparon en la revancha en que Castro goleó 6x0. A estas alturas la confianza en el equipo era absoluta. Y de repente, en medio del optimismo llegó La Unión, tan de improviso, que hubo que formar un equipo con jugadores no seleccionados porque el plantel titular estaba descansando en Cucao. Castro perdió 4x5. Júbilo en La Unión por este triunfo largamente comentado en aquel pueblo. Y así se preparó Castro para el Nacional. Todo el mundo optimista con un equipo poderoso que apabullaba a sus adversarios con marcadores expresivos.

Y llegaron las delegaciones con sus equipos técnicos, los directivos, la hinchada, más numerosa mientras más lejana, aunque la vecina Osorno llegó acompañada de un gentío. Pero de casi todas partes acudió también público por su cuenta, especialmente desde Puerto Natales, oportunidad de tantos natalinos para reencontrarse con sus parientes chilotes. Y llegaron también los periodistas de diarios capitalinos y regionales que difundieron noticias con sabor folclórico desde el primer día. Y los infaltables *grúas* que andaban en busca de talentos para llevárselos a los clubes profesionales. Para estos últimos, así como para los periodistas, jugaban los futbolistas, llenos de esperanza de transformarse en figuras importantes y luego el sueño de hacer carrera profesional. No pocos jugadores chilenos de renombre han salido, en todos los tiempos, de estos campeonatos nacionales amateurs. Todo ese gentío -que era mucho más de lo

pronosticado- tuvo que acomodarse en los pocos hoteles que había y en los *hospedajes* que por entonces comenzaban a surgir en diversos puntos de la ciudad, y en casas particulares que abrieron sus puertas hospitalariamente para recibir a los parientes, amigos y conocidos, del mismo modo como lo hicieron en 1967 cuando se celebró el Cuarto Centenario de Castro.

En las tribunas, las mujeres eran casi tantas como los hombres. Las «lolas» eran la mayor parte, pero eso era más o menos común en el campeonato local de los años cincuenta, especialmente en la barra del Arco Iris con las chicas de Los Carrera, Freire y Gamboa. Lo interesante era, sin embargo, ver señoras «de edad» de Castro, de Ancud y de los distintos pueblos que acudían con sus maridos a gritar por los castreños. Quizá nunca habían ido a un estadio, pero gritaban con tanto estusiasmo que era cosa de maravilla ver a tan compuestas damas chillar como coléricas, tanto que se hubiera horrorizado el padre Belarmino Díaz, porque aquellas graves y serias señoras de rezos y misas se veían tan desenvueltas saltando y brincando como adolescentes cogidas por la pasión del fútbol. Sobre todo en el último partido entre Castro e Iquique que permitió a los primeros alcanzar el anhelado título del campeones nacionales.

Después del verano de 1974, el fútbol volvió a su ritmo habitual, o por mejor decir, se opacó casi de súbito. En efecto, a pesar del orgullo que había despertado la selección en los castreños de todos los sectores, el escasísimo público que iba al estadio a ver los partidos de la liga local después del Nacional, era el más vivo contraste con el verano de 1974, mucho más notorio ahora que aquel inmenso estadio parecía vacío con apenas un centenar de espectadores en las tribunas. Y eso que todavía se trabajaba en terminar las graderías de cemento en el costado poniente. Casi podríamos decir que el fútbol cayó en la apatía y hasta los ídolos de la selección campeona nacional, jugaban desganados en los partidos del campeonato local.

Los equipos eran los mismos decanos de antaño: «Estrella del Sur», «Arco Iris», «Marítimo», «Alas Gamboa», pero estaban también los novísimos «Bancario», «Estibadores», «Comercio», «América» y «Servisalud». El legendario «Chiloé Atlético» de Chonchi había abandonado la liga y el «Ferroviarios» sufrió un involuntario desmantelamiento en los años sesenta a causa del levantamiento del ferrocarril y el consiguiente traslado de empleados y operarios a otras ciudades.

El futbolista más asiduo a las canchas era ahora el lolo de las poblaciones de Castro Alto. Allí estaba el nuevo semillero, pero también se vivían los inicios

de las exigencias de todo tipo que ponían los jugadores para firmar por tal o cual club o para entrenar por la Selección. Tenían razón, en parte, porque generalmente trabajaban y el fútbol les quitaba tiempo o estaban cesantes y debían subsistir de algún modo. Pero el regodearse comenzó a ser común a todos, así como la indisciplina, la impuntualidad y, a veces, las tomateras. Con uno que se portara mal, pagaba el pato todo el equipo y, por eso y por otras razones, el fútbol castreño de 1975 sólo fue mediocre, a lo que contribuyó también una Asociación de Fútbol que no se ponía de acuerdo en nada para resolver las cuestiones fundamentales, al parecer, por problemas entre dirigentes. Entonces no era raro que se suspendiera el campeonato, por insólito que parezca. La hinchada que ya era bastante indiferente a las cosas del estadio, no atinaba a comprender lo que pasaba, cayendo también, en la más completa apatía.

Y así, en medio del mayor de los caos llegaron las eliminatorias del Campeonato Nacional de 1976. Castro por ser el Campeón de Chile debía presentarse a las finales por derecho propio. Pero se vaticinaba un mediocre papel en Calama, ciudad designada como sede. Mucho mejor organizado estaba Ancud con su AFA funcionando en armonía y preparando con tiempo una poderosa selección. Se jugaron los primeros amistosos y tal como se pronosticaba, Castro armando un equipo a última hora, no pudo con Ancud. Estos, en cambio, batían con facilidad a sus rivales en los primeros encuentros fuera de la Provincia. Y así, las eliminatorias permitieron llevar dos equipos chilotes a Calama, porque finalmente la campaña de Ancud fue tan notable que venció a todos desde Llanquihue a Cautín por expresivos scorers. Por primera vez llegaban dos selecciones chilotas a una final, esta vez en medio del desierto en verano de 1976, donde Castro obtuvo sólo un 4° lugar, pero con el gusto de vencer a Ancud 6x1 en esas tierras nortinas.

Y así iban pasando los setenta con sus cosas simples de sabor pueblerino en que largos períodos de tranquilidad eran interrumpidos por momentos de sobreactividad de duración breve, como febrero de 1974. Década menos lenta que la precedente, veranos algo más extravertidos y coloridos, pasatiempos más variados, al menos en la ciudad, mientras los campos y la vida rural comenzaban a ser mirados con inédito interés por castreños y por foráneos. Porque, así como Castro vivía una década de transición, así también comenzaba el ciclo rural con su protagonismo folclórico.

9.

DE COMO VEIAN LOS CASTREÑOS LAS PECULIARIDADES RURALES DE LA PROVINCIA EN LOS AÑOS SETENTA Y COMO IBAN VALORANDO LAS EXPRESIONES CAMPESINAS Y REDESCUBRIENDO EL PAISAJE

9. DE COMO VEIAN LOS CASTREÑOS LAS PECULIARIDADES RURALES DE LA PROVINCIA EN LOS AÑOS SETENTA Y COMO IBAN VALORANDO LAS EXPRESIONES CAMPESINAS Y REDESCUBRIENDO EL PAISAJE

Hasta principios de los sesenta la vida rural chilota era mirada con la mayor naturalidad por los castreños que acostumbraban a asistir a las festividades religiosas de los pueblos cercanos cada verano, así como los *curantos* campestres que, de cuando en cuando se hacían en distintos parajes de la península de Rilán, en Nercón, o en Rauco en alegres paseos dominicales. Con naturalidad, porque para el castreño el campo seguía siendo el mismo mundo de siempre donde se vivía lo tradicional, lo diferente, pero también lo folclórico, con todo su colorido, como en general ven el campo los citadinos de todo el mundo. En el medio rural tenía lugar la vida simple y rústica del *ñango*, como irreverentemente nombraban los urbanos a los sencillos campesinos. Por eso también el castreño, cuando tenía ocasión, exageraba artificialmente, y con no poca ostentación, la distancia que separaba al citadino del rural, ya que en el campo -sobre todo en los parajes más retirados e islas del Mar Interior- se conservaba lo de antaño, mientras que Castro vivía un presente con pretenciones de moderno, más acentuado desde la segunda mitad de los sesenta cuando estaba en su apogeo el famoso «Puerto Libre».

Pero el campesino chilote con su equipaje de costumbres indisolublemente unidas al estilo de su vida cotidiana, estaba siendo consciente de su personalidad al compararse con otros campesinos de las provincias sureñas. Y es que desde los años sesenta el habitante rural venía cotejándose con los del continente y percatándose del valor de sus originalidades, especialmente desde que se puso en marcha el sistema cooperativo que estimulaba la Universidad de Chile, y con el surgimiento de dirigentes campesinos locales que entraron en contacto con otros campesinos chilenos por esos años. Pero es también en los sesenta cuando aparecen los primeros jóvenes castreños harto más sensibles a las cosas de la cultura y por lo mismo prestos a mirar el campo desde una perspectiva

más positiva, redescubriendo allí la esencia de lo chilote. Entonces, los interiores de la Provincia comenzaron a cobrar una nueva e inédita dimensión.

Como hemos dicho en otro lugar, todo esto coincidía con el naciente interés de folcloristas foráneos que desde los años sesenta estaban llegando a Castro para indagar sobre las diversas expresiones culturales del Archipiélago y recopilar cuanto fuese posible adentrándose hasta los lugares más apartados. Y así también fue extendiéndose poco a poco entre los castreños la impresión de que el campo tenía un significado más trascendente que el mismo Castro. Es verdad que todas estas cosas se iban valorando muy lentamente, pero emergiendo con fuerza, entre otras razones, por el estímulo que provocaba esa curiosidad de los foráneos, curiosidad e interés que se podía ver en estudiosos como Margot Loyola tomando notas y admirándose de las originales danzas de remotos tiempos que los chilotes interpretaban con *cordionas*, violines y rabeles.

Pero, no todo era viejo. Había también música nueva de herencia hispanoamericana. No cabe duda que el chilote de los campos y pueblos vivía sus fiestas sin saber y sin importarle de dónde procedían sus expresiones folclóricas. Tenía sí, una particular percepción de la música en cuanto que cualquiera que ella sea y venga de donde venga, se interpretaba con instrumentos insulares y de este modo se hacía propia. Pero fue también en los sesenta cuando comenzó a despertarse el interés por los viejos cantos religiosos y profanos, valorándose, por entonces, lo que podían contar los ancianos y la emoción de éstos al relatar el modo de vivir de los antiguos y el modo de divertirse en las fiestas de los pueblos. Así, los entrevistados tenían la ocasión de hacer el recuento de sus vidas, como reconstruyéndolas y cobrando nuevo sentido los olvidados cánticos y danzas que enriquecían las libretas de apuntes de los buscadores de folclor. Como hemos dicho, algunos castreños como Nelly Alarcón, Herig Barría y otros, supieron guiar a estos pioneros investigadores por los lugarejos, aldeas, pueblos e islas donde se conservan hasta ahora las expresiones más significativas de la cultura del Archipiélago, y así se iba sacando a luz lo que estaba casi sepultado en la penumbra de los tiempos.

Y otros se interesaban por lo que la gente de cada pueblo acostumbraba a hacer en su vida cotidiana y se maravillaban del modo de vivir sus pasatiempos y descubrían las mistelas o las roscas, y tras ellas iban a los pueblos situados al sur de Castro procurando desentrañar esas misteriosas fórmulas para preparar el *licor de oro* que, no obstante los acosos, permanecen ocultas hasta lo presente. Y otros se lanzaban a descubrir las curiosas *tiraduras de casa* y se percataban que entre todas las costumbres del Archipiélago, esta *minga* era lo más original

del planeta, y fotografiaban y escribían las primeras crónicas, punto de partida para el boom costumbrista de los años siguientes.

Si los años sesenta fueron tiempos del descubrimiento de la riqueza de la cultura popular y espontánea, los setenta acentuaron mucho más las ansias de búsqueda al tiempo que maduró la conciencia de los chilotes sobre su valer como cultura. Se puede afirmar que el gusto por lo «folk» define los años setenta, pero en la misma década comenzaban a manifestarse las primeras discusiones al respecto. Algunos procuraban pulir lo espontáneo para adecuarlo a las exigencias de los gustos más académicos. Se escindían en puristas y no puristas en momentos que aparecían las primeras grabaciones de música insular hechas en Santiago y por intérpretes no chilotes. Y es que los setenta fue década en que el folclor insular sugería muchas direcciones, una de las cuales era la música culta, es decir, la elevación de lo popular a la comprensión universal y que cristalizará en los ochenta con el aporte de algunos universitarios. Algo parecido se observaba en la artesanía de la lana que Nelly Alarcón estilizaba y difundía por Europa. A esta tendencia no escapaba ni el arte culinario. Primero fue el interés foráneo por los curiosos y originales platos chilotes que gustaban de saborear en los campos cada verano a fines de los sesenta. Después, en los setenta fue el tiempo de los restaurantes en Castro y Ancud, más o menos especializados en curantos y mariscales a la urbana. Y, finalmente, la culminación de este proceso con la exhibición masiva de las mil formas gastronómicas en el «Festival Costumbrista» de Castro que, inaugurado a mediados de la década por iniciativas del alcalde Brahms y un selecto grupo de colaboradores como Julio Miserda, Alejandro Skarmeta y otros era, a fines del mismo decenio, a juicio de la mayoría, el más importante acierto que en materia turística se hizo en el pueblo para mostrar el arte culinario de los campos. Pero en esto también se originaron puntos de vista distintos -más notorios y encontrados en los años ochenta- como el que consideraba al «Festival» una desvirtuación de lo tradicional, precisamente por artificial y comercial. Así se planteaban los «puristas» o «naturalistas», los que se autoproclamaban defensores de la cultura insular. La actitud de estos era seria, pero agresiva y, aunque tenían no poca razón, lo hacían con un criterio excesivamente «retro».

En el boom de lo folclórico que tuvo su origen en los sesenta, influyeron varios factores: la carretera y el ferry, por supuesto; el aumento del flujo turístico a consecuencia de lo mismo; y en un contexto más amplio, esa como mayor conciencia que había de lo hispanoamericano, mientras a nivel nacional y universitario, el aporte de la nueva generación de profesionales más onda antropológica que antes, y la nueva juventud castreña que supo que tenía una

palabra que decir; y hasta el propio campesino que se autovaloró y quiso salir de su anonimato. Todo esto permitió esa especie de *renovatio* de las viejas tradiciones rurales, o ese cierto aggiornamento de lo vernacular, rescatando del olvido el rico pasado de los pueblos e islas, celebrando por todos y lanzado a todos los vientos.

Queremos decir que ahora había un cierto orgullo por los *chapaleles*, por el *lloco*, o por el *milcao*, incluso por las viviendas a la rústica de los campesinos. Por eso mismo hasta los modestos palafitos comenzaron a ser mirados con inusitado interés y defendidos por los jóvenes castreños y algunos arquitectos no insulares que quedaron hechizados por estas extrañas y desencuadernadas construcciones a la vera del mar, y así, el «palafito» -como le llamaron los foráneos, porque en Chiloé nunca se usó esa denominación- que es la casa marginal castreña, fue considerado como el rostro más típico de la ciudad y de la cultura marítima insular, hasta llegar a hacerse postal. ¿Qué otra ciudad chilena podría mostrar sus casas más humildes en una postal como expresión de lo propio?. En realidad, la casa sobre pilotes fue la primera rareza chilota que salió a dar la vuelta al mundo en los años setenta.

Pero, en general, los setenta fueron años del despertar en casi todos los ámbitos de la cultura, despertar que -como hemos dicho- venía insinuándose desde los sesenta. Hubo ideas nuevas en procura de reforzar la identidad. Algunas se llevaron a la práctica; otras quedaron en el papel o a mitad de camino, como el proyecto de don Mario Uribe de levantar el «villorrio chilote» en el Parque Municipal que de haberse concretado -no sabemos cual fue la causa de su suspensión-, habría sido una de las mayores atracciones turísticas de Chiloé y una valiosa muestra didáctica para los estudiantes de todos los niveles. Pero hubo otras cosas interesantes. Ya se exportaban los tejidos de las mujeres de Quinchao y cobraba mayor colorido y sentido la «Feria de Dalcahue».

Por entonces también se escribía sobre las cosas de la cultura. A los escritores chilotes residentes en otras ciudades y que publicaban sus trabajos fuera de la Provincia, se agregaban ahora los escritores locales con sus primeras líneas para rescatar las cosas simples del hombre anónimo con sus usos y costumbres, o sobre el habla popular con sus palabras vernáculas y sus arcaísmos españoles, aunque tales publicaciones fueran en cuadernillos baratos hechos artesanalmente, tan artesanales como la publicación de los poemas que tuvieron un lugar privilegiado con muchachos liceanos, y muy luego, con los jóvenes del Politécnico, generación pionera en el campo de lo poético dirigida por el ya mencionado y joven profesor Carlos Trujillo, pero también Renato Cárdenas y

que, como hemos dicho, hicieron posible alcanzar el punto más significativo del pensar poético en 1975 haciéndose rápidamente conocido en el sur de Chile. Estos talleres de espontáneos vates fueron la base de una nueva, y más pulida sensibilidad juvenil que dará mucho que hablar en los años ochenta.

Y los visitantes afuerinos de distintas procedencias, cuyo número seguía aumentando en la segunda mitad de la década, se fueron interesando por los choapinos y por las tinturas para colorear los tejidos, y la «Feria de Dalcahue» ganaba más y más prestigio, mucho más desde que se construyó un edificio -un gran «techo», en realidad- a propósito para la exhibición de la artesanía de la lana de las tejedoras de los alrededores, alentadas ahora por los foráneos chilenos y extranjeros buscadores de extrañezas. La lana alcanzaba una dimensión desacostumbrada, porque no sólo se apreciaban las delicadas confecciones de sabanillas, frazadas, chales, choapinos, sino por la gran demanda de ponchos, chombas, medias, gorros que comenzaban a usar los adolescentes chilenos cuando apareció la moda *artesa*. Las chombas *-chompas-*, mientras más burdas, mejor. Era la moda «protesta» a las formalidades, propia de cierta juventud que había comenzado insinuándose en los años sesenta y que en la segunda mitad de los setenta se consideraba super buena onda andar con jeans rotos con las hilachas colgando y encima una gruesa chomba chilota de color lila o granate, tan común en los estudiantes universitarios de fines de la década.

Pero, además de Dalcahue, apareció el Mercado de Artesanías de calle Lillo que era como un muestrario de mil cosas que ofrecía la industria casera. En aquel mercado se veían las mismas prendas de lana que en Dalcahue, pero por cientos y, además, las diversas figuritas de artesanía de madera, desde los curiosos *sachos*, pequeñitos, hasta cajuelas de alerce o ciprés, como cofrecitos, tan delicadamente hechos como los palafitos en miniatura que comenzaron a verse a fines de los setenta. Y las *roscas chonchinas*, el *licor de oro*, las mistelas que antes sólo podían hallarse en Chonchi y en casas particulares, se veían ahora en el Mercado de Artesanías de Castro, como preparando al turista para lo mucho que podría encontrar en sus incursiones por el Archipiélago. Chonchi, Achao y Quellón comenzaban también a mostrar sus propias artesanías a fines de la década y, obviamente, Ancud, con sus peculiaridades, como las famosas artesanías en *cancagua*, extraña piedra exclusivamente ancuditana, muy a propósito para braseros en el pasado, y salamandras en los años setenta, cotizadísimos por los visitantes continentales.

Y así, poco a poco, fue apreciando el chilote rural que su vida cotidiana estaba llena de cosas curiosas inadvertidas antes por él mismo, y que tanto

valoraban los afuerinos, como esa admiración por el «buen comer», pero también por costumbres como la esquila, el corte de leña que habilísimos hacheros picaban en un santiamén ante la mirada atenta de algún visitante sorprendido por la pericia en el manejo del hacha; o por la habilidad de las mujeres con el huso de hilar; o por la *maja* de manzanas en extraños artificios de madera, pero también juegos de raigambre colonial como los que se mostraban como en síntesis en el Parque Municipal cuando estaban feneciendo los años setenta, porque ese «Festival» nació verdaderamente costumbrista, como sigue siéndolo hasta el presente, radicando en ello precisamente su originalidad.

Y la «Peña Folclórica» de Castro que se insinuaba por los años sesenta, fue tomando cada vez mayor significación a pesar de nacer sin mayores pretenciones. Así como el «Festival», la «Peña» fue progresando hasta hacerse conocida por folcloristas de todo el país gracias al éxito que alcanzan, por lo general, las cosas espontáneas, pero realizadas con ánimo esforzado y con ese no se qué de positivo que tiene lo amateur. Con la «Peña» pudieron los campesinos y citadinos mostrar la música de cada pueblo, villorrio o isla de la Provincia, mostrar también sus instrumentos «hechizos», como les llamaban en los pueblos, y conocer la música campesina de otros puntos del país y a sus cantores y, entre todos, regalar ese mosaico de música, danzas e instrumentos a un público que disfrutaba con más placer que si estuviera en el Festival Folclórico Nacional de San Bernardo.

Gracias al estímulo de la «Peña Folclórica» de Castro, los setenta fueron también años en que comenzó la búsqueda de cantores espontáneos, de bailadores de *periconas* y *trastraseras*, de artesanos fabricantes de rabeles, y hasta *lloronas* de velorios se buscaron. Y, de paso, se intentaba llegar a acuerdo sobre qué era el vestir chilote. Ya se discutía si *tamangos* o zapatos; pantalón de *huiñiporra* o recto de tela; chomba de lana o camisa y chaleco; cinturon de lana blanca o cruda, o quizá de lanilla roja; sombrero o gorro de lana, o tal vez la boina sea lo más típico. O se vestía a lo veliche o a lo gallego. ¿Qué es chilote en el vestir tradicional?. Qué predomina ¿Chilhué o Nueva Galicia?. ¿Es, acaso, lo mismo el vestir en Castro, en los campos de la Isla Grande o en el Mar Interior?. Y era necesario saberlo, pues el folclor musical debía ir de la mano con la indumentaria correcta, y era necesario sobre todo, como respuesta a los conjuntos del centro del país que interpretaban música chilota vestidos como se imaginaban los santiaguinos el atuendo de los insulares, con todas las disonancias imaginables.

No se crea, sin embargo, que todas estas expresiones del mundo rural eran asuntos de primera importancia para los castreños o ancuditanos. En realidad

el hombre común ni se enteraba siquiera de las inquietudes de unos pocos sobre cosas tan folclóricas. Eran sólo unos cuantos «intelectuales» castreños, algunos foráneos y unos posquísimos chilotes rurales los que andaban tras estos asuntos. Pero, lo dejamos consignado aquí porque será el tema de los años ochenta.

Pocos, pero sensibles. Los jóvenes aprendían a descubrir tonos, formas y ritmos rurales en los años setenta, cuando el campo inmediato a Castro todavía comenzaba nítidamente en Gamboa y en Ten-Ten. Pero, el comienzo de la campiña era menos perceptible en La Chacra, ahora poblada por una larga sucesión de casas que terminaban raleadas en El Cruce. Sin embargo, no era El Cruce un lindero perfecto o estático como los anteriores. Todos los días una casa más invadía el campo y ayudaba a dilatar el ámbito urbano a costa de terrenos nunca antes concebidos como parte de la ciudad. El castreño había conservado hasta fines de los cincuenta una concepción medieval de su ciudad, concepción que comenzó a modificarse en los sesenta. En efecto, antes el castreño no era tal si vivía más allá del casco urbano. Y se lo hacían notar. Prefería sentirse siempre adentro, como a intramuros. No tenía vocación por los márgenes excepto si era muy pobre. Si tenía que construir su morada, buscaba un sitio en la traza urbana y se apretaba junto a otros vecinos. Desde esta perspectiva, Castro de los años pasados recordaba los burgos medievales. Estando dentro de la trama de calles se era urbano; saliendo del esquema se era rural. Durante la Colonia vivir a cuatro cuadras fuera del pueblo se era efectivamente campesino, es decir no se era vecino en estricto sentido, porque la vecindad se concebía como el estar mirándose unos a otros, separados por calles formales. Y así fue hasta los años cincuenta, cuando Castro tenía como límites naturales Gamboa, El Roble, y el Puentetierra. Por esos años vivir en La Chacra era vivir en el campo, sus extramuros

Pero, La Chacra de los setenta ya no existía como tal, pues estaba saturada de poblaciones que terminaron por romper el tradicional esquema de ciudad colonial circunscrita al preciso trazado regular del casco antiguo, cuyo límite poniente era allí donde calle Freire lindaba con los *quinchos*. Y es que en los setenta ya se había consolidado el tipo de ocupación asimétrica del espacio que se inició inmediatamente después del gran terremoto de 1960. Por eso, el campo no tiene un comienzo claro hacia el norponiente, porque es como terreno de frontera en perpetua transformación. Sólo hacia el sur se mantenía detenido el pueblo en el viejo barrio Gamboa, mientras que hacia el norte, el «Puentetierra» seguía siendo el límite natural, aunque ahora aquel sector llamado «Panamericana Norte» era concebido como barrio industrial, al menos en el papel, porque estaba casi vacío, excepto quizá, el Instituto de Educación Rural y las barracas

de madera de don «Tito» Vera. Nos queda la impresión que la primera vez que el castreño se dió cuenta de lo bueno que era el campo fue cuando se perdió La Chacra en los sesenta. Sintió lo que valían aquellos amenos y hermosos rincones, desde entonces desaparecidos bajo las casas y calles de cemento. Por entonces se iniciaba el tema de la identidad chilota y con ello se pasó al elogio, no sólo de la cultura, sino también de su basamento material y, al hacerlo, el paisaje comenzó a ser redescubierto por un nuevo ojo, una mirada más hospitalaria con los colores, con los sonidos, con los aromas que ofrecía lo que antes se miraba con la mayor naturalidad o indiferencia y hasta con rechazo, por representar la rusticidad, lo no transformado por el hombre. Entonces brotaron de los primeros poetas bellas palabras sobre la hermosura de los árboles, las flores, la vida de la gente, el paisaje animado por una vitalidad de hamaca, vitalidad casi dormida. La vegetación transformada en sombras por las noches y crepúsculos con árboles que parecían fantasmas eran impresiones de entonces recogidas por los adolescentes poetas espontáneos en hojitas de cuaderno.

Entonces por los años sesenta las cosas campestres comenzaron a tener para los castreños la misma atracción que la cultura del Renacimiento italiano sintió por lo bucólico, lo pastoril, o por esos imaginarios mundos de ensueño, de primaveras eternas, de jardines siempre en flor, de vegetación de colorido y fragancia soñadas. El campo toma casi siempre esa dimensión cuando las ciudades se hacen más complejas e impersonales. Entonces se escapa el citadino en demanda del aire puro, de la quietud del entorno que permite abrir los sentidos a la contemplación del paisaje, pero también a la observación cuidadosa de la vida sencilla de su gente, campesinos sin dobleces ni actitudes imitativas, gente hospitalaria, acogedora, guardadora de lo esencial de la cultura chilota que en Castro, por ser urbana, se vivía sólo a medias. Desde los sesenta comenzó a mirarse la ciudad de un modo más crítico en la medida que se hacía precisamente más fría la vida allí. Se explica entonces por qué el mundo campesino despertaba simpatía, admiración y no poco orgullo.

Ahora se descubría el paisaje o se miraba con otro interés. La salida de Castro a sus espacios inmediatos era todavía clara, porque el paisaje rural estaba suficientemente diferenciado del urbano hacia el norte y hacia el sur, tanto en el predominio de las líneas sinuosas de lomajes verdísimos y quebradillas bien pobladas de deliciosos matorrales, como en el quehacer de la gente. Los terrenos removidos en otoño, con sus tonos marrones cuando la tierra estaba aún suelta por obra del arado, o blanca en julio cuando caía la escarcha, o verde oscuro en diciembre, cuando las papas, remolachas y coles regalaban sus verdores en las pequeñas huertas que siempre estaban junto a las casas de

madera. Las cortas sementeras de trigo que veíamos a través de los cristales de los buses, como figuras geométricas de todas formas a ambos lados de la ruta terrestre; sembradíos amarillos ávidos de sol, con sus tonos casi otoñales en diciembre, con olor a espigas que hoy sentimos asociados a infinidad de pequeñitos saltamontes, infaltables compañeros de los tiernos tallos, más arriba de El Cruce, o en diversos parajes en el camino a Chonchi, a Dalcahue, a Achao. Y los terrenos en barbecho por aquí y por allá descansando del arado, recuperando el humus, libres del *gualato*, terrenitos apenas animados por unas cuantas ovejas que trajinaban perezosas dejando allí la *majada* o estiércol con el que los campesinos se ayudaban, a veces, para fertilizar las llovidas tierras, cuando no contaban con el guano o cuando estaban algo distantes de la marina para proveerse de la *lamilla*. Pero, esas mismas alegres y hermosas pampas estaban siendo invadidas por la plaga de espinos y zarzamoras, inutilizando el 10 ó 15% de la superficie arable de la Provincia, afeando el paisaje y dando la impresión de haber vencido al hombre en su esfuerzo por conservar el corto terreno de su minifundio.

Unos espacios cultivados, otros yermos; pampas onduladas y limpias entre Castro, Llau-Llao o Putemún; bosques intrincados de robles, coigües y mañíos al sur de Chonchi en terrenos más agrestes e incultos, a veces sombríos, cruzados por el camino recién abierto desde donde se apreciaba esa otra fisonomía paisajística de aquel Chiloé de los antiguos payos. Casitas por aquí y por allá a lo largo del litoral oriental, plateadas cuando viejas, casi asalmonadas cuando nuevas, color de alerce, o pintadas de celeste, azules, verdes o amarillos cuando llegó al campo la moda de colorearlo todo. Y, de pronto, un insólito caserío en Coquiao o en Puntra, aldeas de tierra adentro que animaban de algún modo aquellos campos casi vacíos con apenas algunas casitas raleadas a la vera del camino. Ofrecían la extraña sensación de terrenos y casas que iban pasando cuando se miraba el paisaje desde los buses «Cruz del Sur». Era el campo chilote más bello que productivo, el campo que apenas abastecía a Castro y Ancud con sus papas, sus trigos, sus beterragas, sus zanahorias, sus lechugas, sus repollos. Pero era hermoso verlo en invierno cuando la escarcha lo emblanquecía todo plateando la tierra, mientras los álamos, bien erguidos, pero desnudos y tristes, ofrecían sus ramas a los chicos que buscaban en ellas los «palitos» para las ondas. En otoño, estos mismos álamos se cubrían de hojas doradas, su adorno más hermoso y más breve del año. Entonces todo aquello parecía ser un canto a la naturaleza.

Pero, los álamos, pinos y eucaliptus llegados con la Conquista, eran pocos, y la vegetación nativa, mucha. Los avellanos tomaban colores increíbles en

diciembre cuando sus pequeños frutos estaban amarillos y rojos, como «bochitas». Sin embargo, estos mismos campos parecían mucho más hermosos en los años sesenta, cuando los chilotes recién estaban redescubriendo sus interiores a través del camino ha poco abierto. Entonces todo se veía de una pasada. En menos de 4 horas se echaba una mirada de conjunto cuando se hacían los primeros viajes en buses entre Castro, Ancud y Chacao. Parecía más bello, porque en los sesenta comenzó a mirarse el paisaje desde un ángulo inédito. No era como mirarlo desde el mar, obviamente, porque desde la marina Chiloé tiene otro look, su rostro histórico.

El litoral oriental, con sus bien diseñados campitos, estaba hecho para ser mirado desde la ruta marítima, desde las lanchas, goletas o vapores. Y es que frente al mar han estado siempre los pueblos y la vida. En cambio, recorrer la Isla en bus era hacerlo por los «riñones de la tierra», como llamaban al interior los españoles de la Conquista. Menos poblada era y es la tierra adentro y, por lo mismo, con un paisaje diferente en cuanto mayor presencia vegetal, pero también más novedoso, casi extraño en Piruquina, cuando la ruta terrestre parecía un tajo a través del manto boscoso que desde las alturas de Piuchué bajaba enseñoreando sobre las tierras llanas de aquel sector. Pero, el interior boscoso era y sigue siendo otro mundo entre Chonchi y Quellón, con un Pirulil más caótico que Piuchué y, al mismo tiempo desmembrado y lacustre, terrenos de virginal belleza, sin parangón en Chaiguata. Allí, tal como en Chepu o en La Montaña, al poniente de Piruquina, internarse en el bosque era la experiencia más increíble si se tenía ojos para ver y no sólo para mirar, pero también olfato para coger los aromas que ofrecían aquellas espesuras. Senderitos casi imperceptibles, apenas estrechísimas huellas se desprendían de la ruta principal para internarse al poniente, en San Pedro, cuando solíamos ir de paseo con el sólo propósito de sentir el murmullo del bosque. Afición de adolescentes por los años sesenta, buscadores de sensaciones nuevas, o simple retiro, en aquellos «montes». Diez metros bosque adentro bastaban para desorientar. Era increíble como se perdía uno sin atinar a coger los puntos cardinales para asegurar la salida. Y no faltaban quienes ya practicaban las excursiones, verdaderas aventuras a través del espeso bosque frío cruzando Piuchué hasta salir al Pacífico, como lo hicieron Medardo Urbina, Jorge Iturriaga, Roberto Barrientos y otros chicos en 1963, experiencias únicas por aquellas vírgenes montañas al oeste de Pid-Pid hasta la desembocadura del Río Abtao, pasando por los Pantanos de la Compañía, por los calcinados cipresales en «La Zapatilla», por «Los Tepuales», por los empinados alerzales y en medio de desconocidas plantas carnívoras.

En el interior sombrío y perennemente húmedo anda el *chucao* a saltitos, y

su *chiduc* parece desmesuradamente sonoro para tan pequeña avecilla. La acústica del interior del bosque hace su parte. Canta a la derecha, canta a la izquierda. ¡Cuidado si su canto viene de la izquierda!. Es mal agüero dice la gente. Allí mora también el *pudú*, chiquito, hermoso, asustadizo. Y en los claros, el pájaro carpintero haciendo retumbar el interior con su incesante picotear. Y allí mismo, en los pocos claros, el *pitío* y las lloicas de pecho colorado que alegran un tanto el sombrío, pero bello panorama de aquellos bosques que estan inmutables desde la Creación. Cuesta andar un par de metros en las zonas más espesas y de suelo disparejo, enrejado de ramas, de troncos caídos y resbalosos; terrenos de helechos, de quilas y de mil epífitas de hermosísimos colores que viven a costa de los esbeltos troncos de mañíos y de coigües con sus aromas increíbles.

En Alcaldeo, en las serranías del sur, se veían hacheros que iban a elegir los ejemplares para derribarlos, cuando tenía que hacerlo, pues los troncos ya caídos eran infinitos para cortar la leña que da calor a las cocinas y fogones. Alcaldeo huele a madera húmeda más que otros bosques, y a humus del suelo, a veces tan blando como esponja, formado por millones de hojas sobresaturadas de agua y en descomposición. No hay olor más extraño que el que ofrecen los bosques en sus partes más oscuras, olor a mundo sin sol, olor a sombra, olor pesado, olor musgoso. El bosque no se percata de las estaciones; pasa a través de ellas como si no existiesen. Nunca ha llegado el sol a la superficie; se queda detenido en las copas de los alerces, de los cipreses, de los robles, a 50 metros del suelo. Abajo, el mundo de las sombras eternas.

En los bosques del interior no se siente el amanecer como en los campos abiertos de pampas, de sotobosques más bajos y más humanizados que predominan en el lado oriental de la Isla Grande y en las islas adyacentes que en verano son mundos de luz. Y es que el oriente huele a amaneceres limpios y frescos, con ese aire no respirado y puro como se siente al despuntar el alba en Tocoihue, en San Juan, en Chelín, en Alao. Sólo césped, sólo ondulaciones herbaceas y quebradillas pobladas de matorrales que entran suavemente en contacto con la marina. Este es el paisaje que predomina en el litoral, antítesis del poniente deshumanizado y boscoso. Los montes del oeste nunca han sido hospitalarios con el hombre, pero sí los reinos del *trauco*, el embarazador de doncellas. Sólo los hacheros se dan licencia para profanar aquel mundo, previo ritual, como en la playa, el mariscador se vale del *treputo*.

El poniente se define, pues, en cuanto «monte». Es el prolongado espinazo vegetal de Piuchué que desde la carretera se divisa azúl -quizá debía llamarse

«montaña azúl»- y la desmembrada Pirulil, más áspera y desconocida que aquella. En el poniente, el hombre se muestra apenas como un detalle en Chepu o en Cucao, alegres descansos más o menos abiertos dentro de la abrumadora vegetación, de cara al Mar Bravo, como llamaban los antiguos al Océano Pacífico. El oriente, en cambio, es ámbito de lo humano, con su *bordemar* lleno de vida, mundo de las aldeas, de los simples caseríos, de los pueblos y de los caminos del mar, pero también de las siembras y de las capillas diseminadas que cobijan villorrios o solitarios templos esperando al cura; pero también estan allí las ciudades y la ruta terrestre que revertebró la Isla Grande en los años sesenta.

Y el castreño observaba todo esto en los setenta y tomaba notas sobre el modo de moverse y relacionarse de los chilotes con el entorno así del interior como del litoral y de las islas del Mar Interior. Los isleños, como siempre, en sus lanchas a motor o en sus lanchones a vela y con su tradicional indumentaria. Ahora, en los setenta, eran más las embarcaciones a motor y con cabina. Pocas goletas, chalupas y chalupones se veían en La Playa de Castro. Desde los años cuarenta se venía haciendo más general la adopción del motor entre los castreños, y los habitantes de las islas inmediatas de Quinchao, Quehui, Chelín y Lemuy también las hicieron suyas en los cincuenta. Las pocas embarcaciones a vela que había en los setenta fueron indentificándose con los isleños del oriente, como los de las islas Desertores y con los isleños más australes, como los de Cailín y los de las Guaitecas.

En lanchas a vela y a motor se comunicaban los chilotes marinos, como antaño, esquivando correntadas de pleamares y de bajamares rápidas en las angosturas entre islas; enfrentando los temporales con norte y con *travesía*, así en invierno como en verano, en un movimiento lento, pero sin pausa. No puede estar mucho tiempo quieto el isleño. Por un poco de yerba-mate el apiaíno de los setenta tomaba su lanchón y se largaba para Achao a comprar una porción para el todavía infaltable mate de las noches; o iba el alaíno a Puqueldón por la *chuica* de vino; o el de Chelín se movía a Chonchi por un poco de tabaco para el cigarrillo «hechizo» que todavía preferían los más viejos, reacios a las cajetillas y a los filtros; o embarcaba el añihuano a toda su familia para ir a vender sus papas a La Playa de Castro o quizá a Angelmó, y quedarse dos o tres días para deshacerse de lo poco que llevaba, visitar el pueblo y regresar después con el azúcar, la harina o el café necesarios. Los isleños orientales y meridionales se iban, todavía en los años setenta, a recoger el cochayuyo y el luche, y a las mariscadas con cocimiento de cholgas en enormes curantos para hacer *sartas*, y ahumar el pescado para vender todo eso en Castro pasando allí el *alojo* en la

goleta recostada sobre el limo con sus velas dispuestas en forma de carpa. Pero en la segunda mitad de los setenta, estos goleteros eran ya pocos. No se veían tantas goletas, chalupones y lanchones como en los años cuarenta y cincuenta. Había comenzado la era del motor y el ocaso de la *cultura del velámen*.

Las lanchas a motor eran ahora góndolas marinas que zarpaban de los pueblos e islas en demanda de Castro por las mañanas y regresaban por la tarde a horario fijo, porque en la década del setenta se introdujeron los itinerarios que puso a tono el Mar Interior con la carretera, los buses y los terminales. En cambio, los pocos goleteros que iban quedando tenían un movimiento mucho más libre. Se quedaban cuanto querían y se iban cuando les placía, porque eran navegantes particulares no sujetos a fiscalización para llegadas y salidas. El quedarse a pasar la noche era pintoresco en los años cincuenta, cuando hombres de distintas embarcaciones se juntaban a conversar al aire libre, sobre la cubierta y junto a la infaltable fogata que reeditaba en la embarcación el calor del fogón de las casas campesinas. Y seguía siendo pintoresco todavía en los setenta, cuando parecía que estas escenas eran sólo reminiscencias del pasado. Del pasado, porque, además de la perceptible agonía de la goleta y del goletero, el moverse dentro de la Isla Grande se hacía ahora abrumadoramente por tierra, al transformarse las viejas huellas de carretas y *birloches* en formarles caminos de ripio para vehículos a motor.

Unos eran lancheros, otros goleteros o chaluperos y, según la ocupación, eran *cholgueros* o *tableros* o leñeros o, quizá, *gateros*. Pero había también por esos años un personaje típico del mar que se movía en solitario, quizá acompañado de su perro o de algún ocasional amigo o ayudante. Era el cartero que andaba en bote a motor. Curioso personaje este cartero, porque su moverse era insólito. Iba en direcciones no acostumbradas y por rutas no transitadas. No eran muchos, es verdad, pero cada grupo de islas tenía un cartero que las atendía. Llevaba la bolsa con la correspondencia. Por eso le llamaban «*valijero*». Era lento. Llegaba a una isla y se echaba a caminar hasta la casa de tal o cual con una carta o paquete. Y allí se quedaba todo el tiempo que fuere menester, porque conocido por todos, no faltaban los convites, y así, el reparto de la correspondencia demoraba más que una carta a la China. Todavía existía este sui-generis bogador en los años setenta merodeando entre las Chauques y demás grupos de islas hasta las Desertores con su carga de noticias y paquetes que desde Puerto Natales, Río Gallegos, Esquel, Comodoro Rivadavia o Punta Arenas mandaban los padres a sus hijos o los hijos a sus mayores. Quizá ya no quedaban en el mundo carteros más singulares por el modo de moverse, y por lo esperados y atendidos que eran en cada isla, en cada aldea, en cada casa

cuando llegaban con sus valijas cargadas de buenas nuevas.

Pero, parece natural el moverse del isleño por mar. Tal vez porque es hombre tan connatural a la marina sorprenda su andar a pie y, sobre todo, su caminar por las calles de Castro. En muchos sentidos los años sesenta y principios de los setenta fueron tiempos de frontera para el isleño. No sólo porque los habitantes de las aldeas de la Isla Grande comenzaban a desplazarse en buses y a vestir algo más a la urbana, sino porque su caminar estaba siendo más sonoro. En efecto, a fines de los cincuenta, cuando los castreños citadinos andaban con pasos de suela sobre el pavimento, los isleños caminaban sus últimos silenciosos *tamangos*. El taco de suela y los «toperoles» eran urbanos, zapatos sonadores, extravertidos. El *tamango* de las islas era tan silencioso como el navegar de las goletas. Desde esta perspectiva nos parece que la calle Blanco de los años sesenta era todavía arteria de encuentro del caminar occidental y del caminar amerindio, cada cual con su propia resonancia. El sonoro pisar castreño constrastaba con el pisar isleño que era como un chasquido apenas perceptible, un pisar mudo, como queriendo pasar inadvertido. Pero cuando el isleño quería hacer notar su presencia, exageraba entonces caminando con «chuteadores» de sonoridad increíble por las calles del pueblo por los años cincuenta. Le gustaba pisar de ese modo porque provocaba ecos que resonaban a lo largo de las veredas de cemento y los citadinos volvían a él la mirada por lo insólito de ese pisar que lo sacaba de su anonimato. Pero en los setenta ya no eran necesarios los «chuteadores», ni los *tamangos*, porque se había generalizado entre los isleños el zapato de caña.

Obviamente, no era lo mismo navegar que caminar. En la chalupa actuaba como un lobo de mar que conducía la embarcación con la maestría del que conoce las rutas, los canales, las corrientes. En tierra era diferente. Se veía ciertamente lento; su andar vacilante, como de aprendiz; andar *añangao* decían los chicos castreños por querer significar inexperiencia en el uso del zapato y desconocimiento del pisar sobre el pavimento. Mientras en las tareas de la navegación era diestro, y mostraba personalidad, seguridad, fuertes brazos, tronco firme y recio pecho, para caminar sólo contaba con sus débiles piernas, piernas no habituadas al andar terrestre.

Otra cosa era la mujer isleña, la del chal, del refajo, de la pollera, de los pies descalzos que se veía aún en los años setenta llegar en bote, goleta o lancha. Pero, todavía se veían también aquellas que usaban zapatos sólo para ingresar al pueblo. Entonces, ya calzadas, reían, porque calzar era como un acto teatral preciso para acceder a la ciudad, tal como antaño, y hacerse «castellanas» por

un momento. Por eso, cuando lo hacían, sonreían como los niños, simulando enajenarse voluntariamente, abandonándose por un momento y procurando mimetizarse tomando la apariencia citadina, pero sin hablar, porque en el pueblo ajeno las isleñas se expresaban sólo con la mirada, sin recurrir a las palabras que las delatasen. El veliche habla observando; se expresa con los ojos, no con las palabras, ni mucho menos con palabras combativas, rencorosas, aquellas de lugares comunes, de origen blanco, lenguaje prestado, el arma del *otro* que los citadinos insisten en poner en boca de los isleños. El silencio ha sido el lenguaje del indio no manejado, aquel de alma introvertida que siempre se ha expresado con miradas de humildad y de respeto cuando está en el pueblo.

El mundo de las islas y aldeas pequeñitas seguía siendo casi incomprensible para el castreño común de los años setenta. A muchos citadinos les parecía que los parajes campesinos eran como mundos de dos esferas, ¡qué sencillez!: la del hombre y la de los seres míticos. Pero no eran esferas rígidas, sino en movimiento con vaivenes irregulares tocándose a intervalos y confundiéndose realidad y mito en cada uno de sus roces. La esfera mítica gobernaba el mundo con finísimos e invisibles hilos. La esfera humana conservaba su autonomía sólo cuando conocía y sabía usar de los ritos cada vez que ambas esferas se confundían. Entonces podían coexistir sin sobresaltos. Pero, al separarse el isleño de su medio e ingresar a Castro, parecía independizarse del esquema. Llegaba a la ciudad a fines de los sesenta queriendo mimetizarse con la «gente»; serlo en realidad, por un instante en un medio donde -excepto en La Playa- no existe más que la esfera de lo humano. Y se iba a Castro, porque el isleño gustaba de cuando en cuando romper temporalmente las ataduras de lo mágico. La goleta era su casa en movimiento. Con ella traspasaba las murallas invisibles para acceder al pueblo, al mundo del *otro*, allí donde habla con la mirada. Los castreños podían observar que sólo cuando el isleño regresaba a su goleta recostada en La Playa se volvía locuaz y extravertido, porque La Playa, su Feria del Mar, siempre ha sido una especie de extensión urbana de su Mar Interior. Sólo allí y en sus pueblos eran sonoras sus irrespetuosas carcajadas.

Pero, no todos se movían por mar. Había jinetes, aunque siempre fueron los menos. Quizá por los años cincuenta haya tenido el caballo su mejor época. Pingos corredores, de trabajo, tiradores, caballitos peludos que no eran más que mampatos por achaparrados. Antes de 1960 había marinos y jinetes en el litoral oriental, porque si no se navegaba, se cabalgaba por la orilla del mar entre los pueblos. Sin embargo, todavía había razones para cabalgar en los años setenta cuando dominaba la era de las micros. Los que vivían en parajes distantes de la carretera, debían levantarse muy de madrugada para llegar al

camino y alcanzar el bus a Castro. Por entonces era más o menos corriente ver que el jinete dejaba en el mismo paradero su ensillado pingo amarrado a un poste, árbol o cerco. Sólo bastaba que hubiese abundante pasto. Pasaba a buscarlo al regreso y ahí estaba el caballo esperándolo, sin faltarle ningún apero. Pero lo más prudente era dejarlo en casa de alguna familia conocida. Estos mismos desplazamientos hacia el paradero solían hacerse en carreta cuando el viajero debía tomar el bus para ir a comprar los sacos de harina, de azúcar, de afrechillo o, quizá, las planchas de zinc. Al regreso la carreta cargaba toda la compra para llevarla a casa. Por eso, también en los años sesenta y setenta, muchos campesinos que vivían junto a los caminos secundarios o a lo largo del principal, vendieron caballos y carretas para adquirir una camioneta aprovechando las franquicias aduaneras. Los viejos veían ventajas innegables en el vehículo a motor, pero algunos le tenían un miedo atroz. Los jóvenes, en cambio, se hacían choferes en un santiamén. Don Pedro Oyarzo Mancilla, con c. de Degañ adentro, con sus 80 años, aunque se «embarcaba» en la góndola, tenía un miedo insuperable a la camioneta de su sobrino, todavía en 1978.

El hachero se movía de otro modo. Andaba con paso cancino, pero seguro en las sinuosidades topográficas de la montaña; arrítmico por su pisar sobre suelo quebrado y saturado de obstáculos, calzando botas de caña bien alta. A veces se le veía sobre su trineo, necesario vehículo del monte cargado de troncos bien ceñidos gracias a los cuatro palos verticales que el hachero ponía en cada costado de aquel curioso *catango* para aumentar su capacidad. Era arrastrado por bueyes siguiendo atajos embarrados, oscuras huellas sinuosas y resbalosas en pendiente. Era un moverse lento y cansador en medio de la tupida vegetación. Los chicos solían ayudar en las faenas de acopiar la leña necesaria para calentar el fogón. Dos o más perros apuraban a los bueyes con sus movimientos y sus ladridos.

Sin embargo, ya no eran muchos los hacheros. Los papás y los hijos combinaban todas las labores del campo con la de hachear y cada verano se aperaban de la leña suficiente para el año. Cuando era para venderla en el pueblo, entonces se prefería talarla con la sierra eléctrica que se introdujo con el Puerto Libre. Por eso, ya no era necesario el hachero tradicional, porque aquel moderno artificio eléctrico terminó por imponerse. En un instante caía el mañío o el coigüe y aún el alerce, porque por los años setenta todavía no importaba mucho derribar este gigante milenario. Y, aunque por entonces quedaban algunos hacheros como los de antes, la sierra eléctrica que se hizo bastante común con el sistema cooperativo de los años sesenta, ya no faltaba en las casas vecinas a la montaña. Con todo el hacha seguía siendo indispensable

en la tarea cotidiana de picar la leña, así como el machete para cortar varas, boqui, quilas necesarias para construir *quinchos* y cercos.

Ya no estaban los hacheros de antaño, aquellos de andar pausado con el hacha al hombro a través de las pampas rumbo al monte. Imágenes cotidianas cuando los chilotes todavía vivíamos a intramuros. Un solitario y pequeño David vencedor de gigantes; gigantes de 50 metros hechos de alerce, y cuyas ruinas provocaban al caer, estruendosos quejidos en medio de aquellas espesuras. En las proximidades del monte podíamos reconocer los senderitos o huellas dejadas por los antiguos hacheros. Entoces, siguiendo estas sendas, podíamos ver en los años setenta, sus viejas casas o refugios de madera en medio de la vegetación que, ya abandonadas, estaban regresando a la naturaleza, confundiéndose con el paisaje circundante. La vegetación brotaba por entre las rendijas de las tablas. Mirábamos su interior a través de una pequeña ventana sin vidrios y descubríamos un enmarañado bosquecillo que devoraba la construcción, como ocurría también con los viejos molinos que solían descubrirse allí donde se encajona el riachuelo. La vegetación que nacía desde sus entrañas iba extendiendo sus tentáculos de helechos hasta salir por las ventanas y por las aberturas del techo. Entonces toda la casa se iba tornando verde. Por fuera, sus maderas húmedas, envejecidas, musgosas y colmadas de epífitas; por dentro, un jardín de anchas hojas de *pangue*. Era corriente ver estas cabañitas a los pies del monte levantadas por los leñadores en los comienzos de las enormes manchas boscosas en Piruquina adentro, ramadas con el piso podrido a punto de convertirse en tierra vegetal; paraíso de babosas que lentas se movían por las maderas frígidas y saturadas de agua, dejando sinuosas huellas plateadas. Casas fantasmas, quizá moradas de *traucos*, refugio ocasional de algún aventurero buscador de ganado cimarrón. Nada hay semejante a estas cabañas fantasmagóricas de noche. Ni el adobe de Chile Central ni la piedra del Norte Grande producen la impresión que la madera invadida por el superactivo mundo vegetal de Chiloé. El hachero las construyó y se conservaron mientras este existió, como en los tiempos coloniales, cuando el *tablero* cubrió de cabañas los parajes de Leteo, de Melipulli, de Bududahue, en el área de los alerzales continentales.

Y así, los campesinos, los navegantes, los hacheros de antaño, las pampitas claras decoradas de papales, los sombríos bosques poblados de *traucos* al acecho, las *mingas*, los *medanes*, las *tiraduras*, los mitos, las supersticiones, las creencias, todo iba siendo redescubierto.

Podríamos decir entonces, que los castreños de los setenta fueron enterándose

que las originalidades chilotas apreciadas y alabadas por los visitantes foráneos, eran todas creaciones rurales, y que el campo tenía mucho que ofrecer o, por mejor decir, allí estaba todo lo que se necesitaba para hablar con propiedad de cultura chilota, como las tan admiradas creaciones en lo gastronómico, en lo arquitectónico, en lo mitológico, en las relaciones sociales, en fin, en el modo de ser y en los usos y costumbres, íntimamente ligadas al paisaje o basamento material que permite a una cultura dar razón de sí misma.

Sin embargo, -como dijimos más arriba- no podríamos afirmar que los setenta fueron años de efervescencia por lo rural, sino más bien una década de observación, de información, de recopilación de notas con un interés más acentuado que en los sesenta, punto de partida para las reflexiones, análisis o sólo descripciones que verán la luz en los años ochenta, cuando Mario Uribe escriba sus crónicas y otros sigan sus pasos.

No cabe duda que el camino terrestre hizo su parte. Se fue introduciendo, poco a poco, hasta los más recónditos lugares de la Isla Grande, de Quinchao, de Lemuy, penetrando allí donde se refugiaba el mundo tradicional. Y el castreño, el chilote y el foráneo pudieron tener una más clara percepción de la Provincia como para trazar el perfil de la identidad. Conocimiento lento que comenzó en los años sesenta, tan lento como fue el avanzar de las obras viales, obras que en los setenta ya habían articulado el país chilote y algunos castreños podían, al menos, intentar hacer el boceto de un cuadro cultural que aún no acaba de pintarse.

Pero el camino que obligó al chilote a moverse de otra forma e introdujo el tiempo cronométrico en un mundo tan ajeno al reloj, aceleró también las mutaciones antes casi inadvertidas en la vida cotidiana de las áreas rurales. El castreño atento podía percibir en el corto lapso de una década, cómo el campesino iba abandonando ciertas costumbres y cómo adoptaba otras, y como era testigo de estos cambios, aunque sutiles, se fue interesando, también, por el fenómeno de la aculturación, interés que tendrá sus frutos en los trabajos de Renato Cárdenas, de Carlos Gómez, de Dante Montiel, de Mauricio Marino en los fértiles años ochenta para los investigadores-escritores castreños.

10.

DE LAS COMUNICACIONES INTERIORES, DEL RITMO DE LA EMIGRACION Y DE LA POBLACION DE CASTRO A LO LARGO DE LA DECADA

10. DE LAS COMUNICACIONES INTERIORES, DEL RITMO DE LA EMIGRACION Y DE LA POBLACION DE CASTRO A LO LARGO DE LA DECADA

El medio de comunicación terrestre estaba eclipsando rápidamente al mundo de los barcos. La Carretera Panamericana pasó a ser casi la única vía para desplazarse fuera de Chiloé. El tráfico marítimo quedó reducido a ocasionales recaladas de las motonaves regionales, mientras la vía aérea regular desaparecía completamente.

Viajar en barco a Puerto Montt era ya una rarísima experiencia a mediados de los setenta. Porfiada preferencia de los viejos, era más bien cosa del recuerdo, porque la irrupción abrumadora de los buses permitía ahora moverse con más frecuencia y con alguna comodidad en verano llegando a ser placentero y mucho más rápido a fines de la década, cuando el camino entre Castro y Puerto Montt era ya una sinuosa y hermosa cinta de cemento. Sin embargo, que llegara a ser completamente cómoda fue tarea que ocupó todo el decenio y a paso tan lento como lo permitían los inviernos. Con todo, la comunicación terrestre estaba abierta y el ritmo de la vida de los chilotes había entrado a un nuevo ciclo, porque la puerta terrestre estaba desplegada de par en par.

En los setenta, el tema era la pavimentación de la carretera, empeño que desde un comienzo tropezó con los inconvenientes climáticos, pero también con la falta de maquinarias adecuadas y en buen estado, cosa difícil de conseguir. Se consideraba tarea prioritaria dejar expedito el Longitudinal, al menos hasta Castro, como respuesta al constante aumento en el tráfico vehicular desde que se instaló el ferry en 1964. En 1970 estaba pavimentado entre Chacao y 10 km. al sur de Ancud, poco más abajo del aeropuerto Pupelde. Paralelamente y casi al mismo ritmo se avanzaba desde Castro al norte, progresándose a paso de tortuga, para desesperación de los transportistas y automovilistas. Hay que reconocer, sin embargo, que entre Castro y Ancud se transitaba relativamente bien en la estación de verano, por camino de ripio más o menos seco y compacto

En invierno, en cambio, se hacía difícil, no sólo porque la ripiosa ruta quedaba excesivamente blanda, sino por el continuo deterioro, los muchos hoyos y baches que se formaban de súbito, así como los puentes de madera, casi a medio caerse, tanto que los camioneros se persignaban antes de cruzarlos. ¡Y cómo no!, si había que pasar «a la vuelta de la rueda» sobre aquella armazón de tablas que crujían horrorosamente. Pero, los puentes también fueron reconstruídos a lo largo de la década gracias al «plan quinquinal» que se prolongó a los años ochenta.

El clima era el principal inconveniente. Pero, se avanzaba a pesar de todo. Cuatro años después, en 1974, sólo faltaba pavimentar unos 20 km. entre Ancud y Castro. Las obras progresaban a razón de 6 ó 10 km. por año y se dejaba preparado un trecho de 10 ó 12 km. para el verano siguiente. Los sectores no pavimentados en 1974 eran Mechaico-Puente San Antonio y algunos tramos en Puntra, Palomar y Casas Viejas. Nada se había hecho aún en el camino entre Castro y Quellón que seguía siendo de ripio y muy precario, especialmente de Chonchi al sur. Pero, estaba en los planes a futuro. La empresa «Loewe-Maldini» era la encargada de las obras viales, debiéndo enfrentarse a los mismos inconvenientes que la empresa «Belfi» en los sesenta, es decir, el exceso de agua que en un santiamén destruía buena parte o todo lo que se dejaba preparado, como el invierno de 1975 que fue especialmente dañino para la red caminera. Se pavimentaba aprovechando los meses menos lluviosos, y con apuro entre noviembre y abril, o mayo, a lo más, estirando mucho el otoño. Se echaba el cemento, y concluído, se esperaba el invierno para ver qué pasaba. Agosto ha sido siempre el peor mes del año con lluvias copiosísimas y repetidos temporales. Las aguas socababan los terrenos dejando colgado el cemento y, con el primer camión que pasaba, se hundía el pavimento y al cabo terminaba partido y en breve tiempo triturado. Sólo en la segunda mitad de los setenta, con no poco esfuerzo, se concluyó la pavimentación entre Chacao y Castro, al tiempo que se trabajaba en mejorar el ripiado del tramo Castro-Quellón.

Por entonces se concluyó la variante «Chiveo», para evitar la endemoniada cuesta del mismo nombre que tantos problemas causó en la década anterior en el camino a Dalcahue. En 1973 ya se evitaba esa pronunciada subida -o bajada, según de dónde se viniera- que al decir de los camioneros y microbuseros había estado allí para reventar máquinas. Paralelamente, y desde mediados de los setenta, se observaba una febril actividad en relación con los caminos secundarios. El de Quemchi a Dalcahue, por la costa, comenzó a ser tarea de primera importancia en 1974. En 1975 ya se podía viajar entre Castro y Tocoihue, vía Dalcahue. Al año siguiente se avanzaba en el tramo Dalcahue-

Calen, así como en el de Colo a Quicaví en demanda de Tenaún, en buena parte abierto por los propios vecinos. El mismo año de 1976 se transitaba entre Castro y Tenaún por la costa, a pesar de ser harto difícil, aún en verano. En invierno quedaba completamente intransitable. Por entonces, el sector oriental de la Isla Grande estaba en la etapa de frontera caminera, es decir, en sus inicios. En la ruta hacia el sur, se abrió el camino desde el Longitudinal a Queilen, más precisamente desde Aytui que hasta entonces era el punto máximo hasta donde podían llegar los vehículos por aquella lengua sudoriental de la Isla Grande.

Así pues, los setenta fueron años de la pavimentación de la mitad de la carretera y de la construcción de caminos interiores en la Isla Grande e islas inmediatas. En la década anterior había cuatro caminos transversales: el que salía desde el troncal en demanda de Quemchi; el de Castro a Dalcahue; el de Dalcahue a Achao, vía canal, y el de Castro a Rilán. En los setenta, como hemos dicho, se trazaron los caminos costeros entre Quemchi y Dalcahue, el de Chonchi a Queilén, pero también el de Quetalmahue a Aguí en el área de Ancud. Hasta en Aucar se construyó un puente en 1977, de 500 metros de largo entre este paraje y la islita del mismo nombre que desde entonces pasó a ser atracción turística. Se abrió también un camino de 2 km., aunque muy precario, entre Castro y la península de Ten-Ten; otro entre Achao y Chequián en la isla de Quinchao, y de Ichoac a Puqueldón en la isla de Lemuy, en 1976. La ruta terrestre se imponía en casi toda la Provincia y el moverse de los chilotes tomaba otro ritmo.

El camino de los setenta tuvo, también, significado por el modo de construirlos ya que se comprometían todos los vecinos con trabajos voluntarios y hasta se hacían *mingas de sendas*. En todas partes se formaban «comités pro-camino» y se ponían «manos a la obra». La Dirección de Vialidad los proyectaba y los pobladores se empeñaban en hacerlo realidad, aunque fuese abriendo una precaria huella que seguía las sinuosidades del terreno. Eran apenas hilachitas de camino, en realidad senderos estrechísimos que aparecían por aquí y por allá en el litoral oriental de la Isla Grande, precisamente donde estan situados los pueblos más antiguos. Especialmente notable era el entusiasmo con que trabajaban los vecinos del área Quemchi-Dalcahue y en el tramo Aytui-Queilen. El ripiado final corría por cuenta de Vialidad. Cuando se inauguraba un camino y pasaba la primera «góndola», salían los vecinos a saludar su paso con pañuelos, caras sonrientes y abrazos al chofer. Los pobladores no vieron en el camino un peligro para su cultura marítima. Al revés. Concientemente buscaron hacerse terrestres, y los dueños de lanchas de algunos pueblos, con gusto las vendieron para comprarse un camión o camioneta. Viajar por tierra era fabuloso para los

viejos marinos de goletas y chalupones. No hubo pueblo, por pequeño que fuera, que no formara su comité para abrir con su propio esfuerzo la deseada ruta aprovechando, a veces, las antiguas y tortuosas huellas de carretas y *catangos* existentes allí desde tiempos inmemoriales. Ahora, siguiendo las instrucciones de Vialidad, removían tierra, hacían rebajes o enderezaban las sendas hasta que Vialidad llegaba a darle el toque final con un ancho apropiado y con ripiado del espesor correspondiente. Ningún vecino se excusaba de contribuir en los trabajos. Había comunidades muy eficientes y otras no tanto. Dependía del número de pobladores y de la organización. Si faltaba el jefe organizador, el empeño fracasaba. En Queilen destacó un carabinero en hacer realidad la ruta desde Aytui. En Quetalco no faltaron las *mingas*. El profesor de la escuela llegó a ser fundamental en muchas partes y los alumnos también. Y de repente, en el primer invierno, por la empinada cuesta que baja al pueblo, se deja caer aquel torrente de agua que antes era neutralizado por el crecido pasto que hacía las veces de esponja. Y venía la avalancha, un río de súbito nacido que corría engulléndose la senda, convirtiéndola en cauce. En las pampas, en cambio, ni se formaban ríos ni se horadaba el césped, lloviera cuanto lloviera. Al verano siguiente se reeditaba el trabajo con el mismo empeño para dejar expedita la vía, hasta que el pluvioso acuarius se cansaba de castigar a los sufridos pobladores y permitía que la senda se connaturalizara con el paisaje y con el clima.

Fue en los setenta cuando dejó de servir el ferry «Alonso de Ercilla» en el cruce del Canal de Chacao, agotadas ya sus fuerzas, muy debilitado por el excesivo trabajo y contínuas reparaciones a que estuvo sometido por espacio de una década. En su lugar entraron a servir dos nuevos ferries que ahora eran más castellanamente, transbordadores, y con nombres locales, como la «Pincoya» en 1973 y el «Trauco» en 1975. El balseo quedó desde entonces mejor servido, porque las nuevas embarcaciones no estaban sujetas a reparaciones, precisamente por nuevas, y se contaba, tal como antes, con un servicio adicional de lanchas. En 1970 el «Alonso de Ercilla» hacía 127 viajes mensuales de ida y regreso, esto es, seis diarios entre Chacao y Pargua y otros seis entre Pargua y Chacao. Las lanchas lo hacían en uno y otro sentido 368 veces al mes. Entre estas operaba la «Don Amado», la barcaza «Cruz del Sur», «El Invunche» perteneciente a la empresa «Transmarchi», «Don Anestis» de don Constantino Kochifas, y la barcaza «Río Cisnes», esta última con 43 viajes al mes en uno y otro sentido en 1973. La «Pincoya» y el «Trauco» comenzaron haciendo 149 viajes mensuales cada una. Así, el Canal ya no era la barrera de antes; las comunicaciones se hacían cada vez más cómodas y rápidas, aunque todavía

faltaba mucho por hacer para que los turistas dejaran de protestar, sobre todo, por las largas esperas.

El tema más recurrente era el de los muelles del Canal construídos en los sesenta que, según los entendidos, necesitaban prolongación. Creo que en eso andaba don Danilo Bartulín en 1970 por encargo del Presidente Allende. Asimismo comenzó a usarse una rampa alternativa construída en Punta Coronel, al poniente de Pargua, por considerarse más a propósito para operar con mal tiempo. En Pargua y Chacao había muelles y rampas. A mediados de la década se optó por mejorar las rampas, criterio que finalmente prosperó dejándo en desuso los muelles. No obstante, y como decíamos, el cruce del Canal todavía no estaba en su mejor pie antes de 1973. En verano se formaban largas colas de vehículos esperando transbordador, tediosa espera que muchos no soportaban y regresaban a Puerto Montt. Y como esto atentaba contra el naciente turismo, se levantaron muchas voces castreñas y ancuditanas para mejorar el balseo. A mediados de los setenta ya parecía mejor, pero habrá que esperar hasta los ochenta para que el tráfico sea verdaderamente expedito.

Con el camino abierto hasta Quellón -aunque de ripio desde Castro al sur- comenzó a hablarse de unir por medio de transbordadores Quellón con Puerto Chacabuco, en Aysén, proyecto que se concretó en 1976 cuando la «Pincoya» realizó su primera travesía, aunque de prueba. Catorce horas duraba al viaje. Lo mismo se hará después entre Quellón y Chaitén, quedando, de este modo, unida la Isla Grande con el continente en sus dos extremos, punto de partida del tráfico vehicular hacia y desde Coyhaique, vía Chiloé, cuando la Carretera Austral «General Pinochet» se estaba abriendo paso por la fragosa, áspera y pluviosa geografía de Chiloé Continental.

Como hemos dicho, la vía marítima de cargueros y barcos de pasajeros, decaía día a día en los setenta. Sin embargo, en la comunicación interior, las embarcaciones menores siguieron siendo insustituíbles entre Castro y las islas y aún entre Castro y los pueblos que contaban con caminos terrestres. Desde La Playa salían lanchas a Pullul, Quento, Chañihue, Yutuy, Peuque, Lingue, Curahue y Quelque todos los días de lunes a sábado. Otras lanchas zarpaban a Puqueldón, Aldachildo, Pichilco, Chelín, Quehui y Detif, cuatro veces a la semana. Y otras lo hacían a Ichoac, Lincura, Lincay, Terao, Chullec, e incluso a Chonchi de lunes a viernes. Para entonces había itinerarios fijos de arribos y zarpes y crecía el número de isleños que llegaban a Castro por sus compras, ventas, trámites diversos o por simple curiosidad.

Pero el puerto era casi un fantasma. Las motonaves regionales como la «Capitán Alcazar», recalaban en Castro muy de tarde en tarde, y cuando lo hacían pasaban repletas, sin cupo para más pasajeros, a pesar de la «Río Cisnes» que se incorporó al recorrido en 1976. Lo mismo sucedía con los cargueros Los más habituales eran el «Tocopilla», el «Valdivia» y el «Concepción» que cargaban principalmente papas. El viejo «Navarino» seguía cumpliendo con el servicio de pasajeros y carga a Punta Arenas, pero ya en malas condiciones por sus años y sometido, por lo mismo, a periódicas reparaciones que lo dejaban fuera de servicio por meses. Otros barcos más pequeños, como el «Bucanero», se dedicaban al transporte de papas en 1974, mientras el «Cirujano Videla» que prestaba atención médica, ahora con asiento en Castro, recorría las islas y pueblos del Archipiélago hasta Aysén, por el sur, e islas del Seno de Reloncaví en la jurisdicción de Llanquihue, por el norte. Pero, el otrora activo puerto estaba moribundo. El golpe final de la actividad marítima llegó en 1980 cuando se ordenó el cierre de la Aduana y las mercaderías rezagadas se llevaron a Puerto Montt. Ese año prácticamente se decretó la defunción del otrora colorido puerto.

En el tráfico terrestre los recorridos aumentaban según se iban abriendo nuevos caminos. En 1970 los ya decanos «Buses Dimter», de Ancud, unían esta ciudad con Quemchi, recorrido que extendió después hasta Castro. La empresa «Hornickel», ancuditana también, lo hacía entre Ancud y Caulín, mientras «Flecha Azúl» se plegó al servicio Ancud-Quellón con dos buses Mercedes Benz, en 1970. En 1976 estaban activas en Castro la empresa «Cruz del Sur», «Buses Chiloé», «Regional Sur», que data de 1972; «Transmar», que servía la ruta Castro-Dalcahue-Achao; «Buses Arriagada» de Achao, que operaba desde 1962 también entre Castro, Dalcahue y Achao y que en 1976 extendió su recorrido a Tenaún, primero, y a Quemchi, después. Estos «Buses Arriagada» eran los que se aventuraban por el camino costero recién abierto en 1976, sirviendo la línea Quemchi-Aucar-Monte Mar-Colo-Quicaví-Tocoihue-Colegual-Puchaurán-Tehuaco-Dalcahue y finalmente Castro, después de 2 horas 45 minutos en cubrir el trayecto.

La «góndola» y sus itinerarios era desde luego, una cosa novísima. Con ella apareció el nuevo sentido del tiempo y, naturalmente, el reloj, de modo que la comunicación entre el campo y la ciudad tuvo que aceptar la tiranía de los horarios y también esas rarezas que eran las parrillas para los bultos donde los pasajeros ponían las infaltables chuicas. A unas mismas horas del día las huellas o senderos cobraban vida en dirección del camino principal y del paradero Tres, cuatro, diez personas caminando desde distintos sitios convergían allí a

charlar en esos calurosos y disfrutados preámbulos antes de subirse -«embarcarse»- en la góndola. Algo parecido se vivió en otros tiempos en la estación de Llau-Llao, Pid-Pid o Puntra cuando lo del tren. Pero, en los setenta la pintoresca vida de esas estaciones minúsculas del ferrocarril había quedado muy atrás.

Y allí en un punto del camino de los años setenta, la casa de don Nibaldo Barría, de dos pisos y bien construída por él mismo, toda de madera y pintada de verde. Unas delicadas cortinillas hechas a crochet cubrían las ventanas de marcos blancos que miraban al camino. A mediados de la década esta casa había quedado por casualidad a la vera de la ruta de ripio entre Chonchi y Queilén. Un poco más adentro se veían dos galpones donde se cobijaban algunas ovejas y dos vacas. El chiquero era un galponcillo estrecho, y afuera, dos gruesos troncos tirados y cavados a modo de bongos, tendidos con la cavidad hacia arriba. Todo tenía el mismo aspecto de antaño. En el mes de noviembre, los chicos salían muy temprano -antes de irse a la escuela- a echar la lavaza para los chanchos y sacar el ganado a una ondulada pampita que dominaba un espacioso sector enmarcado por precarios cercos de estacas donde todos los animales pastaban confundidos. Como a las 11 de la mañana, los dos perros descansaban, aunque siempre atentos a todo lo que pasara por el camino que de vez en cuando se veía transitado por algún vehículo.

Esta casa era también peculiar en otro sentido y del todo diferente de los años cincuenta, cuando pasaba en sus cercanías sólo una estrecha huella de carretas. Ahora con el camino era punto de encuentro de varias personas de los alrededores que dependían de la góndola. Los viajeros se juntaban en el improvisado paradero, como tantos otros, situado como a 50 metros de la casa. Los choferes se acostumbraron a detenerse allí. El paradero era la entretención de don «Niba», como le llamaban. Diariamente se acercaba a él por sólo novedear con los viajeros. Media hora de conversa con gente conocida. La góndola debía pasar a las 9:20, pero ya eran las 9:30. Atraso normal que se tomaba positivamente, pues, por lo general, la espera era muy entretenida. «¡Allá viene la condená!», grita una señora. La góndola se divisaba lenta en una curva como a 1 km. hacia el sur. Todos se apresuraron a coger sus bultos para subirlos a la parrilla que, al llegar la máquina -así le llamaban por entonces- se veía sobrecargada de paquetes.

No se crea sin embargo, que la micro borró de una pasada el ritmo de la vida de los campos, porque por novedosa que fuera no podía alterar, tan al principio, otra cosa que la forma de desplazarse. La vida familiar siguió igual

o casi igual que antes. En cualquier casa campesina de los setenta, se ocupaba el hombre por las tardes, tal como antaño, en arrear las ovejas al corral con la ayuda de los chicos y de los perros. Un vecino con un buen pasar solía tener dos bueyes, dos vacas, tres o cuatro cerdos y una veintena de ovejas. Así era en Huillinco, en Llico, en Puqueldón, en Quilquico. Al caer el crepúsculo se cerraba el telón de ese como escenario al aire libre. Adentro, en casa, las mujeres en sus cotidianas faenas en torno al fogón y aquella gran olla dominando la cocina con su oloroso cocido de mariscos o pescados, quizá un poco de carne ahumada de cerdo, y en la cacerola las papas cociéndose. En este ambiente, el mismo de los cincuenta, de los treinta, en fin, del siglo XIX, se reunía la familia a la hora de merendar y conversar sobre las cosas del día. ¿Acaso no es una síntesis de la secular cultura chilota centrada en el fogón?.

Pero, desde los sesenta había entrado la radio que se ganó un lugar en la mesa, y en los setenta la electricidad que liberó al campesino de la dependencia de las pilas, aunque estas reinaban todavía en los lugares más apartados hasta donde no llegaba el tendido eléctrico. Se comía oyendo anuncios comerciales castreños o ancuditanos, o las canciones de Olivia Newton Jones a fines de la década. Antes de caer la noche el bocinazo de la última micro de Castro que pasaba por la carretera ya pavimentada a la altura de Pid-Pid y junto a la casa de don Humberto Aguilar -»Ailare» pronunciaba la gente- se detenía a dejar el *encargue*: un quintal de harina que los chicos corrían a recibirlo llevando a cambio una tortilla calentita como retribución a la gentileza del chofer.

Los niños que antes caminaban kilómetros para asistir al colegio, ahora se valían también de la góndola. En el camino de Castro a Ancud era corriente verlos esperar el bus con el dedo parado y, bajo el brazo, sus cuadernos forrados con plástico. Se subían respetuosos saludando al chofer y a los pasajeros. El conductor, como todos los choferes de Chiloé, los llevaba gratis. Pero los niños acostumbraban a retribuirle con un huevito. El chofer lo recibía agradecido poniéndolo en una canastita que llevaba para tal fin junto a su asiento. A veces recibía un pedazo de queso o un «sanguchito» de carne o una tortilla de rescoldo. Era la costumbre. Los choferes de «Cruz del Sur» juntaban una buena cantidad de estos regalos entre Castro y Chacao, regalos que luego llevaban a casa. Era bueno ser chofer todavía en los setenta, y hasta hubo algunos que fueron premiados por las autoridades por su buena disposición para con los niños campesinos. Entre Pargua y Puerto Montt, en cambio el trato era más frío y los niños no estilaban dar nada. Al otro lado del Canal, los chicos eran otros y los choferes también.

Cuando se viajaba a Castro o a Ancud, regularmente los pasajeros iban mejor presentados, sobre todo las mujeres. Era el fin de los *tamangos*, de las *huiñiporras*, y de los *rebozos*. Era también corriente que cada uno llevara sus bocadillos o merienda. Pero ya se estaba acostumbrando el campesino a almorzar en Castro en alguno de los muchos restaurantes que comenzaron a instalarse a fines de los setenta en las proximidades del terminal de buses rurales de calle San Martín. Allí podía comer un buen «bisté» con papas fritas o arroz, o longanizas con puré y la infaltable Coca-Cola que gustaba tanto a los campesinos. Almuerzos livianos, es verdad, pero extraños e irresistibles para los aldeanos que acudían a Castro cuando estaba prendiendo el sistema de la «colación».

El número de buses que salía de Castro o llegaba desde el interior fue aumentando en el transcurso de la década, así como la afluencia de campesinos al pueblo. En 1975 los pasajeros que entraban y salían de Castro eran unos 3.000 diarios. Para todo este gentío había ya una buena dotación de taxis hasta taxímetros, así como taxis colectivos con sus bien señaladas líneas dentro del área urbana. Ese mismo año de 1976 Castro contaba con 41 taxis que se distribuían en tres paraderos. Asimismo se iba introduciendo el servicio de taxis rurales hacia los pueblos cercanos, como Dalcahue y Chonchi. El mayor tráfico terrestre hizo necesario hacer censos anuales de frecuencia de vehículos por los caminos de la Isla Grande y hasta se llegó a proyectar, en 1975, el cobro de peaje a todo vehículo que ingresara a Chiloé y, aunque no se concretó, se advertía que los camiones más pesados eran causantes del rápido deterioro de la carretera. El aumento de la circulación de vehículos iba de la mano con el mayor número de accidentes, generalmente a causa del mal estado de la ruta en la primera mitad de la década. El desbarranco de buses y camiones, sin ser demasiado frecuentes, causaba alarma. Y es que cada temporal dejaba infinidad de grietas y hoyos, trampas mortales cuando se viajaba de noche. En 1974 un bus volcó cerca de Chonchi dejando un saldo de seis muertos y cincuenta heridos, cifra escalofriante a escala local, y la gente no dejaba de comentar sobre los peligros que traía el progreso. El flujo vehicular que entraba y salía por el Canal de Chacao tuvo un sostenido aumento desde los años sesenta hasta 1972, pero experimentó notoria baja entre los años 1973 y 1975 a causa de los sucesos de Chile, para recuperar su carrera ascendente después. En 1969 entraron y salieron 39.319 vehículos de todas clases. En 1970 fueron 55.684; al año siguiente subió a 60.994, bajando en 1973 a 54.683 y en 1974 siguió bajando aún más, pues sólo entraron y salieron 45.556 vehículos, entre automóviles, camionetas, buses y camiones. Naturalmente, el número aumentaba en verano y disminuía mucho en invierno, siendo los meses extremos enero-febrero y julio-agosto de cada año. En enero de 1970, por ejemplo, entraron y salieron 6.000

vehículos. En el mismo mes de 1972 lo hicieron 11.835, cifra, esta última, la más alta de la primera mitad de los setenta. En enero de 1974 sólo lo hicieron 5.340, mientras que en el mismo mes del año siguiente se contaron 4.918 vehículos entrados y salidos por Chacao. En los meses invernales el tráfico llegaba al mínimo, porque quedaba limitado a sólo los chilotes. Así en agosto de 1970 entraron y salieron 3.020 vehículos; en el mismo mes de 1972 lo hicieron 4.335; al año siguiente -en agosto también- entraron y salieron 2.508, y en 1975, en igual mes, 2.707 vehículos de todas formas y tamaños.

Pero, como dijimos más arriba, a la par que mejoraban las comunicaciones terrestre y la Carretera Panamericana hacía más expedita la entrada y salida de viajeros, iban desapareciendo los barcos y, en general, la vía marítima entraba a su etapa crítica. Lo mismo pasaba con la vía aérea. Precisamente el tráfico aéreo regular que se inició a mediados de los años cincuenta y servido por LAN-CHILE, fue suprimido a principios de los setenta. Este servicio era ya muy irregular en 1971 y 1972 debido a la competencia que significaba la carretera, de modo que las oficinas de Castro se vieron forzadas a cerrar sus puertas. En la segunda mitad de los setenta llegaban sólo aviones particulares al aeródromo castreño, especialmente en verano, y para tan corto tráfico aéreo, muchos pensaban, y con sobrada razón, que el aeródromo debía trasladarse a Piruquina y dejar así espacio para la expansión urbana hacia Gamboa. Sin embargo, el Club Aéreo esgrimió razones, al parecer, atendibles, por lo que el aeródromo se mantuvo allí resistiendo todo intento de desalojarlo, mientras el pueblo clamaba por terrenos para su dilatación.

Desde otro punto de vista, las cosas habían cambiado mucho en Castro si las comparamos con mediados de siglo. En los años cuarenta, por ejemplo, no había más de 6 vehículos en el pueblo. En la primera mitad de los cincuenta eran unos 10, pero había subido a 80 en la segunda. A fines de los sesenta circulaban por las calles de Castro unos 400 vehículos y en 1976 había 681 de todos los tipos y tamaños. A fines de la década las cifras llegaban a 800. Significativo incremento debido, entre otras razones, a la carretera pavimentada y a la mayor extensión del pueblo que justificaba ahora contar con un vehículo -al menos así lo pensaban los vecinos más pudientes- o moverse en taxi o en los buses de la locomoción colectiva de la empresa «Miserda-Alvarez» que operó durante los años setenta. Y no podía ser de otro modo, porque el mejoramiento de la red vial y los asomos de modernidad hacia 1978, estaban produciendo los mismos efectos en todo el país.

Una treintena de buses de diversas líneas salían todos los días desde Castro

con destino a Ancud y Puerto Montt, así como a los diversos pueblos de la Isla Grande y Quinchao. La gente se movía más y hasta con alguna prisa. Más movimiento, más comercio después de 1974, más posibilidades de trabajo, al menos en los últimos años de la década. Y más gente. Parecía un pueblo que iba camino de absorber por sí mismo su propio crecimiento vegetativo, aunque la emigración seguía siendo una realidad. Pero el pueblo parecía algo mejor armado de posibilidades para sujetar un poco más a los castreños, a pesar de que en ciertos períodos hubo demanda de mano de obra desde otras zonas, demanda tradicionalmente irresistible para los chilotes, como la cosecha de fruta en la provincia argentina de Río Negro o los trabajos en la «Carretera Austral» que exigía la presencia de centenares de obreros insulares -urbanos y rurales- por más fuertes, resistentes y más habituados que otros chilenos a los rigores del clima en las fragosas espesuras de Chiloé Continental o Provincia de Palena, como comenzó a llamarse oficialmente desde 1976. Pero, este tipo de emigración era sólo estacional y comprometía más que nada a la población flotante y desocupada que, a su vez, era resultado de la migración interna, tan notoria en el período más difícil que siguió a 1973. Con todo, la salida de castreños era bastante menor en los años setenta que antes, ni era ya tan atractivo emigrar a Punta Arenas y mucho menos a Coyhaique, aunque no podríamos decir que el flujo hacia esos puntos se haya detenido completamente. Es verdad que el petróleo magallánico era una gran motivación para los castreños y chilotes en general, pero también es verdad que los buenos sueldos beneficiaban sólo a un corto número de isleños. Por otra parte, entre 1973 y 1977 no había adónde ir, pues en todo el país la cesantía llegaba a cifras históricas, mientras se ponía en movimiento la nueva política económica del Gobierno Militar.

Con todo, los que vivían «a medio morir saltando» con el PEM y el POJ y aspiraban a algo mejor, se las emprendían a algún sitio, aunque ya no necesariamente al sur. Las ciudades y pueblos desde Puerto Montt a Arica fueron la meta de estos nuevos migrantes castreños aventureros que salían a probar suerte, aprovechando que trasladarse en buses resultaba más rápido y más barato que pagar un pasaje en barco a Magallanes. El mayor número se iba a Santiago, la meta primera de todo migrante provinciano. Allí contribuía a engrosar el mundo de los cesantes, pero también hallaba el calor de la solidaridad en la «Colonia Chilota» que ya llevaba buen tiempo organizada como *Centro Hijos de Chiloé*. Pero Santiago no podía ser el único destino. Nos queda la impresión que la emigración se hacía ahora con cierta mayor desenvoltura y desprendida de todo el ritual que se acostumbraba antes cuando se emigraba a Magallanes. Ahora se quedaban allí donde encontraban un mediano pasar. Sin embargo, sin ser el sur el mismo imán de antaño, el número de chilotes que

residia en Punta Arenas en los años setenta representaba el 20% de los 90.000 habitantes que, por entonces tenía aquella ciudad, a lo que habría que agregar un 30% más de hijos de isleños, lo que venía a significar también, que Punta Arenas era -y sigue siendo- la más grande ciudad chilota.

Los castreños se iban como siempre, pero ahora de a gotas. Se notaba que la emigración hacia el exterior se estaba deteniendo. Eso se apreciaba a simple vista, aunque estaba aún lejos de pararse completamente. Ahora, en los setenta, mostraba también una dinámica distinta a causa de las migraciones internas. En efecto, el movimiento se iniciaba en el campo, bastante marcado desde los sesenta cuando comenzaron a producirse los desplazamientos en cadena inmediatamente después del terremoto. Desde entonces el campesino comenzó a cambiar su minifundio y la vida rural por las supuestas mejores expectativas que ofrecían los centros urbanos de Castro, Ancud y también Quellón, pueblo este último que estaba ejerciendo una moderada atracción en los setenta. Y, así los tres pueblos chilotes iban sobresaturándose de desocupados provenientes del campo. Trecientos o cuatrocientos «parados» en Castro o en Ancud a mediados de la década del setenta, causaban problemas insolubles que no podían resolver los mecanismos del «Plan del Empleo Mínimo». Estos campesinos que acababan de acimentarse en Castro, eran los que más apetecían contratarse en el PEM entre 1973 y 1978, mientras el obrero citadino que despreciaba tales míseros jornales, se veía obligado a salir de Chiloé en busca de trabajos mejor remunerados.

Por otra parte, si volvemos la mirada hacia atrás, observaremos que en los años cuarenta y cincuenta la migración interna rural-urbana era más femenina que masculina. El hombre salía también de sus islas hacia Castro, pero con un objetivo diferente: embarcarse para Aysén o Magallanes. Las mujeres isleñas, en cambio, se quedaban en Castro por el servicio doméstico que, por entonces, era la mayor aspiración que podía tener una adolescente rural. Por eso mismo era perceptible que hasta los años cincuenta y comienzos de los sesenta, el área urbana de Castro mostraba una notoria desproporción de sexos, con más mujeres que hombres, porque al tiempo que las mujeres citadinas castreñas no emigraban en la misma proporción que los hombres, la constante afluencia de campesinas ayudaba a incrementar aún más la población femenina en el pueblo. Así era antes. Pero en los sesenta y setenta el flujo rural hacia Castro comprometía, por lo regular, a todo el grupo familiar. El interés de las mujeres solteras seguía siendo el mismo, es decir, contratarse en casa particular, ahora con el nuevo nombre de asesoras del hogar, mientras las casadas hallaban amistad entre las

otras mujeres rurales en los barrios periféricos agrupándose en torno de los «Centros de Madres» y «Junta de Vecinos».

La gran cantidad de desocupados que había en Castro a mediados de la década, en parte a causa de la migración interna, hizo que la otrora tranquila vida pueblerina viera arreciar los delitos, llegándose a contar 500 robos y demás atentados en 1979. Pero también el mismo año había otros más preocupados de superarse, pues más de 300 adultos estaban tratando de completar su Educación Básica, lo que indicaba, de paso, que había un nuevo espíritu en la gente del pueblo.

Pero la migración interna desplazó -como decíamos- a muchos jóvenes urbanos de las peguitas ocasionales y de poca monta, quienes salieron a buscar en el continente posibilidades de realización personal. El irse a alguna parte ha sido históricamente un impulso casi irresistible para el chilote. Pero también el regresar. Emigrar tiene aún para los isleños el mismo valor que para los españoles de los siglos XVI al XIX, en cuanto a admitir como única verdad que el progreso no se alcanza sino saliendo de su lugar de origen, porque pareciera que cualquier sueño, por utópico que fuera, podía ser posible lejos del terruño. Unos 400.000 chilotes o de ascendencia chilota vivían más allá de las fronteras de la Provincia en los años setenta. Con ese gentío que poblaba principalmente el extremo austral a ambos lados de la cordillera, se habrían saturado Castro y Ancud, las islas menores y aún el interior de la Isla Grande que aún permanece vacío. ¿Sería capaz el Archipiélago de contener medio millón de habitantes?. Lo cierto es que desde los tiempos coloniales, y aún en los tiempos amerindios, las islas menores han mantenido casi la misma población con apenas insignificantes variaciones. Hay una especie de equilibrio natural entre la mezquindad del medio geográfico y la población de las islas como Apiao, Alao, Chaulinec, y demás pequeñas. En parte se explica por el minifundio, cuyas divisiones y subdivisiones tienen necesariamente un límite, después de lo cual no hay más remedio que salir a buscar la «Ciudad de los Césares» esté donde esté. En una isla cualquiera de las menores nacían, por ejemplo, seis, y morían tres adultos en el año. De los seis que nacían, tres emigraban al despertar la adolescencia. No regresaban, excepto de visita, o ya ancianos, cuando el andamio de los huesos comenzaba a debilitarse. En algunas islas predominan hasta hoy las mujeres, muchas solteronas, aquellas que no encontraron en sus islas hombres con quienes casarse.

Mientras los Archipiélagos del Mar Interior sólo tenían la población que podían mantener, el interior de la Isla Grande permanecía casi completamente vacío. Precisamente, por la escasísima población de aquel enorme espacio se

sugería en 1975 abrir Chiloé insular a la colonización, tal como se intentó a fines del siglo XIX con europeos y tal como se los quiso poblar cuando la construcción del ferrocarril de Ancud a Castro en 1913, sin ningún efecto positivo, porque el chilote prefería vivir apegado a la orilla. Ahora en los años setenta tampoco se pudo verificar el poblamiento de aquellos interiores distantes de la marina, porque la petición o proyecto no fue siquiera estudiado. Parece que esta idea, entre otras, estaba en carpeta de la «Comisión Nuevo trato para Chiloé» de 1975 y siguientes. Sin embargo, y a pesar de todo lo dicho, el grueso de la población de la Provincia de los años setenta seguía residiendo en sus campos e islas de poblamiento tradicional. En 1975 el 70% de los chilotes eran rurales y de éstos el 66% vivía en minifundios de 0,5 a 20 hectáreas, con una economía de autoconsumo, incapaz de producir excedentes para la comercialización.

Pero, admitiendo que la migración hacia el exterior continuó, era bastante perceptible su menor ritmo en Castro. El joven salía al continente a buscar trabajo, obviamente, pero también a estudiar a las universidades. Sin embargo, era muy notorio que el pueblo tenía mayor número de lolos y adultos jóvenes de residencia permanente, sobre todo después que se superó el período crítico en la segunda mitad de la década, cuando hubo mayor demanda de mano de obra en los trabajos viales, en la pavimentación, en la construcción. Los empleos en casas comerciales eran posible -piénsese, por ejemplo, que entre octubre y diciembre de 1979 se abrieron 42 nuevas casas comerciales en la Provincia, la mayor parte en Castro-, así como en los bancos y oficinas públicas. Hasta cierto número de profesionales chilotes recién salidos de la universidad podían labrarse un pasable futuro instalándose en Castro con un consultorio médico, con un «buffette» de abogado o una oficina de contador o de arquitecto. Una vacante en el Liceo o en el Instituto Politécnico también era posible -con un poco de suerte si no se tenía alguna mancha política- para profesores de Educación Media. Por eso se veía más juventud que antes y más gente de edad intermedia, así hombres como mujeres; menos que lo normal, es cierto, sobre todo si la comparación la hacemos con cualquier otra ciudad mediana de Chile Central, pero más gente joven que antes, al menos más que en los años cuarenta y cincuenta, cuando el pueblo estaba hecho de muchos chicos, poca juventud adolescente y muchos viejos de tercera edad. Eran tiempos en que todos se conocían.

Y así, a fines de los setenta, hasta el más distraído se daba cuenta que la base de la población era mayoritariamente joven, no sólo porque a los chicos se les veía pulular por todas partes, sino porque bastaba con mirar las estadísticas

de matrícula para darse cuenta que en los diversos colegios había más niños, tanto que el alumnado básico se había triplicado respecto de los años cincuenta, mientras la población adolescente y veinteañera era también más numerosa y, además, estable, haciéndose notar en la vida cotidiana con su extraversión y con sus fiestas que no tenían nada que ver con los viejos «malones» de antes. Este rostro más joven de Castro contrastaba con la apagada vida de otros tiempos, como en los cuarenta, cuando los pocos hombres, aquellos de abrigo y sombrero, se veían parados en la puerta del Correo con esa tristeza inmensa de los domingos por la tarde, así como la explosiva y breve sociabilidad por las noches en el Palace que daba la impresión de gente escapada del tedio de la casa. En los setenta, en cambio, todo parecía más espontáneo y más dinámico. La juventud tenía algo que decir. Es verdad que sólo un poco más que en la década anterior -un foráneo visitante no lo habría notado- pero ese poco más parecía bastante significativo a escala local. No obstante, la población juvenil no lo explica todo. Las estadísticas que daban cuenta del número de jóvenes, muestran sólo un moderado aumento. Se trata más bien del estilo más abierto de la nueva generación, más explosiva y más dueña del mundo, o quizá era que los adultos mirábamos la vida urbana desde otra perspectiva, aquella que ve las cosas precisamente desde la adultez y que, por lo mismo, todo lo que veíamos nos parecía más juvenil y bullicioso.

Por otra parte, en los setenta se notaba -a diferencia de los sesenta- un mayor equilibrio de sexos junto con una mayor espectativa de vida. La población se triplicó respecto de los años cincuenta y, por lo mismo, hubo un momento en que casi de repente se perdió ese conocerse «de vista» que había sido tan normal entre los castreños de antes, o el «conocerse de nombre», o por el apodo. Claro que este vivir entre extraños comenzó a notarse después del terremoto cuando unos se fueron y otros llegaron. Las caras iniciaron sus mutaciones, sus relevos, desde entonces, y en los setenta los adultos sólo conocían los rostros de antes, pero los de antes eran ya pocos y los nuevos, muchos. Cuando se pasó de la etapa cancina a la otra de andar por las calles un poco más de prisa y entre rostros desconocidos, cuando la vida se tornaba algo más impersonal, y cuando para conocer a una persona había que presentársela, entonces parecía que el pueblo estaba viviendo esa experiencia fronteriza entre la vida parroquial y la propiamente ciudadana con poco de lo antiguo y mucho de lo nuevo. Los castreños residentes fuera de la Isla y que llegaron a presenciar el Campeonato Nacional de Fútbol Amateur de 1974, reconocían los signos de este tránsito, cuando casi perdidos en las calles buscaban rostros familiares fijando su atención en los hombres canosos que, por cuarentones, cincuentones o sesentones, pudieran ser, tal vez, los amigos o conocidos de la infancia. Y de repente en

medio del gentío anónimo, una cara de aquellas que se buscaban con toda la emoción del encuentro y el abrazo fuerte, prolongado, efusivo, porque ese rostro representaba un pedazo del mundo que un día dejó al emigrar.

Así como los setenta fueron años en que salió mucha gente, fue también la década en que regresaron no pocos castreños. Entonces se podía notar que una cosa era el regreso temporal, por el verano, y otra muy distinta era el retorno definitivo, como los que volvieron en los setenta empujados por la desocupación que afectó a todo el país. Entonces saltaba a la vista esa como sicología del emigrante-retornante que debía afrontar el regreso donde todavía vivían muchos que lo vieron salir un día a conquistar el mundo rompiendo las ataduras que lo ligaban a un medio que no respondía a sus espectativas. No era, sin embargo, muy frecuente el regreso de jóvenes residentes en el centro del país, a no ser entre 1973 y 1976. Sólo los viejos solían regresar a terminar sus días en Castro. Más corriente era ver retornar a adultos desde la Patagonia con algún dinerito para reiniciar su vida familiar en Chiloé, reparar o construir su casa o comprarse un terrenito. La añoranza de la tierra y, a veces, la discriminación sufrida en Comodoro Rivadavia, los empujaba a volver.

Se podían descubrir las distintas actitudes del retornante. El que regresaba del sur conservaba la misma humildad que tenía al salir. El que retornaba del centro o del extranjero, aunque volviera fracasado, no dejaba de hablar de sus experiencias en Chile o en países extraños, pero cuidándose de no confesar sus infortunios. En realidad se pasaba una película que terminaba creyéndosela él mismo. Nos queda la impresión que nadie se vanagloriaba más que el chilote que regresaba desde el extranjero, actitud que parece connatural a todos los isleños del mundo. En las conversaciones en torno a unas botellas de chicha, lo que con más gusto contaba el chilote «patiperro» era sobre los países que visitó, el dinero que ganó y, sobre todo, las mujeres que conoció. Pero, el fracasado no siempre regresaba. Prefería sufrir la indigencia lejos de su tierra que verse en la humillación de volver en la inopia. Entre el exitoso-ostentoso, que también los había, y el fracasado existía un abismo de diferencia que no quería sufrir el último.

Y así, con el crecimiento vegetativo, con la relativa detención de la emigración, con el regreso de algunos ausentes y con la llegada de no pocos foráneos, se incrementaba la población urbana de Castro. Nada espectacular, por supuesto, incluso menor que otras ciudades medias del país, pero aumento al fin y bastante significativo a nivel provincial. Por esto y por aquello, la población urbana que en 1960 era de 7.001 habitantes había subido a 11.180

en 1970. Pero, aunque parezca de «Pero Grullo», una cosa era mirar la ciudad a escala provincial y, otra muy distinta era verla a nivel regional, donde el crecimiento urbano de Valdivia, Osorno y especialmente de Puerto Montt, no ofrecía punto de comparación con el lento y casi imperceptible desenvolvimiento demográfico de Castro. Y así, a pesar del mayor gentío que los castreños podíamos notar en la ciudad de los setenta respecto de la década anterior, no es justo humillarla frente a las «grandes» capitales provinciales de la Décima Región, sino cotejarla con sus congéneres «medianas», por no decir pequeñas, como La Unión, Puerto Varas, Ancud, Puerto Aysén, Coyhaique y Puerto Natales. Entonces tendríamos que decir que el año 1970 Castro ocupaba el 5° lugar entre las siete mencionadas, con leves diferencias de población, pues el censo de ese año y tomando en cuenta sólo el área urbana -otra cosa es la comuna-, la primera en tamaño y población era Coyhaique con 16.096 habitantes, notable crecimiento pues de aldea que era en 1930 pasó a ciudad opacando a la más antigua Puerto Aysén, su vecina. En segundo lugar, La Unión con 15.239 habitantes, seguida de Ancud con 11.923, luego Puerto Natales con 11.481 y Castro con 11.180. Después venían Puerto Varas con 10.883 y finalmente Puerto Aysén, casi detenida en sus 7.140 habitantes. En el contexto nacional, Castro ocupaba el lugar N° 68 entre todas las ciudades chilenas el mismo año 1970, luego de haber estado en el rango 74 en 1950 y en el 78 en 1960.

Esto era en 1970, es decir, cuando se daba cuenta del estado alcanzado por la población castreña en la década del sesenta. En los años que siguieron a 1970, en cambio, el crecimiento demográfico de Castro fue notoriamente más rápido, alternando el orden respecto de las jerarquías urbanas de las ciudades citadas. Y así, según estimaciones correspondientes a 1975, Castro contaba con 13.000 habitantes urbanos, cuando la Provincia tenía 101.773. En 1979 bordeaba los 16.000 habitantes, mientras la población de toda la Provincia era de 119.730 en 1976, sin incluir Chiloé Continental y las Guaitecas, segregados de la jurisdicción de la Provincia por el nuevo diseño político-administrativo de 1974. Otra cosa era la comuna de Castro, formada por una angostísima franja territorial de poniente a oriente, es decir, desde el Pacífico hasta un corto trecho del Mar Interior, mientras que de norte a sur no comprendía más que unos pocos kilómetros apenas más allá de la periferia del pueblo. La superficie total de la comuna era la más pequeña de la Provincia y cuatro veces menor que la comuna de Ancud. En efecto, el área de la comuna de Castro tenía 427,3 km^2 y la de Ancud 1.743,4 km^2. De ahí también que la comuna ancuditana estuviera ligeramente más poblada que la castreña. La densidad de población de la comuna de Castro, en cambio, era muy superior a la de Ancud, ya que la primera tenía 53,40 h/km^2, una de las más altas del país, y la segunda sólo 13,85 h/km^2 en

1975. En 1974 la comuna de Castro contaba con 22.829 habitantes y la de Ancud con 23.103. En 1976 la población comunal castreña había aumentado a 24.543 habitantes y la de Ancud a 25.840. Al año siguiente la primera tenía 24.672 y la segunda 26.410 habitantes. Eso representaban las comunas. Las áreas urbanas de ambos pueblos mantenían casi el mismo ritmo demográfico. En 1976 se calculaban 13.700 habitantes para Castro y 14.700 para Ancud. En cuanto al crecimiento vegetativo anual era de unas 800 personas en cada uno de los pueblos a principios de los setenta.

En Castro nacían más niños que en Ancud, pero morían más y se casaban menos. En 1973, por ejemplo, se celebraron 168 matrimonios en Castro y 200 en Ancud. Los nacimientos fueron 1.031 en Castro y 775 en Ancud, mientras que en la primera fallecieron 244 personas y 165 en la segunda. Bastante más alumbramientos había en Castro, pero no todos lograban sobrevivir. En el área castreña la mortalidad infantil era de 110 por mil en 1972, más que en Ancud y lamentablemente una de las más altas de Chile. En las islas todavía predominaba la costumbre de llamar a la partera; la higiene no andaba bien en los sectores periféricos del pueblo; el cuidado de los lactantes dejaba mucho que desear. Al primer signo de enfermedad se llamaba a la curandera con sus brebajes. Sólo si se prolongaba mucho el mal se acudía a la posta o al hospital. Sin embargo, en 1973 la mortalidad infantil había bajado al 60 por mil y siguió mejorando a lo largo de la década gracias a la construcción de postas de atención médica que poco a poco fueron desplazándo a las parteras y meicas rurales. Todo Chiloé se vió beneficiado con nuevas postas. Estas eran 27 en 1974. Ese mismo año había otras 22 en construcción y 150 estaciones médico-rurales proyectadas. además de la atención prestada por las motonaves «Ana María Yurisic» y «Cirujano Videla» que cumplían una extraordinaria labor así en la jurisdicción de Castro como en toda la Provincia. Había suficiente número de médicos en la ciudad, pero faltaban en la comuna, porque los diversos lugares y pueblitos de la jurisdicción no estaban en condiciones de acoger a facultativos permanentes, ni éstos se interesaban por residir en tan apartados lugares. Y así, el más vigoroso crecimiento vegetativo que Castro mostraba en los setenta, se veía detenido, en parte, por la alta mortalidad infantil en la comuna.

Pero, la nueva división político-administrativa del país contribuyó también favorablemente al desarrollo poblacional y trajo beneficios de todo orden en Castro. En primer lugar, Chiloé quedó situado en la Décima Región, junto a Llanquihue, Osorno y Valdivia. No obstante, la regionalización no dejó contentos a los chilotes. ¿Y cómo habrían de estar conformes si no se sentían identificados con el continente inmediato ni veían con buenos ojos una unión político-

administrativa tan artificial?. A simple vista parecía seguro que el Archipiélago quedaría en condiciones de Cenicienta frente a las otras. Así al menos opinaba la mayoría. Sin embargo, de nada valió quejarse. Pero tampoco era posible pensar en el sueño de algunos de hacer de Chiloé una región autónoma. Con todo, ésto trajo algo positivo, al menos para Castro, porque obtuvo la capitalidad de Chiloé por estar esta ciudad en mejor situación geográfica que Ancud por situada en el área más poblada del Archipiélago. Esta trascendental decisión del gobierno permitió a Castro recuperar el rol que había perdido en 1826, lo que fue muy bien recibido por los castreños y hasta con indisimulada euforia.

El cambio de capital significó un duro golpe para los ancuditanos y una comprensible alegría para los castreños, porque con esto se desequilibraba la balanza en la tradicional competencia entre ambos pueblos chilotes. La decisión gubernamental tomó tan de sorpresa a los del Pudeto como a los del Gamboa. En Ancud cundió el pesimismo y el desgano. En Castro, lo contrario. Pero luego del primer impacto se movieron los ancuditanos con sus bien organizadas autoridades y vecindario con el propósito de obtener la revocación, pero sin efectos ningunos. La decisión estaba tomada y los fundamentos del gobierno eran irrebatibles. Ahora Ancud pasaba a depender de Castro. Se alteraron los papeles y las jerarquías. Sólo el obispado permaneció en Ancud, porque la esfera eclesiástica nada tenía que ver con el régimen político-administrativo. Pero, para colmo, los foráneos y también no pocos castreños, comenzaron a llamar catedral a la iglesia franciscana de Castro, y sólo iglesia y aún capilla a la de Ancud, cuando todavía estaba en los inicios la construcción de la nueva catedral de esa ciudad. En las postales decía «Cathedral of Castro» para desesperación de los ancuditanos. Eran simplezas, pero importaban mucho en la segunda mitad de los setenta, cuando renacían los recelos entre ambos pueblos chilotes.

Las razones del cambio de capitalidad: Castro tenía casi la misma población que Ancud; su jurisdicción era la de más alta densidad dentro de la Provincia; su ubicación geográfica ofrecía ventajas para hacer de Castro un polo de desarrollo a partir del cual se beneficiaría todo el Archipiélago. El cambio de capitalidad exigía una mudanza completa a corto y mediano plazo de todos los servicios públicos que estaban en Ancud y que debían trasladarse a Castro con sus 376 empleados que sumados a sus familias llegaban a 1.500 personas, sin contar a Carabineros y otras oficinas. Se aceleraron los trabajos para terminar la construcción del edificio de la Gobernación Provincial y Servicios Públicos de Castro que, habiéndose iniciado en 1972, se entregaron sólo en las postrimerías de 1976. Sin embargo, para dar cabida a ese millar y medio de personas, Castro

no estaba preparado, pues por entonces había fuerte déficit habitacional a pesar de las nuevas poblaciones levantadas durante la década. Por eso y por otras razones la transmigración de empleados de Ancud a Castro recién concluye en 1980.

11.

DE COMO LUCIA LA CIUDAD EN LOS AÑOS OCHENTA Y DEL NUEVO DINAMISMO QUE SE ADVERTIA EN LA VIDA COTIDIANA

11. DE COMO LUCIA LA CIUDAD EN LOS AÑOS OCHENTA Y DEL NUEVO DINAMISMO QUE SE ADVERTIA EN LA VIDA COTIDIANA

Durante la década era ya notoria la afición de algunos castreños y muchos foráneos por descubrir ángulos nuevos desde donde fotografiar una ciudad que ofrecía varios rincones dignos de ser perpetuados. Las cámaras eran cada vez más modernas y se podían coger imágenes que antes hubieran parecido imposibles. Amaneceres y atardeceres con sus colores para algún concurso fotográfico organizado por la Municipalidad o turistas procurando captar instantáneas castreñas eran de lo más cotidiano. Entonces cobraban importancia los miradores que cada uno buscaba y hallaba en cualquier altillo. Los ochenta eran tiempos en que se miraba el pueblo y el paisaje circundante, tiempos de las filmadoras de chilenos y «gringos». Antes no se fotografiaban los campos. Parecía no tener sentido hacerlo en blanco y negro. El redescubrimiento del paisaje comenzó con las películas en colores; época de álbumes, de carretes de revelado instantáneo a principios de los ochenta. Mirar, ver, conocer cuanto se pueda eran los veranos de ahora.

El pueblo se miraba desde la península de Ten-Ten, como siempre. Tomar palco en Ten-Ten era placentero para los castreños, porque desde lo alto se podía apreciar toda la extensión que había tomado la planta urbana que seguía expandiéndose hacia los sectores rurales del oeste. Desde aquella privilegiada posición tomó más de una foto-postal en blanco y negro don Gilberto Provoste en los años cuarenta y cincuenta encaramándose como podía hasta el punto más empinado con su cámara a cuestas. Eran los años heroicos de la fotografía. Ahora, el panorama que se apreciaba era muy diferente, porque el pueblo se veía tan extendido, y al mismo tiempo tan compacto, que ininterrumpidamente se dilataba tres filómetros hacia el nor-poniente, es decir, desde calle Freire -el antiguo lindero de su primitivo casco- hasta el Parque Municipal a principios de los noventa, mientras el viejo trazado de su histórico sitio, ya completamente ocupado por nuevas y coloridas viviendas, mucho más ceñidas unas con otras,

perdía rápidamente sus patios y con ello el verdor de sus papales y huertas de zanahorias y lechugas, para dar cabida a nuevas casas.

En primer plano, el tradicional y pintoresco barrio de palafitos, poblado de casitas sencillas, casi tan humildes como antes, equilibrándose ¡sabe Dios cómo! sobre pilotes. Barrio precario. Daba la impresión de un escenario preparado para una obra de teatro. Para el foráneo aquel cordón palafitico era algo fantástico y con aire a ciertas poblaciones de Borneo o algún rincón de Sumatra que hacía volar la imaginación hasta en el más indiferente e insensible. Desde las alturas de Ten-Ten apreciábanse nítidamente sus dos sectores de Pedro Montt que en el lenguaje cotidiano se reconocían como «Puntechonos», el primero, y «Ten-Ten», el segundo. «Puntechonos» estaba de moda en los ochenta cuando el turismo era ya decididamente onda antropológica. Grises sus techos de tejuelas de alerce y envejecidas latas en desórden. La cara más pintoresca era en bajamar cuando la hilera de casas zancudas de largas patas de ciprés se veían como un gigantesco cien pies sobre la playa limosa, pedregosa y lamillera mezclada con la basura de colores. Casas sobre una playa-basurero. Así era en los ochenta justo cuando estaba llegando a su climax la preocupación por el medio ambiente. Pero, nadie podía negar a «Puntechonos» su pintresquismo, su pobreza hecha poesía.

Con pleamar ofrecía otro aspecto. Casas como flotando, como extraños barcos atracados a la calle, como viejos pontones con la proa pegada a la costanera y, atrás, hacia la popa, una insólita prolongación de otras casitas-barcas arrimadas a la principal. Con la creciente, «Puntechonos» se veía limpio y saludable. Extrañamente hermoso, curioso e insólito o, quizá, una mezcla de admiración y rechazo. El gusto estético sufría aquí un shock. Por lo mismo nadie permanecía indiferente frente a «Puntechonos». Mirada del castreño, mirada del foráneo, miradas diferentes. Unos y otros quedaban como prisioneros de la imagen laberíntica de esas moradas colgantes. De pronto parecía que la *ciudad abierta* de los arquitectos de la Universidad Católica de Valparaíso, levantada en las dunas de Ritoque, se hubiera inspirado en los desencuadernados palafitos castreños. Estos representan la arquitectura de protesta a las formalidades citadinas, y aquella *ciudad abierta*, también. Ambas no tienen ni son ni ton aparentes. En «Puntechonos» las fachadas a la calle eran como cualquier casa chilota y, por lo mismo, ofrecían menos atractivo que las partes traseras. El palafito se define por lo de atrás. Es la cara que da a la marina donde se concentra toda la espontaneidad del poblador de orilla que contrasta con la mayor uniformidad y formalidad de un frontis pegado a la calle sin pilotes a la vista.

Pero, como decíamos, desde los altos de Ten-Ten podía verse también el segundo sector del largo y sinuoso barrio costero, aquel extremo que ponía límite al pueblo por el norte y que ofrecía un look que, sin ser radicalmente diferente, se distinguía de «Puntechonos». Las mismas casas con sus infaltables *soberados*, agregados diversos, añadidos por aquí y por allá, escalerillas, excusados, patiecitos colgantes, y la ropa flameando con sus colores prendidos al cordel. Todo era igual que en «Puntechonos», el mismo caos que despertaba una extraña combinación de admiración y ese como golpe en el mentón, pero más abandonado, porque el sector de «Ten-Ten» se veía más pobre, al menos en apariencia, quizá por más insalubre, porque los pilotes pisaban aquí sobre una como laguna de aguas semi estancadas y malolientes. Aquí era donde el observador decididamente fruncía el ceño, hacía un gesto de desagrado. Y es que toda la pobre, pero folclórica belleza palafítica pasaba a segundo plano; se esfumaba lo positivo cuando se imponía el insano contexto donde se hallaba aquel enjambre de casas que en ciertos lugares eran más viejas y precarias que en el sector anterior. Era lo primero que veía el viajero que llegaba a Castro ávido de observar y fotografiar los curiosos y famosos palafitos. Pero no era buena su primera impresión. Precisamente, por el abandono y la insalubridad se proyectó sanear el lugar depurando sus aguas para mejorar el aspecto general. Así se pensó hacia fines de los ochenta, pero a principios de los noventa todavía seguía en el papel esperando, quizá, financiamiento externo que pudiera aportar algún país europeo interesado en conservar rarezas de Tercer Mundo.

Desde la Plazuela Henríquez era otra la imagen que ofrecían sus extramuros del sector sur. Desde aquella plazoleta, el barrio Gamboa como llamando la atención con su rostro también palafítico, destacaba en primer plano. En los ochenta mostraba mejor y más alegre aspecto que el que ofrecía en los años cuarenta. Se veía sobresaturado de casas pintadas, algo más graciosas que las de «Puntechonos», apretadísimas unas con otras, luciéndo sus partes traseras desde el puente hasta los inicios de la «Cuesta Gamboa» y con la misma infinidad de ingeniosas soluciones hechas por sus propios moradores. A diferencia de los demás cordones de orilla, los palafitos de Gamboa formaban parte de un ámbito urbano o semi urbano algo más complejo y en proceso de dilatación, porque en el lado opuesto a la marina había en los ochenta una concurrida iglesia católica, llamativa, de arquitectura moderna y que venía a ser como el corazón de aquel barrio. Un Hogar de Ancianos formado por varios pabellones, ocupaba buena parte de aquel lado poniente, y algo más arriba, un gran y bien concebido edificio perteneciente al internado de estudiantes campesinos. Contiguo a éste, el colegio privado y exclusivo con el nombre de «Cahuala». Un poco más al sur se podía apreciar la expansión del pueblo, creando nuevos extramuros que se

adivinaban como límites temporales por la dinámica expansiva, acelerada con la construcción de la Población San Francisco a principios de los noventa, y más y más casas nacidas espontáneamente, sin planificación alguna, allí donde el terreno lo permitía.

En efecto, el barrio Gamboa seguía encaramándose sin pausa a lo largo del antiguo camino que conduce a las partes altas, con el nombre de «población Novoa» que parecía un pueblito nacido de calle. Una casita al lado de otra llegaban unidas hasta cerca del cruce, poco más abajo de la iglesia y escuela de Gamboa Alto y de la planta eléctrica construída al filo de los ochenta y noventa.

Y junto al aeródromo, en el camino a Chonchi, se podía apreciar el exclusivo barrio residencial de Gamboa Bajo, el más hermoso del pueblo, aunque todavía pequeñísimo. Fue precisamente en el paso de los ochenta a los noventa cuando se levantó la gran polémica por el proyecto de construir una población con el nombre de «Guarelo» frente a esas bellísimas mansiones. Se discutió, porque una población pensada para vecinos de clase media era resistida por los que se consideraban «gente bien», quienes juraban que con la «Guarelo» -hasta el nombre les sonaba molesto- el sector, hasta entonces privativo de unos pocos, se llenaría de perros y cabros chicos con sus pichangas callejeras, además de los bares y locomoción colectiva. ¡Qué rotería! ¡Ya no se podrá vivir aquí!, aseguraban, teniendo por cierto que tan hermosas propiedades perderían su valor.

Pero, a pesar de todas las opiniones e inconvenientes, la población de la discordia se construyó. Casi de súbito se pobló de casas entre 1992 y 1993 todo el terreno que media entre los moteles «Auquilda» -otrora en los confines del pueblo-, la carretera al sur y la antes concurrida playa «Punta del Piojo». Unas 200 viviendas tan juntas unas con otras que casi no dejaban espacio para patios; sólo estrechas casitas con un par de piezas que contrastaban con la amplitud y belleza de sus lujosas vecinas de enfrente, aunque con la posibilidad de ampliación. ¡Para qué pensar en áreas verdes!. Ni una plazoleta fue considerada allí. Es verdad que las poblaciones uniformes afean las ciudades y dañan a ciertos sectores tenidos por «residenciales». Pero, ¿había acaso, otros terrenos contiguos al pueblo a propósito para dilatar la planta urbana a fines de los ochenta y principios de los noventa?.

Precisamente, el problema de Castro eran sus terrenos adyacentes. De esto dependía la mayor o menor racionalidad de la expansión urbana. Y, por lo mismo la «Guarelo» fue sólo el punto de partida de una actitud más agresiva

que a futuro, podría, quizá, mostrar Castro sobre sus espacios circundantes. Con la «Guarelo» se puso nuevamente en el tapete el tema del aeródromo. Mirado aquel sector desde el cerro «Millantui», lo primero que llamaba la atención era la planicie de la «cancha de aterrizaje» que, a fines de los ochenta, muchos consideraban espacio perdido. Al menos parecía evidente por el corto número de aviones, tamaño de las máquinas y frecuencia de los arribos, de modo que daba la impresión de desfuncionalizado. Es verdad que en los años sesenta, cuando se inició la disputa por esta planicie, parecía razonable conservar el aeródromo en Gamboa, precisamente porque llegaban aviones LAN. En los ochenta, en cambio, no se veían más aviones que los pocos particulares que de vez en cuando llegaban desde el continente y los también pocos del Club Aéreo local. Renació entonces la vieja tesis de las ventajas que ofrecía un aeropuerto en Piruquina ahora que las circunstancias eran otras respecto de los sesenta, como por ejemplo, contar con una carretera pavimentada que permitía una rápida, cómoda y expedita comunicación. Es verdad que el Club Aéreo era hueso duro de roer y resistía firmemente esa iniciativa, pero también es cierto que no pudo evitar la construcción de la ya citada población «San Francisco», cuyas 90 casas se levantaron en 1992 en las alturas vecinas a la población «Novoa». La oposición de los «aéreos» se fundaba en que la «San Francisco» se levantó allí mismo donde los aviones comienzan a descender desde el norte buscando el punto de aterrizaje y forzosamente debían pasar rozando los techos de las casas. Tenía razón el Club Aéreo. De eso no cabe duda alguna. Pero la población se construyó en medio de la polémica obligando al Ministerio de Obras Públicas a entrar a lidiar en el tema, y como no se podían deshacer las casas -o sería muy impopular- parece ser el comienzo de un posible abandono de aquellos terrenos ocupados por el Club Aéreo desde 1946 y, de paso, dejar expedita también la explanada más alta situada al poniente de la población «San Francisco», de modo que el pueblo podría extenderse cómodamente por allí.

En el otro extremo, la península de Ten-Ten estaba unida a Castro por un camino, en realidad una senda muy elemental trazada en la segunda mitad de los setenta. Desde entonces Ten-Ten pasó a ser bastante concurrida por turistas y castreños especialmente en verano. Un formal puente de madera había reemplazado al viejo «puentetierra», o terraplén, que apenas permitía el paso de carretas. El nuevo camino circunvalaba toda la península, lo que hizo pensar a algunos que aquella hermosa lengua de tierra podría significar una solución para la falta de espacios. Por eso, no faltaron los que pensaron en construir poblaciones, o cabañas de veraneo, o casas particulares de descanso, hoteles, etc. porque parecía que cualquier sueño era posible allí. Sin embargo, a principios

de los noventa todavía no había concreciones, quizá porque Ten-Ten no estaba comprendido dentro del nuevo plano regulador.

Pero volvamos a los miradores. Desde la antigua «Pampa del Seguro» que desde 1958 pasó a ser patio del Liceo, se apreciaba un panorama más amplio que desde la plazuela Henríquez. Toda la magestuosidad y apacible belleza del fiordo se veía desde allí. Pero también los escasos vestigios del desmantelado barrio Pedro Aguirre Cerda. De él no quedaba nada más que algunos restos de pilotes, sus *chonguitos* apenas visibles, no alcanzados por el sedimento que a través del tiempo se fue depositando en la orilla. Al mirar ese rincón bordemarino nos venía a la memoria el bullicio veraniego de tantos chicos jugando a los piratas en las muchas escaleras y muellecitos que había en aquel barrio por los años cincuenta, antes que el terremoto-maremoto lo dejara a muy mal traer.

El mayor gozo era, quizá, mirar el pueblo desde el cerro Millantui. La vista descansa en una parte del casco antiguo, en el río con su puente, en la marisma más hermosa en pleamar, en el barrio Gamboa y en el señorial predominio del verde en todos sus tonos en ese como anfiteatro de ondulados terrenos a uno y otro lado del mar. Y era grato, porque en la frontera de los ochenta y noventa el Millantué -«Millantui»- estaba mejor presentado y, por lo mismo, bastante más concurrido, ya para contemplar el paisaje, ya para llevar un regalito de flores a la virgen que vestida de blanco y celeste oleo protege y bendice a todo el pueblo que está a sus pies. Desde allí mismo la mirada abarca todo el corto recinto del cementerio sobresaturado de castreños de otros tiempos, de vecinos que reposan por siglos, nombres conocidos que reposan por años y nombres de los que estan allí sólo hace días. Cementerio de Andrades, de Barrientos, de Veras, de Bórquez. de Bahamondes, de Bustamentes, de Velásquez, de infinidad de Cárcamos y Cárdenas. Parece que no hubiera en el mundo cementerio que reúna tanta cantidad de idénticos apellidos.

¿Y cómo será mirar el pueblo desde las torres de la iglesia franciscana? Cuando chicos, esquivando la vigilancia de los padres, podíamos trepar por el interior hasta la última ventanilla de la torre poniente -hoy ligeramente inclinada- para ver desde aquella altura techos y patios, imágenes que conservamos como pegadas a la retina. ¿Qué veríamos hoy si pudiéramos acceder a tan extraordinario observatorio?. En fin, desde las partes altas de Gamboa se veían algunos como retazos del pueblo, lo mismo que desde el Parque Municipal. Sólo charcos de mar, pedacitos de ciudad se dejaban ver por entre los muchos lomajes que se interponían a la vista, así como desde los altillos de la «Soler Manfredini» o desde algún sitio elevado de Castro Alto. Una visión diferente.

diáfana después del mediodía, se lograba desde los terrenos más altos de Gamboa, entre el río y la población «Novoa», lo mismo que desde Quilquico por las mañanas. Desde las alturas de Pechaco, sito al *Otro Lado*, se abarcaba con la mirada hasta los extramuros del pueblo. Fotografiar Castro desde allí con teleobjetivo era captar una desconocida dimensión del área urbana.

En su conjunto Castro mostraba un aspecto más juvenil, pintarrajeado de increíbles colores, y más remozado, si lo comparamos con la pobre y apagada imagen que ofrecía después del terremoto de 1960. Al fondo, el eterno marco de lomitas verdes y el encantador fiordo que siempre ha pretendido parecer lago. Uno no dejaba de pensar, por entonces, en el buen criterio de Martín Ruíz de Gamboa cuando eligió este sitio como el más aparejado y ameno para levantar la ciudad de Santiago de Castro en el mismísimo corazón de la Isla Grande, capital de la Nueva Galicia que tanto se parecía a la Galicia española, y perfectamente equidistante de sus extremos del septentrión y del meridión. Mirado el pueblo desde cualquiera de sus alturas destacaba la erguida presencia de la iglesia franciscana. Pero muy particularmente si se miraba desde Quilquico o Ten-Ten pues la iglesia parecía verse como empinada sobre los palafitos. Era un contraste notable ver aquella informalidad de mil tablitas bordemarinas dispuestas en caótica armonía, y la grave formalidad del templo. Un abismo de diferencias entre las débiles casitas sobre pilotes y la magestuosidad de aquel enorme cuerpo de la iglesia San Francisco enseñoreando sobre todo el pueblo.

La ciudad crecía. Lo cierto es que, tal como a fines de los setenta, ya casi nadie se preocupaba ni se enteraba de cada nueva población construída, ni se sabían sus nombres. No era como en los años sesenta cuando la construcción de los «barracones de emergencia» con su veintena de casas fue el comentario obligado de los castreños y mucho más cuando se estaban construyendo las poblaciones CORVI y «Clara Barton» que atraían la atención de la opinión pública, porque, excepto la «Población Obrera» levantada en 1942 en calle Piloto Pardo, nunca la ciudad había merecido otras poblaciones. Entre 1961 y 1962 la gente iba a observar los trabajos con interés y curiosidad siguiendo paso a paso los avances de las obras. En los ochenta y principios de los noventa, en cambio, apenas aparecía una escueta noticia en el diario o en la radio sobre tal o cual población iniciada, concluída o entregada. Los únicos que sabían eran los propios interesados. A nivel local una nueva población significaba 10 ó 20 viviendas «sociales» que eran las más comunes, o a lo más, 60 ó 100 casas formales en momentos en que en Puerto Montt, por ejemplo, se construían 300 ó 500 de un tirón. La más rápida expansión de Castro a escala provincial que nos parece crecimiento explosivo era, sin embargo, casi nada respecto del

inusitado crecimiento de otras ciudades continentales, como Temuco, en los mismos años ochenta.

A fines de la década, el sector de Castro Alto, en la antigua Chacra, seguía desparramándose por los terrenos situados al norte de la Avenida Galvarino Riveros, terrenos excesivamente húmedos y quebrados y, por lo mismo, menos a propósito para dilatar por allí la planta urbana. Las casas surgían por aquí y por allá sin planificación alguna, sin orden ni concierto, por lo que las calles sólo surgían después, acomodándose a la situación de las casas. Era el mayor problema municipal a principios de los noventa, porque tanta cantidad de viviendas allí dispuestas como en desorden, obligaba a diseñar un plano regulador que tomara en cuenta lo ya ocupado, así como la instalación de la red de agua potable y tendido eléctrico que era un verdadero rompecabezas en aquellas hondonadas, lomajes y quebradas.

En las postrimerías de los ochenta e inicios de los noventa surgieron más y más poblaciones formales ocupando, incluso, los terrenos extremos, como los situados casi frente al Parque Municipal, y vecinas a Gamboa Alto, quebrada y río de por medio. Estos si que eran verdaderos extramuros. Y desde El Cruce hacia el nor-poniente, siguiendo el camino de Coihuinco, fueron naciendo centenares de casas espontáneamente, así a orillas de la ruta, como en las pampas interiores, allí mismo donde los «Chicos de La González» iban a cazar cotutas y pitíos en los años cincuenta, de modo que la casa de los Raipillán, por ejemplo, que antes estaba en pleno campo y a considerable distancia del área urbana, se veía en 1995 tragada por la población «Padre Hurtado». La dilatación de Castro hasta aquellos parajes exigía el pronto enderezamiento y pavimentación del camino al Parque, no sólo por el «Festival Costumbrista» de febrero, cuyo tráfico levantaba polvaredas y producía tacos increíbles, sino porque ahora durante todo el año transitaba la gente de esas periferias hacia el centro del pueblo y vice versa, y desde el pueblo al Cementerio N°2, situado más al poniente del antiguo Cruce. Precisamente por este mayor gentío en partes tan remotas se construyó en 1992 una iglesia católica en el sector de Villa Palmira, adelantándose a otras «religiones». Una capilla, en realidad hermosa, de la misma arquitectura que sus congéneres campesinas para dar atención espiritual a tanta gente. Un acierto católico y un aporte estético en aquellos márgenes del pueblo.

Otra cosa era el casco antiguo en los años ochenta. Estaba tan renovado que casi no se veían ejemplares de casas anteriores al terremoto de 1960. Las nuevas eran casas de arquitectura tradicional, pero más decoradas, de mejor

gusto y mejor pintadas. En general, Castro estaba hecho de una alzada de dos pisos, preferentemente de madera, aunque en alguna medida se usaba también lata, latón. Y, sobre todo, zincal, material ajeno, pero barato que plateó los márgenes de la ciudad. Sin embargo, de ningún modo podría decirse que las calles interiores más importantes como San Martín y O»Higgins, fueran arquitectónicamente bellas. Al contrario, San Martín, la más trajinada del pueblo, seguía mostrando ese aspecto improvisado de la década anterior con casas que daban la impresión de haber sido adaptadas a la ligera para negocios, sin mayor preocupación por la estética. Casi lo mismo se puede decir de O»Higgins. Era en las calles secundarias, de sectores residenciales, donde se veían mejores casas hechas para vivir y no para expendios. Ciertos tramos de Freire, de Los Carrera, de Sotomayor, de Ramírez, de Serrano o de Thompson, era donde se podía apreciar el mejor pie urbanístico que mostraba Castro a fines de los ochenta y principios de los noventa, aunque este mejor aspecto fuera apenas modesto.

Calle Lillo, tan apagada en los años sesenta, algo más viva en los setenta, tuvo una especie de renacimiento en los ochenta. En verano, al menos, se veía bastante concurrida por las mañanas, cuyo punto de confluencia de la gente era el Mercado de Artesanías que cobraba explosiva actividad hasta mediodía. Lillo era verdaderamente atractiva en días soleados -aunque sin la significación que tuvo en los años treinta y cuarenta-; una calle mezcla de muchas cosas diferentes con sabor artesanal: vendedores ambulantes con su simpática e irreverente extraversión; algunos isleños que todavía se aferraban a La Playa con sus sacos de papas, sus pescados y sus *sartas* de cholgas ahumadas; pescadores y mariscadores que vendían sus ejemplares frescos en ese como «terminal pesquero» situado al fondo del Mercado de Artesanías. Artesanías chilotas, pero también chilenas, se veían en ese mercado arquitectónicamente bien diseñado; y hasta hippies de verano había, esos de aretes en las orejas, como se estilaba, vendiendo sus baratijas hechas de metal o latitas doradas, aritos, pulseras, collares y mil chucherías onda artesa que exhibían sobre pañitos negros extendidos sobre el pavimento; vendedores de cassettes originales y «piratas» con la música a todo dar. Y, en medio de ese como mercado persa, los turistas, las fotos, las filmadoras. Todo concentrado en el corto trecho que media entre La Playa y el Mercado.

Y en La Playa, los paseos en lancha a lo largo del fiordo era un agrado para quienes querían vivir esas experiencias, especialmente en los días soleados y calmos que hacían del mar una taza de leche. Recorrer el fiordo desde los palafitos de Ten-Ten hasta el pueblito de Rauco era uno de los mayores atractivos para

los visitantes, así como esperada era la infaltable detención en la boya donde tenía su morada un enorme y simpático lobo marino. El yatecito de don Hugo Ballesteros Cárcamo, no sólo navegaba deliciosamente, sino que el mismo «Hubacar» -así le llamaban antes- explicaba con acabado conocimiento el significado de cada nombre de los caseríos sitos a lo largo de la península de Rilán, o informaba a los turistas sobre el orígen de los palafitos. Se lucía «Hubacar» como marino y como guía, y en media hora los afuerinos quedaban perfectamente informados y maravillados de las muchas curiosidades castreñas, porque hasta de peces, crustáceos y plancton podía explicarles con soltura el sabio profesor Ballesteros.

Si Lillo tenía un colorido atractivo por las mañanas, la Avenida Pedro Montt seguía resueltamente opaca, tan o más abandonada que en los setenta, porque desde La Playa hasta la bajada de Ramírez no había cosa alguna que pudiera resultar medianamente atractiva. Al contrario. Aquel sector otrora tan interesante y activo cuando contaba con el muelle y la Estación de Ferrocarriles, estaba en los ochenta bastante peor que en los años cincuenta. Pedro Montt se veía completamente vacío y oscuro al crepúsculo, porque hasta las luminarias parecían faltar allí. Las construcciones que miraban al puerto y situadas en la vereda poniente, tan dignas antes, se veían en los ochenta y noventa casi abandonadas y muy deterioradas. El pavimento de aceras y calzadas que benefició sólo a la mitad oriente de la avenida, dejó a la del lado poniente con su misma tierra de antaño y bastante más baja, como hundida y, por lo mismo, sujeta a las aguas y barrizales. El hotel «Unicornio Azúl», construído durante la década casi en la esquina de Pedro Montt con Ramírez, vino a dar un toque de distinción a aquel rincón permitiendo, de paso, alguna mayor circulación de gente. Y frente al citado hotel, una costanera apenas insinuada y decorada con cesped un tanto a la ligera, ayudaba, no obstante, a mejorar en algo aquel sitio que ganó un poco más con el Restaurant «Don Octavio» levantado sobre pilotes en los años noventa.

Pero, todo esto era nada respecto de lo mucho que debía hacerse para dejar presentable la avenida. Las *murras*, por ejemplo, terminaron por invadir buena parte de la pendiente que baja desde el Pasaje Díaz, siendo precisamente este murral lo más visible de la fachada marítima de Castro, a pesar de las voces que se oían de vez en cuando para, al menos, rozar ese enrejado de malezas, ya que convertir la antiestética barranca en hermosos jardines y cesped -como debería ser- se tenía por utópico en los años ochenta y principios de los noventa. Y esa misma fachada mostraba casas no menos pobres y dispuestas a lo largo de las cortas, pero irregulares calles -senderos en realidad- que rompiendo la

simetría de la traza urbana, bajan desde Serrano hasta Pedro Montt casi cubiertas de romazas, malezas, y vertientes no muy limpias que las surcan por todas partes.

El abandonado sector de la costanera hizo pensar a los pocos preocupados por los espacios sociales que antaño tuvo el pueblo, en recuperar para este fin Lillo y Pedro Montt, pero con un criterio más moderno, de modo que fueran permanentemente transitadas y ofrecieran vida propia durante todo el año. A fines de la década se estudiaban algunos proyectos para consolidar la calle Lillo como espacio social, concretándose a principios de los noventa la construcción de la llamada «Plaza Chiloé», entre el Mercado y La Playa que, no obstante su inmejorable vista al mar, se convirtió, apenas se hizo, y por descuido, en sólo un pastizal sin jardines ni arbolitos y con unas bancas tan rústicas y, al poco tiempo destabladas, que los paseantes rehuían sentarse en ellas. Sólo la plazoleta de Juegos Infantiles, adyacente a la misma plaza y construída, también, por entonces, cumplía con su cometido al menos en verano. Por su parte, los rotarios levantaron el llamado «monolito del *sacho*» en el mismo sitio de La Playa, debiendo haberse situado algo más al interior, y porque estaba precisamente allí mismo donde los isleños llegaban con sus mercaderías, el monolito no sólo pasaba inadvertido, sino que su base se veía regularmente invadida de sacos y demás cosas de aquel comercio.

En Pedro Montt, más exactamente en la plazoleta situada frente a calle Irarrázaval, se proyectó un soberbio «Monumento al Marino Chilote», idea bien concebida por el incansable y creativo don Miguel Jiménez y que recibiera el entusiasta apoyo de la Armada ofreciendo donar el bronce necesario para la escultura. Sin embargo, hasta ahora no se ha podido concretar, ya por el tibio interés mostrado por el vecindario, ya por falta de recursos, y hasta por la oposición de algunos que no quieren ver realizadas otras iniciativas que las propias. Por último, se estudiaba también la posibilidad de construir un monolito o pedestal más digno para situar allí el «Tren de Chiloé» que hasta 1992 yacía casi oculto en medio del crecido pastizal y todo tipo de malezas próximo a la que fuera la antigua Estación de Ferrocarriles. El monolito para el tren no estaba entre las concreciones de principios de los noventa, de modo que por esto y por aquello, la Avenida Pedro Montt no había podido trascender la pobre imagen que comenzó a tener desde 1960.

El viejo puerto, ya muy decaído, seguía siendo a pesar de todo, uno de los puntos de referencia del pueblo en muchos sentidos. Es verdad que el número de barcos que antes daban vida al espigón era ahora muy escaso, y sólo cobraba

una activa pero breve vida cuando recalaban las estilizadas y modernas naves de turismo de matrícula extranjera que comenzaron a verse de vez en cuando a fines de la década, y motonaves chilenas de turismo tan familiares entre los castreños como eran los «Scorpios», primero el chico y después el grande, de coloridas recaladas en Castro con sonrientes y rubios viajeros. Pero el recinto portuario era compartido en los ochenta por estos barcos de turismo, por los cargueros que raramente tocaban el puerto y por los pesqueros de alguna empresa que monopolizó por un tiempo un extremo del molo, casi disputándose el sitio con alguna pequeña nave de la Armada, generalmente atracada en el costado norte. Y, aunque era bastante poco respecto de otros gloriosos tiempos del puerto, estos barcos daban cierta vida al ya apagado espigón. Más vida y color aportaban las lanchas a motor de todos los tamaños que ocupaban el sector entre el molo y La Playa, bastante numerosas a pesar del ocaso del transporte marítimo.

Pero no era en el puerto, sino en otros sectores del pueblo donde se notaban algunos progresos, como la segunda etapa del Liceo Galvarino Riveros en calle Chacabuco que fue uno de los logros más importantes que tuvo la ciudad. Por su parte, el mayor dinamismo de Castro y los mayores recursos económicos de algunos empresarios castreños, los alentó a, por lo menos, proyectar edificios modernos. Se levantó el hotel «Gran Alerce Nativo» en O»Higgins con Gabriela Mistral ayudando a mejorar aquel sector con una buena construcción de arquitectura tradicional y dotado de todas las comodidades para los pasajeros más exigentes. El ya mencionado hotel «Unicornio Azúl» se sumó a la creciente demanda de habitaciones, como hemos dicho más arriba, contribuyendo a mejorar un tanto la Avenida Pedro Montt, a pesar de haberse hecho aprovechando lo que fuera sólo un modesto galpón, pero refaccionado con gusto. Don Sergio Montiel levantó un complejo turístico en Nercón ocupando un hermoso terreno junto al mar y estimulando, de paso, a otros particulares a construir en sus cercanías bellísimas casas a fines de los ochenta y principios de los noventa. Los moteles «Pudú» datan también de esos años, situados como a 10 km. al norte de Castro, junto a la carretera y excelente refugio para los amantes de la naturaleza en las cercanías del empalme con el camino a la muy concurrida laguna Pastahué. Y un poco más cerca del pueblo, la «Quinta Nicklitschek» era en los ochenta el insustituible lugar de esparcimiento nocturno, especialmente los fines de semana para castreños y foráneos. Allí se celebraban casamientos, fiestas deportivas, reuniones sociales y hasta se hacían desfiles de moda. Muchas otras residenciales, pensiones y, sobre todo, hospederías, ayudaban a resolver cada vez mejor la progresiva demanda de habitaciones para turistas.

La Plaza de Armas seguía siendo el centro de sociabilidad más importante

de la ciudad. Ahora más atractiva y más concurrida, especialmente a mediodía, al crepúsculo, pero mucho más por la noche, al menos en verano. La iglesia San Francisco que siempre fue la principal atracción de Castro, estaba en los ochenta iluminada por potentes focos que desde la Plaza proyectaban sus luces sobre el frontis creando, fantásticos claroscuros, que la hacían verse más imponente de noche, y la «Casa Pastoral» de los padres franciscanos, construida en 1984 gracias al aporte de los católicos de Alemania, y sita junto a la iglesia, era igualmente atractiva no sólo por su interesante arquitectura, sino por las variadas actividades culturales «alternativas» organizadas durante el Gobierno Militar por quienes no compartían lo que llamaban «cultura oficial». A este «Centro Comunitario» asistía preferentemente público juvenil cada verano, atraído por el carácter local de las muchas expresiones de la cultura que allí se daban. Pero también exposiciones de carácter más universal, como la exhibición del «Guernica» de Picasso, en 1991.

El predominio de los lolos era abrumador en los veranos de la década, especialmente a fines. Por las noches se congregaban junto al quiosco a oir música folclórica o de rock que interpretaban diversos conjuntos locales y foráneos. Pero, especialmente concurrido era el costado que mira a calle Latorre que, en los ochenta, se transformó en el ámbito de los llamados «hippies» o, mejor dicho, lolos onda «artesa» que exhibían allí sus artesanías como entre las 17 y las 23 horas después de estar todo el día en calle Lillo, y que atraían la atención de las jóvenes castreñas y chilotas en general. El hotel «Plaza», situado en la vereda opuesta, era el otro sitio concurrido por castreños y foráneos. En sus amplios y agradables salones se disfrutaba del café «cortado», en competencia con el «Café Stop-in» situado en el segundo piso del edificio «Alonso de Ercilla» en calle Latorre. El gentío que se juntaba frente al hotel «Plaza» en 1990 era verdaderamente insólito por su número respecto de los años pasados, especialmente entre las 22 horas y las 1 de la madrugada, aunque lloviera, y era el mejor barómetro para apreciar las dimensiones que alcanzaba el turismo por entonces. Frente a la Plaza, en calle O»Higgins esquina Portales, el «Café de los Bomberos», era el otro punto clave de Castro a principios de la presente década.

Durante el día, en cambio, la mayor atracción era la iglesia franciscana. Todo turista iba invariablemente a admirarla por fuera y por dentro. En lo externo exhibía ya, a principios de los noventa, su color asalmonado y lila que reemplazó al naranja que venía luciendo desde 1974. El color lila dió mucho que hablar a los castreños por las encontradas opiniones que hubo al respecto, pero finalmente aceptado, y hasta parecía hacia 1992 que no podría concebirse

otros colores que los que luce hasta hoy. La pintura fue un acierto de la nueva generación de arquitectos que, al parecer, descubrieron el color original en el proyecto del italiano Provasoli. Otras capillas chilotas estaban siguiendo el mismo criterio, aunque en ellas, por lo regular, resultaba un tanto «charrasqueado» -al decir de algunos- siendo preferible, para muchos, el color natural de la madera, más acorde con el tono grisáceo de las aldeas que aún no se avenían con la pintura. ¿Se podría concebir la bellísima iglesia de Achao pintada de salmón y lila, o de verde y amarillo?.

Durante la década el contorno de la Plaza tenía casi la misma fisonomía que a fines de los setenta. El edificio de departamentos «Alonso de Ercilla» en la esquina de Latorre con O»Higgins con sus cinco pisos era, en realidad, una torre a escala local. Además, de buen gusto. Con este edificio, el pueblo tomó un aspecto más moderno, al menos para aquella especie de afuerinos que buscan arquitecturas de gusto más universal y no tan local, como es la fisonomía general de Castro. También hemos dicho en otro lugar que en el costado poniente de la Plaza el nuevo edificio de la Gobernación Provincial y Servicios Públicos con sus tres pisos, hermoseó bastante aquel costado con un llamativo aunque sobrio estilo. El resto de la Plaza seguía idéntico a como lucía en los años setenta y aún antes, con sus viejas casonas en el costado sur, aunque en 1994 se incendió el Hotel Plaza. Poco antes se había demolido el caserón contiguo a la Librería «Miriam» para construir un edificio que en 1995 estaba sólo en sus cimientos. A principios de los noventa se proyectaba construir dos torres gemelas con el nombre de «Torres de Castro» en el costado oriente de la Plaza, proyecto que, sin embargo, no se concretó. En su lugar apareció, de repente, en 1992, una casa de dos pisos, destinada a locales comerciales, pero que de ninguna manera respondía al marco arquitectónico que exigía tener el principal paseo público de la ciudad.

Por la misma época, a principios de los noventa, cuatro de los grandes pinos que embellecieron el interior de la Plaza de Armas durante todo el siglo, terminaron secándose y fue necesario talarlos. Otros fueron derribados por un temporal en 1994. Por entonces nuevos árboles estaban brotando en los distintos espacios interiores prometiendo a futuro una plaza nuevamente vegetal. El alcalde Marcelo Fuentes hermoseó cuanto pudo los cuatro costados con bellas bancas de estilo colonial ocupando el centro de las veredas y dispuestas a distancias promediadas. De trecho en trecho se instalaron estilizados postes de fierro con preciosas luminarias estilo decimonónico que ayudó a mejorar el look y a iluminar aquella enorme Plaza.

Se ganaba en esto y se perdía en aquello. En calle Freire, un pavoroso incendio convirtió en escombros el edificio del Instituto Politécnico en 1994. Una cuadra completa ardió esa noche poniendo en peligro el Gimnasio que apenas se salvó. El mismo año se quemaron dos grandes almacenes en calle San Martín cerca del Terminal de Buses Rurales; el citado Hotel Plaza también ardió, y otras casas en Avenida Pedro Montt corrieron la misma suerte. Fue un año infausto.

En cuanto al Cerro Millantui que durante los ochenta estuvo en el más completo abandono a pesar de su inmejorable situación para contemplar el pueblo y sus alrededores, se vió por fin beneficiado con algún modesto arreglo en 1992 con el aporte de la Municipalidad y parece que se formó un «Comité de vecinos» del sector que contribuyó a dejarlo más presentable, incluyendo juegos infantiles en un extremo. Todo el corto espacio de la terraza fue decorado con cesped, regular iluminación y, sobre todo, alguna limpieza. Sin embargo, las pendientes siguieron llenas de malezas. Las *murras* por ejemplo, invaden todavía sus flancos a todo su derredor, mientras a los pies del cerro permanecen las profundas grietas que datan de 1960 y que afean el conjunto. Según los entendidos el Millantui necesita un decente muro de contención que, por una parte, detenga el desmoronamiento y, por otra, ayude a mejorar el aspecto. Finalmente el mismo muro se comportaría como barrera que impediría el paso de quienes tienen la costumbre de bajar y subir por el mismo cerro en lugar de usar la calle trazada en su costado norte, lo que ha provocado la formación de una feísima senda precisamente en la cara más visible del cerro. El Millantui necesitaba, a principios de los noventa, un urgente desmalezamiento y un enchampado decente, al tiempo que dar mayor extensión a la explanada que sirve de mirador.

El castreño necesita de espacios verdes que, aunque abundantes en las afueras del pueblo, escasean en el área urbana. El turismo lo exige. Esto lo sabe y desea todo el mundo. Hasta ahora, por ejemplo, no se ha pensado en recuperar el «Tranque», antaño tan visitado, y hoy tan desconocido incluso por los mismos castreños. Pero, en fin, algo se hizo en los comienzos de los noventa, al menos, mucho más que antes, y así hasta la Plazuela «Gamboa» recibió una manito de ornato, aunque no cabe duda que merecería una remodelación total para dejarla a tono con la soberbia vista que se consigue desde allí.

En fin, mirado desde Ten-Ten, Castro parecía en los ochenta una urbe a escala local. Pero caminando por sus calles daba una extraña sensación de pueblo ajeno. Parecían lejanos los tiempos en que todos los vecinos se conocían por sus nombres. Ahora era un pueblo impersonal, pueblo de caras extrañas.

gente desconocida transitando por calle Blanco o San Martín, por todas las calles de «abajo» y de «arriba», castreños que se movían sin saludarse, sin detenerse para la conversa, como era antes, cuando el pueblo era más pequeño y se vivía como a intramuros. Sólo al interior de las poblaciones parecía conocerse el vecindario entre si y los chicos, los jóvenes y los adultos se llamaban por sus apodos, de modo que de alguna forma la vida cotidiana de aquellos barrios recordaba la vida en el casco antiguo de los años cuarenta y cincuenta, casi como en familia. Pero, todo lo contrario se veía en el centro del pueblo. ¡Qué lejanos parecían los tiempos pasados cuando a fines de los ochenta mirábamos la ciudad desde las alturas o caminábamos por sus calles como anónimos!. Ahora cogíamos impresiones generales de verano, sólo pedacitos de vida cotidiana concentrada en el mes de febrero, pero guardando imágenes, comparando tiempos, cotejando ritmos. En los ochenta, Castro nos parecía diferente en tamaño, en ajetreo, en gentío, en color, todavía pueblerino, es verdad, pero movimiento sin pausa que distaba mucho de la soledad de antaño.

Ahora en los ochenta cobraban vida los alrededores como nunca antes, al menos en verano. Desde mediodía hasta el crepúsculo se notaba un continuo desplazamiento de gente hacia los pueblos inmediatos, como Rauco, Nercón, Chonchi, Dalcahue o Achao, así como a las playas de Ten-Ten cuando el tiempo lo permitía, playas puestas de moda nuevamente desde que se trazó el camino. Era, también, hora de viajar a Queilen o Quellón o a Cucao, a la laguna Pastahué, esta última descubierta casi de súbito por los amantes del paisaje virgen o, al menos, preferida por su cercanía a Castro. Los tours en buses comenzaron a ser bastante regulares aprovechando la excelente carretera desde Castro al sur, concluída a fines de la década, camino que dió al sector entre Castro y Chonchi una inusitada vitalidad, porque además del tráfico, muchos castreños y foráneos construyeron bellísimas casas en diversos parajes a lo largo de los 25 km., especialmente en Nercón, que de pueblito tradicional se transformó -como hemos dicho- en una alegre villa llena de color con casas dispersas por aquí y por allá. El nuevo barrio residencial de Gamboa, junto al aeródromo, nació también en los ochenta, como dijimos también, con tan exquisitas casas que pasaron a ser las mejores de Chiloé, así como las casas construídas en la entrada norte de Chonchi.

En todo el trayecto hasta la «ciudad de los tres pisos» surgieron campings, aunque todavía a la rústica en los ochenta por carecer, muchos de ellos, de los servicios indispensables. Pero también se veían hermosas cabañas en distintos sectores, bien dotadas de todas las comodidades a principios de los noventa. En fin, la carretera los hizo bien concurridos, porque chilotes y turistas se movían

ahora con comodidad en sus propios vehículos y porque el transbordador a Puerto Chacabuco y a Chaitén permitió, a su vez, el aumento del flujo vehicular, incluyendo la presencia cotidiana de grandes camiones de transporte pesquero y de los que iban y venían desde Coyhaique por la vía de Chiloé a fines de los ochenta y principios de los noventa, vía mucho más expedita y segura que la Carretera Austral que, aunque bellísima, estaba aún en su etapa elemental y, por lo mismo, sujeta a derrumbes, a la formación de peligrosos baches y demás inconvenientes, así como las grandes distancias que había que recorrer por paisajes de ensueño, es verdad, pero solitarios y sin servicentros.

Desde los años setenta los castreños pasaban el invierno esperando el verano por el «Festival Costumbrista» y la «Peña Folclórica», no sólo por la creciente y contagiosa actividad que desplegaban los organizadores de uno y otro evento, sino porque el verano significaba ya, y definitivamente, el tiempo del turismo masivo que había comenzado tímidamente en los sesenta. El gremio de los hoteleros que ya era bastante numeroso en los ochenta y mucho mejor organizado, planificaban las cosas con un sentido más moderno. Se usaba la publicidad, aunque todavía con cierta timidez con algunos afiches y, a veces, folletines informativos. Aparecieron los tours organizados por pequeños empresarios castreños para visitar ciertas islas, Cucao y otros rincones del Archipiélago, animados ahora por la demanda de los propios turistas, pero también por olfato empresarial de algunos que siguieron el ejemplo de los primeros tours de los años setenta, cuando Julio Miserda, el pionero en este campo, abrió esta interesante veta con recorridos a lo largo del fiordo.

Los hoteles, residenciales, moteles y centros turísticos de Castro y alrededores marcaban una significativa distancia respecto de los tres o cuatro hotelitos que había en los años cincuenta. Ahora eran más y estaban mejor equipados, mejor atendidos y, algunos, bastante internacionales en las cosas relativas a etiquetas y comidas que los castreños -también los ancuditanos- incorporaron para atender a los cada vez más exigentes turistas. Y así también los negocios y el público de principios de los noventa se iban familiarizando con las tarjetas o «cards» en lugar del dinero constante y sonante. Este moderno sistema ayudaba a agilizar el comercio y a facilitar el turismo, con la misma rapidez de las oficinas que abandonaban las máquinas de escribir y tomaban partido por los computadores. Muchos simples mortales, sobre todo los más jóvenes, sabían cómo operar con los cajeros automáticos a mediados de los noventa; se presionaban tres o cuatro teclas, ¡y salían los billetes nuevitos como por arte de magia!. Sin embargo, don Evaristo, que era de los antiguos, no daba crédito ni a las tarjetas ni a los cajeros, y les llamaba *mentiras* por ser cosas incomprensibles.

Los cambios eran más rápidos que antes. En todo el mundo pasaba lo mismo. Más visitantes, más hoteles y más hospedajes por todas partes, más desplazamientos. No había casa que no se transformara en hospedería cada verano para alojar especialmente a los *mochileros* que en los ochenta llegaban en tal número que parecía una invasión. Y así, el período estival del turismo era mucho más beneficioso para los castreños que cualquier sueño industrial. El dinero circulaba más que antes y se quedaba en Castro. Era la industria sin chimeneas que estaba funcionando a pesar de las cortapisas que en vano ponía Puerto Montt -según afirmaban algunos- para que los turistas se quedaran en esa ciudad y no pasaran a la Isla. Pero el sólo deseo de sentir la emoción de cruzar en transbordadores el Canal de Chacao -¿Cómo será cruzarlo a través de un tunel o un puente?-, era irresistible para los ahora movedizos chilenos y extranjeros ávidos de descubrir zonas aún intactas, mundos tradicionales llenos de encanto, costumbres pintorescas, insulas no tocadas, como eran de alguna forma las islas menores de Chiloé.

El mayor número de visitantes lo hacía, como siempre, en enero y febrero, porque regularmente el tiempo se muestra mejor, la temperatura es agradable y los días soleados son más frecuentes. Además, febrero es de festivales y peñas, y hasta «Festival del Salmón» a principios de los noventa para los aficionados a las cosas del mar, justo cuando la mayoría de los chilenos anda de vacaciones. Y Castro de los ochenta era sin disputa alguna el centro de la actividad turística de Chiloé por estar situado ventajosamente en el comedio de la Isla Grande y contar con comunicaciones cada vez más expeditas a los distintos pueblos adyacentes e islas inmediatas. Las estadísticas de los ochenta relativas al flujo turístico en la Décima Región indicaban a Valdivia en primer lugar, y a Chiloé en el segundo, siendo Castro como un «finis terrae» adonde llegaba todo ese gentío. Lo importante era que los castreños estaban aprendiendo a sacar provecho de este flujo veraniego. La mayor afluencia de continentales, especialmente jóvenes que se movían «a dedo» -que, obviamente, no eran ningún negocio para los hoteleros, pero si para las dueñas de hospedajes-, estimuló a grupos de adolescentes castreños a crear actividades culturales onda antropológica con exposiciones, charlas, artesanías, música folclórica, etc., que eran bastante atractivas para los lolos universitarios de afuera, mientras la ya feneciente «Secretaría de la Juventud» colmaba la Plaza pública con música rockera a lo largo del verano a fines de los ochenta. Pintores, poetas, arquitectos, literatos y, en general, estudiosos o aficionados chilotes y foráneos residentes estaban haciendo de Castro un centro cultural interesante al filo de los noventa, cuya concreción más destacada fue el Museo de Arte Moderno que desde su nacimiento se convirtió en un curioso y soprendente atractivo cultural de Castro. Y es que

los proyectos e iniciativas novedosas no faltaban en el campo de la cultura, obras de un grupo de castreños y foráneos entusiastas y comprometidos con realzar el ya admirado mundo insular, tan tardiamente descubierto por chilenos y extranjeros y tan explosivamente visitado en los ochenta y noventa. Un Museo de Arte Moderno justo en el corazón del mundo más tradicional, era de esas como incoherencias que llamaban poderosamente la atención, al menos de los visitantes chilenos y extranjeros.

Pero la década de los ochenta no podría ser bien comprendida si pasaramos por alto la agresiva aparición de la industria pesquera que, junto al turismo, dibujó el rostro del período, porque las salmoneras hicieron sentir sus efectos sobre la vida cotidiana al inyectarle una nueva dósis de dinamismo así en Castro como en los pequeños pueblos sacudidos por la súbita aparición de capitales. En efecto, aunque las empresas pesqueras se distribuían por todo Chiloé, era en Castro donde más se notaban sus efectos, ya por estar en esta ciudad el mayor número de casas matrices u oficinas comerciales, ya por el dinero que circulaba moviendo constantemente la actividad comercial y bancaria. Es verdad que estas empresas, o mejor dicho, sus gerentes, ejecutivos y funcionarios de mayor rango eran, por lo general, foráneos que se mostraban bastante distantes del resto de la sociedad, es decir, no estaban integrados ni tenían intenciones de hacerlo, y hasta solían mirar a los chilotes como de gringos a chicanos, al menos al principio. Sólo a fines de los ochenta parecían algo más abiertos. Pero estuvieran o no integrados, la vida cotidiana estaba siendo marcada por estas nuevas elites. El Colegio privado «Cahuala» que abrió sus aulas a fines de la década, captó muy bien estas diferencias y quiso cubrir las necesidades de estas y otras familias tendentes a diferenciar a los chicos según posición social y económica. Y hasta contaba con su propio bus escolar ya que el citado colegio estaba en el barrio Gamboa, a buena distancia del centro de Castro.

Pero, fueron estas empresas pesqueras las que introdujeron un más moderno estilo de trabajo de oficinas incorporando, obviamente, el uso de la computación, del telex y hasta de los famosos «celulares» a principios de los noventa. La demanda de casas para transformarlas en oficinas llegó a cifras históricas y los precios también, lo que, de paso, dió origen a las agencias de compra-ventas y arrendamientos de casas. Algo nunca antes visto ni oído en Castro, pero que ilustra muy bien el ritmo que estaba tomando la vida cotidiana en las postrimerías de los ochenta y comienzos de la década siguiente. Estas mismas empresas ofrecieron empleos desde chicos para los mandados hasta personal administrativo, lo que abrió nuevas expectativas para los jóvenes castreños de

la noche a la mañana. Sin embargo, y como hemos dicho, no pocos de estos empleos eran ocupados por afuerinos.

Por entonces la población crecía constante, pero modestamente a escala nacional. La comuna contaba con 26.984 habitantes en 1982, subiendo a 30.000 en 1992, mientras la población urbana castreña era de 16.812 en 1982 y de 20.634 en 1992, lo que venía a significar que el 68,94% de los habitantes se concentraban en Castro y el 31.01 en los campos de la comuna, siendo 15.615 las mujeres y 14.316 los hombres que vivían en 7.208 casas, de las cuales 7.157 eran particulares y 51 edificios colectivos, con un promedio de 4,2 habitantes por vivienda. Toda esta población se encontraba en poco más de 400 km^2. de superficie correspondiente a la comuna y que representaba el 0,66 de la superficie regional, y el 0,058 de la nacional, lo que daba una densidad de 68,3 habitantes/km^2. en 1992, muy superior al regional que era de 14 hbtes./km^2. y superior también al nacional que llegaba a 17,5 hbtes./km^2. Y no podía ser de otro modo, pues la franja territorial de la comuna de Castro corre estrecha desde el Río Colecole por el oeste hasta el borde oriental de las islas Quehui y Chelín por el este, mientras que por el norte lo hace entre el Río Anay y el Canal Dalcahue y por el sur tiene su límite en Llicaldad. Dentro del corto recinto comunal había 25 «pueblos» o lugares, llamados ahora «unidades vecinales», entre los cuales estaban Curahue, Rilán, Nercón, Llau-Llao, Yutuy, Pid-Pid, Los Angeles, Peldehue, San Miguel y Chelín, los cuatro últimos en las islas de Quehui y Chelín. Todos estos «pueblos» eran atendidos por el municipio castreño que desde la Reforma Administrativa Municipal de 1981 diseñaba planes de desarrollo social y urbano, y administraba los establecimientos educacionales y de salud, superando con mucho las antiguas funciones de ornato y aseo. En el sector rural de la comuna había 31 escuelas públicas en 1992, 3 en el área urbana de Castro, 2 Liceos, 2 consultorios urbanos y 1 hospital de categoría 3 que atendía una población de 54.679 habitantes correspondientes a Castro, Chonchi, Dalcahue y Puqueldón, pero ocasionalmente también a los pacientes de Queilen, Quellón, Quemchi y Ancud, por lo que la población atendida se elevaba a 79.000 habitantes, razón por la cual el recinto hospitalario se estaba ampliando en 1995 y se solicitaba subirlo a la categoría 2. Había, además 10 estaciones médico-rurales y 6 postas rurales con atención médica y dental cuyo objetivo era combatir la desnutrición de los chicos para evitar las enfermedades infecto-contagiosas y detener la mortalidad infantil.

La capitalidad y la industria salmonera incidía en el aumento de la población, la que demandaba, a su vez, más y mejores servicios públicos. Había más trabajo y el municipio se beneficiaba de nuevas rentas por concepto de patentes.

impuesto territorial, derechos de aseo, permisos de circulación, concesiones y servicios, multas, etc. El Municipio disponía, además, de los recursos externos del Fondo Nacional de Desarrollo Regional, del Fondo Social del Presidente de la república, del Fondo de Solidaridad e Inversión Social (FOSIS) y otros.

Desde otro punto de vista, la ciudad y su jurisdicción estaban mejor informadas, porque a la radio «Chiloé» nacida en 1962, se sumaron la «Martín Ruíz de Gamboa», «Imagen», «Alerce» y «Estrella del Mar», a principios de los noventa.

Y así la ciudad se estaba haciendo grande, la vida tomaba un cariz más moderno y complejo, los hombres ricos eran más numerosos que antes, pero los pobres también. Más soltura para desplazarse, crecido número de vehículos, semáforos en las calles, mayor actividad económica e intelectual, así como gustos progresivamente más refinados y más deseos de comodidad. Y todas estas cosas nuevas que se veían en Castro tocaban de algún modo a los demás pueblos de la Provincia que no pudieron desentenderse de los tiempos que asomaban con el turismo, ahora más intenso, y con la abrumadora presencia de la industria salmonera.

12.

DE LAS VILLAS, PARAJES E ISLAS DE LA PROVINCIA Y DEL «AGGIORNAMENTO» DE LOS PUEBLOS EN LOS OCHENTA

12. DE LAS VILLAS, PARAJES E ISLAS DE LA PROVINCIA Y DEL «AGGIORNAMENTO» DE LOS PUEBLOS EN LOS OCHENTA

Algunos pueblos chilotes nacieron con los mismos pomposos nombres con que los ibéricos bautizaron las ciudades que iban fundando en el Nuevo Mundo en sustitución de la denominación que daban los indios a sus parajes, o combinaron nombres españoles e indios con cristianos y castizos bautismos, con rito fundacional, con misa y agua bendita para expulsar al demonio y a los espíritus del caos que hasta entonces dominaban el paraje. En cambio otros nunca fueron fundados ni se llamaron de otro modo que como hoy se llaman con sus nombres de extraña resonancia veliche. De los primeros pueblos chilotes erigidos en el siglo XVI, sólo Castro conserva su castellana denominación, pero el lenguaje popular que todo lo acorta, ha omitido el «Santiago de», como oficialmente debe anteponerse.

San Antonio de Chacao -sólo Chacao en el lenguaje corriente- es el primer pueblo de la Isla Grande viajando de norte a sur. Está allí donde llegan y salen los transbordadores. Desde la Colonia apenas ha crecido su población en unas cuantas personas y unas casitas más, algunas de las cuales se han estado aproximando al embarcadero, medio ocultas detrás de los letreros de bienvenida a la Provincia. Su iglesia, su plaza y aquel cañón que recuerda que en un tiempo ya muy remoto fue guarnición militar de caballería, no tienen más concurrencia de gente que a la hora de la misa dominical y la presencia de algunos infaltables turistas de verano que pasan de carrera a fotografiar la fachada del templo. Nació en 1567 como «puerta de entrada y salida», y con esa función de entrantes y salientes ha seguido hasta hoy. Entre 1960 y 1964 llegar a Chacao después de cruzar el Canal en lancha, era pintoresco y emocionante a la vez. Entonces los estudiantes chilotes que en verano regresaban a la Isla, en poniendo un pie en aquel pueblo, expresaban su reencuentro con su territorio al grito de ¡Viva Chiloé! lanzando al aire gorros y sombreros. Y se entendía la euforia, porque en Chacao se ingresaba a la *Tierra Santa*, como llamaban los isleños de los

años cuarenta al Archipiélago chilote. Es apenas una villeta de casitas que agrupadas descansan sobre la orilla del Canal, aunque casi inadvertidas desde el mar -excepto la iglesia con sus tres torres- por ser un pueblo que parece querer mimetizarse con el paisaje que generosamente se dilata a sus espaldas.

Cuando San Antonio de Chacao era el puerto de Chiloé durante buena parte de la Colonia -unos dos kilómetros al oriente del actual- recibía navíos del Perú y levantaba una colorida feria de productos chilotes y peruanos hasta que San Carlos de Ancud le arrebató el rango. Después de 1768, Chacao sólo ha visto pasar los barcos a lo largo del Canal hasta los años sesenta en que recuperó su rol, aunque como puerto de transbordadores, animándose con el flujo de pasajeros y vehículos. La Aduana de los sesenta y setenta contribuía a dar también alguna vida al pueblo, porque allí se juntaba forzosamente la gente para someterse a la revisión de equipajes y porque en el mismo recinto aduanero había un restaurant que invitaba a la gente a detenerse para servirse algún bocadillo. Después del «Puerto Libre», sólo gente circulando en un continuo entrar y salir. Todo ese mundo que pasaba por ahí era mirado por los habitantes del pueblo desde las ventanas de sus casas, como si fuera algo ajeno.

Por eso, con tráfico y todo, Chacao de los ochenta parecía desolado. Sus habitantes eran sólo pasivos espectadores que no tomaban parte en ese movimiento. En cambio, Pargua, situado al otro lado del Canal, se veía algo más comprometido con el flujo de pasajeros. Sus pocos habitantes comenzaron a vivir del ferry -en realidad nació con el camino que desde Puerto Montt desembocó en el Canal en los años cincuenta-, y aunque era sólo un villorrio, crecía con cierta rapidez. Chacao se mostraba estático y con olor a viejo, Pargua, más dinámico y con olor a nuevo. No obstante, el primero tenía fisonomía de pueblo con sus seis cuadras en forma de damero y con el mismo aire que los demás de Chiloé; el segundo, una aldea más desparramada, con casitas como de barrio, casi campamento, sin personalidad, como si estuviera allí sólo por mientras. Al menos así era la imagen de Pargua hasta los años ochenta. San Antonio de Chacao, por su parte, lleva allí más de 400 años, casi inmutable. Por eso cuando sus habitantes miran, parecen mirar desde el fondo de los tiempos.

Desde Chacao comienzan a sucederse los marineros pueblitos chilotes. Caulín, simple villorrio o más bien paraje o «pago» algo retirado de la ruta principal, pero con deliciosas ostras para ofrecer a los muchos turistas que pasan por allí. No ha cambiado en nada desde el siglo XVIII. Sólo un poco más al poniente, la ciudad de San Carlos de Ancud parecía bullente de actividad, al menos a escala provincial. Calles con gente, vendedores ambulantes en el puerto,

pescadores que se multiplicaron explosivamente a fines de los ochenta, una agitada calle principal, la plaza de armas, pequeña, como las plazas de las villas chilenas levantadas en el siglo XVIII, casi desnuda y ya sin su enorme catedral que fue víctima del terremoto de 1960. En su lugar una iglesia nueva, moderna, pero sencilla, construida en la segunda mitad de los setenta sin la esbeltez y dignidad de la antigua. Si no fuera por el imponente edificio del Liceo, el Cuartel de Bomberos, el complejo turístico «Chilotur», la plaza de Ancud se hubiera parecido bastante a la plaza de Dalcahue, al menos en su tamaño. Calles tortuosas conforman la traza urbana con ese encanto del tramado espontáneo que la hace una de las excepciones de Chile; sitio sinuoso como todos los de Chiloé; ciudad posada sobre dos suaves lomajes y poblada de casitas de colores. Sin embargo, ya no estaba el barrio La Arena que se llevó el tzunami con tres horrorosas olas después del sacudón de 1960.

En los ochenta, Ancud se mostraba más grande y más hermosa que antes. Pero era distinto verla llegando desde el sur que desde el norte. Al ingresar a ella desde el continente parecía muy pequeña, sencilla y algo triste. Al hacerlo desde el interior de la Provincia, en cambio, daba la impresión de más colorida, más alegre y juvenil. Un crecido número de adolescentes le daba una cierta mayor extraversión a la vida cotidiana. Seguía siendo ciudad de estudiantes, como lo había sido también en los años cincuenta, pero, en los ochenta ya había perdido su condición de capital cediendo su lugar a Castro desde la segunda mitad de los setenta. Es ciudad amena. Sus casas de colores parecen estar reposando sobre el césped de las dos suaves lomitas donde está situada y, en verano, mirada la ciudad desde el cerro Huaihuén, semeja un florido jardín que decora aquel rincón de la pradera.

El pueblo de Quemchi era otra cosa. Había que tomar un camino secundario que salía del troncal hacia el oriente. Quemchi es el primero de los pueblos del litoral que mira al Mar Interior dando comienzo a un área bastante más acogedora que la del Canal. En los años sesenta viajando desde Ancud había que bajarse en el cruce y tomar allí otro bus que lo llevara a Quemchi. En la década siguiente se contaba ya con comunicación directa desde Ancud. Quemchi es un pueblo pequeño, aún en el contexto de la Provincia; pequeñísimo a escala nacional con unas 10 calles en cuatro cuadras más o menos regulares. Pero ofrecía un peculiar estilo con sus pocas casas dignas y con el orgullo de ser la cuna de Francisco Coloane, el escritor que hizo conocido aquel pueblo dentro y fuera de Chile. Pero, no eran más de dos las calles por donde trajinaba la gente, cuyo número no llegaba a 400 habitantes, pero con cierta mayor significación que Chacao. Algunos vehículos que entraban y salían. Un hotel de «cuatro piezas» en cuya

puerta acostumbraba la gente a juntarse a novedear. El resto, alguna callejuela donde los chicos jugaban sus pichangas de verano y una amplia playa donde siempre se veía más de alguna embarcación y más chicos encaramados en ellas jugando a los piratas. En los ochenta ya había llegado la luz y las casas parecían más alegres por las noches. Alguna fiesta para San Juan en la casa de alguien con los infaltables invitados especiales: el sargento de carabineros, el jefe de correos, el dueño del hotel, en fin, el profesor de la Escuela. Era lo que rompía la tediosa monotonía de un vivir sin variaciones a no ser por la empresa «Pérez-Castoldi» que en los setenta explotaba el bosque y amontonaba tablas que cada 15 días pasaban a recoger grandes cargueros anclados a la gira. Es el pueblo más nuevo de aquel lado. No nació durante la Colonia a diferencia de todos los demás, sino en el siglo XIX, como Quellón, y tomó cierta importancia con unos cuantos colonos alemanes instalados allí. Sus alrededores, uno de los paisajes más hermosos de Chiloé, recuerda a cada paso la presencia de los antiguos inmigrantes europeos.

Desde Quemchi al sur comienzan a predominar ciertos apellidos o destacan algunos, como los Bahamondes, más patentes desde Tenaún que es un pueblito de tres calles situado un poco más abajo de Quemchi. Pequeñito, pero con olor a viejo, pues es tan antiguo como Castro y Chacao. Lo fundó Martín Ruíz de Gamboa en 1567 con pretenciones de ciudad. Y allí estaba en los años ochenta como en su etapa originaria, casi como la dejó el fundador. Llamaba la atención su imponente iglesia de tres torres, pintada de blanco y azúl. Una calle ancha trazada en los orígenes, -la misma que en los años cincuenta estaba cubierta de cesped, sin trajín alguno-, testimoniaba que nació con aspiraciones de pueblo grande y que nunca llegó a serlo por la extraña manía de su gente de estar llegando y yéndose; unos arribando con sus casas y otros llevándose las suyas, «tirándolas» a través del mar. Precisamente, si algo de original tiene Tenaún es ser pueblo de *tiraduras*, sin paralelo en la Provincia. Y sus habitantes parecen sintetizarse en los Bahamondes y, quizá, en los colonos Werner que dejaron por allí sus huellas, importantes familias, algunas con especial pulimiento y con casas de burguesa dignidad. Por otra parte, Tenaún guarda más secretos de la vida insular que cualquier otro pueblo y, como todos los del área del noreste, con equilibrada proporción de casitas pueblerinas y rurales, pampitas encantadoras y bosques luminosos en verano, oscuros en invierno o, mejor dicho, los residuos de un manto boscoso que en los siglos coloniales se extendía desde Piuchué a ambas costas, sin interrupción.

Y luego Quicaví, el «pueblo de los brujos», como lo era ya en el siglo XVIII. Un día de 1768, un piquete de soldados «dragones» invadió el paraje

para dar muerte a los brujos. No hallaron a ninguno porque vivían camuflados. Los de Quicaví llevan más de 400 años con los cuentos de la misteriosa cueva -como los de Salamanca, en el Norte Chico, llevan 200 en la misma función- habitada por vecinos que a ciertas horas se ponen el *macuñ* para echarse a volar por las noches. Los navegantes de lanchas, lanchones, goletas y vapores veían volar aquellas luces, como haciendo piruetas al fondo del pueblo. Si por algo se conoce Quicaví es por la *Recta Provincia*, fuente de historias tan increíbles como atractivas que se cuentan a la hora del fogón. Parece que no hubiera en Chiloé otro pueblo más fértil en la imaginación y en ello radica lo distintivo, lo sui géneris. En los años cincuenta destacaban los Antóniz. No eran brujos. Eran *castellanos* o, como se decía, *la gente*.

Y San Juan, pueblo de los Bahamondes Barría y de los Barría Bahamondes. Una veintena de casas habitadas por gente de estirpe gallega y vasca que se quedó allí desde la etapa fundante de la Nueva Galicia. Rostros rosados, cabellos castaños y rubios, ojos *zarcos* o *verde chilote* o grises. Cuerpos bien formados y hombres recios dedicados a la carpintería de ribera en los astilleros donde en tiempos pasados construían sus embarcaciones con una técnica y perfección que enorgullecía al sanjuanino. Una capilla en la parte de abajo, casi junto a los botes, resulta algo extraña, no por su arquitectura, sino por su emplazamiento, porque normalmente los templos chilotes se edifican en la lomita más a propósito, como se ve en casi todos los pueblos de la Provincia, junto al mar, obviamente, pero no a merced de las mareas como estaba la de San Juan. A las capillas chilotas se accede desde la marina subiendo un poco, como las gradas que permiten el acceso a las formales iglesias urbanas. El Santísimo no está abajo, sino arriba. La capilla de San Juan estaba abajo, tan abajo que en los sesenta sufría las inundaciones y parece que todavía flotan sus bancas y reclinatorios con las sizigias. En realidad, su explanada se confunde con la playa y como ésta se hundió unos 2 metros con el terremoto de 1960, se explica su anegamiento. Al lado, un puentecillo sortea el riachuelo que desemboca allí mismo. Más arriba, una veintena de casas ceñidas unas, dispersas otras, daban a San Juan de los años sesenta la forma de pueblo donde todos los habitantes eran, en mayor o menor grado, parientes. Casas con paredes forradas con «Cruz del Sur» de remotos años. Playas generosísimas después de la bajamar. Por las tardes se hablaba de brujos, de traucos y caleuches, casi con el mismo interés que en Quicaví, como siguen hablando, por lo general, todos los vecinos de aquel sector de la costa oriental. La vida cotidiana de aquella aldea no parecía ser de este mundo cuando aún no había comunicación terrestre, al menos era así en los años sesenta para el ojo del continental que ocasionalmente llegaba hasta allí. Ahora en los años ochenta, más y mejores casas con todas las

comodidades después que llegó la luz y el camino extendió su ramal precipitándose por la barranca.

San Juan forma una trilogía con Quetalco y Calen. Aldeas vecinas y parecidas en estilo y tamaño. Quizá la diferencia esté en una casa más o una casa menos. La pretención del trío es llegar a ser villas. Pero no pasan de ser aldeas de igual modestia dentro del sector. Quizá algo más represente Quetalco, por más viejo, ya que data de principios del siglo XVII cuando era «pueblo de indios». Pero en los ochenta, más conocido era San Juan precisamente por sus carpinteros de ribera que hacían grandes lanchas como si nada. Todos los Bahamondes, cual más cual menos, mostraban innata habilidad para construir embarcaciones. Veían una viga y ya sabían qué hacer con ella. Desde los años sesenta parece que San Juan se puso más de moda que antes en esta actividad. Pero Calen tiene la fiesta religiosa a la Inmaculada y Purísima, la más original, atractiva y concurrida de aquella zona. San Juan, Calen y Quetalco marcan también el límite meridional de las *tiraduras*. Allí se acaban los traslados por mar y allí también esos extraños y nómades vecinos que andan con sus casas a cuestas. Nada de esto ocurre en Tocoihue, pueblo de las cercanías, pero tierra adentro. Ni hay *tiraduras*, ni astilleros ni sus habitantes tienen rostros de vascos. Sólo «cuatro» casas y una escuelita. Nada más.

Dalcahue, más al sur, comparado con los tres pueblitos anteriores parece metrópoli. Catorce calles, plaza, iglesia, comunicación expedita con Castro, Achao y Ancud. Es una villa con todas las de la ley. Actividad dominical con mucho gentío que acude a la *Feria de la Lana* junto al mar. Muchas embarcaciones que llegan desde las islas; transbordadores de madera para vadear el Canal y desde 1991 el «San Miguel» de don Arcadio Arriagada para pasar a Quinchao, al paraje de San Javier y a los pueblos de Curaco de Vélez y Santa María de Achao. Dalcahue se comunica más frecuentemente con Castro por estar a la mano, y por tierra desde los años cincuenta. De ahí también sus vínculos históricos. En los siglos coloniales sus habitantes españoles eran vecinos de Castro que tenían sus tierras allí, así como las tenían en la península de Rilán. Además, Dalcahue es villa bastante original por su planta, por su arquitectura, por su iglesia declarada Monumento Nacional y por su mercado de artesanías. Los arquitectos de los años setenta y ochenta repararon en su peculiaridad, pero pocos conocieron ese Dalcahue de antes del incendio que consumiera 14 casas en el mismísimo corazón del pueblo.

Mirado desde los altos de San Javier, Dalcahue se ve extendido a lo largo de la ribera del Canal. En el extremo norte destaca la iglesia, bastante excéntrica

respecto del conjunto urbano que se dilata hacia el sur y, junto a ella, las casas decimonónicas testimonian ser el sector más viejo del pueblo. Un brazo de la villa parece estar encaramándose por el camino que sube al interior, mientras un paisaje ondulado hecho de pampitas y bosquecillos sirve de telón de fondo, el mismo telón de fondo que sirve de marco a todos los pueblos chilotes. Crecido número de embarcaciones de diferentes tamaños recostadas a lo largo de la ribera forman, también, parte del paisaje urbano de Dalcahue o «lugar de dalcas», en lengua veliche.

Entre Chacao y Dalcahue, siguiendo el litoral, todos los pueblitos son costeros y se parecen entre si, pero también se diferencian en muchos aspectos. Playas marisqueras, lanchas, botes, muellecitos o simples rampas, y en los campitos, las infaltables huertas de cultivo de zanahorias, lechugas, cebollines, papales, por supuesto, campitos que cuesta una enormidad limpiar y mantener por la portentosa vitalidad de la maleza. Algún ganado ovejuno, unos pocos vacunos y muchos porcinos playeros, paperos y manzaneros, así como exceso de gallinas. Chicos cuidando los rebaños en verano, mientras juegan con los perros, con la misma inocencia de los habitantes del Paraíso. Hasta los años cincuenta estos pueblos se comunicaban por el colonial «camino de la playa» entre Dalcahue, Tenaún, Quemchi y Chacao y aún Ancud, haciendo el trayecto por jornadas a pie o a caballo, aprovechando las bajamares. Dilatado viaje que se hacía teniendo como «paradas» las casas de las amistades. En los años cincuenta había unos curiosos personajes, generalmente foráneos, que andaban por estos pueblos ofreciendo hacer cuadros de familiares fallecidos en la ruta, de gente que perecía cuando no calculaban bien el momento de las pleamares o crecidas y estas sorprendían a los viajeros menos cuidadosos justo en las partes acantiladas y los cubría la marea. Sólo pedían una foto del finado y, al cabo de un tiempo, regresaban con un cuadro con la imagen del ser querido, y en colores, que las familias colgaban en la parte más visible de la casa.

En los ochenta se reconocía la ventaja del camino transversal que une Quemchi con el troncal a la altura de Degáñ, del mismo modo como los dalcahuinos valoraban el suyo que empalma con la carretera en Mocopulli y, últimamente el «camino costero» que los conecta a todos de norte a sur entre Quemchi y Castro con vista al mar. Por eso, desde los años sesenta, los habitantes se han hecho terrestres, de modo que los de Tenaún prefieren la micro, porque tienen sus rutas de ripio que los lleva más presto a Ancud, así como los de San Juan, Calen o Tocoihue se mueven también por tierra en dirección a Castro.

Desde la aldehuela de Manao por el norte hasta Dalcahue por el sur, la

franja bordemarina se muestra toda igualmente sinuosa con una misma fisonomía de simples parajes, de aldeas pequeñitas, medianas y hasta pueblos y villas. Esta franja nororiental de la Isla Grande es, quizá, la que combina mejor, y a su manera, los estilos español y veliche, con predominio del primero en modos, usos y costumbres. Se pueden hallar familias de vieja tradición del más rancio y puro abolengo hispano. Además es fácil distinguirlas porque no han perdido sus figuras de cuerpos bien formados y de aspecto robusto, aunque por lo general viven a la rústica. Las mujeres de ojos *zarcos* -como le llaman a los ojos claros- con apenas leve huella de mestizaje, quizá 1/16, como las lolitas que se veían en San Juan en los años sesenta y que, sin embargo, andaban descalzas y picando leña con la misma destreza que los hombres. Y si se pone atención, hasta un dejillo tienen al hablar ese castellano algo más arcaico que en otros pueblos del Archipiélago. Este litoral en nada se parece a los lugares, parajes y aldeas de tierra adentro, como Coquiao, Cogomó, Degán, Puntra, Butalcura, Mocopulli, Piruquina o Pid-Pid que comenzaron a poblarse débilmente a principios del presente siglo con lo del ferrocarril. La falta de mar y playa los hace necesariamente diferentes.

De toda el área que corre entre Tenaún y Dalcahue, esta última villa representa el nudo geográfico que articula y comunica a los pueblos del nororiente, por una parte, y las islas inmediatas, por otra. Precisamente, Dalcahue ha sido desde los sesenta, la vía obligada de los habitantes de la Isla de Quinchao hacia Castro o hacia Ancud, y lugar permanente de la *Feria de la Lana* que congrega a las artesanas de los pueblos aledaños y de las islas de Lin-Lin y Llingua. Antes, en los tiempos de la «Ferronave», los de Quinchao no se comunicaban por otro medio que por mar, porque por los años cuarenta, los vapores recalaban en Achao y Dalcahue cuando aún no había caminos terrestres, y las embarcaciones menores hacían el resto, de modo que los vecinos de Achao, pueblo formal con 24 calles, regulares en damero, o Curaco, más pequeño con 7 calles, eran forzosamente marinos. Desde que Dalcahue quedó unido por tierra con Castro y se abrió el camino a lo largo de la Isla de Quinchao, los de Achao comenzaron a usar a Dalcahue como «puerta» con sólo transbordar el angostísimo canal. Así el barco, la goleta y las lanchas a motor, cedieron su lugar a la góndola, y en los setenta todo se hacía ya casi exclusivamente por tierra. Y así también los habitantes de las islas de Lin-Lin, de Llingua, de Meulin -que debieron seguir siendo marinos- navegaban un corto, trecho hasta Achao, dejaban allí sus embarcaciones, tomaban el bus y llegaban rápidamente a Castro o a Ancud por la vía de Dalcahue en menos que canta un gallo. Por eso, desde los años sesenta, los dalcahuinos se precian de conocer -aunque

fuera de vista- a todos y cada uno de los habitantes de los pueblos e islas inmediatas, porque todos pasaban forzosamente por este pueblo.

Al sur de Dalcahue comienza el área de Castro, más precisamente en Llau-Llao, pueblito de 5 cuadras irregulares. La primera franja castreña es la península de Rilán que corre paralela a la isla de Quinchao y separada por el angosto Canal Dalcahue. En esta península predominan los campitos, las aldehuelas y los puertecillos. Allí estan Quilquico y Yutuy, pero también el pueblo de Rilán, este último el más importante de aquella lengua de tierra. Quilquico es apenas un «pago» con una vieja y noble iglesia a punto de desmonorarse a fines de los ochenta. Comenzó a arruinarse desde que fue declarada «Monumento Nacional». ¡Qué contrasentido!, y sustraída, por lo tanto, de las reparaciones que la propia comunidad acostumbraba a hacer con sus templos. Como no se podía tocar, los vecinos levantaron una nueva iglesia al frente, de tejuelas de alerce como las demás, y al poco tiempo un violento *travesía* echó al suelo la antigua. En sus costados una decena de casas no tan ceñidas como en otras aldeas, sino más bien dispersas, aunque en conjunto presenta la forma de pago o villorrio. Quilquico está situado en la parte más alta de la península donde abundan los campitos deliciosos sobrecargados de manzanares y, de cuando en cuando, cortos sembrados de trigo. Un poco más al sur, con los pies en el fiordo de Castro, está el lugarejo de Yutuy, casi bañándose frente a la capital de la Provincia. Simpático paraje el de Yutuy que tiene unas cuantas casitas, aunque con menos significación que Quilquico. En el extremo sur está el pueblo de Rilán, pequeño también, pero más regular y formal con su iglesia bellísima, su plaza y un par de calles trajinadas por carretas y algunos vehículos a motor. En los ochenta se veían también un par de negocios más o menos formales.

Toda la península de Rilán es una sinuosa prolongación de terrenos ondulados, excepto el corto trecho de las «pampas de Pechaco» que estan frente a Castro. Tiene la misma fisonomía que la isla de Quinchao con sus mil tonos de verde y con la particularidad de haber sido poblada por los vecinos españoles de Castro desde 1600, cuando del holandés Cordes atacó la ciudad. En los villorrios y caserios de la península de Rilán, así como en los pueblos y aldeas de la isla de Quinchao, abundan los ojos *verde chilote* que son connaturales a los apellidos Oyarzún, Alvarez, Oyarzo, Montaña. Rilán es el horizonte inmediato de los castreños y aquella lengua de tierra deja tan ceñido el mar de Castro que le han llamado impropiamente fiordo, aunque en realidad es un golfete alargado con puntas y sinuosidades como Tongoy, Yutuy o Peuque, con unas casitas eternas a la vera del mar que parecen estar allí desde la Creación. Todo aquel sinuoso mar contemplado desde los altos de Quilquico o desde las

torres de la iglesia franciscana de Castro, semeja una serpiente marina que ondulante se prolonga desde Tey hasta casi tocar la isla de Lemuy. El fiordo de Castro es el *cai-cai* y el promontorio que lo ciña frente a la ciudad es el *ten-ten*, como testimonio toponímico de la diluviana lucha entre ambos.

La franja paralela a Rilán pertenece al área de Castro y espacios inmediatos al norte y al sur. Castro representa el otro nudo, el más importante de la Isla, no sólo por ser ciudad capital, sino porque articula toda la Provincia. Por tierra, a través del Longitudinal que la une con el norte hasta Chacao, y con el sur hasta Quellón, además de los caminos secundarios que desde la ciudad salen en distintas direcciones. Por mar articula también la comunicación con los archipiélagos interiores. Desde otro punto de vista, el área de Castro es algo más suave en topografía. La ciudad misma está situada en una meseta llana, aunque sus barrios periféricos se extienden sobre terrenos más ondulados, la misma suave ondulación que a esa altura va bajando desde Piuchué, con campitos hermosos y verdes salpicados de casitas dispersas por aquií y por allá, como se ven los altos de Gamboa cuando se miran desde el cerro Millantui.

Y más abajo, camino de Chonchi, los pueblitos de Nercón y Rauco como en miniatura, del mismo estilo que los muchos de Chiloé, dan término al área de Castro hacia el mediodía. Nercón con su grande y vieja iglesia, tenía hasta los años setenta sólo unas cuantas casitas grises, tan grises como su enorme capilla. Pero, por su cercanía a Castro y por el bellísimo paisaje que lo circunda, terminó transformándose en una hermosa villa a fines de los ochenta, con muchas casas modernas de bellos y extraños estilos, así para residir, como para veranear, y dispersas por aquí y por allá. Rauco, en cambio, sigue casi tan pequeño como hace siglos, pero con habitantes orgullosamente rauqueños, así como nerconinos los de Nercón, con los mismos lazos de pertenencia que un castreño se siente por Castro. Eso nos recuerda las reuniones sociales de coterráneos en los centros chilotes de Santiago, de Valparaíso o de Concepción, porque en estas ocasiones se acostumbraba a presentarse cada uno ante el resto de la concurrencia, y al hacerlo siempre se añadía el pueblo de origen. Clara Macías de Mallelco; Gerónimo Aguilar, de Compu; Antonio Bustamante, de Huyar. Cada chilote era un chilote distinto, porque ser de Palqui, no era lo mismo que de Puntra o de Curaco o de Chonchi o de Matao o de Laitec o de Imerquiña, y como no era lo mismo querían dejar constancia de ello. Y así iban nombrándose junto a sus pueblos y todos sus coterráneos aplaudían, y como siempre abundaban más los castreños y ancuditanos, al nombrarse, la algarabía de los ¡vivas! y ¡hurras! era también mayor.

El pueblo de San Carlos de Chonchi da comienzo al sector meridional de la Isla Grande, área que antiguamente llamaban *de los payos* por los indios de ese nombre y de raigambre chona que ocupaban todo aquel espacio hasta Huildad por el sur, lugar este último, que en el siglo XVIII era el postrer sitio habitado. Entre todos los pueblos chilotes, San Carlos de Chonchi es, quizá, el más atractivo por su personalidad, por sus habitantes, por sus mistelas, su *licor de oro*, sus *roscas*; pero por sobre todo, por la originalidad de su planta urbana radiante formada por una veintena de calles, y por sus casas y grandes casonas que datan de principios de siglo con fachadas continuas en la parte más vieja del pueblo; además, se ha hecho atractivo por sus magníficas casas modernas construídas a fines de los ochenta en el acceso norte. Chonchi tiene uno de los emplazamientos más interesantes de Chiloé y un encanto como pueblo, ya en invierno cuando se ve tremendamente melancólico, ya en verano cuando se muestra alegre y trajinado. No parece ser el mismo pueblo en julio que en febrero, porque en febrero, como por arte de magia aparecen los mochileros y los turistas que lo admiran, lo fotografían, lo pintan, lo caminan, lo disfrutan como si fuera el Edén.

Le llaman la «ciudad de los tres pisos», porque su sitio ocupa tres pequeñas explanadas que se suceden escalonadas desde la marina hasta más arriba de la iglesia. Las calles siguen las sinuosidades del terreno dando al pueblo la forma de un gran abanico, cuyo punto central está marcado precisamente por la iglesia. Tal como Dalcahue, la villa de San Carlos de Chonchi era tema de los arquitectos y urbanistas en los años ochenta por su traza y por sus casas que todavía recuerdan el antiguo, aunque efímero esplendor chonchino. Aquí ya se habla más cantado que en el área de Castro y se ven más chales y rebozos que en otros pueblos de la Isla Grande. En fin, Chonchi es «puerta» del litoral oriental porque es nexo con Huillinco y Cucao al suroeste; con Quellón, al sur y con las islas adyacentes. En Chonchi comienza el mundo *payo*, como en Huillinco el mundo lacustre o de montaña. Huillinco con sus tres calles no es ni más grande ni más pintoresco que su pintoresco cementerio hecho de casitas chilotas donde los difuntos se cobijan de los aguaceros. Es una aldea de apariencia más rústica que otros pueblos; más cercano a la montaña y, por lo mismo, más pueblo de interior. Desde allí se accede a Cucao. Este último, tal como Huillinco, no alcanza a ser pueblo, sino simple «lugar», además, muy excéntrico del resto porque mira al Mar Bravo como llamaban antes al Pacífico, de modo que sus habitantes son otra suerte de marinos, además de ser pueblo de hacheros, al menos lo eran antes de la creación del Parque Nacional Chiloé que comienza allí mismo. Pero volvamos a Chonchi, porque también es puerta al sureste, hacia Compu, hacia Detico, rematando en Queilen, pueblo más o menos formal

con sus ocho calles, allí donde termina aquel brazo de camino al suroriente, mientras que el otro, el Longitudinal o troncal, corre en derechura hasta Quellón para acabar en el muelle de transbordadores desde donde se zarpa hacia la Trapananda aysenina.

Quellón cumple casi el mismo papel que Chacao, esto es, puerta de entrada y salida, pero esta vez hacia el austro. Y es la puerta más nueva, porque está situada donde nunca antes hubo nada, es decir, más abajo de Huildad que en la Colonia era el último pueblo en el sur de la Isla. La explotación forestal fue el origen de Quellón cuando se instaló en aquel sitio una destiladora de madera y que cerró por los años cincuenta, quedándose allí gran parte de los obreros. Después fue atrayéndo a otros campesinos e isleños que llegaron tras los salarios de las fábricas conserveras. Desde los años setenta, el pueblo comenzó a vivir del transporte con la inauguración del transbordador a Puerto Chacabuco acrecentándose la actividad pesquera por obra de las grandes y novísimas empresas de los ochenta. Hoy, Quellón tiene una ligera forma regular que recuerda vagamente el trazado de damero, pero acomodado a su topografia, tan ondulada como en los demás pueblos. En los setenta había llegado a ser más importante que Chonchi con la misma veintena de calles más o menos regulares, pero con mayor número de habitantes debido a su ventajosa posición geográfica, pero también a su mayor actividad comercial con la llegada de nuevos pobladores chilotes y chilenos. Esta mixtificación de gente le daba una extraña fisonomía en los ochenta. Crecía con más rapidez que los demás pueblos insulares, y buen número de castreños se trasladaron allá por las oportunidades que ofrecía. En Quellón se pone fin a la humanizada franja costera del lado oriental de la Isla Grande. Después de Quellón, la costa se muestra mucho más fragosa y, por lo mismo, menos a propósito para la habitabilidad humana, como lo son también los litorales sur y poniente de la Isla Grande.

Desde Chonchi a Quellón es otro el paisaje. Es como en Huillinco, por más rústico, y por dar la impresión de nueva frontera interior de la Isla Grande en cuanto que ha sido la última en poblarse. Predominan los espacios boscosos que desde Pirulil alcanzan hasta la costa, matizados por pampas que de trecho en trecho permiten el descanso de la vista, con casitas por aquí y por allá similares a las de toda la Provincia; huellas de *catango*, manzanares, *quinchos*, ensenadas y playas bellísimas enmarcadas por vegetación boscosa tupida y alta, y vigorosos sotobosques oscuros y enmarañados. Así es aquel espacio recién humanizado y que los japoneses proyectaban talar en 1975 cuando se discutió el tema de las astillas. En la segunda mitad de los ochenta la Carretera Panamericana que cruza aquellos montes estaba completamente asfaltada entre Chonchi y Quellón

que era el último tramo que restaba, de modo que desde un extremo a otro de la Isla Grande se podía transitar ahora en forma rápida y cómoda en buses -ya no se les llamaba góndolas, ni siquiera por los habitantes de Chonchi donde permaneció más tiempo el nombre- con chilotes que antes lo hacían sólo por mar, y por foráneos ávidos de conocer las antípodas.

Otra cosa era y es el mundo del Mar Interior o el de los archipiélagos menores. Esta franja insular es la más tradicional de la Provincia, insulas de chales y ponchos, mundo marino por antonomasia, realidad mitológica pretérita y exótica cuando se le mira con ojos afuerinos. Aflora aquí lo mágico y los signos de la naturaleza con sus presagios acompañan la vida cotidiana mucho más que en la Isla Grande. Mundo del *fogón* y de los *caedizos* y, hasta no hace mucho, de los *corrales* que todavía se ven abandonados en un poquito de playa como testimonio de un pasado no tan lejano. Espacio marítimo formado por familias de islas e islotes que acompañan a la tierra madre que es la Isla Grande desde el Seno de Reloncaví, todavía en la Provincia de Llanquihue -quizá por qué-, hasta las islas Guaitecas en la actual XI Región. Ambos extremos insulares del Mar Interior siguen siendo chilotes, como antaño, aunque separados por esas líneas de puntitos que en el mapa marcan las antojadizas divisiones territoriales escindiendo arbitrariamente pueblos de cultura homogénea más antigua que las modernas concepciones político-administrativas disgregadoras de pueblos.

El primer grupo de islas del Reloncaví comienza en realidad, en la caleta Angelmó que en los sesenta todavía mostraba ese inconfundible aspecto de aldea chilota, aunque en los ochenta ya estaba absorbida por el impresionante crecimiento de Puerto Montt. Y más abajo, el Archipiélago de Calbuco con la isla y pueblo del mismo nombre con 8.000 habitantes urbanos, Abtao, Chidhuapi, Guar y las demás que semejan un puente entre Calbuco y el continente del Este o de la «Sierra Nevada», como los chilotes de antaño llamaban a la Cordillera de Los Andes. Es el área donde se amestizaron los pueblos huilliche, chono y español, unidos todos en la actual población mestiza de Calbuco de Cárcamos, Barrías, Velásquez y Chodiles, Millapeles, Aguilantes. En estas islas de la provincia de Llanquihue comienza el mundo de los curantos, de las fiestas religiosas, de marinos y de goletas que han trazado el perfil cultural del Seno de Reloncaví, antesala del mundo chilote.

Luego, más al sur, la isla Caucahué, solitaria, adosada a la mayor, como enmarcando la bahía de Quemchi; y mar adentro, las islas Chauques separadas de la Grande por el Canal Quicaví, quizá las más originales del Archipiélago

chilote con su cabecera en el notable pueblito palafítico de Mechuque Precisamente las islas Chauques son una especie de otro mundo en medio del Mar Interior. Históricamente lo fueron, y en los años setenta seguían siéndolo. Apartadas de las demás, las cinco insulas principales: Mechuque, Cheniao, Butachauques, Añihué -de las 16 que componen el archipiélago- se aprietan unas con otras apenas separadas por estrechísimos canales, tan angostos en algunas partes, que la gente se saluda de una isla a otra todas las mañanas: cantan los gallos de esta y contestan los de aquella. Se ladran los perros canal de por medio. Pero por la misma estrechez, los bajamares correntosos pasan bramando por los ceñidos laberintos. Hay islas que se separan en dos con las crecidas. En realidad, las Chauques son islas nacidas de una sóla grande dividida en partes por no se qué cataclismo del cuaternario. Allí aprendieron los antiguos jesuitas a saber qué era navegar en *dalcas* sin quilla por los angostísimos canales y, por lo mismo flotando sobre las espumas de las olas. ¿Cómo amanecieron don Jacinto?, pregunta un vecino gritando de una isla a otra, en plural, como se usa en los campos. Y así también se llaman o se *suplican* de una isla a otra en las ocasiones de *mingas* y se visitan en sus botes calculando los ritmos de las crecientes y vaciantes.

Y, por ahí, más al sur, aparece la islita de Teuquelín, cerca de la de Caguach, tan chiquitita y breve que suelen ignorarla los mapas. Antes, los vapores regionales pasaban casi atropellándola. Los habitantes, los pocos que hay, salen a pasear por la playa los domingos y le dan una vuelta entera en un rato. Dicen que para el maremoto de 1960 se perdió de vista; se esfumó como tres días y luego reapareció más chiquitita todavía. Lin-Lin, Meulín y Llingua son más grandes que Teuquelín, Aulín o Tac, pero en realidad pequeñas dentro del contexto del Archipiélago. Estan casi juntas formando un grupo al oriente de Quinchao. Desde Achao se les ve todos los días, brumosas en invierno, luminosas verdes, saludables en verano. Deliciosas parecen aquellas islas en febrero como las imaginarias insulas que los europeos del Renacimiento pintaron soñando con mundos idílicos, islas edénicas. Sólo que así parecen Lin-Lin y Llingua en verano, porque en invierno se ven grises, frías y eólicas. Apenas se distinguen sus siluetas miradas desde San Juan o desde Calen en el mes de julio.

Y Quinchao, la hija mayor de la Isla Grande, está como en su regazo, apretada junto a ella. Delgada y larga de noroeste a sureste. Tiene similar topografía que la península de Rilán y casi la misma extensión. En su interior los mil colores de sus campos con caprichosas ondulaciones, con terrenitos limpios y humanizados. Los lugares o aldeas de San Javier, Quinchao, Huyar o los pueblos de Curaco de Vélez y Santa María de Achao y hasta el paraje de

Chequián que antes era misión jesuítica, son famosos dentro y fuera de Chiloé. Quinchao y Achao por sus iglesias; grande y solitaria la primera en medio del campo, bellísima la segunda, en el corazón del pueblo; y Curaco de Vélez, alabado por sus casas de curiosa arquitectura y refinado gusto.

Y separada por un canal, la isla de Lemuy se ve adosada también a la península de Rilán en su extremo meridional y bien ceñida a la Isla Grande frente a Chonchi. Mirada desde el aire, Lemuy es quizá, la más bella de todas las islas chilotas, mientras abajo, transitándola, se maravilla el visitante con tanta variedad de formas. Pueblitos diminutos por aquí y por allá. Puqueldón, la cabecera, es una villa con ocho calles y ahora transitada por vehículos desde que se unió a la Carretera Panamericana por medio de un transbordador, unos pasos al sur de Chonchi. Dentro de la isla se abrieron caminos que unen Puqueldón con otros pueblos o aldeas como Detif o Aldachildo o Ichoac. Sendas tortuosas apenas transitables, aún en verano, pero alegres y aromáticas con el sol primaveral. Con la lluvia de invierno estos caminitos se ven tristísimos. Pero durante todo el año Lemuy es verde, tan verde que desde lo alto semeja un choapino de todos los tonos imaginables de ese verdor fresco y oloroso. Es la tercera isla en superficie, y tierra de los Montiel, porque este apellido enseñoreaba allí en el siglo XVIII.

Y después, la isla de Chelín, de los Gallardo, al menos era el apellido más importante durante la Colonia en esta isla que sigue a la de Lemuy inmediatamente hacia el sur y con casi las mismas características topográficas, aunque mucho difieren en la forma y tamaño. Y Quehui, isla y pueblo que se hicieron famosos con aquella pícara canción: «A Quehue va la lancha». Porque antes se llamaba Quehue, con e, ahora Quehui, con i, quizá por el bochorno de la canción aquella. Hasta aquí las islas inmediatas al área de Castro, las que forman su hinterland marino y que de algún modo pertenecen por usos y costumbres al modo de ser del centro del Archipiélago, junto a Quenac, la isla de los españoles del siglo XVIII, devotísimos cristianos entonces, que pertenece también al grupo de las islas centrales.

Y así como Calbuco tiene sus islas y las tiene también Quemchi, Dalcahue, Castro, Chonchi, cada una con su grupo al frente, así también Queilen y Quellón tienen las suyas. De este modo los pueblos de la Isla Grande son cabeceras de las islas más pequeñas. El pueblo de Queilen tiene la isla Tranqui que presenta la forma de un gran pez varado en el bordemar encajado perfectamente en el espacio que deja el estero de Compu. Y un poco al este de Queilen, las islitas de Acuy y Chaulín, junto al pueblo de Huildad. Quellón tiene islas más numerosas,

entre ellas Coldita, Cailín y Laitec, un poco al sur del pueblo, y pegadas al fiordo de Yaldad, todas de topografía más áspera y muy especialmente San Pedro, más al sur todavía, que es como una colina puntiaguda, chiquita de base, pero con 800 metros de altura. Es un cono inaccesible a su cima poblada de vegetación achaparrada. Sólo Antonio Vidal Gormaz en el siglo XIX y Medardo Urbina en 1989 han tenido el privilegio de llegar a la cumbre y otear desde allí el Mar Interior. En fin, la última es la isla de Quilán pegada a la costa meridional, áspera como Pirulil de la que es parte desprendida, inhabitable y tormentosa mirando al golfo de Guafo.

Y más al interior del Mar chilote, Alao, Apiao, Chaulinec juntas al oriente de Quehui, islas de los «gentiles» chonos, caucahues, huillis y taijatafes que en el siglo XVIII fueron trasladados desde los laberintos occidentales de la Trapananda. Los misioneros jesuitas y franciscanos iban a buscarlos en *dalcas* para conducirlos a Chiloé por grado o por fuerza. Estos indios ya no estan, porque se han amestizado con la población veliche, aunque dejando, quizá, un mundo de creencias, de mitos y de supersticiones que los actuales chilotes de esas islas tienen por suyos. Y más al oriente, las islas Desertores, las más retiradas y las más extrañas. Entre Cailín y las Desertores se abre el Golfo de Corcovado que es frontera marítima de Chiloé con las Guaitecas y Chonos. En el siglo XVII y XVIII la «Barra de Chaiguao» marcaba más nítidamente esa frontera saliendo aquel bajío como una raya desde la altura de Huildad hacia el oriente, tan baja y peligrosa que encallaban allí las embarcaciones con quilla, y las ballenas también, para regocijo de los caucahués de Cailín que se apresuraban a faenarlas. Y, por supuesto, hay muchas otras islas, porque el Mar Interior está poblado por más de un centenar de ellas, todas con algo diferente y mucho en común. ¿Cómo no van a parecerse si no las pueblan más que chilotes que tienen la extraña manía de vivir del mismo modo, con apenas sutiles diferencias?

En todas no se ve otra cosa que paisaje de lomitas con pedacitos cultivados, cortísimos minifundios con sus papales, la *maja* de manzana en el mes de marzo, y el laboreo de la tierra con arados de luma. Y los cuadritos minúsculos que son las huertas y los almácigos, como en todas partes del Archipiélago, adosados a las casas que se ven por aquí y por allá y enmarcados por rústicos *quinchos* y cercados de estacas. En cada isla hay playas y bosques, marinos y agricultores, pescadores y hacheros, unos pocos vacunos y caballos, pero muchas ovejas y cerdos se ven en las verdísimas pampitas, casitas de tejuelas, capillas centenarias, botes en la orilla, picadura de leña por las mañanas, café por las tardes a la hora de las 4 y mate por las noches a la hora de la conversa.

Y en las islas más pequeñas sólo hay unas cuantas familias que no aumentan quizá por qué secreto sentido del equilibrio entre los recursos de la tierra y lo demográfico, con predominio de gente sencilla que cree en las mismas cosas, fantásticas cosas que se cuentan junto al *fogón* donde se confunde lo real con las simples creencias y cobran vida los *traucos* y *pincoyas* o al menos se toman en cuenta, porque el mito sigue siendo muy connatural todavía al Mundo del Mar Interior, a pesar del modernismo que parece estar penetrando también allí, intentando erradicar la *minga* que, a pesar de todo, sigue siendo algo más vigente que en los campos adyacentes a Castro, *mingas* de *maja*, de techumbre, de senderos, de siembras, de cosechas que todavía se hacen en común en lugares donde el vecindario es poco y las necesidades, muchas.

En ninguna isla falta la capilla, porque en todo el Archipiélago hay más capillas que pueblos. En realidad, los pueblos en sentido urbano son muy pocos y las capillas más de 100. Por eso, no hay isla que no tenga su *fiesta patronal*, pero también sus fiestas más terrenales como aquellas de fin de semana en casa de algún compadre donde al menor pretexto se combinan la chicha *calorosita* al brasero y la *cordiona* y se bailan las sirillas, trastaseras y corridos mejicanos con las mujeres del lugar, siempre más numerosas que los varones, y hasta se conciertan matrimonios que es la razón primera de las fiestas en muchas islas desde tiempos inmemoriales. Y en todas partes la playa es el centro de la actividad cotidiana de botes, de lanchas que entran y salen, del embarcadero, de la sociabilidad, del sustento generoso, abundante y más presente antes de la irrupción de las pesqueras que en los ochenta separaron a los chilotes de su franja costera en muchos rincones de la Provincia. En fin, en todas partes hay «españoles» y hay veliches, Veras y Cuyules, Barrientos y Catrileos que comparten la misma *cultura del Santo Patrono*, porque en todas las islas y capillas se vive la misma devoción a las imágenes sacras que protegen al pueblo y, acaso, algún santero todavía esculpa *poderosos* de madera como reminiscencia de épocas anteriores a la gran prohibición, y los *fiscales*, los *patrones* y el *cabildo*, todavía estan tan vigentes como los dejaron los jesuitas coloniales, como vigente está el arte culinario o *cultura del fogón* con sus curantos, chapaleles, milcaos, mariscales y llocos que llenan de dicha las caras de la gente de buen comer.

En casi todas las islas hay apellidos de uno y otro pigmento. Los Vidal, los Pérez, los Aguilar poseen las lanchas a motor, los Huichapán, los Paillán, los Caileo, sólo saben de chalupones, goletas y lanchones que subsisten apenas, humilladas por motores diésel. Pero, unos y otros coexisten en las mismas islas y se acomodan a lo nuevo ofreciendo *curantos en hoyo* a los cada vez más

frecuentes visitantes de verano que salen de Castro en bulliciosos tours, y a los gringos que se pasean por las islas en bellísimos yates con extrañas banderas y modernas filmadoras.

Sin embargo, se pueden advertir originalidades no sólo en los pueblos e islas, sino hasta en los parajes más ínfimos. En éstos predominan las formas españolas, en aquellos las mestizas, en los de más allá las formas indias, formas o expresiones difíciles de captar a simple vista, porque todas las islas y pueblos estan hermanados por ese aire común chiloense, como se decía por lo chilote en el siglo XVIII. Islas parecidas, no cabe duda, pero los matices suelen ser, a veces, tan locales que cada isla puede considerarse un mundo. Aquí la chicha se *maja* con artefactos de madera y allá con máquinas más modernas introducidas no hace mucho, así como se trilla por aquí con yeguas y se trilla por allá con máquinas *a brazo* o se tritura el trigo con piedras de moler tal como antaño o se usan molinos más arcaicos aún. Y así también unas islas miran a Castro, otras a Puerto Montt y las del oriente son tan emparentados con Chaitén, que los de Lemuy los consideran como gente de la «otra banda», allí donde las leyendas se cuentan de un modo diverso, tanto que no parecen los mismos cuentos. Hasta en el modo de hablar se pueden advertir distingos. Obsérvese con atención como se pronuncia la «rr», la «s», la «tr», la «b» o la «g», y se advertirán las diferencias entre chilotes de unas islas y de otras. Hasta la brujería tiene sus matices y los *casos de brujos* varían también, aunque las islas esten separadas por un estrechísimo canal. Y, así un chilote de Chelín no se siente igual a otro de Tranqui, y este cree tener apenas algo en común con un chalupero de Desertores. Porque, a pesar de las comunicaciones que han acercado mucho a los isleños entre si con la introducción de embarcaciones a motor con servicios cada vez más regulares y con los modernos transbordadores, cada isla sigue siendo un mundo único. Los goleteros-mariscadores que van a las Guaitecas no son de todas las islas y pueblos, sino de algunas que se han especializado y mantenido estas faenas. Por eso también unos son muy movedizos, otros más sedentarios. Aquí predominan los atuendos de *carro*, allá los ternos negros, los sombreros acampanados y las boinas vascas, como se ven en las islas más próximas a Castro. Porque el veliche no usa boina; sólo el «español» y el mestizo españolizado la usan, lo mismo que la «bota» de vino que parece no sentara bien sin la boina. En unas las capillas siguen siendo de Cheuquepiles, en otras de Oyarzúnes o *gente*, como se decía antes, y en las más, indistintamente de unos y otros.

Y así, dividido el Archipiélago en pequeños grupos insulares, es uno y vario al mismo tiempo, saltando a la vista su enorme riqueza de matices. Pero,

para captarlos se necesita ser algo más que un transeúnte que pasa de carrera, mucho más que un visitador que mira mucho y ve poco y para quien todos los chilotes son monótonamente iguales, tanto que se piensa que basta ver a uno para verlos a todos o que las islas y pueblos de Chiloé no tienen más que goletas, palafitos y traucos por donde se los mire. No distinguen ni pueden distinguir a la primera mirada el modo especial de ser y existir de la gente de cada minúsculo lugar. En verdad, una casa campesina en Curaco de Vélez dista de ser igual a una de Caulín o de Canán, de modo que admitiendo la homogeneidad cultural, al mirar detenidamente el interior de cada isla, se descubre lo mucho que hay de distintivo, aunque apenas perceptible para el ojo distraído. Y por supuesto, no puede ser lo mismo el chilote de las islas que el del borde oriental de la Isla Grande o que el de la costa occidental de la misma. La franja del poniente, aquella que mira al Pacífico produce gente de peculiar vividura, como en Cucao o en Chepu, gente crecida en tierra montuosa, vegetal, lluviosa, soportando más de 4.000 mm. al año y por eso sus escasos habitantes se ven como detalles en medio de aquella fragosa geografía. En cambio la franja central correspondiente al litoral oriental de la Isla Grande, es la antítesis de aquella, pues allí estan los pueblos, las aldeas, las ciudades, los caminos, y los campos cultivados junto al bordemar, pero también está más presente la cultura nacional y la cultura intelectual.

En fin, los años ochenta fueron tiempos en que los antes solitarios, pero exóticos pueblitos chilotes se pusieron más de moda que en los años sesenta y setenta. Mucha gente llegaba ahora a ver las curiosidades de Castro y Ancud, y a maravillarse de la peculiaridad y simpleza de los villorrios de casitas de madera, de los curiosos y escondidos pueblos de emplazamientos y trazados espontáneos, como el palafitico Mechuque «descubierto» casi de súbito en los ochenta, transformándose en la meta de marítimos tours organizados por empresarios castreños sólo para ver esa curiosidad y saborear, de paso, los olorosos curantos que preparan los mechuquinos. Tiempos del boom chonchino, por su magnífica planta urbana ajena a toda regla, valorado como uno de los mejores exponentes del modo chilote de asentarse, y alabado por su valor patrimonial, como lo es también Dalcahue, Achao o Curaco de Vélez, cada una con su algo sui generis que mostrar.

Visitante ecológico era el turista de los ochenta, ansioso de ver espacios puros, espacios verdes y frescos, espacios de aire no respirado. Por eso la fascinación por Cucao y por las islas, pero también por las iglesias, ahora con un interés más general y más serio que antes, porque el visitante chileno había madurado mucho en esto de apreciar la cultura de los interiores del país. Ya no

veía sólo galpones grandes a la rústica con una torre y una cruz, sino que apreciaba o intentaba apreciar toda su significación como eje espiritual de los pueblos y la originalidad arquitectónica de capillas como la Santa María de Achao, o la de Nercón, o la de Chonchi, o la de Rilán, o la magnífica iglesia San Francisco de Castro que los foráneos comenzaron a llamar impropiamente catedral desde los años setenta. Iglesia madre de todas la demás desde los tiempos de la Conquista española, cabecera espiritual del clero regular que puso en Santiago de Castro el Colegio misional que difundió la fe cristiana por todo el Archipiélago, cosechando copiosos frutos.

Y fue en los ochenta cuando aparecieron los primeros estudios locales sobre las iglesias, siguiendo los pasos de los historiadores Roberto Montandón y Gabriel Guarda, libritos y folletines descriptivos y modestos hechos por aficionados castreños para hablar de las capillas que en algo contribuían a la difusión de la historia de cada una. Este mismo interés abrió paso a la crítica del sistema que pretendía conservar los «monumentos nacionales», como eran muchas de las capillas chilotas. Y es que antes era la comunidad la que reparaba o levantaba sus templos siguiendo la costumbre tradicional sobre la base del esfuerzo comunitario. Se criticaba que con los monumentos nacionales no se pueda hacer otra cosa que esperar a los arquitectos y los recursos que debía enviar la Dirección de Monumentos Nacionales, recursos que, sin embargo, no llegaban. Por eso mismo desaparecieron algunas de estas venerables iglesias, como la de Quilquico, cuando un temporal de travesía la echó al suelo. Unas, las más dignas y antiguas, se perdían para siempre; otras, las más modestas y recientes, por no ser «monumentos» eran remozadas por la comunidad en respuesta al interés mostrado por el crecido número de visitantes de verano. De repente apareció la pintura de los frontis en alguna de ellas a fines de los ochenta y principios de los noventa siguiendo el ejemplo de la iglesia matriz de Castro y fue cuando el color lila se puso de moda, lo mismo que el azúl y el blanco, como en la de Tenaún. La iglesia Santa María de Achao, en cambio, permaneció fiel al color natural de sus envejecidas tejuelas de alerce que es como debe lucir por siempre. El tema de las iglesias alcanzará su punto más alto en los noventa, cuando el Obispo Ysern, Hernán Montesinos y otros muchos inicien la campaña para recuperar y conservar este patrimonio, único en el país.

Y así, descubriánse en los ochenta, paisajes, aldeas, pueblitos, costumbres, creencias, modos de ser, detalles dentro de la homogeneidad cultural chilota, significativas variantes entre un sitio y otro, tan interesantes matices como las diferencias entre capillas que siendo reconocidas en todo el mundo como chilotas,

muestran sus distintivos frontis, como lo ha sabido recoger el artista de la madera, el profesor castreño Eduardo Cerna.

Entonces, el campo tuvo en los ochenta ese aggiornamento que comenzó a insinuarse en los sesenta y setenta. El camino descubrió los pueblos, el tendido eléctrico los sacó a la luz y el turista los puso de moda. Pero, así también han comenzado los años en que los mismos campos y pueblos estan mostrando los primeros signos de mutación.

13.

Y TODAVIA MAS SOBRE LOS PUEBLOS Y ALDEAS Y DE LOS SUTILES CAMBIOS QUE ESTABAN EXPERIMENTANDO A CAUSA DE LA INDUSTRIA PESQUERA DE LOS AÑOS OCHENTA

13. Y TODAVIA MAS SOBRE LOS PUEBLOS Y ALDEAS Y DE LOS SUTILES CAMBIOS QUE ESTABAN EXPERIMENTANDO A CAUSA DE LA INDUSTRIA PESQUERA DE LOS AÑOS OCHENTA

Y fueron los *mochileros* de los setenta y el turismo cada vez más formal y regular los que pusieron de moda a la Isla Grande, pasando casi explosivamente a ser meta obligada de los veranos de los ochenta y noventa. Las peculiaridades chilotas se difundían rápidamente, tanto que cualquier persona del centro del país tenía ahora una cierta idea del Archipiélago, y hasta era capaz de reconocer algunas islas y pueblos por sus nombres. Junto con esto se abrían oficinas de turismo en Castro y Ancud en 1980, y en el mismo año se inauguraban los «albergues juveniles» creados por la Secretaría Nacional de la Juventud, al tiempo que la motonave «Scorpios» comenzaba a ser noticia entre los ahora numerosos descubridores del sur o buscadores de algo más que las playas y el sol del litoral central. Por entonces Televisión Nacional filmaba las bellezas de Chiloé para difundir paisajes, pueblos y toda la riqueza de la cultura antropológica de la Provincia, mientras el festival Costumbrista de Castro se consolidaba como el más importante atractivo gastronómico del período estival. Y de pronto se inauguraba el Parque Nacional «Chiloé», en Cucao, atrayendo desde entonces a no pocos chilenos y extranjeros, lo mismo que Curaco de Vélez, en Quinchao, una miniatura urbana, una joyita, en realidad, a poca distancia de Achao, esta última, con el valioso patrimonio arquitectónico de su iglesia jesuita. Quellón se convertía en terminal obligado para muchos visitantes que proseguían a Puerto Chacabuco, y Caguach se puso también de moda por la fiesta religiosa de su Cristo Nazareno. Tenaún, San Juan, Calen comenzaban a recibir un número creciente de vacacionistas de paso que buscaban ser testigos de alguna *minga de tiradura* y, como hemos dicho, Dalcahue, de moda también por la *feria de la lana*, y Chonchi con un acceso más expedito desde Castro ofrecía el natural encanto de su planta de «tres pisos» y su famoso *licor de oro*. En fin, Queilen, Puqueldón, Huillinco o Mechuque, chiquititos y rústicos, fascinaban a los amantes de lo espontáneo con olor a pasado y a folclor. Todo este mundo de visitantes tenía su centro en Castro, con sus increíbles palafitos

y su impresionante y colorido templo franciscano que acaparaban la atención de todo aquel que buscaba en Chiloé lo distintivo y original.

Pero, lo que no percibían los foráneos era lo que la carretera pavimentada estaba significando para esos pueblos de la Isla Grande. La ruta los incorporó para bien o para mal a la vorágine turística de los ochenta. Tómese en cuenta las dimensiones que alcanzaba el flujo por el Canal de Chacao en los transbordadores «Cai-Cai», «Trauco», «Pincoya» y los de «Cruz del Sur» entre 1982 y 1985. En 1982 cruzaron el Canal en uno y otro sentido 150.682 camiones, automóviles y buses; en 1983 fueron 145.574, cifra que subió a 207.520 en 1984, para bajar a 124.471 en 1985. Durante el mes de febrero pasaban por el canal entre 10.000 y 15.000 automóviles y buses de diversas líneas, para desplazarse hasta los terminales de Castro. Los caminos de Chiloé cobraban inusitada vida y los pueblos, aldeas, lugares y parajes eran visitados, fotografiados y por ende, tocados por el gentío foráneo, así de chilenos como de extranjeros, mucho más que en los años setenta.

Lo que no podían notar los visitantes era que estos pueblos salieron casi de súbito de la privacidad secular por obra de la carretera y los caminos transversales, pero también a costa de desestructurarse del punto de vista urbano, porque en verdad, se vieron obligados a reacomodarse en función de la ruta terrestre y, en algunos casos, a dar la espalda a la marina de la que siempre habían vivido. Las hermosas casas de los ochenta y noventa se construían en terrenos nunca antes pensados; las plantas se extendían tierra adentro en demanda de la carretera; el corazón de los pueblos se desplazaba también a las calles que ahora concentraban el movimiento, y las viejas plazas y sus capillas quedaban casi excéntricas, como desubicadas respecto de su histórico entorno, al menos en algunos pueblos. Este fenómeno comenzó a notarse en los años sesenta, y en la década siguiente era ya tan visible que dió principio a la preocupación -parece que por los del «Taller Puerta Azul»- por recuperar o reforzar los tradicionales puntos de sociabilidad del vecindario históricamente situados junto a la orilla del mar. El puerto y «La Playa» de Castro, por ejemplo, testimonian este abandono -como hemos dicho en otro lugar- por efecto del desplazamiento de las actividades comerciales a las calles interiores. Chonchi, en cambio, fue capaz de conservar la importancia social de su costanera y puerto, aunque las nuevas y más bellas construcciones se situaban ahora en su acceso noroeste, lejos de la orilla. Chacao se acomodó al tráfico del Canal extendiendo una hilera de casas hacia el embarcadero, aunque apenas perceptibles para el visitante. Dalcahue reforzó el rol social de su costanera, pero buscando también nuevos espacios de expansión hacia el interior, allegándose a la ruta. Y lo mismo

sucedió con Ancud que se dilató hacia el oriente, pero sin perder de vista el mar, así en el barrio Pudeto que se sobrepobló casi de súbito, como en el viejo sector portuario, en el sitio histórico, allí mismo donde se hacían las coloridas ferias coloniales, ahora con cientos de botes y lanchas de pescadores. Quemchi se hizo terrestre. Las motonaves que antes cargaban las maderas de Pérez-Castoldi no frecuentaban ya el puerto, y los barcos regionales no recalaban allí, como tampoco en los puertecillos del litoral oriental de la Isla Grande. Dalcahue dejó de ser puerto de barcos en estricto sentido y Achao también, porque todos los pueblos del oriente eran en los años ochenta decididamente terrestres.

Pero los ochenta fueron también años en que se inició la mejora de calles de algunos pueblos con la aparición del pavimento en aceras y calzadas, al menos en los más importantes, como Quellón, Dalcahue o Chonchi, mientras el alumbrado público otorgaba una inédita fisonomía a villorrios que hasta entonces no conocían más que las velas. Se amononaron las placitas y se pintaron casas y capillas, porque cada pueblo, por pequeño que fuera, contaba con una Junta de Vecinos, un Centro de Madres, otro de Padres y Apoderados, la infaltable directiva del club de futbol, y todos juntos se daban a la tarea de emprender algún arreglo empezando por la placita o enfrentando desafíos mayores como la *minga de camino* para conectar el pueblo con el troncal, compromiso que solía alcanzar, incluso, a los residentes fuera de sus pueblos, como cuando los queilinos de Castro se organizaron para ayudar a concluir el camino a aquel pueblo en los años setenta. Y así también, los organizados vecinos pedían a los alcaldes de las cabeceras la extensión del alumbrado o de la televisión o de la pavimentación, porque el turismo estimulaba bastante a los pueblerinos a hacer estas cosas, siendo aspiración de todos los pueblitos tener, al menos, el aire urbano que desea toda aldea. Sus moradores pretendían mostrar algo de citadinos vistiéndose como los castreños, al menos era pretención de la juventud que en poco tiempo abandonó el ropaje de lana teñido en casa o comenzó a abandonarlo por ahí por los sesenta, reemplazándolo en los ochenta por gruesas parkas de increíbles colores, mientras las botas de goma y los toscos zapatos de caña y suela de neumático, tan comunes en los cincuenta, cedían ahora ante las taquilleras zapatillas «Nike». El poncho cayó, por supuesto, en el más completo desuso y los gorros de lana también; ponchos, gorros y chombas que en los noventa era posible verlos sólo en los más viejos y en la pinta de los turistas y *mochileros* que los usaban por snobismo mientras andaban por Chiloé.

Pero también llegó el teléfono, al menos un teléfono público en algunos pueblos y, en otros, incluso, a domicilio, como en Chonchi, Dalcahue, Quellón, Achao. Ya era una diferencia radical respecto de los años sesenta y anteriores,

cuando para comunicarse no había más remedio que moverse y, en la urgencia, montar a caballo o subirse a la lancha o al bus. Ahora no había para qué. porque por pequeño que fuera el pueblo estaba unido al resto del país con sólo marcar el número y decir ¡Aló!. ¡Qué maravilla!, los ochenta y noventa son en verdad, otro mundo, aunque en el contexto nacional sigan siendo los mismos pueblitos arcaicos de siempre. El teléfono vino a ser tan increíble novedad que aquel aparatito sintetiza por si solo la entrada de los pueblos chilotes a la Modernidad; así, de repente no más, desde Chacao hasta Quellón, es decir, desde donde comienza hasta donde termina la carretera chilota y el tendido eléctrico. A lo largo de toda la franja costera asomaba el progreso. Es verdad que todavía siguen siendo asomos vacilantes de foráneas comodidades que la gente ha comenzado a adoptar un poco por necesidad, un poco por imitación. Carretera señalizada con universales signos, letreros de familiares colores y rápidos automóviles humillando a las lentísimas carretas. Y la televisión con todos sus canales con los mismos programas vistos al instante en Castro, en Iquique, en Santiago, en Ancud, haciendo perder el encanto de la privacidad de antaño, y mucho más a mediados de los noventa con la televisión por cable que puso en la pantalla al mundo antero, al menos para los televidentes castreños y ancuditanos. Eran muchas cosas nuevas en tan corto tiempo, novedades nunca antes vistas ni oídas introducidas de súbito, sin preámbulos. Es la locura del cable metiendo de golpe toda la complejidad del mundo moderno haciendo que parezcan remotos los tiempos de las radios «transistor» de los años sesenta, cuando la juventud provinciana vivía los «años felices» del rock and roll. Ahora, hasta en los pueblos más pequeñitos y en los campos más retirados, los jóvenes chilotes viven la música de los «personal stereo» pegada a las orejas, mientras los temas son las noticias del mundo, las teleseries y los informes del tiempo que han empequeñecido el planeta, introducido la idea novísima de que todo es relativo y desfuncionalizando a los viejos campesinos que antes pronosticaban el tiempo con sólo mirar las nubes, el color del mar y la dirección de la brisa. Ahora, se sientan a ver la «tele» para saber si lloverá. Todo parece estarse mutando, el mundo se está introduciendo como el agua por los intersticios de este Chiloé que todavía no sale de su asombro.

Y así las cosas van tomando otro cariz a ambos lados de la carretera que desde los sesenta viene siendo la nueva columna vertebral de la Isla Grande. Y más allá, hacia el oriente, en el mundo de las islas y los archipiélagos menores, en el humanizado Mar Interior con sus pueblitos como de juguete o sus simples parajes de soñado verdor y humildes capillitas con toda su carga de tradiciones religiosas, se experimentaba también algunas modificaciones en la tranquila existencia. Desde luego, el motor había reemplazado en los ochenta a la *cultura*

del velámen. De las goletas, lanchones y chalupones quedaban sólo vestigios y el transporte tomaba otro ritmo, porque el moverse de los isleños era también otro. Hasta transbordadores había ahora en algunos sitios, como usan los de Lemuy para pasar a Chonchi, o los de Achao para llegar a Dalcahue. Los transbordadores cruzan el Mar Interior de oeste a este y vice versa entre Chonchi y Chaitén o entre Quellón y Puerto Chacabuco o entre Pargua y Chaitén. Ferries cargados con una treintena de vehículos, como si nada, y cientos de pasajeros mirones «tragalotodo» apoyados en las barandas. Y aunque en los ochenta no había tours por todos los archipiélagos menores, los visitantes podían tener siempre a la mano las siempre presentes lanchas a motor para llegar a Mechuque, Quenac, Quehui, Chelín o Tranqui. Y, naturalmente a Quinchao y a Lemuy a donde se iba por tierra, sólo cruzando los estrechísimos canales en transbordadores o simples barcazas de madera.

Entonces, algunos pueblitos estaban siendo vistos por primera vez por el ojo continental. Fueron años en que las islas fueron miradas, caminadas y filmadas por la invasión de foráneos que terminó por derribar los últimos imaginarios restos del antiguo e invisible muro que durante la Colonia había puesto freno a la influencia continental en la cultura insular. Entonces se vivía precisamente a intramuros, más acá de las raudas vaciantes y crecientes del Desaguadero de Chacao; muro de miradas maléficas de brujos, invunches y camahuetos que mantenían a raya a los extraños. Pero, ese muro comenzó a desmoronarse en los años sesenta, cuando desaparecieron los invunches y los maleficios, expulsados por la Modernidad que entró con el ferry «Alonso de Ercilla» para inaugurar, tal como en 1558, el segundo descubrimiento de Chiloé.

Pero al otro lado de la carretera, al poniente, sigue siendo un mundo inmutable a las novedades que desde entonces han invadido la Isla Grande. Desde luego que allí en el occidente, se conserva la misma fisonomía áspera y quebrada con su intocada cubierta vegetal en Piuchué y Pirulil, y despoblada desde Lacuy hasta el extremo meridional, allá en el remoto Quilán. El hombre no ha podido abrirse paso por ese lado donde dominan los bosques más enmarañados del mundo al decir del geógrafo Phillippe Grenier, excepto las únicas sendas abiertas hacia Chepu y Cucao, lugares donde el chilote de los ochenta seguía representando apenas un punto en medio de una geografía todavía invencible, y por lo mismo, antítesis de la amena y humanizada franja oriental. En Cucao rompe sonoro el océano en costa de playa interminablemente arenosa y en el *monte* interminablemente verde. Cuando los japoneses proyectaban aquello de las «astillas» en 1975, contemplaban trazar caminos por el interior de Pirulil. ¿Qué habría significado para los chilotes y turistas contar con una

red caminera interior?. Quizá hubieramos podido transitar por serpenteantes calzadas de asfalto enmarcadas por altísimos murallones de coigües, alerces y mañíos. ¡Qué impresionante panorama hubieramos podido contemplar!. Y, de repente, en el recodo menos pensado, el lago Chaiguata, como un poema. El chilote todavía no ha podido conocer aquel espacio del sur-poniente y la juventud con sensibilidad ecológica apenas sabe que allí se conserva el más puro, fresco y verde pulmón de la Isla Grande, intocado desde el Diluvio Universal.

Y así, muy de súbito irrumpía el continente en el Archipiélago, muchísimo más que en los tiempos del «Puerto Libre», tanto que los foráneos tomaban ahora las riendas de la economía y los chilotes se acomodaban a ellos en lugar de ser al revés. Y como los afuerinos traían muy poderosos y gruesos capitales, terminaron por dar la pauta en casi todo, llegando a provocar reacciones no muy amistosas en Castro, en Ancud, en Chonchi, porque se temía que se acelerara la desestructuración del mundo tradicional. En efecto, junto con la carretera y el tendido eléctrico, fueron las empresas pesqueras de los ochenta las de mayor impacto en la vida cotidiana de los pueblos y aldeas de la Provincia. Desde luego, sus instalaciones alteraron el paisaje marítimo, y los contratos y sueldos obligaron a los isleños a quedar ligados de muchas formas a esta nueva industria que venía a desplazar a los pescadores artesanales que desde tiempos inmemoriales habían vivido de botes, redes y anzuelos. Se iniciaba así la explotación del mar con métodos nunca antes imaginados ni soñados, y casi al mismo tiempo comenzó a verse por los caminos de la Isla el modernísimo transporte frigorizado sacando los apetecidos salmones y dando inicio a la era del comercio internacional anonadando a los hasta entonces tranquilos pueblerinos. ¿Y cómo no, si hasta la misma ciudad de Castro perdió, de repente, el hilo de su vida cuando los empresarios se establecieron en ella para hacerla centro de operaciones, saturándola de oficinas comerciales, telex, fax y celulares; y hasta con bellas secretarias de uniforme?

Se modificaba la vida en toda la Provincia. Las empresas demandaban gran cantidad de mano de obra asalariada para laborar en los lugares de producción y faenamiento, y como estos lugares estaban en los pueblos y villorrios, eran los habitantes locales los más directamente tocados por las muchas conveniencias que veían para contratarse. Era, obviamente, una novedad que daba otro ritmo a la vida familiar en los pueblos donde estaban las instalaciones ofreciendo sueldo seguro y trabajo fácil. No es extraño pues, que las salmoneras hayan sido recibidas positivamente por los mismos ribereños. Estas empresas que ya sumaban un centenar en la segunda mitad de los ochenta y que seguían instalándose a corta distancia unas de otras, eran un atractivo

demasiado poderoso para aquellos esforzados habitantes que hasta entonces habían vivido una débil economía de subsistencia combinando la pesca artesanal con el laboreo de sus tierras. Entonces el pescador individual consideró mejor abandonar su bote, sus anzuelos y sus redes, inútiles ya por arcaicos frente a los ultramodernos sistemas de producción, y de buen grado dió la espalda a su tradicional modo de ganarse la vida, poniendo con interés la mira en un contrato en la misma salmonera instalada en las inmediaciones de su casa. Primero fueron los hombres cabezas de familia los que se hicieron obreros postergando la cultura del gualato por demasiado trabajosa y poco rentable -ya nada parecía rentable frente a la rentabilidad de las salmoneras-, trabajo rural desatendido también por los hijos varones que, como sus padres, pronto acudieron tras el salario. No pasó mucho tiempo y las hijas siguieron los mismos pasos de sus padres, tanto que hasta las mamás más jóvenes se sintieron arrastradas por la vorágine del sueldo seguro.

Sin embargo, no todo lo que brillaba era oro, porque una aparente mejor calidad de vida y modernización escondían mil rupturas que invisiblemente producían tan súbitas novedades con su carga de secuelas difíciles de advertir al principio, porque siendo el trabajo asalariado un imán irresistible para el campesino, puede al poco tiempo transformarse en mortal virus para el cuerpo social y cultural en las comunidades tradicionales.

¿Y cómo no, si desde el pasado más remoto los chilotes aprendieron a vivir junto al mar de donde obtenían su diario sustento? El mar ha sido siempre un «res-commune» de los isleños, y también lo era, por tradición, la playa, esto es, un bien de todos, tan de todos como el aire que se respira. Por eso, el curioso *corral* de playa era, por lo general, colectivo, y sintetizaba muy bien una economía de subsistencia basada en la portentosa riqueza marina de pescados y mariscos. Pero, también dependían de la playa y del mar porque marítimas eran las comunicaciones con las demás islas y pueblos cuando todavía no había caminos terrestres. Por la misma razón el chilote ha sido siempre bordemarino y toda su cultura pertenece a esta relación tan íntima con su medio.

Pero, este esquema comenzó a sufrir inéditas rupturas en los años ochenta cuando las salmoneras, sin quererlo, producían los primeros efectos sobre la economía tradicional y sobre la vida cotidiana de los pueblos. Al instalarse en la ensenada más a propósito, los empresarios lo hacían exhibiendo papeles que les daban derecho al uso exclusivo de «parcelas marinas» junto con un pedazo de playa y, para asegurarlas, se valieron de hombres, generalmente foráneos, que montaban vigilancia, al tiempo que expulsaban de allí los botes de los

lugareños. Y así, muchos chilotes a lo largo del Archipiélago, no pudieron contar ya con su mar y con su playa, quedando obligados a trasladarse a otras riberas más distantes o convertirse en obreros de estas mismas empresas. Algo de esto se había estado viendo cuando comenzaron los cultivos de choros en balsas, a la española, en los años setenta. Entonces era natural que se montara guardia para vigilar el trecho de playa, porque era fácil para los cacos «chorearse» los choros por la noche buceando a escasa profundidad. Sin embargo, las empresas salmoneras de los ochenta eran otra cosa, no sólo por el mayor espacio marítimo que ocupaban y por la gran cantidad de instalaciones que fueron invadiendo todos los rincones del Mar Interior, sino por ser mucho más fuerte el impacto sobre el bordemar tradicionalmente común a todos con el consiguiente efecto sobre la existencia del campesino-pescador.

Entonces el chilote rural se hizo obrero porque no le quedaba más remedio o por conveniencia. Y allí, en el trabajo cotidiano mezcláronse los chilotes con los obreros provenientes de Puerto Montt, Osorno, Valdivia y de otras ciudades sureñas, jóvenes de ambos sexos que llegaron atraídos también por estas nuevas industrias que a través de las radioemisoras castreñas demandaban más y más mano de obra. No eran buenos salarios al principio, pero los chilotes rurales tomaron con comprensible gusto el nuevo empleo. Al poco tiempo se desempeñaban tan bien que se ufanaban de hacerlo «a ojos cerrados», dejando en el olvido sus antiguas y tradicionales labores en medio del *monte*, en sus papales o en sus chalupones *tableros* o marisqueros. Se difundió la noticia y muchos chilotes retornaron de Comodoro Rivadavia, Punta Arenas o Coyhaique llenos de esperanzas y alegre el corazón a emplearse en las salmoneras en Quellón, en Curaco de Vélez, en Dalcahue, en Chonchi, en Castro, en fin, en todas partes como oficinistas, inspectores, capataces, transportistas o simplemente a desempeñarse como obreros quienes no tenían otra capacitación que las ganas de trabajar.

Sea en la empresa que fuere se hacía casi lo mismo, sólo que unas eran más grandes, otras más antiguas y con más experiencia, en fin, otras recién instalándose, pero todas por igual funcionando con la misma eficiencia productiva, aunque con pocas comodidades para el trabajador. Al principio apenas contaban con un par de baños, se trabajaba con los pies en el agua, se carecía de calefacción, y un casinito muy precario cobijaba a los obreros a la hora de la «colación». Era como estar en los tiempos de la Revolución Industrial, pues hasta cabros chicos se veían trabajando en cualquier menester. Es verdad que el trabajador chilote podía laborar con el agua hasta la cintura sin siquiera resfriarse, pero le era insufrible el sistema de «colación» a la carrera, con un

sanguchito servido en menos que canta un gallo. Los chilotes no reclamaban por la falta de casi todo lo necesario para un normal desempeño. Los foráneos si, y lo hacían a riesgo de ser despedidos. Pero buscar y encontrar pega en otras empresas no revestía mayores problemas, porque la demanda de obreros con cierta experiencia era alta. A fines de los ochenta había una contínua rotación de trabajadores y, por entonces también, muchos desencantados debido a la ninguna deferencia de sus patrones. Por eso había tantos que abandonaban para siempre estos empleos.

Curiosamente, se iba notando un creciente número de mujeres en el papel de obreras. Cualquier jovencita urbana o rural de 15 ó 16 años, ya no quería seguir estudiando, sino trabajar por un salario y emanciparse de la dependencia de sus padres. Al poco tiempo comenzaba a frecuentar las discotecas de Castro, cuando cada fin de semana salía con sus ocasionales compañeros chilotes o continentales. Así, las hasta ayer inocentes lolitas rurales, se introducían poco a poco en los nuevos modelos de vida que les ofrecía la ciudad y, en muchos casos con los infaltables excesos que eran como para espantar a padres y abuelos, porque la «taquilla», el «pito» y la buena onda tocaba ahora a las jovencitas campesinas con toda la fascinante novedad que provoca cuando se presentan de súbito. Por este medio llegaban también aires nuevos a los campos produciéndose una extraña mezcla de mundos superpuestos. Una aparente mejor vida material por más poder adquisitivo y más entretenciones, pero también más dramas y rupturas que afectaban casi sin preámbulos al arcaico, pero honesto y sobrio mundo campesino, deshaciéndolo, desarticulándolo y «tirándolo a la lona».

Y, claro, no es culpa de la industria, ni de los capitales foráneos, ni de la mentalidad empresarial de los patrones, ni del desconocimiento que los chilenos tienen de la cultura insular, sino del golpe sicológico provocado por estas novedades en el medio rural donde no había, hasta entonces, otros horizontes que el minifundio, la playa marisquera y el mar y, por supuesto, cuatro siglos de usos y costumbres asociadas a un estilo de vida pre-industrial. De la noche a la mañana el tranquilo y conservador campesino sin muchas expectativas, se encontraba con su escenario vital de mar y playa alterado por la presencia de la nueva industria que ofrecía inéditas conveniencias, y él, convertido en obrero sin que para ello tenga que viajar a Punta Arenas. Una bendición, sin duda; una ventaja caída del cielo que hizo mirar con cierto desdén el tradicional sistema de producir papas, cosecharlas, llevarlas a Castro y ver allí cuánto le daban por ellas. Al año siguiente exactamente lo mismo, sin variar en cosa alguna, tal como lo hicieron sus padres y sus abuelos, y más atrás hasta los tiempos de Martín Ruiz.

El sueldo fijo, en cambio, parecía una lotería y abría nuevas expectativas. Por eso, muy luego hubo lugares donde desaparecieron los bueyes y las carretas y donde apenas se conservaban unas pocas ovejas y cerdos precisos para los carneos de invierno y verano, aunque no siempre había quien los atendiese, porque a principios de los noventa hasta las mamás se hacían obreras dejando sus pequeñitos en casa al cuidado de la hermanita de seis años, o de la tía, o de la vecina de buena voluntad. Casi sin saber cómo, el atractivo y conveniente salario que comprometía a todo el grupo familiar, estaba afectando todas las esferas de la vida campesina. Era la modernidad que tocaba con lo positivo y lo negativo al 13% de los hogares campesinos de la Provincia.

El boom salmonero hizo desaparecer la cesantía. No trabajaba sólo el que no quería. El lenguaje era el de patrones y obreros, el de jefes y empleados, del que manda y del que sirve, mientras el hasta ayer campesino independiente y precariamente autosuficiente, se encontraba en un abrir y cerrar de ojos perteneciendo a un sindicato que elevaba pliegos de peticiones acordados y redactados por los «compañeros». Pero ganaba su sueldo y con él tomaba otro rostro y otra actitud, y hasta su casa y su campo iban tomando otro look, porque los mismos obreros con sueldo seguro sintieron deseos de vivir con más comodidades a imitación de muchos castreños y afuerinos que desde fines de los ochenta comenzaron a instalarse en los pueblitos buscando la tranquilidad y aprovechando que un terrenito estaba al alcance de cualquier bolsillo para construir allí sus parcelas de agrado con casas de mejor gusto, introduciendo un estilo de vida más moderno y extravertido. El campesino quiso hacer lo mismo y se dió a la tarea de arreglar esto o aquello, una ampliación para dar cabida al living, un *soberado*, un nuevo cercado, el infaltable televisor y su buena radio. A principios de los noventa había campesinos irreconocibles precisamente por parecer más modernos, especialmente en los campos situados entre Castro y Chonchi que es donde más se notaba el progreso material.

El trabajo asalariado, la presencia de la industria, los modelos de vida urbanos y el más frecuente contacto con foráneos ayudaban a producir estos cambios. A veces como respuesta a los infaltables prejuicios que debían soportar los chilotes rurales por parte de ciertos afuerinos que sin disimulo miraban de arriba a abajo el modo de vida campesino. Nótese que el turista culto o el *mochilero* universitario generalmente emiten palabras positivas hacia el estilo de vida tradicional, por rústico que les parezca, ya por sincera admiración, ya por artificial postura. En cambio el continental urbano de extracción social más modesta que llega a Chiloé como obrero no tiene estos recatos y suele, por lo mismo, ser más directo y hasta ofensivo al aludir a los usos y costumbres

tradicionales. Las jóvenes chilotas, más sensibles que los varones a las críticas de sus ocasionales compañeros de trabajo, tomaban tan a pecho los prejuicios de esos foráneos, que solían optar por decisiones radicales para emanciparse o disimular sus ataduras culturales y, en su empeño, hacían esfuerzos por vestir, actuar más a la moderna, parecer más desenvueltas y vivir con más comodidades. Por eso también, la rústica casita que parecía no conciliarse con las novísimas aspiraciones, experimentó por este medio algunos adelantos para ponerse a tono.

En cualquier caso, por las razones que fueran, allí donde había empresas pesqueras, o en sitios elegidos como zonas de camping cercanas a Castro, o próximas a Ancud o en las áreas donde hoy se concentran las casas de veraneo, como entre Castro y Chonchi, y en los muchos lugares donde se han parcelado los terrenos para acoger a crecido número de foráneos que han visto en Chiloé una alternativa de vida, ayudaron a tranformar la fisonomía arquitectónica de esos parajes, aunque sólo fueran algunas casas de mejor facha, o pintadas con más gusto. El pueblo de Nercón es un ejemplo extremo, porque perdió absolutamente su rostro tradicional para tomar el aspecto de villa de castreños y afuerinos, mientras la centenaria capilla parecía apenas un retazo del pasado en relación con su nuevo entorno de casas de arquitecturas increíbles.

Pero, como dijimos en otro lugar, los ochenta y noventa fueron también años controvertidos, porque el progreso económico, tan deseado por todos, entró sin embargo, en conflicto con el marcado regionalismo de unos y la sensibilidad ecológica de otros. Precisamente, junto con las pesqueras se hicieron notar las primeras reacciones contra lo que se consideraba intromisión foránea en la explotación de los recursos del mar, los efectos de la misma explotación juzgada como excesiva, pues superaba los límites razonables, y el daño, que a juicio de muchos, se estaba causando al sistema ecológico. Fue el comienzo de una actitud localista bastante agresiva y, ahora, asumida principalmente por la Oficina Promotora del Desarrollo Chilote, con sede en Chonchi. Se crearon algunas tensiones con el empresario foráneo, porque progresivamente se acentuaba la exigencia de los chilotes de cautelar sus propios recursos naturales. La mayor crítica apuntaba a que el empresario foráneo -los había también chilotes y castreños, en particular- sobreexplotaba la riqueza marina, se enriquecía con ello a costa de arrasar el mar, sin existir una retribución que beneficiara a los habitantes de la Provincia para compensarles un poco lo mucho que perdían. Tómese en cuenta que a principios de los noventa, el 80% de las exportaciones chilenas de salmón correspondía al salmón chilote y la Provincia seguía siendo una de las más pobres del país.

A fines de los ochenta y principios de los noventa habia grupos de jóvenes y adultos que reeditaron el viejo lenguaje de las «denuncias» que tan de moda estuvo por los años sesenta y comienzos de los setenta. No faltaron los debates. los foros, las mesas redondas para analizar el tema, y toma de posiciones. teniendo a la vista cuadros estadísticos elaborados por especialistas y mil fundamentos para demostrar que el Mar Interior corría el peligro de convertirse en un «mar muerto». Los empresarios se dieron cuenta también que en la alarma de los chilotes había no poca razón e intentaron acercarse a los isleños y a retribuir con algunas donaciones -en realidad sólo gestos- que, aunque de poca monta, favorecían, al menos, a algunos clubes de barrio con unas cuantas pelotas de fútbol o una docena de camisetas. Pero hicieron también importantes donaciones en dinero para más altos fines sociales y humanitarios. Para entonces, la comunidad estaba consciente que los impuestos que pagaban aquellas empresas debían favorecer directamente a los chilotes y no dirigirse a Tesorerías ajenas a la Provincia. Que esos recursos se invirtieran después en Chiloé, era sólo una utopía, pues el sistema estaba -como está- centralizado en Santiago donde se planificaban las obras para todo el país. Y así, aunque los impuestos pagados fueran por los recursos explotados en Archipiélago, no había una relación directa entre tales contribuciones y las obras públicas que seguían siendo ínfimas comparadas con las realizadas en otras provincias. Sin embargo, planteamientos como estos, por razonables e importantes que parezcan, no trascendían a toda la comunidad, de modo que de ninguna manera se pueden comparar las denuncias de los ochenta en las cosas relativas al mar, con la más organizada y decidida defensa que en los setenta hicieron los chilotes de su riqueza forestal, y como se repitió en 1994 con la «Golden Spring».

Pero, este juego de relaciones e intereses, aunque no es culpa de las empresas salmoneras, tuvo algunos modestos efectos, porque los empresarios se empeñaron en comprometerse más con la vida cotidiana y a principios de los noventa crearon el «Festival del Salmón» -como publicidad para las salmoneras, claro está- con el concurso de todas las empresas y operarios, y que aportó nuevos atractivos al mes de febrero en Castro. La idea era hacerlo un festival chilote con el que la Provincia se sintiera tan identificada como con el «Costumbrista». Se organizó con gran publicidad, y así comenzó este sui-géneris espectáculo marino consistente en variadas competencias en labores propias de esta industria, pero también en la preparación de exclusivos platos dignos del más exigente paladar. Rápidamente alcanzó merecida fama y Castro tuvo desde entonces mucho más que ofrecer a los visitantes de verano que cualquier otra ciudad de la Décima Región.

Y con todas estas cosas nuevas nacidas de la carretera, del tendido eléctrico, de las empresas pesqueras, de la televisión, del turismo, llegó también mucha gente foránea a acimentarse en Castro y en diversos lugares de Chiloé, buscando alternativas de vida menos enajenantes en los muchos parajes, islas y pueblos de la Provincia desde que comenzó la venta de parcelas de agrado en los parajes de Tepuhueico, Tarahuín o Natri, allí donde el bosque virgen se baña en las aguas limpias de los lagos al sur de Castro. Y llegó también un crecido número de chilotes que regresaba de otros sitios atraídos por las posibilidades de trabajo y mejores salarios. Entonces fue inevitable que se retomara el tema de la identidad, tal como lo fue a fines de los cincuenta como consecuencia del «Puerto Libre», o en los sesenta, después del terremoto, cuando Castro tuvo una verdadera rotación de población, o como en los setenta, cuando los primeros ecologistas defendieron el patrimonio forestal oponiéndose -como hemos dicho- a aquello de las «astillas» en 1975, al tiempo que se miraban los campos y la cultura rural con más interés. Algo similar ocurría ahora en los ochenta y noventa, cuando esos mismos campos, aldeas, islas y pueblitos tradicionales comenzaban a mostrar los primeros signos de transformación o al menos, parecía que el progreso comenzaba abrirse paso también por allí.

En realidad, el tema de lo chilote ha sido una constante en la Provincia desde el siglo XIX, pero con pulsaciones de diversa intensidad y obedeciendo a momentos que parecían más críticos en la conservación de lo propio. Las reacciones más encendidas de los ochenta se la llevaron las pesqueras, porque eran, a juicio de los entendidos, las más peligrosas para la estabilidad de los recursos marinos. Y, como sucede en todas partes del mundo, no había una sóla posición al respecto. Estaban los «conservacionistas-ecologistas» que hablaban de los recursos naturales en general, y que en 1994 levantaron la voz contra la «Golden Spring», y los «conservacionistas-culturales» que querían un Chiloé fiel a su cultura tradicional, un mundo que permaneciera inmutable, sueño de jóvenes regionalistas pero, a veces, muy chauvinistas. Para ellos todo cambio era una dolorosa pérdida de una parte de la armonía insular, y por eso se oponían a que se tocara un ápice del bosque, del mar, pero, sobre todo, de los usos y costumbres. Dentro de esta corriente estaban los que -con exageración, por supuesto- se lamentaban hasta de la carretera que fue por donde ingresaron más rápidamente las novedades. En el extremo de esta postura había un grupo aún más radicalizado: los «indigenistas», es decir, aquellos que veían en lo «veliche» la esencia del ser chilote, y todo lo demás como el lamentable resultado de imposiciones que llegaron con la Conquista y Colonización. Estos eran, obviamente, los que se negaron a celebrar el «Quinto Centenario del

Descubrimiento de América» en 1992, y ni siquiera se avinieron a conmemorarlo. Su lenguaje era de condena, y «genocidio», la palabra más pronunciada.

En el lado opuesto estaban los «modernistas» que se mostraban calurosamente hospitalarios con las novedades, cualquiera que ellas sean. Eran los que querían un Chiloé transformado de pies a cabeza; un Chiloé continentalizado y emancipado de la cultura tradicional que, en su opinión, se comportaba como un pesado lastre que mantenía sumido al chilote en la ignorancia y el subdesarrollo. Pero estaban también los «conciliadores» que eran los «términos medios», los que se autoconsideraban los más mesurados, equilibrados y mejor comprendidos por la opinión pública. Y solían ser convincentes, porque valorando lo tradicional, no temían la entrada de Chiloé a la Modernidad. Postulaban, pues, la conciliación entre pasado y futuro. Creían -y con razón- que la cultura de un pueblo no es un compartimento cerrado e impermeable a las mutaciones y, por ello, se negaban a aceptar que se pusieran barreras a los cambios. En este grupo hay que buscar a aquellos que en los años setenta miraban con simpatía el proyecto forestal de los nipones, y a los que en los ochenta valoraban positivamente la presencia de las grandes empresas salmoneras y aplaudían los cambios que experimentaba la vida cotidiana en Castro, en Ancud y en todo Chiloé, al tiempo que celebraban el «Festival Costumbrista» porque estimulaba el turismo.

Pero no se crea que estas diferencias eran tan palpables como las hemos expuesto. Es verdad que estos grupos hablaban de las cosas de la identidad, pero no siempre eran nítidas las diferencias entre las distintas posiciones. El resto del vecindario ni se enteraba siquiera de estas preocupaciones tan ajenas a sus quehaceres cotidianos. La mayoría de los castreños seguía viviendo pendiente de cosas más tangibles y, por eso, la minoría intelectual parecía tan extraña, además de estar compuesta por castreños, otros chilotes y no pocos afuerinos afincados en Castro. Grupo bastante selecto y relativamente bien organizado y hasta con sede propia en el «Centro Comunitario» donde se reunían folcloristas, pintores, profesores, antropólogos, poetas, quizá algún sociólogo y otros profesionales. Y, de repente, en algún momento, los afuerinos llegaron a ser más numerosos que los propios castreños.

La gente de la calle miraba estas inquietudes con indiferencia, pero de cuando en cuando emitía opiniones que calaban hondo. Un castreño de la vieja generación criticaba en 1993 que algunos foráneos mostraran tanto interés por verse más chilotes que los mismos castreños. Le parecía sospechosa la postura que asumían ciertos santiaguinos residentes en Castro huyendo, quizá, de la vida enajenante

de la capital o buscando en Chiloé salir del anonimato, quedándole la impresión que estos foráneos miraban efectivamente con simpatía lo chilote, pero asumiendo una actitud paternalista, porque la vida de la Provincia se les antojaba, en cierta forma, como la del «buen salvaje», sentenciaba el vecino con alguna exageración.

Pero, el tema de la identidad no es otro que el mirarse el chilote a sí mismo y dentro de su entorno. Es verdad que los isleños han tenido siempre una percepción más clara de lo que son al menos comparados con otros chilenos. Pero subsiste también el problema de la adolescencia histórica, aunque quizá algo mejor resuelto en Chiloé que en otros sitios a causa del aislamiento de 400 años que dejó huellas y creó conciencia de sí mismos. Y, a pesar de la búsqueda de modelos foráneos, actitud casi connatural a la Modernidad, se valoran al mismo tiempo las raíces, a veces reduciendo el concepto a una sola vertiente, como los que quieren ver exclusivamente en lo veliche las fuentes más auténticas de la identidad. Esto no quiere decir que no estuvieran presentes también los conflictos en la autoestima, al menos para quienes resultaba insufrible ser chilote por la carga peyorativa que acompaña al concepto y que avergüenza al sujeto que carece de conciencia de su identidad o no quiere admitirla. Antes, en la Colonia, se decía «chilhueno», «chiloano» o «chiloense». Pero el término «chilote» acuñado en Chile a fines del siglo XVIII, tuvo ese contenido ofensivo que quería significar algo burdo o rústico y que todavía pesa causando estragos en el que lo tiene por complejo.

En el tema de la identidad jugaban su rol los artistas castreños que no eran pocos, aunque casi todos amateurs. Estaban los regionalistas-tradicionalistas centrados en la creación artesanal de espontánea fidelidad a la madera o, por lo menos, con la madera, y aún la lana, se pretendía decir algo. Así la artesanía del alerce y otras maderas nobles de Chiloé permitieron un mejor conocimiento y aprecio por la cultura tradicional, porque con ellas se representaban elementos de la vida cotidiana en toda su simpleza y en toda su grandeza, como en los casos de Eduardo Cerna, Manuel Sánchez, y otros que hoy están siguiendo sus pasos en este arte puro en el que los chilotes reconocen lo suyo, mientras la «Banda Bordemar» hace lo propio con las expresiones musicales, puliendo el folclor para elevarlo a la comprensión universal.

Pero, el patrimonio en las cosas de la cultura, así como su defensa y difusión, estuvo casi en exclusiva en manos de «intelectuales» más o menos de Izquierda que, como en todas partes, avanzaban más en este campo que en otros, porque precisamente la cultura era para ellos la cabeza de puente para muchas de sus

utopías. Ya estaba Gramschi en boca de todos, lo que ilustra lo que decimos, pero también dentro del contexto del ocaso del socialismo marxista universal. En el campo de la cultura se mostraban, obviamente, más activos que la feneciente Secretaria Nacional de la Juventud de fines de los ochenta, y pretendían la representatividad en el ámbito de las expresiones populares, pero también, en asumir la causa regionalista, en denunciar la intromisión empresarial foránea o en defender la ecología, creando actividades alternativas -«alter-nativas» les llamaban-, además del dinamismo que mostraba la Oficina Promotora del Desarrollo Chilote, bien financiada para llevar a cabo acciones más concretas. En el otro lado estaba el «Centro Cultural» donde tenía su ciudadela el oficialismo de los ochenta y limitado casi a las solas celebraciones de efemérides.

Pero al margen de las posturas ideológicas, había destacados nombres que significaron mucho para Castro de los ochenta y noventa como Edward Rojas, «Machi» Alvarado, Carlos Trujillo, Mauricio Alvarez, Carlos Gómez, Alberto Yurac, Jorge Patricio Manns y otros que expresaban sus puntos de vista a través de revistas que nacieron explosivamente como **Cuadernos de la Comunidad**, **Cultura de y desde Chiloé**, **Quepuca**, **Candil**, en fin, revista **Chiloé**. Había efervescencia por el tema de lo local con sus peculiaridades tradicionales, como mitos, costumbres, folclor, como se podía ver en la revista **Panorama**, obra de Carlos Gómez y de los chicos del Liceo Galvarino Riveros Cárdenas. Por entonces, cualquiera que pensaba algo lo escribía y publicaba, porque la década de los ochenta fue testigo del boom de los escritores castreños, como Mario Uribe, que publicó sus «**Crónicas de Chiloé**» para mostrar precisamente las peculiaridades de la cultura insular, Renato Cárdenas y Catherine Hall contribuyeron con su «**Chiloé, Manual del Pensamiento Mágico**», un aporte al mundo de las creencias populares. Y, ya en los noventa, Umiliana Cárdenas se hizo famosa con su libro «**Casos de Brujos en Chiloé**», mientras los citados Renato Cárdenas, Catherine Hall junto a Dante Montiel publicaban «**Los chono y los veliche de Chiloé**», una verdadera incursión por el pasado aborigen del Archipiélago. Pero había también muchos articulistas que se reducían a ser simplemente «anti» cualquier cosa y no ayudaron en nada a la cultura que querían representar.

Y en medio de la inquietud cultural, apareció repentinamente en 1991, el periódico «**La Gaceta**» que pretendía, como tantos otros que ha tenido Castro, ser tribuna de las inquietudes de sus habitantes. Y nació con el entusiasmo de toda nueva iniciativa, sólo que pronto perdió los bríos iniciales y dejó de existir como pronosticaron muchos. Fue el fatídico quinto round que ha tirado a la lona a tantos periódicos locales por no saber ni poder competir con otros diarios

regionales o con las radioemisoras castreñas. También perdió bríos OPDECH con Patricio Manns Barrientos a la cabeza, y la revista «**Quepuca**» con su preocupación por el hombre del campo dejó de editarse. Esta revista nació con una superactividad propia de los inicios para pasar después al desgano y finalmente al total abandono, todo esto en el corto tiempo de dos o tres años. O quizá hubo en OPDECH alguna crisis financiera que acabó con «**Quepuca**» y con «**Candil**». No lo sabemos. Pero, lo cierto es que los «opdechistas» eran notoriamente menos a principios de los noventa.

Y así, los ochenta y principios de los noventa fueron años de preguntas sobre la identidad, de preocupaciones nacidas de los palpables cambios observados en Castro y en Ancud, bastante más modestos en los pueblos y aldeas, pero igualmente perceptibles. Sin embargo, al mirar el Archipiélago en su conjunto, a mediados de los noventa, con sus ciudades, pueblos, aldeas, campos e islas, nos percatamos que, a pesar de todo, sigue siendo esencialmente el mismo mundo de los años pasados, porque admitiendo ser muchas las novedades introducidas, era reconocible que lo sustantivo se mantenía en cada rincón de Chiloé, aunque acosado por las cada vez más agresivas influencias foráneas, influencias que podrían quizá, ser el comienzo de futuras mutaciones más significativas. ¿De qué grado? Lo veremos, tal vez, a comienzos del próximo siglo cuando estemos en condiciones de hacer el balance. Todavía en los albores del fin de la presente centuria, cruzando el Canal de Chacao y en poniendo un pie en la Isla a nadie se le oculta que está ingresando a otro país, ya por el habla popular con sus términos y tonalidad tan diferentes, ya por esa como presencia de lo mitológico que parece saturar el ambiente, ya en el paisaje que rompe el esquema habitual, en la arquitectura, en el ritmo de la vida cotidiana, en fin, en las actitudes y motivaciones de su gente. Por eso, con cambios y todo, no se ha perdido aún el alma de una cultura que ha llegado a su madurez, luego de elaborada a lo largo de casi 500 años. Chiloé sigue siendo, a pesar de todo, la cultura más original, la más atractiva y la más fiel a la esencia de cuantas culturas regionales hay en el país. Eso es tan evidente que no se le oculta al más indiferente de los visitantes que tiene la oportunidad de adentrarse por los campos del Archipiélago.

En fin, en los años ochenta y principios de los noventa, los pueblos iban mejorando de aspecto, la gente pretendía vivir con más comodidades, la movilidad geográfica era más fluida dentro de la Provincia y hacia el continente, mientras el mundo era conocido a través de la televisión, ahora por cable. Todo eso era verdad, pero seguían y siguen siendo pueblos chilotes con gente que piensa y actúa como isleños. Hasta ahora, por lo menos, la cultura insular ha demostrado

que es capaz de ser flexible en lo accesorio e inflexible en lo esencial. ¿Cuánto tiempo más será así? Precisamente, esa flexibilidad en lo adjetivo nos permite reconocer que los tiempos de hoy distan de ser como los tiempos más quietos y más sencillos de antaño, cuando Castro vivía su privacidad centrada en la cocina, y cuando en los campos se comía el *huilqueme* sin miradas foráneas ni paladares extraños que dieran su visto bueno.

14.

DEL ARTE CULINARIO Y MODO DE COMER DE LOS CASTREÑOS Y CAMPESINOS EN LOS AÑOS OCHENTA Y DE LAS DIFERENCIAS QUE SE OBSERVABAN RESPECTO DEL PASADO

14. DEL ARTE CULINARIO Y MODO DE COMER DE LOS CASTREÑOS Y CAMPESINOS EN LOS AÑOS OCHENTA Y DE LAS DIFERENCIAS QUE SE OBSERVABAN RESPECTO DEL PASADO

Hasta en el modo de comer había algo que permanecía inmutable y algo que cambiaba con cierta rapidez. Sin embargo, una cosa es el comer de los chilotes rurales y otra el comer de los castreños. Los primeros gustan de los platos de curiosa preparación y de extrañísimos nombres españoles y veliches nacidos de la *cultura del fogón*, producto, a su vez, del encuentro del Mundo Viejo y el Mundo Nuevo y enriquecía a través de los siglos para definir el *meriendar* isleño en los pueblos, aldeas y en cada ínfimo rincón de la Provincia, donde cotidianamente se ha rendido homenaje a los costillares y a las *fritangas*. Por su parte, el comer castreño en cuanto citadino, es diferente, al menos en parte, porque se parece más al estilo urbano nacional, muy notorio desde la segunda mitad de la centuria, cuando el comer moderno se impuso sobre el comer antiguo al depender cada vez más de los productos elaborados en Chile, y a la progresiva afición por los platos de gusto más universal.

Los chilotes campesinos siempre han producido casi todo lo que consumen y por eso han podido conservar la gastronomía tradicional, tanto en el sentido del comer, como en la frecuencia de las comidas. Los castreños, en cambio, han asumido la «cultura del almacén» y, por lo mismo, han debido soportar períodos de escasez de productos industrializados, de lo que en cierto modo se han librado los campesinos, porque al estar la dieta rural basada casi íntegramente en lo que allí mismo se produce, no han sufrido los efectos del racionamiento, o se ha notado menos. Con todo, campesinos y castreños se han enorgullecido siempre de ser «gente de buen comer», como se dice por el que come mucho, y por eso también ha parecido tan dramática la vida cuando ha sobrevenido el racionamiento, como aquellos tiempos en que faltaban los productos de primera necesidad, como arroz, aceite, azúcar, café o yerba mate, pero sobre todo, harina. Algún problema menor producía la falta de porotos, lentejas o los poco apetecidos y casi desconocidos garbanzos que, no siendo de consumo habitual, sacaban,

sin embargo, de apuros. Todo esto era en los años de las «colas», cuando el *comisariato* vigilaba la distribución y regulaba los precios, y que a los chicos nos sonaba a comisarios de la Rusia en tiempos de la Revolución.

Eran años de pobreza y escasez en la ciudad, excepto -como hemos dicho- los productos chilotes que afortunadamente nunca faltaban a la mesa. Lo que llegaba de afuera era el problema, por racionado y caro. Las compras se hacían por *octavos* por los años cuarenta, de a poquito, lo justo para el almuerzo. Un octavo de aceite regaba apenas la ensalada, aunque para freir nada aventajaba a la manteca de producción local. El aceite era aquel de «maravilla», en latas, pero el más consumido era de ese común que llegaba en tambores, como se veía en el negocio de don Antonio Sánchez, en San Martín, hacia 1948. Comprar una botella de a litro era casi imposible a causa del racionamiento y la carestía que parece haberse notado más a fines de los cuarenta. Un octavo de azúcar bastaba para la hora del café, aunque la misma escasez obligaba a usar la chancaca o la miel con bastante frecuencia. La levadura era de primerísima necesidad. Se compraba también por octavos, y aún menos, en el negocio de don Custodio Trujillo, en 1945. «On Costodio» -como le llamaban las doñas del barrio- cortaba cuidadosamente con una original guillotina hechiza de delgadísimas y tensas cuerdas de alambre, cargándola con suma precisión sobre el trocito que quería cortar. Este modo de comprar por pichintunes lo practicaban todas las vecinas sin importar su condición social o económica, pues eran años de racionamiento que con intervalos se prolongó hasta principios de los cincuenta, siendo general la falta de productos elaborados en Chile. Sólo las huertas, los chiqueros y las playas castreñas seguían prodigando lo necesario, porque las papas, pescados, mariscos, corderos y cerdos no se regían por los vaivenes de la economía nacional ni por los sucesos mundiales.

Tanto en los períodos de escasez como en tiempos normales existía la costumbre de la *llapa*. Por poquito que se comprara se recibía la llapa todavía a mediados de los cincuenta. Una gotita más de aceite o una delgadísima rebanada de queso o unos gramos más de arroz, de azúcar o de harina. Nadie omitía pedirla y era de muy mal gusto que el almacenero se negara a darla, tanto que al no hacerlo podía llevarse una «palabreada» por tacaño. Lo corriente era que el comerciante estuviera siempre presto a dar la llapita por insignificante que fuera, sin esperar que se la pidieran, pudiendo el cliente ver con sus propios ojos -que siempre los tenía clavados a la pesa- cómo se agrandaba la porción de chancaca o el dulce de membrillo que siempre fueron tan apreciados por el paladar castreño de esos años. Naturalmente que la llapa se daba en proporción a la compra. A mayor compra, mayor llapa. Este modo de comprar y de vender

iba, además, asociado a la *libreta de las compras*, en verdad ajados cuadernillos que los chicos de los mandados dejaban con las hojas dobladas como repollo, y tan manoseados que al cabo de un tiempo parecían fritangas. Cuando se cancelaba la cuenta, el dueño del almacén con la cara llena de risa, daba una nueva y mejor llapa por todo lo comprado durante el mes.

La llapa se fue acabando con los nuevos tiempos que comenzaron a insinuarse a mediados de los cincuenta, cuando los comerciantes estaban mirando en menos esta costumbre tan connatural a ese Castro todavía pueblerino, y mucho más después del terremoto de 1960 en que las compras con libreta o al fiado «de palabra» desaparecieron completamente. Pero las compras por pichintunes siguieron vigentes, porque en los barrios pobres de los años sesenta no había otro modo de suministrarse lo necesario para pasar el día, y hasta hubo un súbito y generalizado renacimiento de esta práctica en el agudo período de escasez de la primera mitad de los setenta, o por la pobreza de entonces, volviéndose a las compras «de a poquito», de *cuartos*, de *octavos* y de cigarrillos sueltos que comenzó a ser práctica común entre los jóvenes de esos años. Hoy ya no existe la libreta de las compras, pero nunca falta el bolichero-compadre que saca de apuros fiando una porción de esto o de aquello, al menos, a los vecinos más conocidos y cumplidores.

Así era la cultura urbana en las poblaciones nuevas en los años sesenta y setenta, hechas de casitas «Corvi» con sitios tan chiquititos que no permitían ni las huertas ni los almácigos. Patiecitos casi improductivos que contrastaban con lo que históricamente han sido los patios del casco antiguo de la ciudad que siempre cumplieron el papel de pequeños campitos porque, a excepción de los productos que llegaban de Chile Central, casi todo lo demás -como hemos dicho- era producido por los castreños, tal como los campesinos, en sus bien cultivadas huertas, de modo que, a pesar de la falta de muchas cosas en los períodos críticos, siempre podía el castreño asegurar el puchero tradicional, abundante y sabroso. No hace mucho que estaban vigentes los tres o cuatro platos a la hora del almuerzo, por pobre que fuera la familia. Era un comer sencillo, pero contundente: el «primero» con repetición, y el «segundo», también con repetición. Antes era cosa de ir al gallinero y coger una gallinita y unas cuantas papas y zanahorias. Así era en días normales, porque en los especiales, ahí estaba el cochinillo o el corderito esperando su turno. Es verdad que no se acostumbraba la entrada ni el postre, a no ser la infaltable manzana después de almuerzo, aunque también es cierto que los cuatro platos era costumbre más propia de la primera mitad del siglo que de la segunda, porque los pucheros se fueron aligerando en la misma medida que se fue haciendo más compleja y moderna la

vida cotidiana, como se ve en nuestros días en que casi ha desaparecido la *cena*, al menos como se estilaba antes, justo a las ocho de la noche.

Se alivianaban las comidas, es verdad, pero el día seguía dividiéndose en las cuatro horas tradicionales de la mesa. Un comer más frugal, a veces a la carrera, porque el vivir era ahora más rápido, al menos en el contexto provincial. Sin embargo, a ojos de cualquier foráneo, a pesar de la mayor ligereza de los platos, igual daba la impresión de exceso de comida. ¿Y cómo no, si el urbano afuerino vivía ya la cultura del «quick lunch»?. Desde el desayuno en adelante parecía una exageración si el café iba acompañado de un par de *milcaos*. Sorpresa mayúscula que llevaba el afuerino que llegaba a Chiloé por primera vez, aunque no era fácil que al principio mostrara su agrado por tan extraña tortilla de papa, ya por su color plomiso cuando recién sacada del cocido, ya por el fortísimo golpe al hígado a causa de los chicharrones. Para los castreños eso era precisamente «buen comer» que, obviamente, distaba mucho de querer significar buen gourmet.

Con todo, en los ochenta y principios de los noventa los castreños que vivían ya la Modernidad comían menos que en los años pasados, años en que se estaba más tiempo en casa, cuando no había otra entretención que echarle algo al diente, o simplemente cuando se criaban chanchos en los patios y a la hora del carneo había que comérselos de un tirón a causa de la inexistencia de refrigeradores en qué conservar la carne, excepto el ahumado. De ahí también la repartija de *lloco* y carne fresca a los parientes, amigos y vecinos. «Comer y dormir», decía la gente por querer significar que se vivía a cuerpo de rey, porque el patio, las huertas y el chiquero lo permitían. ¿Qué importaba que faltara el azúcar, el arroz o los fideos?. Aunque parezca un contrasentido así era incluso en los tiempos de mayor escasez como eran los años de la guerra mundial. Mientras los europeos sufrían la hambruna que ellos mismos se quisieron, los chilotes comían ¡y de qué forma!. Es cierto que había racionamiento de casi todo, como ya dijimos, pero no faltaban las alternativas locales como el café de avellanas, la harina *negra* o la manteca con las que se suplían bien las faltas. Y para qué decir del más de un centenar de platos que se podían hacer prescindiendo de todo lo que llegaba de Chile. En verdad, tenemos la impresión que en los años cuarenta las comidas tradicionales estaban a la mesa con más exceso que en tiempos normales. El comer de esos años era notable, al menos así nos parece hoy, y mucho más si consideramos lo adverso de aquellos tiempos en el contexto mundial. En Moscú de 1942, por ejemplo, se almorzaba un aguachento caldillo con trocitos de pan tostado que los chicos imaginaban pedacitos de carne, mientras en la pobre y lejana Chiloé se comían mariscales y costillares enteros,

como si nada. Era la diferencia entre estar y no estar en la guerra. La vida chilota no ha tenido el infortunio de pasar hambrunas.

Hasta hoy, las papas, las carnes y los productos del mar constituyen lo esencial en la mesa del castreño, trilogía dietética que viene de tiempos inmemoriales. Sólo que en los restaurantes de los ochenta y primera mitad de los noventa, como hemos dicho, el comer era menos contundente, aunque los platos mostraban una más atractiva presentación. Se estaba cambiando el contenido por la pinta. Las «cachás grandes», los «causeos» y los «pataches», seguían vigentes, por supuesto, pero relegados a las «picadas» populares. Un restaurante que se preciara de decente, no arrebozaba los platos al momento de servirlos. Es el rostro que tiene la civilización, dicen algunos. Parrilladas, *cancato*, costillares, mariscales, *polmai*, etc. no faltaban en los más finos restaurantes y a toda hora, pero en la medida justa allí donde «Don Octavio», en «El Fogón Chilote» o en «El Sacho», famosos a principios de los noventa entre otros muchos sitios de buen comer. Y una novedad, el predominio del salmón era ya abrumador hacia 1990. De repente no más se hizo chilote llegando a estar en el primer lugar de las preferencias castreñas, sustituyendo a la sierra de los años pasados.

Y, a propósito, ¡qué tiempos aquellos cuando abundaba la sierra!, como en los años sesenta, cuando todavía se pescaba a la antigua, al espinel, una por una con el anzuelo y con algarabía de botes por las noches. Se tiraba la lienza y se sacaba de inmediato un bonito ejemplar. La familia entera pescando con anzuelos y lámparas «Petromax» que por entonces reemplazaban a los antiguos faroles. Las pescas nocturnas eran hermosas, porque con tales luces y tanta cantidad de botes era un espectáculo digno de ser contemplado desde las partes altas de la ciudad. Por esos años los más asiduos y experimentados pescadores eran los de Punta de Chonos, entre los que destacaba el legendario «Cachencho». Eran tiempos en que la sierra se preparaba de distintas formas: al horno, a la cacerola -que a veces se servía mezclada con carne, siendo la cosa más extraña que pudiera pensarse-, o asada al palo. Prepararla al palo era bastante original y se hacía preferentemente los días domingo en los patios -obviamente en verano- y se aliñaba con ajo, perejil y manteca o mantequilla. Con una rociada de vino blanco se convertía en el más exquisito manjar que tanto gustaba a los castreños hasta la primera mitad de los sesenta. Pero por entonces ya se notaba la escasez de este pescado.

En los años setenta se encontraban sierras a cualquier hora en La Playa, junto al Puerto, y así fue hasta mediados de la década siguiente, porque hacia

1976 ó 1977 había casi desaparecido del fiordo, de modo que sólo los más compadres de los pescadores podían conseguir una de las pocas que se lograban. Finalmente la sierra se esfumó. Se fue quizá adónde. Todavía no hay una buena explicación, porque ni la temperatura, ni la salinidad, ni el oxígeno de las aguas han variado en el Mar Interior. Al menos, eso creemos. La dieta de los castreños perdió mucho con su falta. Ni la merluza -que también estaba casi desaparecida a principios de los noventa-, ni el róbalo, ni el congrio, ni el pejerrey -que ahora sale más gordo y grande, pero con menos sabor-, ni el foráneo aunque apetecido salmón, han podido reemplazarla. Todo ha cambiado en el Mar chilote. Sólo de vez en cuando en estos últimos años se han visto unas merluzas chiquititas que tímidamente se asoman al fiordo para alegría de los pescadores que las venden en la feria a subidos precios.

Las carnes, los productos del mar y las papas forman parte del comer cotidiano de los castreños y chilotes en general. Siempre ha sido así. Pero, sean carnes o mariscos, todo, absolutamente todo lleva papas y mucho mejor si es *corahila* en las cazuelas y en los asados. También la papa sola con mantequilla, o al horno con cáscara como gustaba a los chicos de antes comérselas sentados en la puerta de la casa, o al rescoldo al brasero, como en las tardes de invierno de los años cuarenta. Para qué decir nada del puré o de las papas fritas en manteca o en aceite, bocado preferido a toda hora y en todos los tiempos, porque la *cultura de la papa* se vive aún, gracias a Dios, y nunca ha faltado a la mesa, ni aún en los infaustos años del *tizón*.

Pero las preferencias son también por las masas de harina en forma de tortillas, sopaipillas, *churrascos* y picarones que siempre han acompañado la «hora del café». A veces con la harina tostada fabricada artesanalmente, se hacía el *ulpo*, o *ulpada*, como le llamaban los antiguos. Harina, agua o leche, y azúcar. eso era todo. Un tazón de ulpo disipaba el hambre de los más pobres cuando no había otra cosa que echarle a la olla. Pero hoy ya no se estila como en otros tiempos y sólo perdura en las áreas rurales y suele verse de cuando en cuando en los barrios periféricos de Castro, tal vez por el alto número de campesinos que conforman la población de las partes altas de la ciudad, consecuencia de la inmigración de las últimas décadas. Allí mismo sigue todavía la costumbre de comer harina tostada y seca, azucarada, por supuesto, preferencia de los chicos, pero también se ve que el *ulpo* y la harina tostada estan cediendo su lugar a otras comidas más sofisticadas y universales, como las pastas italianas en la forma de pizzas, raviolis y demás exquisiteces, gustos modernos, porque el paladar castreño tradicional nunca fue muy amigo de estas cosas, como tallarines o fideos, a pesar de que Castro tuvo en el pasado su

propia fábrica en Avenida Pedro Montt. No es extraño se vea a los castreños de hoy frecuentar algún restaurante «bachicha» e incluso ir tras la comida china que, como en todo el mundo, se ha hecho también presente en la ciudad en estos últimos años. Pero, es más bien, gusto de minorías y de afuerinos residentes.

Recordamos los años pasados cuando no había restaurantes donde ir a comer ni se estilaba hacerlo fuera de casa, excepto tal o cual club o el Palace, pero mucho más por el beber. Eran años de la cultura local, puertas adentro, cuando los desayunos eran con pan con mantequilla artesanal hecha por las familias de los alrededores, o con miel *de ulmo*. El pan con miel era bocadillo de toda hora hasta que casi desapareció en los años setenta. Sólo en los ochenta se volvió a la miel, al parecer gracias al industrioso Mario Cerna que reeditó aquello de los panales. Pero, la mantequilla y la miel podían faltar, el pan nunca, tanto que quizá se coma más pan en Chiloé que en cualquier otra parte de Chile. Antes se amasaba exclusivamente en casa, así en Castro como en el campo, sobre todo las famosas y apetecidas tortillas al rescoldo salidas de la ceniza del brasero o del fogón. Eran tiempos de esa agradable rusticidad que hoy echamos de menos, cuando el pan calentito y humeante se servía a la mesa en una gran panera y cada cual sacaba un pedazo partiéndolo con la mano, o las mamás lo servían ya partido, también con la mano. Y porque se amasaba en casa, era corriente que cada familia tuviera su buen stock de harina que en tiempos normales se compraba por quintales, siendo innecesarias las panaderías en la ciudad. De las pocas que había era el «pan francés», las hallullas y las deliciosas *leucas*, especialidades de la panadería «Galicia» del gallego Rodríguez, que saturaba de aroma a *pan batido* la calle Ramírez.

Mucho de lo que echamos de menos en la ciudad lo podemos ver todavía en el campo. Allí se conserva casi todo lo que Castro ha ido perdiendo, de modo que en las islas, aldeas y parajes se siguen comiendo como en el pasado, todo un mundo de comidas típicas que se han conservado en las áreas rurales porque sus habitantes no han vivido los apuros que ha sufrido el citadino y, por lo mismo, no han tenido que modificar sustancialmente su modo de *merendar*. En efecto, mientras el arte culinario castreño ha experimentado alteraciones desde que desapareció la antes urbana *cocina-fogón* hasta la irrupción en nuestros días de la cocina a gas, el campesino se ha mostrado muy conservador, especialmente en las islas, donde la rusticidad sigue ofreciendo su particular encanto. Sin embargo, en los pueblos más importantes, y aún en los sectores rurales próximos a Castro, se estan notando también los primeros signos de los cambios que en los noventa parecen estar invadiendo toda la Provincia. Se puede decir que, siendo la campiña notoriamente conservadora dentro del

contexto chilote, no es menos verdad que desde los años setenta y ochenta se está viviendo también allí una etapa de transición, acomodándose a los tiempos nuevos que llegaron con la carretera, la luz eléctrica y el turismo, novedades todas que no podían sino tocar y modificar en algo la antigua privacidad y cultura local de los pueblos, al menos los más cercanos a Castro.

Vislumbramos lo que podría pasar con el comer campesino a futuro. Pero dejemos que el tiempo lo diga. Por ahora, siguen vigentes en los campos e islas el *meriendar* tradicional como el desayuno corriente, por ejemplo, donde no falta el *milcao* y, a veces, hasta acompañado de un trozo de carne para dar consistencia al sagrado café de la mañana. Por eso los desayunos parecen tan contundentes y prolongados. Por los años cincuenta los chicos campesinos acostumbraban tomar leche al pie de la vaca cuando la tenían a mano, especialmente en verano. ¡Sale tibia y con gustillo a pasto!, decían los niños. Las mamás lo consideraban tan sano que el chiquillo quedaba a resguardo de cualquier enfermedad, aseguraban. Eran corrientes los huevos fritos a la paila o cocidos «a la copa» -a la taza, en realidad- tanto al desayuno como a la hora del café. Sin embargo, el consumo de huevos no es tan general en nuestros días, así como el consumo de leche no forma ya parte de la dieta cotidiana campesina, porque desde los años setenta se prefiere juntar los huevos para llevarlos a la «Feria Campesina» de Castro donde se venden a buen precio, y la leche, a la planta lechera de Ancud, como lo vienen haciendo preferentemente los habitantes rurales del norte de la Isla, en el área de Coquiao, Linao y Chacao desde fines de los años sesenta.

La once no difiere mucho del desayuno, aunque por lo general, más acompañada de *fritangas*. Café con pan hecho en casa y a veces con su buena *chochoca* o sopaipillas o *chapaleles*. Como es el café el que define y da sentido a eso de las 4 de la tarde, se le llama «tomar café», tal como se decía también en Castro de antaño. Sin embargo, desde los años sesenta comenzó a desaparecer el de granos -o se veía muy poco- y lo mismo pasó con el de higo, imponiéndose abrumadoramente el café instantáneo. Por eso también desaparecieron los tradicionales molinillos, así como los matecitos y las bombillas, porque el mate de las noches había pasado a ser costumbre de abuelitas. El café en polvo y el té en bolsitas -¡qué miseria!- era lo que se consumía ahora en Castro, en los pueblos y en las islas.

En general los años ochenta habían dejado de ser los tiempos dorados del comer isleño, pero como dijimos, quedaba mucho de antaño en la infinidad de rincones e islas del Archipiélago. Al menos nadie podría negar que se seguía

meriendando bien. De preferencia carne cocinada a la olla, acompañada de papas, por supuesto y, cuando la estación lo permitía, se le agregaba repollo, zanahorias y nabos. Las lechugas, esas de hojas inmensas, o las achicorias con un poquito de vinagre, eran las ensaladas de verano. Y, por supuesto, tampoco faltaba el pescado y el marisco a la hora de almuerzo, a veces mezclado con carne de cerdo o vacuno en forma de cazuela bien emperejilada, costumbre muy corriente en los pueblos bordemarinos. Con dos de estos platos era para dejar sin respiro a un cristiano afuerino, ya que el plato se repetía dos y hasta tres veces en ocasiones especiales y según el hambre que tenga el invitado. Sin embargo, ha sido y es un comer monótono; siempre los mismos platos o con muy pocas variaciones. Sólo parecían diferentes las comidas de verano y las de invierno.

El cordero es de verano, porque la época de los carneos tiene su centro entre septiembre y enero. También el vacuno, pero en los campos de hoy no se consume tanto como en el pasado, lo que contrasta con el crecido número de carnicerías de Castro ofreciendo postas, lomos y filetes de vaquilla, viejas preferencias de los citadinos. El consumo de mariscos sube mucho en verano, siendo los picorocos, apancoras y erizos, los reyes de la estación estival en los pueblos ribereños, así como los humildes *quilmahues* y *navajuelas*, y los apetecidos locos, choros *zapato* y ostras «al limón». En los pueblos, el luche es inseparable de las cazuelas de cordero, porque es en verano cuando se hacen los *panes de luche* que cada familia sabe preparar tan bien como ahuma el pescado y la cholga. Toda la estación veraniega pertenece a las legumbres, y desde diciembre se tiene a la mesa las fresquísimas lechugas, el cilantro, el perejil, los berros, el orégano y otras más extrañas como el «salsifi», el «chalote», el «puerro», el «porrón», la «cayota», el «roblón», o el «ruibarbo» para acompañar carnes asadas y estofados. Los nabos, coles, repollos, zanahorias y betarragas son tan de verano como los *chuños* y los *curantos en hoyo*, y últimamente también las foráneas humitas con olor a choclo y a Chile Central que han llegado a Chiloé con la carretera y las ha exigido el paladar del crecido número de chilenos que se han avencindado en Castro.

Pero, más que el verano, es el invierno la estación del «buen comer» campesino, porque se carnean los chanchos entre mayo y agosto. Entonces la vida se recoge al interior de las casas para disfrutar de las comilonas de costillares al calor de las cocinas a leña o del fogón, mientras afuera arrecia el temporal. Invierno es también sinónimo de carne ahumada, de jamones ahumados, de longanizas colgando del *coillín* y, por supuesto, de *llocos* con la infaltable repartija a los vecinos, aunque ya no se vea tanto como antes. Tampoco faltan

las cazuelas de gallina, de cerdo o de vacuno que desde hace algún tiempo se condimentan con ají verde y picantes de procedencia foránea. Obviamente, la papa es la reina que acompaña todas las comidas invernales. El *curanto en olla* o *polmai* se lleva las palmas en los meses fríos. Sin embargo, el «polmai» puede faltar, pero nunca el chancho, tanto que la familia campesina que no lo tenga se siente muy desdichada y de seguro habrá de prepararse con tiempo para tener su lechoncito y carnearlo para los Juanes, los Luises o los Pedros.

El comer campesino puede ofrecer platos de las combinaciones más insólitas, como las cazuelas de carne, pescado y marisco, acompañada de papas, causeos corrientes en las goletas varadas en la Playa de Castro en los años cuarenta y que la gente iba a mirar con interés. En ocasiones especiales los isleños comen y beben como si el mundo se fuera a acabar. Es la *cultura de la merienda* o la «cultura del diente». Por eso el chilote es tan grueso, tan macizo y fuerte, hombre de músculos duros como vigas y, a pesar del mucho cerdo que consume con todas sus grasas, no se ven, por lo general, campesinos rechonchos y panzudos, quizá a causa del contínuo trajín a que se ven obligados en las faenas del hachear árboles en el monte, del *picar* leña o del remar, pesadas y cansadoras labores cotidianas quemadoras de grasas y endurecedoras de músculos.

Y de repente, en el momento menos pensado, las comilonas en casa de tal o cual vecino con cualquier pretexto, donde el mucho comer y beber propio de estos «convites» nos recuerda las *cenas de campo* de principios de este siglo o grandes comidas preparadas por tal o cual vecino y abierta a todos los que quisieran participar previo pago de una cantidad y que daba derecho, por lo general, a cuatro presas de carne, papas y salsa. A estas cenas acudían tantas mujeres como hombres con todos los traspiés y vaivenes que es de imaginar, como dice Francisco Cavada. Estas mismas *cenas de campo* recuerdan también los *cahuines* de los tiempos coloniales, ocasiones en que cada uno aportaba ya un cochinillo, ya un corderito, ya unas gallinas, de modo que la comilona duraba tantos días como comida hubiera. Pero esta clase de comilonas casi han dejado de practicarse, y los convites actuales son sólo reminiscencias bastante más mesuradas y circunscritas a sólo los campos e islas más remotas. En cambio las celebraciones de cumpleaños, santos, matrimonios, bautizos y festividades religiosas son hoy las ocasiones más habituales para comer chanchos de «quince latas» de una sentada, y vacunos enteros, aunque no faltan las fiestas más refinadas que se celebran con comidas formales y, por lo mismo, más frugales, donde se ve la torta, el «brazo de reina», el kuchen y el queque, poco corrientes en la vida cotidiana. Pero el vino nunca falta cualquiera sea la ocasión, como tampoco falta la chicha *calorosita* al anochecer. Los matrimonios son, por lo

general, los más comidos y bebidos. Nunca se omite el asado o el *curanto*, como se estila también en las fiestas de los *santos patronos* de los pueblos cada verano. En los velorios, en cambio, se come más mesuradamente, aunque el café se consume sin tasa ni medida, así como la infaltable chicha fermentada de invierno, a veces con harina tostada, mientras se conversa sobre el finado, y en ocasiones con los pelos de punta por los dolorosos lamentos de la *llorona*, contratada para la precisa tarea de llorar con ganas, aunque estos cuadros son más propios del pasado. En fin, nunca falta la ocasión para comer, a veces por el motivo más baladí, y tanto se come que verdaderamente parece un exceso casi ofensivo a la pobreza de la gente humilde de otras partes del país.

Da la impresión que el mayor gusto fuera atender a las visitas. Pero esta buena disposición se nota mucho más en el campo que en la ciudad. Aunque el cristiano estuviera «lleno» -así se dice- se apresura la dueña de casa a ponerle otro pedazote de carne en el plato sin poder negarse el huésped, porque se interpreta que «no se la puede», y en ocasiones resulta hasta ofensivo para los anfitriones, cuando se entiende que el invitado no comió por «orgulloso». Lo mismo pasa con el que no bebe, siendo el mareo mesurado, testimonio elocuente de haberlo pasado bien.

No poca sorpresa se llevan los foráneos cuando tienen la ocasión de conocer la intimidad de una casa campesina en Huito, en Puchaurán, en Palqui o en Mallelco. Si en algún paraje costero una familia recibe la inesperada visita de algún foráneo que andando de paso lo sorprende la noche y solicita alojamiento, regularmente se esmera por atenderlo generosa y hospitalariamente sin importar que sea un desconocido. En estos casos, la playa saca de apuros. Uno o dos canastos de *navajuelas*, *tacas* o *quilmahues* resulta suficiente para el almuerzo o la cena, porque la gran despensa de las familias bordemarinas es y ha sido siempre la playa en bajamar. Luego todo ese conchal se vacía en las negras ollas que cuelgan sobre el fogón para el cocido, y ¡a comer se ha dicho!, así no más, con la mano y, a veces, sin limón. Mientras para la familia anfitriona este modo de comer resulta natural, para el foráneo tiene el encanto que le da la rusticidad de la cocina, el ambiente cálido en torno al fogón, y la agradable conversa si la visita demuestra ser persona respetuosa de las diferencias y agradecida de las sencillas atenciones. Una experiencia impagable, sin duda. Pero la actitud de los dueños de casa puede también ser otra. La misma hospitalidad, por supuesto, pero no en la cocina, sino en el comedor, que sólo se abre en situaciones especiales. Mientras la cocina está en la *mediagua* o parte trasera de la casa, el comedor ocupa un lugar destacado en la casa grande de dos aguas. Allí está también el salón. Entonces es probable que los anfitriones

ofrezcan a la visita un plato de pollo arvejado con papas y arroz, y para tal fin se saque a relucir la fina vajilla que la familia guarda desde los tiempos del Puerto Libre. Obviamente, el pollo arvejado no es lo que esperaría el huésped, pero una familia chilota campesina que se precie considera el arroz como un plato fino -al menos así se consideraba en los años sesenta- digno de ser ofrecido a un foráneo, tanto como los fideos y otros platos muy ajenos al comer cotidiano de los chilotes.

No hay duda que la *mediagua* es lo propiamente campesino, en cuanto ámbito natural de la vida cotidiana hogareña, donde el comer sentado en bancas rústicas alrededor del fogón o en la mesa sin matel, es lo corriente, tanto como la picardía a flor de piel en las conversas crepusculares, los chistes maliciosos, o las copuchas sobre tal o cual vecino de quien se dice usa el *macuñ* para hacer sus *voltejeos* nocturnos. En fin, ese es el ámbito donde se vive, se come, se habla. Allí en la *mediagua* manda la madre que educa a los chicos, mientras el padre labora afuera. El salón, en cambio, huele a humedad, huele a moho. Los muebles, los cuadros, las paredes forradas con papel de diario, el gobelino de viejos tiempos que las decora, el reloj de pared de antigua data, todo tiene el aspecto de eterno y ajeno. Hasta la formalidad de los anfitriones con sus ropas para la ocasión oliendo también a humedad, la finura de las mistelas, los platos con comidas más refinadas, son testimonios de la diferencia que hay entre el comedor, extraño ocasional y frío, y la agradable y cálida cocina en la *mediagua*, ámbito de uso cotidiano.

Al menos hasta los años sesenta, el comedor era más propio del verano cuando se celebraba la fiesta del pueblo y cuando las relaciones sociales se hacían más regulares entre los lugareños o cuando llegaban las visitas foráneas, más frecuentes ahora en los años ochenta y noventa. A veces algún miembro de la familia radicado en el centro del país llega con su prole y algún amigo. No es costumbre de los chilotes campesinos levantarse a las 10 de la mañana. Pero, las visitas se dan esas licencias. De la cama directo al desayuno con carnes y *milcaos*, la conversa interminable, y antes de pararse de la mesa ya dan las 12 y vienen los platos del almuerzo arrebozando con trozos de carnes de vacuno, con sus papas y legumbres. Las infaltables excusas de los huéspedes queriendo explicar que estan satisfechos echándose las manos a la barriga. De nada les vale. Los anfitriones entienden esas demostraciones como simples formalidades de afuerinos. Y ¡a comer nuevamente! y a seguir conversando. El vino o la chicha hace más vivo el diálogo, prolonga el almuerzo hasta la hora de once, a las 4 de la tarde, y sin pararse todavía de la mesa, nuevamente café, pan y diversas fritangas. Sólo a las 6 una pequeña caminata para estirar las piernas y

a las 8 otra vez a comer, porque es la hora de la *cena* con más carne, más papas y más vino. Después a dormir, si es que pueden dormir esos cristianos.

Las visitas femeninas no dejan de demostrar sus vacilaciones entre comer todas las exquisiteces o conservar la línea. Sus figuras estilo «Barbie» contrastan con la gruesa contextura de las chilotas, tan ajenas a las preocupaciones por el peso o las fachas estilizadas. Pero las anfitrionas no se ven gordas, sino fuertes. En fin, el hijo, al marcharse, prometerá regresar el próximo año y el padre tendrá todo el invierno para carnear el chancho, ahumar los perniles, preparar las longanizas, engordar sus corderos o su vaquilla para arrebozar los platos en la próxima visita.

Tampoco falta el *curanto*, con visitas o sin ellas. Pero entre los años sesenta y noventa el curanto había dejado de ser urbano, como lo era antes. Cuando se hacía en la ciudad estaba más bien orientado al turismo. Creemos que un estudioso del arte culinario que visite Chiloé en verano no podría llegar a tener una cabal idea de cómo se vivía la gastronomía en la primera mitad del siglo, cuando todo se hacía puertas adentro, sin extraños y sin el sentido económico de los años presentes. El que visita el «Festival Costumbrista» -hermoso, por supuesto- no ve sino la parte más superficial del genuino curanto, aquel anterior a la carretera y al ferry. Tampoco podría apreciar bien el modo de comer, pues en dicho festival se come como fuera de contexto, casi como en un restaurant al aire libre. Antes, esos mismos curantos hechos en el campo eran entre conocidos y familiares y preparados con todo un preámbulo y ritual que es imposible reeditarlo en la misma forma en el Parque Municipal donde todo se hace con una «apurancia» muy ajena a la lentitud y a esa sociabilidad tan sui-generis de la vida campesina en que el comer, beber y conversar duraba el día entero y, como hemos dicho, sin pararse de la mesa.

Cualquiera que visite Chiloé se da cuenta que el comer es una fiesta. Fiesta del curanto, fiesta del carneo. Los hombres carnean y descueran, las mujeres se encargan de la preparación de las exquisiteces. Es una fiesta que compromete a toda la familia. Se carnea, se quema el cuero del chancho para quitarle las cerdas y hacer la *pella*, y luego se echan al *fondo* los trozos para hacer los chicharrones, de aquellos carnosos, infaltables en las cocinas durante el invierno; se separan las menudencias y se preparan los chunchules; de la cabeza se hacen mil comistrajos, así como de las patitas, las pulpas, las costillas y los perniles. El fogón, saturado de ollas da paso al *reitimiento* para hacer la manteca con la que se fríe casi todo lo que se consume, incluyendo las sopaipillas y el *lloco*. Con el *lloco* y los asados al palo se pasa el día del carneo que es una gran

comilona bien regada y conversada. Después vienen las *morcillas*, los jamones ahumados que acompañan a las familias durante el año, el arrollado, el tocino para los causeos y los *chicharrones-yides*. Es la fiesta del comer en los campos del Archipiélago que alegra tanto el corazón. Tanto como se alegra la vida con la *maja* de manzanas, fiesta de marzo, una *minga* en verdad, a varazo limpio en el *dornejo* para convertirla en hollejo o *chave*, como todavía lo llaman en algunos sitios donde el lenguaje veliche no aviene a retirarse. Y de ahí a los canastos de junquillo o de quilineja que vacían su contenido en la prensa, ese extraño artificio de madera de donde emana el dorado sumo escurriéndose por las canaletas del tablón para llenar las vasijas que una a una se van sucediendo a intervalos muy breves.

Sin embargo, a pesar del mucho comer, la dieta de los chilotes es bastante desequilibrada. El consumo de calorías por persona debe ser muy superior al promedio chileno, pero mucho de unas cosas y poco de otras. La falta de calcio es evidente. Quizá por eso se observe tan mala dentadura y cundan las enfermedades a los huesos. Se puede pasar el año consumiendo lo mismo. Asados y cazuelas, lo más apetecido, lo mismo que el pescado frito a la manteca. En menor proporción el pescado a la cacerola. Poca leche, poco huevo y poca legumbre. Se puede decir también que se come «al lote» y mucho más lo salado que lo dulce. Por otra parte, los campesinos son absolutamente indiferentes a la presentación de los platos, ni muestran inclinación a preparar sofisticadas combinaciones. Obviamente los platos no llevan nombres franceses, como se estila en algunos restaurantes y hoteles de Castro, donde el comer se ha acomodado mucho al gusto internacional. En los campos siempre se ha comido de la manera más natural que pueda uno imaginarse, pero eso no quiere decir que en situaciones especiales no se luzcan las mujeres con variados artificios gastronómicos, como el complicado *cancato*, riquísimo, no cabe duda, pero también un soberano golpe al hígado y cargado al colesterol. Pero también otros platos de nombres increíbles como el *dempu*, el *mignao*, el *vaeme*, el *huilqueme*, el *luchicán*, el *curane* y otros muchos que son patrimonio de las islas más retiradas, allá en Chuit, en Coldita, en Imerquiña y del todo ajenos al comer urbano.

El *luche* es insustituible en las cazuelas así de vacuno como de pescado. Igual cosa sucede con el cochayuyo -aunque siempre fue visto como comida de pobres- con el que, acompañado de papas y *quilmahues*, se prepara una especie de *cocido* de buen sabor y muy nutritivo. En fin, el comer tradicional chilote se puede sintetizar en las palabras abundancia y sencillez. Es un comer acogedor, un comer lento y ameno, especialmente cuando se disfruta del cocido de mariscos

en las grandes ollas que cuelgan sobre el fogón de la cocina al crepúsculo que es cuando más se apetece y donde cada uno saca con la mano las conchas que desea. No hay nada más agradable que pasar horas comiendo y conversando en el *caedizo* en medio del humo que irrita los ojos de los extraños, mientras afuera arrecia el crudo invierno.

Ya se puede notar que la amistad, la hospitalidad y el cariño se expresan ofreciendo harta comida. Es verdad que antaño se notaba más, pero todavía no ha desaparecido esta buena y agradable costumbre de recibir con generosidad a las visitas. Si se es pobre nunca lo será tanto como para no tener unas gallinitas en el patio y, por último, siempre está a la mano la generosa playa que saca de apuros. La cocina campesina es contraria a la etiqueta. El más pobre ofrece lo que tenga; los anfitriones no se ruborizan por ello, aunque el plato sea un caldillo de navajuelas. Con un poco más de agua a la olla, alcanza para todos. «Donde come uno, comen dos», reza el dicho, pero nunca se llega a tales extremos en los campos. Y así como se come, se toma. En el beber vino, por ejemplo, no se siguen en el medio rural las costumbres más refinadas de la ciudad. Hasta hoy los isleños acompañan el marisco con vino blanco o tinto, pues para un chilote rural es enteramente igual y considera supérfluas esas diferencias. El vino que más se consume es el tinto de garrafas, generalmente el más barato. Es corriente ver lanchas y buses con más cantidad de *chuicas* que pasajeros. El paladar no discrimina entre un «bigoteado» y un «casillero del diablo». El aperitivo y el bajativo se estilan sólo en ciertas ocasiones como cuando llegan visitas. Entonces se echa mano a la botella de «Martini» que se guarda como bajativo para estos trances. Entre los marinos isleños, el pisco y el aguardiente puros se beben durante los viajes para matar el frío, o en las faenas pesqueras, pero también durante los trabajos agrícolas y forestales. Se podría decir que no se trabaja bien si no se tiene a la mano una botella de aguardiente, una jarra de chicha o una *bota* de vino de la que beben a intervalos muy cortos mientras realizan sus labores, como cuando se van pasando la *bota* en las *tiraduras* y donde en cada descanso lian sus cigarrillos *fullinques*, hechos de polvillo de *palquín*, a falta de tabaco, como se veía todavía por los años cincuenta.

En el beber aguradiente se ha mantenido la tradición colonial. Entonces se consumía el que llegaba del Perú en *botijas*, más apetecido que el vino a pesar de ser más caro. Precisamente el alto precio que había que pagar por el aguardiente o por el vino -nótese que el vino chileno llegaba desde El Callao-, hizo que el chilote se esforzara por producir chicha de manzana para todo el año e ingeniárselas para hacer curiosísimos licores. La chicha de *maqui*, de *mitahue*, de calafate, de luma, de *michu*, de murta y hasta chicha de arveja eran

corrientes en las casas campesinas del pasado en Tubildad, en Coinco, en Chadmo. Pero también se preparaban las más sofisticadas mistelas de guinda, de frambuesa, o la exquisita mistela de manzanilla, así como apetecidos eran los ponches de frutilla, el *San Pablo*, o ponche hecho de chicha y huevos para beberse caliente en pueblos y lugares del norte de la Isla Grande. Y con la *suma* se preparaba el *cauchan*, apetecido licor de principios de siglo. Famoso fue el licor llamado *apiao*, pero también la *lagrimilla*, el *hidromiel*, el *quemado*, en fin, el *calcuto*, aperitivos y bajativos que tuvieron sus años dorados a fines del siglo XIX y principios del XX en toda el área ancuditana y que en el presente apenas quedan escasos vestigios, porque las botillerías urbanas sacan más rápido de apuros. Sólo algunas abuelitas conocen las curiosas recetas para preparar estos tragos largos y cortos. El que ha sobrevivido al tiempo y acrecentado su fama es el *licor de oro*, cuyo procedimiento para prepararlo sigue siendo patrimonio de las señoras de Chonchi quienes se niegan a confesar el secreto. Muchos de estos tragos son de origen veliche, otros españoles y algunos nacidos de la presencia europea a principios del presente siglo.

Como ya hemos dicho tantas veces, el comer mucho se tiene por bueno y, por supuesto, el beber todos los tragos y la chicha tibia en invierno, de esa agarradora, como dicen los asiduos clientes de los bares. Pero por el exceso de frituras, grasas y bebida son corrientes las afecciones estomacales y, por lo mismo, es regular que en las casas campesinas se tengan todas las hierbas imaginables. «El matico, la ruda, el bailahuén, sanan del hígado en un santiamén», o eso es lo que se cree, porque es bastante común oir que lo que en una isla quita el dolor de espalda, sirva en otra para bajar la fiebre, y así la farmacopea chilota -también la hispanoamericana y la española, tan ricas en hierbas- tiene tantas y tan variadas aplicaciones que entre los isleños hay mujeres especializadas en infundios, y tanta la fe de los pacientes que a tales mujeres no les aventaja un médico de Castro. Se tiene por milagroso el brebaje que se toma en la proporción y frecuencia recomendada y es tanta la fe puesta en estas hojas, tallos, cortezas y raices que lueguito no más se sana el enfermo, porque todos sus sentidos hacen, como quien dice, fuerza para que así sea, y al paciente se le figura que el infundio va pasando por los intestinos destruyendo a los causantes del mal. «Santo remedio», dice la gente. En cambio, a los medicamentos de farmacia les llaman *mentiras*, queriendo decir, ineficaces, porque no curan ni pueden curar males que podríamos llamar «culturales», es decir, tanto el médico como los remedios eran muy ajenos a las creencias y al saber de las *meicas* y, por lo mismo, no se les tenía fe.

Todos los chilotes rurales se enferman casi de lo mismo. Fuera de las

enfermedades a los huesos, de las que hay algunas tan raras que tenemos ejemplos sólo en Chiloé y Galicia, los males vesiculares, hepáticos y pancreáticos son el pan de cada día. Para qué decir de las gastritis. Los cálculos que se forman suelen ser tan grandes como un cuesco de durazno. Las cirrosis hacen gala en cuarentones y cincuentones a quienes no les queda más remedio que exhibir sus narices de todos los morados, granates y marrones imaginables. Las *meicas* conocen el mal del paciente con sólo mirarlo y proceden a hacer sus curiosos brebajes. No fallan nunca porque saben qué comen y qué beben diariamente, y no es difícil saberlo porque generalmente son vecinos suyos con quienes suele andar en las mismas comilonas y *bebiendas*.

Pero, aunque se enferman de lo mismo, cada pueblo tiene sus secretos medicinales. Es la farmacopea chiloensis. A veces la energía de una hierba radica en su frescura, de modo que mientras más verde, más eficaz. Por eso en algunos lugares se cree que el efecto es más seguro cuando recién cortada la hoja de laurel. En otros, la vejez de las hojas colgadas del envigado de la cocina, corruptas ya, toman tal concentración de mágicos poderes que no les aventaja ni la penicilina. Y como la gente cree en las hierbas curanderas, el enfermo tiene la seguridad de sanarse. Y así no más sucede. Se toma un tazón de tal o cual agüita y ya sabe que en breve se le cortará la colitis o se aliviará de la úlcera. Desde que los niños nacen toman de todos los brebajes posibles y, si sobrevive a la enfermedad -recuérdese que en los años sesenta la mortalidad infantil llegaba al 100 por mil en los alrededores de Castro- se entiende que ha sido gracias a esa cantidad de refuerzos, y el chico crecerá en tal convencimiento.

Los dolores al hígado se combaten con agüita de berro, el estítico acude al canelo y al *chaquihua* que actúan como purgante; el *cuchivílu* es antiflatulento, mientras que los dolores de estómago se calman con el *chuquey* y el *hualhuilque* en San Javier, en Detif, en Huildad, en Chepu.

Pero, se moría la gente de estos males nunca bien combatidos, porque después de las agüitas de hierbas y hojitas curanderas, nuevamente se caía en las irresistibles comilonas. Por eso los hombres no pasaban de los sesenta. Postrados en la cama esperaban el fin de sus días hasta que llegaba la «Pelá». Entonces era posible ver esas escenas tan corrientes en los campos de antes. Al expirar el enfermo alguien salía a gritar a la loma más alta: «¡Ya murió, ya murió!», con voz de heraldo, como en la Colonia. Y comenzaba la afluencia de gente del paraje arrebozadas de negro para el velorio del difunto, portando canastillos con comistrajos suficientes para ayudar a la viuda en estos trances.

Pero, los males estomacales eran más frecuentes en el pasado cuando, como hemos dicho, la vida campesina se vivía con menos apuros, cuando se comía más y se pasaba mejor. Trabajar, comer y dormir. Todos los días lo mismo. Sólo que el comer las cuatro horas del día ocupaba más tiempo cuando la tradición gastronómica tenía su centro en la cocina a leña o en el fogón con sus costillares, *llocos* y *chapaleles*. Pero además de las carnes grasosas y las fritangas, que eran lo más corriente, había también comidas más sanas. *Chochocas*, *mellas* de papa dulce, *chuañe* o pan de papas *pilcahue*, *mella* de trigo *ñengo* o harina de *deche* o residuo de chuño ahumado, *sema* o tortilla de harina y papas cocidas en Butalcura, Pid-Pid, Puntra o Coquiao. Entonces sí que se comía harto *chadupe*, *huelqueme*, *lliu-lliu*, *meldú*, *mallo*, *catutos*, *tropón* de chuño, *chapalele* de *deche*, *framollo* de harina, *mazamorra* de manzana con papa rayada, y las curiosas *prietas de coles* en Coihuinco, en La Chacra, en Gamboa Alto, en Rauco, en fin, en Canán. Y, por supuesto, las *roscas chonchinas* a toda hora al sur de Castro. Eran las mil comidas de los platos tradicionales de la Provincia donde la papa hacía de reina, papas rayadas con *piellos* hechos de piedra, antes que aparecieran los rayadores de lata. Tiempos de las cucharas, cucharones y platos de madera en los que la comida sabía mejor que servida en vajilla de loza, según aseguraban los antiguos. Eran años en que las grandes ollas de los *cocimientos* se ponían sobre el fogón, antes que las de aluminio entraran a los campos a exigir cocinas a leña o a gas, como se ve en nuestros tiempos.

Así era antes. Por eso nunca hemos podido explicarnos bien por qué tantos campesinos optaron por abandonar sus islas, sus pueblos, sus huertas y sus playas para hacerse urbanos en Castro si siempre se ha tenido por mejor ser «hombre de buen comer». Migraciones sin explicación, porque en el campo nunca ha habido pobreza en estricto sentido. Aquel que se iba a Castro se privaba de todo resignándose a vivir allegado y marginado. La mendicidad infantil, inédita en Chiloé antes de 1960, cobró realidad desde entonces. Esos mismos robustos y bien comidos isleños se veían ahora hacinados, entrechados en pequeñas casitas «sociales» y sin pega, conformándose ¡quizá cómo! con una tacita de té durante el día, mientras los chicos inauguraban la costumbre de salir a pedir la caridad. Si pensamos en la vida campesina de antaño, caemos en la cuenta que el chilote rural al decidirse por la ciudad pasó del «buen comer» al «mal comer», es decir, a su mayor desdicha.

Pero el medio rural de hoy tampoco es ya como antes porque las comunicaciones y el tendido eléctrico hicieron desaparecer la privacidad y las velas de los campos de la Isla Grande y de Quinchao. Con la luz llegaron los

electrodomésticos y la vida cotidiana de las familias pueblerinas -al menos en algunas casas- comenzó a modificar un tanto el modo de comer. La televisión y las cocinas a gas iniciaron su época y empezaron a ejercer su influencia en los hábitos sociales y culinarios. En efecto, antes la vida familiar transcurría en la cocina, que era también comedor, cuando la mesa era bien compartida al calor de la estufa a leña y cuando la conversación era lo más esperado. Hoy la televisión enmudece las noches y la cocina a gas está arrinconando a la de leña, y con ello se ha iniciado el principio del fin de los platos más característicos del arte culinario tradicional. ¿Cuánto del listado gastronómico asociado al antiguo fogón se concilia ahora con las cocinas a gas, propia de la moderna cultura urbana?.

Es verdad que el deseo de modernizarse está siendo palpable en los pueblos de la Provincia, pero también es cierto que con no menos fuerza se quiere conservar lo propio. Hasta ahora se ha procurado que ambas cocinas -a leña y a gas- convivan en una misma casa, al menos en las ciudades y pueblos más importantes, porque la leña aporta el calor que niegan los balones. Pero también se deja ver que la leña ha llegado a ser tan cara como el gas. En Castro y en Ancud se notan los efectos de la Modernidad, en los pueblos ha comenzado a sentirse y en los campos todavía está vigente la cocina de fierro e incluso el fogón en la *mediagua*. Por eso y por muchas otras razones, lo genuinamente chilote ya no está en los centros urbanos, o no está tan a la vista, como sí lo está en los villorrios, en las islas y en los campos más retirados, donde aún son amplias las huertas, todavía vigentes los *caedizos* con el fogón a punto para las fritangas, los chiqueros para la engorda del lechoncito y donde aún se come como en los primeros tiempos. Sin embargo, ya se asoman por ahí también los caminos y con ellos los buses, la luz, la televisión y todas las comodidades que amenazan la pervivencia de la tradicional, rústica, pero encantadora forma de comer de los chilotes. ¿Se puede acaso detener la irrupción de lo nuevo?. ¿Vale la pena detenerlo?. Ese es el gran tema hoy en día porque afecta a todos los ámbitos de la cultura, y porque se ha visto que el campesino asalariado, obrero de las empresas pesqueras, ha sentido el deseo de imitar la vida urbana, pareciéndole más moderno y expedito acudir a los supermercados de Castro y comer lo mismo que comen los demás chilenos. Tampoco quiere amasar su pan, porque es más fácil y cómodo comprar unos cinco o seis panes de molde para la semana y otras tantas Coca-Colas familiares, paquetes de fideos, arroz, porotos y hasta vienesas para hacerse su «jordó con palta-mayo», como lo ha visto en sus ahora regulares viajes a Castro en los muchos restaurantes que se apiñan en las proximidades del Terminal de Buses Rurales, en calle San Martín,

allí donde está el mejor barómetro para darse cuenta de las mutaciones que está experimentando la cultura tradicional de Chiloé.

Imágenes como éstas, tan comunes en las mañanas de los años ochenta y noventa con crecido número de campesinos llegando en buses y con apariencia más moderna, nos hacía pensar en los distantes tiempos pasados, aquellos tranquilos años cuarenta, cuando los isleños llegaban a Castro en sus goletas, chalupas y chalupones usando *tamangos* y *huiñiporras*, años en que la comida era preparada por la mujer en el fogón de la misma goleta recostada sobre el limo, allí en la colorida, pintoresca y folclórica «Playa» de Castro, antes que los caminos invadieran con buses la Provincia de Chiloé y antes que los supermercados se instalaran a ofrecer las mil menudencias de la comida universal.

15.

DE COMO A FINES DE LOS OCHENTA Y PRINCIPIOS DE LOS NOVENTA LOS AÑOS PASADOS PARECIAN TAN DISTANTES Y COMO MIENTRAS MAS SE ALEJABAN, MAS SIGNIFICACION IBAN TENIENDO

15 DE COMO A FINES DE LOS OCHENTA Y PRINCIPIOS DE LOS NOVENTA LOS AÑOS PASADOS PARECIAN TAN DISTANTES Y COMO MIENTRAS MAS SE ALEJABAN, MAS SIGNIFICACION IBAN TENIENDO

Entonces, a fines de los ochenta, Castro lucía como la nieta del antiguo pueblo pues, aunque parezca un contrasentido, daba la impresión de estar más joven, se notaba más fresca y más buena onda con la mayor presencia de la vida juvenil, y hasta se nos antojaba verla vestida de colores, como se visten las adolescentes para sus fiestas quinceañeras. Estaba más hermosa, pero a la vez, más pretenciosa y con ansias de poder, como los señoríos periféricos, como los castillos feudales frente a los pueblos, aldeas, villorrios y campos comarcanos dependientes de su jurisdicción. Porque ahora era la ciudad capital de Chiloé y había reasumido con indisimulada ostentación el rol que antiguamente tuvo. Podía exhibir una planta urbana de doblado tamaño que en los años cuarenta y cuadruplicado número de habitantes respecto de aquellos remotos y lentos tiempos en que sus pocos vecinos vivían como a intramuros.

Nos acompaña el recuerdo, nos viene a la memoria el rostro de aquel Castro con sabor a pueblo tan caro a nuestra infancia, cuando mirábamos a través de las ventanas las tristísimas tardes invernales. Todo era silencio. Sólo la lluvia cantaba a lo largo de las cunetas. Con los ojitos pegados al vidrio buscabamos algún bullicio que de súbito surgiera en la apagada calle. Conocíamos las pisadas de los vecinos. Sin verlos sabíamos quién iba pasando por sólo el ritmo de su pisar. Sólo unas cuantas personas hacían sentir de cuando en cuando sus trancos al regreso a casa como a eso de las 6 de la tarde que en invierno era ya declarada noche. Siempre la misma gente que conocíamos por sus nombres o apodos, puntual y apresuradamente rumbo a El Tejar o quizá más allá, envueltos en abrigos, gruesas chombas o en mantas de Castilla. A la misma hora, viejitas octogenarias arropadas de negro camino del *rezo* a la iglesia de los Padres Alemanes. Apenas distinguíamos sus siluetas bajo el móvil techo de nubes sobresaturadas. Tomadas del brazo pasaban a la *novena*, lentísimas iban al «Dios te salve María» con el librito de oraciones y el rosario colgando. Desde

la ventana oíamos lejano el «llena eres de Gracia, el Señor es contigo», interminable, y que nos conmovía hasta lo más profundo, quizá porque esas letanías se avenían muy bien con los tristísimos anocheceres del mes de julio.

Lo mirábamos todo a través de las ventanas, y hoy lo podría dibujar, porque esas imágenes han quedado fijadas en la retina cuando el rostro de Castro parecía más connatural a los inviernos o, al menos, la lluvia nos tocaba más al obligarnos al encierro.

«Llueve trece meses en el año», decía la gente, porque el aguacero no paraba nunca y, como el ritmo de la vida cotidiana era más lento, daba la impresión que tardaban mucho más en pasar los meses más crudos y llovidos. Hombres de abrigo y sombrero, bufanda de varias vueltas cubriéndoles el rostro, como ocultando sus caras apagadas y serias, al menos así lo recordamos. De repente, el «hombre del saco» por ahí, parado, estilando y, sin querer, causando miedo a los chicos con su mirada de náufrago y su lento andar sin prisa ni destino, y los perros ladrándole hasta más no poder. Y aquella limosnera a quien dábamos pan para sólo verla comer con tan expresivas ganas, como es el comer de los pobres.

Desde que nacíamos, desde que abríamos los ojos comenzabamos a conocer el mundo de la lluvia, el escenario de los cielos grises con ejércitos de nubes negras enfrentándose unas a otras con rayos y relámpagos furiosamente descargados desde sus flancos. Crecíamos sabiendo de aguaceros de todas las intensidades, de granizos de todos los tamaños, de nubarrones de todas las formas, de cielos de todos los grises, de tempestades y turbonadas de todas las fuerzas imaginables. Porque nacer en Castro era hacerlo en el centro mismo donde los dioses eólicos y pluviosos ensayan sus poderes a lo largo del paralelo 42, allí donde se forman los ciclones que zarandean las casas de madera y las emprenden contra los techos de lata y, en el mar, contra las goletas que desafían la tempestad con su blanco velámen desplegado. Mirábamos la bahía desde la «Pampa de los Padres» y se nos figuraba el «Puerto Fantasma» de aquella fantástica serial que veíamos en el cine «Centenario».

Vivíamos también los breves tiempos del sol de verano con calles más transitadas como esa imagen de febrero de 1944 en que unos caballeros a la sombra conversaban sobre la guerra con un gran mapa de Italia desplegado. El tema era el avance de los Aliados, y los chicos intrusos en medio de la conversa con los ojitos bien abiertos sin comprender nada, excepto que Italia era una bota y la isla de Sicilia como un balón a punto de recibir un puntapiés. Eran

años de la conflagración mundial y se tomaban posiciones, pero alegremente, posiciones respecto de algo muy ajeno y lejano, tanto que en una casa de calle San Martín había dos cuadros colgados de la pared del comedor: uno de Roosevelt y otro de Hitler. Juntos los enemigos. Sólo en Castro podía verse cosa semejante. Y en verano de 1945 el alemán, don Herman Bischmann cantaba el «Rhin-Rhin» para hacer dormir a la «Cachichila», cuando la yegüita «Cantimplora» se escapó de la pesebrera y los chicos Morales la encontraron a la vera del camino de La Chacra y cobraron 2 pesos por traerla a casa. Tiempos de don Oluf Nielsen y su aserradero. Lo veo leyendo «La Cruz del Sur» muy cómodo sentado en un sillón de mimbre, mientras uno de sus empleados irrumpe corriendo a más no poder anunciando que había llegado la luz después del prolongado corte de 1947. Y pequeñitos, descubríamos la música barroca con la novedad de las primeras radios, y el clavecín que nos llegaba tan hondo. Así mirábamos nuestro mundo y nos íbamos haciendo a la medida de él. Al principio apenas la puerta de la casa y la casa de enfrente, luego la calle y la cuadra. Más tarde nos sorprendíamos de la extensión del barrio para, finalmente, abarcar el pueblo con sus cinco cuadras para acá y sus ocho cuadras para allá que nos parecía una inmensidad.

Una noche cantó el queltehue sobre el techo de la casa de los García, y como cantó de noche nos corrió el frío por la columna vertebral, porque era anuncio funesto. Al día siguiente amaneció muerto don Enrique a causa de aquella ave decían las vecinas, porque el canto del *triel* es ¡te llevo, te llevo!. Y así no más se lo llevó. Nos aterrábamos los chicos cuando el queltehue se paraba en algún techo. Funesto presagio y tan mal agüero como barrer la casa en la noche. El que barría a medianoche estaba vaticinando funeral, y no había cómo escapar o modificar el destino. Por entonces se nacía creyendo en el Cielo y el Infierno, y atento a las cosas sobrenaturales, supersticiones de las señoras del barrio. Los chicos crecían con los sentidos puestos en los anuncios de cosas infaustas según las interpretaciones que hacían los mayores de los muchos signos de la naturaleza. Y así no más sucedía, como aquel pronosticado incendio de 1948 en San Martín con Magallanes, a medianoche, en casa de los Oyarzún. Y en medio de la trifulca, en medio de aquel gentío espectador del dantesco espectáculo, un bombero se escurrió de su compañía, con casco y todo, para ir a tomar un cafecito a casa de un amigo y mirar juntos el descomunal siniestro, mientras la calle San Martín estaba intransitable a causa de los profundos surcos abiertos para el alcantarillado, donde pasaban a caer muchos curiosos despistados.

Y los chicos hacíamos *calentitos* en primavera cubriendo con las manos y

el cuerpo un pequeño rinconcito de la calle que «Lucho» Cárcamo, «Berty» Bórquez y «Lito» Pérez ponían a resguardo de la lluvia, era apenas un ínfimo lugarcito que queríamos proteger, aislarlo del exterior en un costado de la vereda, junto al cerco del patio de «Truco», haciendo como un microclima para poner allí tres o cuatro *pololitos*, aquellos bichitos verdes que abundaban en los guindos. Eran años en que los mayores leían el Ecran o Don Fausto y se entretenían con el «Topaze» comentando los diálogos entre «Don Gabito» y «Verdejo» cuando el tema era la «Ley de Defensa de la Democracia». Por entonces la gente decía que los comunistas chilenos pasaban en los vapores rumbo al destierro de alguna isla, y que la gente de allí se encariñaba con ellos, y ellos quedaban prendidos de la hospitalidad de los chilotes y ya sin deseos de regresar a Chile ni a la política.

Tiempos del calor hogareño, de la cocina a leña, de los braseros, de las botellas con agua caliente para la cama, de las velas y de las palmatorias, del rezo a la hora de acostarse, del escapulario y del «Padrenuestro» para no hacerse pipí en la cama, y con Gabriela Mistral saludar cada mañana: «En este nuevo día, oh Señor, dame un poquito de alegría y haz que consiga ser mejor». Tiempos de las «pelelas», de los baños en la tinaja de madera, de las manzanas de marzo ordenadas en hileras arriba en el *soberado*. Años de la ciudad pequeña con sus calles embarradas, con sus pozas escarchadas por doquier, con sus romazas y cicutas en las cunetas, con sus carretas quejumbrosas tiradas por tristísimos bueyes con nombres de flores.

Veo a don Rafael Muranda con su manta beige de lanilla de caballero elegante y distinguido. Puedo ver a don Luis Uribe caminando con sus pasos mesurados y su mirada serena a mediodía por San Martín rumbo a Gabriela Mistral. Veo también a don Carlitos Barrientos, alegre, simpático y amable profesor, delgado, espigado y de exquisito trato. Y a don «Pancho Tique», y al maestro «Mino» enseñando a los chicos de la Escuela Superior. A don Toribio con su gesto grave y serio haciendo cantar su violín, como lo hacía también don «Nito» Pérez con solitarios conciertos en su casa y con tanto talento que lo hubiera envidiado Sarasate. Y a don «Tito» Montiel, ancho de cuerpo, rostro encendido y su infaltable acordeón alegrando las fiestas. Tiempos de don Juan «Yayo» que se cayó a un pozo séptico durante un incendio y en el ajetreo por sacarlo de tan insólito sitio, gritaba desesperado «¡No hagan olitas, no hagan olitas!». ¿Quién no se acuerda de ese episodio? Había un señor que para decir: «por A,B o C», decía «por hache o por b», y llamaba «arregentaos» a los que superaban su rusticidad. Años del dentista Schultz que sacaba muelas con un descomunal alicate. La muela salía con quijada y todo, decían con exageración los chicos

adolescentes hacia 1950. Y don Carlos Urbina Blanco que gustaba de vestir a lo prusiano: casaca de cuero, pantalón de montar, finas botas «chantilly» y gorro de cuero con visera a lo Rommel, aunque le decían «Mac Arthur». Y los domingo salía con su elegante traje negro, pantalón «recto» con bastillas por supuesto, abrigo azúl cruzado y sombrero bien hormado. Tenía su pinta don Carlitos a fines de los cuarenta.

Tiempos de don Emilio Márquez en su librería rodeado de cuadernos, lápices y gomas. Siento el olor a marzo. Salía don Emilio con su señora a dar un paseo en su auto celeste después de la misa dominical. Dos vueltas a la plaza y a casa. Eso era todo. Años de don Santiago Gallardo, descendiente de una de las familias antiguas de Chiloé colonial. Tenía una gran y bien surtida tienda en el costado oriente de la Plaza, casona que todavía sigue allí. Por entonces era abastecido por el Caleuche, decía la gente amiga de los cuentos, cuando los pactos con el barco fantasma eran asuntos de cada día. El que pactaba con el Caleuche se hacía rico, juraba doña Luzmira. Y la única casa que se salvó en el incendio de 1936 fue precisamente la de don Santiago. «Un día fuí a bordo y una joven salió» era la letra de la canción del Caleuche. Pero los chicos cantaban: «Un día fuí a bordo y un ajo me salió». Se reían los mayores. Años de la «Mudita», la empleada doméstica, hacendosa lolita de grandes ojos negros cuando andaba por los 16 años. Tiempos de «Nana» Muranda, una princesita hermosa. La veo intercambiando láminas «Torre» con los chicos en la calle por los años cincuenta. Años de «Mencha», de Teresa Cárcamo, de Inés García, de «María Bonita», cuando «Lechuza» Montiel era la atracción del estadio por su habilidad para el fútbol, igual que «Jirafa» con sus 20 cm. de cuello, y de Flavio Bórquez con sus ovacionados goles de cabeza, a lo «Paseiro». Años dorados del «Farolito» y el «Danubio Azúl», de las *mayocas*, cuando aquellas chicas trabajaban duro, porque los castreños tunantes no las dejaban ni respirar, y cuando al mencionarlas se persignaban las señoras pechoñas de misas, rezos y novenas, sin saber que mientras tanto algún marido de las mismas, a escondidas iba a echar una canita al aire donde aquellas chicas «de la vida». Señores respetables y recatados, sigilosos por las noches para que nadie se enterase, camuflados entraban y salían a hurtadillas. Los demás, los del común, no ocultaban estas aficiones y hasta ostentaban contando los pormenores de sus visitas a tan pecaminoso cabarets.

Pero, en los ochenta ya no era el pueblo de antes. Conservaba su estilo imborrable, es verdad, ese aire de pueblo chilote, ese como golpe de vista que recordaba los años cuarenta. Pero ya no estaban las casas de antaño, aquellas de gruesas tablas horizontales sin pulir y sin pintar, ni esas casonas de lata de

señorial presencia como eran las de calle Blanco antes del gran incendio de 1936, ni casas con miradores a usanza de los antiguos justamente para mirar, porque antes se miraba con una atención no cualquiera lo poco que ocurría; se estaba atento al comentario, se oteaba desde los balcones en Serrano, en Blanco, en Esmeralda todo lo que sucedía, lo casi nada que ocurría. Pero, ahora en los ochenta, ni siquiera quedaba el juego del *chalilo* que con tanto acierto rememora el recordado profesor Carlos Gómez, ni la fiesta de San Juan se celebraba ya con esa abundancia de comida y bebida de los años cuarenta, como casi no se sabía de la Noche de San Juan, ni siquiera se hablaba de los entierros, porque había desaparecido la fantasía y la maravillosa superstición que compartían grandes y chicos castreños en los años pasados.

Tampoco había hermanos franciscanos estudiando en el Colegio de Misioneros, aquel venerabilísimo convento que estaba frente a la plaza cuando los frailes eran Mansilla, Gallardo, Barrientos que hicieron de Castro un pueblo de sotanas, pero que tuvo que ceder ante la indiferencia por las cosas de la fe que trajo la Modernidad. Ya no estaba el Padre Belarmino Díaz predicando en el púlpito de la iglesia San Francisco, ni el padre Anselmo en la iglesia de los religiosos alemanes, ni el padre Ramberto, ni el padre Fridolín enseñando a cantar a los chicos y a desfilar a lo prusiano. Ni su iglesia estaba, ni su convento, ni su escuela. Todo estaba, claro, pero sólo en el recuerdo de los más viejos. Porque Castro de los ochenta no era el pueblo de antes ni lo será nunca más porque, aunque se crea en el ciclo del eterno retorno, los tiempos pasados simplemente pasaron. Sólo para los que recuerdan las cosas de antaño como si todavía estuvieran allí mismo, el tiempo parece no pasar. Es como si a don «Nino» García, como si a don Ignacio Henríquez se les viera todavía paseándose por calle Blanco al atardecer.

Da la impresión que fuera época muy lejana el tiempo de los chicos con pantalones cortos o con mamelucos de mezclilla, aquellos con pechera y tirantes. Los niños de los ochenta no conocieron los bolsones de género hechos en casa por la mamá, ni supieron que antes se iba al colegio a «pata pelá» y con la cabeza al *rape*, a lo *Mahua*. Parece que fuera un siglo atrás cuando se usaban las capas de goma para la lluvia, los tinteros, las plumas «R», los cuadernos «Torre» empastados en los que se hacían las «copias» con letra caligráfica, o los cuadernos «de Ciencias» con la mitad superior de la página en blanco para el dibujo y la otra mitad con líneas para escribir. Esfumado está todo eso, desaparecido o, quizá, alojado en otra dimensión del tiempo, en algún extraño y misterioso lugar esté, tal vez, esa bullanguería de los chicos cuando llegaba el circo, cuando llegaba el «Dumbo». Hoy lo sentimos como un eco que viene de

muy distante sitio; el ruido de las risas infantiles parece oirse lejano. La risa de «Lucho», las estertóreas carcajadas de «Cañajo» podría describirlas porque las oigo acosándome el oído.

Y es que «nuestros tiempos» eran otros tiempos, aquellos en que los profesores enseñaban las virtudes humanas poniéndo como ejemplo a Arturo Prat. Pero en los ochenta ya casi no se estilaba aquello de los valores, ya casi no se explicaba en qué radica el valor de lo humano, como enseñaba doña Teodolinda Aguilar, como enseñaba don Juan Jofré en la Escuela de los Padres Alemanes. Pero esos profesores hace mucho que se fueron, como se fueron los años del trompo, o del emboque, juegos infantiles tan desconocidos en los ochenta como las bochitas, porque la electrónica las echó de este mundo, así como la televisión acabó con las seriales de «jovencitos» del cine «Centenario» o del cine «Rex». Entonces, ya no se inspiraban los chicos en otras cosas que en lo que ofrecía la «tele» que dió comienzo a la cultura televisiva quitando a las calles el bullicio infantil de antes con aquellas fabulosas «pandillas» de cabros chicos con las peleas a *champazos*, con los juegos al *monte tapao*, con las pichangas en las calles del casco antiguo. Y no se veían porque los tiempos eran, ahora, otros y mucho el tráfico y el gentío que había invadido al pueblo.

Y como dijimos en otro lugar, los ochenta eran años más fríos en las cosas de la fe, tanto que no se sentía el deseo de ir a misa, al menos como antes, cuando familias enteras bien arregladitas iban a comulgar los días domingo a la iglesia San Francisco o a la de los Padres Alemanes. Había dejado de existir aquel Castro con sus acciones dotadas de valor religioso, y de entusiastas adolescentes de la Acción Católica con la banda distintiva cruzada sobre el pecho, orgullo de las mamás. Ahora, al terminar la década de los ochenta, casi no se veían Padres, casi no se veían curas por la calle, ni frailes, ni siquiera monjas se veían. Los Padres que había estaban camuflados, vestidos como todos los vecinos, habían abandonado las sotanas y el vecindario los miraba ahora como a cualquier mortal. Y así también se miraba la iglesia como institución. El terremoto de 1960 dió a Castro el golpe de gracia. Comenzó a ser otro pueblo, con otros habitantes, con otro color y otro calor, con otro dinamismo o ritmo. Se hizo más humana-mundana y menos divina, indiferente a la gran Semana Santa que ahora era apenas un descolorido reflejo de lo que fue. El Modernismo y el poder económico parecen no conciliarse con la Fe. Sin embargo, no pocos castreños del común seguían buscando algo y este algo lo hallaron en la Fe protestante, Fe ajena a nuestro hispano espíritu, pero Fe al fin, porque llenaba el vacío espiritual del pueblo en los años ochenta. Las nuevas «religiones» se presentaron con fuerza increíble enseñoreándose en los barrios

nuevos con templos «Adventistas», de la «Alianza», de los Mormones y de muchas otras iglesias, porque éstas advirtieron que había desesperanza en el vecindario más humilde que ahora andaba como al garete morando en medio de las tinieblas desde que se hizo más ocasional la atención espiritual que antes recibían abundante de las copiosas y edificantes palabras de tantos Padres santos varones del Seráfico San Francisco, de los curas seculares, de los religiosos «Salvatorianos» y de las monjas de la Misericordia.

Parece que fueran muy remotos los tiempos de don Juan Klenner, de don Evandro Arredondo, de don Epifanio Paredes, de don Demetrio Cárdenas, de don Armando Oyarzún, de don «Ñato» Andrade, de don «Lalo» Ballesteros, de don «Julle», de «Cochenía» que fueron el rostro humano de Castro en los años cuarenta y cincuenta. No se veían en los ochenta los rostros simpáticos, los talleros, los curaditos, los *changueros* que antes alegraban La Playa y el puerto, porque no estaba al «Negro Pará», ni «Panchongo», ni don Ramón «Taca», ni «Hilario». Ni la «Llepe» estaba, ni la «Lesita de Chonchi» andaba por ahí con su bolsita. Todos se habían ido a descansar al Camposanto con las patitas mirando al río Gamboa. ¿Cómo podría ser Castro el mismo sin ellos? Los «don» y las «doñas», los simples «fulanos de tal», los rotos con sus apodos, los de arriba, los del medio y los de abajo, los señores distinguidos y los del común, los graves y los alegres, los respetables y los pícaros, los formales y los «falda afuera», los pobres y los ricos de antes se habían marchado a poblar la otra ciudad, la silenciosa, la ciudad de las cruces, la república más democrática donde todos terminan siendo forzosamente iguales, la ciudad de las tinieblas donde hasta los más pobres consiguen finalmente tener su minifundio de 2x2. Allí estaban los nombres de otrora con sus epitafios, estaban ahora juntos con los que acababan de ingresar, aquellos que sólo ayer eran pletóricos de vida. Todas las generaciones congregadas y los estratos sociales pulverizados; los unos y los otros ceñidos en el corto recinto de esa extraña ciudadela.

Y el puerto de los ochenta había cambiado mucho su fisonomía. El tiempo se había llevado las goletas, chalupas y chalupones que en los años cuarenta hacían tan particular a Castro. Se había esfumado la *cultura del velámen* con sus cascos negros alquitranados. Los lanchones leñeros, los alerceros con sus paquetes de tablas como en coloniales tiempos, los cholgueros con sus *sartas* ahumadas, los goleteros de Alao, de Tac, de Cailín. Tampoco estaba ya los vapores de la vieja «Ferronave»; ya no recalaba el «Puyehue», ni el «Alondra», ni el «Dalcahue», ni el «Lemuy», vapores con chimenea y con pitazos distintivos; *chilío*, el «Trinidad», ronco el «Taitao», pitazos de entrada y salida, saludos de pitazos cuando se encontraban todos en el puerto los miércoles o los domingo.

El antiguo pintoresquismo portuario con sus fleteros y sus *changueros* estaba esfumado, así como había dejado de existir La Playa donde antes se reunía el gentío en las coloridas compras y ventas. Pero el castreño de los ochenta se había alvidado también de aquel sector de la Avenida Pedro Montt, allí donde estaba el ferrocarril, la estación y la maestranza, porque hacía tiempo que la carretera había expulsado al trencito de la Isla. A busazos y a camionazos lo tiró a la lona, porque los buses y camiones eran más rápidos que el humilde tren que, no obstante, reventaba sus pulmones para cumplir su cometido entre Castro y Ancud. Y, así como se fue el tren, se iban también los tiempos de las goletas y hasta de las motonaves, porque en los ochenta ya no hacían falta. Los nuevos castreños no supieron siquiera que el «Taitao» navegaba inclinado, ni conocieron el muelle de fierro derribado por el «Tenglo», ni supieron qué era eso de andar en tren dentro de la Isla. Nada conocieron. Sólo de buses sabían ahora los chicos que, sin embargo, ni se imaginan cómo don Aniceto Ampuero inauguró el servicio entre Castro y Ancud con una liebre chiquitita vestida de beige y marrón, ni cómo se sentía transitar por el camino recién abierto y de puro ripio a fines de los cincuenta.

De pronto las imágenes del pasado se hacen tan nítidas como si las estuvieramos viendo. Todo el contexto se nos presenta con sus mismos tonos, con sus mismos olores, como el aroma a manzanas del mes de marzo. Todo tan real que hasta las caras y expresiones de los vecinos podemos ver cuando hacemos memoria de esos años. Entonces es cuando se nos aprieta el corazón, cuando se nos hace un nudo en la garganta. Que el pasado haya pasado es natural, pero nos rehusamos a olvidarlo. ¿Quién se acordaba en los ochenta cómo llegó la radio, aquellas RCA Victor, las del perrito frente al altavoz, con personas chiquititas adentro como nos imaginábamos los chicos, dando las noticias por la noche? La radio llegó con boleros, «bugui-buguis» y pasodobles, y hoy nos parece que era música sólo de adultos, porque la asociamos a chalinas, sombreros y abrigos hasta los tobillos de los vecinos de los años cuarenta, o la relacionamos con esa gente que se juntaba en el Palace a pasar las noches. Pero, ni el Club Radical está ya, porque no quedan radicales de antes, ni liberales ni agrario-laboristas, ni siquiera conservadores quedan. Porque los «radicos» de esos años eran señores graves, terneados de oscuro con rayitas y buenos para los discursos, «comecuras» les llamaba la gente, ateos les decían los católicos, masones eran para la mayoría. Nada de aquello quedaba en los ochenta ni se oían ya esas palabras, porque los radicales eran ahora otros muy diferentes. Si se encontraran los de ayer y los de hoy, no se reconocerían, no hablarían el mismo lenguaje. Ha pasado tanta agua bajo el puente que ni los profesores son radicales en estos tiempos.

Pero aquellos eran también años de la *emplegá*, mientras que en los ochenta eran poquísimas las *domésticas* y muy distintas. Antes eran humildes, hacendosas, no sabían de derechos. Ahora en los ochenta, las pocas que había sabían muy bien lo que les correspondía. Y era bueno que lo supieran. Pero antes tenían ese no se qué de positivo, de sencillez, con sus domingos libres para salir «a mirar», sólo que las más desenvueltas -también las había- hasta daban colorido a los fines de semana con aquello del *ranchereo* que pusieron de moda los adolescentes de los años cincuenta, cuando las sirvientas pasaron a llamarse *rancheras* en el lenguaje juvenil. En los ochenta eran «asesoras del hogar» y eso mismo les daba otro cariz. Tenían más dignidad, habían ganado mucho, sabían de contratos y de imposiciones, pero también la relación se hizo más fría. Ya no eran las *criadas* de antaño, ni las dueñas de casa eran las mismas patronas. Ya no se les llevaba a misa. Ahora eran «puertas afuera», hacían sus labores y se iban a sus casas. Eran tan a la moderna que casi no sabían encender la cocina a leña, ni los braseros, sólo sabían de cocinas a gas, de estufas eléctricas, de enceradoras y de aspiradoras, de lavadoras automáticas y de electrodomésticos.

Ni los campesinos llegaban a Castro con la humildad de los años cuarenta. En los ochenta sólo de vez en cuando se veían algunos con su tradicional indumentaria de lana o con trajes negros; tampoco se veían aquellos que ostentosamente vestían a lo gaucho cuando regresaban desde la Patagonia luciendo sus *bombachos*. Ni chicas rurales con *coloretes* en las mejillas se veían ya, como antaño, cuando visitaban el pueblo con esa inocencia tan pura, tan como avergonzadas, pero pretenciosas, porque se hacían la «permanente» con fierros calientes al rojo vivo en alguna peluquería de calle Gamboa a fines de los cuarenta y principios de los cincuenta, cuando la pinta era llevar el pelo motudo y que después pasó a llamarse moda «afro». Tampoco estaba el fotógrafo Leiva animando la plaza con su cámara de cajón tomando fotos en blanco y negro a las chicas adolescentes de los campos e islas. Ahora estaba «Foto Humsper» a todo color con una cámaras japonesas increíbles. ¡Qué tiempos!. Y allí mismo, en la vieja plaza de antes, nos parece estar viendo la «banda» con sus cuatro músicos de «cornetas» amenizando la «Fiesta de la Primavera», cuando las niñas castreñas vivían sus sueños de reinas y todo el corto vecindario estusiastamente comprometido. Y hasta la bellísima Genoveva Alvarado añorará, quizá, la hermosa adolescente que era en 1949 con su figura de princesita española, como la veían con admiración los chicos quinceañeros.

Todo eso ha quedado muy atrás, tan atrás que el castreño apenas recuerda las viejas casas que eran puntos de referencia en el pueblo. Y el pueblo mismo

con sus calles solitarias en invierno, con su enorme plaza para los pocos paseantes alrededor de la pileta de aguas cantarinas: plaza yerma con unos cuantos bancos distanciados y sus enormes pinos que comenzaron a secarse en los años setenta. Tampoco se sentía en los ochenta aquella fragancia a flores en señalados rincones del pueblo, allí donde había jardines coloridos y olorosos con el perfume de calas y de rosas regalando sus aromas en la esquina de San Martín con Sargento Aldea; olor a «Mes de María» en casa de los García. No estaban esas mismas casas ni estaba la misma gente. Todo había sido cambiado, el pueblo había asumido otra figura, había reemplazado su envoltura y hasta se había hecho pueblo de tierra adentro perdiendo su antiguo rostro marinero, ese de familiares humos de vapores, de sonidos de cadenas de anclas al despertar el alba en las apacibles aguas de la bahía a comienzos de marzo, de barrullo de pasajeros para embarcarse al sur trajeados de negro y con boinas vascas. Y ni siquiera La Playa ofrecía sus picorocos como antes, ni se saboreaba la sierra, ni se sentía el olor a pescado seco en «callelillo», pescado abierto, como crucificado, atravesado con palitos de *quila*, imágenes cotidianas de los años pasados. Sólo el «Mercado Campesino» se veía en los ochenta, mercado sin mar, hijo del Castro nuevo que dió la espalda a la marina, mercado del feriante moderno que rompió el silencio de los antiguos vendedores isleños. Ahora había gritos de «puesteros» dirigiéndose a las «caseras» y «caseritas», ofreciendo melones, sandías, tomates, paltas y aún humitas que nunca fueron productos tradicionales en La Playa, nuestra vieja «Feria del Mar» con olor a mariscos y a perejil.

Y en los ochenta había otros «rotos», gente muy distinta a los *changueros* de antes, hombres tan humildes como los antiguos, pero que ahora sentían su marginalidad en el pueblo. No eran tomados en cuenta y, por lo mismo, se mostraban huraños, desconfiados y hasta agresivos. Ahora había cogoteros y cogoteos, atracos y asaltos. Ya no se devolvían los paraguas olvidados en algún sitio. Antes se sabía de quién era y se iba a devolverlo a la misma casa, actitudes que hubieran sido completamente insólitas en los ochenta porque, además, todo era muy impersonal, primaba el individualismo; cada cual a lo suyo; se había perdido la solidaridad o renacía explosivamente sólo en circunstancias especiales, porque la antigua solidaridad de los castreños comenzó a perderse en los años sesenta, cuando lo del Puerto Libre.

Parecían tiempos remotos los de «Roy Rogers» y no se sabía de «Tarzán» más que de nombre. Tampoco había cine y no existían las revistas para niños, como el «Peneca», el «Okey» o el «Rayo Rojo». Ni novelas, ni cuentos, ni nada se leía porque no había necesidad, ya que la televisón lo ofrecía todo listo. ¿Entonces para qué acudir a la Biblioteca como era antes? Ahora, lo que le

pusieran en la pantalla veía el castreño como los demás chilenos, todos al mismo tiempo mirando las mismas cosas en Castro y en Arica. En el acto todos sabían lo que ocurría. En Castro quedaban muy pocos de esas peculiaridades, de esos rasgos distintivos de la existencia. El mundo se estaba haciendo muy chico en la era de las comunicaciones, al tiempo que se había perdido la fantasía. Eran aires muy nuevos los que corrían en los años ochenta; eran otras palabras las que se hablaban, palabras del centro del país. Se vivía la onda chilensis, se respiraba la misma atmósfera y se veían las mismas caras que en cualquier parte. Antes se veían rostros telúricos, chilotes de *tamangos* y *huiñiporras*; había Veras, Velásquez, Pérez y Aguilares, pero también Cuyules, Cheuquepiles y Coñoecares. En cambio, a fines de los ochenta todos ellos apenas se notaban porque parecían estar en minoría ante la marea de apellidos chilenos continentales pobladores del nuevo Castro.

Y el pueblo ya era una ciudad donde no cabían los sueños; la imaginación no tenía lugar, excepto en los poetas y literatos que en los ochenta eran una minoría, aunque muy selecta. Y en el resto del vecindario tampoco tenía cabida la superstición maravillosa, ni el mito tenía lugar en los urbanos, porque todo se había vuelto más racional, más frío y más pragmático. Casi diríamos que todo se reducía al 2+2=4 con calculadora en mano, al menos allá arriba donde está el mundo de los negocios y donde tenía su centro la competencia. Pero también abajo, en el mundo de los pobres y los no tanto, comenzaba a acentuarse la diferencia entre lo tuyo y lo mío a fines de los ochenta y principios de los noventa, perdiéndose en parte, además, ese vivir sin prisa de los años pasados, porque ahora se imponía el reloj, el tiempo cronométrico del «time is gold» de la cultura foránea. Se echaba de menos el relajo de la vida cotidiana de los años mozos que hoy nos parecen tiempos más saludables, vida lenta y apacible que asociamos a la imagen que nos evoca la carreta de don Silberio tirada por tristes y pausados bueyes.

Pero, a pesar de los tan notorios cambios, Castro seguía siendo en muchos aspectos la misma ciudad pequeña. Mirada desde un contexto más amplio no pasaba de ser un pueblo periférico que no distaba en lo material de lo que había sido antes. Es verdad que casi todo el pueblo estaba hecho de nuevas casas y era patente su mayor extensión. Pero, en general, eran casas del mismo estilo hechas de madera y con manzanos en los patios. Y, naturalmente conservaba el mismo rostro por la iglesia franciscana que seguía dominando sobradamente la trama urbana del casco regular. Pero, de todos modos, nadie podría desconocer que siendo la misma era también otra, porque otros eran sus vecinos y otro el ritmo de lo cotidiano con nuevas costumbres que se imponían, mientras los

usos vernaculares iban perdiendo terreno y, con ello, la encantadora simplicidad de los años pasados. La gente de otros tiempos ya se había marchado, había hecho rotación y los chicos de los años cuarenta ocupaban ahora la posición de los viejos. Hombres canosos, los mismos que antes, cuando chicos, andaban a «pata pelá» chapoteando en las pozas y pelados al *rape* eran los que ahora, cincuentones y sesentones, estaban concluyendo sus roles en la ciudad esperando también el relevo, el cambio de actores en el eterno sistema de postas del escenario de la vida. En eso de las generaciones, claro que era diferente; generación motorizada era la de ahora.

Y es que los automóviles echaron a las carretas fuera del pueblo; ahora se rodaba por calzadas de cemento e, incluso, ya sólo los pobres andaban a pie. Se conducía. El que no sabía conducir se sentía muy desdichado. Hasta semáforos había en las esquinas. ¿Qué habría dicho don Juan Sarrat si hubiera visto todo esto? Don Juan apreciaba el progreso, el ingenio del hombre para transformar la naturaleza, pero amaba también el mundo chilote tradicional con esa vida casi contemplativa. ¿Qué habría dicho don Juan si hubiera visto la ciudad en 1990? Habría reconocido su pueblo, es verdad, porque, como dijimos más arriba, los pueblos chilotes conservan más que otros su figura, pero habría buscado tal o cual casa sin hallarla, porque todo, casi completamente todo había sido reemplazado, excepto en Blanco y en algunas otras calles. Habría reconocido también a sus alumnos, a los habilosos y a los porros, ahora unos y otros a la cabeza de las instituciones castreñas y del comercio. No obstante, se habría sentido muy ajeno a ese gentío de caras nuevas llegadas desde afuera. Porque en poco tiempo había emergido otra realidad cotidiana, otros gustos se estaban imponiendo, los afuerinos estaban dando la nota, tanto que el pueblo parecía tener una máscara que casi ocultaba su verdadera esencia. Había que quitar el velo que la cubría para darse cuanta que todavía seguía siendo la misma ciudad. Sólo que lo que siempre definió a Castro ya no estaba tan a flor de piel. Estaba, por supuesto, pero aquella esencialidad parecía más sumergida y asomaba sólo de vez en cuando, y era cuando se mostraba en su verdadera dimensión, con todo su pasado, con toda se secular significación y entonces se percataba uno que estaba en el Castro eterno. Se daba cuenta el que podía notarlo, o el que quería ver, pues el que no, no veía nada.

Era el mismo pueblo de madera, pero era otro su modo de andar y otra su tonalidad. Su tamaño era también otro y otro su look pintarrajeado, como una especie de orgía del color. Era la misma, pero con cirugía estética, cargada de *coloretes* en las mejillas, coloreada en exceso, acicalada, remozada, pero sin perder su facha. Era el mismo pueblo enmaderado, pueblo de casas forradas

con escamas de tejuelas, como extraños peces, pueblo de casas de alzada modesta, como siempre lo fue, reacia a los edificios, ajena a las torres. Parecía negarse a empinarse, prefería ingresar a la modernidad casi a ras del suelo con sus casas de dos pisos, y entendía que la iglesia San Francisco era el único edificio que merecía el privilegio de proyectarse al cielo. Por eso Castro de principios de los noventa podría ser reconocido por los antiguos. Su aspecto aunque había cambiado, no se había desdibujado. Lo reconocería don Antonio Sánchez o don «Pancho» Subiabre o don «Pope», en fin, lo reconocería el señor Kaiser, si estuvieran mirándola desde el infinito.

Sólo que era un pueblo más grande, más dilatado y más ávido de espacios. Por eso su entorno era ahora distinto, porque los antes frescos y verdes campitos aledaños habían desaparecido como desapareció La Chacra con su verde hermosura y sus deliciosos senderillos de *catangos* y carretas. Ya no podía lucir sus huertas, ni sus arboledas de manzanas, ni aquellos álamos luminosos de otoño, ni los espesos arrayanes sombríos, ni los avellanos, ni los vaporosos castaños, ni los trigales con su aroma de marzo, ni sus cercados con románticas tranqueras. Ya casi no había ruido de zorzales, ni de pitíos, ni de lloicas en los bosquecillos, porque las casas y calles lo tenían todo invadido. Ni se veían esas tierras negras humeantes después del paso del arado de luma de los campesinos de antaño, ni la cotidiana presencia de los huilcos posados en las puntas de las estacas o sobre los *quinchos*, porque nada de eso quedaba ya. Ni siquiera se veía alguna carreta bajando o subiendo por el viejo y sinuoso camino de La Chacra. Todo aquello estaba debajo de las poblaciones, de los patios, del pavimento. Los chicos de principios de los noventa jugaban sobre ese mundo que había sido recreo dominical de los vecinos en los años cuarenta y cincuenta. Los pobladores de los noventa transitaban como citadinos por ahí mismo donde antes se vivía la vida campestre, donde antes se iba a comer asados o se iba a las tomateras de chicha amenizadas con banjos, guitarras y acordeones, disfrute de los tunantes de fin de semana y disfrute también de los honderos de la pandilla «La González» en aquellos espaciosos campitos donde se recolectaba la *murra* en canastitos de junquillo. Los chicos de los noventa nada sabían de ese mundo sepultado bajo el progreso y los asomos de modernidad.

Y lejos estaban también los años dorados del diario «La Cruz del Sur» que vendía Paillamán por las calles al grito de «¡La Cruz del Sur con lindas noticias!». ¿Recordarán algunos cómo sonaba ese grito en invierno de 1944?, ¿O conservarán la imagen de ese chico bajo la lluvia con sus diarios metidos bajo la chomba de lana? Entonces había caballeros que comentaban por las tardes las noticias que traía el «Diario Ilustrado» o «La Nación» de los años cuarenta

con una semana de atraso, cuando Chiloé parecía no estar en el escenario de la historia. Pero, en los ochenta tampoco estaba la librería de don Ignacio Henríquez con olor a lápices «Faber» y a papel de diarios, a «Margarita», a «Eva», a «Vea» y a cuadernos nuevos y, por lo mismo, ya no se aglomeraban los cabros chicos esperando la correspondencia ansiosos de páginas de aventuras de «Yarko el invencible», de «Quintín el aventurero», de «Luna de Plata» con los jovencitos Ted y Rogers, en fin, del Gato «Fufulla».

Y hasta parecía que algunas cosas no eran las mismas de antes, aunque en realidad seguían siendo idénticas. Sólo que los ojos con que mirábamos el mundo no son los mismos ojos con los que miramos hoy. Antes eran ojitos despertando, ojitos observándolo todo por primera vez, miradas de descubrimiento, miradas hospitalarias con la fantasía. Parece que en los noventa no decían lo mismo las neblinas matinales que antes abrazaban el fiordo de Castro, a los pies de la península de Rilán, con ese velo que era como un poema. Antes parecía que de un momento a otro irrumpiría el Caleuche en medio de la bruma. Los chicos de los noventa se explicaban de otro modo las neblinas si, acaso, reparaban en ellas. Se había perdido la fantasía y, con ello, la belleza de la inocente explicación. Antes, el sol de verano que asomaba en Pechaco al despertar el día, decoraba la bahía con mil lucesitas doradas que los chicos mirábamos embelezados. Ahora, en cambio, ya no se fascinan los niños ante el juego de tonalidades que suele ofrecer el mar plateado con la luz de la luna al anochecer, ni con las nubes doradas o rojizas del atardecer en Gamboa Alto en la segunda quincena de marzo. Los chicos de antes veían las nubes de invierno como caravanas de dromedarios, como ovejitas arreadas por el Dios del viento; veían los feroces combates de cúmulus-nimbus disparándose rayos, o choques gigantescos de ejércitos de enormes fantasmas en las tempestades nocturnas sobre las torres de la iglesia franciscana, a escasos metros sobre los techos de las casas.

Y así se va pasando la vida y todo parece ahora «cuesta abajo», como dice el tango, por querer decir que se va camino del otro extremo de la cuerda, allá donde se acaba el trocito de tiempo que ha sido asignado por el Creador a cada uno. La vida parece apenas un suspiro por su brevedad. ¡Qué efímera es!. Se ha nacido ayer y hoy ya se expira. Los hombres somos como las hormigas del globo, mirados a escala cósmica. En un abrir y cerrar de ojos se ha completado el ciclo vital. Se llega a los cincuenta y se comienza a bajar la pendiente más de prisa que la subida, porque cuesta abajo se rueda realmente.

Todo se va mudando tan rápido que ya no estan los antiguos poetas, los poetas sencillos, los pocos que había cuando todo se reducía a hacer rimar las

palabras; época de los poemas inocentes escritos en papelitos que se dejaban guardados en los libros de cuentos, cuando sólo se pretendía que la rima sonara bien al oído. En los ochenta y noventa había nuevos, pero más intrincados vates, tiempos de la poesía abstracta que no siempre cantaba a los campos de la Isla, ni menos a la ciudad. Tampoco era poesía positiva como antaño, sino dolorosa, porque el tema era el lamento. No se hacían poemas al amanecer, no se cantaba a la vida que sugerían las primaveras olorosas de Castro, ni eran himnos a la alegría, sino penosísimos sentires. Era el dolor el tema de los poetas de los ochenta y noventa. Quizá por eso la poesía castreña de ahora parece más americana. Duele más y, por lo mismo, antítesis del canto folclórico alegre, picaresco, positivo de la tradición musical isleña. La poesía de los ochenta tenía sabor a queja, sabor a protesta. Antes se hacían poemas románticos o poemas de esas experiencias a medias, o de esas como sospechas de algo, poemas hijos del ensueño, de la alucinación, a veces de ilusiones nunca logradas, porque así son las ilusiones. Los antiguos eran poetas de las cosas simples, porque la realidad parecía también de ese modo. En fin, eran poetas más entendibles. En los noventa todo lo que se escribía era bellísimo, no cabe duda, pero casi impenetrable. El poeta no más, sabía lo que estaba diciendo, el otro no captaba nada. Se mezclaban palabras que querían decir cosas muy distintas que las que dice el diccionario. Era poesía de vanguardia o, a veces, antipoesía. ¿Qué será eso? El tema era la experiencia social, mientras más dolorosa, mejor. Pero también era poesía más intelectual que, en ocasiones, solía tocar el corazón produciendo un sutil frío que recorría el cuerpo de arriba a abajo. Al menos algunos poetas conseguían elevar el espíritu al introducirse en espacios inéditos, espacios sin superficie, en curiosas y extrañas «Terras incógnitas». Y así, en medio del ajetreo diario de la entrada a la modernidad, tenían su palabra los adolescentes poetas castreños de las postrimerías de los ochenta y principios de los noventa, poetas nacidos en los setenta con «Aumen», con su lenguaje simbólico de los que «no ven debajo del agua», de los que entendían a su modo «los territorios», de «las musas desvaídas», o de los que andaban «recortando sombras».

Y así se han ido los tiempos de uno y han llegado los tiempos de otros. Más lejanos íbamos sintiendo los años de las grosellas, de las frambuesas, de las *murras*, de los *cauchagües*, de las *murtas* que se recogían en La Chacra entre diciembre y marzo. ¿Por qué no había grosellas ni frambuesas en los patios urbanos a fines de los ochenta y comienzos de los noventa? Los chicos de ahora no conocieron los calafates negrísimos, azulados, cuando estaban siempre a la mano en los márgenes del pueblo, ni conocieron los *chupones* o apenas saben de él. Tampoco vieron ni entendieron de *majas*, cuando manzanares enteros se

convertían en chicha dulce, chicha fresca de marzo, fiesta de la cuadra, fiesta del barrio, *minga* de la maja urbana. Tampoco saben los chicos de hoy qué era aquello de recoger ciruelas negras en el patio de la casa de «Tito» Pacheco, en San Martín, alegría de los chicos de «La González». Ni era lo mismo ir al colegio en los cuarenta que en los noventa, porque antaño, los chicos se aperaban de su buena *nalca* y, en el bolsón, la infaltable manzana para el recreo -y otra para la profesora- o con la tortilla al rescoldo que les preparaba la mamá. Eran tiempos bonitos, ¿o sólo será que así nos parece a los viejos?

Y claro, lejos van quedando los años en que el verano era tenido como la ocasión de la sociabilidad entre chilotes del mismo paraje, veranos «puertas adentro» en Castro cuando los chicos jugaban «Al Rey de los Borbones», años del «Quién será quién», tiempos de la «Minina», de la «mariola», época de los chicos y chicas del Castro pueblerino hecho de barrios apretaditos y calentitos. Veranos de los cuatro foráneos que llegaban al pueblo en el vapor de los miércoles y todos se enteraban, años de las carretas de la chicha, carretas de la paja dorada, tiempos de las carreras de pingos en la cancha Gamboa, de piqueros en el Candil, en la Peña, en la Poza del Camahueto, época de los chicos pichangeando en medio de la calle. Veranitos hechos al interior del pueblo sin ingerencias foráneas. Ahora, en cambio, los veranos son como en todas partes y Castro llega a semejar un balneario con tantos afuerinos y *mochileros* que doblan la población de la ciudad. En los noventa, en el mes top que es febrero, cuesta distinguir un castreño por las calles. Cuando alguien ve una cara conocida, corre a darle un abrazo.

Antes, hasta el morirse era distinto, cuando la gente del campo se moría en agosto. Sólo de vejez o de maleficios se fallecía. En los años cuarenta se decía por un enfermo: «¡este no pasa el invierno!», y fijo que no lo pasaba. Pero eran inviernos de males más folclóricos, como el mal de ojo o las brujerías, pero también inviernos de la tos convulsiva, de neumonías, pulmonías, reumatismos, sabañones y tullimientos, así como de las yerbas para el estómago, para los huesos, para el asma. Por entonces nadie se moría por atropellos de autos. Sólo desde los sesenta comenzó la gente más distraída a morirse de eso. Antes se esperaba la muerte con toda tranquilidad. No había más remedio que aguardar, pues el primer dolor de huesos era anuncio que se estaba acercando la «Pelá». Por entonces no había facultativos que atendieran a los enfermos en el medio rural, ni los campesinos los «precisaban». Los anuncios de muerte se trataban de neutralizar con *meicas* y *componedoras de huesos*. Pero si se caía a la cama era para no levantarse y cuando eso llegaba se decía: ¡estará de Dios no más po'hijito!, y así se resignaba el cristiano porque era «su destino».

Lejanos nos parecen aquellos tiempos de los adolescentes «cortos de genio», de las esquelitas amorosas a las chicas, de las «declaraciones» formales, del apenas tomarse de la mano, años de un sólo pololeo y ¡al altar se ha dicho! Años en que bien arregladito se iba a pedir la mano de la chica al papá, tiempos de los casamientos a pie de la casa a la iglesia y de la iglesia a la casa, torrentes de *medios* que lanzaban humildes padrinos, años de las novias pobres «matrimoniándose» con apenas delantalcitos bordados y con zapatos de caña, cuando no se merecía el vestido blanco con cola por la humildad de las chicas de barrio.

Cada vez más retirados, cada vez más en lontananza parecen los tiempos que un día fueron vivo presente, los va cubriendo la neblina, van desdibujándose. Sólo cobran nitidez algunos pasajes, aquellos que se cogen con el recuerdo y toman un brillo súbito, pero efímero que, sin embargo, sólo perciben los que tienen el telescopio del recuerdo puesto a punto hacia el pasado.

Entre fines de los cuarenta y principios de los noventa corren cuarenta años, la mitad de una vida, o más, si tomamos en cuenta que vivir hasta los sesenta era logro sólo de mujeres. Pero, en ese casi medio siglo se dobló el tamaño del pueblo, se cuadruplicó el número de habitantes y se modificó el modo de vida de los castreños, tanto que lo que les había dado fisonomía y originalidad pasó a ser historia. Todo se mudó casi de la A a la Z en el corto tiempo de tres décadas. «Tito» Márquez recordará con nostalgia sus tiempos de futbolista «estrellero», ahí en la retaguardia despejando a cañonazo limpio cuanta pelota llegaba al área chica en el viejo estadio de las humildes tribunas techadas. El padre Belarmino Díaz añorará tal vez, sus tiempos de *patiru* en aquel Castro pequeño, más cristiano y con la Fe a flor de piel. Algún antiguo vecino de La Chacra echará de menos los tiempos más bucólicos cuando su casa era todavía campesina, porque los tentáculos urbanos no alcanzaban a llegar a esos extremos. Quizá don Tobías Triviño hará remembranzas de los tiempos en que trajinaba ágilmente con su lancha por el Mar Interior entre Castro y Angelmó. ¿O me equivoco? ¿No se refugian, acaso, los mayores en el recuerdo de sus tiempos mozos que siempre parecen mejores que los tiempos presentes?

Y así como se va pasando la vida, pasó también el tiempo de la pileta de la Plaza con sus pescaditos rojos, deleite de los chicos, solaz de los paseantes domingueros, y atrás quedó el tiempo del quiosco de madera, corazón del pueblo, escenario de la banda. En su lugar se ve el obelisco de cemento y el quiosco también de cemento que testimonian las pretenciones de la ciudad en los albores del «Puerto Libre». Ya se fueron de este mundo aquellos vecinos, los hombres

de antes, esos de sombrero y abrigo hasta el suelo. Los veo parados en la esquina de Blanco con Esmeralda o en las puertas del Correo en las tediosas tardes de domingo. Estos dejaron su lugar al lolerío moderno de coloridas parkas y zapatillas, chicos de ahora con «personal stereos» que dejaron caducas las transistors. Lolos de nuestros tiempos sustraídos del rumor callejero concentrados, como están, en la música que los acompaña a través de sus audífonos, como era ese rock pesado de fines de los ochenta.

Y así pasan las épocas o períodos de la vida de un pueblo, se alejan, van de carrera hacia atrás. Al principio parecía que el tiempo retrocedía lentamente, después daba la impresión que pasaba más de prisa y, ahora, cuando viejos, es como si se precipitara por la pendiente para perderse en el espacio brumoso del olvido, allá donde van a caer las cosas caducas que sólo tienen lugar y sentido para el que vivió esos tiempos. Pero esas mismas cosas sin vigencia arrinconadas en un extremo del pasado adquieren unos colores increíbles de lozanía al ser rememoradas, tonalidades, incluso, más llamativas que cuando estaban en plena vigencia. El fondo de los tiempos, aquel de los trastos viejos, de lo ya inútil descolorido y corrupto como el hierro carcomido por el óxido, adquiere la forma de un cuadro de brillantes tonos y formas para el que recuerda reconstruyendo con la memoria todas las escenas, abarcando el período de una sóla mirada, distinguiendo cada detalle con el color y la tersura de algo fresco, apreciando los contrastes de luz y sombra con sólo pasar la vista. Es entonces cuando el presente nos parece más opaco que el pasado, los hechos actuales se nos antojan más raleados y menos significativos, de modo que miramos el presente con cierta indiferencia a pesar de estar en plena vitalidad. Ya vendrán otros que añorarán los tiempos de hoy, como nosotros añoramos los tiempos de ayer que llamamos «nuestros».

Pero nada caduca sin razón. En realidad había cosas en los años cuarenta y cincuenta que no hubieran podido subsistir en los noventa, porque el contexto es ahora otro. Las cosas pasan simplemente porque fenecen, porque ya no tienen sentido, como pasaron los sombreros a lo Gardel, los *chalilos* o el charleston. Es verdad que en estos años noventa existe la moda «retro», que es, de alguna forma, una añoranza, pero nunca podría ser exactamente lo mismo, aunque haya renacido la afición por los boleros. Pero, ¿acaso se sienten como se sentían en los años cuarenta o cincuenta cuando eran interpretados por Hugo del Carril, José Mojica o Pedro Vargas? Se supone natural que las cosas experimenten cambios y que tales cambios se tengan por buenos cuando apuntan hacia adelante desembarazándose de los viejos usos y costumbres que se sienten como ataduras o lastres, y por lo mismo, se es hospitalario con las novedades. Y es que tenemos

admiración por el cambio. Occidente nos ha legado el deseo de ir superándolo todo, desechándolo todo, inventando lo que ha de venir. Pero para nosotros las cosas de antes siguen pareciéndonos importantes en cuanto las tuvimos como nuestras, en cuanto no somos lo que somos sin tomarlas como puntos de referencia, en cuanto explican «nuestros tiempos».

Y así, un torrente de agua había pasado por el cauce vital a principios de los noventa. Las generaciones han estado rotando, haciendo postas en el largo trayecto de la vida de esa pequeña humanidad castreña. Cada generación con sus propios cánones, con sus luces, con sus penumbras, con sus zonas-sombras, con sus ritmos, con sus vividuras. Se pasó de la carreta al automóvil, y de repente no más los bueyes quedaron desfuncionalizados, y los rebenques también en los albores de los sesenta, cuando las camionetas Chevrolet y los camiones Opel comenzaron a apoderarse de la ciudad, cuando los carreteros fueron desplazados por los choferes, y los *huipes* por la gasolina de los servicentros.

Otras ciudades chilenas van abandonando más rápidamente sus usos y costumbres y se jactan de ello. Ya no se diferencian unas ciudades de otras. En Castro y en todo Chiloé ha sido -como hemos dicho- mucho más lento, pero aquí también el cambio se tiene por positivo. Sólo que cuando se ha perdido algo, aunque se quiera perder, provoca un extraño dolor, como si fuera una mutilación. Pronto se lamenta uno por lo que ya no tiene, aunque haya contribuido a abandonarlo. Echa de menos su «morada vital» con sus aromas infantiles, aroma a pan calentito, con su cotidianeidad de simplezas. Esos tiempos han fenecido, apenas quedan visibles los basamentos de aquello que un día fue, basamentos que queremos inútilmente aprovechar para reedificar el tiempo pretérito.

Los tiempos se van casi sin ser notados, se van sin despedirse. Tarde nos percatamos de su ausencia. Intentamos recuperarlo con la pluma para dejar constancia que existieron. Entonces cobran importancia las viejas postales y valoramos a don Gilberto Provoste, el incansable fotógrafo de la vida cotidiana del viejo Castro. Sin embargo, en estas cosas de las añoranzas no todos estan de acuerdo. Los viejos y los jóvenes tienen concepciones encontradas porque las generaciones no sienten las cosas de la misma forma. Los chicos se acomodan al modo de los padres mientras son infantiles, los viejos creen en el valor de sus tiempos y quieren perpetuarlos, los adolescentes, en cambio, son como una cuña metida entre ambos. Son críticos, quieren hacer su propio mundo. Ese es el ritmo, esas las pulsaciones de la vida personal desde que nacemos hasta que morimos. Esa es la causa de los cambios que va experimentando una cultura.

Los ochenta fueron años de pragmatismo en todo el orbe pasando al olvido las utopías que marcaron los años sesenta. Ahora nadie hablaba de sueños, se reían de los soñadores. En los ochenta y noventa el tener valía más que el ser o, por mejor decir, el ser nada valía porque era algo intangible, cosas de humanistas idealistas y de poetas, como los poetas castreños que pretendieron rescatar la esencia de lo humano y resistir la enajenación del hombre. Pero, los «Aumen» eran pocos y los demás, muchos. Estos últimos fueron los que a la postre pintaron el rostro de la vida cotidiana de los ochenta y la estan pintando en los noventa, rostro moderno, rostro de la industria, del mercado internacional, de los obreros asalariados, años de la desarticulación de las familias y del abandono de los campos. Los ochenta fueron tiempos de los empresarios foráneos que comenzaron a alterar la secular relación del chilote con su mar. La mayoría disfrutaba con los cambios, la minoría se quejaba y protestaba. Los setenta y ochenta fueron también tiempos de la comunicación dentro de la Provincia que dió principio a la mutación de la vida privada de los pueblos, islas y parajes donde antes los perros ladraban a los extraños, años del turismo que lo invadió todo, tanto que ya no había un lugar donde poder seguir siendo uno mismo, años en que el *milcao* fue conocido por el *otro*, y el *otro* dijo su parecer y su palabra tuvo un no sé qué de autoridad, y el *milcao*, el *chapalele* y el *curanto*, tuvieron su nota, su calificación puesta por paladares extraños.

Todo pasó o está pasando, como tiene que pasar. No hay más remedio, porque no existen las permanencias eternas. ¿No es acaso, la suerte que corre toda cultura? Los pueblos, las culturas, aquellas con identidad, son capaces de conservar sin mucho esfuerzo lo esencial, el núcleo de cada una. Pero no pueden evitar se modifiquen en sus bordes todos los días. La superficie se muda, se mueve y cambia sin descanso, aunque imperceptiblemente, como las transformaciones que ha estado experimentando la costra de nuestro globo terráqueo desde épocas geológicas y que a nivel cósmico es cosa de segundos. Eso ha pasado en Castro y Chiloé que tan conservador ha sido en el contexto nacional. En efecto, mirado desde lejos da la impresión que el mundo chilote sigue tan inmutable como en los tiempos de Quintanilla. Pero, para quien mira desde dentro, y más atentamente, descubre a cada paso las pulsaciones en la historia de la Provincia. Chiloé del siglo XX no es el mismo que fue en el siglo XIX. Eso es obvio. Tampoco el siglo XX ha sido idéntico desde principio a fin. Entre un extremo y otro hay como una cara y un sello, las etapas han sido más cortas y los cambios a intervalos progresivamente más breves, cada momento con su algo distintivo, cada década con su algo nuevo a costa de perder, también, algo viejo. Cosas que emergen y cosas que caducan, especialmente en la superficie, allí donde estan los colores y las formas más visibles en el tiempo

corto. Sólo lo sustantivo permanece en el tiempo largo, porque es lo más resistente, porque lo sustantivo es como la «zona refugio», es como la ciudadela donde se atrinchera la cultura. En ello reparan los que salieron de Chiloé desde pequeños y estan regresando cuando viejos. Es con aquella esencialidad casi inmutable con la que se identifican. Cuando reparan en ello es cuando reconocen su cultura, aunque esta haya cambiado mucho por fuera.

Y llegará el año 2.000 y los que eran veinteañeros en 1980 sintiéndose los punta de lanza, los atletas de la sociedad, los púgiles de la modernidad, tendrán entonces 40, y mirarán los años setenta y ochenta como sus años mozos, tal como nosotros miramos los cuarenta y cincuenta echando de menos las cosas simples de la existencia cotidiana de entonces. Ellos interpretarán que los años sesenta y setenta fueron años de génesis, del principio de las cosas nuevas y el fin de las viejas, porque serán hijos de los tiempos que emergieron con el terremoto, hijos del tiempo que comenzó con la carretera, con los buses, con la «Nueva Ola», con la televisión, con la electrónica. Los que van a tener 40 años en el 2.000 nacieron con el afán de cambiarlo todo y de alguna forma lo lograron. Pero en el año 2.000 ellos mismos serán pasado, los sesenta, setenta y ochenta serán tiempos caducos, serán épocas fenecidas. Para entonces Castro entrará en una etapa de nueva y más rápida expansión. Se hará realmente ciudad «desde Llau-Llao hasta Nercón de un sólo tirón»; urbe insólita para los que nacieron en los años cuarenta, si es que viven para verla.

Mientras tanto hoy, a mediados de los noventa, a escasos años del inicio del próximo milenio, y a pesar del notorio avance de la ciudad, sigue teniendo la misma modesta significación en el contexto del país, tanto que para la prensa nacional Castro y Chiloé parecen no existir, ni para la televisión existe, porque nada de lo que ocurre allí es noticia, a no ser algún reportaje sobre los palafitos o sobre el Festival Costumbrista. ¿Tiene, acaso, sentido haber dedicado tantas páginas a tan modesta, distante y periférica realidad, ignorada por todos los gobiernos desde la Monarquía a la República? No tendría sentido, en verdad, a menos que queramos -como, en efecto, queremos- abrir un flanco para dar contento al corazón por esta morada vital tan sencilla, tan pequeña y tan apartada, pero con la enorme significación de ser nuestro mundo.

"Parece que hubiera sido sólo ayer cuando la ciudad de Castro tuvo esa tremenda ruptura en su tradicional andar, cuando el terremoto de 1960 produjo tal quiebre existencial que puso término a un prolongado ciclo en que la vida se limitaba a la repetición de imágenes fijas, para dar inicio a la emergencia de una nueva ciudad. Gente que se fue y gente que llegó, mutación de apellidos, cambios de estilos, actores nuevos que poco a poco fueron modificando el perfil humano de las calles e imponiendo renovado ritmo a la vida diaria que terminó por expulsar de la ciudad las carretas tiradas por bueyes que antes sintetizaban la lentitud de la existencia. Mayo de 1960 representa el principio del fin de muchas cosas, aquellas propias de la vida puertas adentro, como era de algún modo, la vida anterior a la carretera, cuando el corto vecindario se conocía por sus nombres. Con el terremoto de 1960 comenzó el ocaso de los vapores, de los "caminos del mar", de la "cultura del velamen", y el ocaso de La Playa, aquella colorida "feria del mar" que daba peculiar fisonomía a ese Castro de vocación marítima y con ello también vino el ocaso de la costanera, de calle Lillo con su antiguo rol, y de calle Blanco que tuvo que ceder ante el mayor empuje comercial de las calles interiores, como San Martín, en los años setenta".

Ediciones Universitarias de Valparaíso
de la Universidad Católica de Valparaíso